Klaus Kinski

Yo necesito amor

La sonrisa vertical



En noviembre de 1991, el actor Klaus Kinski fue encontrado sin vida en su casa de California, cuando, al parecer, llevaba muerto más de veinticuatro horas. Pocos creyeron que Kinski falleciera realmente «por causas naturales». En efecto, alguien que dice de sí mismo «soy como una bestia con uñas. Si no fuera actor, me habría convertido en asesino o mártir» no puede morir como todo el mundo. Estas memorias nos aclaran la razón profunda, casi intolerable, de su extraño comportamiento.

Hacia ya mucho tiempo que teníamos noticia de estas memorias suyas cuando finalmente, en la primavera de 1991, pudimos leerlas. Comprobamos con estupor que se trataba de una confesión descarada y escandalosamente íntima, escrita sin temor ni pudor, de un hombre exasperado, a la búsqueda incansable de un afecto que jamás supo conseguir o conservar, y cuya ansiedad acabó resolviéndose siempre, a cada instante, en sexo a secas, sin rodeos, sin máscaras, en todas las posibles facetas, hasta sus últimas consecuencias, desde las más triviales y fortuitas hasta las más violentas y sórdidas La obsesión de Kinski por el sexo sólo es comparable a la adicción del heroinómano. Vida y sexo no son sino una y única cosa.

De no ser por la descarnada sinceridad que rezuma todo el libro, el lector podría pensar *a priori* —tal es el infierno que describe Kinski como propio de su vida— que hay en él simple provocación y escándalo. Pero nadie que lea esta confesión estremecedora, nada halagadora para el autor, puede ser llevado a engaño. Hoy, ya fallecido él a los 65 años, se convierte, además, en un valioso documento autobiográfico.



Klaus Kinski

Yo necesito amor

La sonrisa vertical - 79

ePub r1.0
Titivillus 18.12.15

Título original: *Ich brauche Liebe*
Klaus Kinski, 1991
Traducción: Joan Parra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para mi hijo Nanhoi,
al que amo por encima de todo

Somos unos inválidos, los artistas. Nuestro arte no es nada, porque nuestras herramientas están ya demasiado embotadas para alcanzar y expresar lo esencial. Sólo Cristo posee esa facultad. Llega a nosotros directamente, sin necesidad de escribir ni pintar; a cada instante transforma su vida entera en una obra de arte.

Vincent Van Gogh

«Se busca a Jesucristo. Profesión, obrero. Domicilio, desconocido. No profesa ninguna religión. No milita en ningún partido. No se le ve en reuniones públicas. El prófugo está acusado de robo, corrupción de menores, blasfemia, profanación de iglesias, insultos a la autoridad, desprecio de las leyes, compadreo con putas y criminales…».

En eso, alguien empieza a armar bronca entre el público. No puedo ver al individuo en cuestión. Me deslumbra la intensa luz de los focos, todos dirigidos a mí. La gran nave de la Deutschlandhalle de Berlín, con un aforo de veinte mil localidades, es para mí una pared negra como el betún.

¿Por qué me interrumpe ese idiota? Estoy con los nervios de punta. Las últimas noches no he podido dormir, y hace más de setenta horas que estoy en pie. Interminables entrevistas para la radio, la televisión y la prensa. Además no he comido, y desde ayer por la mañana me he fumado como mínimo ochenta cigarrillos. Y ahora me encuentro encima de esta plataforma, como si me hallara en lo alto de un patíbulo.

—Si tienes algo que decir, ven aquí —grito a la oscuridad—, ¡si no, quédate sentado y cierra el pico!

¿Qué quiere? ¿Quiere darse importancia? Aquí lo único importante es lo que yo he venido a decir. He venido a contar la historia más emocionante de la humanidad: la vida de Jesucristo.

No hablo de ese Jesús de las horribles estampas de colores. Ni del Jesús de piel amarillenta, como un enfermo del hígado, al que una enloquecida sociedad humana ha convertido en la mayor puta de todos los tiempos. Y cuyo cadáver va paseando perversamente por ahí, clavado en cruces infames. No hablo de palabrería divina ni de cánticos gimoteantes. Ni del Jesús que, con un beso infecto, despierta de sus sueños lascivos a las niñas pequeñas antes de la

primera comunión y las hace morir de asco y vergüenza cuando desaguan en las letrinas.

Hablo del *hombre*: el desasosegado que nos dice que debemos cambiar, ¡sin pausa, a cada momento! Hablo del aventurero, el más intrépido, libre y moderno de todos los hombres, que prefiere dejarse asesinar a pudrirse en vida con los demás. Hablo del hombre que es como todos queremos ser. Tú y yo.

Entretanto, el cabrón que me ha interrumpido ha llegado ya a la plataforma. Le pongo en las manos el micrófono, porque no puedo imaginarme qué es lo que quiere…

—… Cristo era un santo —grita el muy cerdo—, nunca trató con putas ni criminales… no era tan violento como Kinski…

¿A qué llamas tú violento, so bocazas? Sí, dentro de mí hay violencia, pero no es negativa. Cuando un tigre despedaza a su domador, se dice que ese tigre es violento y se le mete una bala en la cabeza. Mi violencia es la violencia del ser libre, que se niega a someterse. La creación es violenta. La vida es violenta. Nacer es un proceso violento. Una tormenta, un terremoto son movimientos violentos de la naturaleza. Mi violencia es la violencia de la vida. ¡No es una violencia antinatural, como la violencia del Estado que envía a vuestros hijos al matadero, embrutece vuestras mentes y exorciza vuestras almas!

Le arranco a ese imbécil el micrófono, pues se niega a devolvérmelo. Dejo el resto en manos del servicio del orden de la Deutschlandhalle. Como el tipo también se encara con ellos, se limitan a echarle escaleras abajo. Intervienen otros alborotadores, que sólo han venido a armar camorra. Cuando empiezan a llover puñetazos, un destacamento entero de policías se despliega por la Deutschlandhalle a fin de evitar una batalla campal. Los policías son todos unos hombretones, con viseras protectoras en la cara y porras en la mano.

Vaya, pienso, igual que hace dos mil años.

Arrojo de lo alto de la plataforma el micrófono, sujeto al soporte, que a su vez va unido a un largo cable que cuelga del techo. Luego me meto entre bastidores y espero a ver qué pasa, mientras el soporte del micrófono baila de aquí para allá por encima de las cabezas de los espectadores, como un trapecio vacío.

Por doquier los *flashes* de los fotógrafos. El zumbido de las

cámaras que filman. Periodistas que hacen preguntas imbéciles. Todo esto empieza a darme asco. Despacho a gritos a los buitres que me rodean denodadamente; no puedo deshacerme de ellos, me siguen a hurtadillas incluso cuando voy a mear.

Algunos espectadores vienen corriendo a los bastidores, para abrazarme y besarme. Personas a las que en miles de representaciones he ofrecido mi corazón arrancado del cuerpo. Minhoi se me cuelga al cuello y llora. Teme por mí; nunca había visto una función mía. La gente me suplica que vuelva al escenario. ¡Sí! Volveré a salir. ¡Pero sólo si esos gamberros dejan de partirse las caras y, ante todo, cierran el pico! Esa gentuza es aún más repugnante que los fariseos. Ellos al menos dejaron hablar a Jesús antes de clavarlo en la cruz.

El tiempo pasa. Los espectadores siguen ahí, nadie quiere irse a casa. Todos esperan que yo vuelva a salir.

Medianoche. Poco a poco se restablece la calma. Nadie tose. Nadie carraspea. Ahora reina un completo silencio.

Mucha gente se ha levantado de sus asientos de las últimas filas y se ha apretujado en el espacio libre que queda delante de la plataforma. Sentados en el suelo.

Bajo de la plataforma de un salto y me mezclo con ellos. Mi agotamiento ha desaparecido por completo. Ya no siento mi cuerpo. Los veo claramente ante mí, sus caras, la más sutil reacción en cada rostro. Miles de pares de ojos que me observan. Ojos anhelantes, ardientes de pasión. Voy del uno al otro. Me paro ante ellos. Me siento entre ellos. Los abrazo. Chicas y chicos, mujeres y hombres de todas las edades, desde menores de edad hasta ancianos… pero —y éste es el milagro— ¡todos son jóvenes!

A las dos de la madrugada se acaba todo. Minhoi y yo no volvemos directamente al hotel, estamos demasiado exaltados. Aún falta mucho para que salga el avión, y no tenemos que hacer el equipaje.

Caminamos por la gélida madrugada, sin decir una palabra. Minhoi me ha entendido perfectamente, aunque durante la función sólo he hablado en alemán.

Rompo mi contrato para los cinco continentes. Valía un millón de marcos. Ya no me interesa. No porque sea rico. No tenemos nada. No porque tenga miedo de destronar al Buda. Ya hace tiempo

que lo hice. Me importa un rábano que las iglesias hayan amenazado con boicotear mis espectáculos. Me aburre que los gerentes de los mayores palacios de deportes se hayan negado a dejarme actuar porque temen por la integridad de sus locales. Y que el infeliz vicario que escribió el libro Jesús en mala compañía prefiera no dejarse ver en público conmigo.

Los hombres son como hace mil años,
receptáculos de vicios.
Sólo al morir y ser pasto de los gusanos
se encuentran en su elemento.

A una gitana que fue mi amante, le pregunté en cierta ocasión si iba alguna vez al teatro o al cine. Su respuesta:

—Cuando tenía catorce años, dos hombres se pelearon a navajazos por mí. Uno mató al otro. Toqué al muerto: estaba muerto de verdad. Y el otro estaba vivo de verdad.

Ésa es la diferencia entre la vida representada y la vida real. La mia es real.

—No te muevas de ahí —dice mi padre, haciéndome una reverencia.

Normalmente no le hago caso. Pero lo dice con tal insistencia y tono de súplica que me quedo allí parado, lleno de curiosidad.

¿Qué pretende? ¿Por qué no quiere que entre con él? ¿Tiene dinero para entrar en una tienda como ésa? No me da tiempo a exponerle mis pensamientos. Mi padre acaba de entrar en una charcutería repleta de gente.

No me muevo del sitio. Sólo voy cambiando de vez en cuando la pierna en la que me apoyo, porque los pies me arden, embutidos en unos zapatos demasiado estrechos.

Más de una vez me he preguntado por qué mi padre les hace reverencias a los niños pequeños. Tengo una explicación: mi padre, que afirma haber sido cantante de ópera, estuvo una vez en Japón y cogió la costumbre de hacer reverencias a la gente. He visto a mi padre hacer muecas delante del espejo cuando cree que nadie le observa, aspavientos impresionantes, de una fuerza hipnótica comparable a las máscaras del kabuki. A base de gestos y de abrir la boca, simula que canta. Se le hincha y deshincha el tórax, incluso se le inflan las venas del cuello, pero lo curioso es que de su garganta no sale ningún sonido.

—¡Ya lo ves! —me digo—. ¡Tú mismo has visto que no sabe cantar!

Creo que eso de que fue cantante de ópera es un cuento chino. Ninguno de nosotros ha oído cantar jamás a mi padre. En cualquier caso, mi padre es farmacéutico y no cantante de ópera.

Nadie sabe de dónde salió mi padre ni a qué se ha dedicado durante su vida. Se murmura que no tenía padres. Quizá sea ése el motivo de que haga reverencias a los niños pequeños. Pero nadie sabe nada más, y él no se sincera con nadie.

Los chavales de la calle llamamos a mi padre «Calvo», «Nabo», «Bulli» o simplemente «Osram». Realmente su calva reluce como una bombilla Osram. Le llamamos «Nabo» porque cuando se afeita el cráneo hace el mismo ruido que cuando se raspa un nabo. Es increíble que siga utilizando esa oxidada navaja de afeitar, toda mellada como una guadaña vieja. Incluso mi madre, que normalmente es tan mañosa, le ha cortado tiras de piel enteras.

A veces, muy raramente, va a un barbero de verdad. El barbero,

como un matarife judío, le aplica la cuchilla peligrosamente afilada y nunca le ha hecho un corte. Alguna vez, mi madre ha espiado a mi padre. Apretando la cara contra el escaparate de la barbería, contempló, sin atreverse a respirar, cómo ese matarife danzaba con ágiles piruetas en torno a la calva de mi padre. Según ella, cuando el barbero terminó de afeitarle, mi padre le echó encima del mostrador, con aire un poco displicente y sabiendo perfectamente lo que hacía, 60 pfennigs[1], aunque el afeitado sólo costaba 50.

Mi padre va siempre hecho un brazo de mar, para disimular su pobreza. No es empresa fácil, pues lo que él llama su vestuario, que consiste únicamente en lo que lleva puesto, se le puede caer a trozos de un momento a otro, como la carne podrida de un leproso. Creo que ése es el motivo de que se mueva con tanto cuidado, no se apoye en ningún sitio, nunca flexione los codos ni las rodillas, no se agache nunca, no se siente nunca y siempre esté de pie. En otras palabras: escatimando movimientos, intenta no forzar la ropa que lleva puesta. Sospecho que sólo se atreve a respirar a pleno pulmón cuando está desnudo.

El trasero de los pantalones, reluciente y gastado, y las rodillas y los codos, que le hacen bolsas, están tan raídos que la carne se le transparenta a través del tejido.

La piel de los zapatos, a los que saca brillo a fuerza de frotarlos, está tan quebradiza que amenaza con hacerse pedazos en cualquier momento. Parece estar constantemente atento a no chocar con nada. Tengo la sensación de que, más que andar, flota, rozando apenas el suelo. Lo hace, básicamente, a causa de las suelas, que están sueltas casi hasta el tacón. Normalmente, unas suelas así deberían abrirse y cerrarse con un chasquido, como la mandíbula de un cocodrilo, cada vez que se diera un paso. Sin embargo, mi padre ha ideado una técnica que hace imposible que nadie descubra el estado catastrófico de sus zapatos: al andar no dobla las piernas por las rodillas, sino que levanta levemente del suelo la pierna entera, desde la cadera, como si la tuviera sujeta con una goma, y la lanza hacia adelante, de modo que las suelas se quedan pegadas a la base del zapato, y luego la deja caer de nuevo al suelo, con el movimiento pendular de un yoyó.

De todos modos, lo primero que llama la atención en mi padre es el monóculo. En realidad no es un monóculo, sino un vidrio de

gafas suelto y quebrado. Pero mi padre tiene la desfachatez de ponerse ese pedazo de vidrio delante del ojo izquierdo. Sin él, no ve nada por ese ojo. Y es ciego del derecho. En cualquier caso, gracias al presunto monóculo, su espeluznante atuendo queda fuera de peligro, y nadie puede mofarse de él por ese motivo.

Hace ya una eternidad que ha entrado en la charcutería. Echo una ojeada a mi alrededor, para ver si encuentro un sitio donde orinar. Poco a poco voy perdiendo la paciencia.

Si le llamamos Bulli no es sólo por su gruesa polla y sus abultados cojones. Bulli es también la abreviatura de bulldog. No por su calva —los bulldogs ingleses parecen calvos—, sino porque toda su cara es de bulldog. En ella todo parece caer hacia abajo, como si tuviera demasiada piel. Las arrugas de la frente y del cogote, profundas como cicatrices, desembocan sin transición en la calva.

—Cuando los bulldogs y los tiburones —le he oído decir— muerden con su doble hilera de dientes, ya no hay quien les haga abrir las mandíbulas. Por eso son tan peligrosos esos animales.

Aunque nunca he creído que mi padre fuera a morder a nadie, al principio yo confiaba en que la gente le tendría miedo. No sólo por su cara de bulldog. Tiene unos músculos extraordinariamente fuertes y es ancho de espaldas como un atleta.

Pero me había equivocado. Los desconocidos no le ven los músculos, y sólo piensan cínicamente «Vaya pájaro» o «Mira, un calvo». Vestido, mi padre parece más bien delgado. Su cara de bulldog no produce la más mínima impresión; más bien es causa de burlas. He acabado entendiendo, mal que me pese, que la gente que no entiende, es decir, la mayoría, considera a los bulldogs como una especie de monstruos. Tienen la mala fama de ser completamente inofensivos, e incluso mucha gente no sabe que existen, debido a su escasez. Yo mismo oí una vez a un niño pequeño decirle a su madre, al ver pasar un bulldog: «Mira, mamá, un cerdo».

Sé muy bien, pues, que a mi padre, en el mejor de los casos, lo consideran un cerdo inofensivo. Eso me duele. Porque quiero a mi padre y me gustaría a rabiar que la gente le tuviera miedo. Cuando se es pobre, no se tiene otra arma que meter miedo a la gente.

Me siento tan mareado, debido a la ardua tarea de pensar, y también al hambre, que me encuentro en una especie de estado de

embriaguez… En eso, mi padre sale disparado de la tienda y oigo una voz encolerizada que berrea:

—¡Al ladrón! ¡Pegadle una hostia en la calva! ¡Agarradle como sea!

Es el propietario de la tienda, que tropieza conmigo y me derriba, haciéndome chocar contra los cajones de fruta que hay delante de la tienda. Recojo rápidamente en mi delantal del colé las manzanas que salen volando y pongo pies en polvorosa sin saber hacia dónde ir.

Jadeando, sosteniendo el pesado delantal, maldiciendo nuestra pobreza, el robo, al propietario de la tienda y a mi padre, que ha provocado esa infame cochinada.

Me clavo un puño en el bazo y con la otra mano sujeto el delantal cargado de manzanas, que bailotean golpeándome las piernas y me impiden correr.

El chasquido de mis suelas contra el duro asfalto resuena en mi cabeza como un sacudidor de alfombras. Respiro a bocanadas, y siento el aire pincharme los pulmones como un cuchillo. Se me oscurece la vista… y me doy cuenta de que me estoy meando en los pantalones. Ya es demasiado tarde para bajarme la bragueta. Noto algo caliente que fluye por la parte interior de mis muslos. No quería poner en ridículo a mi padre meando en la pared de una casa.

—¡Dónde se habrá metido!

Pateo, entre maldiciones, todas las piedras que se cruzan en mi camino. A pesar de que mi madre me lo ha prohibido terminantemente, porque sólo tengo ese par de zapatos.

Entonces una mano enorme me agarra por el cuello de la camisa y me arrastra hasta la entrada de una casa. Pataleando, me giro y veo que es mi padre. Tiene la calva llena de gruesas gotas de sudor.

—¿Qué te pasa, papá?

En lugar de responder, solloza como un niño pequeño y me estrecha contra sí con tal vehemencia que me corta la respiración. Convulso, sujeta con su mano una tableta de chocolate.

¿Para eso ha armado tanto follón? ¿Para robar chocolate? ¿Y encima, sólo una tableta? ¿Y por esa tableta de chocolate me ha hecho esperar más de una hora en la calle con la vejiga llena y los zapatos apretándome los pies? Empiezo a registrarle los bolsillos, en

la medida en que me lo permite el abrazo de sus garras. ¡Nada! Realmente no tiene nada más. ¿Y por qué llora? No pierdo de vista la tableta de chocolate, temo que la estropee.

—¿Por qué lloras, papá?

Intento librarme de su llave de lucha libre. Está tan conmovido que no se da cuenta de que casi me ahoga. Quiere decir algo… pero un llanto convulso le ahoga la voz.

¿Se avergüenza de que la pesca haya fracasado? ¿Tiene aún el miedo en el cuerpo? Todo eso no es motivo para llorar. ¿Y si el motivo es otro? ¿Y si, en lugar de eso, resulta que se avergüenza de haber robado y lo cuenta todo a la primera oportunidad? ¡Mierda! Si no se sobrepone, nos pondrá a todos en peligro.

Mi padre nunca tiene dinero porque no tiene trabajo. Por mucho que busque y rebusque, la cosa nunca cuaja. O no encuentra a nadie que le dé trabajo, o le echan a la calle al cabo de un mes. El porqué no lo sé; en cualquier caso, siempre hay bronca.

¿Para eso has sacrificado los mejores años de tu juventud empollando griego y latín hasta altas horas de la noche? Para hacer de burro de carga, para robar una tableta de chocolate a los sesenta años, echar a correr perseguido por un gilipollas y llorar porque te avergüenzas de todo eso. ¿De qué te sorprendes? ¿No es perfectamente legal que cualquier farmacéutico te eche a la calle cuando le dé la gana? «Es el colmo», dices. «El saber pesa más que el dinero», afirmas. ¡No me hagas reír! ¡Eres un burro de carga! ¡Jamás, ni siquiera en sueños, puedes compararte con el dueño de una farmacia! ¿Cuántos años, décadas, o mejor dicho, siglos, tendrías que trabajar para poder comprarte una farmacia sin tener que atracar un banco? No, no. Toda la vida serás un burro de carga. Un burro de carga con estudios superiores, pero un burro de carga. Sea como sea, no eres importante: si lo fueras, te darían trabajo.

Siento la necesidad de hacer algo por él, de ayudarle, de protegerte. Fuera de mí, le tironeo los puños, que tiene hundidos en las cuencas de los ojos.

—Deja de llorar, papá. ¡Papá! ¡Papá querido!

Una cosa está clara, no hay que dejarle robar bajo ningún concepto. Y mucho menos, solo. Y tampoco quiero volver a pasar por el trago de esperar delante de la puerta de la tienda y tener que salir corriendo.

Se aferra a mí con vehemencia, como si quisiera decir: «Déjame intentarlo sólo una vez más».

Sé que no es fácil dejar de robar cuando ya se ha hecho una vez. Pero no hay que llevar las cosas a esos extremos, maldita sea. Tiene que reconocer que no sirve para ladrón de tiendas. Tiene demasiados escrúpulos, eso es lo que pasa. Y con esa cara y esa calva llama demasiado la atención. No es en absoluto la persona adecuada.

Hoy es un día especialmente nefasto. Hace cuarenta y ocho horas que no comemos nada.

Hace una semana, me tropecé en el oscuro pasillo con uno de esos muebles asquerosos con los que el dueño ha llenado toda la casa, y que parecen ataúdes barnizados. Me torcí el tobillo, y se me hinchó de mala manera. Desde entonces se ha terminado lo de robar. Nos comimos las últimas reservas hace días, y me encuentro tan mal que necesito sentarme un buen rato en el escalón del portal de la casa antes de reunir las fuerzas suficientes para llegarme cojeando hasta la tienda de comestibles. Hoy iré pase lo que pase, aunque tenga que arrastrarme hasta allí. Mi madre se sienta a mi lado.

—¿No te duele mucho?

—Se puede soportar.

—Pobre ratoncito mío, lo que habrás tenido que aguantar todos estos días.

—No soy ningún enclenque.

—Perdona. Entra en casa, por lo menos.

—No quiero entrar en casa.

—Con ese pie todavía no puedes salir a la calle. Además, no es el sitio adecuado para mi cariñito.

Enseguida se asusta de la tontería que acaba de decir.

—¿Y dónde hay un sitio adecuado para mí, mamá?

Se siente terriblemente cohibida, me acaricia amorosamente el pelo, ronronea como un gato y busca algo inteligente que decir.

—¿Te escuece el pie? ¿Quieres que te cambie la pomada del vendaje?

—No, gracias. Aún no me escuece demasiado.

—… hoy tendremos todos algo que comer, ya verás como es verdad.

Como todos nosotros, se agarra a esa idea fija que nos mantiene en pie de hora en hora.

—Sí, mamá.

En realidad quiero decir: «Ya verás como no pienso tirar la toalla. Ya verás como nada ni nadie me hace agachar la cabeza. Un día te recompensaré por tu valentía y tu amor. Me cuidaré de que no tengas que trabajar más como una condenada. Algún día ganaré tanto dinero por mi propio esfuerzo que incluso podré comprarte un abrigo, unos guantes y unos zapatos bien calientes para tus pies llenos de sabañones. Podrás beber tanto café-café y comer tantos panecillos como quieras, con mantequilla y miel de la buena, de abejas».

Sí, eso es lo que realmente quiero decir. Pero aún no lo digo, porque quiero que un día sea una sorpresa.

—No volveremos a llegar a estos extremos, no pienses eso, ratoncito mío…

—No, mamá.

Tiene la garganta seca de tanto mentir.

—Ya verás como todo va bien —susurra junto a mi cara.

Intento tragar el nudo que tengo en la garganta para no echarme a llorar. No es momento para flaquezas. Para conseguir lo que me propongo, necesito todas mis fuerzas.

—Sí, mamá.

Su boca se contrae en una sonrisa débil y precavida, para no mostrar demasiado los estropeados dientes.

—¿No te da miedo la desdentada de tu madre?

—¡No digas siempre eso de la desdentada de tu madre!

—Si es verdad… Todo el mundo se da cuenta de que casi no me quedan dientes, aunque todavía soy joven. A veces tengo miedo de que te avergüences de mí.

—¡Eso no es verdad! ¡Quiero que me des besos toda la vida aunque no tengas dientes!

Coge mi cabeza entre sus fuertes manos de obrera y la estrecha contra su regazo abierto, de manera que aspiro su excitante olor. Pego mi cara a su firme cuerpo y rozo con los labios su vientre

cálido y sus pequeñas e impúdicas tetas, hasta estrechar mi boca contra la suya. Sus labios húmedos se ciernen abiertos sobre mí, y los enormes y hermosos ojos le brillan como canicas en la cara hambrienta.

Cuando me quedo solo otra vez, me levanto de un salto, cruzo la calle cojeando, lo más rápido que puedo, y me acurruco en mi sitio bajo los cajones de madera que hay delante de la tienda de comestibles, en los que la mercancía se amontona en forma de pirámides o montañas.

No puedo hacer ningún gesto brusco, ni perder los nervios, ni echarme a temblar. Es un trabajo delicado, que requiere manos tranquilas y mucho tacto. Como en el juego del mikado.

El espacio libre por debajo de los cajones es muy reducido. Si no quiero chocar constantemente contra ellos, haciéndolos moverse, tengo que estar en cuclillas y doblar el espinazo, lo cual me obliga a estirar el cuello hacia adelante y mantener la cabeza gacha. Giro la cabeza unas veces hacia la izquierda y otras hacia la derecha, y las rodillas se me clavan contra la garganta en tensión. O, mejor dicho, contra la nuez. Tengo que mantener el culo bajo, pero sin tocar los adoquines, porque si no me caería hacia atrás. El estómago, el hígado y la vesícula biliar se aprietan contra el corazón y el pecho, de manera que la sangre se remansa en mis venas y sólo puedo respirar a pequeñas y breves bocanadas. Durante todo ese tiempo, el delantal cuelga sobre mis rodillas y toca el suelo con su gran bolsillo, en el que voy guardando la mercancía.

Una vez que me he colocado en esa postura, ya no puedo abandonarla sin ningún peligro hasta que me voy de allí; como mucho, puedo levantar del suelo uno u otro pie como una gallina. No puedo encogerlos del todo, como haría un gallo.

Al estar en cuclillas, la hinchazón del pie me produce grandes molestias. Intentaré, en la medida de lo posible, reposar todo el peso de mi cuerpo en el pie sano. Quizás el dolor ceda un poco, y no tendré ganas de gritar. En caso de que las tenga, me meteré una patata o algo así en la boca.

El propietario de la tienda, al que reconozco por la peste a queso de sus pies, sale una y otra vez de la tienda para amontonar todo tipo de mercancías o para coger algo de los cajones. ¡Si será meticuloso! Lo toquetea todo sin descanso, y tengo sus pies

apestosos una eternidad justo delante de la nariz. Lo único que puedo hacer para librarme de esa peste, aunque sea por unos momentos, es dejar de respirar, hasta que casi me estalla la cabeza y tengo que inhalar otra vez un poco de peste si no quiero empezar a boquear como un pez fuera del agua. No puedo hacer otra cosa mientras ese Piesdequeso ronda por aquí.

Cuando Piesdequeso sale inesperadamente de la tienda, tengo que quedarme inmóvil en el gesto que estuviera haciendo. Es como cuando jugamos a las estatuas, que nos partimos de risa viendo congelados los más disparatados gestos. Con la diferencia de que en mi situación no tengo muchas ganas de reírme.

El dolor del tobillo llega a ser tan insufrible que me meto una hoja de col en la boca para no gritar…

Debo de haberme desmayado; cuando vuelvo en mí, sigo teniendo en la boca una hoja de col. Presa del pánico, como una rata acorralada, intento librarme de esa martirizante postura. Sin éxito. Se me han dormido todos los miembros, hasta los dedos de los pies. Me silban los oídos. Siento un dolor punzante en el pecho. Me sale sangre de la nariz y gotea encima de mis zapatos.

Ya casi es de noche. Por Dios, ¿qué hora debe de ser? ¿Y si falta poco para que cierren la tienda y en cualquier momento empiezan a guardar la mercancía? ¡Aún no he metido nada en mi delantal! Cojo al buen tuntún todo lo que pillan mis dedos entumecidos, y casi desmonto los cajones.

Cuando ya estoy bien cargado, ni siquiera sé de qué, me arrastro pasito a pasito fuera de mi escondite. Cuando finalmente consigo ponerme en pie centímetro a centímetro, suelto un grito de dolor.

Por fortuna no hay nadie delante de la tienda, y tampoco pasa nadie por allí.

En el momento en que ya casi he cruzado la calle, una moto me embiste y me arrastra unos treinta metros; me doy un cabezazo contra el asfalto.

El accidente es aún más idiota por el hecho de que en ese barrio el tráfico suele ser inofensivo, y además siempre estoy ojo avizor cuando cruzo una calle. Debe de haber sido por lo débil que estoy y por la cojera.

Cuando el motorista frena por fin, el contenido de mi delantal ha salido catapultado en todas direcciones. Limones, pepinos,

zanahorias, patatas y boniatos han volado por los aires como proyectiles. Un pequeño frasco de mermelada se ha hecho añicos contra la acera.

Los transeúntes se ponen a gritarle al motorista como si quisieran lincharle. El hombre está pálido como un cadáver, baja la cabeza como un perrillo apaleado e intenta taparse la cabeza con los codos. En cuanto a mí, tengo un agujero en la cabeza.

Cuando intento, sangrando, meter de nuevo los comestibles en el delantal, los transeúntes se sienten tan conmovidos que por un instante sueltan al motorista; ayudados por Piesdequeso, que ha salido a toda pastilla de su tienda, me llevan a casa lo poco que queda aprovechable de la mercancía robada.

Los días de lluvia son malos para robar. Y aún es peor cuando nieva. Cuando hiela, guardan los cajones dentro de las tiendas. De todos modos, sería imposible meterse debajo de los cajones en plena calle helada.

Cuando una tienda está vacía, es decir, si no hay ningún cliente dentro, la única manera de pillar algo sin que se descubra enseguida el robo es ir en pandilla. No me gusta ir en pandilla. Cuando vamos en pandilla, el botín se divide en demasiadas partes, y siempre hay trifulcas. Claro que también se puede entrar por la jeta en una tienda, pillar algo y largarse a toda leche. Ese método parece muy tosco, pero funciona gracias al efecto sorpresa. Tienes tiempo de poner tierra por medio antes de que la gente mueva un dedo. Eso sí, hay que tener buenas piernas. El inconveniente es que luego nunca más puedes volver a poner los pies en esa tienda.

El que consigamos algo para comer también depende del tiempo que haga. Muchos días nos los pasamos sentados en el suelo helado de nuestra habitación, con el estómago vacío y sin juguetes. Y es que, cuando hace un día duro de invierno, ni siquiera podemos salir a la calle. No tenemos ropa caliente. Ni abrigos, ni guantes, ni botas.

Dejando aparte los sabañones, puede decirse que nos hemos endurecido contra el frío, pero mi madre está preocupada por todos nosotros, ya que Arne tiene asma. Achim ni siquiera sabe lo que es un resfriado. Inge es como una roca.

Mi padre no ha estado enfermo en su vida, y mi madre nunca ha tenido un abrigo de invierno. En cuanto a mí, me caigo siempre de morros cuando corro demasiado rápido, pero tampoco he estado nunca enfermo.

Me quedo junto a la ventana, como un animal enjaulado del zoo que se alza sobre las patas traseras apoyándose en los barrotes de la jaula.

¡Si al menos esta casa miserable no apestara tanto! Todos los rincones despiden un olor a podrido tan fuerte que llego a preguntarme en serio dónde habrá escondido el dueño a su madre muerta para ahorrarse los gastos del entierro. Si será cabronazo, que incluso cuenta las manzanas de los dos achacosos manzanos, las fresas de los pringosos parterres y las moras de los raquíticos arbustos.

El día en que se da cuenta de que hemos empezado a robar, arremete contra las plantas como un jabalí. Tiene tanto miedo de no poder cosecharlo todo ese mismo día que se traga la fruta a manos llenas mientras anda, sin masticar. Y reniega como una vieja, con lágrimas en la voz, diciendo que le hemos engañado.

Recoge las manzanas aunque están completamente verdes. Aunque nadie pueda comérselas en ese estado sin coger una ictericia.

Pero ese malasombra es además usurero, chantajista y una verdadera sanguijuela. ¡Le quita a mi madre la alianza del dedo! ¿Qué podemos hacer? No tenemos elección. No podemos pagar el alquiler. No tenemos nada que llevarnos a la boca, ni nada para calentarnos. Él lo sabe. También sabe que yo robo. Basta con que cuente lo que sabe, y estamos listos. Es un círculo vicioso. Si mi madre consiente en que tome la alianza a crédito, acabará por venderse entera. Si lo rechaza, nos moriremos de hambre y de frío porque el tipo nos echará a la calle. O nos denunciará. O las dos cosas. ¿Cómo acabará todo esto? ¿Tendrá que acostarse mi madre con él? Creo que es el miedo que siente a acabar haciendo la carrera lo que la hace soportar todas las humillaciones. Primero le suplica que al menos le deje la alianza. Dice que está dispuesta a firmarle un pagaré. Él le contesta que no se asuste si a pesar de ello le quita

el anillo. Es lo normal en cualquier préstamo. De modo que el muy canalla le quita la alianza del dedo. A mi madre se le queda grabada en el dedo anular una marca circular, algo más clara que el resto de la piel, que es más morena.

Cada mañana nos levantamos picoteados por las chinches. Tenemos inflamada hasta la cara. Me digo a mí mismo que son picadas de mosquito, así no resulta tan asqueroso. Están por todas partes. En el colchón viejo, que le compramos al trapero, en el sofá pedorreado, y sobre todo detrás del pútrido papel de las paredes. Enormes caldos de cultivo. La cama y las paredes están llenas de manchas de sangre, como si nos hubiéramos asesinado los unos a los otros. Al fin y al cabo es nuestra sangre lo que chupan y lo que salpica y lo mancha todo cuando revientan contra la pared bajo el peso de nuestros cuerpos o cuando las chafamos entre los dedos.

Las cucarachas adultas llegan a tener el tamaño de pequeños sapos. Las quemamos vivas. Claro que corren tan deprisa que generalmente sólo podemos quemarles el culo. Los pececitos de plata los pisoteamos en vano. Son demasiados.

No tenemos cuarto de baño. Nos lavamos debajo del grifo de la cocina o en la fuente de la calle, con jabón de sosa o con arena. A veces, en invierno, cuelga un témpano del grifo. Entonces lo arrancamos y nos lavamos con él. No tenemos agua caliente. Cuando mi madre calienta agua, suele ser para los sabañones. Los inviernos son tan espantosamente fríos que dormimos vestidos. Para curarnos los sabañones, metemos las manos y los pies en agua hirviendo. Eso provoca un dolor tan intenso en los sabañones que no podemos hacer otra cosa que gritar. Pero ese método curativo no nos sirve para nada. Los sabañones vuelven a abrirse, a supurar y a picar, incluso durante el verano.

Nuestro retrete es un agujero con una tapa. Cuando levantas la tapa, casi te desmayas de la peste a meados y a mierda. Resulta más higiénico mear en la calle. También prefiero cagar entre los arbustos. Una vez me meé dormido encima de mi hermana, porque estaba soñando que ella era un árbol.

No tenemos luz eléctrica. Sea porque no está dada la corriente, o porque no está hecha la instalación. En cualquier caso, nunca he visto una bombilla encendida en casa. Nos hemos acostumbrado, y con el tiempo se nos ha despertado un sentido de la orientación

comparable al de los murciélagos.

Siempre tenemos hambre. Aunque pudiera robar cada día, no nos hartaríamos todos.

La sanguijuela guarda bajo llave todos los comestibles, por no hablar del dinero o de los objetos de valor. Todas las puertas y los tragaluces están cerrados con candados, y día y noche lleva un manojo de llaves encima, como si fuera un carcelero; nunca se aleja lo bastante para perdernos de vista, e incluso cuando sale a comprar sólo está fuera un momento.

Cuando conseguimos algo de carbón y podemos encender el fuego, nos acurrucamos junto a la estufa, apretando contra sus baldosas las manos y pies llenos de sabañones, y a veces también la boca.

Mi madre se mata a trabajar por nosotros de la mañana a la noche y aún da gracias de poder lavar la ropa sucia de otra gente por unos míseros groschen[2]. Su desesperación se manifiesta en violentos estallidos:

—¡Estoy de más en este mundo! ¡Ni siquiera soy capaz de dar de comer a mis hijos! ¿Y tú? ¿Por qué estás sin trabajo? Y cuando encuentras uno, ¿por qué no te puedes morder un poco la lengua? ¿Por qué tuve que conocerte precisamente a ti? ¡Nos mudamos de pocilga en pocilga y vivimos como cerdos! ¡¡¿Por qué…?!!

A veces pienso que no pasará mucho tiempo antes de que mi madre se venga abajo definitivamente. Al hacer cualquier cosa, tiembla de tal modo que todo se le cae de las manos. ¿Qué pasará si empeora su estado?

Cuando mi madre estalla, mi padre no dice ni pío. Aguanta todos los insultos y acusaciones. Cuando mi madre, desesperada y desfallecida, se calma un poco y deja de insultarle, mi padre la coge en brazos.

Cuando por las noches nos tortura el insomnio, debido a que nunca podemos estirarnos a gusto y se nos atrofian los huesos, mi padre sale sin hacer ruido de la habitación, para dejarnos su trozo de cama. Muchas noches se las pasa enteras sentado en una silla o vagando perdido por las calles. Nunca se va al bar ni gasta ningún dinero para sí mismo, ni siquiera para una cerveza.

Nochebuena. La fiesta de la paz y de la alegría. La habitación está helada, y tan oscura que no nos vemos las caras. Nadie dice una palabra. Apenas se oyen las respiraciones. Sin embargo, sé que están todos aquí.

Durante las últimas semanas he visto a la gente cargando con abetos y paquetes de la mañana a la noche. Ahora, desde nuestra ventana, puedo ver tras las cortinas de las casas de en frente las velas encendidas sujetas a los abetos, las bolas de colores, las relucientes guirnaldas, las tiras de papel plateado y dorado y las estrellas transparentes pegadas a los vidrios de las ventanas.

He robado un abeto raquítico, pero no tenemos velas ni ningún otro adorno de quincalla para decorar el arbolito. Ni siquiera un pedestal de hierro en el que hincarlo para que se mantenga en pie. Está apoyado, macilento, en un rincón, como un niño jorobado al que hubieran castigado de cara a la pared.

El único adorno de nuestra ventana es la reluciente escarcha que cubre profusamente el vidrio con millones de delicadísimos cristales, formando una serie inagotable de dibujos, mucho más bonitos que las cortinas más caras.

Intento imaginarme lo caliente que debe de estarse ahora en las otras casas, en las que la gente quizás anda sobre alfombras. Me imagino lo que se cuece en la cazuela y se asa en el horno. A qué huele. Cuántos regalos se han abierto ya y cuántos yacen aún, enigmáticos, bajo las cargadas ramas, envueltos en un mágico papel brillante… y de repente me encuentro abriendo todos esos regalos: me maravillo ante el tablero de parchís, el mecano, el barco de vapor, el juego de damas… Me pongo los patines de ruedas y los de hielo en los pies desnudos… Me siento con el culo al aire en el flamante trineo y hago que me arrastren un trecho por encima de la alfombra persa… Me aprieto contra las mejillas el jersey de lana, suave como plumón de polluelo… Me pruebo los guantes, aspiro hondamente el olor de cuero fino de mis botas nuevas, beso las suelas de piel auténtica, y me las llevo a la cama… Lloro con la historia de la pequeña cerillera y me río con Max y Moritz[3], el Struwwelpeter y la viuda Bolte… Estoy tan enfrascado en el libro de cuentos que no vuelvo a la realidad hasta que el juego de correos me cae encima de los pies. Sello con el tampón todo lo que puede sellarse y le pego a mi padre en la calva un diminuto sello de

juguete.

Beso a mi oso de peluche en la boca y en los ojos, toco el tambor de hojalata y disparo con la escopeta de aire comprimido… Toco el acordeón y la armónica y le arranco estridentes notas a la trompeta de *jazz*… Instalo los raíles curvos del tren eléctrico Märklin en torno a las patas de la mesa y de la cama, y los rectos por toda la casa iluminada y cálida… Galopo a lomos del caballo de madera pintado de vivos colores, hasta que me da vueltas la cabeza… Casco nueces, engullo sin parar alfajores, *lebkuchen* y mazapanes, y mastico guirlache, *spekulatius*, bollos con pasas, dátiles, higos, y todos los adornos comestibles del árbol… Dejo que la tierna pasta de las galletas de mantequilla y las rosquillas se deshaga lentamente en la lengua antes de tragármelas… ¡Alto! ¡El asado de ganso! ¡¡Cómo he podido olvidarme de él!! ¡A mí me toca un muslo! Qué digo un muslo, los dos… Arranco las dos alas y la pechuga y me lo meto todo en el buche junto con montañas de col lombarda y manzanas asadas. La salsa me la bebo a cucharadas… Aún he de tragarme unas cuantas patatas, patatas cocidas, sin salsa ni nada… Quizás ha sido exagerado beberme a cucharadas la grasienta salsa. En cualquier caso, estoy lleno a reventar. Me duelen las muelas de comer golosinas y de cascar nueces con los dientes. Tras eructar y tirarme un pedo, me duermo en el país de jauja, mientras palomas asadas intentan meterse en mi boca que ronca y salchichas y jamones enteros caen de los árboles como frutas maduras…

Cuando me despierto en el frío suelo y oigo llorar a mi madre, aún es de noche. Me doy un golpe en la cara con la mano para comprobar si estoy soñando. Duele. Por lo tanto, estoy en la realidad. Mis ojos han vuelto a adaptarse enseguida a la oscuridad. Mi madre no debe de estar muy lejos de mí. Así es. Está sentada junto a la mesa, con la cara sepultada entre las manos. Me acerco a ella para acariciarla. Cuando tiendo la mano tanteando hacia ella, tropiezo con mis dos hermanos, que están aferrados a sus muslos. Mi hermana duerme de pie, con una mejilla sobre la mesa. Junto a la ventana se recorta en la noche la silueta de mi padre, que, inmóvil, parece mirar fijamente la nieve.

El usurero le ha exigido a mi madre que se acueste con él si

quiere que le devuelva la alianza y que no nos denuncie. Y mi padre, que tiene la bondad de Jesucristo, le ha partido la boca a ese cerdo con sus gigantescos puños, como de un hachazo.

Ahora estamos en la calle con nuestros harapos metidos en cajas de cartón. Gracias a Dios, es primavera. Me lleno los pulmones de aire fresco, como si hubiera estado enterrado en vida.

Las cuatro de la madrugada. Desde que nos han echado de la habitación, estamos en la calle yendo de fonducha en fonducha. Nadie nos quiere. Les basta con ver nuestro «equipaje». Tampoco quieren niños. Y, además, cuatro. ¡Y con la pinta que tenemos!

Ahora mi padre lo intenta solo. Cuando llama al portero de noche, los demás nos escondemos. Se pone el «monóculo» en el ojo, porque está convencido de que así causa impresión. Pero es una tontería. No lleva sombrero y hace días que no se afeita la barba ni la calva. Parece un preso fugado. Además los porteros se mosquean enseguida cuando alguien llega de madrugada sin maletas, y todos, sin excepción, quieren cobrar por adelantado. O sea que mierda. Extenuados, nos tambaleamos, como borrachos, de cansancio y de hambre.

Por fin, a las siete, nos cogen en una pensión de mala muerte junto a la estación de Stettin. Otra vez los seis en una habitación y en una sola cama. A mi madre le viene la regla, y tiene una verdadera hemorragia. Seguramente debido al agotamiento. Hay que tenerla con las piernas levantadas, y ocupa la mitad de la cama. De todos modos, no podríamos dormir. De hambre. Además estamos demasiado irritados. No hacemos más que darnos codazos, que duelen como si tuviéramos una herida. Mis hermanos no irán a la escuela. Al menos hasta que tengamos alojamiento. Nunca he robado en este barrio, y primero tengo que orientarme. Además hay un tráfico tremendo, y no me dejan salir a la calle. Cuando no soportamos más el hambre, enviamos a Arne a pedir migajas de pan en una panadería. Pero vuelve sin ellas.

El ruido de la calle es insoportable. El humo de la estación, lo mismo. Y, además, la lucha por cada mendrugo de pan. ¡Dinero! ¡¡Dinero!! ¡¡¡¿De dónde debe de salir?!!!

Hoy, durante el día, Inge, Arne y Achim duermen en la cama, porque han pasado la noche en el suelo. Siempre nos turnamos: una vez en la cama y la siguiente en el suelo.

Mi madre se queda parada, como si luchara consigo misma para tomar una decisión. Luego, resuelta, entra en una panadería y me compra dos *schnecken* por diez pfennigs. Era la última moneda que le quedaba. Ahora tenemos que recorrer a pie el trayecto del tranvía. Ella se niega obstinadamente a pegarle un bocado a uno de los *schnecken*.

Llueve a cántaros. Delante del hotel tropezamos con mi padre. Lleva varios días sin comer. Mi madre se quita los zapatos y los vende en una tienda de objetos usados, cerca del hotel. Le dan dos marcos por los zapatos. Compramos un *warschauer* y una botella de litro de cacao frío y nos lo llevamos todo al hotel.

Los *warschauer* están hechos de pedazos, a menudo quemados, de bizcocho, de las migas que se desprenden del pan y las pastas, y de lo que los panaderos recogen al barrer el suelo y limpiar el mostrador. Hacen una masa con todo ello y la meten de nuevo en el horno para que tome consistencia. Un *warschauer* como es debido, que tiene el tamaño de un pan de molde y que debe comerse con cuidado para no tragarse pelos de escoba, astillas de madera o metal, jirones de papel o incluso cristales, cuesta unos 20 pfennigs.

¡Mi padre tiene trabajo! ¡Nos vamos de la pensión! Pallasstrasse. El tercer patio trasero. El piso es un hallazgo. El antiguo inquilino se ha suicidado. Para nosotros es un paraíso. Una habitación. Un metro de pasillo. Una cocina, y una letrina que compartimos con los demás inquilinos. También tenemos una estufa de carbón. Cocinamos con gas. La cocina es automática, se echa un groschen y ya se puede empezar a cocinar. Cada mes los de la compañía del gas abren las cocinas precintadas, recogen los groschen y vuelven a precintarlas. El antiguo inquilino hizo todo el trabajo en lugar de la compañía del gas. Él mismo rompió el precinto, sacó los groschen, los echó de nuevo y se gaseó. Ahora él está en el depósito de cadáveres y nosotros en su piso. Es otro nido de chinches. Arrancamos el papel de las paredes, matamos los huevos con insecticida y luego lo enyesamos todo. Al principio dormimos en el suelo. Luego le compramos al trapero una vieja cama de hierro y un colchón viejo. También está lleno de chinches. Le hemos echado tanto insecticida en el relleno que, si nos acercamos a él durante el día, caemos también como chinches. La peste a veneno es indescriptible. Dejamos la ropa doblada en un rincón del pasillo. La

ventana de la habitación da directamente al patio de la Escuela Primaria 22, en la que se matriculan Inge, Achim y Ame.

Arne está tan mal del asma que al subir las escaleras de casa se pone azul como la tinta. Mi padre roba en la farmacia el medicamento que ella necesita, que es bastante caro. Cada día Arne tiene que comerse a cucharadas unos polvos amarillos que vienen en un gran bote. Los otros envidiamos esos polvos porque son algo de comer. Mi madre tiene que esconderlos para que no nos los comamos.

Me meten en una residencia infantil, porque todavía no voy a la escuela, y para que los otros tengan más comida y más sitio para dormir. Pero sobre todo porque mi madre cree que en el hogar social para niños tendré al fin bastante comida y juguetes para jugar y una cama para mi solo. A ese hogar para niños, que en realidad es una especie de correccional, yo lo llamo infierno para niños.

Los sicarios que nos «atienden» nos dan bofetadas a los niños pequeños y nos pegan bastonazos en las manos, las pantorrillas y la cabeza si no somos capaces de tragarnos la bazofia que nos dan. No entiendo qué lleva a esos verdugos a obligarnos a tragar grumos asquerosos de grasa cuyo monstruoso hedor o simple visión ya me hace vomitar.

Uno de esos brutos pone ante mí, en la mesa, un plato de sopa El plato está lleno hasta los bordes, y la sopa se derrama porque la guarra de la carcelera tiene el pulgar metido hasta la muñeca en el caldo gris en el que flotan, como cadáveres en el agua, blancos e hinchados grumos de grasa. Por poco vomito.

Tenemos que quedamos sentados hasta que terminemos de comer, aunque se haga de noche. Un niño se ha pasado la noche entera sentado frente a la mesa a la intemperie. Esta mañana estaba muerto. El porqué no lo sabemos.

No me trago los grumos de grasa. No puedo. Los guardo durante horas en la boca, como una ardilla. Ni siquiera me trago la saliva que se me acumula en la boca, para no sentir de ningún modo el gusto de la grasa, que me haría vomitar. Y sólo respiro por la boca, para no utilizar los nervios del olfato. Apenas me muevo. La más leve corriente de aire provocada por un movimiento haría que aumentaran las náuseas y que tuviera que vomitar esa bazofia.

—¿Qué, hemos domado por fin a este diablillo? ¿Hemos roto su

resistencia?

Como tengo la boca llena de grumos de grasa, ni siquiera puedo responder que le deseo a la guarra de la carcelera una muerte lenta y atroz.

—… No dices nada. ¿No será que no te lo has tragado todo? A ver. ¡Abre la boca!

Esto ya pasa de castaño oscuro. Le vomito directamente en toda su sucia cara. Lo vomito todo, incluso lo que tengo en el estómago. Toda esa mierda sale a borbotones de mi garganta descoyuntada como de una bomba para estiércol, hasta que casi se me desgarran las entrañas y ya no puedo bombear nada más.

Me retuerzo entre convulsiones y echo a correr gritando, mientras la mala bestia casi se ahoga en mis vómitos y me maldice chillando hasta no poder más.

Ahora esos chacales se han desplegado para echarme el guante. Grito y grito… ¿Qué ganan torturándonos de ese modo? No hacen más que torturarnos. Jamás una sonrisa cuando estamos angustiados. Jamás un consuelo cuando estamos tristes. Ni una palabra amable cuando añoramos a lágrima viva a nuestras mamas. Grito hasta que todos me cogen miedo. Deben creer que me he vuelto loco. La verduga jefe hace venir a mi madre. Grito y grito, no puedo parar de gritar…

Cuando llega mi madre casi he enloquecido. Me agarro a ella. Quiero volver a su vientre. Nos abrazamos con tanta fuerza que volvemos a ser un solo cuerpo, y sentimos dolor cuando separamos de nuevo nuestros cuerpos y me marcho, cogido de su mano, del infierno para niños.

Mi madre tiene trabajo. En casa. Cose bolsas para objetos de tocador. Le dan entre 15 y 20 pfennigs por una bolsa terminada. En la tienda, esas bolsas cuestan 20 marcos. Es decir, cien veces más.

Primero necesita una máquina de coser. Ni hablar de una nueva. Mi madre se decide por una vieja Singer. Pagamos los 35 marcos en dieciocho meses. No es eléctrica, por supuesto. Para mantenerla en marcha hay que darle sin parar con el pie. Sin embargo, el mayor problema es la máquina en sí. Hace tanto ruido que nuestros vecinos de la derecha y de la izquierda, de arriba y de abajo, protestan porque no pueden dormir por la noche. Porque no pueden oír la radio. Porque ni desayunan en paz ni almuerzan ni cenan en

paz, y ni siquiera hay silencio en la letrina. Pican en las paredes, golpean el techo de la habitación, dan patadas en el suelo, berrean por las ventanas, llaman como locos al timbre de nuestro piso, escriben cartas amenazantes y se quejan al casero. Todo por la máquina de coser, ya que mi madre no deja de coser hasta que no se le hinchan las piernas de tanto accionarlas y cae desfallecida de cansancio encima de la máquina. Se despierta en esa posición y sigue trabajando. Cuando se acerca un plazo de entrega, sólo abandona su sitio ante la máquina de coser para ir al lavabo. También se alimenta junto a la máquina. Cocina mi hermana.

Ratatatatatá… ratatatatatá… La máquina de coser se convierte en una pesadilla no sólo para los demás inquilinos, sino también para nosotros. Por la noche nos despierta el ruido de la máquina. Eso, si conseguimos dormirnos. Lo primero que oímos por la mañana es la máquina de coser. La única música, que nos sale al encuentro ya en la escalera cuando volvemos a casa: el repiqueteo de la máquina de coser.

Extendemos pilas de papel de periódico por el suelo para aliviar el martirio. Pero no sirve de mucho, y pronto tendremos que marcharnos también de este piso. Y es que la máquina de coser, a excepción de los exiguos ingresos de mi padre, es nuestro único sustento.

Vivimos en constante enemistad con todos los inquilinos Es comprensible. Todos son obreros que tienen que levantarse pronto y necesitan dormir. Incluso a los niños nos echan miradas de odio, como si fuéramos culpables de tener que ayudar a mi madre a coser por la noche, en lugar de dormir. Nunca dormimos una noche entera, sino sólo a intervalos de una o dos horas. Trabajamos por turnos. Dos niños se echan en la cama con mi padre, y los otros dos se sientan en el suelo junto a la estruendosa máquina de coser y se van pasando las distintas piezas, ya cosidas y pespunteadas, después de cortar a ras de costura el forro de goma que sobresale o arrancar a mordiscos los hilos que cuelgan. Es una auténtica cadena de montaje, y nadie puede perder el ritmo ni dormirse de cansancio mientras la máquina siga repiqueteando.

Mi padre se mete tapones de cera en los oídos. Tiene que levantarse a las cinco de la mañana. La farmacia está a cuarenta kilómetros de distancia, y el viaje en tren dura aproximadamente

dos horas.

Cuando están terminadas las bolsas —cincuenta, cien o quinientas, según el pedido—, hay que empaquetarlas en enormes bultos y llevarlos al lugar de entrega. Normalmente está lejos, y sólo se puede ir en tren de cercanías, en tranvía o en metro. Uno u otro de nosotros acompaña siempre a mi madre, porque ella no puede cargar sola con los paquetes.

Los días de entrega, lleva a su acompañante al Woolworth o al KDW[4]. Subimos a la sección de comestibles y comemos salchichas vienesas calientes con ensalada de patatas y mucha mostaza, y, para postre, tambaleante *götterspeise* verde, roja y amarilla.

Los días de entrega de las bolsas son al mismo tiempo los días en que le dan los nuevos encargos.

Las mujeres hacen cola en una escalera, delante del almacén donde el tratante de esclavas coge la mercancía e imparte nuevos encargos. Ahora mi madre está dentro. Yo espero en la cola con las demás mujeres. Cargadas con sus enormes paquetes, parecen una interminable hilera de cuerpos soldados entre sí. Una hilera de carne humana. Una hilera que suda, desprende un olor penetrante, se retuerce, se encabrita, aúlla en silencio. La mayoría no se conocen, jamás en la vida se han visto. Algunas están sentadas en los escalones. Otras se apoyan en la pared. Todas han pasado la noche en vela. Unas pocas hablan entre ellas con voz apagada. Otras fuman ensimismadas, clavando los ojos en el vacío. Mujeres de todas las edades y estaturas. Una gorda, sin duda no por exceso de comida, que jadea intentando atrapar algo de aire. Otra de enormes caderas y ubres caídas, ordeñadas hasta la sequía; por lo menos debe de haber parido y amamantado a diez hijos. Pela una naranja con los dientes y escupe las mondaduras a su alrededor. A mi lado, una furcia joven de incógnito, con muslos pletóricos, culo respingón y vientre abultado bajo la falda ceñida y un poco demasiado corta, con un pliegue tosca y torpemente arreglado. Las manchas de sudor de los sobacos se extienden hasta las orondas y oscilantes tetas, cuyos largos y duros pezones perforan como clavos la pringosa blusa de seda artificial. Se retoca los abultados labios con un lápiz que despide un olor sofocante. Una vieja demacrada, de pelo blanco como la nieve, se agarra al pasamano de la escalera para no caerse. Dos mujeres sientan con cuidado en los escalones a

una embarazada, que espera también con un paquete enorme. Le abren el vestido para que respire mejor. Pero el oxígeno del aire está completamente quemado, y respirar resulta doloroso.

—¡Si no está contenta, váyase a hacer la calle!

El tratante de esclavas ruge esas palabras al otro lado de la puerta cerrada.

Un leve temblor recorre la hilera humana. Los ojos de las mujeres adquieren un peligroso brillo plomizo. La joven furcia que está junto a mí se ríe silenciosamente entre dientes. Las costuras de la falda están a punto de reventar. Sigue retocándose los labios.

—Lo peor es la humillación —jadea la gorda.

—¿Por qué? —responde la furcia—. Ganamos una experiencia.

—O nos quedamos preñadas —dice una mujer de anchas caderas.

—¡Tía cerda! —susurra una de las dos mujeres que abanican a la embarazada sentada en la escalera.

Mi madre sale por la puerta. Mientras me arrastra a toda prisa escaleras abajo, se arregla turbada el vestido, que se le pega al cuerpo.

Hace rato que estamos en la calle y seguimos corriendo. No hablamos. Me limito a agarrarme con fuerza a su fuerte mano y a besársela mientras corremos.

Llegamos al Woolworth y nos comemos a toda prisa unas salchichas vienesas, tan calientes que queman, con mucha mostaza, ensalada de patatas y tambaleante *götterspeise* verde, roja y amarilla.

Ratatatatatá… ratatatatatá… ratatatatatá… El repiqueteo de la máquina de coser lo inunda todo.

Para que mi madre no tenga que cargar conmigo todo el día, paso medio día en el parvulario de la escuela primaria a la que van mis hermanos. Allí nadie se ocupa de nosotros. No hay libros de cuentos ni juguetes. A la hora de bailar en corro, nos arrastramos en círculo sin ningún interés, como viejos enanos. La maestra se pinta las uñas, se mete constantemente en el lavabo y coquetea con el primero que pasa. Sólo nos despertamos una vez al día, cuando nos dan algo de comer. El resto del tiempo rondamos apáticos por el aire viciado y nos contagiamos la tos ferina los unos a los otros.

Por fin me dejan salir otra vez solo a la calle, y empiezo a explorar el barrio. No faltan tiendas donde robar.

Robo en los mercados y en los grandes almacenes. Robo comida, ropa de vestir, ropa interior, juguetes, libros, pintalabios para mi madre y una muñeca para mi hermana. Para mi padre robo ligas de calcetines, unos tirantes, una corbata y unos gemelos, que siempre se le caen y nunca encuentra con su jodido monóculo. Para mis hermanos robo un balón de fútbol y, cuando alguno de nosotros cumple años, en el parque robo lilas, rosas o margaritas, según la estación.

Ya voy a la escuela. Creo que las maestras se ponen cachondas cuando nos hacen inclinarnos para que los pantalones cortos se tensen sobre nuestros culos antes de pegarnos con la vara. A veces nos agarran las nalgas. Se acercan mucho y huelen a pescado. ¡Me gustaría bajarle las bragas a una de esas putas maestras y darle una paliza en el culo al aire hasta que la vara se haga pedazos!

No sé qué asignatura me crispa más los nervios. ¡Es insoportable!

El profesor de religión me llama a la tarima después de apuntarme una buena nota en el libro de la clase. Me promete la nota más alta y me da tres caramelos.

—¿En qué religión estás bautizado, hijo mío?

(¡Qué cosas se le ocurren, llamarme hijo suyo!).

—En ninguna.

—¿En ninguna?

—En ninguna. No estoy bautizado.

—¿Será posible…? ¿Y cómo es que te sabes el Nuevo Testamento entero de memoria?

—Todo lo aprendo rápido.

—Pero, por amor de Dios, ¿cómo puedes ir a la iglesia si no estás bautizado?

—No he estado nunca en una iglesia.

—¿Y tus padres?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿Tus padres te han prohibido ir a la iglesia?

—No.

—¿Qué dicen tus padres sobre la iglesia?

—Mi padre se enfada mucho cuando oye las campanas de una

iglesia.

—¿Y tu madre?

—Mi madre dice que vosotros hacéis rabiar al Niño Jesús.

Estoy convencido de que el profesor de religión me habría quitado los tres caramelos —que me he metido enseguida en la boca— si no los hubiera chupado ya hasta dejarlos diminutos.

Borra la buena nota del libro.

Como en el piso actual tampoco tenemos cuarto de baño y nos lavamos en la cocina, mi hermana empieza a ruborizarse. Ya tiene un culo bien puesto, y hace tiempo que la camiseta de algodón le viene demasiado estrecha para esas tetas que se empinan impacientes. En las bragas de algodón se le marca claramente el clavel reventón bajo su vientre infantil.

Prácticamente vivo en la calle. En invierno, cuando esta mos congelados, nos echamos encima de los respiraderos del metro. Cada vez que un convoy pasa estruendoso por debajo del asfalto, una corriente de aire hediondo pero caliente sale impulsado por la reja y deshiela por unos instantes nuestros cuerpos. En verano, el asfalto está que arde, y hace bochorno en la calle. En las piscinas públicas hay que pagar entrada. El lago de Wannsee, esa piscina de las masas, en la que entramos trepando por las alambradas de púas, está a veinte kilómetros, y el viaje cuesta dinero. Los lagos del Havel también están demasiado lejos. En el lago de Grünewald apenas se cabe, de tanta gente como hay. Las llamadas «bañeras de los niños» están más negras que un baño de fango y más calientes que los orines; a veces ves un cagarro flotar hacia ti, a la altura de tu boca. Pero no faltan posibilidades. Colgados de la parte trasera de un tren de cercanías, podemos viajar por todo Berlín y aun mucho más lejos. Cuando se acerca otro tren en dirección contraria, hay que apretarse bien fuerte contra la puerta cerrada de la que se está colgado, para no acabar aplastado entre los dos trenes.

A veces nos tumbamos junto a la acera y dejamos que nos duchen los camiones-cuba del servicio de limpieza de la ciudad. El agua está fría y aún no está reposada, porque la utilizan nada más bombearla.

Cuando el camión nos ha rebasado, echamos a correr tras él, lo adelantamos, volvemos a tumbarnos junto a la acera antes de que pase, y así una y otra vez hasta que se va.

Los conductores de los camiones-cuba detestan ese juego, y si nos pillan nos dan patadas en el culo. Durante uno de esos baños, otro niño de la calle se desangra literalmente en el sumidero. Está tendido junto a la acera, y yo voy a echarme a su lado, cuando de pronto se incorpora. Uno de los extremos de la cañería, sujeta por uno de los lados al camión y de donde brota el agua por centenares de pequeños agujeros, le siega la yugular.

El pulmón de los berlineses son sus huertos comunitarios. Son la madre de la que amamantan. Yo también.

Hay tantos huertecillos en las afueras de Berlín que me resulta imposible contarlos. Los hay a miles. Los conozco casi todos y prácticamente en todos he robado fruta.

Meterse en un huerto ajeno resulta trabajoso. Y también inquietante. El mayor problema son los perros. Hay huertos delante de los cuales ni siquiera puedo pararme a tomar aliento sin que un perro me enseñe enseguida los dientes. Otros corretean de aquí para allá por detrás de las verjas, aullando enronquecidos con el hocico lleno de espuma, como si tuvieran la rabia. Esos perros se mueren de ganas de hincarle el diente a algo. A ser posible a una persona, claro está.

Pero la clase de perro más peligrosa, con diferencia (todos, sin excepción, pastores alemanes), es el que ni ladra ni te da ninguna posibilidad de defenderte, ya que no te ataca en absoluto. Se limita a mirarte. Todo el rato. Con sus penetrantes ojos ambarinos. Ojos de lobo. Te vigila. Controla todos tus movimientos. Ay de ti si te mueves. Y Dios te ayude si se te ocurre intentar largarte disimuladamente. Apenas puedes respirar. Ni hablar de echar a correr. Sería un chiste malo.

Lo que hay que hacer con esos magníficos perros es hablarles. Por supuesto, en voz baja. Primero de modo que apenas te oigan, pero lo bastante alto para despertar su curiosidad. Aún no conviene hablar claramente, no conviene que entiendan todavía lo que dices. Deja que se calienten los cascos, tenles en suspenso. Luego hay que ir entrando poco a poco en el quid de la cuestión. Tienes que despertar su curiosidad, tienes que intentar conmoverles…

… Me pongo a llorar para enternecerle. Lloro con tanto realismo que se me saltan las lágrimas. A él la escena le resulta embarazosa, y se me acerca. ¡Mira por dónde! Este perrito encantador hasta me

lame las lágrimas. Me gustaría llevármelo, pero él no conseguiría superar la alambrada de púas. Y no puedo lanzarlo al otro lado, pesa demasiado para eso.

La última vez salí bien librado. Esta vez no. Me he pasado toda la noche rondando un huerto como una pantera. Ni un ladrido. Ningún perro ha dado señales de vida. Son las tres y media de la madrugada. El sol se despereza como un cuerpo desnudo por entre los rostros ebrios y calientes de los enormes girasoles, y ahora ya se aprecian con claridad los contornos de las cosas. Hace tiempo que le tengo echado el ojo a este huerto, porque en él hay un arbolito cargado de las manzanas más grandes que he visto en mi vida. Son tan grandes como mi cabeza y cada una pesa un kilo por lo menos.

Esas manzanas ejercen sobre mí una mágica atracción. Hace varias noches que no duermo, por miedo a que el propietario se las lleve a su casa. Tendré que arrancarlas una a una. No puedo hacerles daño. Están tan relucientes que parece que su dueño les haya sacado brillo.

Me acerco al arbolito olfateando en todas las direcciones como un indio. Qué poquita cosa es, pienso. Pasa como con las mujeres. Algunas, aun siendo más bien canijas, tienen enormes tetas lecheras, se quedan embarazadas al primer polvo que echan y paren hijos robustos.

Empiezo a extender las manos hacia las manzanas… Entonces me viene a la mente uno de los perros de *Der Soldat und das Feuerzeug*, y es que justo delante de mí ha aparecido un perro gigantesco. ¡No puede ser! ¡Tiene el tamaño de un ternero! No le he visto acercarse, tan fascinado me tenían las enormes manzanas. Además, es que no se ha acercado. Estaba echado bajo el arbolito hacia el que yo me dirigía. Para cenarme el paso, le ha bastado con levantarse. No ladra, no gruñe. No hace ningún ruido. Me mira en silencio. Clava sus rubios ojos de ámbar en los míos.

Todavía tengo el brazo extendido en el aire. No puedo bajarlo. El ternero no lo permite. Ese gigante se empeña en que no baje el brazo. No me permite absolutamente ningún movimiento. Se limita a levantar los belfos como si desenvainara un arma. Sabe que con eso basta. Los colmillos que enseña deben de medir sus buenos tres centímetros.

¿Qué hago? No puedo quedarme parado aquí eternamente. Mi

situación es tan desesperada que, por muy paradójico que parezca, reprimo a duras penas una risa histérica. ¡No te rías ahora!, pienso. Podría tomárselo como una ofensa. Las enormes manzanas relucientes se balancean lentas sobre mí, como para mayor escarnio, como si, meneando la cabeza, dijeran: Mira que eres inexperto. El brazo levantado empieza a dolerme. Me da un calambre. Cuando el brazo cae por sí solo, el perro se me echa encima.

Para ser un chico de doce años, no soy lo que se dice un enclenque, pero su simple peso casi me tumba. Intento agarrarme a él todo lo fuerte que puedo. Apenas consigo rodearlo con los brazos. Tiene la piel de un oso. Es imposible luchar con él. Sus dientes se cierran como un cepo en torno a mi antebrazo. No clava los dientes demasiado hondo, pero estoy atrapado. Aunque tengo ganas de estrangularlo, no lo odio. Es demasiado bonito. Tampoco creo que él me odie. Se limita a hacer su trabajo.

Ahora, la cara de mi contrincante está justo delante de la mía. Nuestros labios casi se tocan. Entonces, desesperado, le muerdo yo también. Primero en los belfos. Noto en mi boca la carne caliente y babosa. Como eso no sirve de nada, le muerdo el hocico hasta que pega un aullido y el cepo de sus dientes se abre por un instante. Mi salvación es el grueso mango de una pala que cae a mi lado en el fragor de la pelea. Agarro el mango de la pala y se lo incrusto de través entre los dientes abiertos, bloqueándole la boca. Muerde el mango con tal fuerza que ya no puede sacar los largos y afilados dientes de la madera. Por fortuna siempre llevo cordel en el bolsillo de los pantalones. Con un brazo le hago una llave de lucha libre, sujetándole la cabeza, incluido el mango de la pala que tiene mordido, y con la mano libre le amarro las dos mandíbulas. Me paro un momento a pensar «lo siento, chaval, donde las dan las toman», y me largo a toda pastilla del huerto, sangrando como un cerdo degollado, tras arrancar una de esas supermanzanas del arbolito. Algo es algo.

Un huerto tras otro, cada día, cada hora. El truco consiste en no colarse nunca dos veces en el mismo huerto.

… Sólo veo las copas de unos altos ciruelos. Sólo las copas. Porque no puedo ver el huerto propiamente dicho. Por mucho que intento rodearlo y localizar los magníficos higos, no hago más que tropezar con enormes y espinosos setos de rosas silvestres,

verdaderas montañas de rosas que crecen hasta convertirse en cordilleras y tapar completamente la vista. Se entretejen con tal exuberancia que no puedo adivinar siquiera en qué huerto deben de crecer esos fértiles ciruelos. No me queda, pues, más remedio que tomar ese camino de espinas.

En un lugar, la maldita pared de espinos es tan compacta que trepo por ella.

Tras los primeros avances ya me sangran las manos y las piernas, las espinas me arrancan tiras de piel y se me clavan profundamente en la carne como cuchillos romos. Pero me da lo mismo. Esas ciruelas tienen que ser mías, cueste lo que cueste. Sin embargo, cuanto más avanzo hacia arriba y en dirección a las higueras, tanto más se hunde mi cuerpo en la intrincada maraña de rosales, de ramas gruesas como un brazo. Constantemente tengo que apoyar todo el peso de mi cuerpo en un solo miembro: en un pie, en un hombro, en una rodilla, una mano, un solo dedo. No sé cómo saldré de esta jungla, que vuelve a cerrarse de inmediato a mi paso, como un bosque encantado de cuento de hadas.

Ya casi lo he conseguido. Me basta con agarrarme a una única rama gruesa situada por debajo y delante de mí y, usándola como soporte, colgarme por encima del abismo espinoso; así podré ver el huerto como a través de un diminuto ventanuco abierto. Ya no siento el dolor de las espinas, pero las noto como tiburones mordisqueándome el cuerpo por todas partes. Intento oponer la mínima resistencia posible para atenuar los pinchazos. No es fácil, porque la situación requiere toda mi energía y toda la fuerza de mis músculos, y tengo que tensar el cuerpo al máximo.

Agarro la rama y saco el pecho hacia arriba. Tengo los pies profunda e irremediablemente hundidos en el ramaje de encima y detrás de mí, de modo que mi abdomen pende como un puente colgante sobre el abismo espinoso. ¡Unos cuantos centímetros más y lo conseguiré! Pero lo que veo me corta el aliento: ¡veo mujeres desnudas! Estoy demasiado cachondo para contarlas, pero creo que debe de haber entre diez y quince. Están repantigadas en tumbonas, sentadas en sillas o echadas en el suelo encima de toallas. Tienen el cuerpo untado de aceite. Algunas están muy morenas, otras sólo un poco, y otras blancas. Una, roja como un tomate, está sentada a la sombra. Todas están en pelotas. Cambian de posición. Se

desperezan voluptuosamente. Se abren de piernas. Encogen los muslos. Se despatarran. Se tumban de lado, de espaldas, boca arriba. Enseñan el culo, las tetas, el chocho. ¡Nunca habría soñado la clase de frutas que me esperaba aquí! Todo esto es tan sobrecogedor que creo estar soñando. Apenas hablan, apenas se oye ningún ruido. Todo es deslumbrante y rebosa luz, como cuando se mira directamente a la bola blanca del sol.

Se me pone tiesa, lo cual representa un problema, debido a lo difícil de mi posición y a la estrechez de mis pantalones, que hace ya tiempo que me vienen pequeños.

Tengo a una de las mujeres exactamente delante y debajo de mí. Tiene hombros anchos de nadadora y breves pechos planos, con enormes pezones casi negros. Una pelvis robusta y carnosa. Acomodado en ella, un vientre pequeño con un ombligo abultado. Muslos voluminosos, robustas pantorrillas y pies y manos fuertes y anchos. Los pelos del coño, que le llegan hasta las caderas y hasta la barriga, me recuerdan extrañamente el seto en el que estoy colgado; por debajo del pubis inusualmente curvo se abren como un cráter los carnosos labios de la vulva. Puedo ver el rosado interior de su chocho, en el que refulge una deliciosa gota.

Otra, de piel muy blanca, se remueve en la tumbona y separa las nalgas de su culito, de modo que puedo verle el agujero abierto.

Debo de encontrarme exactamente encima del retrete, ya que una muchacha desnuda de inmaduras tetitas y coñito invisible, apenas cubierto de pelos, se acerca al entramado en el que me hallo prisionero y desaparece debajo de mí. Oigo abrirse una puerta. Luego el cerrojo. Y luego el reconfortante pipí.

Al intentar, con supremo esfuerzo, echarme un poco hacia adelante para ver mejor a las otras mujeres desnudas, pierdo el equilibrio y me hundo hasta la cintura en la jungla de espinas que hay debajo de mí; quedo colgado, sangrando, sin poder moverme, y cabeza abajo, hasta que se hace de noche… Cuando, por el completo silencio, deduzco que todas las mujeres se han ido ya a sus casas, salgo trabajosamente de la espesura de los rosales.

Voy de sorpresa en sorpresa… Un propietario se dirige hacia mí directamente y a toda marcha. Me escondo a duras penas detrás de una mata de grosellas. Está sólo a dos pasos de distancia. Voy a levantarme. Voy a hablarle. Ya abro la boca. Voy a decirle:

«Perdone, señor, es que tenía muchas ganas de hacer de vientre y me he metido en su huerto…». Pero me quedo con un palmo de narices. Justo delante de mí, se lleva un puñado de grosellas a la boca, sin siquiera arrancarles primero los tallos: los engulle también. Le oigo masticar. Oigo gruñir su estómago. Luego se abre la bragueta, se saca la gruesa polla y mea encima de mí… ¿Qué puedo hacer? Tras sacudirse las últimas gotas, se vuelve a su huerto, y hala, a podar rosales, zis, zas…

Me cuelo en otro huerto. No se oye nada. Ni un alma… Estoy llenándome la camisa de aterciopelados albaricoques (que primero me llevo a los labios como si fueran coñitos jóvenes)… ¡y de repente la veo por el rabillo del ojo, a través de una ventana abierta! No puede ser mucho mayor que yo. Está sentada con las piernas abiertas, masturbándose. Tiene los ojos bien cerrados… jadea… gime… llega al orgasmo… Me abro la bragueta… en trance, como un gato cachondo… Estoy tan mojado como si me hubiera meado encima.

Mis excursiones a los huertos comunitarios siempre son de corta duración. Tengo que volver a mi jungla de asfalto.

—¡Carbón!… ¡Quién necesita carbón!…

Llamo a todas las puertas. La gente me odia por eso. No puedo continuar así, tengo que hablar con el carbonero. Me paga el salario en carbón. En el peor de los casos, puedo revenderlo. Cuanto más carbón reparto al día, más briquetas me da. Me echo a las espaldas hasta cien briquetas, y cargo con ellas hasta que no hago más que toser carbonilla.

Sacudo alfombras hasta casi ahogarme por la peste a polvo y porquería. Pero con cada golpe mato a palos un poco de mi pobreza.

Llevo ropa sucia a las tintorerías. La pongo a remojar en barreños y la froto contra la tabla de lavar hasta que me sangran los dedos. Pongo la plancha a calentar. Paso por la calandria las sábanas y las fundas de edredones. Tiendo las cortinas en el secadero. Preparo almidón y entrego en las casas la ropa limpia.

Limpio zapatos. Cinco pfennigs el par. Ayudo a los basureros a meter en los cubos las basuras esparcidas por el suelo. Tiro de los

carritos de los barrenderos cuando hacen un descanso para fumarse un cigarrillo. Recojo colillas por las calles; con el tabaco restante lío nuevos cigarrillos y los vendo a los parados, jubilados e inválidos. Empujo las sillas de los tullidos y los mutilados cuando quieren ir a jugar a cartas al parque. Les recojo a los organilleros las monedas de cinco y diez pfennigs que les tiran por las ventanas y llevo a hombros al triste monito demacrado, que siempre está encadenado encima del organillo, cuando el organillero tiene que ir a mear.

De las cuatro a las seis de la mañana reparto periódicos, leche y panecillos. Mientras ando de calle en calle, de casa en casa, de piso en piso, de puerta a puerta, cargado con los paquetes de periódicos, las cajas llenas de botellas de leche y los grandes cestos llenos de bolsas de panecillos, me encuentro a menudo tan cansado y hambriento que tengo que sentarme en los escalones de algún portal y agarrarme a la barandilla para no caer desmayado.

Si no hay más remedio, abro una de las bolsas de panecillos y me pongo a roer con los dientes un trozo de la corteza tibia y crujiente de un panecillo. O, si no hay bastante corteza, me limito a lamerlo. O solamente lo huelo. O me llevo el panecillo caliente a la mejilla y le doy un beso.

Muchas veces tengo la garganta tan seca que se me pega la lengua al paladar y siento dolor al tragar saliva. Entonces abro con cuidado el tapón de cartulina de una botella de leche y sumerjo la lengua hinchada en la leche fría. No puedo beber bajo ningún concepto, ni siquiera un sorbito, porque el cliente lo notaría.

El trabajo más rentable es ayudar a los sepultureros. Pero sólo cuando los parientes son pobres diablos que no pueden dar propina al sepulturero y a los que les trae sin cuidado mi presencia. Los sepultureros, a los que el aliento siempre les huele a aguardiente, pagan entre 50 pfennigs y un marco, según el cadáver. Me confían el lavado del cadáver antes de meter al muerto tieso en el ataúd. Cuando hay que amortajar al cadáver, los sepultureros me ayudan, porque yo solo no puedo dar la vuelta al pesado cuerpo sin vida, cuyos brazos y piernas no hay manera de doblar.

Me mandan desnudar a una niña muerta de siete años para lavarla y ponerle luego un vestidito ya preparado para la ocasión. La madre no está. Ni el padre. Ni los hermanos. Sólo hay un viejo sentado en un rincón, hablando solo. La niña tiene entre los brazos

un osito de peluche al que le falta una oreja. Para poder desnudarla, lavarla y ponerle el vestidito, tengo que quitarle de entre los brazos el osito, al que se agarró con fuerza en el momento de la muerte.

—No puedo —les digo a los sepultureros.

Uno de los hombres tira con cuidado del osito de peluche, que la niña no quiere soltar. Luego zarandea el oso. En vano. Al intentarlo de un tirón, la muerta, a causa del brusco movimiento, se incorpora como si quisiera decir:

—¡Ya podéis tirar tanto como queráis, que no lo conseguiréis!

Salgo corriendo de la casa.

El trabajo más horrible de todos es transportar hasta el vertedero los cubos de basura de los hospitales. No voy sentado junto al conductor, sino que tengo que sujetar los cubos durante el viaje. En esos cubos no hay sólo gasas pringadas de pus, apósitos empapados de sangre y vendajes encostrados. Por increíble que parezca, en esos cubos también hay piernas, manos y pies amputados y vísceras humanas. Al abrirse por sí solo el papel de cera en el que va envuelto, un brazo humano desangrado asoma en uno de esos cubos.

Cuando no tengo trabajo, me dedico a descerrajar las máquinas de cigarrillos y las cabinas telefónicas. No me gusta hacerlo, nunca se sabe si alguien te está observando. No puedo permitirme que me encierren en el reformatorio.

Los mozos de cuerda de las estaciones se enfurecen cuando nos ven cargar maletas. Salen a cazarnos.

Lavo pescado en los mercados. No hay quien se saque de la ropa el hedor del pescado. Creo que no existe ningún olor al que yo no haya apestado.

Vendo salchichas, quitamanchas y caramelos. El vendedor amontona los caramelos encima del mostrador. Cada cliente tiene que llevarse como mínimo medio kilo. Pero, al menos, es barato. Junto a los caramelos amontona las monedas que le dan, de uno, cinco, diez y 50 pfennigs, de uno y cinco marcos. Los billetes se los guarda dentro de los calzoncillos, a la altura del cinturón. No tiene caja registradora, ni siquiera un mal cajón o una bolsa. Con una mano meto a puñados los caramelos en la balanza, y con la otra cojo el dinero amontonado. Como las palomas en «La Cenicienta». («Las malas al buche, las buenas a la cazuela»)[5]. Con la salvedad

de que aquí la cazuela no es una cazuela, sino los bolsillos de mis pantalones. Cuando el tipo se da cuenta, quiere matarme a golpes. Nunca he corrido tan rápido.

Una especie de mafia controla la recogida de pelotas de tenis. Los jefes son los chicos más mayores y más fuertes. Cada recogepelotas tiene que entregarles el 50 por ciento de las ganancias. Al que hace trampas, lo muelen a palos. Hay tantos recogepelotas en las pistas de tenis que puedes estar agradecido si te dejan recoger alguna. Sentados a la sombra, los jefes no hacen nada Se limitan a cobrar su parte, como chulos de putas. Pese a todo, al atardecer, tras catorce horas de recoger pelotas, me he ganado casi tres marcos. Cuando un jugador da además una propina, me la quedo, a menos que un jefe lo haya visto.

Las dos del mediodía. La hora más dura para recoger pelotas. El sol me golpea la sesera como un martillo. Estoy esperando junto a una bola de sebo; su rival aún no ha llegado. De golpe y porrazo, se dirige a mí.

—Ven, mocoso, juega tú. Aquí tengo otra raqueta. Si ganas, te daré cinco marcos.

—Vale.

Primero creo haber oído mal. Le he dicho que sí de una manera puramente mecánica.

—Anda, ven a jugar. Si ganas un solo punto, te doy cinco marcos. Ven de una vez, ¿o es que no quieres?

¿Me pregunta si quiero? ¡Claro que quiero! ¡Cinco marcos significan media semana de recoger pelotas! En cuanto le gane, me iré a comprarme unas salchichas calientes. No, salchichas calientes no. Ya hace bastante calor. Me compraré unas albóndigas frías. Al otro lado de la calle hay un bar. Ni siquiera hace falta que me pierda un partido. Para acompañar las albóndigas me beberé una cerveza. Con un chorro de jarabe de grosella. Hoy me iré más temprano de la pista y me compraré un par de zapatos usados. Los que llevo están tan deteriorados que el dedo gordo me toca el suelo. Siempre lo tengo inflamado y despellejado, porque a cada paso la punta del dedo roza la gravilla. Además, le compraré chocolate a mi madre, ese chocolate con avellanas enteras que tanto le gusta.

El gordo me da la raqueta y me guiña el ojo alentándome. En mi mente, ya le he derrotado. Tiene verdadera cara de cerdo, y unos ojillos de cerdo pálidos y acuosos, con pestañas gruesas y albinas. Como un cerdo.

¿Y si no gano? ¡No sé jugar en absoluto! Ni siquiera sé cómo se coge la raqueta. Llevo años viéndolo, es cierto. Pero nunca he tenido una raqueta en la mano.

—Vamos a ponernos bien cerca de la red —dice para hacerme un favor.

Nos encontramos frente a frente, tan cerca el uno del otro que, si nos inclináramos hacia adelante y extendiéramos el brazo, nuestras raquetas se tocarían.

—Así no se puede jugar. Vamos a separarnos un poco más —dice, como si rectificara un error.

Ahora estamos a unos diez metros el uno del otro. Así aún es peor. ¡No sé cómo voy a devolver las bolas!

Si se trata de recoger pelotas durante un partido, no tengo problema. En eso soy el mejor. No me canso nunca, y corro como una liebre. Los jugadores nunca tienen que esperar ni un segundo a que les tire una bola. Siempre tengo dos o tres preparadas, y se las lanzo hábilmente. Nunca tienen que agacharse a recogerlas. Ningún jugador se ha quejado jamás de mí.

Pero ¿jugar? ¡Y además con ése! He visto jugar a ese gordo. Es un cliente antiguo, y también he recogido pelotas para él. Tiene un revés increíble y no deja pasar una bola.

¿Por qué, pues, me habrá hecho esta oferta? ¿Querrá divertirse a mi costa? ¿Es que está ciego? ¿No se da cuenta de que si me paso el rato corriendo, con la lengua fuera, no es por gusto? Entonces, ¿por qué quiere burlarse de mí? ¿Por qué se deleita en mi impotencia? Sí, se deleita. Devuelve las pelotas con golpes flojos, casi cariñosos, pero tan llenos de habilidad y astucia que no rasco bola.

No hago más que dar raquetazos al aire. El mango de la raqueta es demasiado grueso para mi mano. La cojo con las dos manos y la levanto con ambos brazos por encima de la cabeza, como si estuviera partiendo leña. Por qué no. Me dan ganas de destrozar a hachazos esa endemoniada pelotita saltarina.

El gordo se parte de risa. Ese gusano panzudo casi revienta de risa viendo al ridículo recogepelotas que pretende sacarle cinco

marcos. Se ríe sin parar, se atraganta de tanto reír y sin duda acabaría por morirse de risa si no fuera porque acaba de aparecer su rival en la pista de juego. Ahora son dos los que se ríen. Se ríen tanto que se tienen que sujetar las rollizas barrigas. Rugen de risa. Venga a reírse…

Le devuelvo la raqueta. Le digo a otro recogepelotas que ocupe mi puesto.

Aún les oigo reírse mientras abandono las pistas de tenis.

Nos echan del piso por culpa de la máquina de coser. Mi madre intenta envenenarse con barbitúricos. Mi hermano me cuenta que mi padre corría llorando tras ella mientras los chicos de la Cruz Roja la bajaban en camilla por las escaleras. La cabeza se le salía una y otra vez de la camilla y se golpeaba contra las paredes de la escalera.

—¡Ya tenemos piso! —exclama mi madre. Le han hecho un lavado de estómago en el hospital y ha vuelto a levantarse—. Es carísimo. ¡Pero tendremos luz y sol, y tiestos con flores, y balcón!

Es verdad. Ha encontrado un piso en una cuarta planta, con un balcón de un metro por dos que da a la calle por el lado sur. Así pues, tendremos luz y sol. Pero no quiero pensar en la máquina de coser. Ninguno de nosotros quiere pensar en la máquina de coser. Sin embargo, cuelga sobre nuestras cabezas como la espada de Damocles.

El piso tiene cuatro pequeñas habitaciones, una cocina y, por primera vez en nuestra vida, un lavabo propio y un cuarto de baño, cuya estufa de carbón se alimenta desde el recibidor. Mi madre tiene razón, el piso es carísimo. Cuesta 68 marcos. Pero ya nos las apañaremos de algún modo.

Cada mañana, Inge pasa por delante de mi cama de camino hacia el lavabo, vestida sólo con la camiseta de algodón que le va pequeña y las braguitas, no mucho más grandes. Cuando está segura de que todos dormimos, la cosa aún es peor. Al volver después de mear, sólo lleva puesta la camiseta, que ni siquiera le cubre el coño, ya cubierto de pelitos, ni las agresivas nalgas.

¡No sé qué hacer! ¿Ir tras ella? ¿Y si algún otro tiene que ir a mear o a cagar y me ve salir con ella del lavabo? ¿Cuándo,

entonces? ¿Dónde? Ni siquiera sé si se dejará follar. Además, duermo con Arne y Achim en una habitación situada entre la de mis padres y la de Inge. La cama de Inge está paralela a la de Ame, justo al otro lado de la pared. Y cruje. La cama de Achim está a un metro de distancia de la puerta de la habitación de Inge, que chirría como un carro viejo. Inge pasa las mañanas en la escuela. Por las tardes ayuda a mi madre. O hace los deberes. Arne y Achim, lo mismo. Por la noche es imposible, ya que ninguno de nosotros falta nunca a cenar. ¡Tengo que encontrar una manera! ¡No lo soporto más!

He pillado una nefritis y tengo que dormir mucho. También durante el día. Eso no me hace ningún bien. No hago más que pensar en Inge y me paso día y noche con la polla tiesa, sin parar de tocármela.

Esta tarde no hay nadie en casa. ¿Dónde deben de estar todos? Hay alguien en el lavabo, oigo el ruido de la cisterna. Me doy la vuelta rápidamente y finjo dormir. Alguien entra en la habitación —aún no sé quién es—, se inclina sobre mí… levanta la colcha… se mete en mi cama… Contengo la respiración. ¡Es Inge! No salgo de mi asombro. Sigo con los ojos cercados, pero sé que es lnge. Sus carnes me rozan. La huelo. Pasa por encima de mí, se echa dándome la espalda y finge a su vez que se ha dormido. En cualquier caso, no se mueve. Yo tampoco. Pero sus nalgas me rozan el rabo, y se me pone tan duro que me duele. Sigue sin moverse. Aunque tampoco aparta las nalgas, ni las encoge. Al contrario. Tengo la sensación de que cada vez las abre más. No hay duda de que tiene ganas de sentir mi polla dentro de su coño.

No podemos quedarnos ahí tumbados eternamente. Si no quisiera nada de mí, no se habría metido en mi cama. Eso está claro.

Finjo que tengo el sueño intranquilo, murmuro «en sueños» y, como por casualidad, dejo reposar mi antebrazo sobre su pelvis. Deslizo la mano por su pequeño vientre hasta llegar al coño. Meto el dedo índice entre los pelos encrespados de su pubis y hurgo en la temblorosa almeja, cuyos cálidos labios se abren enseguida obsequiosos al separarse ligeramente los muslos. Y entonces me pega en la mano. Naturalmente, como si lo hiciera en sueños. Retiro rápidamente la mano y me la lamo con avidez. Está tan pegajosa como si la hubiera sumergido en un bol de papilla de avena.

Ahora es ella la que me coge la mano y la lleva de nuevo a su excitada almeja. Y, bostezando, se da la vuelta hasta quedar boca arriba. Vuelvo a meterle el dedo sin pensármelo mucho. Cada vez que me pega en la mano separa un poco más sus macizas piernas. Mueve la cabeza como si tuviera pesadillas, mientras se agarra los muslos con las manos. ¡Justo en el momento en que me tumbo sobre ella, alguien abre la puerta del pasillo!

… Inge salta de la cama, corre a meterse en su habitación y se encierra.

No hablo con nadie ni como nada. Por la noche no pego ojo y clavo la vista en el techo de la habitación. De vez en cuando voy al lavabo y me miro la polla tiesa. Luego vuelvo a clavar la vista en el techo.

Deben de ser más o menos las tres de la madrugada. A lo sumo, las tres y media. Me incorporo y me pongo a escuchar un buen rato. Arne y Achim duermen. Oigo su respiración regular. Desde la habitación del balcón, los ronquidos de mi padre y los silbidos de mi madre, que tiene la nariz tapada. Camino de puntillas y me inclino sobre las camas de mis hermanos. Arne está echado boca abajo como un saco. Achim mueve la cabeza en sueños de un lado para otro, como ya hacia cuando era un bebé, para arrullarse.

Mientras aprieto el pomo de la puerta de la habitación de Inge, me apoyo con todas mis fuerzas en el batiente para evitar el más mínimo ruido. Por supuesto, la maldita puerta chirría como siempre. Debería haber pensado en ello y haberla engrasado…

Antes no podíamos dormir por culpa de la máquina de coser. Ahora, encima, hay alarma aérea cada noche. ¡Cada noche! Una noche sí y otra también, nos despiertan tres, cuatro o cinco veces, y bajamos tambaleándonos a los refugios antiaéreos. Pronto dejamos de levantarnos, y ahora sólo nos damos la vuelta en la cama mientras las bombas estallan y destruyen las casas a nuestro alrededor.

Tengo un perro. Por primera vez en mi vida, tengo un perro. Sólo tiene seis meses. Un perro «sin raza», como dice la gente con menosprecio. Una mezcla de perro pastor y qué sé yo. Lo amo tan locamente que sin él no podría vivir. Pero tenemos que regalarlo,

porque cuando estoy en la escuela o tengo que ir a trabajar se pasa todo el tiempo ladrando.

Los otros inquilinos se empeñan en que se vaya el perro. Se lo damos a uno que tiene un huerto comunitario, a más de veinte kilómetros.

Esta noche, mientras llueven bombas y todo está en llamas, aparece de nuevo delante del portal de casa. Ha hecho el trayecto solito. ¡A pie! Huele a pólvora de granadas, a incendio y a ruinas. Le beso el hocico y lo abrazo tan fuerte que nadie puede volver a quitármelo. Luego me lo llevo a la cama conmigo y, bajo las sábanas, nos besamos en la boca.

Esta mañana tengo que volver a entregarlo. Esta vez a uno que vive aún más lejos, así no sabrá volver.

Una vez también tuve un gato. Tampoco me dejaron quedarme con él.

¡¿Por qué hemos de ser tan pobres?! ¡¿Por qué no puedo dormir nunca por la noche?! ¡¿Por qué siempre caen bombas?! ¡¿Por qué mi madre tiene que dejarse el pellejo de ese modo?! ¡¿Por qué nadie ha dado una oportunidad a papá?! ¡¿Por qué hay guerra?! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! ¡¡¡¡¿Por qué?!!!!

Cuando ando por la calle casi siempre estoy a punto de pegarme un cabezazo contra algo, porque siempre me doy media vuelta o camino de espaldas para que no se me escapen las chicas y las mujeres con las que me cruzo. Es algo completamente automático. No puedo hacer nada por evitarlo. En cuanto pasa una junto a mí, me giro y la sigo con la vista hasta que dobla la esquina o desaparece de cualquier otro modo y la sustituye otra que se acerca por delante, por detrás, por la izquierda o por la derecha. Lo peor es cuando llegan de todas partes y tengo que girar como una peonza para no perderme a ninguna. En esos casos, lo más habitual es que mi frente o mi cogote acaben chocando contra una farola de hierro.

Tanto me da que sean viejas o jóvenes, altas, bajas, delgadas o gordas, y cómo tengan el pelo o la piel: todas ejercen sobre mí una mágica atracción.

La primera vez que besé un coñito fue a los siete años. Estoy a solas con ella en la escalera de una casa. La siento en un peldaño, le

abro las piernas y la olisqueo como un perrillo.

Ahora tengo trece y voy loco por meterla en todos los agujeros. Las pillo en el retrete de la escuela, entre los matorrales, en los portales de las casas y en los sótanos. A veces también en sus camitas.

En el segundo patio interior de nuestra casa vive una joven pelirroja con grandes pecas rubias en la piel blanca y translúcida. Su marido trabaja de basurero. Ella se pasa el día rondando ante el portal como si esperase a alguien. Seguro que tiene un amiguito que viene a follársela mientras el marido está trabajando. Los ojos, de mirada vacía, se le hunden en el cráneo, como las cuencas huecas de una calavera. Nunca la veo hacer la compra ni trabajar. Sólo rondar por la calle, esperando algo. Tiene las piernas realmente torcidas, realmente estevadas, y siempre está tan débil que parece que haya que sostenerla para que no se caiga. He oído decir que está tísica, pero yo creo que eso es de tanto joder.

Ya vuelve a estar ahí. La miro fijamente hasta que gira hacia mí su calavera. Todo en ella es coño. Hasta la cara. Hasta los ojos, que adquieren ahora un brillo mate y grisáceo. Me coge con su mano húmeda y caliente y me lleva consigo.

Su piso está en la planta baja, y la ventana del dormitorio, que siempre está abierta, da a un solar vacío que hay en la parte posterior de la casa. A veces paseo por allí revolviendo la basura, y una mañana oí por la ventana abierta bufidos masculinos y gritos de mujer. Los bufidos no podían ser de su marido. Se va de casa a las cuatro de la mañana y no vuelve hasta la tarde.

El dormitorio está húmedo y frío y apenas entra luz, aunque fuera luce el sol. Y, aunque la ventana está abierta, huele a patatas asadas.

Se desnuda a toda prisa, como una toxicómana a la que se le hubiera pasado hace un buen rato el efecto de la última dosis. De cintura para arriba, es casi una niña; se le ven todas las costillas, y apenas tiene tetas. En cambio, tiene una pelvis extraordinariamente ancha y en forma de ensaladera, cuyos marcados huesos amenazan con traspasar la fina piel. Tiene las piernas cortas, lo que aún le ensancha más el abdomen. El resto es coño, coño, coño.

Tengo los huevos duros como piedras. Se los mete dentro también.

No tiene sentido seguir yendo a la escuela. Todo son vejaciones, y pierdo un tiempo valioso.

A los niños nunca se les pregunta qué *quieren* estudiar. Según dicen, los niños no saben lo que quieren. ¿Cómo pueden saber los adultos lo que quieren los niños? ¡Qué atrevimiento! ¿Cómo pueden saber los adultos lo que será bueno para los niños más adelante? Nos atiborran de asquerosa basura. Rimbaud tenía razón. ¿Para qué hacer una división? ¿Para qué aprender latín y griego? No lo sé. ¿Qué necesidad tengo de hacer una reválida? ¿Para qué sirve eso? Para nada, ¿verdad? Sí, claro: dicen que para conseguir un empleo hay que tener el bachillerato. Pero yo no quiero ningún empleo. Y, aunque quisiera tener uno, ¿para qué aprender latín? Nadie habla esa lengua. ¿Y para qué aprender historia y geografía? Por supuesto que hay que saber que París está en Francia, pero nadie pregunta en qué grado de latitud. ¡Aprender historia, la vida de los hombres de Estado y de sus compinches, llegados a la gloria a través del crimen y la corrupción, es una tortura! ¿Qué me importa a mí que un canalla de ésos se hiciera famoso? ¡Y a mí qué! ¿Se sabe si los latinos existieron? El latín podría muy bien ser una lengua que alguien se sacó de la manga. Pero, aun suponiendo que esa lengua haya existido alguna vez, ¿por qué no se la guardan para ellos? ¿Qué les he hecho yo para que me joroben con esa tortura?

Pasemos al griego. ¡Nadie habla esa lengua abominable, nadie en todo el mundo!…

Me expulsan del instituto de bachillerato Prinz Heinrich porque he hecho novillos durante siete meses seguidos y me toca repetir curso por segunda vez.

Mi madre le suplica al director del instituto Bismarck hasta que éste se harta de oírla y me acepta a prueba. Al cabo de dos meses y medio también he colmado su paciencia.

—¿No te da vergüenza ensuciar los libros de texto con esas cochinadas, so salvaje?

Les he pintado pollas y coños a las estatuas romanas del libro de latín. Con capullo y cojones, vulva y clítoris. La leche salta de una a otra estatua.

—¿Debería haber dibujado sólo las pollas?

El profesor de latín me da una bofetada. Le doy una patada en la espinilla y le hago caer de culo.

Lluvia de bombas. Los vecinos han bajado al refugio antiaéreo. Mi madre y yo estamos solos en un miserable piso de una sola habitación, del que, Dios sabe cómo, ella tiene las llaves. No hay nada para comer. Casi es de noche. Estamos cansados y helados. ¿Qué otra cosa podemos hacer sino acostamos? Mi madre se desnuda delante de mí. También se quita las bragas.

—Ven a la cama —dice solamente.

Durante tres días, las bombas destruyen las casas a nuestro alrededor.

A los dieciséis años tengo que incorporarme a filas. Cuando leo la orden, me echo a llorar. No porque sea un cobarde; no le tengo miedo a nadie. Pero no quiero matar ni que me maten.

Estación de cercanías de Westkreuz. Tengo que hacer transbordo para llegar hasta el cuartel de los paracaidistas. Me separo de la boca de mi madre. Ella se queda en el compartimiento para seguir viaje hasta Schöneberg. Me mira a través de los sucios cristales. El tren de cercanías se lleva sus ojos de la estación.

—¡¡¡¡¡¡¡Mamá!!!!!!!

Entre los paracaidistas me encuentro a un viejo amigo, otro pilluelo callejero como yo.

—*Keule!* —Nos abrazamos largo rato. En nuestra jerga, *keule* significa «hermano».

Nos ponen armas en las manos y nos dicen:

—Mata al enemigo.

Hoy es mi cumpleaños. Los *tommies*[6] nos dan una paliza.

Cuando oímos aullar las granadas, Keule y yo ni siquiera nos echamos al suelo. Jugamos: gana el que se queda más tiempo con la granada en la mano después de quitarle la espoleta.

A veces pasan cazas surcando el cielo como aves de rapiña. Entonces empezamos a dar saltos como locos y agitamos los brazos hasta que nos ven, se echan en picado sobre nosotros y nos disparan. Como yerran el tiro, nos reímos y les hacemos gestos burlones. No tenemos ni idea de qué va todo eso. Para nosotros, todas esas explosiones son como la noche de fin de año, en la que

nunca nos cansábamos de tirar petardos y cohetes.

Ahora Keule ya no está aquí, y no tengo a nadie con quien jugar. Me he perdido. Como un niño extraviado. No como en la playa del lago de Wannsee, cuando algún niño perdía a su hermano entre el gentío. Llamaban al hermano por los altavoces, y se oía llorar al niño por el micrófono. Al cabo de un rato siempre acudía alguien a buscarle.

Así que ahora deberían anunciar por los altavoces:

—Un chico de dieciséis años, pelo rubio dorado, ojos enormes azul violeta, largas pestañas oscuras y labios rojos y grandes, quiere encontrar a su amigo Keule. ¡Basta ya de pegar tiros como unos imbéciles!

—¡Los voluntarios para la patrulla, que den un paso al frente!

Iros a la mierda.

Encuentro ropa de civil en unas casas abandonadas cuyos inquilinos han huido. Echo mi uniforme en un cubo de la basura y me pongo toda la ropa que encuentro. Una camisa de niño a cuadros verdes y blancos y unas bragas de mujer muy grandes.

La gente debe de haber huido en plena comida. Los platos y los vasos están medio llenos. Todo está recubierto de moho, como en el cuento de la Bella Durmiente.

Me largo a campo traviesa en la dirección de la que vienen las granadas, y me alimento de manzanas podridas. Manzanas por todas partes, flotando en charcos bajo los árboles. Toda la región está inundada de agua y manzanas. Tengo tanta diarrea que me pongo en cuclillas para comer. Durante el día ni siquiera puedo incorporarme para mear. Lo hago tumbado, y los pantalones meados y congelados se pegan a la tierra.

Es la sexta noche que me alimento de manzanas podridas. ¡Y de repente, a la luz multicolor de las bengalas, aparece una vaca en un prado anegado! Se mire adonde se mire, se ven cadáveres de vacas o caballos, e incluso de cerdos. ¡Pero una vaca viva! ¡Pastando en un prado! ¡Es absurdo! La luz la colorea. Cada vez estallan más bengalas en lo alto y descienden flotando lentamente hacia el suelo antes de disolverse en la nada por encima de la cabeza de la vaca. A lo mejor las disparan porque es Navidad, pienso. Debe de ser más o menos Navidad… Quizá sufro alucinaciones de tanto comer cosas podridas y de tanto cagar.

Tengo que intentar acercarme a la vaca. Entonces me abalanzaré sobre ella y le cortaré un pedazo de carne del cuerpo. Quizá no haga falta matarla. Seguramente encontraré cerillas o un encendedor de gas en alguna casa abandonada. Encenderé fuego y asaré el pedazo de carne. Quizás encuentre una sartén. O al menos una cazuela.

Arranco del suelo mis pantalones congelados. Entonces me doy cuenta de que no tengo ningún arma. No tengo fúsil, ni tampoco una pistola, ni siquiera un cuchillo, ni una navaja, nada. Tampoco una cuerda para estrangularla. ¿Cómo la mataré? ¿Cómo la degollaré? Puedo intentar abrirle la garganta a dentelladas. Sí, eso es lo que haré. Me colgaré de su cuello. He descorchado botellas con los dientes. Su garganta no puede ser más dura que el tapón de una botella. Le morderé tan solo un trocito de carne y dejaré que se desangre. En el peor de los casos me comeré la carne cruda.

Para llegar a la vaca tengo que saltar una alambrada como las que suelen rodear los prados en los que pasta el ganado. No he llegado ni siquiera a diez metros de la vaca, cuando se da media vuelta de improviso y huye al galope.

—¡Ya veremos quién corre más! —le grito, como si la acusase de haber roto su palabra de dejarse arrancar un pedazo de carne a mordiscos. Pero lo tengo difícil. Esto no es mi jungla de asfalto, y no llevo zapatillas de tenis, sino unas botas de soldado demasiado grandes, duras y completamente empapadas de agua. Pese a todo, cuando llegamos a la alambrada me acerco tanto a ella que consigo agarrarle una pata. Hinco los dientes en la blanda parte interior del muslo, allí donde empieza la nalga. En ese instante se abre el ano y un chorro de mierda verde me acierta en plena cara. Luego la vaca salta la valla, sin dejar de cagar. No consigue saltar lo bastante alto y se engancha las ubres en el alambre. Pero ella, como si nada. Sigue saltando de valla en valla. Nunca consigue saltar lo bastante alto por encima de las alambradas. Y, como loca y con las ubres destrozadas, se escapa brincando por los aires como un cabrito, mientras yo, cubierto de mierda y hundido en el fango hasta las pantorrillas, empapado hasta los huesos y tiritando, la maldigo y empiezo a buscar un sitio para cagar también yo.

Como no tengo brújula, trazo un gran círculo y voy a parar de lleno a las líneas alemanas. Me atrapan, y me condenan a muerte por desertor. Se forma el pelotón de fusilamiento. Mañana, a primera hora, me fusilarán.

El soldado encargado de vigilarme me encuentra apetecible.

—Total, a ti ya te da lo mismo —dice. Le digo que sí, que ya me da lo mismo.

Cuando se baja los pantalones y va a darme por culo, le doy un golpe en la cabeza para aturdirle.

Esta vez me largo en la dirección adecuada. Al amanecer me topo con la patrulla de la que no quise formar parte. Los cadáveres de los chicos están congelados, duros como piedras y contorsionados como títeres caídos.

Fuego racheado. Seguramente, los *tommies* preparan un ataque. Estoy echado en un hoyo poco profundo en la única carretera por la que pueden atacar. El resto a mi alrededor está inundado.

Bss… bss… bss… Las rachas de proyectiles de las ametralladoras se hunden formando líneas zigzagueantes en la arena, que salta formando pequeños surtidores.

Niebla espesa. No se ve nada a diez metros. Tengo que estirar las piernas de una vez. Rrrrrrrrrrt… Una salva de metralleta. Me meten cinco balas. El tipo que está delante de mí ha disparado del susto, al ver que me levantaba de repente. Ahora me rodean muchos hombres.

—*Come on! Come on!* —Me clavan los cañones de las metralletas. Por lo menos cinco me apuntan a la cabeza. Otros, al corazón. Y el vientre. ¡Sólo me falta uno en el culo! Cuando por fin se dan cuenta que no voy armado, me envían al interior de sus líneas.

Cada vez surgen más *tommies* de entre la espesa niebla, y yo paso junto a ellos tambaleándome, en dirección al lugar del que proceden.

El antebrazo derecho se me hincha hasta adquirir el tamaño de un muslo. Me sangra la cabeza, los dos brazos, el pecho. Me deshago de la cazadora.

—*Go on! Go on!* —dicen todos aquellos a los que intento enseñar mis heridas para que me ayuden.

—*Go on! Go back! Back!!*

Simplemente no tienen tiempo para mí. Ya tienen bastante con

ocuparse de sí mismos. El aire está infestado de balas silbantes y obuses que estallan, y los pilotos alemanes nadan entre ellos como tiburones.

Sin embargo, los muchachos andan erguidos. Llevan el casco echado hacia atrás. Sin duda también están hartos de echarse al suelo o simplemente agacharse. Algunos llevan un cigarrillo en la comisura de los labios.

Se me caen los pantalones. Se me han roto los tirantes, y no puedo sujetarme los pantalones con los brazos tan hinchados y sangrando. Llevo el vientre al aire; la camisa de niño ni siquiera me llega al ombligo.

Una vez que he cruzado sus líneas, los *tommies* me meten en un bote, mientras ellos se meten en el agua hasta las caderas. Me pongo a cantar de alegría, a llorar, a reír… Poco a poco voy bajando la cabeza hacia el pecho.

En una tienda-quirófano me extraen las balas. Cuando despierto de la anestesia, un capellán militar me guiña un ojo y me pone una delgada tableta de chocolate en el pecho.

—Si es un crío —dice, como para su fuero interno. Luego enciende un cigarrillo y me lo pone entre los labios resecos.

Me meten en un tren hospital. No sé adonde va. Me limito a observar fijamente los culos, tetas y vientres de las enfermeras que, embutidas en las estrechas faldas del uniforme, corren jadeando de uno a otro herido gimiente.

Fuera caen copos de nieve. Otra vez Navidad. Otra vez la escarcha en las ventanas. Como aquella vez, de pequeño, cuando soñé con una esplendorosa Nochebuena.

Me dan unos pantalones, una chaqueta, un abrigo y un par de botas sin cordones. Camisa, no. Ni ropa interior. Ni calcetines. Ni guantes. Ni gorra.

—¡Sácate las manos de los bolsillos o te las sacaré yo a latigazos! —Un escocés pelirrojo con un ridículo bigote de foca nos recibe a la entrada del campo de prisioneros blandiendo una fusta en el aire. Me siento tan indignado que le contesto a gritos:

—¡No me estoy tocando los huevos, rata pelirroja, tengo frío!

Otro prisionero me tira de la manga y susurra:

—No caigas en las provocaciones. Sácate las manos de los bolsillos.

Me saco las manos de los bolsillos, aunque las tengo azules de frío.

Cuando, después de largas horas de recuento, entramos en nuestras jaulas con los huesos helados, el otro prisionero me dice:

—No son todos así, ya verás. En general son buena gente.

Los secaderos, de unos veinticinco metros de largo, de la fábrica de tejas son tan bajos que tenemos que arrodillarnos para entrar. Una vez dentro, ya no puedes levantarte. Es preferible desplazarse a rastras. Dormimos en el frío suelo fangoso, en dos hileras colocadas una frente a la otra. Tan apretados que para darse la vuelta hay que levantar el cuerpo del suelo. Y tan pegados a los de la otra hilera que nuestros pies se tocan y nos damos patadas. Cada uno tiene una delgada manta militar para taparse, nada más.

Vaciamos con los dedos viejas latas de conserva oxidadas. Cada día *chucrut* con agua y una lata de conservas llena de té. No tenía ni idea de que hubiese tanto chucrut en el mundo.

Las cosas que pasan en el campo de prisioneros son la repera. No sólo se practica el trueque, el robo, la usura, la prostitución y el asesinato, sino que además hay hombres (¡adultos!) que se dedican a recitar poemas, a ir de barracón en barracón leyendo la Biblia en voz alta (¡el diablo sabrá de dónde la han sacado!), a leer las líneas de la mano, decir la buenaventura, intentar «convertirse» los unos a los otros a no sé qué mierdas y a pelearse por la última cucharada de *chucrut*.

Lo más importante es el tabaco. Incluso más que joder. Los hombres se abalanzan como locos sobre los cubos de basura y se pelean a brazo partido por las hojas de té que los *tommies* tiran después de hervirlas tantas veces que ya no tienen ningún sabor. Luego secan las hojas y lían cigarrillos con el papel de periódico que nos dan a veces para limpiarnos el culo. Un viejo prisionero se come literalmente un «auténtico» cigarrillo inglés. Cada día corta, con su oxidada navaja de afeitar, una delgadísima rodaja y se la come con fruición, con papel y todo.

Al cabo de un tiempo nos interrogan. A eso lo llaman *interview*. El tipo que me interroga es berlinés. Se pone a contar chorradas sobre la época en que iba a la escuela, sobre el instituto de bachillerato, la calle en la que vivía, etcétera. ¡A quién le interesa todo eso!

Está bien alimentado, y se fuma un cigarrillo tras otro sin ofrecerme ninguno. Seguramente nunca ha estado en la miseria ni le ha faltado algo que llevarse a la boca. Incluso ahora, incluso en plena guerra, tiene de todo. Yo antes no tenía nada y ahora tampoco tengo nada. Ni siquiera ropa caliente durante el invierno. Me cago en la leche que mamó toda esa chusma, con sus altavoces, sus *yellowlines* y su eterna alambrada de púas.

Tras dos meses de fábrica de tejas nos mandan a Inglaterra. De camino hacia el puerto de Ostende, la gente de la calle nos escupe. ¡Total, ya puestos…!

Cuando salimos de las bodegas de los barcos en Inglaterra, después de haber sido torpedeados y casi hundidos por los submarinos alemanes en el canal, la guerra ya ha terminado. Sin embargo nos llevan a un campo de prisioneros.

El punto de encuentro para todos en el campo de Colchester, Essex, son las letrinas. Se trata de unos largos y profundos fosos cubiertos con burdos maderos sobre los cuales nos sentamos para cagar. Y mientras se caga, se discute, se hacen planes, se fragua todo. Ahí se prepara todo: los robos, las evasiones; ahí se maquinan las conspiraciones. Y también ahí tiene lugar el mercadeo de los putos. Un polvo —según sea con el culo, la polla, la boca o la mano — se paga con una pastilla de jabón, tabaco para liar o cigarrillos. La vaselina la preparan los mismos prisioneros con grasa de carnero.

Sacan a un chico muerto de la mierda. Unos nazis completamente chiflados lo condenaron a muerte en las letrinas por «traición a la patria» después de que terminara la guerra, y le ejecutaron en las letrinas. Lo echaron dentro de la mierda y allí se ahogó.

Colchester, Essex, se convierte en campo de tránsito para los prisioneros liberados de Canadá y Estados Unidos. Traen por primera vez jabón Lux, pantalones vaqueros, goma de mascar, Camel y Lucky Strike.

Ahora le toca el turno a nuestro campo, pero la repatriación tarda aún un año entero. Los enfermos primero. Yo no estoy enfermo. Me paso toda la noche apoyado desnudo en la gélida

pared del barracón, a fin de pillar una nefritis y que me encuentren albúmina en la orina cuando me hagan el examen médico. Me como un paquete de cigarrillos y sardinas en aceite calientes y me bebo mi propia orina, todo ello para que me dé fiebre. No hay ningún truco que no utilice. En vano.

—Éste se queda —dice el gilipollas del médico. Estoy como un mulo. No hay nada que pueda conmigo.

Por fin me toca el tumo en el último transporte. ¡He pasado un año y cuatro meses en ese zoológico! Uno tras otro, los camiones cruzan la alambrada de púas.

—*Come on! Come on!*

Si hubiera dicho que vivo en Berlín, habría tenido que quedarme en el campo de acogida en Alemania. De momento nadie puede ir a Berlín. Cito cualquier pueblucho de mala muerte. Luego falsifico mi cartilla militar. Profesión: ¡locutor de noticias! No me explico cómo he llegado a esa perversa idea. Nunca he oído las noticias.

Tengo un saco de marinero, unos vaqueros, una camisa sin mangas, un par de botas, dos pastillas de jabón Lux, una lata de tabaco Goldflag y siete marcos.

Vendo una pastilla de jabón en el mercado negro y sigo mi camino. Siempre de aquí para allá. Duermo en los búnkeres o entre los matorrales.

Una cabecita rizada me sonríe en una estación. Ella ya está en el compartimiento. Subo al tren y me meto en el compartimiento. Durante el viaje nos comemos la lengua el uno al otro. Voy con ella al lavabo del tren y la siento encima de la tapa del retrete. Ni siquiera le bajo las bragas, sólo se las aparto. Tiene el agujero caliente y húmedo como el mono de una vaca.

Nos apeamos en Heidelberg.

Vive en una linda buhardilla cerca del cuartel general norteamericano, donde se acuesta con todo el mundo. Los yanquis le pagan con comida, café, chocolate, cigarrillos, alcohol y dinero. Naturalmente también con jabón, papel higiénico y medias.

Cuando al amanecer se acerca a la cama con los labios pintados, empezamos a joder de verdad. Sólo tiene dieciséis años, pero conoce las más diversas posturas y me enseña todo lo que sabe. Yo

nunca había vivido tan bien.

Follamos unas tres o cuatro horas. Después del desayuno me voy a pasear y la dejo dormir hasta mediodía. Luego almorzamos y ella se vuelve con los yanquis.

Al cabo de seis semanas estoy harto. Mientras ella está con un cliente, cojo mi petate de marinero y desaparezco.

Los trenes van tan llenos que la gente asoma por las puertas y las ventanas. Me introduzco en una de esas aglomeraciones y paso el viaje colgado cabeza abajo dentro de un compartimiento, con las piernas saliéndome por la ventana.

Stuttgart. Kassel. Karlsruhe. No tengo ni la más mínima idea de dónde está todo eso. En cada ciudad a la que llego, intento dar un sablazo a los directores artísticos de los teatros. Unos dan más, otros menos. Algunos dan cigarrillos.

Desde Tübingen envío un telegrama a Berlín. En el remite pongo la dirección del teatro de Tübingen. Seguro que mi madre me contestará enseguida. Quizá pueda enviarme algo de dinero o unos caramelos, como cuando estuve en las colonias de vacaciones. Aquella vez me envió *frühlingsblätter*. Son dulces de color verde, en forma de hoja de árbol. Son baratos, y siempre se pegan formando una masa compacta dentro del cucurucho. Pero me gustan mucho, y llevaban pegado el amor de mi madre.

Salgo a menudo a pasear y canturreo para mí. No tengo preocupaciones, y pronto estaré con mi madre. Tengo para comer y fumar, y por las noches duermo en los parques.

La secretaria del teatro me da hora para una prueba. A la hora de comer vamos al parque y le enseño dónde duermo. Aún sigue allí el lecho de hojas de la noche pasada. Los espesos matorrales nos protegen de las miradas de los transeúntes, pero tengo que taparle la boca, porque a cada embestida grita tan fuerte como si la estuviera empalando. Toda su ropa interior está ensangrentada. He tenido que embestir brutalmente, debido a lo pertinaz de su himen.

Hace rato que estoy de nuevo en la calle y sigo leyendo el telegrama de Ame:

> MAMÁ YA NO VIVE. STOP.
> NO SÉ NADA DE LOS OTROS.

No lloro. Lo veo todo hecho añicos de colores. Como antes, de

niños, cuando mirábamos por un calidoscopio. Había que sacudirlo para que los cristales del interior formaran un nuevo y extraño dibujo. No veo a las personas con las que me cruzo, y tropiezo con ellas. Tampoco veo los coches. Sólo las astillas de colores, que cambian constantemente su dibujo cristalino, sin repetirse nunca. Ando por ahí sin rumbo fijo. Sólo al amanecer me voy al parque y me tumbo con la cara pegada al suelo. Y yo que quería comprarle un abrigo, guantes y zapatos calientes para sus pies llenos de sabañones, y que bebiera
café-café
y comiera panecillos con mantequilla y miel de la buena, de abejas. Y que fuera una sorpresa.

Esta mañana recito un trozo del papel de Melchthal, de *Guillermo Tell*. Al llegar a la frase «¿En los ojos, decís? ¿En los ojos…?», el llanto me impide continuar, porque me acuerdo de los ojos de mi madre. Luego exclamo: «¡… y amanecerá en tu noche!». Salgo corriendo del escenario y del teatro.

La secretaria me alcanza en la calle y me dice que me contratan. Vuelvo con ella, firmo el papelucho, cojo los 50 marcos de adelanto y me largo para siempre.

Me uno a una compañía de teatro ambulante. Representan operetas, y tengo que cantar. Me va bien todo lo que me acerque algunos kilómetros a Berlín. No me creo el telegrama de mi hermano. No me creo que mi madre esté muerta.

La mujer del director de la compañía es muy joven. Tiene unos labios rojos de fresa gastados a besos y profundas ojeras bajo las grandes pupilas azabache. Me la follaré cueste lo que cueste.

Actuamos en casinos municipales y en bares. Nuestro repertorio es indescriptible. Para colmar la medida de la estupidez, vamos a representar *La tía de Charty*.

Viajamos en camiones descubiertos, sentados en sillas metálicas de jardín. Maldigo a esa gentuza, pero al fin y al cabo vamos hacia el norte. En uno de los pueblos en que actuamos incluso nos ceden un teatro astroso.

El parque de Offenburg está lleno de gente. Pero en algún sitio tengo que aprenderme el estúpido texto de *La tía de Charly*. La pocilga donde me han alojado me pone frenético.

Un soldado marroquí está sentado en un banco, a pleno sol. Me sonríe con sus deteriorados dientes amarillos y se señala la bragueta y un paquete de cigarrillos que tiene en la otra mano. Luego señala unos matorrales que hay a su espalda. Repite toda la pantomima sin cortarse un pelo: bragueta, cigarrillos, matorrales. Debe de faltarle un tornillo. ¿Pretende que me meta con él detrás de esos matojos raquíticos? ¿En medio de los parterres de flores por los que pasea la gente? Además, seguro que tiene la sífilis. Y los Gauloises amarillos que tiene en la mano no hay quien se los fume. Están hechos expresamente para la legión extranjera, no pasas de la primera calada, porque te estalla en los pulmones como una granada de mano. ¿Qué se habrá creído ese tío?

Los domingos damos dos de esas infames funciones. Ya hemos dado la primera, y en este momento estoy robando unas guindas grandes y carnosas en la carretera, delante de la taberna de pueblo en la que actuamos.

Junto a mí roba también un soldado marroquí. Cuando ve que agarro una rama bien cargada, quiere quitármela de las manos. Le doy una patada en el culo. Se abalanza sobre mí y, a punta de fusil, me lleva al cuartel, que está enfrente.

De inmediato me rodean un montón de marroquíes. No entiendo lo que dicen, pero se comportan como caníbales y me amenazan con las bayonetas. Unos cuantos me soban la bragueta. Me parece que los chicos rubios les gustan especialmente.

Un horripilante toque de trompeta llama a la horda a formar. Es mi salvación. Me llevan a empujones y patadas hasta La puerta del cuartel. El centinela carga el fusil. Oigo claramente el chasquido del cerrojo. El cartucho está en el cañón. Me apunta.

—¡Lárgate y que te den por el culo!

Nunca he corrido tan rápido.

El director y su joven esposa duermen en el hostal en el que damos nuestras repugnantes funciones desde hace dos semanas. Durante el día ensayamos *La tía de Charly* en la sala del casino municipal.

Me faltan por lo menos dos horas para salir a hacer la mierda de

papel que me toca. Voy a mear. El lavabo está en el primer piso.

Para ir a mear tengo que pasar por delante de la habitación doble en la que duermen el director y su joven esposa. Y ella folla constantemente, incluso de día, durante el descanso del mediodía y antes y después de las funciones.

Son las diez de la mañana. La puerta de la habitación está abierta. Aún no han arreglado la habitación. Me cercioro de que no viene nadie, y entro en el cuarto. La cama está revuelta. La sábana, completamente pringosa de manchas. Algunas son recientes, aún están húmedas y viscosas. Se me pone el rabo tieso. Al girarme, la encuentro detrás de mí.

—¿Qué quiere?

—Lo mismo que tú.

—¿Y yo qué quiero?

—Follar.

—¡Sinvergüenza!

Se sonroja. La boca de fresa se vuelve rojo oscuro. Los ojos adquieren un brillo plateado. Respira pesadamente.

Cojo una toalla usada y la cuelgo delante del ojo de la cerradura. Miro al espejo que hay encima del lavamanos y veo cómo se arremanga la falda. Se quita las bragas y se coloca ante mí abierta de piernas, con la pelvis echada hacia adelante y las rodillas un tanto dobladas. Su lengua áspera e hinchada llena mi paladar. El vientre le crece contra mi polla como si estuviera preñada. Jadea. Su vientre trabaja como una máquina. Se corre una y otra vez. Caemos de rodillas. Le hundo la polla por detrás hasta los cojones, y me convulsiono como si estuviera conectado a un cable de alta tensión, mientras ella, ensartada, resuella con la lengua fuera entre estertores de ternero degollado.

Su marido se niega a darme un adelanto. Le pego un guantazo en plena calle. De nuevo aparece un soldado marroquí, que nos separa con la bayoneta.

Me largo antes de que oscurezca, y me meto en el saco de marinero el frac que llevo puesto en escena. No le digo a nadie que voy a tomar las de Villadiego. Ya notarán mi ausencia a la hora de la función de noche.

Hacia Berlín sólo viajan trenes de mercancías. Para pasar la barrera, tengo que comprar un billete hasta el próximo pueblucho.

Cuando sea de noche cruzaré los raíles. El mercancías para Berlín sale a las seis de la mañana.

Registran a todos los que pasan la barrera militar. Una mujer lleva en una bolsa una botella de leche para su pequeño, al que lleva en brazos. El guardia francés estrella la botella de leche contra el andén. A mí ese criminal no puede romperme nada. No llevo nada a excepción del saco de marinero y el frac. Me he escondido un paquete de cigarrillos entre las nalgas.

Me escondo hasta el amanecer en la garita del guardafrenos de un vagón situado en una vía muerta. Para no dormirme, enciendo un cigarrillo tras otro con la colilla del anterior. Mi tren de mercancías se detiene sólo un momento para enganchar unos cuantos vagones más. No quiero quedarme dormido y perderlo.

Hasta Frankfurt, todo va sobre ruedas. Pero el tren ya no se mueve de allí. Me han dado una información falsa.

Duermo en un refugio antiaéreo. Una chica pequeña y rechoncha está tumbada en un camastro. Salimos afuera; en el bunker hay demasiados mirones.

Aún tengo que esperar días enteros hasta que por fin pasa un tren de mercancías en dirección a Berlín. Una vez en la estación de mercancías de Berlín, tomo el metro hasta Schöneberg. Desde allí tendré que caminar cuatro kilómetros hasta llegar a casa.

Las bombas incendiarías han quemado el edificio trasero. Pero nuestro piso sigue en pie. Sólo los vidrios de las ventanas están rotos y los marcos carbonizados.

Arne me cuenta de qué mala manera murió nuestra madre. Conoce a una mujer que estaba con ella cuando sucedió. Los pilotos norteamericanos dispararon al vientre a mi madre. Mientras se desangraba junto a la acera, se fumó un cigarrillo, preocupada por nosotros, sus hijos. Luego la enterraron en algún lugar. La mujer no sabía dónde, porque caían bombas y tuvo que bajar al refugio antiaéreo.

No se sabe nada de mi padre. Continúa desaparecido. En el caso de Achim, tenemos la esperanza de que haya ido a parar a un campo de prisioneros de guerra ruso. Inge nos ha escrito desde Schliersee.

El hambre es aún peor que cuando era niño. Es imposible encontrar algo que comer si no se tienen joyas o cosas así, ni se dedica uno al estraperlo. Salimos al campo, haciendo treinta o cuarenta kilómetros a pie, para conseguir de los campesinos patatas o nabos de los que normalmente echan a los cerdos. Pero los campesinos quieren joyas o alfombras persas auténticas.

He andado hasta caer agotado y me he dormido en el tren de cercanías. Cuando despierto, un soldado norteamericano borracho me está comiendo el coco. No sé qué paridas al estilo de «*you Germán… you war… bum bum… no good… no bum bum…*». ¡Tendría que gritarle a ese idiota integral en toda su cara de borracho que a mi madre le asesinaron pilotos norteamericanos! ¡Que le dispararon al vientre! ¡¡A su vientre de madre!! ¡¡¡En el que me llevó y del que me parió!!! Pero no sé inglés. Lo único que sé decir es «*fuck you*».

Arne me cuenta que se procuró un hacha, con la idea de esconderse detrás de un árbol en un parque y esperar a que pasara alguien para atracarlo, pues ya no sabía cómo salir adelante. Tiembla como una hoja. Le cuento el sueño de Raskólnikov, que planea matar a hachazos a una vieja usurera para robarla.

… Raskólnikov tuvo un sueño horrible. Se vio de niño en su pequeña ciudad de provincia. Tiene siete años, y al atardecer de un día festivo pasea con su padre por las afueras de la ciudad. El ambiente es crepuscular y oprimente, y el lugar es tal como lo guarda en su memoria, aunque en el recuerdo la visión no es tan diáfana como se le aparece ahora en el sueño.

A pocos pasos del último huerto de la ciudad hay una taberna, una gran taberna que siempre le había causado una impresión extremadamente desagradable, es más, le asustaba cada vez que pasaba por delante de ella paseando con su padre. Allí siempre había un montón de gente. Berreaban, se reían, se insultaban, cantaban espantosamente con voz ronca y a menudo se pegaban. En torno a la taberna deambulaban siempre borrachos e individuos de la peor catadura… Al cruzarse con ellos, se arrimaba aún más a su padre, y le temblaba todo el cuerpo. Un detalle singular atrajo su atención: en esta ocasión parece celebrarse una fiesta popular, pues hay un grupo de burguesas endomingadas, mujerucas, hombres y

toda clase de gentuza. Todos están borrachos, todos cantan, y delante de la escalera de la taberna hay estacionado un carro. Es un carro grande, de los que suelen ir tirados por caballos de carga y se usan para transportar mercancías y toneles de vodka. Le gusta ver llegar a paso lento y parsimonioso a esos formidables percherones de largas crines y gruesas patas, capaces de arrastrar toda una montaña sin el menor esfuerzo, como si les resultara más fácil avanzar tirando del coche que sin él. Sin embargo, extrañamente, el que estaba enganchado a aquel gran carro era un pequeño y escuálido caballo de labranza castaño, uno de esos que —como había visto a menudo— se deslomaban tirando de carretas cargadas de madera o heno hasta los topes, sobre todo cuando las ruedas se atascaban en el fango o en las roderas de otros carros. En esos casos, los campesinos los apaleaban sin piedad, y les propinaban dolorosos latigazos, a menudo en el morro y en los ojos. Ver esas cosas le hacía tanto, tanto daño, que los ojos se le arrasaban en lágrimas. Cuando sucedía algo así, la madre siempre lo apartaba de la ventana.

De repente se arma un alboroto: un grupo de campesinos extrañamente altos, ebrios o, mejor dicho, borrachos como cubas, vestidos con camisas azules y rojas y con los abrigos colgados a los hombros, sale de la taberna gritando y cantando al son de la balalaica.

—¡Subid, subid todos! —exclama un individuo aún joven, de cuello grueso y cara carnosa y colorada—. ¡Os llevo a todos, subid!

Enseguida se oyen grandes carcajadas y gritos:

—¿Ese penco va a tirar de todos nosotros?

—Oye, Mikolka, ¿es que te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre enganchar ese jamelgo a un carro tan grande?

—¡Me juego el cuello a que ese caballo ya tiene sus buenos veinte años, hermanos!

—¡Subid, os llevo a todos! —exclama de nuevo Mikolka, mientras sube el primero al carro, coge las riendas y se planta al frente cuan largo es—. ¡Este penco me saca de quicio, me dan ganas de matarlo a palos, porque no se gana ni el heno que come! ¡Os digo que subáis! ¡Le voy a hacer galopar! ¡Ya lo creo que galopará!

Y, diciendo esto, coge el látigo y se dispone a azotar con sumo gusto al caballito castaño.

—¡Subid de una vez! —exclama alguien riendo entre la gente—. ¡Ya lo habéis oído, va a galopar!

—¡Ése lo menos lleva sin galopar diez años!

—¡A buen paso irá!

—¡Sin miedo, hermanos, coged cada uno un látigo y atizadle!

—¡Sin miramientos! ¡Atizadle!

Todos suben al carro entre risas y bromas. Ya han montado seis hombres, y aún queda sitio. Hacen subir a una mujer gorda de rostro rubicundo, una mujer que lleva un vestido rojo estampado, un tocado con cuentas de vidrio y zapatos campesinos de cuero en los pies. Casca nueces y se ríe. También se ríe la multitud que rodea el carro, y ¿por qué no habrían de reírse al oír que un jamelgo escuálido como ése va a tirar al galope de un peso semejante? Dos muchachos de los que van en el carro cogen cada uno un látigo para ayudar a Mikolka.

—¡Arre!

El penco tira con todas sus fuerzas pero, lejos de galopar, ni siquiera consigue avanzar al paso, y se limita a contorsionarse sin moverse del sitio, a resollar y a bajar la testuz bajo la auténtica granizada de golpes que los tres látigos hacen caer sobre él. Las risas de los del carro y de la multitud aumentan, pero Mikolka se enfurece y atiza al caballo cada vez con más fuerza, como si se creyera de verdad que puede hacerlo galopar.

—¡Llevadme a mí también, hermanos! —exclama un individuo de entre la multitud, a quien le han entrado ganas de hacer el viaje.

—¡Sube! ¡Subid todos! —grita Mikolka—. ¡Os llevará a todos! ¡Lo voy a matar a palos! —Y empieza a atizarle una y otra vez, y en su rabia ya no sabe con qué pegarle.

—¡Papá, papá! —le grita el chiquillo a su padre—. Papá, ¿qué hacen? ¡Papá, le están pegando al pobre caballito!

—Ven, vámonos de aquí —dice su padre—. Son unos borrachos imbéciles haciendo trastadas, vámonos, no les mires.

Y quiere llevárselo. Pero el chiquillo se suelta y corre hacia el caballito. Éste ya lo está pasando mal. Jadea, se queda quieto, vuelve a tirar y está a punto de caer.

—¡Matadlo a latigazos! —grita Mikolka—. ¡Que reviente! ¡Yo es que lo mato a latigazos!

—¡Buen cristiano estás tú hecho, pedazo de bruto! —grita un

viejo entre la multitud.

—¿Dónde se ha visto poner a una bestezuela como ésa a tirar de semejante peso? —añade otro.

—¿No te da vergüenza martirizarlo de ese modo? —exclama un tercero.

—¡Callaos! ¡Es mío! ¡Puedo hacer con él lo que quiera! ¡Subios al carro! ¡Subid todos! Quiero que corra al galope.

De repente redoblan las risas. El jamelgo, que no puede defenderse de los latigazos, se ha puesto a cocear con las patas traseras. Incluso el viejo sonríe. Y es que la escena tiene su comicidad: ¡un penco tan inútil, y encima echa coces! Dos muchachos de entre la multitud cogen un látigo cada uno y corren hacia el caballito para atizarle por los flancos.

—¡Pegadle en el morro, azotadle en los ojos! —grita Mikolka.

—¡Vamos a cantar una canción, hermanos! —exclama alguien desde el carro, y de inmediato todos siguen su invitación. Suena una alegre canción al son de un tamboril, y silban el estribillo. La mujer casca nueces y se ríe… Pero el chiquillo corre hacia el caballito y ve cómo le pegan en los ojos, ¡en plenos ojos! Se echa a llorar. Se le encoge el corazón. Uno de los látigos le da también a él en la cara, pero no siente nada. Se retuerce las manos, grita, se abalanza sobre el viejo, que menea la cabeza y aparta la mirada. Una mujer coge al chiquillo de la mano y quiere llevárselo de allí, pero él se suelta y corre de nuevo hacia el caballito. Ya no le quedan fuerzas, pero cocea de nuevo.

—¡Mala bestia! —grita Mikolka enfurecido. Tira el látigo, se agacha y echa mano a una larga y gruesa lanza de carro, la agarra con ambas manos y la esgrime con todas sus fuerzas.

—¡Lo va a matar! —grita la gente.

—¡Lo va a hacer pedazos!

—¡Es mío!, —berrea Mikolka, y deja caer con todas sus fuerzas la lanza de carro sobre el caballo.

Restalla un golpe sordo.

—¡Pegadle! ¿Qué hacéis ahí parados? —exclaman otros entre la multitud.

Mikolka levanta de nuevo la lanza y otro golpe cae sobre el lomo del infeliz jamelgo. Cae sobre las ancas, pero se levanta de nuevo y tira con todas las fuerzas que le quedan para mover el

carro, pero los latigazos le llueven por todas partes, y la lanza de carro se alza de nuevo y le golpea por tercera y cuarta vez. Mikolka está fuera de sí por no haber podido matarlo de un solo golpe.

—¡Hay que ver lo que aguanta! —exclama alguien.

—¡Va a durar ya poco, hermanos, le ha llegado la hora! —grita entre la multitud un hombre a quien parece agradarle todo aquello.

—¿No sería mejor matarlo de un hachazo? ¡Acabad de una vez! —exclama otro.

—¡Vete al carajo! ¡Quitaos de en medio! —grita Mikolka. Deja la lanza de carro, se agacha y coge una vara de hierro—. ¡Cuidado! —exclama y golpea al pobre caballito con todas sus fuerzas. El caballo se tambalea, se encorva y quiere tirar de nuevo, pero la vara de hierro le golpea de nuevo el lomo, y cae al suelo como si le hubieran cortado las cuatro patas al mismo tiempo.

—¡Pegadle! —chilla Mikolka, y baja del cano de un salto, enloquecido.

Algunos individuos, de rostro tan encendido y tan borrachos como él, cogen lo primero que encuentran —látigos, palos, la lanza de carro— y corren hacia el caballo moribundo. Mikolka se sitúa en un flanco y empieza a golpearle el lomo con la vara de hierro. El jamelgo echa la cabeza hacia adelante, resuella pesadamente y muere.

—¡Ya lo has conseguido! —grita alguien entre la multitud.

—¡Por empeñarse en no galopar!

—¡Es mío! —exclama Mikolka con los ojos inyectados en sangre y la vara entre las manos. Se detiene como si lamentara no tener a nadie más a quien seguir pegando.

—¡Poco tienes tú de cristiano! —exclaman varias voces entre la multitud. Pero el pobre chiquillo casi ha enloquecido de dolor. Con un grito se abre paso a través del gentío, corre hacia el caballito, abraza la cabeza muerta y ensangrentada y la besa, le besa los ojos, los belfos… Luego se levanta de un salto y se abalanza enfurecido contra Mikolka con los puños apretados. En ese instante su padre, que le ha seguido, lo coge y se lo lleva.

—¡Ven! ¡Ven! —le dice su padre—. ¡Vámonos a casa!

—¡Papá, querido papá! ¿Por qué han… matado a palos… al pobre caballito?, —solloza, le falta la respiración y las palabras escapan de su pecho acongojado como gritos de dolor.

—¡Están borrachos… Hacen maldades, no es cosa nuestra! —dice su padre. Pero el chiquillo se aferra a su padre con ambos brazos… siente una opresión en la garganta… quiere respirar… gritar y…

Raskólnikov despertó. Despertó bañado en su sudor, con el pelo húmedo, respirando con dificultad, y se incorporó temblando de horror.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿De verdad voy a coger… voy a coger un hacha y a darle en la cabeza con ella, a partirle el cráneo… a pisar a ciegas la sangre pegajosa, a forzar la cerradura, a robar y a temblar, a esconderme, completamente manchado de sangre… con un hacha? Dios mío, ¿de verdad voy a hacer eso?

Arne solloza como Raskólnikov.

—¿Tú me ves como un asesino?

—No —respondo—. Tú no has matado a nadie.

Al cabo de una semana me doy cuenta de que he pillado mis primeras purgaciones. No sé de qué mujer. En el futuro tendré que acostumbrarme a ello.

Me presento en el Schlossparktheater de Berlín. Miento con tanto descaro que afirmo haber interpretado a Hamlet a pesar de no conocer la obra en absoluto.

No sé si alguien me cree. Tras la primera entrevista, Barlog me contrata.

El primer personaje que tengo que representar es el de paje en el preludio de *La doma de la bravía*. La única misión de ese paje consiste en retener, vestido de mujer, a un calderero borracho, para que se quede en el palco a ver la representación. Durante esas jodidas dos horas, el paje tiene que quitarle la botella de aguardiente de las manos al calderero cada vez que éste quiere echar un trago. Por supuesto, no es aguardiente de verdad, ni siquiera matarratas, sino algún brebaje calentucho. Una especie de orina. Ni siquiera
Coca-Cola.

Al cabo de un mes entero ya estoy hasta la coronilla. Lleno la

botella con aguardiente Steinhäger. Cada vez que se la arrebato al calderero, le pego un buen trago. A mitad de la función ya estoy borracho… y empiezo a reírme, me tambaleo por todo el escenario bebiendo de la botella, y pateo la estúpida concha del apuntador. Cae el telón.

Entre bastidores, Barlog me pide explicaciones, y yo le tiro la botella vacía.

A las cinco de la madrugada me despierto tumbado en un banco junto a la estación de metro Zoo. No sé cómo he llegado hasta aquí. Alguien me está manoseando. Lo aparto de f un empujón. Los viejos dicen que este invierno está siendo el más frío en varias décadas. El termómetro desciende hasta 28 grados bajo cero. Continúo sin abrigo, pero eso a Barlog parece importarle un comino. Como todos los pésimos actores, va bien abrigado, y siempre lleva encima un gran termo y bocadillos. Tiene la mejor cartilla de racionamiento, la número 1. A mí me dan la peor, la número 3. Ya no puedo pasar la noche en casa. Nos cubrimos con andrajos, con papel de periódico y cartones, y nos envolvemos las manos, los pies y la cabeza con retales de ropa. Seguimos sin vidrios en las ventanas, y el viento helado silba día y noche dentro de la habitación; la nieve llega a las camas y a nuestras caras.

Esta noche lloro mientras me dirijo al teatro en un tranvía sin calefacción. No lloro por mi pobreza, ni por el dolor que me ha causado el trozo de hielo que se me ha clavado en el pie desnudo a través del agujero de la suela. Es la rabia que me causa esa gentuza del teatro. El sueldo de hambre que me paga Barlog. Con el que ni siquiera puedo comprar un poco de comida.

Después de la función me escondo en el caldeado teatro y duermo en el camerino, tumbado encima de dos sillas. El portero no se chiva. Pero Barlog se entera a través de algún hijo de puta, y me lo prohíbe terminantemente.

Me traigo la comida de casa. Sémola de cebada. Preparo bastante para varios días. Al cabo de algunas horas, la sémola se pone dura como un pan. Cada día, antes de salir para el teatro, corto una rebanada de sémola helada, la envuelvo en papel de periódico y me la meto debajo de la camisa.

Como no tengo ensayos, no sé adónde ir por las mañanas. En ningún sitio toleran mi presencia demasiado rato.

En cada barrio se han instalado salas caldeadas donde la gente se apiña alrededor de una estufa de hierro. Si se quedan en sus casas, mueren como moscas.

Esas salas caldeadas no son mayores que cualquier habitación normal; en el mejor de los casos, son del tamaño de un bar. Están siempre llenas a rebosar. Alguien vigila que nadie se quede demasiado rato. De modo que tengo que peregrinar de sala en sala. Están bastante alejadas las unas de las otras, y me hago un plano exacto. Cuando consigo llegar a una de las salas, dejo encima de la estufa, hasta que están a punto de quemarse, los gélidos harapos en los que me envuelvo la cabeza y las manos como un leproso. Luego vuelvo a ponerme la «ropa» y me dirijo cabizbajo hasta la próxima sala. No lo consigo de una tirada. Cada cien metros tengo que detenerme en algún sitio para protegerme del frío implacable: el portal de una casa, una puerta cochera, la entrada de un sótano, una boca de metro.

La higiene es catastrófica. En nuestro piso no puedo lavarme, y menos aún bañarme. No hay modo de conseguir leña ni carbón. El agua del lavabo y la cocina se ha congelado en las cañerías. Incluso se ha congelado la máquina de afeitar. Me lavo donde puedo: en el teatro, en los urinarios públicos.

Ya ha pasado lo peor del invierno, y el sol vuelve a lucir tímidamente. Después de pasarme el invierno suplicándoselo, Barlog se decide precisamente ahora a encargar para mí un abrigo hecho a partir de una vieja manta militar norteamericana.

El abrigo no llega a existir. La encargada del vestuario que me está cosiendo ese abrigo monstruoso me acusa de haberle metido mano en el coño en la sastrería del teatro.

Como Barlog no cumple su promesa de darme el papel principal en *Oh Wildnis*, rompo a pedradas los vidrios de las ventanas del Schlossparktheater. No me renuevan el contrato anual. De todos modos, en ese teatrucho me habría muerto de hambre y me habría vuelto imbécil.

A partir de entonces no hago más que vagar de un lado para otro. Duermo y como donde puedo. Lo único que me importa es no morirme de hambre ni de frío y poder descansar la cabeza en algún sitio, a ser posible entre las piernas de una chica. Cuando vuelva el buen tiempo, dormiré de nuevo entre los matorrales.

Entretanto, me he enterado de que existe algo a lo que llaman escuelas de actores. Las utilizo para mangar libros y, de paso, suelo llevarme también las chicas. Además las escuelas de actores siempre están caldeadas, y a veces las chicas llevan bocadillos o una manzana o un huevo duro.

Lo que enseñan en esas escuelas de actores es una retahíla de escalofriantes gilipolleces. Al parecer, las peores son las llamadas *actor studios*, de Estados Unidos. Allí aprenden a ser naturales, es decir, se repantigan, se hurgan la nariz y se rascan los huevos. A esa imbecilidad la llaman *method acting*. ¿Cómo se puede «enseñar» a alguien a ser actor? ¿Cómo se puede enseñar a alguien cómo y qué debe sentir y cómo debe expresarlo? ¿Cómo puede alguien enseñarme a mí la manera de reír y llorar? ¿La manera de alegrarme y estar triste? ¿Lo que son el dolor, la desesperación y la felicidad? ¿Lo que son la pobreza y el hambre? ¿Lo que son el odio y el amor? ¿Lo que son el anhelo y su satisfacción? No, no quiero perder el tiempo con esos cretinos engreídos.

Libros y chicas, sí. Son chicas muy jóvenes. La más joven tiene trece años. La mayor, dieciséis y medio. Es puta, además de aplicada estudiante de actriz, y los yanquis le dan comida y cartones de cigarrillos. Tuvo la sífilis, pero se supone que ya está curada. Es muy cariñosa, pero más aburrida que hecha de encargo. Sólo me la follo una vez, en un terraplén junto a la vía del tren de cercanías, no lejos de la estación de Halensee.

A la más joven la desvirgo en su propia casa. Vive con su madre en un pequeño piso cerca del Treptower Park. Creo que sus padres están divorciados o no sé qué. Sólo me presenta a su madre. Le digo que quiero ensayar con su hija la escena de cama de *Romeo y Julieta*, y nos deja solos en la sala de estar toda la tarde. Cuando su hija se desnuda y se pone un camisón transparente, la madre sale del piso, por si acaso.

Cuando se va, ensayamos la escena en la cama de matrimonio de los padres. Pero el colchón es demasiado blando. Necesitamos algo que no se hunda, algo que ofrezca resistencia, ya que de otro modo me resulta imposible penetrar en ese coño tan cerrado. Nos tumbamos en el duro sofá, que es exactamente lo que necesitamos, pero por mucho que se abra de piernas no consigo metérsela. La tiro del sofá, la tumbo boca abajo, la pongo de rodillas y le echo la

cabeza para abajo, de modo que con una mejilla toca el suelo y puede agarrarse a las patas del sofá. Entonces le hundo el puño en la espalda hasta que curva la columna y empuja hacia arriba el culo abierto. Pero a lo perro tampoco consigo meterle el cipote. Está cerrada a cal y canto. Los labios de su vulva son dos firmes almohadillas que se cierran una y otra vez como las dos mitades de una pelota de goma.

¡Y encima ahora le dan ganas de mear! No consigue llegar hasta la puerta, y se mea de pie sobre el suelo, con las piernas abiertas. Parece como si cayera una lluvia torrencial. De un tirón, vuelvo a arrodillarla y paso de nuevo al ataque. Exploto dentro de ella, muy adentro…

La escuela de actores de Eleonore F. se convierte en mi refugio durante algún tiempo. O, mejor dicho, el piso en el que vive con su hija adoptiva Jutta S. No espera de mí que soporte las paridas de las clases de actuación. Simplemente me acoge y lo comparte todo conmigo, la comida, la bebida, el escaso dinero y los colchones. Jutta viene a mi cama cada noche.

Lo primero que veo de Jutta es un desnudo a lápiz rojo que está colgado en la pared de la sala de espera de la escuela de actores. En cuanto lo veo, se me empina el rabo. En ese cuerpo todo parece de mármol. El culo. Los pechos. El pequeño vientre redondeado.

El coño turgente.

Normalmente, no vuelvo a casa después de mis correrías hasta bien entrada la noche, y entro por la ventana del dormitorio, que me deja abierta como si yo fuera un gato. Me meto enseguida en su cama y me caliento pegado a su firme culo. Pero antes de que acabe de calentarme, se me pone la polla tiesa como un palo, y echamos a un lado las mantas. Su cuerpo se tensa y se encoge sin pausa, y tiembla y se estremece. Lo hacemos en todas las posiciones, también por el culo, y todo lo posible con la boca. Siento sus orgasmos como descargas eléctricas, mientras crezco como una raíz cada vez más hondo en su interior. Cuando ya me ha absorbido del todo y rebosa de mí, y está tan cansada que ya ni siquiera puede gritar, salgo de nuevo por la ventana y paseo por la clara noche estrellada. Mi cuerpo, mis manos, mi cara, despiden un aroma más

intenso que el de las flores entre las que me tumbo a dormir de cara al cielo.

El príncipe Sasha Kropotkin es un gángster. Durante el día trapichea con muebles antiguos y joyas, y no tiene reparos en quitarles a las abuelitas su última cuchara. Lo acepta todo: alianzas, amuletos, molduras de oro de álbumes de fotos familiares, marcos de fotografías, incluso dientes de oro. Cualquier cosa, con tal de que sea de oro.

Rasca un poco el objeto, echa unas gotitas de ácido en lo rascado y enseguida sabe de cuántos quilates es. Con lo que se forra es con los iconos rusos.

Por las noches se dedica a pegarse la gran vida en compañía de chaperas, que le limpian los bolsillos, y en una ocasión incluso le pegaron en la cabeza a su madre para vaciarle el piso.

Esta noche también está sentado a la barra con un chapera, al que mira fijamente con sus ojos vidriosos, como si se tratase de un icono especialmente valioso, y bebe vodka como una esponja. Es muy rico, y siempre paga las rondas. Hasta que Gustl, que no tiene pelos en la lengua, arma un escándalo, manda a la mierda al chapera y mete a Sasha en un taxi. A mí también me lleva.

Gustl es una mujer guapísima que ronda la treintena. Se le ha metido entre ceja y ceja casarse con el príncipe ruso Sasha Kropotkin y convertirse en la princesa Kropotkin, porque se pirra por ser aristócrata. Pero se la han follado muchos. Se pega como una lapa a hombres ricos como Sasha, y se queda con todo lo que pilla También trafica con muebles antiguos, que compra en la misma habitación del difunto tras regatear con los parientes. Los herederos quieren el dinero para comprar enseguida en el mercado negro un pedazo de mantequilla, huevos, leche y carne. Trapichea con cruces carcomidas, patenas, tabernáculos e iconos, incluso con confesonarios, que roba de las iglesias bombardeadas, comercia con lápidas de cementerios destruidos, compra y revende para Sasha joyas que éste le cede en comisión, le suministra chaperos a cambio de un tanto por ciento, administra mentalmente la fortuna de Sasha y, a cualquier hora del día o de la noche le recuerda que una vez, estando borracho, le prometió casarse con ella, lo que para Gustl

significa que él se encargue de pagar todas sus facturas. A veces Sasha le pega una paliza, e incluso una vez le rompió un dedo, que nunca ha vuelto a ponérsele derecho; ella se lo cuenta a todo el mundo, enseñando su dedo torcido. La mayoría se echa a reír. Pero Gustl no tiene un pelo de tonta. No le importa ser el hazmerreír de la gente si con ello consigue inspirar compasión.

Tiene un carácter alegre por naturaleza, lo que, según afirma, se debe a su temperamento típicamente renano. No siente rencor ni siquiera tras una de esas tragedias desgarradoras a las que Sasha da pie al menos una vez al día.

Me lleva a su casa para follar. De paso, me quedo a vivir con ella. Me compra un cepillo de dientes y trastos de afeitar, me viste con lo imprescindible, incluso encarga para mí un traje de la más fina tela de algodón inglesa y, en poco tiempo, me lleva a todas las fiestas imaginables y me presenta otras prostitutas, para lucirme. Me da de comer de lo mejorcito y de lo más nutritivo; cocina ella misma platos deliciosos y consigue kilos y kilos de carne a precios de usura. Por lo demás, me exprime los cojones como si fueran limones. Me enseña todas las posturas y trucos que aún no conozco. También me cuenta muchas cosas de otros hombres. A Hans A. siempre le hacía una mamada, pero no debía tragarse la leche, sino que tenía que devolvérsela, de boca a boca. Al tipo le gustaba tragarse su propio semen. Gustl es realmente una puta de primera, y en ningún otro sitio estaría yo mejor atendido que en su casa.

Sin embargo, con el tiempo empieza a sacarme de quicio, y acabo viéndola sólo de vez en cuando en casa de Sasha.

Los Kropotkin son una de esas familias de rusos blancos que consiguieron largarse a tiempo con toda la quincalla y establecerse en algún rincón del mundo, donde nunca les abandona su eterno pánico a los bolcheviques. Sasha se quedó con su madre en Berlín, y vive en un miedo constante a ser secuestrado por la policía secreta rusa. Su piso, lleno hasta los topes de antigüedades de incalculable valor, y cuyas paredes están repletas de iconos rusos, está provisto de puertas de acero y de gruesos barrotes en las ventanas. Parece una cárcel. Ese piso, que abarca entera una de las esquinas de la Uhlandstrasse y el Ku’damm, es punto de encuentro habitual de estraperlistas, aristócratas,

modistos, ladrones, chaperos, putas, artistas, asesinos y altos oficiales de los ejércitos de ocupación francés, inglés, norteamericano e incluso soviético.

Sasha me quiere mucho. Seguro que también le encanta mi cara, mi cuerpo y mi alma eslava, pero sobre todo me quiere porque digo la verdad y no le robo. Tiene una confianza ilimitada en mí y me deja solo en el piso, rodeado de collares de perlas y diamantes. Puedo comer y pasar la noche en su casa siempre que quiera; su criado maricón tiene órdenes de dejarme entrar a cualquier hora del día o de la noche. Pero nunca me da dinero. Tampoco me da nada en comisión. Cuando le digo que quiero meterme en el mercado negro, se ríe de mí. Pero al menos me habla de Rusia. De Dostoyevski y Tolstoi, de Chaikovski y Nijinsky. Me hace escuchar discos rusos y llora como lo hacen los rusos cuando escuchan su música. Y, a imagen y semejanza de los rusos en las novelas de Tolstoi y Dostoyevski, cuando está borracho me confiesa sus mezquindades y cochinadas y me suplica que le redima. ¡Qué pocas preocupaciones tiene!

Eduard M. quiere representar conmigo Savonarola. Me asquea esa obra. No quiero ser un loco religioso, y me importa un rábano quién quemó los cuadros de Botticelli.

Eduard es pobre. Los muelles del sofá en el que me deja dormir a veces se me clavan en la espalda. Su mujer trabaja de camarera en un bar. Sus clientes son traficantes de armas que gastan a manos llenas. De vez en cuando trae a casa unos cuantos billetes, y salimos de apuros por un tiempo.

Eduard, además, es pintor. Pinta unos cuadros horribles, incluso ha pintado un retrato mío al óleo, de cuerpo entero, y dibuja tiras cómicas para revistas de mala muerte. Además de su piso nuevo, que huele a rancio, tiene un pequeño estudio. No lo utiliza para pintar, sino para engañar a su mujer.

He ido al estudio con la intención de estar solo. Por la noche, al despertarme de improviso y no poder conciliar de nuevo el sueño, llamo a su mujer. Pero incluso cuando ella se va a casa, tras haber follado hasta el agotamiento, no encuentro sosiego. Algo me oprime la garganta. Me incorporo en el colchón abollado y clavo los ojos

como paralizado en la habitación oscura; no hay luz eléctrica. Poco a poco consigo estirar el brazo hacia mi ropa. La recojo y salgo al pasillo tanteando el camino. Me siento como rodeado por algo invisible y sin vida. Desnudo, bajo corriendo las escaleras, y no me visto hasta llegar al portal.

—Te lo he ocultado —dice Eduard—. En el estudio se ahorcó uno. Por eso el propietario me lo dejó tan barato. Perdona.

En los días siguientes, los muelles del sofá reventado vuelven a clavárseme en la espalda.

Sasha me lleva al bar París. Bailo con una furcia polaca. Baila desnuda en un club nocturno de por allí cerca y vive en la pensión de la esquina. Meto la mano en el bolsillo de los pantalones de Sasha y cojo el dinero que necesito para la polaca.

Esa furcia polaca debe de usar algún truco de magia. Siempre tengo la polla tiesa, aunque ya me haya corrido varias veces. Después de cada polvo, se saca la polla tiesa de un tirón, se da la vuelta y se duerme. Yo no me duermo ni a tiros, y espero con la verga en posición de firmes hasta que vuelve a apretar su gran culo contra mí: ésa es la señal. Cada noche necesita hacerlo entre cinco y siete veces, o sea, cada hora y media o dos horas. Habla muy poco, y sólo cuando es absolutamente necesario. De todos modos, no entiendo su jerga.

Podría pensarse que no hago más que ir de cama en cama y pasarme el tiempo follando. Pero no es así. A menudo me aíslo de todo el mundo durante semanas, me encierro en mi habitación y ni siquiera salgo a la calle. Durante ese tiempo hago ejercicios de dicción, diez, doce, catorce, dieciséis horas diarias. O toda la noche. Cuando los vecinos se quejan —y siempre acaban haciéndolo—, me echan de la habitación de turno. Cambio de habitación con más frecuencia que de amiga. De algunas habitaciones me echan ya al primer día.

Paso días enteros paseando por los parques o noches enteras vagando por las calles. Recito siempre algún texto, y apenas percibo lo que sucede a mi alrededor. Cuando durante los ejercicios de dicción me acomete el cansancio o corro el peligro de no poder cumplir la meta que me he propuesto, me abofeteo. ¡Tengo que

conseguirlo, y punto! ¡Lo demostraré!

Alfred Braun, el antiguo periodista-estrella de la radio berlinesa, me da un papel en su montaje de Romeo y Julieta. Con el sueldo alquilo mi primer estudio. En realidad no es más que un lavadero situado por encima del último piso de una casa. Pero la habitación tiene un gran tragaluz por el que entra mucha claridad. Encalo la habitación y friego el suelo. Tengo una cama, una mesa, una silla y un lavabo propio, en el que me lavo con agua fría debajo del grifo. No necesito más. Lavo yo mismo la poca ropa que tengo. Por las noches no duermo en mi cama, sino que deambulo por los parques y, cuando me canso de andar, me tumbo encima de la tierra desnuda y miro al cielo. Cuando finalmente llega el día, como un parto largamente esperado, vuelvo a mi estudio y me tumbo vestido en la cama. No necesito dormir demasiado, sólo tres o cuatro horas.

La máquina de escribir, de Jean Cocteau. En una escena tengo que sufrir un ataque de epilepsia. El director no ha visto nunca un ataque de epilepsia. Yo tampoco. De modo que voy al hospital de la Charité de Berlín y le pido al médico jefe del departamento de Psiquiatría que me describa un ataque de epilepsia. Me propone presenciar cómo aplican un electrochoque a una paciente. Dice que las reacciones son las mismas que en un ataque de epilepsia: el cuerpo de la persona afectada, al que se aplica una corriente de alta intensidad, se retuerce en medio de bruscos movimientos convulsivos. Los dientes se cierran y abren tan de improviso y con tanta fuerza que se romperían de no ser porque les ponen en medio un pedazo de manguera.

Sale espuma por la boca. Los ojos se desencajan.

Llevan a la paciente a la sala de electrochoques. Es muy joven y guapa. Pero tiene la cara y el cuerpo grises como el adoquinado de una calle. Sólo Lleva puesto un camisón del hospital. Se incorpora a medias, pero no parece interesarse por lo que la rodea, se limita a balbucear en voz baja algo incomprensible. El médico dice que su amante la abandonó y que ella sufrió un choque que le hizo perder la razón. Mediante el tratamiento de electrochoque, se intenta provocar un contrachoque que, si todo va bien, puede serle de utilidad.

—¿Y si no va todo bien?

—Mala suerte —dice con impertinencia.

Atan a la joven a la cama. Le colocan los electrodos. En los brazos, los pies y las sienes. Como en la silla eléctrica. Le ponen entre los dientes un pedazo ya mordisqueado de una vieja manguera. Conectan la corriente. Con una terrible sacudida, abre las piernas y al mismo tiempo las encoge con tanta fuerza que se le levanta el camisón y puedo ver su desnudo sexo abierto. Su abdomen se curva con tanta avidez como si estuviera sedienta de amor y no estuviera padeciendo un electrochoque. Luego echa las piernas hacia adelante, como si quisiera darle una patada a algo. Me doy la vuelta y salgo de la habitación.

Consigo representar el ataque epiléptico en el escenario. Pero constantemente veo a la joven ante mí. Su vientre, que me reveló su secreto, un secreto que no era para mí. El mágico secreto de toda mujer.

Roberto Rossellini viene a Berlín a buscar caras para su nueva película. La sala de espera de la oficina de la productora está llena a rebosar de actores que se mueren de ganas de actuar en la película de Rossellini.

Rossellini está hablando por teléfono con Anna Magnani, en Roma, y por lo visto ha olvidado completamente que estamos ahí, o ni siquiera lo sabe. Después de cuatro horas con todos esos panolis dentro de una habitación llena de humo, me salgo de mis casillas. Maldigo a ese Rossellini y su película. Rossellini abre la puerta de un golpe, me sonríe amablemente y dice:

—¿Quién es ése? Me interesa. Hacedle una prueba. Detesto hacer pruebas o recitar textos delante de alguien. Sin embargo, paso por el tubo. Rossellini me ofrece un contrato. Pero el teatro no me deja escapar.

Edith E. es mi compañera en *La máquina de escribir*. A menudo, tras la función, nos quedamos juntos toda la noche. A veces también paso el día en su piso del Westend. A pesar de sus cincuenta años, no se ha acostado con un hombre en toda su vida. Al principio la hago gozar con la lengua. Al cabo de pocos días está preparada para que le meta la polla. La entrada de su vagina es tan diminuta como

la ranura de una hucha de juguete, de esas en las que sólo pueden echarse monedas de un pfennig, y sufre terribles dolores. Pese a ello retiene ansiosa mi cipote y no quiere que deje de penetrarla.

Se ha pasado la vida lamiendo a chicas y mujeres y dejándose lamer por ellas. En la escuela, en el internado para chicas y también más tarde, siendo ya una mujer. Me habla de apasionados chupeteos. De los primeros magreos. De cuando la sedujo una profesora. De una enfermera que la violó brutalmente, que la dominaba por completo, a la que por un lado odiaba y por el otro se sometía completamente, y que más adelante se suicidó porque Edith se separó de ella. Me habla de mujeres románticas y soñadoras que eran como ella, como niñas pequeñas que se escondían bajo las sábanas porque tenían miedo. Me habla de la obsesión desenfrenada de una monja católica que colgó los hábitos por ella. Y de su propia hermana, que era su ídolo. Y me habla de su relación con Marlene D. cuando ambas eran aún jovencísimas principiantes. Marlene le bajó las bragas entre los bastidores de un teatro berlinés y la llevó al orgasmo con la lengua.

Jürgen Fehling, el único director de teatro genial en vida, me pide que vaya a verle. Recito para él. ¡Durante siete horas! Son las seis de la tarde. El personal del teatro empieza a llegar al Hebbeltheater para preparar la función de la noche. Fehling me trae una joven acomodadora al escenario para que me haga de pareja en la escena de la muerte de Otelo.

—Tú cierra el pico —le dice a la asustada joven—, da igual lo que te haga Kinski, tú quédate inmóvil como una piedra y no digas ni pío. No quiero oír más que su voz.

(¿Qué significa eso de «da igual lo que te haga Kinski»? ¿Qué puedo hacerle aquí?). Detesto a ese tipo. Preferiría follarme a la acomodadora, cuyas bragas huelen de un modo tan aturdidor, que me duelen los cojones. ¡Siete horas ya, y aún no tiene bastante! ¡Debe de estar loco!

Tenemos que interrumpirnos. Nos vamos a un camerino, donde me hace leerle fragmentos de un listín telefónico. Leo y leo y le hago reír y llorar.

Desde ese día, Fehling no me suelta un momento. Le sigo a todas

partes durante semanas enteras, asisto a sus ensayos, voy con él a comer y paso noches enteras sentado a su lado en cualquier bar. Habla sin parar, y a veces, de puro cansancio, acabo con la cara dentro de un plato lleno.

Fehling va a ser el próximo director artístico del Hebbeltheater.

—Cuando sea director artístico, ahorraré en todo, en decorados, en vestuario y sobre todo en esa plaga de funcionarios apestosos y toda la demás gentuza —dice excitado, mientras estamos los dos sentados en un rincón de un antro de mala muerte—, pero no en el sueldo de los actores. Quiero que tengan todo lo que necesiten. Todo. ¡Entonces podré exigírselo todo, y ellos tendrán la energía necesaria para darlo todo!

Otto Graf quiere representar Espectros de Ibsen y me ofrece el papel de Oswald. Firmo el contrato y esta vez cobro 500 marcos de adelanto. Cuando le cuento a Fehling mis planes, me responde:

—No te conviene interpretar aún a Oswald. Sería un do de pecho demasiado fuerte para ti. Rompe el contrato. Yo, Fehling, te defenderé ante los tribunales. No lo olvides nunca: ¡Dios tiene planes para ti! ¡Y yo los convertiré en realidad! Si interpretas a Oswald, será sólo bajo mi dirección. Nunca con otro. Sobre todo no trabajes nunca con Grundgens. Esa pajillera barata no tiene idea de nada. Cree que el sentimiento no existe. Porque él no tiene. Si necesitas dinero, dímelo y te lo daré.

—Se lo agradezco, pero no. Aún me queda dinero.

Eso no debería haberlo dicho, pienso enseguida. ¿Tan chalado estoy como para rechazar dinero?

—Bueno —añade—, si necesitas algo, házmelo saber. Para ti siempre estoy disponible. Te protegeré.

Estoy tan imbuido de sus palabras que voy a ver a Otto y se las repito literalmente. Le digo también que voy a romper el contrato. Otto queda muy abatido. Pero tiene miedo a Fehling y no se atreve a contradecirme.

—Pues entonces no haré Espectros —se limita a decir.

A la mañana siguiente, Otto hace un último intento. Me propone que vayamos juntos a ver a Fehling para pedirle que me deje libre.

Fehling me pide que espere en la sala contigua mientras habla con Otto. Le trata muy amablemente. Pero le deja claro que quiere verle lejos de mí. Escucho a través de la puerta y oigo todo lo que

dicen.

—Usted no haría más que echarlo a perder —le dice Fehling—. ¡Pero yo le convertiré en el mayor actor del sigloXX!

Fehling me dice que seré el primer actor al que contratará para el Hebbeltheater tan pronto sea director artístico.

El jefe de la policía militar norteamericana de Berlín, al que he conocido en casa de Sasha, me consigue un billete para un avión militar norteamericano que vuela a Munich. Desde allí viajo en tren hasta Schliersee, donde Inge se ha casado con un leñador. Cuando el leñador, con el hacha al hombro, me estruja la mano como con unas tenazas, creo tener delante de mí al mismísimo Rübezahl[7].

Como ni yo ni ellos tenemos dinero, y dormimos en la misma habitación, no me queda más remedio que oír sus revolcones por la noche. Lo hacen con absoluta desvergüenza, como si yo no estuviera. Qué cachonda, pienso, ni siquiera es capaz de dominarse por una noche. A lo mejor lo hace a propósito, para recordarme nuestras porquerías. Sea como fuere, gime y se corre hasta la madrugada, y no me queda más remedio que masturbarme bajo las sábanas.

Cuando vuelvo a Berlín, ya han nombrado a Fehling director artístico del Hebbeltheater, pero lo han despedido de inmediato tras haber dado a conocer que, en primer lugar, quiere rodar una película en la que él mismo interpretará el papel de Dios. Después de una conferencia en la universidad, los estudiantes le apedrean, produciéndole heridas en la cabeza. Luego desaparece.

Voy a ver a Otto y acepto interpretar a Oswald. Necesito dinero. La señora Alving es María Schanda. Tras la escena en la que Oswald se vuelve loco, me tiene largo rato entre sus brazos, porque teme por mí.

Antes del estreno, Otto me da cocaína, porque estoy tan afónico que apenas puedo hablar. Después de inhalar por la nariz un poco de polvo blanco, parece como si una mano mágica hubiese liberado mis vías respiratorias y mis cuerdas vocales. Pero la cocaína me reseca las mucosas, y la lengua se me pone gorda y ya no me obedece; al mismo tiempo, caigo en la falsa creencia de que puedo hablar a toda velocidad, y me siento tan rebosante de energía que podría desarraigar árboles.

Durante la función, todo va bien. En la escena en que me vuelvo

loco, algunos espectadores gritan. Otros salen corriendo del teatro. Una mujer se desmaya.

Otto no debería haberme dado cocaína. Me ha dejado una papelina con un gramo. Cuando ya he gastado medio gramo, empiezo a preguntar a todo el mundo quién vende cocaína. El peligro de esa mierda es que uno no se da cuenta a tiempo de cuándo es hora de dejarla. Cada instante puede ser demasiado tarde, y ya no se libra uno de ella, hasta ser víctima de una sobredosis o una manía persecutoria, hasta envenenarse con gas o suicidarse de cualquier otra forma. Algunos van a parar al manicomio, donde estiran la pata después de sufrir los tormentos de la locura. Otros incluso se convierten en asesinos para conseguir cocaína.

He comprado un gramo más por el precio del sueldo de una semana, y he inhalado el contenido de la papelina. De repente me doy cuenta de que ya nunca tengo apetito. Hace días que no como nada, y en lugar de ello lamo las últimas migajas del papel en el que venía envuelta la cocaína.

Voy a comer a un restaurante. Cuando el camarero me trae la cuenta, se me queda mirando estupefacto. Los platos siguen llenos ante mí, sin que los haya tocado. He apartado a un lado la sopa, el segundo plato y el postre y me he limitado a fumar un cigarrillo tras otro. Ni siquiera me he dado cuenta de lo que hacía. Cuando veo mi cara en el espejo del lavabo, sé que no me salvaré si no acabo con esto inmediatamente.

Cada día Espectros. Aunque haga un calor sofocante. Aunque sea sábado por la tarde. O incluso domingo por la mañana. Una chica me trae los primeros girasoles.

Una periodista quiere hacerme una entrevista. Intencionadamente ha dejado sin abrochar un botón de la blusa y no lleva sostenes. Tiene unas tetitas como peras que, a cada paso que da con sus zapatos de tacón alto, le brincan como si quisieran pegarme en la cara. No paro de mirarle las peras. Su cuerpo es joven y elástico, y al mismo tiempo tan tenso que tengo la impresión de que, si la breve falda no los encerrase en su jaula, los muslos se abrirían por sí solos como un cortaplumas, y sus

encantadoras nalgas, que se adaptan exactamente a la mano de un hombre, saldrían de la cáscara con un estallido, como castañas. La boca, linda y estrecha, es casi demasiado pequeña para los fuertes dientes blancos que la mantienen entreabierta. No me mira ni una sola vez con sus ojos gris claro. Pero sé que la entrevista va a ser larga.

Al cabo de cuarenta minutos nos hallamos solos en su piso de la Reichskanzler Platz. Se tumba en la cama completamente vestida. Se queda en silencio, y sigue sin mirarme. Se levanta de nuevo, enciende un cigarrillo tras otro. Desaparece un buen rato en el lavabo. Prepara café y bocadillos. Vuelve a echarse en la cama. Fuma como una chimenea. Cuando me tumbo a su lado, no dice ni una palabra.

Pero, cada vez que la rozo, se aparta de mí como asustada. Tras dos horas de tortura, le bajo la blusa de un tirón. Las tetitas de pera se le escapan. Bailan un auténtico baile de san Vito y se me meten en la boca. Nos tiramos de la ropa, tropezamos, caemos al suelo, jadeamos, resollamos, gritamos como si liberarnos de la ropa fuera cuestión de vida o muerte.

Cuando estamos desnudos, nos ponemos en cuclillas el uno frente al otro, como dos fieras a punto de saltar. Luego nos abalanzamos el uno sobre el otro y nos mordemos hasta quedarnos enganchados. Nos pegamos en todo el cuerpo. En la cara. En el pecho. En los órganos sexuales. Los ataques son cada vez más peligrosos. Las mordeduras cada vez más dolorosas.

Ella levanta el abdomen hasta mi boca como si quisiera hacer el puente. Se echa boca abajo. Levanta el culo y abre las nalgas, dejando al descubierto el agujero del culo y las fauces de su coño voraz, que agarra mi polla estremecida como un ave de rapiña atrapa su alimento.

A las siete de la mañana salgo del piso. Apenas hay algo que no hayamos hecho en esas dieciséis horas.

Al cabo de poco tiempo, me entero, a través de una nota en un periódico, de que la periodista Fulana de Tal se ha suicidado con su marido.

Wolfgang Langhoff, el director artístico del Deutsches Theater de

Max Reinhardt en Berlín Este, se negó a contratarme hace siete meses. Primero tuve que esperar semanas enteras hasta poder hacer una prueba. Cuando por fin llegó el día, grité hasta quedarme sin voz, lloré a lágrima viva y golpeé con manos y brazos hasta hacerme sangre, pero Langhoff no me hizo caso. Se limitó a engullir bocadillos y a frotarse una mancha de la corbata, que se había ensuciado de té con azúcar.

Por qué será que esa caterva de directores artísticos siempre tienen miedo de morirse de hambre en el teatro.

—Vuelva de aquí a unos años —me dijo con la boca llena—. Quizás entonces podamos hacer algo. Y coma. ¡Coma, hombre, coma! Está tan flaco que parece que se vaya a romper con esos estallidos sentimentales. O sea que aliméntese como es debido.

El muy capullo se merecía que le partiera los mofletes. Pero pensé: ¡Vendrás a mí de rodillas! ¡Y de aquí a unos años estarás para el arrastre!

Vino de rodillas antes de lo que me imaginaba. Después de *Espectros*, su gerente me pide, en una educada carta, que acuda al Deutsches Theater.

Langhoff me ofrece un contrato anual por 3000 marcos al mes y me dice que, tras finalizar la temporada, yo mismo podré, decidir si quiero prorrogar el contrato por varios años. Naturalmente, a cambio de un sueldo mucho mayor.

La primera obra es *Medida por medida* de Shakespeare. Soy Claudio, que ha desvirgado a una joven sin haberse casado con ella, y por eso le condenan a muerte. (¡Precisamente yo!). Encerrado en el calabozo, tiene visiones de cómo los gusanos se comerán su cadáver.

Me resulta difícil imaginarme cómo se me comerán los gusanos. Nunca pienso en la muerte. Ni siquiera he empezado a vivir de veras.

Por las noches deambulo por los cementerios y me meto en las criptas. Los portillos de hierro están oxidados, son muy pesados y cuesta una enormidad abrirlos. Me introduzco por los huecos. Me apoyo en los ataúdes cubiertos con lona. Escucho a ver si oigo algo. Pego el oído a las tumbas y llamo a los muertos, que no me contestan. Tengo que encontrar la respuesta. ¿Pero cómo?

Mis sensaciones son un caos total. Plantas trepadoras que

amenazan con estrangularme. Una jungla de la que he de salir luchando a brazo partido. No tengo a nadie que me ayude. Encontraré el rastro de sangre, como un animal.

Durante la representación, todo viene por sí solo. He desentrañado el misterio: hay que quedarse inmóvil. Abrirse, entregarse. Dejar que entre todo, incluso lo más doloroso. Aguantarlo. Soportarlo. ¡Ésa es la palabra mágica! El texto sale por sí solo, y su sentido determina la agitación del alma. El resto lo proporciona la vida, que hay que vivir sin reservas. No hay que dejar que las heridas cicatricen; hay que abrirlas una y otra vez para extraer del interior de uno mismo un prodigioso instrumento capaz de todo. Eso exige un precio. Me vuelvo tan sensible que ya no puedo vivir bajo circunstancias normales. Por eso las horas entre función y función son las peores.

No existe apenas una sola palabra de los grandes escritores rusos, y sobre todo de Dostoyevski, que yo no conozca. Adapto para el teatro El idiota y Crimen y castigo. Llevo mi adaptación a Langhoff, que accede a representar *Crimen y castigo*.

Entretanto, Fehling ha vuelto a aparecer y se ha instalado en Munich. Le quito a Langhoff la adaptación de *Crimen y castigo*, porque quiero ir a Munich a enseñársela a Fehling.

Le dicto el texto a una chica de una agencia de mecanógrafas de Treptow, a la que tengo que pagar con dinero del Este. Además, en Treptow vive también la pequeña con la que ensayé desnudo *Romeo y Julieta*.

El primer día, durante el descanso de mediodía de la mecanógrafa, me paso por casa de la pequeña, ya que la agencia de mecanógrafas no queda demasiado lejos. Pero luego la mecanógrafa me pone a cien. De debajo de la falda le sale un olor tan intenso a pescado que tengo que dejar de dictarle y le meto mano entre los muslos apretados y pegajosos.

Salimos del despacho el uno detrás del otro, como si fuéramos al lavabo, a fin de no hacer sospechar a las otras mecanógrafas, y especialmente a la jefa, y nos encontramos en el gallinero, situado en el patio interior. Me corro una sola vez. Grita tan fuerte que me dan ganas de estrangularla.

Su madre trabaja en el guardarropa de un local nocturno, y nunca vuelve a casa antes del amanecer. Aunque no dormimos ni

un minuto, no oímos el ruido de la llave cuando su madre abre la puerta. No entra en el dormitorio, probablemente porque piensa que su hija duerme. Ahogo sus gritos con las almohadas.

A las doce del mediodía, mientras madre e hija duermen en sus respectivas habitaciones, salgo de la casa a hurtadillas. ¡Tengo que buscarme otra mecanógrafa!

Estoy harto de las representaciones de Medida por medida. Olisqueo por todas partes como un perrillo para encontrar algo mejor. Finalmente Bert Brecht quiere conocerme. Asisto al ensayo de un sustituto en *Madre Coraje*. Hace ya tres meses que está ensayando la misma escena. ¡Repite mil veces cada palabra y cada gesto de los actores! Me deja aturdido tanta estupidez. ¡Deben de ser analfabetos!

Cuando me pregunta si quiero incorporarme a su Berliner Ensemble, me pongo a buscar enseguida una respuesta ingeniosa. Pero Brecht tampoco tiene un pelo de tonto, e interpreta mi silencio a su manera:

—Te desaconsejaría hacerlo. Yo, aquí en el Este, gozo de la libertad de los locos. Pero dudo mucho que esta gente tenga suficiente sentido del humor para aguantarte a ti.

Me rompo la cabeza intentando imaginar algún truco para no tener que actuar cada noche. Hago una visita a Arne en la Wartburgstrasse. Me meto vestido en la bañera llena de agua helada y me arrastro, con la ropa chorreante, por entre las ruinas del edificio trasero destruido por las bombas, y me quedo tumbado encima de los cascotes hasta que anochece. Quiero pillar una pulmonía. Pero ni siquiera me resfrío. Sí, debe de ser verdad que Dios tiene planes para mí.

De la rabia que me da tener que ir al teatro, tiro por la ventana unos cuantos muebles, que se hacen astillas en la calle.

Como miembro del Deutsches Theater me dan unos bonos gracias a los cuales puedo comer una vez al día en el club del teatro. Ese club lo han montado los rusos y está abierto a todos los que pertenecen a la ópera, al *ballet* y al teatro. Por supuesto, también a los gerifaltes políticos. En el restaurante del club hay de todo, incluso champán de Crimea y caviar Malossol. El club está

pensado, ante todo, para los gerifaltes, y los soplones vigilan encarnizadamente por si alguno de nosotros tiene el descaro de comer dos veces. Yo no como caviar ni bebo champán, porque no puedo pagarlo, pero un día me permito comer dos veces en el club: al mediodía y después de la función de noche, porque estoy verdaderamente hambriento. El gerente del Deutsches Theater, que siempre come allí dos veces al día, me ha visto y me ha denunciado.

Al cabo de una semana, ese mismo gerente se niega a concederme un adelanto.

A través de una serie de escaleras interiores y pasillos, se puede acceder directamente desde los camerinos a las oficinas del teatro. Vestido ya para la función de la noche, a excepción de las botas altas, agarro de la corbata a ese cabrón y lo abofeteo hasta que, al oír sus berridos, acuden otros empleados de las oficinas. También viene Langhoff, y me exige que me quite el vestido, pues puedo considerarme despedido desde ese mismo momento. Pero no estoy dispuesto a quitármelo ni mucho menos, y salgo disparado hacia mi camerino, para ponerme también las botas.

Las botas están aún en la zapatería. No puedo ir allí, porque Langhoff, el gerente y los otros oficinistas, que me siguen como una hilera de patos, me cortarían el paso. De modo que bajo en calcetines por la otra escalera hasta el vestíbulo. La hilera de patos me pisa los talones.

Los primeros espectadores ya guardan cola en las taquillas. Paso velozmente a su lado y salgo a la calle. Por todas partes hay gente que se dirige al teatro. ¡Allí! ¡El bar del teatro! Conozco bien al dueño. El bar del teatro también está lleno de gente que entra allí a comerse unas albóndigas o echar un trago antes de la función.

La hilera de patos, con Langhoff en cabeza, ha utilizado otra escalera, que conduce al bar desde el vestíbulo del teatro. Caigo de lleno en sus brazos. La persecución prosigue por encima de mesas, sillas y clientes. Me subo a una mesa de un salto.

—¡Si queréis el vestido, aquí lo tenéis!

Me lo arranco del cuerpo a jirones. Lo hago pedazos a dentelladas.

—¡Éste para ti! ¡Y para ti! ¡Toma! ¡Cómetelo, si quieres! ¡Después de mí no se lo pondrá nadie!

Esa rata de gerente sufre con cada desgarrón. Rompo el vestido

en trozos tan pequeños que no podrán volver a coserlo jamás. No pueden impedírmelo. Estoy de espaldas a la pared, y al primero que se acerque le daré una patada en la cabeza.

Quedo desnudo. El dueño del bar me echa un abrigo por encima e intenta calmarme, porque lloro y grito de rabia y asco por esa gentuza. La hilera de patos hace mutis con los jirones.

Después de esa escena en el Deutsches Theater me encuentro de nuevo en la calle, así que vuelvo a casa de Sasha.

—No hagas caso —se limita a decir, ofreciéndome un vodka. Es su manera de ser. En una ocasión, otro gángster le estafó 300 000 marcos cambiándole un collar de perlas auténticas por uno de perlas falsas, y lo único que hizo Sasha fue, como ahora, echarse al coleto un vodka.

Cuando le cuento la que he armado en el Deutsches Theater, se echa a reír.

—No te preocupes y da gracias al Creador por tu talento. Mírame a mí. No me importaría en absoluto cambiarme por ti. Tengo cuarenta y dos años y en mi vida no he hecho más que chupar la sangre a otras personas, correr detrás de los chaperos, dejarme desvalijar por ellos y emborracharme entre mis iconos. ¿Crees que estoy contento de la vida que llevo? ¡Tú sí que tienes motivos para estarlo! Un día la gente acudirá en masa a verte. Se pelearán por ti. Conseguirás todo lo que quieras. No hagas caso a los que te amenazan. No les enseñes los clientes. No pueden contigo. Ve y búscate otro estudio, te lo pago yo. O duerme aquí y déjate alimentar. O instálate en el piso de la Königsallee.

No me quedo a vivir con Sasha ni me instalo en la Königsallee, pero encuentro un nuevo estudio en la Brandenburgische Strasse.

Helga es la chica que me trajo al teatro los primeros girasoles. Sus padres le han prohibido que venga a mi casa; su padre es pastor protestante. Pero aunque tarda una eternidad en dejarse follar, vuelve cada día. Por fin accede gustosamente a que la tumbe en el altar para llevar a cabo el sacrificio de su himen.

Cuando sus padres se niegan a dejarla salir de casa, se casa con

un estudiante. Ahora sus padres ya no pueden prohibirle nada. Cada mañana se mete en mi cama y se queda hasta que su estudiante vuelve a casa de la universidad y ella tiene que hacerle la comida.

¡Necesito girasoles! Camino muchos kilómetros para conseguirlos. Si están frescos, beso sus caras de miel. Si están secos, los pongo en el alféizar de la ventana, donde vuelven a arder.

He visto un girasol gigantesco en un huerto comunitario en Tempelhof. Ahora no puedo arriesgarme a robarlo, y le pregunto al dueño si me lo vende. Me lo da gratis.

Lo llevaré de Tempelhof a la Brandenburgische Strasse cogido por el tallo verde claro, que mide dos metros de largo. Su cara negra y pegajosa está rodeada de pétalos de un amarillo luminoso. Yo llevo unos vaqueros de color azul aciano y una camiseta de color rojo amapola. Ambas cosas las he conseguido a través de uno que tiene un amigo en Estados Unidos. Como es verano, voy descalzo.

Es domingo, y las calles están llenas de gente que pasea. Me meto por calles secundarias para no cruzarme con nadie, porque allí por donde paso todo el mundo se ríe de mí y de mi girasol.

Para huir de ese acoso, quiebro el tallo del girasol a la altura de la flor, la aprieto como a un bebé contra mi pecho, con la cara vuelta hacia mí, y sigo a grandes zancadas en dirección a Wilmersdorf.

Intento subir a un autobús, pero ni siquiera el revisor es capaz de privarse de divertir a los pasajeros con observaciones imbéciles sobre mí y mi girasol. Toda la cuadrilla se parte de risa. Me apeo de un salto del autobús en marcha.

En la calle, la situación resulta cada vez más insoportable. Me molesta y hiere tanto la estupidez y la brutalidad de la gente que estalla en carcajadas al verme con el girasol que, asediado por un grupo de peatones, no veo otra solución que romper mi querido girasol en pedazos y marcharme corriendo.

Achim ha vuelto de su cautiverio en Rusia y está de nuevo en chirona. Se ha juntado con una banda que roba abrigos de piel. Voy a verle a la prisión preventiva de Moabit y le llevo chocolate y

cigarrillos. Se alegra enormemente de volver a verme, y nos abrazamos y besamos. Me pide que le consiga un abogado.

Cuando me dirijo a ver a un abogado en la Fasanenstrasse, veo a una mujer policía empujando y arrastrando a una mujer que llora y que lleva una mochila a la espalda. Los peatones contemplan la escena pero no dicen nada.

—¿Qué hace con esa mujer? —le pregunto a la arpía uniformada.

—Estaba vendiendo en el mercado negro —responde.

—¿Y qué? —digo yo—. ¿No te da vergüenza detener a esta pobre mujer por eso, pedazo de sargenta? Lo hace por necesidad, no por gusto. ¡Déjala suelta!

La arpía uniformada suelta por un momento a la asustada mujer y me agarra a mí de la muñeca.

—¡El carnet de identidad! —grita histérica.

Me libero de sus dedos gordezuelos y me río en su cara.

—¡No tengo!

Eso es demasiado para su cerebro uniformado. Se lleva a la boca, casi sin labios, el silbato que tiene colgado al cuello, y silba hasta que el guardia de tráfico deja pasar los coches como les da la gana y, sin preguntar qué ha pasado, se me echa encima. Ahora los peatones ya se sienten lo bastante seguros y me llaman «alborotador» y «tipo peligroso». El policía de tráfico me sujeta las manos a la espalda, y se nos llevan a comisaría a mí y a la mujer de la mochila.

—¡Ha insultado el uniforme de mi compañera y ha opuesto resistencia a la autoridad! —dice un policía en la comisaría.

No puedo evitar echarme a reír.

—¡Deje de reírse —grita fuera de sí— o le encierro!

Me río todavía más fuerte.

—¿Quiere que llore?

—¡Lo que quiero es que cierre el pico y hable sólo cuando le pregunten!

Me río tan fuerte que me atraganto.

—Es que me hace usted gracia, no puedo evitarlo.

Me dan una patada en el culo y aterrizo en una celda. Son jaulas en hilera, como en el zoo, y un policía se pasea arriba y abajo por delante de ellas, semejante a un guardián de fieras. Me agarro a los

barrotes y empiezo a gritar, pero eso fortalece su espíritu de carcelero. Antes de que me encerraran debía de estar deprimido, pues las jaulas vecinas están vacías. Ahora sonríe burlón, de modo que vuelve a sentirse bien. Se pasa el manojo de llaves por los dedos como si fuera un rosario.

Grito a pleno pulmón que conozco al alcalde de Berlín, que hace poco ha sellado su amistad con el presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy, y que me encargaré de que pongan de patitas en la calle a todos los granujas de esa comisaría. El oficial de guardia me deja salir de la jaula y lamenta lo sucedido.

—¿Qué pasa con la mujer? —le pregunto mientras me empuja hacia la puerta para deshacerse de mí.

—No le pasará nada malo —miente desvergonzadamente el oficial. Cuando salgo a la calle, me meo en la fachada del edificio.

Cuando Achim sale de la cárcel, intenta abrirse camino de una manera un poco más honrada. Cuida perros, trabaja de canguro y dona sangre dos veces por semana. Por cada donación le dan 20 marcos y un bistec de buen tamaño.

Se me ocurre poner a la venta mi cadáver. Me he enterado de que puedes vender por adelantado tu cadáver a los departamentos de anatomía, para que lo diseccionen, y que te dan una buena suma por él. Mi plan consiste en vender mi «cadáver» a todos los departamentos de anatomía posibles. Pero resulta que es imposible, porque cuando uno vende su cadáver por primera vez, lo anotan en el carnet de identidad.

Me voy a Munich en autobús. He oído decir que en las fiestas de carnaval hay montones de chicas semidesnudas.

En la Haus der Kunst hay una exposición de Van Gogh. Es la primera vez que veo originales de Van Gogh. Salgo corriendo a la calle, con los ojos anegados en lágrimas.

En la fiesta de carnaval de la universidad conozco a Gislinde y a Therese. Las dos van pintadas de pierrot, y las dos llevan mallas en las que se marcan sus muslos, sus vientres, sus culitos y sus deliciosos chochitos. Las dos están bañadas en sudor. Bailo con las dos durante la noche entera. A las dos les como la lengua. A las dos las dejo preñadas esa misma noche.

A Therese su familia la obliga a abortar. Gislinde tendrá el bebé. Therese está muy triste. Quería al niño, aunque sabe que no puedo casarme con las dos. Tampoco con Gislinde hablo nunca de matrimonio. Está feliz pensando en su bebé.

No puedo pasarme el día follando, también tengo que ganar dinero. Fehling trabaja en el Bayrischer Staatstheater, y me cito con él.

Lee mi adaptación de Crimen y castigo y dice:

—Lo vamos a representar, pero no aquí. Me tomo el teatro tan en serio que me dan pena estos conmovedores provincianos. Ya pensaremos cuándo y dónde. Descansa, pareces muy debilitado. Vete al campo, te lo pago yo.

Fehling está tan cariñoso como en Berlín y sigue irradiando esa inmensa energía y calidez suyas. Pero me temo que nunca volverá a montar una obra.

Una vez, en el momento en que subo a un tranvía, una chica se detiene en medio de la calle y me sonríe con todos sus dientes blancos. Me bajo de un salto del tranvía en marcha. No la conozco. Es la primera vez que la veo. Dice que se llama Elsa. Elsa tiene la cara morena, pelo negro y largo, ojos relucientes como el metal, una boca Firme y manos ávidas y sensuales.

Todos los parientes de Elsa tienen altos cargos en la iglesia católica. Un tío suyo es la «mano derecha» del Papa. En cuanto esa caterva se entera de que Elsa se lo monta con el diablo, echan del rebaño al corderito como si tuviera la peste ovina, y dejan de ayudarla. Hasta ahora estaba liada con el jefe del servicio secreto norteamericano en Munich, que aún le sigue tirando los tejos. El tipo vino expresamente de Estados Unidos para seguir la pista en las montañas bávaras a los nazis escondidos que se han disfrazado con pantalones de cuero y viven como pastores de cabras en algún lugar.

Al menos, durante algún tiempo el tipo va pagando. Luego se seca también esa fuente, porque ella ya no tiene tiempo para el yanqui, ya que nos dedicamos a «retozar como conejos», como dice ella. Vivimos en un cobertizo en una pensión de mala muerte en el barrio de Schwabing, y sólo nos levantamos para pillar algo de

comer. Normalmente sólo comemos huevos crudos, que nos dan fuerzas para seguir follando. Cuando ya no podemos pagar el cobertizo, continuamos en el Englischer Garten, luego en un cementerio en Bogenhausen y por fin en los jardines que hay al pie de la estatua del ángel de la paz.

Elsa comparte habitación por las noches con una beata. Yo estoy en una residencia de seminaristas católicos que fundó su abuelo. El anatema que pesa sobre Elsa por mi culpa aún no ha llegado aquí, y en esas pequeñas comunidades aún no saben que Elsa se acuesta con Belcebú. Vamos a mendigar a las iglesias, porque el cuento del tío que ella tiene en el Vaticano y el abuelo que fundó las residencias funciona siempre. El botín es un miserable marco sacado del cepillo, con el que el párroco nos despacha en el portal de la iglesia. Es fácil imaginarse la cantidad de iglesias que nos vemos obligados a recorrer.

Con esas limosnas no vamos a ninguna parte, y ofrezco mis servicios a las dos viejas alcahuetas Elli S. e Ilse A., que llevan su agencia de actores como si fuera un burdel por teléfono. La cosa es como sigue: tengo que instalarme a vivir en un camerino de los estudios Bavaria para que no me pierdan la pista; además, el camerino, que está incluido en el alquiler de las oficinas como una especie de cuarto trastero, les sale gratis. Ese camerino es una celda de tres metros por cuatro, en la que se volvería uno idiota si tuviera que estar allí siempre solo. Cada vez que un director o un productor pasa por la agencia, que se encuentra en el piso de abajo de mi manicomio, me mojan el pelo con agua y me peinan, para presentarme como un niño bueno. Por esa comedia me dan cada día siete marcos de dinero de bolsillo, como adelanto de un hipotético sueldo futuro. Comparto el dinero con Elsa. Me escapo por la escalera de incendios y me la follo en el bosque que limita con los estudios Bavaria.

La mujer de un fotógrafo norteamericano de Nueva York, un tal Kunz, Schlunz, Punz o como se llame, llega a Munich para presentarse a los productores de películas alemanes. En las oficinas de los estudios topa precisamente conmigo, y aunque su suegra, que la acompaña, la vigila constantemente para que no juguetee con pollas extrañas, conseguimos quedarnos solos un instante en el parque Hofgarten, junto a la Feldhermhalle.

Me araña la cara y me insulta a gritos porque no quiero follármela de pie apoyada en un árbol, después de haberle metido los dedos en su coño jugoso y caliente sentados en el césped. No puede ser. No puedo follármela aquí de pie. Los matorrales son demasiado bajos, y tan ralos que los paseantes lo verían todo.

Lo intentamos en la sinagoga bombardeada. Pero aquello parece haberse convertido en un meadero. Por todas partes hay hombres meando. O masturbándose.

Furiosa, accede a venir a mi camerino de los estudios Bavaria, en Geiselgasteig.

Pero nos descubren de la manera más estúpida mientras trepamos por la escalera de incendios de la fachada lateral de los estudios. Las dos alcahuetas de la agencia tienen un cliente en la oficina y quieren exhibirme como a una furcia. Aporrean la puerta del camerino, pues están convencidas de que nos hemos encerrado dentro. Tapo el agujero de la cerradura, e intentamos no hacer ruido. Es muy difícil, porque la mujer del fotógrafo ya se ha quitado las bragas en el pasillo, y no me da tiempo a bajarme los pantalones, pues se arrodilla, me abre la bragueta y engulle mi cipote, sin dejarme sacarlo hasta que me corro en su boca. Luego me agarra la cabeza, me aprieta la cara entre sus piernas abiertas de par en par, y se corre tantas veces que pierdo la cuenta. En cuanto está otra vez lista, vuelta a empezar. Cambiamos de posición como si estuviéramos haciendo gimnasia.

Las alcahuetas vuelven a subir una y otra vez y aporrean como locas la puerta del camerino, diciéndome a grito pelado que estoy echando a perder una gran oportunidad, etcétera.

Cuando se cansan de berrear a la puerta, seguimos prudentemente con lo nuestro. Pero esa salvaje rubia teñida se empeña en gritar. Sin gritos, no hay orgasmo.

Fuera es de noche. Estamos los dos agotados. Además, se acuerda de repente de que ha dejado plantada a su suegra en el hotel Bayrischer Hof. Antes de que pueda bajar por la escalera de incendios con su vestido totalmente arrugado y empapado en semen, la monto una vez más por detrás y, mientras responde a mis embestidas con empujones aún más brutales y profundos, avanzamos a cuatro patas por el pasillo que conduce a la escalera de incendios.

Como no salgo adelante en Munich, tengo que volver a Berlín. Como regalo de despedida, Eisa me da las Baladas de François Villon.

Las leo en el autobús. Al amanecer, cuando salimos del Avus[8], sé que Villon soy yo.

Recito por primera vez las baladas de François Villon en el Café Melodie, en
Ku'damm.
Los estudiantes de la escuela universitaria de bellas artes escriben en la calzada del Kurfurstendamm, con tizas de colores y con letras enormes, KINSKI RECITA A VILLON. La entrada es gratis. Recogeré dinero con la gorra.

El Café Melodie está tan abarrotado que la gente se pisa los pies mutuamente. Los que no pueden entrar rompen los cristales de las ventanas para entrar por la fuerza. Interviene un policía, y le dan una paliza.

Subo a la primera mesa que encuentro y recito, grito, rujo, susurro, exhalo, jadeo, lloro, río las baladas de François Villon desde lo más hondo de mi alma. Descalzo, llevo un jersey hecho harapos y una gran gorra con visera, en Ja que recojo dinero después de cada balada.

Sasha echa en la gorra un billete de 100 marcos, otros de uno a 20 marcos, los estudiantes pobres 15 pfennigs o un groschen, uno echa incluso su último pfennig. Lleno la gorra en menos de un cuarto de hora.

También está Walter S. Quiere representar conmigo *Las veinteañeras* en el Hebbeltheater.

Primero me follo a su mujer. Tiene los cabellos increíblemente gruesos y largos y de un rojo brillante, y, como todas las pelirrojas, siempre anda húmeda. También tiene el coño pelirrojo.

Hertha K., mi compañera en Las veinteañeras, es vienesa.

Me enseña todas las canciones de taberna, pues me propongo seriamente presentarme en el Grinzing de Viena cantando acompañado de una cítara. Por desgracia, las clases sólo duran hasta que veo un trozo de su carne desnuda. Olvidamos en su cama de la Meineckestrasse que tenemos función por la noche.

Durante una de las representaciones sucede algo que desde entonces me dará qué pensar. En una escena estoy solo en el

escenario y sólo tengo que pasearme pensativo de aquí para allá, sin hablar. De repente me encuentro sobre una rampa que ya no pertenece al decorado, y miro fijamente la sala llena de espectadores, pero oscura como boca de lobo. O, mejor dicho, miro a través de la oscuridad y del público. Porque no es el público lo que busco con la mirada: intento distinguir algo mucho más remoto de lo que puede ver el ojo humano. No sé qué es lo que intento distinguir, pero es más importante que el hecho de encontrarme en un escenario. Creo que lo que veo es mi futuro, que ya no tiene nada que ver con el teatro ni con el oficio de actor.

Estoy tan ausente que durante un buen rato me olvido completamente de dónde estoy. El inquietante silencio de los espectadores me devuelve a la realidad del momento.

El regidor dice que he detenido la función durante diez minutos. Bueno, ¿y qué?

Valeska Gert inaugura el Hexenküche. Es un *cabaret* en el que se dedica a hacer sus muecas esquizofrénicas. Quiere que recite las baladas de Villon a lo largo de varias veladas. Más que veladas debería decir noches, porque la función del Hebbeltheater no termina antes de las diez. De modo que no puedo llegar a su garito hasta por lo menos las once.

Hoy doy la primera representación en el local de Valeska. Después de la función del Hebbeltheater, se me quitan las ganas y me emborracho. Pero a la una y veinte de la madrugada me presento en el Hexenküche. El antro está lleno de humo y no cabe ni un alfiler. Salgo al escenario.

A las cinco de la mañana, Valeska, ese renacuajo obeso, intenta hacerme comprender que la primera noche no voy a cobrar todo lo que me corresponde, ya que la mitad del público estaba formada por parásitos de la prensa, que, además de no pagar entrada, jalan y privan gratis.

Destrozo el local.

Gislinde está de nueve meses y quiere dar a luz al niño en Berlín, porque yo no puedo ir a Munich. Con el sueldo del

Hebbeltheater alquilo un estudio decrépito, pero grande, cerca del Ku'damm.
Lo pinto todo de blanco y compro a plazos una cama plegable de hierro y un colchón, una tosca mesa de madera, dos sillas del mismo material, un cesto de la ropa que servirá también de cuna para el bebé, varias mantitas, ropa de bebé y pañales. No me alcanza para ropa de cama. Pero sí para girasoles, que meto en unos floreros que me presta alguien. Llevo siempre encima uno de los camisoncitos del bebé.

Si es niña, la llamaré Pola. Pola es la niña de Crimen y castigo que sigue a Raskólnikov y le abraza y le besa. A pesar de que es un asesino.

Mi hija nace en la clínica de la Schlüterstrasse. Estoy tan contento que se lo digo a todas las putas que hacen la calle enfrente de la clínica, y que me conocen. Me regalan flores para que se las lleve a Gislinde.

Cuando Pola abre los ojos por primera vez, mira enfadada a su alrededor. Fuera estalla una tormenta.

No quiero que esas jodidas monjas vuelvan a quitarme a mi hija de los brazos. Las monjas se ponen insolentes. Las insulto. La monja jefa me pide que salga por favor al pasillo. En el pasillo me esperan dos policías.

—¡Ultrajáis a Cristo! —grito tan alto que Gislinde debe de haberlo oído, porque sale de la habitación con sus cosas empaquetadas y el bebé, y nos vamos al estudio en taxi.

Se acaban las funciones en el Hebbeltheater. Nuestro dinero también. No puedo seguir pagando los muebles, y el agente judicial se lleva todos los trastos. Esa noche dormimos en el suelo. A la mañana siguiente le digo a Gislinde que se vaya con Pola a Munich, a casa de su madre.

Iván el Terrible de Eisenstein. Como no tengo dinero, doblo la película rusa y dos películas inglesas de Sabu.

Sasha alquila para mí el teatro de la Kaiserallee, donde haré el papel de la mujer en *La voz humana* de Jean Cocteau. Se trata de un monólogo: la conversación telefónica de una mujer con su amante, que la ha abandonado. Al final, la mujer se ahorca con el cable del

teléfono.

Cuando leo el texto, no puedo pensar en otra cosa que en ser esa mujer. ¿Por qué no? En tiempos de Shakespeare no había ni una sola actriz; todas las mujeres y chicas, incluso Julieta, eran interpretadas por hombres. La Mona Lisa también era un hombre. Además, me importa un rábano: ¡soy esa mujer, y punto!

El monólogo consiste en veinticuatro densas páginas mecanografiadas. Me las aprendo de memoria en veinticuatro horas. Luego voy corriendo a casa de Sasha y le recito el monólogo, que dura una hora. Nos pasamos en ello la noche entera. Quiere que se lo recite una y otra vez. A las seis de la mañana, su madre, la princesa Nina Kropotkin, aparece disimuladamente en camisón, e insulta a Sasha en ruso porque se ha enterado de que ha invertido mucho dinero en el alquiler del teatro. Llora de pura tacañería, aunque ella misma es millonaria y Sasha gana su propio dinero. Su cabeza grasienta me recuerda la de la prestamista de *Crimen y castigo*, que Raskólnikov partió a hachazos. Sasha acaba cogiendo un candelabro de oro encendido y tirándoselo a su madre.

—No hagas eso, Sasha —le digo—. Es tu madre.

Pero Sasha está fuera de sí, y no consigo tranquilizarle. Le dejo solo y me voy a pie a la Königsallee, al piso que Sasha me ha prestado allí.

Pero no puedo respirar en medio de todos esos trastos antiguos y horteradas que ha juntado allí para sus fines de semana con los chaperas y que él mismo nunca utiliza. Me echo entre unos matorrales en el jardín de la villa e intento dormir un poco.

La primera representación tendrá lugar dentro de cuatro semanas. Se han agotado las entradas para los dos primeros meses. ¡Y entonces el gobierno militar prohíbe la obra!

Sasha envía un telegrama a Cocteau a París, y Cocteau responde con otro telegrama ese mismo día.

ME ALEGRO MUCHO DE QUE SEA KINSKI QUIEN INTERPRETE EL PERSONAJE. LE FELICITO POR SU VALOR. HARÉ LO POSIBLE POR ESTAR PRESENTE EN EL ESTRENO

JEAN COCTEAU

Pero los perdonavidas del gobierno militar, rodeados de

lameculos del mundo del arte y la cultura, temen un escándalo si se representa la obra, y deciden no levantar la prohibición.

Pasa el tiempo. Sasha se niega a seguir pagando, porque lo presiona su madre, que está enterada de la prohibición por parte del gobierno militar.

Me encuentro a Sasha borracho, y me pide, de rodillas, que le libere de su vida miserable. Estrello la botella de vodka contra la pared forrada de seda, y le digo que me da asco. Sasha abre la caja fuerte:

—¡Cógelo todo!

Luego se va a un bar, a ahogar el odio que siente hacia su madre y hacia su propia vida de perro, que no ha sabido aprovechar.

Me encuentro delante de la caja fuerte abierta, en la que no sólo se amontonan fajos de billetes, sino también diamantes, perlas, rubíes, esmeraldas y montañas de oro. No sé por qué, le pego una patada a la puerta de la caja y salgo del piso sin tocar nada. Jamás me lo perdonaré.

No quiero volver a la KÖnigsallee. Me voy a pie a la Wartburgstrasse. La puerta de la calle está cerrada con llave. Rompo de un golpe la ventana de colores y saco a Arne de la cama a timbrazos.

Arne trabaja ahora en la redacción de una revista femenina; ha subido muchos enteros. Ha arreglado el piso, ha comprado muebles, tiene trajes y piensa comprarse un coche a plazos. No sabe a qué se dedica últimamente Achim, que pasa a verle de vez en cuando. Arne me da dinero para el billete de autobús a Munich. El traqueteo del viaje resulta una auténtica tortura, pero echo de menos a mi hija.

Gislinde vive con su familia en la Mauerkircherstrasse, junto al puente del Isar, justo enfrente del Englischer Garten. Su hermana pequeña se llama Hexi, y tiene catorce o quince años. Lo único que le interesa es aporrear el piano. Tiene una cara parecida a la de Beethoven, y toca tan bien que se me arrasan los ojos en lágrimas cada vez que la oigo. Llega un día en que no la dejan tocar más en el piso y, como no encuentra ningún otro sitio donde tocar, se suicida.

Aunque la familia me trata bien, y me he casado con Gislinde, no vivo en el piso. Paso las noches en el Englischer Garten o debajo

del puente del Isar. Estoy contento de volver a ver el cielo por encima de mí; sin eso, me moriría.

Veo a Gislinde una vez al día, y ella me trae a mi hija, para que juegue con ella, y a veces algo de comer o unos cuantos marcos. Cuando no hay nadie en el piso, subo con ella y me lavo y me afeito. De paso, me echo algo caliente al coleto. De lo contrario, me lavo en las heladas aguas alpinas del Isar. Cuando llueve, me hago un lecho de hojas de árbol y me tapo con ramas. Dejo la cara afuera, para que me caiga la lluvia en la boca y los ojos. Siento como si unas manos me acariciasen, y me duermo. Pero lo mejor es cuando hay tormenta. Cuando hay tormenta sí que soy feliz de verdad.

Cuando empieza a refrescar por la noche, Gislinde baja al puente del Isar a traerme una manta.

Un director teatral que quiere estrenar conmigo una obra rusa nos regala un cochecito viejo de niño. Desde entonces paseo a Pola por el Englischer Garten. El cochecito es de mimbre, y yo voy metiendo margaritas por los huecos, hasta que el cochecito entero parece un parterre de flores.

En el Englischer Garten me encuentro con Wanda, casada con un búlgaro. Ella también lleva de paseo a su bebé. Dos horas más tarde estamos tumbados entre los matorrales. Todo en ella es de madre. Su boca. Sus pechos. Sus caderas. Su trasero. Sus muslos. Su pubis. A cada empujón nos hundimos más en la tierra. Hemos dejado los cochecitos en un lugar en que los tenemos siempre a la vista. Cuando nos separamos, embadurnados de tierra, es noche cerrada. No encuentra sus bragas. Las he tirado bien lejos.

Voy a visitarla cada día. Bien de mañana, cuando su marido se va a Radio Europa Libre. Viven en una sola habitación amueblada, y todo huele a orina y pañales, que están esparcidos por el suelo. La tumbo sobre la cama de matrimonio y bebo de sus largas ubres pletóricas, que, como las de una vaca bien alimentada, casi revientan de leche y necesitan que las ordeñen constantemente. Nos ponemos tan cachondos que cuando llega su marido del trabajo todavía estamos follando, y tengo que esconderme en el armario escobero del recibidor.

El fotógrafo de modas Helmut von Gaza telefonea a las dos alcahuetas de los estudios Bavaria. Pone a disposición su taller —

que es tan grande como una sala de actos y forma parte de su piso de doce habitaciones en el Kürfurstendamm— para la representación de *La voz humana*. No podrán prohibir la representación, pues piensa solicitar un permiso para una sesión privada de un club teatral.

Esa misma tarde me voy en tren a Berlín. Elsa ha empeñado su reloj de pulsera por mí. Entre tanto, se ha casado con el director general de la compañía de gas de Bayreuth, que la carga de quincalla, pero le da poco dinero contante y sonante.

De nuevo vuelven a agotarse las entradas con varios meses de antelación para las representaciones de La voz humana. No tengo piso. En su piso de la Wartburgstrasse, Arne utiliza sólo la habitación del balcón y la sala de estar, y yo me instalo en la habitación de Inge, donde estoy más tranquilo. Me alimento de huevos duros, agua caliente y limones.

Pero hay que retrasar una vez más el estreno, porque cojo una hepatitis galopante. Me pongo más amarillo que un canario, pese a lo cual me paso por el forro las prescripciones de los médicos, hasta que un día me derrumbo en plena calle.

He ido andando hasta Tempelhof para follar con dos chicas que quieren brindarme sus cuidados. Cuando llego a la puerta de la casa, ya no me quedan fuerzas, y me desplomo junto al bordillo. Me suben al piso, me meten en la cama y llaman a un médico, la doctora Milena Bösenberg.

Cuando la doctora, a fin de auscultarme, inclina su cara pálida y suave sobre mí, su cara de finas venillas azules en las frágiles sienes, con los ojos más grandes que yo había visto hasta entonces, y con unos bellísimos labios sedosos, que se ciernen sobre mí como frambuesas maduras, a punto de rasgarse y derramar su jugo sobre mi cara, la beso en la boca.

Ella, conmocionada, se deshace de mi abrazo, mientras la roja sangre inunda su cara blanca como la de la Blancanieves cuando vuelve a la vida tras el beso del príncipe en el ataúd de cristal. Y abre la boca de par en par, como si quisiera vomitar la manzana envenenada.

Me manda al hospital del distrito del zoo. Las dos chicas pagan por adelantado para que me pongan en una habitación individual.

Milena me visita cada día, pero no me deja que me la lleve a mi

cama.

—Con esa hepatitis tan fuerte, lo que tienes que hacer es estarte bien quieto —me dice quedamente.

Me hacen tragar dos veces cada día un largo tubo por el que mi bilis desemboca a litros en un cubo.

A la monja que me trae el termómetro cada noche, y cuyas tetas me rozan la cara cada vez que cuelga y descuelga la lámina de la curva de fiebre que tengo por encima de la cabeza, le echo mano al vientre. Ella hace como si no hubiera notado nada.

Vuelve por la noche. Se encarama sobre mí, con las piernas abiertas, y me pone su grueso chocho en la boca, para que yo no tenga que moverme. Para empezar, la follo con la lengua.

Las ocho semanas de hospital me martirizan los nervios. Me pongo irritable y colérico, y les tiro a las enfermeras las compresas calientes que me ponen sobre la vesícula. Tampoco tengo paciencia para leer. Soy un animal encerrado que no piensa en otra cosa que en escaparse.

Por fin pido que me traigan papel y pluma, y escribo un tratado sobre «el crimen perfecto». Se me ha ocurrido la idea hace unas semanas, mientras releía Crimen y castigo. Raskólnikov escribe un ensayo sobre ese tema, que más tarde el juez de instrucción utilizará contra él como elemento de sospecha. La novela no reproduce el contenido del tratado. Escribo el texto pensando en la posibilidad de que algún día se estrene mi versión escénica de la novela, conmigo en el papel de Raskólnikov.

Vuelvo a acordarme del óleo de Holbein que muestra a Jesús en la tumba: rígido, muerto, con la cara verdosa y la barba tiesa, apuntando hacia arriba, hacia la tierra que le han echado encima a paletadas. Tirado. Reventado. Pudriéndose. A Dostoyevski le impresionó profundamente ese cuadro. Tenía miedo de que los creyentes pudieran perder la fe en la inmortalidad si lo veían.

Una noche me escapo del hospital. No lo soporto más. Los médicos no me permiten levantarme de la cama, y además no puedo pagar el resto de la factura.

Me voy a pie hasta Tempelhof y llamo al timbre del piso de Milena, que es también su consulta. Se alarma, me desnuda, me baña y me mete en su cama. Luego apaga la luz y se desnuda también a oscuras.

Los labios de su coño son tan sedosos como los de su boca. Derramo mi semen bien dentro de ella, hasta que me prohíbe seguir follando. Me dice que sólo quiere que la folle cuando yo tenga los cojones bien llenos, hasta reventar. Por ello, cuando ya hemos echado varios polvos, me manda dormir para criar más semen.

Cada vez que voy a visitarla e intento meterme entre sus muslos, primero me sopesa los cojones con la mano, para ver si tienen el peso adecuado. Quiere estar bien segura de que no he derramado mi semen en otros chochos antes de que ella se meta mi cipote, que me duele de lo duro que está.

Milena es yugoslava, viuda desde hace años, y sólo se relaciona con su hermana, que es oculista y tiene una hija que aún va a la escuela.

Con el tiempo, Milena no sólo me deja pegarle revolcones, sino que poco a poco me va cogiendo confianza, hasta el punto que un día me lleva a casa de su hermana. No lo habría hecho si hubiera adivinado que su sobrina Vjera y yo nos íbamos a poner a follar con los ojos nada más vernos por primera vez.

Digo que salgo a comprar tabaco, y Vjera me acompañaba. Fuera está oscuro. Al llegar a unas obras al aire libre, por delante de las cuales tenemos que pasar, la tumbo sobre un montón de tablones y hago bailar a su clítoris con mi lengua. Cuando ella, fuera de sí, se incorpora bruscamente y me echa mano a la bragueta, me doy cuenta de que, se mire como se mire, nadie puede tardar tanto para comprar tabaco, y la arrastro de vuelta a casa.

Su madre y Milena todavía no notan nada. Vjera se mete enseguida en el lavabo. Tampoco les parece extraño que yo salga corriendo de la habitación cada vez que Vjera va a orinar, para escuchar, a través de la puerta del lavabo, cómo mea en la taza del retrete, ni que Vjera ronde por las cercanías del lavabo cada vez que yo voy a mear.

Desde entonces empiezo a frecuentar los dos pisos: el de Milena y el de Vjera y su madre. Un día aquí, otro allá. También paso la noche en ambos pisos. Cuando la madre de Vjera se va a su consulta de oculista, Vjera tiene que irse a la escuela. Paso a buscarla a la escuela cada día, pero cuando llegamos a casa ya está allí su madre, y si nos retrasásemos no tardaría en sospechar. Pronto me dejo caer por la escuela también durante el recreo, momento en que Vjera

echa a correr a la calle y se pega a mí como una ventosa.

Como ya no podemos aguantar más, hoy me presento a las diez de la mañana en la escuela de Vjera. Llamo a la puerta de la clase y le digo a la profesora que vengo de parte de la madre de Vjera, para llevármela inmediatamente a casa. Su madre, añado, se ha puesto enferma de repente. Pese a lo gastado del truco, funciona a la perfección. Vjera no se cree ni por un instante aquella tontería, y tengo que impedirle por la fuerza que se me eche al cuello delante de la profesora.

En el último tramo de escaleras, antes de llegar al piso, empezamos ya a quitarnos la ropa, y cuando llegamos a la habitación estamos ya desnudos. La cojo en brazos, pasándole una mano por la nuca y la otra por debajo de las rodillas dobladas, de modo que queda colgando su culo, de firmes carnes infantiles. A continuación la giro y la pongo de culo contra el espejo.

—¡¡Házmelo de una vez!! —suplica con voz ronca cuando la llevo a la cama. Antes de que la penetre, echa la cabeza hacia atrás y empieza a gemir, mientras dobla los firmes muslos y se abre de par en par el coño con los dedos de las dos manos. A no tardar, le he metido el capullo tan adentro que se pone a chillar y le brota un sudor frío… Sigo penetrando. —La abertura se estrecha tanto que siento como si me hicieran un torniquete en la polla y no me llegara la sangre a la punta—. Pongo los codos encima de sus hombros, le agarro la cabeza, juntando las manos sobre su cráneo… y, contorsionando mi abdomen hacia adelante y hacia arriba, como un macho cabrío follador, estiro y aprieto con toda la fuerza de mis músculos. Ella chilla y gruñe. Y entonces me encuentro dentro del todo.

¿Por qué tiene que entrar en casa justo en ese momento la madre de Vjera? Cuando oímos abrir la puerta del piso, saco mi nabo de Vjera por la fuerza, ya que ella no quiere soltarlo, y la chica, rebosante de rabia y odio, se va al lavabo. Echo la manta encima de la sábana ensangrentada, meto rápidamente la cabeza debajo del grifo y salgo al paso de la madre de Vjera en el pasillo, mientras me froto el pelo y la ayudo a llevar a la cocina el bolso de la compra.

—Hoy es la Navidad yugoslava —dice—, y tengo que cocinar.

No tengo ni idea de qué me habla, y hago como si mi pelo se

negara a secarse. Ella me quita la toalla de las manos y se pone a frotarme la cabeza. En eso se me abre la bragueta, que había olvidado cerrar. Cuando ve mi erección, se piensa que es ella la que me pone cachondo. Deja caer la toalla, se arrodilla sobre las baldosas delante de mí y «chup», como un aspirador, me absorbe la polla entera, metiéndosela hasta el cuello.

No le sorprende ver a Vjera en casa a aquellas horas, sólo tiene una cosa en la mente: follar. Vjera tampoco piensa en otra cosa que en follar. Y yo pienso en Vjera, en su madre y en Milena.

Vjera debe de haberse hecho una buena paja en el lavabo, porque nunca la he visto con semejantes ojeras. Los ojos le echan chispas de ira. Su madre ni siquiera la ve.

Por la tarde llega Milena; se ponen a hablar las tres en yugoslavo, y yo me echo a descansar hasta la noche. Tumbado en mi cama, me las imagino a las tres desnudas: Milena, Vjera y su madre. Para ser sincero, las tres me ponen cachondo.

Cuando se acaba por fin el festejo navideño yugoslavo, Vjera se mete enseguida en la cama, seguramente para masturbarse. También Milena se despide, porque su hermana le dice, por encima de mi cabeza: «Este duerme hoy aquí». En cuanto Milena se va, la madre de Vjera apaga la luz, me agarra la polla en la oscuridad y, tirándome de ella, me lleva al dormitorio. Allí me cabalga hasta el amanecer; se queda dormida en cuclillas, encima de mí.

Todo va como una seda, hasta que estalla la bomba: la madre de Vjera me sorprende follando con su hija, e intenta suicidarse.

A Milena y Vjera no se les ha escapado nada de lo que pasaba. Milena odia a su hermana y a Vjera. Vjera odia a su madre y a su tía. La madre de Vjera odia a las otras dos. Y las tres me odian a mí.

La situación se complica aún más cuando las dos chicas que habían llamado a Milena cuando me desplomé se presentan como pacientes en la consulta de Milena y afirman que las he dejado preñadas a las dos. Se niegan a que Milena las examine, y ella las abofetea.

A pesar de la tormenta familiar, Milena me permite seguir viviendo en su casa y continúa dándome dinero. Un día, cuando la tormenta ya ha amainado, me abre la bragueta, me saca la polla y me sopesa los cojones con las manos, para comprobar si están lo bastante llenos. Satisfecha con su peso, se abre de piernas como

antes y se deja follar como una puta.

Ya me siento lo bastante fuerte para poner en marcha los preparativos del estreno de *La voz humana*. El estreno tiene lugar a altas horas de la noche. Algunos espectadores vienen, sobre todo, por curiosidad: nunca han visto a un hombre haciendo el papel de mujer. «Sólo he venido para reírme de él», afirma un capullo que más tarde, después de la representación, se tapa la cara con las manos y desaparece llorando.

Cuando Cocteau, meses más tarde, viene para el estreno de su película *Orfeo*, me pide que interprete de nuevo para él a la mujer de *La voz humana*. Cuando he acabado, me besa y me dice:

—Tu cara es tan joven como la de un niño, y tus ojos son maduros, las dos cosas al mismo tiempo. Luego, al cabo de un instante, es al revés. Nunca había visto una cara como la tuya.

Como me escapé del hospital sin estar curado del todo, tengo constantemente dolores en la vesícula. Me trago no sé qué pastillas que había cogido en la consulta de Milena, confundiéndolas con las adecuadas.

Me despierto en la sección de urgencias de un hospital, donde creen que me he envenenado a propósito.

Me hacen un lavado de estómago y me resucitan con inyecciones de Pervitin. Tras ello, salto por la ventana del primer piso, para largarme. Antes de acabar de saltar el muro del hospital, los enfermeros me echan el guante, me arrancan del muro como un trozo de corteza de árbol y me llevan adentro por la fuerza.

Milena no vendrá hasta las doce del mediodía, y me encuentro indefenso en manos de esa gentuza. El veterinario de turno ordena que me vigilen como si fuera un criminal, y le tiro el orinal a la cabeza. Me atan a la cama. Poco después vuelve con un policía, para que éste me conduzca ante el médico forense.

El forense, una especie de garrapata, quiere saberlo todo, hasta el último detalle. Me pregunta si tengo relaciones con la doctora Milena Bösenberg. Me meo en él.

Le habría encantado mandarme inmediatamente al manicomio

de Wittenau, pero de repente aparece Milena y promete correr con todos los gastos si el señor forense tiene la bondad de enviarme a la sección cenada de una clínica en lugar de a Wittenau. Milena no consigue convencer del todo a su colega. Ella también tiene culpa de lo que pasa, porque, por miedo y, probablemente, por celos a causa de los polvos en familia, se niega a reconocer delante de aquel sapo que yo la chuleo. Muy al contrario: afirma que casi no me conoce y que lo único que pasa es que le doy pena, porque no tengo a nadie que se ocupe de mí. Nada puede impedir mi traslado al manicomio.

—Es un honor —susurra el carnicero que hace la ronda en la sección cerrada— tener entre nosotros a un gran actor como usted.

Le pego una patada en los huevos.

—¡A Wittenau! ¡Que se lo lleven a Wittenau!, —aúlla esa hiena, escapándose cobardemente mientras dos celadores le cubren la retirada. La puerta, que no tiene pomo, se cierra de un portazo.

Examino la ventana enrejada que da al patio. Aunque consiguiera quitar la reja de malla tupida, no podría tirarme desde el tercer piso al suelo sin romperme todos los huesos.

Se abre la puerta de un golpe. Cuatro celadores se precipitan sobre mí y me ponen una camisa de fuerza. Luego me llevan abajo y me meten en una furgoneta Volkswagen camuflada como ambulancia, que me espera en el patio con las puertas abiertas y el motor en marcha.

Durante el viaje no veo gran cosa. Los vidrios de las ventanillas son esmerilados; sólo los estrechos bordes de las cruces rojas son un poco transparentes, y veo por unos segundos la torre de la televisión. Cuántas veces he pasado por allí, de camino a casa de Vjera, su madre y Milena, que me han dejado tan miserablemente en la estacada.

Wittenau. El famoso manicomio de Berlín. La furgoneta se detiene para un control, y pasa por la entrada de vehículos, que está muy vigilada. Intento captar algún detalle a través de los bordes de las cruces. Pero vamos demasiado rápidos. Sólo me doy cuenta de que se trata de un complejo gigantesco (¡cuántos supuestos locos debe de haber!): calles asfaltadas, edificios, muchos barracones de piedra de diferentes tamaños, seguramente lavanderías, cocinas, basureros, el depósito de cadáveres. Y todo está rodeado por un

muro de gran altura.

La furgoneta se detiene delante de la recepción. Me descargan directamente en la sala de espera.

Me quitan la camisa de fuerza, y enseguida me doy masajes en los brazos y las muñecas, que se me habían dormido. Uno de los esbirros me sienta a la fuerza en un banco. Y ahora me toca esperar. Mucho rato.

El techo de la sala es alto; las paredes están peladas y pintadas de verde hasta la altura de un hombre, como en las cámaras de gas en Estados Unidos. Las ventanas están cegadas y tienen rejas de malla tupida. Rejas por todas partes. Por todas partes, puertas sin pomo. Un constante tintineo de llaves. Las puertas se cierran, se abren, se cierran, dos, tres, cuatro veces seguidas.

Conducen por delante de mí a otros prisioneros. Se les nota que ya llevan tiempo aquí. Caminan junto a los esbirros arrastrando los pies, como robots. Se dejan dirigir y empujar. El personal corre atareado de aquí para allá. Llevan batas pringosas, con las mangas arremangadas, dejando libres los rojos brazos de carnicero. Los condenados llevan una especie de uniforme de castigo: largos camisones grises de algodón y una especie de chancletas en los pies desnudos.

Luego pasan recién llegados como yo. Algunos son recalcitrantes. A pesar de los brutales empujones y puñetazos, no se dejan conducir por las buenas; tienen que llevarlos en volandas.

A otros los acompaña un familiar, que no tarda en despedirse y poner tierra por medio. Los más van solos, con esbirros a izquierda y derecha. Algunos tienen aire ausente. Otros lloran. Una mujer chilla. Sus chillidos me traspasan el corazón. Se tira al suelo de baldosas y pega manotazos al aire. Se la llevan a rastras; los pies se deslizan por el suelo. Parece como si se la llevaran a la guillotina. Todo transcurre ante mis ojos a paso ligero y sin pausa, como en las ejecuciones.

¡Ojalá tuviera algo para calmarme el dolor de cabeza! Un carnicero me asigna al pabellón III. Está en el edificio siguiente, enfrente de nosotros, y recorremos a pie el breve camino. Esta vez, sólo dos esbirros. Intento orientarme y fijarme en los detalles. Pero todo tiene el mismo aspecto: bloques de piedra, calles asfaltadas, bloques de piedra. Ya hemos llegado.

En el primer piso me entregan a otro matarife, al que ni siquiera se le pasa por la cabeza que yo pueda oponer resistencia. Se cierran de un golpe a nuestras espaldas por lo menos diez puertas sin pomo. Me inspecciona con gesto de experto, sin mirarme a la cara, como si calculara mi peso y mi estatura. No parece que sea para darme un uniforme apropiado, pues me tira a los pies un paquete gris y un par de chancletas, sin preocuparse de si son de mi talla. Me ordena que me desnude. Coge con gesto decidido mis ropas y las echa en un saco, como si fuera basura, como si quisiera decirme: ya no vas a necesitarla. Me pesan como a un ternero en canal. Luego me miden. Luego me riegan con un chorro de agua helada.

En la habitación vacía, enrejada y tubular, hay diez bañeras de hierro en fila, como ataúdes abiertos. Son las bañeras, llenas de agua helada, en las que meten a los prisioneros cuando tienen una «crisis». No les dejan salir del agua helada hasta que cede la «crisis». Si no cede, el siguiente paso son los electrochoques. Si eso tampoco surte efecto, aíslan a las víctimas en celdas de castigo. Les quitan las chancletas y el camisón, para que no puedan hacerlo jirones a estirones o mordiscos a fin de estrangularse. En la celda de castigo no hay lavabo. Ni comida. No vale la pena alimentar a los que están allí. La mayoría se vuelven locos sin remedio, si no palman antes.

Me pongo el camisón gris y las chancletas y me llevan a la sala, donde se hacen cargo de mí los omnipresentes guardianes.

En esa sala, en la que me encierran con otros ochenta o cien internos, es donde se hace todo: dormir, comer, mear, cagar, gritar, alborotar, lamentarse, llorar. También es el escenario de las torturas y del derrumbe definitivo de los que hasta un momento determinado han sido capaces de soportarlo todo. El hedor es indescriptible. ¡Es el infierno! ¡El infierno de verdad!

Alguien grita entre pucheros. Dos guardianes sofocan sus gritos. Le pegan un pedazo de esparadrapo en la boca y lo atan a la cama.

¡No mirar! Sobre todo no mirarlos, me repito una y otra vez. ¡No escuchar! No inhalar ese olor dulzón que provoca náuseas como los grumos de grasa en el infierno para niños. ¡Dios mío! ¡Cuántos años hace de aquello! ¡Y ahora esto! ¡Ahora, el infierno para adultos!

¡Pero no debo lamentarme! ¡No debo desesperarme bajo ningún concepto! ¡Ni siquiera ponerme triste! Eso me quitaría el odio, ¡y necesito odio! Nada de menosprecio, el menosprecio cansa: ¡lo que

necesito es odio, un odio maligno y sediento de venganza!

Hablo conmigo mismo. Ni muy alto ni muy bajo, sólo lo justo para poder oírme. Me recito mi fecha de nacimiento, números de teléfono, direcciones, nombres. Tengo que mantener la guardia alta. La tragedia empieza a ofuscarme como una droga. También tengo que mantenerme en forma físicamente. Hago flexiones de rodillas, ejercicios de torso. ¡Moverse! Sobre todo, no quedarse parado, andar, andar, ¿pero adonde? No nos dejan alejarnos de nuestras camas, excepto para mear y cagar.

Reparto de la comida. No toco esa bazofia. Los otros se dan cuenta de que no como, y se echan encima de mi cuenco de latón. El guardián se lo apunta en la libreta.

El dolor de cabeza se hace tan insoportable que le pido a uno de los esbirros una pastilla contra el dolor. No me escucha, ni siquiera cuando le repito la pregunta. No te dejes provocar, me digo. Limítate a darte la vuelta, alejarte y olvidar que le has hecho una pregunta a ese cerdo. Olvídate de los dolores que tienes.

Pero los dolores empeoran cada vez más. A cada grito de un compañero de penalidades. A cada alboroto. Blasfemia. Amenaza. A cada caída de los puños de esos verdugos. A cada golpe sordo que le dan a un Jesucristo. A cada llanto de una boca amordazada. A cada roce de los pies de alguien a quien se llevan de la sala. A cada lamentación, juramento, pedo, meada o cagada en el lavabo, que está en medio de la sala.

Rezo a Dios. ¡Sí! Rezo a Dios para que haga aumentar aún más mis dolores, cada vez más. Ya veremos si me explota la cabeza. Así debió de rezar Cristo en el huerto de Getsemaní: «¡Dios mío, si quieres que aguante todo esto, dame fuerzas!».

Me da fuerzas. No me vuelvo loco. Me viene a la mente la *Idea* del grabador Franz Masareel: el prisionero, iluminado por la idea de la libertad, mujer desnuda que acude al calabozo y mete sus pechos por entre las rejas de la celda, para que el hombre pueda beber de ellos y fortalecerse.

Llego a creer que ya lo he superado, pero la cosa no es tan fácil. Mientras me acerco a la ventana enrejada, en busca de un jirón de cielo, un guardián me manda de regreso a mi cama. Me aparto y lloro. Otro interno, que sólo tiene una pierna, me susurra:

—Ni se te ocurra llorar. Si lloras es que no estás sano.

Delante de las ventanas enrejadas, por las que sólo se divisan los muros grises de otro edificio, están las mesas a las que se sientan los guardianes, que lo apuntan todo en una libreta. Que si lloras. Que si te ríes. Que si comes. Que si no comes. Que si te comes la comida de otro interno. Que si hablas. Que si no hablas. Que si te acercas a las ventanas enrejadas. Que si duermes demasiado. Que si no duermes. No hay nada de lo que no tomen nota.

Un indio al que habían encerrado los blancos, se fuga del calabozo el mismo día, y mientras huye, lo matan a tiros. «Qué tonto», dice el *sheriff*, «no pensaba tenerlo encerrado más de tres días». Y un hombre que oye hablar al *sheriff*, le dice: «Para un indio, tres días sin libertad son tres siglos».

—¿Eres tornero? —me pregunta el cojo—. Lo digo por los brazos tan fuertes que tienes.

No puedo decirle que soy actor. Creería que le tomo el pelo.

—Sí. Soy tornero —le digo, para no decepcionarle. La historia de sus sufrimientos es tan impresionante que me hace olvidar mi propio destino. Volvió después de ser prisionero de los rusos. Durante su cautiverio, su mujer, a la que amaba por encima de todo, se enteró, por medio de la Cruz Roja, de que vivía, pero una granada le había arrancado una pierna. Ante esto, la mujer hizo que lo declararan muerto. Así pues, el cojo vuelve a casa columpiándose en sus muletas y se encuentra a su mujer jodiendo con otro tío en la cama. Naturalmente, se lía a muletazos con los dos. Luego le da un ataque de histeria.

Los dos lo denuncian por pérdida de las facultades mentales y peligro público, y lo mandan sin demora a Wittenau.

—Sólo quiero vivir lo bastante para salir de aquí algún día y cargarme a esos dos —dice para acabar su relato.

El veterinario sólo viene cada tres días. Cuando me suelta sus chorradas, le giro la espalda, para no saltarle al cuello. Durante las siguientes semanas no me habla. Luego me llevan a la sala de examen, donde está esperándome. Comprendo el motivo cuando descubro a Milena rondando por delante de la ventana enrejada, sin atreverse a mirarme. No la saludo, y me quedo de pie cuando ese renacuajo viscoso que es el loquero me ofrece una silla.

Me exige que firme un papelucho según el cual la doctora Milena Bösenberg no ha tenido responsabilidad alguna en mi

internamiento en el sanatorio mental, y en el que me comprometo a no molestarla en el futuro, es decir, a no intentar vengarme ni trabar contacto alguno con ella, ni mucho menos acercarme a ella. Si me niego a firmar, no me dejan libre.

Estoy tan sorprendido que por un momento olvido ese chantaje infame y me pregunto qué puede haber impulsado a ese rechoncho eunuco a hacerse pasar por el chulo de Milena. ¿Le habrá hecho una mamada? Milena debe de tener un miedo tremendo de que todo el mundo se entere de que follaba conmigo.

Seguramente, esa gentuza piensa que me he vuelto loco, pues el verdugo se pone a cuchichear con Milena para despedirse de ella y la acompaña apresuradamente a la puerta. En eso vuelvo a acordarme del papelucho. Lo firmo. Nada podrá impedirme que haga lo que me dé la gana cuando esté libre.

Ese renacuajo miope con gafas echa mano al papel como si fuera una cartita de amor de Milena, lo dobla y se lo mete con todo cuidado en la cartera.

—Con esto queda todo resuelto —me dice acarameladamente—, pero antes me gustaría tener una pequeña charla con usted. Me interesa su caso.

¡Hay que tener la cara dura!

—Pues yo no quiero tener ninguna charla con usted. Lo que quiero es salir de este cubo de basura para cerebros humanos, ¡inmediatamente!

Creo que sólo el guardián, que vigila todo el tiempo junto a la puerta, podría impedir que mate al eunuco a golpes de pisapapeles. Me parece estar viendo ya cómo el acero desgarrado de la granada a medio explotar rasga su repugnante cuero cabelludo aceitoso como los dientes de un tiburón, haciendo imposible volver a coserlo. Cómo, al volver a golpear —entre los ojos saltones de sapo —, y otra vez, y otra vez, y ahora en la coronilla, hago trizas su cráneo, hasta que no queda de él más que un mazacote pútrido, sangriento, una papilla hedionda. Me basta con alargar la mano hasta el pisapapeles. Pero no lo hago. Todavía no.

—No hay por qué ponerse así. Todo irá bien. Le doy mi palabra.

¿Su palabra? ¿Qué clase de palabra me da? ¿Qué clase de palabra puede tener un mierdoso pestilente como él? Si me tendiera la mano, me cagaría en ella.

—¡Dígales a sus sicarios que me traigan mis cosas!

—No tenga tanta prisa, hombre. Esto no va tan rápido como usted se piensa. Primero tiene que venir su hermano a hablar conmigo. La doctora ya le ha avisado, y se presentará mañana.

—¿Mi hermano…? ¡¿De qué tiene que hablar con usted mi hermano?!

—Quisiera que me contase algo sobre usted, ya le he dicho que me interesa. Al fin y al cabo, soy responsable de su puesta en libertad. Y usted no me cuenta nada.

—¡¡¡Qué!!!

—Por ejemplo, eso que hace con las manos cuando habla. ¿Siempre lo ha hecho?

Ya no tengo duda de que ese sádico está loco, no hay otra explicación. ¿Qué hago con las manos? Mis manos son mi lenguaje, como mis ojos, mi boca, todo mi cuerpo. Me expreso mediante ellas, como lo hace todo el mundo en los países sureños. Me dan ganas de decirle: ahora, cuando te estrangule, vas a ver tú lo que hago con las manos. Pero no digo nada. No digo absolutamente nada más. Salgo de la sala de examen sin decir palabra y dejo que el guardián me devuelva a la sala de torturas. Si es cierto que Arne sabe dónde estoy, me rescatará, aunque le cueste la vida.

Tras una inacabable eternidad en el infierno para adultos, nos abrazamos, y Arne me lleva a la Wartburgstrasse en su Ford nuevo. No me pregunta nada, se limita a tratarme con cariño. Comprende que ahora no puedo hablar. Después de bañarme y comer hasta hartarme, le doy las gracias, cojo el dinero y los cigarrillos que me mete en el bolsillo, y le doy un beso de despedida. Llora.

Es primavera, y veo cómo a las chicas les crecen los limones debajo de la blusa, y capto el olor de sus higos casi maduros.

Me meto en un autobús lleno hasta la bandera; estrujado por la gente que entra empujando, soy presa de la claustrofobia y lucho por abrirme paso hasta el exterior. Basta el simple contacto de un codo para que se me arrasen los ojos en lágrimas.

Voy andando hasta la Clay-Allee. En una de sus travesías debe de estar la villa del embajador inglés. Hace algún tiempo, un joven estudiante me ofreció vivir con él y su madre, en una casita de madera en el jardín del embajador inglés, en el que la mujer trabaja de fregona.

Me paso días tirado entre los parterres de flores, con la cara hacia el cielo, y las primeras noches duermo al aire libre. Tengo que empezar otra vez a vivir. Durante dos meses no salgo de la finca, y no veo a nadie excepto al chico y a su madre. Durante el día estoy solo. El estudiante está en la universidad, y su madre se pasa todo el día en la villa del embajador. Debe de tener unos treinta y cinco años. Siempre me acerco mucho a ella, por el fuerte olor que brota de su falda. Creo que es una mujer terriblemente abierta. Cuando sale del lavabo, la habitación sigue oliendo a ella un buen rato. Me esfuerzo en encontrar una manera de follármela.

Estoy firmemente convencido de que he superado el infierno para adultos, pues también he recuperado mis energías físicas. Pero un día, de repente, una avispa me desespera con su zumbido junto al vidrio de la ventana, mientras estoy sentado a la mesa, mirando fijamente al cielo por la ventana. La abro para que salga la avispa, pero no se marcha. Durante un rato reina el silencio. Pero luego empieza otra vez a zumbar y a topar con la cabeza contra el vidrio. ¡Bum! Cualquiera creería que está borracha. O quizá lo hace para atraer mi atención. Quiere que esté por ella. A lo mejor está caprichosa y juguetona. Quizá quiera que intente atraparla, convencida de que jamás lo lograré. Quiere que la toque, es más, que la acaricie, sin hacerle daño, claro. Que le dé palmaditas en el culo, y tal.

Su zumbido se me antoja tan estridente que tengo que taparme los oídos. Y así durante varias horas. Cada vez que me aparto las manos de los oídos, la avispa se pone a zumbar, como si estuviera observándome, dispuesta en todo momento a darse cabezazos contra el vidrio. Le doy un manotazo, pero sin acertar. Se esconde. Sé que me está observando. En cuanto vuelvo a sentarme a la mesa, esperando haberla matado o que se haya ido volando, la tortura empieza de nuevo. Me aprieto las manos contra los oídos hasta estar seguro de que por fin tiene que haberse hartado de atormentarme. Pero, cuando aparto las manos, vuelta a empezar. Y ahora suena como si esta vez estuviera cabeceando el vidrio de manera especialmente ruidosa.

Continúo sentado un rato más, sin taparme los oídos, pero siguiendo con el rabillo del ojo las evoluciones de la avispa, mientras finjo no verla. De golpe y porrazo, arranco el mantel de la

mesa, haciendo saltar el tintero, el tarro de miel y todo lo demás que hay sobre ella, y derribo a la avispa de un mantelazo. Sólo está aturdida. Desprendo un hilo del mantel y la estrangulo con él. A continuación la quemo en el fuego de gas. Mientras su cuerpo crepita al carbonizarse y se pone lentamente al rojo vivo, comprendo que la avispa no tiene ninguna culpa de lo que me hicieron en Wittenau.

Nadie, excepto Ame, sabe que vivo aquí. Pese a ello, recibo una carta, originariamente dirigida a Helmut von Gaza, quien se la ha enviado a mi hermano, el cual, a su vez, se la ha entregado al estudiante.

En esa carta, un chico que quiere ser actor me pregunta qué tiene que hacer para llegar a ser como yo. Le contesto: «¡Pídele a Dios que te guarde de llegar a ser como yo!».

—¡Cómo se han atrevido a ocultármelo durante todos estos años! —exclama Fritz Kortner tras nuestro primer encuentro—. Es el único actor que me conmueve con sólo mirarlo. Para mí no hay otro Don Carlos en todo el mundo.

Cuatro años antes, en el Schlossparktheater, aquellos actores nauseabundos se rieron de mí cuando dije que algún día yo sería Don Carlos.

Al cabo de unas cuantas semanas de ensayos con Kortner, me harto de su dictadura y de sus injusticias. Le grito que se vaya a la mierda.

Una chica quiere a toda costa que me case con ella inmediatamente, para no tener que hacer el servicio militar en Israel. Su padre tiene un bar en Berlín, pero es de nacionalidad israelí. Su hija también, a pesar de haber nacido en Berlín. La idea de casarme con esa pequeña judía resulta tentadora, aunque imposible, porque ya estoy casado con Gislinde. Pero parece que lo que no voy a poder evitar es tirármela. Nos vamos juntos a Nikolassee, al bosque. Se arremanga la ajustada falda, dejando a la

vista sus muslos, con las ligas negras, y su oscuro coñito cubierto por las bragas; se apoya en un árbol, a una distancia de aproximadamente un metro, para que me llegue un poco de su suave y dulce aroma, y me dice:

—¿Qué? ¿Qué me dices? ¿Te casas conmigo? ¿No es una vergüenza que me tenga que poner encima de eso el pantalón del uniforme y me tenga que ir a reptar por el Néguev?

Como no puedo darle una respuesta, continúa con ese juego atormentador durante todo nuestro recorrido por el bosque, hasta la estación de cercanías.

Paul es arquitecto y, como él mismo dice, va detrás de mí desde hace tiempo. Me entero de por qué cuando voy a cenar a su casa, con él y su mujer Enri. Después de la cena, él se va al cuarto de baño, y Enri quita la mesa. Al hacerlo, se inclina hasta tal punto sobre la mesa —a pesar de que podría coger mucho más cómodamente los platos desde el otro lado— que me encuentro justo delante de la cara su enorme culo, y la falda se le sube hasta dejar a la vista un trozo de sus bragas empapadas. No le queda más remedio que dejar los restos de la cena tal como están, y nos vamos corriendo a la cama. Cuando me corro, Enri se pone furiosa.

—¡Tienes que aguantar más! ¿Qué hago yo ahora? ¡Estoy tan cachonda que no sé ni qué hacer!

—Que te siga follando Paul —respondo con impertinencia.

—¡Ése es justamente el problema! ¡Paul también se corre demasiado pronto! ¡Los dos tenéis que aprender a dominaros mucho más! ¡Os necesito a los dos, y mucho rato!

Al día siguiente desayunamos por fin a las cuatro de la tarde.

Paul y Enri viven cerca del Hasensprung, en el ático de una gran villa, propiedad del padre de Paul, que es un arquitecto famoso. No me instalo a vivir en casa de Paul y Enri; sólo voy para follar, aunque eso significa a veces varios días y noches. Erni no pararía de follar hasta el infarto. Hasta mi infarto.

Me alegro enormemente cuando Paul y Enri tienen que irse a Frankfurt, donde Paul tiene un encargo. Si me alegro no es por lo mucho que tenía que follar, sino porque estoy harto de hacer de semental por un puñado de comida.

¿Que por qué soy una puta? ¡Yo necesito amor! ¡Amor! ¡Continuamente! Y quiero dar amor, porque tengo de sobra. ¡Nadie comprende que lo único que pretendo con mi puterío es derrocharme!

Un camión me lleva a Munich. Me echa fuera en la autopista, en la salida de Nymphenburg. Camino hasta Bogenhausen y llego a medianoche a la Mauerkircherstrasse. La puerta de la casa de Gislinde está cerrada con llave, todos duermen. Estoy congelado y hambriento. Grito a pleno pulmón hasta que su padre me echa la llave de la casa. Luego vuelve a acostarse. No quiero despertar a los demás. Me meto en la cocina y devoro los restos de comida fríos que quedan en las cazuelas. Luego me echo a dormir en el recibidor, junto al gran dogo negro, y me caliento con el calor de su cuerpo.

Por la mañana voy a la habitación de Gislinde y, de lo contento que me pongo, lanzo a Pola por los aires. Gislinde me cuenta que hay un director teatral que me busca porque quiere representar conmigo otra vez La máquina de escribir. Los ensayos tienen que empezar enseguida. Edith Edwards está en Garmisch-Partenkirchen, porque ha tenido una embolia.

Me voy en tren a Garmisch y visito a Edith en la clínica. Salimos a pasear y nos quedamos juntos todo el día. Tiene la sonrisa de muñeca de siempre, pero hablar le cuesta un esfuerzo enorme, y ni siquiera sé si me entiende. Intento hablarle con todo cuidado, palabra por palabra, como a un niño pequeño. Pero ella tartamudea y sólo balbucea frases inconexas, mientras me mira con ojos suplicantes, como pidiendo disculpas por no poder hablar. Cuando me despido de ella, no quiere soltarme. Tengo la sensación de que no volveremos a vernos, y creo que ella también.

Representamos *La máquina de escribir*. Pero cuando me encuentro en los brazos de Solange, creo estar en los de Edith. Aunque quizá se trate de su espíritu, quién sabe. Edith acaba de morir en Garmisch-Partenkirchen.

Sybille Schmitz, que me la ponía tiesa con sólo verla en la pantalla del cine cuando yo no era más que un niño callejero, me trae al teatro, como regalo, una carta de Josef Kainz, el mayor actor de fin de siglo. La vendo. ¿Para qué quiero yo cartas?

Después de rechazar cuarenta ofertas de películas, bien porque

los guiones eran subnormales, bien porque, en opinión de los productores, yo pedía demasiado dinero, firmo un contrato para rodar una película. El director será un tal Verhóven. Me voy a Wiesbaden, donde tendrá lugar el rodaje. Verhóven me pide que, durante los preparativos del rodaje, le lea las réplicas delante de la cámara a una joven principiante. Al cabo de dos días me pagan lo acordado en el contrato, con el comentario: «El señor Verhóven opina que los rasgos de su cara son demasiado duros para una película alemana».

¡Es lo más desvergonzado que he tenido que oír hasta el momento! Pero ¡que les den por saco! Tengo el dinero, y eso es lo que importa.

Me hago confeccionar un traje, me compro una camisa y un pañuelo y, por fin, unos calcetines, para no tener que llevar siempre los pies desnudos dentro de los zapatos. Le compro a Pola unos zapatos de charol y encargo para ella un vestido granate de terciopelo, con puños y cuello de blonda y unos diminutos guantes blancos de cabritilla. Para Gislinde voy a
Braun & Co.
a que me enseñen el vestido más caro, y me llevo a la modelo, una chica muy alta, a la pensión Clara.

La modelo me pone en contacto con la macabea. Es jefa de una distribuidora cinematográfica austríaca, tiene un coche grande y me lleva a Salzburgo de ida y vuelta.

Huele a sudor y a perfume barato, y tiene pelo por todas partes, en los brazos, en las piernas, incluso en el pecho; le asoman por la raja del culo, por los bordes de las bragas, de la barriga a las ingles. Me entero de ello ya el primer día, pues, yendo por la autopista, tenemos que buscar urgentemente un área de descanso si no queremos provocar un accidente. Tras la pausa, tengo que conducir yo, porque ella sigue corriéndose sin parar.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa!, —berrea. Quiere llegar a su piso junto al monumento a Maximiliano II.

Decido follármela ya en el ascensor cuando subimos a su piso. Ella se agacha, y yo se la meto por detrás. Unas cuantas veces, del vestíbulo al ático,
mete-saca,
mete-saca,

y listos. Luego la hago salir del ascensor en el ático tal como está, con la falda arremangada y las bragas bajadas, el trasero embadurnado y las medias con carreras, y pulso el botón «Planta baja». Durante el descenso me froto con saliva las manchas de la bragueta. Así me ahorro tener que entrar en el piso.

Y es que, una vez dentro del piso, no me deja sacarle ni un momento la polla. Incluso por la mañana, durante el desayuno, se aposenta con el culo al aire sobre mí. Cuando se baña, asoma el culo del agua. Cocina con el culo al aire, sólo lleva puesto un delantal. Me enseña el culo incluso cuando ya está emperifollada y lleva ligueros, medias y zapatos de tacón, e incluso cuando lleva puesto ya alguno de sus horribles sombreros. Por todas partes y siempre, su culo desnudo y peludo, que me mira como si fuera una orden a la que no puedo oponerme. En la cama, ni pensar en dormir, aunque duermo expresamente en la habitación de al lado. Cuando, tras horas y horas de jodienda, creo haberla satisfecho por fin y me voy tambaleante a mi cama, aparece una vez más para darme un beso de buenas noches y acaba abriéndose otra vez de piernas sobre mí.

Con tanto ir y venir de la distribuidora, acabo pensando que lo que necesita esa macabea es a todo el ejército israelí.

Las cartas del juzgado, las reclamaciones, las citaciones, los requerimientos, las amenazas, en fin, todas las cartas con remitente oficial, no me molesto en abrirlas. Las tiro a la basura o al Isar, donde flotan río abajo unos instantes y luego se hunden. Por eso no tenía ni idea de que, a causa de una reyerta con un tipo que resultó ser policía, me han condenado a cuatro meses de prisión condicional por insultos y resistencia a la autoridad. Además quieren que pague una multa. Si no lo hago, tengo que presentarme en la cárcel de Stadelheim con algo de ropa interior, una cuchilla de afeitar y un cepillo de dientes.

En la pensión Clara vive el doctor Zieger, un abogado joven. Pero no puede ocuparse de mi caso, porque sueña con hacer carrera entre las gentes del cine. Concretamente, aspira a hacerse famoso como abogado especializado en divorcios. Sueña con presentar demandas de divorcio, divorciar a actores y actrices, divorciar,

divorciar y nada más que divorciar. Está obsesionado con el tema. La gente del mundillo del cine dice: «Ése se lo monta bien», y acuden a él en masa.

Así pues, no puede dedicar su tiempo a problemas carcelarios, y, por suerte para mí, me recomienda a otro abogado, Rudolf Amesmeier. Este último no sólo se convierte inmediatamente en un amigo que nunca me dejará en la estacada, sino que además es el mejor abogado defensor que existe. Se ocupa de todo entre salchichas y jarras de cerveza. Me ahorró ir a la cárcel y pagar la multa.

A la modelo de
Braun & Co.
no puedo llevarla a la pensión Clara, porque necesitamos mucho sitio, y mi habitación, situada frente al lavabo común, sólo mide dos metros por uno y medio. Cualquiera que esté sentado en la taza del retrete —y siempre hay alguien— oiría sus chillidos. Aunque eso sólo no sería tan grave. Lo que pasa es que el periodista maricón de la Frankfurter Allgemeine Zeitung, el fotógrafo de Stern y todos los demás que viven en esa covacha se enfadan si no les dejan dormir por la noche, y Mama Clara no podría chafardear con tranquilidad en su sala de estar, que es contigua a mi cuartucho. Eso sí importa. E, incluso si eso no importase, mi catre y las paredes de mi cuarto serían demasiado estrechos para las largas piernas de mi modelo.

Yo habría estado dispuesto a ir a su casa desde el primer momento, pero siempre nos cuesta mucho salir del anquilosamiento, y duermo tanto que me olvido de todo lo que tengo que hacer. En casa de Mama Clara eso no pasa, porque no nos queda más remedio que comparecer a la hora del desayuno si queremos comer algo, y nos despertamos los unos a los otros.

Mi modelo vive encima de la tienda de automóviles de la Leopoldstrasse. En toda la manzana no hay más que negocios, y el único que oye por la noche sus gritos es el sereno cuando hace la ronda.

Alejandro Magno es una obra de teatro absolutamente estúpida y

que nadie entiende. Pese a ello, encarno a Alejandro, porque necesito dinero y me pagan un adelanto.

Tengo tres chicas. Una de dieciocho años, de aire deportivo. Una de quince, con carnes infantiles, y una de veinticuatro, pequeña y delgada, divorciada y madre de dos niños.

A la deportista la visito dos veces en la Türkenstrasse. Par lotea sin parar acerca de su dentista de Grünewald, especializado en estrellas de cine, que finge buscar quién sabe qué en su dentadura perfectamente sana. Me inclino a creer que se la tira, porque la chica no tiene dinero. Intento no escuchar y me agarro a sus fuertes piernas de sprinter como a una barra fija, hasta llegar a sus dientes, en los que tiene pensado ponerse fundas de oro, y, sin interrumpir su charla, hago gimnasia sobre ella. Acaba olvidándose del dentista y no tarda en llegar a la meta.

El asunto de la veinticuatroañera delgaducha no consigo liquidarlo tan rápidamente. Estando en su habitación de realquilada, echamos al suelo, de inmediato y sin decir palabra, el colchón de su cama, porque ésta es demasiado débil. Los dos nos desnudamos rápidamente y al mismo tiempo. Por lo que respecta al acto sexual, va como una seda y sin la menor complicación: ella separa las piernas hasta el máximo y se abre de par en par, mientras clava en mi cuerpo sus uñas largas y puntiagudas, mientras su cuerpo me envuelve como un traje de submarinista y absorbe una y otra vez mi nabo, en el que siento una comezón terrible y que se hincha hasta la deformación; y todo ello, sin que llegue siquiera a rozarla con la boca. Ni siquiera la beso. Todo eso no tiene nada de extraordinario. Pero esa madre divorciada produce el mismo efecto que una droga dura de las que se inyectan en las venas, como la morfina o la heroína. Cuanto más quiero librarme de ella, porque sé que puede acabar conmigo y porque en realidad no tengo ningunas ganas de estar con ella, más a menudo me sorprendo nuevamente de camino hacia su habitación, donde me espera a cualquier hora del día o de la noche, envuelta en su albornoz, como si supiera que necesariamente voy a volver.

Está tan segura de mí que ni siquiera me mira. La cosa llega hasta el extremo de que empiezo a odiarla con toda mi alma y a no intercambiar con ella ni una palabra, pese a lo cual no dejo de acudir corriendo a su casa dos, tres o cuatro veces cada día. Al final

acabo insultándola y pegándole en la cara y en el cuerpo. No pone mal gesto: se limita a mirarme, con un aire triunfal en sus ojos medio locos. A veces cocinamos en su casa, pero cada vez comemos menos. De hecho, ella sólo es piel y huesos. Parecemos dos drogadictos, con los ojos de brillo enfebrecido hundidos en el fondo de las cuencas. Por debajo de ellos, las ojeras se extienden, como anchos surcos oscuros, hasta los pómulos. Una sed ardiente nos reseca la garganta. Tenemos el pulso acelerado hasta más allá de lo normal, y se nos hinchan todas las venas. Nos zumban los oídos. Cuanto más débiles nos sentimos, más desmesurados se hacen nuestros deseos. Siento los dolorosos orgasmos hasta en el cerebro.

De ese modo es posible matarse a polvos, aún sin necesidad de llegar al infarto. Mi salvación será el director de la obra, que ha tenido que suspender los ensayos varios días por nuestra ausencia, y que me amenaza con cortarme los adelantos si la cosa continúa así. No le digo que estoy colgado de la delgaducha. Le digo que no puedo soportarla. El director la hace ensayar aparte y sin interrupción, para que no nos encontremos.

Andaba equivocado al pensar que el director me iba a salvar la vida.

Cuatro de la mañana. Estamos él y yo devorando juntos los últimos restos de la nevera de su casa, cuando entra en la cocina su mujer, en corsé, y se une al banquete.

Pongo los ojos en blanco: bajo los efectos de la sorpresa, no me he dado cuenta de que la mujer no lleva nada puesto aparte del corsé, y me limito a clavar mi mirada en sus muslos, como hipnotizado. Por un lado, el corsé negro, que le llega hasta el bajo vientre, se funde con las exuberantes algas castaño oscuro de su monte de Venus y con la deliciosa maleza que asoma de sus axilas; por otro lado, ¡nunca había creído hasta entonces que pudiera existir un coño tan grande!

Tras el refrigerio, nos pide que la atemos a la cama de matrimonio. Está totalmente desnuda, y el cuerpo le brilla de sudor frío y pegajoso. Su marido y yo nos vamos alternando… hasta que ella no puede más.

Llegada la tarde, la soltamos por fin. Se queda echada en la misma posición con las piernas y los brazos abiertos, y dormimos los tres hasta el día siguiente.

—Pensaba que os habíais ido de viaje —dice la suegra del director, una rusa. Está en cama con gripe, y se sorprende de que nadie le haga caso.

Vuelvo a actuar en un bar: KINSKI RECITA A VILLON. De nuevo recito descalzo, de pie sobre una mesa. Esta vez cobro cinco marcos de entrada. Vacío la caja directamente en mi bolsillo.

Gislinde se ha ido al campo con una amiga. Pola se ha quedado con su abuela. Ésta se niega a darme a la niña, y tengo que arrancársela de los brazos. Me llevo un poco de ropa en una bolsa de papel. En plena calle, la bolsa se rompe; me pongo bajo el brazo la ropa de Pola y emprendo la búsqueda de una habitación para alquilar. Pasada la medianoche nos dan una minúscula habitación individual en una pensión de la Giselastrasse, que en realidad es un *meublé*.

Durante el día voy con Pola al Englischer Garten, y me subo con ella al coche de caballos y al tiovivo que hay junto a la Torre China. Por la tarde la llevo a la Giselastrasse, la lavo en el lavamanos y la acuesto. Luego me voy a pie al bar, a recitar a Villon.

Helga, hija de un párroco berlinés, no podía aguantar más, así que se une a mis espectadores, que se apelotonan hasta las escaleras de entrada del bar.

Tras la representación nos vamos al Isar, porque Pola está durmiendo en su cama y no quiero despertarla bajo ningún concepto. Le quito a Helga el vestido y las bragas y, antes de montarla a lo perro, admiro un buen rato, a la luz de la luna, su culo ya maduro, sus futuros pechos maternales y su rotundo coño. Después me arrojo a las aguas heladas del Isar, en las que flotan aún pedazos de hielo, y luego me seco con la larga cabellera rubia de Helga. A continuación me voy con Pola, por si se ha despertado y tiene miedo.

Helmut Käutner también acude al bar, y después de la función me da un texto con la intención de que lo lea en los ensayos de la película *Luis II*. Quieren que encarne al príncipe Otto. No tengo ni idea de quién es Luis II. Me aprendo el texto en el Englischer Garten, mientras Pola gira sin parar en el tiovivo, y no me caliento mucho los cascos pensando en esa tontería.

Durante los ensayos, Käutner no dice ni pío. Me ponen un uniforme, y gracias a Dios, me dejan solo delante de la cámara. O. W. Fischer, encargado de interpretar el papel protagonista, se sienta detrás de la cámara y me mira. Acabada la escena, me da un beso y me dice que van a contratarme.

Firmo con los productores Reinhard y Von Molo un contrato miserable, pero me dan 200 marcos de adelanto, así que puedo dejar de trabajar en el bar.

Llevo a Pola a casa de la hermana de Gislinde.

Durante el rodaje, Käutner se limita a decir:

—Hazlo igual que en los ensayos.

¡Ojalá cerrase el pico de una puñetera vez!

Se me acaba el dinero. Paseando con O. W. por los estudios Bavaria, le pregunto si me puede prestar 100 marcos. Le prometo devolvérselos en cuanto cobre mi primera semanada, y le digo que se los pida directamente a Molo. O. W. me suelta un largo discurso y me explica «entre amigos» que no tendría el menor inconveniente en hacerlo, pero que no lleva encima ni un pfennig en metálico y, como austríaco sin permiso de residencia, no cobrará sus honorarios hasta una vez acabado el rodaje, ya de vuelta en Austria. Acudo a Molo, que a causa de la excesiva duración del rodaje también está sin blanca, y le cuento mi conversación con Fischer.

—¿Qué te ha dicho ese cerdo? —responde Molo—, ¡Fischer dispone en Alemania de todo el dinero que quiere!

Mete la mano en el bolsillo de su pantalón y me da 50 marcos de su propio bolsillo.

—No puedo darte más, pero haré lo posible para que el cajero te pague la primera semanada ya el jueves.

La mujer del cámara, que es inglés, tiene los labios hinchados, como si la hubieran pegado en los morros. También tiene las caderas anchas y camina con las piernas un poco arqueadas, como si tuviera enganchados los labios de la vulva y le molestaran al

caminar. Me cito con ella en Munich mientras su marido rueda en los estudios Bavaria.

Estoy en la cafetería del hotel de Hohenschwanstein en el que nos alojamos todos. No puedo esperar a que la camarera, que tiene dieciséis años, acabe por fin la jornada. La hago salir a la puerta, y subimos juntos por la ladera nevada. Cuando la hago apoyarse contra un alto abeto, todavía lleva puesto su delantal de camarera; su sangre roja, al gotear sobre la nieve blanca, se me antoja el rastro de un animal herido. A continuación bajamos rodando por la ladera, entre carcajadas y tirándonos bolas de nieve. Luego sirve a la clientela de la cafetería, que había estado llamándola todo el tiempo. No tengo habitación, y como hace demasiado frío para dormir en el parque o debajo del puente del Isar, y además no quiero instalarme en la Mauerkircherstrasse, Gislinde me lleva a casa de su amiga Ruth. Ruth vive con sus padres en una villa en Bogenhausen, donde me adjudican su habitación infantil, una buhardilla justo debajo del tejado. Ruth tiene dieciséis años y está prometida a un músico que siempre está de gira.

Durante la cena común con su padre, me entero de que el señor catedrático se dedica a capturar animales salvajes para el zoológico de Munich. Se me atraganta la bazofia.

—¿Y cómo puede dormir tranquilo? —exclamo y tiro mi servilleta dentro de su sopar—. ¿¡Nunca tiene pesadillas, nunca, después de echarles las redes a traición a los leones, gorilas y leopardos, o de llevarse a los bebés después de matar a las madres, para venderlos a los zoos, condenándolos a «agonía perpetua» en las celdas de castigo de los zoos!?

Salgo a toda prisa del comedor y me voy a recoger mis cosas. Ruth sale corriendo detrás de mí, sin aliento. Le tiembla todo el cuerpo, también las tetas. Así que me quedo en la casa de ese lacero hasta la mañana del día siguiente.

Tatiana Gsovski, la directora rusa del *ballet* de la Opera Estatal de Berlín, me llama a esa ciudad para participar en el festival internacional de teatro. Tatiana se encarga del montaje y la

escenografía de *El idiota* de Dostoyevski. Me quiere para el papel protagonista, el príncipe Mishkin. La obra es una combinación de pantomima, *ballet* clásico y teatro. Las bailarinas, los bailarines y el *corps de ballet* bailan clásico; yo ajusto mímicamente a sus movimientos mi forma de andar, mi actitud y mis gestos, y recito un largo monólogo.

Los ensayos no empiezan hasta dentro de tres meses. Tatiana me manda el contrato con el ruego de que me deje crecer el pelo y la barba, para no tener que llevar peluca ni embadurnarme la cara de engrudo.

Mi época de melenudo se convierte en un martirio. La gente no está acostumbrada a ver por la calle hombres con el pelo largo, a menos que se trate de popes ortodoxos. Por todas partes se meten conmigo y me insultan, hasta el punto que ya sólo salgo de noche. No por miedo. Es que resulta insoportable. En la estación central de Munich, la gente me escupe. Otros me tiran piedras por la espalda.

Gislinde y yo nos divorciamos. La separación nos entristece a los dos, pero ella sabe muy bien que soy del todo incapaz de llevar una vida ordenada, así que es preferible que nos dejemos libres el uno al otro. Es la propia Gislinde la que propone el divorcio, a pesar de que me quiere tanto que seria capaz de renunciar a todo por mi amor.

Como me es imposible esperar hasta que se fije la fecha de la vista, Rudolf Amesmeier consige que me dejen declarar en el juzgado antes de la citación.

—¿Cuándo tuvieron ustedes relaciones sexuales por última vez? —me pregunta ese bicharraco de juez.

—No me acuerdo porque no paro de joder, pero, aunque me acordase, puede estar seguro de que no se lo diría.

Cargo con toda la culpa, liquidando así por la vía rápida todo el papeleo de rigor.

De nuevo en Berlín, me instalo en casa de Tatiana. Me hace la cama, me ordena la habitación, cocina para mí y se ocupa de todo. Aparte de eso, ensaya dieciséis horas al día.

La primera bailarina, que hace el papel de Nastassia, es una mestiza indonesio-holandesa. El cabello, liso y de un negro plateado, le llega hasta la raja del minúsculo culito. Tiene el cuerpo de una bailarina adolescente de Bali, pero es un poco más alta. No

sé de dónde sacamos las fuerzas para ensayar dieciséis horas al día, después de pasarnos las noches enteras follando. Pero estamos tan cachondos y obsesionados que nos basta con comer y tomar Pervitin para mantenemos en forma.

Jasmin, bailarina de la ópera de Oslo, no tiene nada que ver con el *ballet* de Tatiana. Tiene veintidós años, viene directamente de París, ya no puede bailar a causa de una lesión en la columna vertebral, y se me presenta como «periodista». Jamás escribirá la supuesta entrevista que me pide. Como, a causa de la mestiza, no podemos follar en casa de Tatiana, Jasmin alquila una habitación de hotel.

Se pega a mi cuerpo como una lapa; no puedo dar un paso sin ella. Llega al extremo de lavarme los dientes, bañarme y aguantarme la picha cuando meo. Incluso cuando hablo por teléfono me atenaza con sus muslos o me chupetea el nabo. Los camareros se limitan a dejar la comida delante de la puerta. Las camareras nunca entran a hacer nada en nuestra habitación, porque Jasmin duerme mientras yo ensayo.

En el festival actúa también el bailarín indio Ramón, que se hizo amigo de Jasmin, Dios sabe dónde.

Ramón se encarga de pagar la habitación que ocupamos Jasmin y yo.

Cuando empiezan los ensayos en el teatro, Jasmin está en todas partes. En mi camerino, entre bastidores, en el patio de butacas. Follamos por doquier. En camas, en el suelo, en el recibidor de una casa, en la calle, en el metro, en el cine, en el avión y, sobre todo en los bosques del Havel.

El idiota tiene un éxito gigantesco, y nos invitan al festival de Venecia.

Tengo que dejar a Jasmin. Tiene previsto viajar a París e intentar ganar dinero mientras yo esté fuera. Después pensamos encontrar un piso para los dos.

En Venecia, la compañía se aloja junto al Lido, en una pequeña pensión que es propiedad del sobrino de la Duse. Nos lo da todo gratis. Los italianos son tan hospitalarios, tan cordiales, tan rebosantes de espontáneo amor que me siento como un exiliado que regresa a su tierra. Además son incurablemente curiosos. Siempre que la mestiza indonesio-holandesa se deja ver conmigo, en la

Piazza San Marco, en el Canal Grande, o incluso cuando vamos juntos en una góndola que se abre paso por los canales más apartados, se forma de inmediato una aglomeración humana. Hablan, gesticulan, gritan, ríen, se apretujan, nos tocan como si fuéramos raras criaturas exóticas e intentan por todos los medios hacernos entender que nos quieren.

En el Teatro della Fenice, un accidente está a punto de costarme la vida. Una barra de hierro de docenas de kilos, que sujetaba un elemento decorativo, se suelta de su anclaje y cae desde lo alto del telar hasta el escenario y, concretamente, hasta mi columna vertebral. Me desplomo y me quedo sin aire. Quizá los espectadores piensan que eso forma parte del espectáculo; en cualquier caso, nadie abre la boca. Poco a poco consigo respirar de nuevo, me incorporo y sigo hablando. Al final de la representación, dos mil espectadores chillan y me vitorean, aunque no he hablado en italiano. A la salida del escenario, me besan personas a las que no conozco en absoluto, y por la mañana, niños pequeños me regalan flores en la calle.

Te abrazo, Italia, país de las maravillas.

Entretanto, la compañía ha sido invitada a Norteamérica y a Sudamérica, y Tatiana proyecta una gira que nos ha de llevar hasta Japón y Australia.

Pero, como hemos estado folleteando todos con todos, se ha creado una espesa atmósfera de celos, odio y ansias de venganza, que hace imposible toda convivencia. Además, en Venecia nos peleamos por el dinero, ya que alguien se ha metido en el bolsillo la mitad de nuestros honorarios. Así que en la compañía reina un cabreo enorme.

No me voy inmediatamente de Venecia a París, donde me espera Jasmin, sino que vuelo a Nueva York, donde la mestiza actúa en el New York City Ballet. Seis semanas más tarde vuelo de Nueva York a París.

Jasmin ha estado trabajando duro. Ha rechazado una oferta para trabajar como bailarina de *strip-tease*, porque el empresario no le ofrecía suficiente dinero. Pero parece ganarse bien la vida. Su vestido, que lleva directamente sobre el cuerpo desnudo, cuesta por

lo menos mil francos.

—Háblame.

—¿De qué?

—De los hombres.

Exhibe una sonrisa incómoda e incluso se sonroja.

—¿Con cuántos te has acostado?

—No los he contado.

—Por día. ¿O es que acaso no has estado haciendo de puta?

—He estado haciendo de *call-girl*. Son chicas que se ponen en contacto por teléfono, normalmente con hombres de negocios, diplomáticos, ministros, estrellas de cine, etcétera. Pero también con maderos de la brigada de moralidad y buenas costumbres. Ésos no pagan.

—Ya sé lo que es una *call-girl*. Sigue contando.

—Nuestro chulo es una mujer que también fue prostituta en sus tiempos, Madame Claude. Tiene una oficina en la Rue Lincoln, en el octavo distrito. Todo pasa por su oficina: las llamadas, las citas, el pago, todo. Nosotras no nos ocupamos de nada de eso. Ella se queda el treinta por ciento por sus servicios de intermediaria, y el resto es para nosotras. He ahorrado mucho. Puedes instalarte a vivir conmigo donde te apetezca. Si me lo pides, seguiré trabajando mientras quieras. ¿Estás enfadado conmigo?

—No. Pero quiero que lo dejes. Bueno, dime: ¿con cuántos te acostabas cada día?

—Depende. Tres, cuatro, cinco. A veces uno solo. Eso sin contar los días que tenía el período. Esos días sólo lo hago contigo. Una vez lo hice con ocho hombres en una noche, y otra vez hasta con quince, una fiesta masculina entera. Cada uno se corrió dos o tres veces. Creo que fueron unas cuarenta y cinco o cincuenta corridas. Al día siguiente no pude levantarme de la cama, y mucho menos andar. Pero eso eran casos excepcionales. La media es de entre treinta y treinta y cinco hombres a la semana. Tengo un cuadernito en el que apunto todas las citas. Me dan la fecha y la hora con una semana de antelación.

—¿Te lo pasabas bien?

—Pasármelo bien… Es una expresión curiosa. Cuantos más hombres tenía, más lo utilizaba Como no estabas tú…

—¿Cuánto cobrabas por hombre?

—Las chicas cobramos entre cien y ciento cincuenta marcos, al cambio. A veces alguno te da un extra. Los extras, por supuesto, no pasan a través de Madame Claude.

—¿A qué horas quedabas con los hombres?

—Normalmente, de las tres de la tarde hasta medianoche, según como estuviera la demanda. Cuando la cita es por la noche, casi siempre va acompañada de una cena Pero a veces también piden citas a primera hora de la mañana, antes de irse al aeropuerto, o cosas así.

—¿Cuánto dura una sesión?

—Entre una hora y hora y media. Depende de cuánto quiera gastarse el cliente, o del tiempo que tenga. La duración se fija con exactitud antes de la cita. A veces también hay citas que duran toda la noche, o un fin de semana. Eso se paga muy bien, entre otras cosas porque el cliente tiene derecho a cederle la chica a otros hombres, a sus socios o amigos, o a follársela simultáneamente con otro hombre, o uno detrás de otro. Por ejemplo, hay uno que siempre reserva al mismo tiempo todas las chicas de Madame Claude. A veces también hay que follar con dos, tres o más hombres a la vez. En esos casos también pagan más.

—¿Cómo ibas vestida? ¿De puta?

—No de puta callejera, si es eso lo que quieres decir. Tenemos que ir correctamente vestidas.

—¿Cómo?

Abre su armario ropero.

—Míralo tú mismo. Completamente normal, al estilo burgués. Faldas no demasiado cortas ni demasiado estrechas. Tampoco podemos ponernos perfume, para que la ropa de los hombres no huela a nosotras cuando estén en su casa con sus mujeres. Usamos ropa interior blanca, también completamente normal. No de puta. Nos desnudamos inmediatamente de cintura para abajo, por delante y por detrás. Tiene que ser sencillo y no llevar mucho tiempo. A no ser que los hombres lo quieran. Normalmente nos desnudamos del todo. Los hombres también.

—Háblame de los hombres. ¿Cómo son?

—Hay de todo. La mayoría son amables.

—¿Se ponían condón para follar?

—Casi nunca. A mí no me gusta. A la mayoría de los hombres, tampoco. Les gusta tener la sensación de que se corren en la matriz, de que están preñándote. Hay algunos hombres que sí quieren usar preservativo, quizá por miedo a coger alguna infección. Más de una vez he puesto yo misma el preservativo en la polla a uno; siempre llevo unos cuantos encima. Pero eso era cuando hacía la calle. Algunos quieren follar en el mismo coche. Otros, de pie, contra el primer árbol que encuentran. Muchas veces estaba oscuro, y sólo sentía el contacto de la polla. A uno tuve que quitarle el condón, porque no podía follar con condón y se le ponía blanda.

—¿Has tenido alguna enfermedad venérea?

—No. Bueno, pocas veces. Una. No, dos. Ya sabes, eso se cura enseguida. Las purgaciones, claro. Nos hacen análisis dos veces por semana. Espero que ninguno tuviera la sífilis.

—¿No tenías miedo de quedarte embarazada?

—Llego una protección en la matriz. De otro modo, ya me habrías dejado embarazada tú.

—¿Te metías siempre la polla en la boca?

—¿Quieres decir que si se la mamaba?

—Sí.

—A casi todos los hombres les gusta.

—¿Has trabajado también en burdeles?

—Sí. Eran una serie de casas a las que nos mandaban a algunas de nosotras. Siempre dos o tres días como máximo. Ahí había que darse prisa. A veces, todavía no había acabado con un cliente, y ya estaba el siguiente esperando en la sala de espera.

—¿Sabías quiénes eran los hombres?

—Por regla general, no, pero dicen las chicas que entre los clientes hay políticos importantes y altos cargos de la policía. Cuando nos acostamos con un policía, el dinero lo pone Madame Claude, para que no nos vayamos de vacío. Como compensación, los maderos se encargan de que no se descubra el pastel de la organización de Madame Claude. Aparte de las estrellas de cine, a las que conoce todo el mundo, sólo sé que al sha de Persia le suministra Madame Claude el material cada vez que viene a París. Estuvo aquí hace sólo dos semanas. Pero a mí no me cogieron. Para

acostarse con el sha, hace falta haber trabajado por lo menos cinco años con Madame Claude, y tener la experiencia necesaria.

—¿Qué media de edad tienen las chicas?

—Muy jóvenes. La mayoría empiezan a los dieciséis o diecisiete años. La mayor tiene veintiséis, creo.

—¿Cómo te sentías después de haberte acostado con varios hombres en un mismo día?

—Aunque fueran cinco o más cada día, no me sentía satisfecha, quiero decir satisfecha de verdad. Estaba completamente hecha polvo, y como bajo los efectos de una droga de la que necesitase cada vez dosis más fuertes. Contigo es muy diferente, no se puede comparar. Tú me dejas completamente para el arrastre; me siento muy débil, pero aliviada, feliz. Muchas veces, hacia el final de la noche, o incluso por la mañana, muy temprano, aún antes de la primera cita, corría a la calle y me ponía a buscar hombres. Los hacía joderme hasta que no podían más. No quería tener pausas entre hombres. A veces, por la noche, estaba acostada, sin poder dormir, porque pensaba: Ahí fuera, en alguna parte, hay una polla cachonda y juguetona que va a la caza de un chocho como el mío. Entonces me echaba cualquier trapo encima del cuerpo desnudo y me ponía a buscarla, para que me llenara con su lava hirviente el agujero, que me ardía. Cuando paraba un coche, lo primero que yo hacía era meter la cabeza por la ventanilla, para ver si al hombre estaba a punto de reventarle la bragueta. En caso afirmativo, subía al coche. De lo contrario, seguía buscando. Por supuesto, siempre pedía dinero. Una vez, uno me llevó a una pensión de mala muerte. Tuve que pagar yo la habitación. Apestaba como un macho cabrío, me folló brutalmente cinco veces, en todas las posiciones, y luego se fue sin pagar, el muy cerdo. Me dieron ganas de asesinarlo. A veces me imaginaba que me follaban cientos de hombres, miles. Por ejemplo en la legión extranjera, con hombres que hubieran estado meses sin ver una mujer. Tendrían que montar una especie de burdel provisional, en una tienda de campaña grande o un barracón, y los hombres harían cola. O en un portaaviones, como única puta para miles de hombres…

Las últimas palabras las susurra, como si hablase en sueños. Y, de hecho, casi se ha quedado dormida mientras gira y se retuerce sobre mí, como un perrillo que buscase la posición definitiva en su

camita. Luego se enrosca y estrecha la cara contra mi bragueta.

—¿Por qué haces todo eso? —le pregunto en voz muy baja, pues tengo miedo de despertarla si ya está dormida.

—Haces preguntas tontas —murmura. Trepa hacia mí y me lame la oreja—. Cada mujer tiene su polla preferida. Tú eres la mía. ¿Me quieres?

—Sí.

Vuelo a Munich para ver a Pola. Jasmin vuela a Berlín para ir buscando mientras tanto un piso. Cuando llego a Berlín, está muerta. La ha atropellado un coche que circulaba a toda velocidad por la Clay-Allee, y ha muerto de camino al hospital, con fractura múltiple de cráneo. Podría verla, la tienen en el depósito de cadáveres, pero no voy. No podría soportar esa visión.

Vuelvo a París, donde alquilo de nuevo la habitación de hotel en la que Jasmin me había hablado de Madame Claude.

Cuando ya no me queda dinero para pagar el hotel, empiezo a dormir bajo los puentes del Sena. Al principio, los *clochards* me dejan en paz, y llego a pensar que me aceptan. Pero luego empieza a molestarles que me acueste junto a ellos. Me expulsan y me tiran tomates podridos.

Hace un frío helador. Con los *clochards* podía calentarme, porque debajo de los puentes tienen pequeñas estufas de carbón. Me paso dos días vagabundeando, hasta estar tan cansado que me acurruco no sé dónde y caigo en un sopor profundo…

Cuando me despierto, estoy cubierto de nieve, y un convoy del metro pasa atronador a muy poca distancia de mi cabeza. No sé cómo he ido a parar a ese lugar. Se me ha congelado hasta el cerebro. Es muy temprano, y todavía está oscuro. Un tipo me pesca en la calle y me lleva a su casa Le digo que sólo quiero dormir, y no me toca, aunque dormimos los dos juntos en su cama. Por la tarde, antes de irse, me hace un café con leche y va a buscar una *baguette* para acompañarlo. Luego me afeito y me lavo y pongo a secar mi ropa en su casa.

Cuando voy a irme, me pregunta si puede ayudarme en alguna otra cosa. Le digo que necesito dinero para viajar a Marsella. Tengo la intención de enrolarme como marinero en un barco que zarpe

hacia un lugar bien lejano. A ser posible, a Japón, o a Australia o a las islas Fiji. Me da dinero para un billete de tercera clase y me dice que ya tendré oportunidad de devolvérselo alguna vez. Todo esto suena inverosímil, pero es la verdad. No creo que lo hiciera sólo porque le gustaban los hombres.

Lo que pasa es que existe esa clase de personas; no mychas, pero existen.

Quiere que me quede una noche más, porque es Nochebuena, pero yo me paso por el forro la Nochebuena, y cojo el tren nocturno para Marsella.

Estoy completamente solo en el compartimiento, y por fin puedo estirarme a gusto en los asientos de madera. En Marsella suben unos paracaidistas de la legión extranjera. Vienen directamente de Vietnam. Ese mismo tren parte dentro de poco de regreso a París. Antes de que yo pueda bajar, entran en el compartimiento, me dan bebida y tabaco y me piden que me quede con ellos hasta que el tren se ponga en marcha. Los compartimientos y pasillos están tan llenos de paracaidistas que nos sentamos los unos sobre los muslos de los otros. No entiendo todo lo que se cuentan entre ellos, pues hablan un francés bastante desastrado, pero lo que veo perfectamente es que se arrancan las medallas de los uniformes y las pisotean, como si aplastasen insectos, y hacen el gesto de limpiarse el culo con la carta de agradecimiento que les ha enviado un general en jefe. Luego rugen La marsellesa, con acompañamiento de pedos.

El tren da la primera sacudida. ¡Tengo que bajar! Los paracaidistas me sacan por la ventana del compartimiento.

Lo primero que hago en Marsella es dirigirme al mercado árabe para vender mi traje. Con el dinero que me den quiero comprarme ropa y equipo de marinero, y con lo que sobre comer algo caliente. Los árabes me arrancan prácticamente el traje del cuerpo y me ofrecen el equivalente a 20 marcos. ¡Están como cencerros! ¡El traje es casi nuevo y me ha costado 600 marcos! Me voy a la casa de empeños a preguntar cuánto me dan por él. Delante de la casa de empeños, que todavía está cerrada, hay una cola interminable de gente que espera. Cuando me toca el turno ya van a cerrar. Pero el buitre del mostrador me ofrece lo mismo que los árabes. De modo que vuelvo donde los árabes, cierro el trato, me busco en una

tienducha unos pantalones y una chaqueta de obrero usados, que paga el árabe de su bolsillo, y me voy con él a un urinario público, donde me cambio de ropa y recibo el miserable resto del precio del traje.

Camino a lo largo de las vallas exteriores de los muelles, vigiladas por policías con metralletas listas para abrir fuego, y acabo encontrándome a siete kilómetros de Marsella. Me paro en una fonda que tiene habitaciones libres. Como unas patatas fritas y me bebo un vaso de vino. Luego me dejo caer en el camastro.

A partir de ese momento no tengo otro proyecto que encontrar un barco lo antes posible. No es cosa fácil. El puerto está muy vigilado, y sólo se puede entrar con una autorización especial. Las oficinas de los armadores que reclutan personal están rebosantes de marineros en paro que se parten la cara por un puesto de trabajo. A mí nadie se digna mirarme siquiera, y mucho menos hablarme. Lo intento con empresas inglesas y norteamericanas, pero sólo contratan a ingleses o norteamericanos. Intento ganarme la vida como estibador, y me dedico a acarrear sacos con mis compañeros, que son negros africanos. El dinero me lo gasto en las putas de Marsella. Aunque esas chicas no pueden permitirse hacer distingos, y joden con tipos de todas las razas, venidos de todos los rincones de la Tierra y sin duda aquejados de todas las enfermedades imaginables, no sólo me las follo sin condón, sino que también les hago mamadas. Sé que es un comportamiento irresponsable. Pero quiero amarlas, quiero que sientan que las amo y que necesito amor. Que estoy enfermo de sed de amor.

—Tienes boca de puta —me dice una de ellas antes de darme un beso de despedida.

—Ya lo sé.

Hay un tranvía que pasa cada cuarenta minutos por delante de mi fonda. Pero prefiero gastarme el dinero en joder, así que recorro a pie los catorce kilómetros. No me importa. Sobre todo cuando voy a ver a mis putas.

De momento no hay trabajo para estibadores, así que me dedico a trabajar de peón, un día aquí y otro allí. Incluso trabajo de basurero una semana entera.

El poco dinero que gano no me alcanza para vivir, y encima me gasto la mayor parte en mujeres. Como no puedo seguir pagando, el dueño de la fonda me echa de la habitación. En realidad no es una habitación, sino un agujero de hormigón, más pequeño que las celdas de las cárceles, sobre cuyo suelo de hormigón, se alza un camastro de hierro, y que carece de ventanas. Pero cuesta dinero. Me pago la comida trabajando en la cocina, preparando, bajo vigilancia, patatas fritas, carne, ensaladas y flanes para los obreros, y sirviendo a los clientes, fregando la cocina y toda esa condenada pocilga, incluyendo los lavabos, que están llenos de mierda hasta el techo. También parto verdaderas montañas de leña y transporto barriles de vino. A cambio de todo ello, tengo derecho a una ración diaria de patatas fritas y ensalada El coste de la habitación no va incluido en la remuneración. Tengo que ganármelo por otros medios, o de lo contrario el dueño me pone en la calle.

Todos los clientes son mineros. Españoles, portugueses, polacos o argelinos que trabajan en la mina de azufre cercana a la fonda. El dinero que ganan se lo gastan jalando y privando. En los días libres, a la hora del almuerzo ya se han echado diez Pernods entre pecho y espalda. Cada uno se bebe un litro de vino con cada comida. El trabajo en la mina los mata a todos. Lo saben, y por eso no se molestan en ahorrar. No vale la pena. Trabajan con mascarillas de gas, pero eso no les es de gran ayuda, y todos revientan al cabo de unos cuantos años. Uno de los amigos que comparten conmigo sus Gauloises, y los pocos francos que les quedan, tiene treinta y cinco años, pero aparenta sesenta. Me regala una bufanda árabe de colores, que me pongo cada día. Lo que dejan en los platos no me lo llevo a la cocina, que es donde suelo comer, sino que lo devoro mientras voy retirando los platos; si es un cacho de carne, me lo meto debajo del jersey. Si son patatas fritas, las envuelvo en papel de periódico y me las meto en el bolsillo.

El argelino que me ha regalado la bufanda sólo tiene un ojo; el otro es de cristal. Un día no viene a comer. Los otros obreros están cabizbajos y se hablan entre susurros.

Resulta que mi amigo ha matado a puñaladas a su amante, en plena calle, porque le engañaba con otro tipo. Luego se ha encerrado en la barraca en la que vivía, en la mina de azufre. Al oír las sirenas de los coches de la policía, se ha llenado la boca de agua,

se ha metido dentro de ella el cañón de su escopeta vieja, y ha apretado el gatillo.

Le escribo a Cocteau para pedirle dinero. Cuando estaba en París no se me había ocurrido la idea de acudir a él. Me responde:

> «Querido amigo: Lo compartiría todo contigo… pero por desgracia no tengo nada. Vivo de la generosidad de otros. Estoy enfermo y tengo ya un pie en la tumba. Ahí te mando ese dibujo, quizá puedas venderlo…
>
> Tu amigo, Jean Cocteau».

La carta viene acompañada de uno de sus típicos dibujos, un retrato mío hecho de memoria. Me ha pintado una boca como la de un negro y ojos como estrellas. Es poco probable que alguno de los obreros de la mina quiera comprarme el dibujo.

Tormenta fuerza diez. No hay ni un alma en la calle. Me siento sobre una roca a la orilla del mar, desde la que miro siempre los barcos que zarpan. Las olas se elevan hasta más de quince metros, y la tormenta me lanza a la cara la salada espuma. Los truenos conmueven el cielo, y me iluminan los relámpagos. Nunca he sido tan feliz en mi vida.

El dueño de la fonda quiere obligarme a trabajar en la mina de azufre. Me niego. Me echa del agujero en el que paso las noches, y a partir de ahora duermo en un bunker en ruinas, en la costa rocosa.

No puedo buscarme un trabajo. Tengo una úlcera en la garganta, secuela de unas anginas, que me impide toda ocupación. La úlcera se va extendiendo cada vez más, y la garganta se me hincha hasta bloquearse. No puedo tragar nada, y apenas soy capaz de respirar.

Los obreros me traen al bunker piedras calientes, que me pongo sobre el cuello. Por la noche siempre se queda alguno a vigilarme. De día estoy solo.

Uno de ellos me lleva a una familia, creo que de portugueses. Me dan un montón de limones. Treinta. Exprimo el zumo directamente a mi garganta, treinta limones seguidos. No sirve para nada, el único resultado son retortijones de estómago. Además

quiero alejarme de esa gente. Tienen pojaros enjaulados. Una vez al año abren las jaulas, y cuando los pájaros salen volando a la libertad, los matan a tiros. Por simple diversión.

No tiene sentido ir al médico, porque los médicos cobran por adelantado, y ninguno de los obreros tendrá dinero antes del próximo día de pago. Tampoco quiero meterme en un hospital, porque no sé si el cabrón del dueño de la fonda me ‹ha denunciado. Si me preguntaran, no podría darles siquiera un domicilio, y no quiero que la policía de inmigración me expulse por vagabundeo.

Los obreros hacen una colecta entre ellos y me llevan a un médico de la vecindad, que me pone una inyección de penicilina. Tienen que pagarla por adelantado y en efectivo.

Pero después de la inyección sigue sin apreciarse mejoría alguna. Me voy andando a Marsella, en busca de un especialista. Me propongo pedirle que me ayude aunque no pueda pagarle, porque de lo contrario temo morir asfixiado.

Voy por la calle mirando las placas de los portales, casa por casa, placa por placa. Nadie sabe decirme dónde puedo encontrar un otorrinolaringólogo.

Recorro las calles hasta la tarde. Cada vez que tengo que tragar, necesito varios minutos para hacerlo. El tormento se hace cada vez más insoportable.

A las siete de la tarde encuentro un especialista que acaba de cerrar la consulta. Lleva ya puesto el sombrero y el abrigo, pero se comporta muy amablemente, me echa una mirada a la garganta y me dice que está dispuesto a operarme aunque no pague. Que vuelva mañana a primera hora de la mañana. ¡Mañana a primera hora!

Camino de regreso a mi bunker y paso la noche aplicándome las piedras calientes, que me queman la piel del cuello y el mentón, pero no me sirven para nada.

Por la noche me dirijo sigilosamente a la fonda. El perro, que me conoce, no ladra. Pero gimotea tan fuerte de alegría al verme que tengo que sujetarle el morro. Meto la mano por el agujero de un pequeño vidrio roto de la puerta trasera de la cocina y descorro el pestillo. En la cocina encuentro un cuchillo largo y puntiagudo. Si las cosas no salen bien, me operaré a mí mismo. Cuando ya no pueda respirar, intentaré reventarme la úlcera de un pinchazo.

A las ocho de la mañana salgo de nuevo a pie hacia Marsella, con el largo cuchillo de cocina debajo de la chaqueta, por si acaso.

Hoy me cuesta todavía más tragar. Una vez en Marsella, me dirijo al consulado alemán. Como no puedo hablar, les escribo lo siguiente en un trozo de papel: «Tengo una úlcera en la garganta y necesito que me operen sin demora. Por favor, denme el dinero para la operación, ya que yo carezco de él. Lo devolveré». Me identifico, y me dan 300 marcos.

Una hora más tarde voy de camino a la consulta del médico. De nuevo necesito tragar saliva como sea. Pero no puedo. Esta vez ya no lo consigo. Por más que lo intente, no puedo tragar, y punto. Me agarro a una farola y pienso que ha llegado el final. Saco el cuchillo y me lo meto por la boca como un faquir. Y entonces sucede algo: ¡la úlcera se abre! Y vomito medio litro de pus en el bordillo. Me he quitado de encima el problema; ya ni siquiera tengo dolores.

Ahora, con los 300 marcos en el bolsillo, podría mantenerme a flote una temporada en Marsella. Podría encontrar un alojamiento mínimamente decente, comer caliente una vez al día y esperar sin prisas hasta que saliera algún barco que quisiera cogerme. Pero he cambiado de planes. No tengo ganas de que me puteen a base de bien trabajando de marinero en un petrolero hediondo. Me propongo ganar suficiente dinero para poder construirme yo mismo algún día mi propio barco de vela. Y entonces me embarcaré y no volveré jamás. Así que de momento tengo que seguir rodando películas.

No voy a la consulta del cirujano. No voy a ver a nadie en absoluto, ni siquiera a mis putas.

Me compro un billete para Munich. El tren sale a las 18 horas. A las doce del mediodía entro en un buen restaurante, me tomo tiempo para seleccionar mi menú, me bebo una botella entera de vino tinto, dejo una propina generosa y echo una cabezada. Le he dicho al camarero que haga el favor de despertarme sólo si duermo hasta pasadas las cinco.

En Munich, O. W. Fischer ha movilizado a todo el mundo para encontrarme, pues me quiere para la película *Hanussen*.

—Necesito tus ojos —me dice.

La verdad es que para mí eso no es suficiente motivo. Pero acepto el trabajo, que esta vez está mejor pagado. Al fin y al cabo, si hago películas no es para divertirme.

Con mi sueldo alquilo un piso en un edificio nuevo que tiene triturador de basuras. Lo primero que tiro al triturador de basuras es el guión de *Hanussen*, el adivino. Y luego me compro mi primer coche, o mejor dicho, pago la entrada y me lo llevo enseguida: un Cadillac Cabriolet de segunda mano.

Frente al edificio de los estudios Bavaria, hago subir a mi bólido color gris perla a una de las encantadoras y jóvenes secretarias. Me muero de ganas de arrancar y salir a toda pastilla. Por desgracia llueve a cántaros, así que tenemos que cerrar la capota.

En Stachus se me pone el semáforo en rojo y, como hago siempre cuando veo un semáforo en rojo, piso el acelerador. Por la derecha viene un camión; chocamos. El pesado parachoques del Cadillac se parte en tres pedazos, que salen disparados por los aires. Al camionero no le pasa nada, ni tampoco al camión. El hombre sólo tiene una pequeña contusión en la rodilla. La encantadora mecanógrafa y yo salimos tambaleándonos del Cadillac, como si acabáramos de salir de los autochoques. Cogemos un taxi para ir a mi casa, porque tienen que remolcar el coche.

—Apellido. Nombre. Fecha de nacimiento. Lugar. Domicilio…

—Todo eso está en las actas. Le basta con leerlas.

—Se lo estoy preguntando a usted.

Otra vez ese sadismo. Estoy a punto de levantarme de un salto, pero Rudolf Amesmeier me retiene en el banco del acusado.

—Pues bien. Soy el señor Fulano. Nacido el tantos de tantos. En el pueblucho tal. Con domicilio en la calle tal…

—¿Estado civil?

—¿Y eso qué es?

—¿Está casado? ¿Soltero? ¿Divorciado?

—Divorciado.

—¿Cuándo contrajo matrimonio?

—No me acuerdo.

—¿Cuándo se divorció?

—No me acuerdo.

—¡Debería darle vergüenza!

—¿Qué tiene que ver todo eso con mi Cadillac?

—¡Aquí el que pregunta soy yo! ¿Tiene antecedentes?

Me giro hacia Amesmeier.

—¿Tengo antecedentes?

—Sí.

—Sí.

—¿Por qué motivo?

Me giro hacía Amesmeier.

—¿Por qué motivo?

—Por ofensa a un funcionario de policía y resistencia a la autoridad —dice Amesmeier.

—Por ofensa a un funcionario de policía y resistencia a la autoridad.

—¡Ajá!

—¿Qué quiere decir ajá?

—¡Si vuelve a hablar sin que le pregunte, le impongo la multa máxima!

—Oiga, ¿yo qué delito he cometido? Al camionero no le pasó nada. Los daños del camión los paga mi compañía de seguros. Mi Cadillac está hecho chatarra. ¡El único que ha salido perdiendo he sido yo!

—¡Usted es un elemento antisocial! ¡Se cree que porque hace películas y gana dinero a espuertas puede comportarse con brutalidad y arrogancia cuando conduce!

—¡Si usted supiera por qué hago películas, y si supiera por qué tenía tanta prisa el día del accidente!…

—¡Si sigue poniéndose descarado, lo encierro!

Me giro hacia Amesmeier.

—¿Puede encerrarme?

—Basta de tonterías —dice Amesmeier—. Haz el favor de quedarte sentado y déjale hablar de una vez.

—¿Sabe qué le digo? Póngame la multa máxima y déjeme salir de aquí —digo, asqueado.

Amesmeier se pone colorado de ira. Le digo que no soporto más al bocazas del juez y que, si no me pone de una vez la multa máxima y me deja salir a la calle, acabaré entre rejas.

—Señor defensor, ya ha oído usted lo que acaba de decir su

cliente.

—¿El qué?

—Ha pedido él mismo la multa máxima. ¿Es cierto o no?

—Sí, es cierto, pero…

—Ya he acabado —le interrumpe ese supuesto juez, y recoge sus trastos.

Me pone la multa máxima. ¡10 000 marcos para las arcas del juzgado! Y eso, a cambio de quedarme sin Cadillac. ¡Si no pago la multa, me meten 300 días de cárcel!

Laslo Benedek me contrata, durante el rodaje de *Hanussen*, para su película *Kinder, Mütter und ein General*.

En Hamburgo no me instalo en el hotel Bellevue, donde se aloja siempre toda la gente del mundillo del cine. Me instalo en una pequeña pensión a la vuelta de la esquina. A las seis de la mañana me sacan de la cama y se me llevan detenido. Si hubiera rellenado correctamente la hoja de registro, los maderos no se habrían enterado de que me tenían en la lista de busca y captura. He escrito que no tengo ni domicilio, ni dinero, ni pasaporte, ni trabajo, y que soy una puta. La dueña de la pensión no ha quedado satisfecha con esos datos, y me ha traído otra hoja de registro cuando yo ya dormía. Le he pintado letras chinas de fantasía por el dorso. Tras ello, la mujer ha llamado a la patrulla, y me han encontrado enseguida en su enciclopedia.

El motivo por el que estoy en busca y captura no son ni mucho menos los 10 000 marcos de multa por lo del Cadillac, sino aquella vieja historia de resistencia a la autoridad, de la que ya hacía tiempo que ni me acordaba.

Se me llevan esposado, y me transportan en el coche celular, junto con otros detenidos, a la prevención. Allí me dan una patada, y aterrizo en una celda.

Por la mañana, sólo dicen «cierra el pico», y luego «inclina el cuerpo, separa las nalgas, bájate la piel del prepucio». Me toman las huellas de los diez dedos. Me fotografían con un número, me miden. Se me quedan el cinturón y los cordones de los zapatos.

—¿Tienes pulgas? —me pregunta un cabestro mientras me tira a la cabeza una manta, un trapo sucio con el que a partir de ahora

debo cubrirme.

—Hasta ahora no, cara de chinche, pero si no te vas pronto lejos de aquí seguro que cogeré todos los parásitos del mundo.

Dejo caer en el suelo la manta, que apesta a pedos y a sudor, y la alejo de mí de una patada.

Dos días más tarde, Rudolf Amesmeier me saca de la trena.

Me mudo al hotel Prem, donde vive también una de las acompañantes en el rodaje, Ursula H. La llamo «la Fea». La Fea es tan fea que he de follármela a oscuras, si no quiero tener que taparle la cara con una toalla. Pero su cuerpo es tan juvenil y firme y caliente y cachondo que llego a pensar que Dios nuestro Señor le ha propinado expresamente esa cara tan fea para castigar a todos los que sólo flipan con las caras bonitas.

Hoy soy incapaz de follármela. Como en esa mazmorra medieval he pillado una bronquitis, me he comprado un frasco de gotas de codeína y me lo he bebido entero. Cuando entra la Fea en mi habitación, estoy sentado en una silla y no tengo fuerzas para moverme. Me parece como si la Fea flotara por los aires y se pusiera a caminar, cabeza abajo, por el techo de la habitación. Pese a ello, se desnuda.

Catorce días después, cuando se marcha la fea, me acerco a la calle de las putas de Hamburgo, en la que las chicas posan, como objetos a la venta, en escaparates de mortecina luz roja, sentadas en sillas, abiertas de piernas, o repantigadas en sofás, para atraer a los hombres.

Me detengo fascinado delante de los escaparates. Las caras y los cuerpos de las prostitutas se convierten en las caras y los cuerpos de todas las mujeres que he amado en mi vida. Siempre me ha sucedido eso al abrazar a una mujer: su cara y su cuerpo adoptan la expresión y las formas de las otras mujeres a las que ya había amado o que aún sólo empezaba a desear, y también de aquellas a las que aún no conocía y con las que me encontraría un día.

Las chicas de los escaparates me hacen guiños para que entre. Pero los comentarios puercos de los hombres que se arremolinan en grupos delante de los vidrios me privan de hacerlo. No puedo soportar que la gente se burle de la mujer que va a convertirse en mi amante dentro de un momento, y sigo caminando.

La calle propiamente dicha no está iluminada, y puedo

quedarme discretamente a resguardo de un portal o caminar de aquí para allá evitando las cuadrillas de hombres.

Me he quedado dormido sentado en el bordillo. Cuando me despierto, empieza a salir el sol. Las luces rojizas se han apagado ya. Una prostituta entrada en años me llama desde la ventana de un primer piso, y subo por las escaleras hacia ella.

Habla sin parar. Yo me limito a sonreír y no le contesto. No por lo vieja y gastada que está —y debido a lo cual no me produce ni la más mínima excitación—, sino porque mis pensamientos están muy lejos de allí.

—Seguro que eres un hijo de papá rico que ha venido en yate, ¿a que sí?

Asiento con la cabeza. No quiero privarla de su sueño de un hombre joven y rico, con una lujosa embarcación fondeada en el puerto de Hamburgo.

—Los hombres como tú siempre son generosos.

Asiento con la cabeza. Estoy demasiado cohibido para hablar. Si sigue haciéndome preguntas, tendré que mentirle. Siempre tengo una cierta resistencia a decir que soy actor. Me pone triste estar aquí. Pero no voy a marcharme, no quiero herirla.

Se desnuda y espera a que yo haga lo mismo. Como no lo hago, porque no se me pone dura, me abre la bragueta y me saca la polla. Luego me pone un preservativo en la polla, que sigue sin estar tiesa, y me la masajea con la boca. Luego unta con jabón el preservativo por encima del glande. Seguramente para que se deslice mejor, o para desinfectar, por si acaso el preservativo se sale de su sitio, pienso.

Desinteresado, me tumbo boca arriba, y ella se sube encima de mí con las piernas abiertas. Empieza a cabalgarme, soltando jadeos cachondos y falsos gemidos, como hacen a menudo las prostitutas para hacer creer al cliente que van a tener un orgasmo. Saben que eso pone cachondos a los hombres, haciéndoles eyacular más rápido.

Me estoy poniendo a cien. No a causa de sus gemidos y sollozos, tan exagerados y torpes, ni de lo que me dice sin parar —«Venga, niño, dáselo a mamá… Va, suéltalo… dame toda tu leche»—, sino porque en realidad no se atreve en absoluto a esperar que alguien se ponga cachondo con ella, y porque a ella misma hace años que se le

fueron las ganas de follar. Sus gemidos son una verdadera burla de sí misma. Sus carnes están frías. Está tiritando. Su cuerpo está arrasado. Los pechos y el vientre cuelgan de él como seres muertos y extraños. La celulitis de sus muslos se amontona en montañas deformes. Tiene el marchito trasero temerosamente encogido, como el de un chucho con el rabo entre las patas. Los largos labios de su vulva, desgastados por miles de hombres, ya no se cierran cubriendo el agujero, en el que yo podría meter un puño.

Me invaden el dolor y la rabia. La rabia de ver esa payasa del amor convertida en un desecho. Y el dolor de ver que tiene que continuar con sus payasadas, porque no le queda otro remedio.

Y de repente la veo ante mí tal como debió de ser un día. Como las putas jóvenes que posan en los escaparates de las casas vecinas. Cuando aún podía estar orgullosa de sí misma, porque sabía que ponía cachondos a los hombres, que las pollas se endurecían con sólo verla. Y cuando aún era sincera, cuando gemía porque sentía a los hombres dentro de su cuerpo y llegaba de verdad al orgasmo. En el momento del orgasmo, todas las mujeres creen en el amor.

La tumbo sobre la cama, me desprendo del preservativo y le meto en el agujero la polla, que se me ha puesto dura, con tanta violencia que ella empieza a sudar. Enseguida se le calienta el cuerpo, empieza a arder. Por entre los párpados semicerrados se ve un brillo ausente y plateado en sus ojos. Su pelvis entra en acción para replicar a mi ataque, como si sus ovarios todavía fueran fértiles y deseara recibir mi semen. Llega al orgasmo con un rugido; entonces me corro yo también.

Le doy más dinero del que gana con diez hombres. Quiero que hoy se tome el día libre.

—Voy a comprar, y luego desayunamos juntos, ¿vale? —me dice, mientras cubre apresuradamente su desnudez, para no destruir la ilusión.

Le expreso mi agradecimiento y señalo mi reloj de pulsera.

—Comprendo. Tu barco zarpa y tienes que ir al puerto.

Asiento con la cabeza. Para despedirme, le doy un beso en su boca de vieja.

En el hotel Prem me pongo de acuerdo con las dos camareras del piso superior, en el que me alojo: les propongo que, por la noche, se encierren en mi habitación hasta que yo vuelva del estudio, para

que el portero no las vea volver a entrar en el hotel. Por la mañana pueden pasar directamente a hacer las camas.

Ambas tienen un talento notable. Por desgracia vuelvo a pillar las purgaciones, aunque no sé si me las ha pasado la Fea, la puta vieja o las camareras. La verdad es que cojo enfermedades venéreas más a menudo que otra gente coge resfriados.

Yorka no se separa de mi lado. Desde que he recitado a Villon en el palacio del congreso de Berlín, no me quita de encima sus ojos febriles y asiáticos.

Vive con su madre en la Olympische Strasse. Duermo en su casa, en un sofá torcido cuyos cojines son una especie de sacos hechos de trapos, y cuido del hijo de Yolande cuando ella se va a trabajar. En ese sofá torcido, del que me caigo cada vez que cierro los ojos, incubo el proyecto de mis próximas giras. Y en ese sofá torcido leo por primera vez a Rimbaud, los cuentos de Oscar Wilde y la *Balada de la cárcel de Reading*, Tucholsky, *El hereje de Soana* de Hauptmann, Nietzsche, las baladas de Brecht, y Mayakovski.

Empiezo actuando en teatros berlineses. Luego paso al Aula Magna de la universidad. Yolande vende las entradas en los comedores universitarios, y mete el dinero en una caja de puros que me entrega antes de la representación. Luego alquilo el teatro de la Komödie, la Volksbühne, la gran sala del Palacio de Congresos, el Titaniapalast y la Neue Philharmonie.

Un agente neoyorquino me hace una oferta para el Carnegie Hall. Me propone recitar en inglés los cuentos de Oscar Wilde.

Fritz Kortner vuelve a salir de su agujero y se me lleva a Viena para participar en su película *Sarajevo*. Encarno al líder de los terroristas, el que tira la bomba. Erica Remberg es mi pareja en la película. Jodemos tan intensa y continuamente que me quedo dormido de pie durante el rodaje, y Kortner habla en voz baja cuando está cerca de mí, convencido de que estoy meditando sobre mi papel. Esta vez también me trata con más miramiento en todos los demás aspectos.

Anuschka, la mujer de un millonario austríaco que comercia con medias, y vástago de la familia imperial rusa, me ha escrito una carta en la que se ofrece a ayudarme. No tengo muy claro a qué se

refiere, pero una ayuda no me puede venir mal. Nos citamos en Salzburgo, donde su marido tiene una casa. Va a recogerme a la estación.

Me clava sus puños afilados en las glándulas de debajo de los sobacos, en las costillas, en las ingles, me muerde todo el cuerpo, mete la lengua en todos los agujeros que poseen los cuerpos humanos, y quiere que yo haga lo mismo con ella. Sus aullidos animales no cesan hasta que no acaba el trayecto de Salzburgo a Viena.

Anuschka lo paga todo. Yo no tengo dinero.

Cuando se le acaban las reservas de dinero, porque su marido no quiere darle nada hasta que vuelva a follar con él, nos rompemos la cabeza para encontrar la manera de ganar pasta en el futuro.

De momento vamos mudándonos de un piso amueblado a otro; los pisos resultan cada vez más deprimentes.

Finalmente, me aloja en una residencia de ancianos ruinosa, en la que me instalo en una habitación situada detrás de la puerta secreta de la biblioteca, mientras Anuschka, en ausencia de su marido, roba comida de la despensa del hogar conyugal, en el que viven también su hija y su suegra.

La compañía de pompas fúnebres de Viena celebra su 50 aniversario, y programa una matiné para sus empleados. La agencia de espectáculos me pregunta si quiero participar en esa *matinée*; se trata de un programa muy variado.

El agente quiere que recite un monólogo de *Dicha y fin del rey Ottokar*, en el que el jefe de los ejércitos, o no sé quién, suelta en el campo de batalla una parrafada sobre la patria y el honor.

Me compro el delgado volumen de Reclam y me leo esa chorrada de la arenga en el campo de batalla. Al principio no entiendo en absoluto de qué va la cosa. Me siento en un café a remodelar el texto, pero por más vueltas que le doy sigue siendo una parrafada sobre la patria y el honor en el campo de batalla.

—Yo no puedo representar esto —le digo al agente—, ni siquiera para las pompas fúnebres.

—Bueno —dice comprensivo—, pues entonces proponga usted otra cosa.

Propongo el monólogo de Hamlet en el cementerio, con la calavera, pero eso resulta demasiado macabro para la gente de las pompas fúnebres.

—¿Y qué tal el monólogo de Fausto? —pregunto.

El agente opina que es demasiado largo. Le digo:

—Usted déjeme hacer a mí.

Durante la *matinée*, lo suelto en exactamente cincuenta y siete segundos. La frase «… la tierra me acogerá de nuevo» la balbuceo mientras bajo ya del escenario, y me meto en el bolsillo un buen puñado de dinero.

Los sepultureros y enterradores, sentados en el patio de butacas de la Sala Mozart, no han comprendido todavía que acaban de asistir al monólogo de Fausto más corto de todos los tiempos.

Vuelvo a tener dinero para una temporada, pero no puedo esperar hasta el 65 aniversario de la compañía de pompas fúnebres. Así que me dedico a recitar a Villon. Primero alquilo la Sala Mozart, que ya conozco gracias a las pompas fúnebres. Luego, la Sala Beethoven y la gran sala de la Konzerthaus.

Después de Villon, recito a Rimbaud. Luego otra vez Villon.

En el teatro Am Fleischmarkt encarno al rey en *El rey muere*, y en el de la Josefstadt hago el papel del tullido en *La primera legión*.

Luego recito *El hereje de Soana*, de Gerhart Hauptmann. Se trata de la historia de un joven cura católico al que expulsan de la Iglesia porque se deja arrebatar por el amor a una chica menor de edad. Lo apedrean por ello. Me propongo proclamar la historia de ese cura italiano desde el púlpito de la catedral de san Esteban. Pero se niegan a cederme el templo.

Luego otra vez Villon, Rimbaud y de nuevo Villon.

El marido de Anuschka le ofrece dinero una y otra vez si ella accede a volver a su lado. Pero Anuschka no vuelve, y sólo entra en la villa para robar comida.

Nos vamos de los pisos antes del día de pago del primer mes de alquiler. Schönbrunn, monumento a Goethe, Kärntner, Ring, Naschmarkt. En ninguna parte me encuentro a gusto. Cuando Anuschka está con su hija, me dedico a recorrer Viena. Es bien verdad lo que dicen de las «encantadoras muchachas vienesas»: son

todas encantadoras, desde las menores de edad hasta las mujeres casadas y las madres, pasando por las putas del Kärntner Ring.

Anuschka ha estado dos días sin venir. La he telefoneado y hemos quedado a las cinco en un café, cerca de la villa. A las dos, cuando me dispongo a bajar por las escaleras que llevan al metro, para ir a Schónbrunn, porque antes de la cita quiero pasar por el jardín del palacio, en cuyos invernaderos tanto me gusta entrar, veo una niña que sube a un tranvía. Consigo subirme yo también justo a tiempo, antes de que un coche embista mis piernas. No sé adonde querrá ir ella, pero desde luego el tranvía no va al fin del mundo. Y, si fuera así, me daría lo mismo. Lleva un uniforme de trabajo encima del vestidito, y botas de media caña con cordones, como las que llevan en Viena las dependientas y oficinistas que pasan mucho tiempo de pie.

El tranvía está lleno, y tengo que abrirme paso como puedo por entre la multitud, hasta que, tras varias estaciones, vuelvo a encontrar a mi niña de las botas en la plataforma posterior, hasta donde la han empujado los viajeros que han ido entrando en el tranvía.

Estamos frente a frente. La miro fijamente, hechizado, y me juro que no le quitaré la vista de encima, ni la dejaré salir del rincón en el que ella misma ha ido a encerrarse como en un callejón sin salida. Estamos tan cerca el uno del otro que noto el aliento que exhala, y que absorbo como el rastro olfativo de una presa. Pero hay otro olor que flagela mis sentidos. El olor de todas las chicas que no usan perfume ni desodorante. Huele tan fuerte que me pongo delante de ella en un ademán de protección, celoso de los otros viajeros, que podrían aprovecharse de ese olor y sustraerme algo de ese éxtasis. Su figura es pequeña y robusta, pero no achaparrada ni desproporcionada. Aunque tiene la piel muy blanca, es más bien de tipo moreno. Sus cejas se funden con la frente en un vello finísimo, y el labio superior, en forma de oruga, está marcado por un bigotito casi imperceptible. Tiene los brazos cubiertos por las mangas del uniforme, y en las piernas lleva largas medias de algodón, pero sé que debe de tener todo el cuerpo cubierto de vello, y que la mata de su pubis se alarga hasta el ombligo. No es como la

macabea de la distribuidora cinematográfica austríaca con la que estaba en Munich, cuyo cuerpo estaba cubierto de pelos como vigorosas malas hierbas y duros como cerdas; a ésta la cubre una capa tierna y suave, como si el viento hubiera depositado sobre su cuerpo y su rostro un polvillo negro que se hubiera quedado adherido sólo en las zonas más excitantes. Las espinillas adolescentes en su rostro no hacen sino intensificar mi deseo.

Nota que la estoy mirando fijamente y me devuelve la mirada… pero la aparta prontamente, cohibida, y me da la espalda. Los viajeros que van entrando me fuerzan a acercarme aún más a ella, y siento su trasero duro y respingón contra mi polla tiesa. Pero no me atrevo a tocarla con mis manos ni a hablarle. Me limito a seguir clavando la mirada en ella. No sé si ha notado mi polla erecta o si es mi mirada lo que siente en la nuca; lo cierto es que gira la cabeza y me mira con gesto casi amenazante. Quizás ha comprendido que ya no puede oponer resistencia (o no quiere oponer resistencia). Mi nabo se pone tan duro y enorme, y se me abulta la bragueta de tal modo que cuando una mujer, impulsada por otros viajeros, me empuja hacia un lado, aprovecho la ocasión para meter la mano dentro de mi pantalón y pegarme el cipote tieso contra el vientre, para que no sobresalga tanto.

Ahora la mujer está entre la niña de las botas y yo. Por suerte es delgada, y puedo ver algo en torno a su silueta. Mi niña de las botas ya estaba buscándome, y nuestras miradas se hincan la una en la otra. Intencionadamente, me aguanta la mirada más tiempo… Pero también esta vez se aparta de mis ojos de un estirón, como si nuestras miradas se hubieran entrelazado, y se gira de nuevo.

Un viajero me propina un empujón muy fuerte y me veo lanzado contra la mujer que está entre la niña de las botas y yo; poniendo un poco también de mi parte, consigo recuperar mi anterior posición. De nuevo mi niña de las botas se gira hacia mí, y de nuevo se sustrae bruscamente a mis ojos, como si estuviera probando cuánto puede aguantarme la mirada. Pero las pausas entre los alejamientos y las miradas se hacen cada vez más breves, mientras que sus miradas son cada vez más intensas, como si quisiera hacerme entender que quiere que la desnude con la mirada. A cada prenda que le quito con los ojos, su respiración se hace más rápida y sonora.

Ya llevamos por lo menos media hora en el tranvía, y ahora le bajo las bragas con la mirada: nuestros ojos están trabados como dos cuerpos follando… Se le desencaja el rostro… Los orgasmos la sacuden… y los ojos se le humedecen como si fueran su chocho…

Al llegar a su parada, se baja de un salto. Salto tras ella y le piso los talones. Mientras camina se gira bruscamente y acelera sus zancadas, hasta que por fin echa a correr y desaparece por el portal de una casa.

De momento paso de largo ante la casa, para no llamar la atención. Luego vuelvo sobre mis pasos y entro por el portal. A derecha e izquierda hay escaleras que conducen a los pisos. Ni rastro de la niña de las botas. Camino de aquí para allá por delante de la casa, cruzo a la acera de enfrente y veo descorrer la cortina de una ventana en el patio del edificio, desde la cual mi niña de las botas me observa alarmada pero curiosa, junto con otras niñas, también con botas y también uniformadas. Cuando nuestras miradas se encuentran, se cierra la cortina. Seguramente, pienso, la ventana pertenece a los locales de alguna empresa, pues en la fachada de la casa hay grandes letreros comerciales. Miro el reloj. Acaban de dar las tres. Pueden pasar horas hasta que mi niña de las botas salga del trabajo.

Anuschka se muestra muy desconfiada al ver que me saludaban las chicas del Kärntner Ring. Es comprensible que ahora tenga aún menos ganas de dejarme solo que antes. Ya está arreglado un piso en la Judengasse, que paga su marido, con el que ha llegado a alguna clase de acuerdo, y en el que pretende vivir conmigo todo el tiempo.

De momento sigo viviendo en el siniestro piso del Naschmarkt, pero me lo paso mejor —también de día— tumbado con las chicas entre los matorrales y en los prados y viajando con ellas al Ottakring.

O. W. Fischer, que ya se ha enterado de que estoy en Viena buscándome la vida, le escribe a Rott, el intendente del Burgtheater de Viena: «… consigue que no se comporte como Mozart con el arzobispo de Salzburgo y que actúe como Kainz y Mitterwurzer… Kinski es el único genio verdadero que hay entre nosotros. Es el

único príncipe por la gracia de Dios».

Esa palabrería no le cuesta ni un duro. ¡Más valdría que me hubiera dejado 100 marcos cuando se los pedí prestados!

Anuschka me da la noticia de que Rott está esperándome. Me ofrece un contrato por cinco años, cobrando el sueldo máximo. Habla como una cotorra, me concede la selección de las obras y me dice que está dispuesto a diseñar todo el programa del Burgtheater de acuerdo con mis deseos. La cosa me intranquiliza bastante ¡Cinco años!

La primera obra es el *Tasso*. La representación está prevista desde hace algún tiempo, y Rott me da carta blanca para interpretar el personaje de Tasso según mi propia concepción. Se limita a pedirme que me ponga en contacto con el director, Raoul Aslan, a fin de ponerle al corriente de mis ideas.

Aslan, que me invita a su casa, suelta una retahíla de chorradas tan impresionante que al principio ni siquiera me doy cuenta de que me está poniendo su pesada zarpa sobre los muslos. Luego se despide de mí con las palabras:

—Pues eso: imagínese a Tasso como Toni Sailer cuando baja disparado a cien kilómetros por hora por una pista de esquí.

¡En qué lío me he metido!

Rott pone a mi disposición la sala de ensayo situada en la buhardilla del Burgtheater, donde paso cuatro semanas sin que nadie me moleste. Los demás actores no se presentan nunca a ensayar, y pronto echo mano a las sillas, que les sustituyen perfectamente, y además se están calladas.

A Rott se le ha metido en cabeza presentarme al público como el sucesor de Josef Kainz. Por eso quiere que me ponga el traje original con el que Kainz representaba el Tasso, y que ahora está cubriendo un muñeco de alambre en el museo del teatro. Pero el traje no es en absoluto de mi talla —a pesar de que se supone que Kainz tenía más o menos las mismas hechuras que yo—, y además ha sido pasto de las polillas.

Mandan confeccionar una copia idéntica, de seda virgen, del traje original de Kainz, así como una daga con baño de oro. Una de las misiones de Rott consiste en despilfarrar las millonadas

subvenciones estatales que recibe anualmente el teatro. Para ello le basta con sus lamentables escenografías, pero en mi caso se empeña en tirar la casa por la ventana.

Su idea fija de que ha comprado conmigo un nuevo Kainz llega hasta tal punto que intercala entre los ensayos sesiones fotográficas en las que tengo que posar con el traje puesto. Los fotógrafos me ponen delante del monumento vienés a Kainz, del busto de Kainz que hay en el Burgtheater, del cuadro de Kainz que hay en la galería de los hombres ilustres, ¡y hasta de su tumba! Es como lo que hacen con la
Coca-Cola,
pienso, con la diferencia de que no cobro ni un duro por ello. Me asquea ver cómo se aprovechan de un muerto. Los gilipuertas del Burgtheater no empezaron a lamerle el culo a Josef Kainz hasta que ya tenía cáncer y le quedaba poco tiempo de vida.

Los otros actores, con los que, para bien o para mal, tengo que representar la obra, empiezan a comparecer vacilantemente para el ensayo general. La mayoría se dan muchos humos; como son «actores del Burgtheater», tienen miedo de que se les caigan los anillos. Me asombra enormemente ver que tengo que tratar con personas de carne y hueso, ahora que ya estaba acostumbrado a mis sillas.

Después del ensayo general, Aslan se echa las manos a la cabeza.

Su sueño de Toni Sailer se ha desvanecido para siempre.

El estreno se convierte en un gran triunfo para mí. El público no quiere irse a su casa, y desea que me quede en Viena para siempre.

Kortner me manda un telegrama a Viena. RUEGO ENCARNE PRÍNCIPE HEINZ EN STAATSTHEATER MUNICH.

Anuschka y yo volamos a Munich y alquilamos una villa en Nymphenburg. Cojo cada mañana el tranvía para ir a los ensayos. Por las noches, follamos y nos pegamos.

En plena calle, Anuschka se corta las venas de la muñeca con una hoja de afeitar. La vendo con mi pañuelo y la llevo a casa, donde echamos un polvo y luego nos pegamos otra vez.

Arne tiene que operarse de cáncer en Berlín. Pido que me paguen por adelantado el sueldo del mes, y se lo envío. Kortner lo sabe, y me da dinero a menudo. Tiene que hacerlo en secreto para que no se entere la tacaña de su mujer.

El día del estreno, se emite una orden de arresto contra mí. El coche patrulla ya está en camino para detenerme. El motivo es, nuevamente, no sé qué multa que he olvidado pagar. Como ya me he desprendido de mi sueldo, y se trata de una suma de varios miles de marcos, Kortner telefonea, primero, al ministerio de Justicia para que suspenda mi detención, y luego al ministro de Finanzas, por el asunto de la suma a pagar. Rudolf Amesmeier interviene, aportando una idea genial: todo gobierno, todo *land* de la República Federal y todo municipio dispone de lo que se denomina un «fondo de reptiles». Se trata de una reserva de dinero a la que sólo se puede recurrir en casos extraordinarios e imprevistos. El mío es uno de esos casos, pues, al menos en lo que respecta al Staatstheater, no se tiene constancia de que jamás se haya arrestado al actor principal justo el día del estreno. Si la representación tuviera que suspenderse, el perjuicio que eso significaría para el *land* de Baviera sería mucho mayor que si se pagase la multa con dinero procedente del fondo de reptiles. Amesmeier consigue lo que se ha propuesto. El fondo de reptiles se hace cargo de mi deuda. El Estado pagará al Estado con dinero del Estado.

Anuschka y yo estamos de vuelta en Viena. El piso de la Judengasse ya está listo, y nos instalamos en la romántica buhardilla a recuperarnos de todas nuestras fatigas, mayores en el caso de Anuschka que en el mío.

Tengo que desplazarme a Berlín para una película. Al llegar a la frontera austríaca, me detienen. Resulta que vuelvo a aparecer en la lista de búsqueda y captura. ¿Qué demonios habré hecho mal ahora? Como de costumbre, un juzgado se empeña en que pague 4000 marcos si no quiero que me encarcelen.

El guardia de fronteras, un auténtico porquerizo, me saca del tren y me mete a empujones en una celda en la Estación Central de Salzburgo. Me pongo a patear la puerta de la celda hasta que me dejan telefonear a Viena, eso sí, bajo vigilancia. Como Anuschka no

tiene dinero, llamo a Erika, que está rodando una película en Viena. Si la encuentro, me mandará el dinero. La saco de la cama a las cuatro de la mañana. Se viste, se planta en la oficina de telégrafos y me manda por giro telegráfico los 4000 marcos. Media hora después, el dinero llega a la policía de fronteras de Salzburgo. NO TE DEJES AMILANAR, me añade Erika en otro telegrama. Lo beso.

«Ahora tiene delirios de grandeza. ¡Pretende llenar el Palacio de los Deportes de Berlín!», escribe no sé qué gjlipollas en un periódico.

¡Y lo lleno! Cinco mil berlineses me aclaman entusiasmados después de oírme recitar *Manos de madre* de Tucholsky.

Hace tiempo que he comprendido que no puedo escoger siempre las películas que me apetece hacer, sobre todo porque siempre necesito dinero. Además, tampoco vale la pena escoger. Lo mismo da uno que otro, en conjunto no valen nada. Qué otro remedio me queda que sacar el mayor provecho posible de toda esa basura.

Durante los rodajes que vienen a continuación, Anuschka todavía está siempre conmigo, pero luego vuelve a imponerse mi tendencia al puterío. De las figurantes a las que me follo en los vestuarios y los lavabos de los estudios, a las protagonistas, a las que me tiro mientras Anuschka me espera al otro lado de la pared, en nuestra habitación de hotel, pasando por las camareras, con las que jodo en mi cama y en la de Anuschka. Anuschka regresa a Viena. Acabada la película, vuelvo a su lado. Pero no me instalo en la Judengasse, sino en un hotel. Poco antes de marcharme de nuevo, me llama por teléfono una fotógrafa que quiere hacerme unas fotos.

Por la noche, cuando llega la fotógrafa, llevo ya puesto el albornoz, por si acaso; siempre estoy a tiempo de echarla si quiero. No lo hago, sino que le digo que sólo estoy dispuesto a dejarme fotografiar desnudo, y que también ella tiene que quitarse el vestido. Se lleva una buena sorpresa, pero, entre protestas, se levanta el vestido para quitárselo por la cabeza. El vestido se le queda atascado en la cabeza y los brazos, porque se le ha

enganchado la cremallera en el pelo, pero no salgo en su ayuda, sino que aprovecho la ocasión para estudiar su robusto cuerpo de cintura para abajo. Le bajo lentamente las bragas y la conduzco hasta la cama como si jugásemos a la gallina ciega. Sólo veo su gran culo y su chocho abierto, mientras ella grita y jadea, falta de aire para respirar, como si le hubiesen tapado la cabeza con un saco.

En Berlín alquilo un piso vacío de seis habitaciones, en la Uhlandstrasse. Yorka me ayuda a pintar las paredes de blanco. Conseguir los muebles no es ningún problema: unas cuantas camas metálicas, colchones, una mesa, una silla y unos pocos trastos de cocina.

En cuanto se enteran de que vuelvo a tener un piso, los agentes judiciales se convierten en una plaga de langostas. A uno de ellos le tiro mi única silla escaleras abajo.

Yorka tenía razón al aconsejarme que la comprase. Es resistente, y puedo seguir utilizándola.

Mientras Yolande no vive conmigo, mi piso se convierte en un auténtico burdel. Todos los individuos a los que he conocido alguna vez me sacan de la cama por la noche para venir a follar en mi casa. Siempre traen chicas. Como no enciendo la luz, no les veo las caras. En plena oscuridad, intercambiamos nuestras parejas, y nadie sabe quién está follando con quién.

En un bar situado en una bocacalle del Ku'damm, me dedico a beber ese nefasto aguardiente de ciruelas única y exclusivamente a causa de la camarera, que siempre saca enseguida la botella llena, porque el bar es de su padre. Te estás liando con hijas de taberneros, me digo; anda con cuidado, chaval, no vayas a acabar alcohólico perdido. Una cosa está clara: si no consigo de una vez llevarme ese encantador cochinillo a mi burdel, acabaré convertido en un borracho.

Domingo por la mañana. Ha llegado el momento. Me presento en el bar a las diez de la mañana. Sé que el local nunca se llena antes de la una. Ella me ha dicho que compre preservativos. Le

enseño el estuche por debajo de la mesa. Ahora ya no tiene más objeciones que hacer, y se toma la mañana libre hasta la una. Su padre no puede oponerse, porque la hace trabajar hasta medianoche.

—Ponte dos condones, uno encima del otro —me dice, mientras se masturba, tumbada desnuda en la cama. Aún estoy intentando ponerme el primero. Odio esos trastos, porque con ellos no consigo sentir nada.

—Con uno basta —le digo.

—¡Ponte dos! ¿Qué pasa si se rompe uno? Si me dejas preñada, mi padre me mata.

—Vale, vale, también me puedo poner tres, si eso te tranquiliza.

—No, tres no, tres es una tontería —dice—, ponte dos. ¡Va, venga, que no aguanto más!

Me siento como si llevara la polla tiesa envuelta en un guante de invierno. Pero la tengo tan dura, y me pone tan cachondo follarme a esa putita menor de edad, que, cuando ella grita «¡Más adentro!», me corro enseguida, como un grifo abierto.

Hasta la una echamos dos polvos. He comprado un estuche de cinco preservativos, y no hay manera de convencerla de que, con la calidad de hoy en día, con un condón basta y sobra.

En cualquier caso, estoy hasta las narices de esa «protección masculina». Por ejemplo, la acomodadora del cine Gloriapalast, que durante la película se arrodilla en el suelo junto a mí y me da recuerdos de su amiga, a la que no conozco, sólo tiene noticia de la existencia de los preservativos porque ha oído hablar de ellos.

Por desgracia, Yorka vuelve del mercado cargada con cestos de la compra justo en el momento en que la mencionada acomodadora y yo estamos de pie en medio de la habitación, entrelazados y con los pantalones bajados. Hasta ahora le había venido evitando a Yorka al menos la visión de lo que hacía a sus espaldas. Deja caer los cestos de la compra llenos; las naranjas, las manzanas, las zanahorias y las patatas ruedan hasta nuestros pies. La viscosa yema de los huevos rotos salpica, para mayor escarnio, las tablas del parqué y los zapatos de Yorka. Ella deja caer los cestos y sale corriendo del piso.

Por unos instantes, la acomodadora y yo nos quedamos petrificados donde estábamos… Pero luego, ella empieza de nuevo

a mover rítmicamente la pelvis, y no puedo evitar recibir sus empujones y replicar a mi vez con empujones cada vez más más fuertes.

¡Quiero tirármela, tirármela! Pero no quiero correrme dentro de la acomodadora. Prefiero guardar mi semen, irme a casa de Yorka, pedirle perdón y eyacular en ella.

Cuando llamo al timbre del piso de Yorka, me abre la puerta su madre. Yorka se ha tomado un tranquilizante y está durmiendo. Me quito los pantalones y eyaculo dentro de ella todo el semen que con tanto esfuerzo me he guardado mientras me follaba a la acomodadora.

Yorka está embarazada de mí. Sabe que no puedo quedarme con ella, y tiene miedo de encontrarse sola con dos criaturas. No puedo evitar que aborte.

Uno de los muchachos que vienen de vez en cuando a follar a mi casa se llama Ingo. Toca la guitarra como un gitano. Ensayamos las baladas y canciones de Brecht, con las que quiero presentarme en la Stadthalle de Viena. Como Brecht se ha muerto, le pido a su viuda, Helene WeigeL, los textos de marras, que no se encuentran en ninguna parte, y sobre todo las partituras. La Weigel se pone envidiosa y celosa, y mete la nariz en todo lo que no le importa.

—Yo misma le diseñaré el programa —me dice, como si su marido le hubiera encargado eso como último deseo antes de morir.

—Gracias, Frau Weigel —respondo—, pero mi programa me lo diseño yo mismo.

Sé que la vieja nunca me lo perdonará.

Consigo los textos y las partituras gracias a Ernst Busch.

En Viena, Ingo y yo nos instalamos en el piso de la fotógrafa de la cremallera atascada Tiene una tienda de fotografía y un laboratorio propio, que la mantienen alejada de su casa durante el día. Por las noches, Ingo, que se aloja en la habitación contigua, se ve obligado a oír cómo follamos la fotógrafa y yo. Ahora siempre pasa del cuarto de baño a la cama directamente en pelotas, para que no le vuelva a pasar lo de la cremallera. En el episodio del hotel, el vestido ahogó sus rugidos, o por lo menos los amortiguó. Pero ahora, los berridos de esa divorciada —que no ha vuelto ha follar desde que se divorció, hace varios años— atraviesan las paredes, y por las noches Ingo no pega ojo. No se lo toma a pecho, y

se dedica a tocar la guitarra.

Cuando la fotógrafa gimotea «¿Me quieres…? ¿No me quieres ni siquiera un poquito?», y yo contesto «No», Ingo toca *pianissimo*… pero cuando ella, en pleno orgasmo, berrea «¡Sí! ¡Destrózame!», Ingo rasguea las cuerdas con todas sus fuerzas…, hasta que la fotógrafa vuelve a empezar por el principio y me suplica: «Dime que me quieres aunque sólo sea un poquito, un poquito de nada…».

No quedan entradas para las funciones de la Stadthalle. Nuestro público lo forman adolescentes, curas, monjas, escolares, policías, obreros, ricos, mendigos, militares, prostitutas. Todo el mundo.

Grabamos tres discos en directo. Pero no se permite su venta. La viuda de Bertolt Brecht se niega a ceder los derechos de los textos, a pesar de que ya están listas varias decenas de miles de discos. A mí me da lo mismo.

Antes de volver a Berlín con Ingo, voy a visitar a Anuschka, que por supuesto ha ido a la Stadthalle. Lleva a su hija al piso y la desnuda delante de mí, para que yo vea su cuerpo arrebatador.

—Si te quedas conmigo, algún día ella será para ti. Yo te miraré mientras te la follas.

Pero de momento esa promesa no me sirve para nada, así que le bajo los pantalones a Anuschka.

Ya en Berlín, me paro delante de una tienda de guantes del Ku'damm, junto a Rollhagen. No quiero comprarme unos guantes. Al salir de la charcutería, me he parado a comerme el salami en la calle, delante de la tienda de guantes, y en eso he visto, a través del escaparate, una gata rubia. La he visto ponerle un guante a un cliente masculino que mantenía la mano extendida. Me limpio en los vaqueros la mano, que huele a salami, y entro en la tienda de guantes.

Mientras la gata atiende a un cliente, tengo tiempo para observarla más atentamente. Debe de tener unos diecisiete años. Sus gestos están llenos de gracia y decoro, pero esa gatita no puede ocultarme que en la cama se convierte en un animal salvaje. Su falda, estrecha, gastada y un poco demasiado corta, y su jersey hecho a mano, ajustado y de aire infantil, que se le ha quedado

pequeño hace tiempo, me hablan de las pequeñas tetitas que, a cada uno de sus alegres movimientos, tiemblan muy levemente, como si supieran que tienen que guardar la compostura… y de las formas de su pequeño vientre de colegiala, que, de perfil, dibuja una S con el desvergonzado culito de esa niña-mujer. Los ojos son gris-verdosos, como los de muchos gatos. Los labios rosados, sanguíneos, son abultados, y los tiene levemente abiertos, como los de un niño de pecho sediento. Me imagino su coñito muy parecido.

Al verme, enrojece hasta adquirir el mismo color rosado de sus labios. Su mirada me llega hasta los huevos.

Acaba de despachar al cliente y se dirige ahora a mí.

—¿Qué clase de guantes desea, señor?

—Lo más estrechos posible, no me importa el color.

Debería haberlo formulado de otra manera, pero ya es demasiado tarde. Se queda desorientada por unos instantes, y me sabe mal haberla confundido. Como si entendiera que en realidad no quiero unos guantes, baja la vista y sonríe.

Estiro la mano y ella me pone un guante estrecho, mientras apoyo el codo en el mostrador y separo bien los dedos.

Primero me mete el guante entero en la mano. Luego estira el cuero a lo largo de los dedos. De las puntas hacia abajo, como si me diera un masaje, dedo por dedo.

Percibo sus dedos calientes a través del tenue cuero, como si no llevara puesto un guante. Me parece sentir su piel directamente sobre la mía. Mientras tanto, la miro sin interrupción. Ella no me devuelve la mirada, pero parece tener la misma sensación, y sin duda es la primera vez que le masajea de verdad los dedos a un cliente. Quién sabe lo que está pensando. En cualquier caso, lo que yo pienso es que mis cinco dedos son cinco pollas que ella está masajeando, una tras otra. No puedo quedarme ahí eternamente, con cinco pollas tiesas en la mano.

—¿Quiere venirse conmigo? ¿Vivir conmigo? ¿Quedarse conmigo? ¿Y dejar de una vez de poner guantes a la gente?

Sigue sin mirarme, y tampoco deja de masajearme los dedos.

—¿Cuándo? —me pregunta, con voz casi inaudible.

—Ahora mismo.

Se corre la cortina que da a la trastienda y aparece su jefa, que tiene aspecto de sapo.

—¿El señor está satisfecho? —me pregunta, fisgona como una alcahueta.

—Con su dependienta, sí. Me la llevo ahora mismo. Páguele el finiquito.

El sapo se queda sin habla. Antes de que pueda recuperarse, Biggi y yo ya estamos fuera de la tienda.

El sapo no le paga el sueldo del mes porque Biggi no se ha despedido conforme a la ley. Pero Biggi no necesita ese sueldo de hambre. He firmado una serie de contratos para giras, y Biggi tendrá todo lo que desee.

A la madre de Biggi, que se preocupará al ver que su hija no viene a pasar la noche, le mandamos un telegrama:

ESTOY CON MI FUTURO MARIDO. STOP. NO TE PREOCUPES POR MÍ.

BIGGI

A la primera ocasión que la suelto de mis brazos, Biggi se pone a buscar un piso para los dos. Hasta ahora no nos sobra el dinero, pero Biggi ha vivido siempre al lado de su madre con ciertas estrecheces económicas, y se muestra agradecida por una simple flor comprada en el mercado. Todo lo que toca se vuelve bello, y pronto, con unos pocos muebles y objetos más, convierte el pelado piso de seis habitaciones pintado de blanco en un romántico nido de amor.

Luego le compro a Biggi las ropas más importantes. Cualquier trapo que elige y se prueba le sienta como hecho a medida. Nunca quiere lo más caro, y siempre pregunta por el precio.

Ahora empieza la locura de los bolos. Una locura sin fin. Primero Berlín, otra vez el palacio de los deportes. Luego Munich. Frankfurt. Hamburgo. Luego todas las demás ciudades. Cien veces. Mil veces.

Biggi siempre viene conmigo. Nunca se cansa de ocuparse de todas las cosas molestas para las que me falta la paciencia, porque las representaciones absorben todas mis energías. Cada noche la veo sentada entre el público. Durante las pausas viene a verme al camerino y me seca el sudor de la cara y el cuerpo. Soporta todos mis excesos y me ayuda, con su amor inextinguible, a sobrevivir a la despiadada esclavitud a la que me someto.

Viajamos en coche, me he comprado un Jaguar. En tren. En

avión. Apenas dormimos, la mayoría de las veces seguimos viaje la misma noche. Durante la primera gira, actúo ciento veinte veces seguidas, y en un fin de semana doy cinco representaciones. Siempre se agotan las localidades. Y cada vez quiero más dinero, para poder despilfarrar cada vez más.

Al principio cobro 500 marcos por función. Luego 600, 1000, 10 000, 20 000 marcos por función. Nos alojamos en los hoteles de lujo más caros, alquilamos apartamentos principescos y vivimos como reyes.

Biggi puede permitirse cualquier capricho, estoy dispuesto a comprarle lo que sea. Pero ella no cambia. Sigue siendo tan modesta y fácil de contentar como siempre, y le hace más ilusión que le regale una simple rosa que recibir un anillo de los más caros.

—¿Cuántos días tiene el año? —le pregunto a mi agente.

—Trescientos sesenta y cinco, ¿por qué?

—Prográmeme trescientas sesenta y cinco funciones al año.

Rechaza hacerse corresponsable de mi suicidio, según sus propias palabras.

Ahora Biggi está embarazada de nueve meses y continúa acompañándome. Aunque el aguanieve que nos azota convierte la autopista en un peligroso pantano, la aguja del velocímetro del Jaguar raramente baja de los doscientos. Si queremos llegar a tiempo a la función de noche, no puedo levantar el pie del acelerador. Nos pasamos a toda pastilla las señales de peligro y de stop, y sólo paramos para repostar.

Poco antes de Kiel, un Volkswagen se pasa al carril de la izquierda sin señalizar con el intermitente, a pesar de que llevo los faros encendidos. Intento reducir la velocidad. Empezamos a patinar, y el Jaguar sale despedido hacia la izquierda, colisionando contra las vallas de acero que dividen en dos la autopista.

¡Seguir! ¡Seguir!

Cuando llegamos a Kiel, los espectadores ya están sentados en sus butacas, esperando que se abra el telón. Salgo al escenario corriendo, tal como estoy. Después de la función, seguimos viaje.

De camino a Hamburgo, donde a la mañana siguiente tengo que grabar unos discos para Deutsche Grammophon, el Jaguar, al

adelantar a un camión, empieza a dar bandazos sobre el hielo, a pesar de la velocidad reducida. Consigo dominarlo. Pero vamos a parar tan cerca del remolque del camión que tengo que dar un volantazo a la izquierda, y como consecuencia patinamos hasta la calzada contraria. Otro coche viene hacia nosotros desde unos ciento cincuenta metros. Todavía me da tiempo a devolver el Jaguar a la calzada de la derecha, pero un tercer vehículo que yo no había visto entra a gran velocidad, procedente de una carretera de acceso, en la calzada contraria para mí, y se acerca rápidamente. Intento, con precaución, desplazar el Jaguar hasta mi calzada, pero no lo consigo. El coche que acaba de entrar por el acceso se lanza hacia nosotros. No me queda otro remedio que girar bruscamente hacia la derecha. Ya he conseguido parar el impulso, cuando de repente el Jaguar da un nuevo bandazo con el eje trasero. Gira dos veces sobre sí mismo. Ya es imposible controlarlo: saltamos por un terraplén y volcamos. El Jaguar queda patas arriba.

Los respaldos de nuestros asientos están destrozados, pero nosotros todavía llevamos los cinturones puestos. Cuando vuelvo en mí, oigo gimotear a Biggi. Las puertas están atascadas. Consigo romper una ventanilla. Me arrastro hasta el exterior y, antes de que explote el coche, saco a Biggi de aquel montón de chatarra.

No puede pisar con una pierna. Además ha sufrido un choque, y balbucea cosas absurdas. Intento tranquilizarla, y la tomo entre mis brazos sangrantes. El maletero se ha abierto debido a la colisión, y una parte de nuestras maletas ha salido catapultada. Nuestros abrigos han quedado inservibles. Aprieto fuertemente a Biggi contra mi cuerpo, para protegerla del frío cortante.

Entretanto, se han parado otros coches, y sus ocupantes se apresuran a ayudarnos. Algo más tarde, los bomberos y la policía llegan al lugar del accidente.

Aparte de unas cuantas heridas en los brazos, sólo tengo un chichón del tamaño de un puño en la frente. Biggi ya se ha recobrado, y puede caminar de nuevo. No le ha pasado nada.

El bebé patalea impaciente dentro de su vientre.

Una vez resueltas las formalidades, un coche patrulla nos lleva hasta la población más cercana, y tomamos un taxi para proseguir nuestro viaje a Hamburgo.

En Hamburgo grabo cinco discos mientras Biggi duerme por fin

todo lo que necesita. Luego compro ropa de bebé, un par de zapatitos de piel color celeste, con adornos de encaje blanco, y empujo hasta la cama de Biggi un gigantesco oso con ruedas a cuyos lomos cabalgará nuestro bebé. Esa misma tarde volamos a Berlín; Biggi está ya con las primeras contracciones. La llevo a la clínica. Esa misma noche, da a luz una niña. La llamo Nastassia. Nastassia es un personaje de *El idiota* de Dostoyevski, la chica que ama al príncipe Mishkin hasta la locura.

La primera noche la paso en la clínica, y duermo con Biggi, en su habitación. Luego me voy a la Uhlandstrasse, después de comprar montañas de flores, y convierto nuestro nido de amor en un mar de flores. Al principio, Nastassia dormirá en su cochecito. Lo he hecho traer de Inglaterra. Es un cochecito con grandes ruedas, que parece un cabriolé, de color gris perla y con capota blanca, como nuestro Jaguar, en el que Nasstia ha viajado catorce mil kilómetros a toda velocidad por las autopistas.

Por más que me duela dejar solas a Nasstia y a Biggi, tengo que marcharme. Tengo que cumplir los contratos de mi gira.

Pasados otros cuatro meses y medio, interrumpo la gira. De lo contrario, dejaré la piel en ella. Pero la razón más importante es que no puedo estar tanto tiempo sin Biggi y Nasstia.

Alquilamos una villa al borde del parque de Grünewald. Siete habitaciones, tres cuartos de baño, un lavabo para los invitados, un garaje y un gran jardín con un rincón para que juegue Nasstia. La villa es un pabellón rococó, con *putti* en el tejado y una escalinata curvada que conduce al jardín, en el que florecen las mimosas, los rododendros, las lilas y las rosas.

Vacío para Nasstia media juguetería. A Biggi le compro vestidos, abrigos de piel, joyas y los perfumes más caros. Me hago confeccionar trajes a medida, camisas de seda, guantes, zapatos e incluso calzoncillos de seda a medida. Encargo juegos de cama de batista con volantes y encajes, así como almohadas y edredones rellenos con la más fina pluma de ganso.

Biggi y yo jugamos a tenis, y compro un caballo para nosotros dos.

La mesa del comedor está tan llena que parece que va a combarse; parece lista para un banquete en un palacio fabuloso de las mil y una noches. Sólo para ponerla y quitarla necesitamos

horas: flores, montañas de fruta, los vinos más diversos, licores en botellas de colores de cristal tallado, asados enteros, ocas en todas las estaciones del año, caza, mazapán, bombones.

Comemos en vajillas de la más selecta porcelana de Meissen y con cubiertos de oro, y bebemos en vasos de colores de cristal tallado.

El sueño del pilluelo callejero se ha hecho realidad. Pero ya no tengo ganas de esas cosas. Ya hace tiempo que he dejado de anhelarlas. Sé, además, que esa idílica felicidad no puede ser duradera. No puedo oponerme a mi naturaleza. Aunque me pongo enfermo de celos injustificados, acabo volviendo a las andadas, después de tanto tiempo sin engañar a Biggi ni una sola vez.

Empiezo por una aprendiza de la tienda en la que hemos comprado ropita para Nasstia. Después de cerrar la tienda, la chica viene a casa a traer el gran paquete. Biggi está en la habitación de Nasstia, amamantándola. Salgo a abrir la puerta. La aprendiza se ha puesto especialmente guapa: lleva un vestido a la moda, muy corto, y se ha pintado los labios con un lápiz de un rojo agresivo, fuerte y pegajoso. No puede tener más de dieciséis años. Me hago cargo del paquete y le pido a la chica que espere en el vestíbulo mientras busco un billete para dárselo de propina.

Cuando vuelvo al vestíbulo, en el que hay una puerta que conduce directamente al lavabo de los invitados, la chica me mira como si esperara algo diferente del billete que le tiendo, y al cual no presta la menor atención.

Como en trance, agarro a la chica del coño, la meto en el lavabo y cierro la puerta a nuestras espaldas.

El episodio ha durado como mucho un cuarto de hora. Luego le llevo a Biggi el paquete, y nos pasamos toda la tarde probándole a Nasstia los vestiditos.

Si Biggi se dedicara a espiarme, o tuviera la más mínima sospecha de que la engaño, mis remordimientos serían menores. Pero Biggi confia en mí hasta tal punto que nunca me pregunta adonde voy, ni por qué a menudo no llego a casa hasta la mañana. Le digo «Tengo que irme», y con eso le basta. Ni yo mismo puedo explicarme por qué a partir de entonces la engaño con más chicas. Y es que Biggi sigue poniéndome tan cachondo como el primer día. Es más, me pone cada vez más cachondo. Y también ella se muestra

más ávida cuanto más frecuente y desvergonzadamente la jodo.

Recibo una carta con un gran escudo nobiliario. Una condesa inglesa me pregunta si estoy dispuesto a recitar para ella sola, en su castillo de Inglaterra, los monólogos de Hamlet.

Sueldo: 10 000 marcos por monólogo. Va a venir a Berlín para que le dé mi respuesta personalmente.

Me telefonea una semana después. Quedamos en encontrarnos en el Tiergarten. Nunca se sabe. Paseamos un buen rato, mientras ella parlotea sobre Hamlet. No es guapa, ni la encuentro especialmente atractiva. En caso de necesidad, puedo, como mucho, follármela directamente en el Tiergarten, con lo que me ahorraría desplazarme a Inglaterra, donde sirven la cerveza caliente como orines y sin espuma. Su manía hamletiana empieza a tocarme las narices. Empieza a lloviznar. Le digo que podemos resguardarnos de la lluvia entre los arbustos, y nos metemos por la espesura. Encontramos un lugar donde no pueden vernos desde ningún lado. Cuando ya la he desnudado por completo y la he tumbado en el suelo, dice que le da reparo, porque tiene el período…

Cuando ya hace rato que ha oscurecido, le digo que tengo que irme. Se queda echada entre los arbustos.

Para orientarme, utilizo como punto de referencia la columna de la Victoria, y camino un rato bajo la lluvia, para desprenderme de su olor, que se me ha quedado pegado. Veo en un reloj callejero que ya son las doce de la noche. Paro un taxi.

En la villa todo duerme. Al ir a desnudarme en el vestidor, descubro que tengo la bragueta manchada de sangre. Me desplazo sigilosamente hasta la cocina y pongo la zona de la bragueta debajo del grifo de agua fría para lavar la sangre. Luego cuelgo los pantalones con la parte mojada encima del radiador, me deslizo hasta la cama, donde está Biggi, y vuelvo a eyacular de manera especialmente intensa, mientras Biggi, dormida, me abraza y se abre de piernas.

Dos semanas después, me telefonean de Scotland Yard, para preguntarme si sé dónde se ha metido la condesa, ya que no ha regresado a Inglaterra, y sólo ha dejado mi dirección a su familia Les digo que no conozco en absoluto a la condesa. Que es cierto que tenía previsto venir a visitarme, pero no ha dado señales de vida. Así que la condesa ha desaparecido. No me extrañaría que la cosa

acabase mal.

Biggi cree que vuelve a estar embarazada. Pierde el feto sentada en la taza del retrete. Ha puesto la mano debajo, y me trae, nerviosa, algo envuelto en un Kleenex: es como una minúscula rana; los brazos, las piernas, las manos y los pies están ya casi formados. La cabeza sólo se reconoce por la forma, ya que la cara aún carece de rasgos. Sólo se ven dos puntos oscuros, del tamaño de cabezas de alfiler, en el lugar donde deberían estar los ojos.

Biggi pasa unos cuantos días muy abatida y desmoralizada. Luego se recupera, e intento distraerla para que deje de pensar en esa terrible experiencia.

Me proponen representar *Espectros* con Anna Magnani. Pero la Magnani y yo estamos comprometidos para tantas películas que no podemos ponemos de acuerdo en la fecha.

Películas, películas, una detrás de otra. Ya ni siquiera leo los guiones.

Se rueda *Der Rote Rausch* en Viena, o, más exactamente, a unos setenta kilómetros, junto a la frontera húngara. Vivimos en Viena. Anuschka pone a nuestra disposición su piso de la Judengasse. Les coge cariño a Biggi y Nastassia, de las que le he hablado en mis cartas, y de las que le he enviado fotos.

Ahora Nasstia tiene ya casi un año, y se pone de pie en su cunita. Camina cogida de mi mano por primera vez, por los jardines cercanos al Kärntner Ring.

La mayor parte del tiempo la paso en el lugar del rodaje, y a veces también paso la noche en el pequeño pueblo fronterizo, cuando las carreteras están bloqueadas por la nieve y la noche me coge demasiado cansado para ir a Viena.

Pero hay otro motivo mucho más importante por el que me cuesta cada vez más alejarme de ese villorrio, famoso por sus nidos de cigüeñas, por las chimeneas de sus casas y por su vino, que emborracha a todo el mundo. El motivo es Sonja. Tenemos que tomar un tónico para la circulación, porque entre escenas nos sentimos como dos paralíticos, sentados en nuestras sillas, sin

fuerzas siquiera para comer. Y es que, aparte de trabajar en el rodaje, no hacemos otra cosa que joder.

Durante el rodaje, esa caterva está a punto de abrasarme vivo. Tengo que meterme entre unas cañas, en las que, según el guión, voy a quemarme. Les pegan fuego a las cañas con ochenta litros de gasolina. El viento cambia de dirección, y las llamas se juntan por delante y detrás de mí. Rompo a patadas el hielo que cubre el agua fangosa y mansa, me meto en el agua, para empaparme la ropa y el pelo, y me lanzo de cabeza, como un toro, contra las llamas. Me caigo varias veces, cortándome las venas de los antebrazos con los brotes de las cañas, que están afilados como navajas. Me brota la sangre de las venas abiertas.

—Fabuloso —muge una especie de negrero de la productora. Esa miserable banda de asesinos ni siquiera tiene a mano un rollo de esparadrapo, y tengo que hacer jirones mi camisa para vendarme los brazos con ella.

Y más o menos así transcurre cada día que pasamos en ese lugar, el cañaveral más grande de Europa, en el que sólo podemos avanzar con vehículos de tracción por oruga, ya que de • otro modo, en algunos tramos nos hundiríamos sin remisión en el fango.

Pero ni esos trabajos forzados ni mis brazos vendados me impiden correrme con mis últimas energías en el agujero de Sonja.

Sonja tiene que ir a un dentista de Viena, para que le saque una muela. Para no tener que separarnos ni siquiera un solo día, me arranco un incisivo de un martillazo. Ahora yo también tengo que ir al dentista, pues no puedo rodar con ese agujero en la dentadura, y Sonja y yo nos vamos a Viena en el coche de ella.

Necesitamos un día entero para hacer los setenta kilómetros, pues a cada camino secundario nos paramos para echar un polvo. Una vez en Viena, no paso por la Judengasse; Sonja y yo nos instalamos en un hotel.

Al salir del dentista, telefoneamos a la productora y les decimos que tengo que esperar tres días para arreglarme el diente —lo cual, casualmente, es verdad—, y que Sonja tiene que someterse a un tratamiento de tres días, porque al sacarle la muela le han dejado un agujero de aúpa.

Durante el viaje de vuelta al pueblucho fronterizo, interrumpimos la marcha cada dos por tres. Sólo continuamos viajando cuando ya no podemos joder más.

Cuando oscurece, no perdemos tiempo buscando, y nos limitamos a parar el coche en un campo helado. Echamos el seguro de las puertas desde dentro y nos desnudamos… Estamos entrelazados, cubiertos de sudor; en eso, Sonja, al patalear en el orgasmo, le da con el pie a la bocina. La luz de una linterna penetra en el coche a través de los vidrios empañados por el calor de nuestros cuerpos. Desnudo como estoy, me siento al volante y arranco tan bruscamente que el policía rural tiene que apartarse de un salto.

Sonja y yo tenemos una semana libre. Pero durante esa semana no puedo joder con ella, porque su marido, el jefe de la Orquesta de la Radio de Berlín, ha venido de visita, y quiere follar con su mujer.

Biggi se ha ido a las montañas, cerca del lago Mondsee, con Nasstía, Anuschka y la hija de ésta. Biggi me telefonea para pedirme que me una a ellas. Las llaves del piso de la Judengasse las tiene el portero. Como Sonja no puede dejar solo a su marido ni en sueños, me cito para el día siguiente a las diez de la mañana, en la Judengasse, con Bärbel, otro chocho que participa en el rodaje, y a la cual no he podido follarme hasta ahora a causa de Sonja. En cualquier caso, tengo que pasar por Viena.

Mientras espero a Bärbel en la Judengasse, meto en mi maleta unos cuantos trastos para las vacaciones en la montaña. Mi tren sale a las tres y diez de la tarde.

A las diez en punto, Bärbel está delante de la puerta del piso. Aún no he cerrado la puerta a nuestras espaldas, cuando ella deja caer, en el pasillo, su abrigo y su bolso, y empieza a desnudarse. Mientras se baja las bragas, entra en el dormitorio brincando como una liebre. Sabe que sólo tenemos cuatro horas para ordeñarnos.

Bärbel es una de esas hembras devorapollas que se la ponen a uno tiesa como un palo con sólo verlas, aunque estén abrigadas hasta las cejas y no se puedan ni adivinar las formas de su cuerpo. Está bien alimentada, y es fuerte como un hombretón. Además, las últimas semanas ha estado a punto de reventar de calentura.

Las dos y veinticinco. Estoy hecho picadillo. No nos queda tiempo para lavarnos. El viento de la marcha, durante el viaje en tren, y el frío aire niveo del Mondsee, me quitarán de la piel y el pelo el fuerte olor de Bärbel.

Cuando llego a la casa de campo en la que viven todas juntas, Nasstía echa a correr velozmente a mi encuentro. La levanto por encima de mi cabeza y le doy vueltas hasta que, de la risa, ya no puede respirar, el suelo gira bajo nuestros pies y nos tambaleamos hasta desplomarnos. Luego aparece Biggi, con Anuschka y su hija. Esta última me abraza tan férreamente que tengo que soltarme por la fuerza, porque Biggi empieza a mosquearse. Me besa sin parar en la boca con los labios abiertos y húmedos, y parlotea como una muñeca crecidita, pero caliente a más no poder:

—Te quiero… te quiero… te quiero… te quiero…

A mí me parece bien, pero a Biggi no. Anuschka sonríe maliciosa.

En Berlín continúo con Sonja. Rodamos juntos varias películas seguidas. Cuando rodamos en Spandau, en los estudios C. C. C., nos vamos al Havel durante la pausa de mediodía. Cuando tenemos el tiempo justo, le bajo las bragas sólo hasta debajo de las nalgas, ella se inclina un poco hacia adelante y se abraza a un árbol, para tener un punto de apoyo sólido y poder así replicar con el culo a mis empujones. Cuando tenemos más tiempo, porque no empezamos a trabajar justo después de la pausa de mediodía, nos metemos más adentro por entre los arbustos y nos desnudamos.

Cuando rodamos en Tempelhof, volvemos a casa por la noche a través del Grünewald. La mayoría de las veces follamos en el coche.

La próxima película con Sonja es en Hamburgo. Nos vamos en su coche, y ella llama al timbre de nuestTa villa al pasar a recogerme.

Biggi y yo acabamos de pegarnos. Es la primera vez que nos hemos lanzado el uno contra el otro con tanta rabia.

Desde que he conocido a Sonja, ha surgido entre Biggi y yo una gran tensión, que ha ido haciéndose más intensa cada día, y que ahora se descarga en insultos e incluso golpes. No creo que Biggi

esté al corriente de mi relación con Sonja, o por lo menos carece de datos exactos. Pero está a menudo triste y ausente, lo cual no encaja en absoluto con su modo de ser.

Sonja no entra en la casa; lleva media hora esperando en el coche. Biggi tiene los ojos devastados por las lágrimas, y echa de nuevo a llorar una y otra vez. Me siento desesperado y desconcertado, mientras la mujer con la que la engaño, y de la que no puedo deshacerme, me espera en su coche, delante de la puerta de casa. Pero no puedo retrasar mi partida, porque tenemos que estar en Hamburgo esa misma noche.

Una vez en Hamburgo, me niego a alojarme con Sonja en el hotel Bellevue, porque prefiero instalarme en el Prem. Ella se lo toma a mal, y cierra la puerta del coche de una patada tan fuerte que el cristal de la ventanilla se hace añicos.

Los fines de semana no rodamos, y nos vamos a Travemünde. Un viernes por la tarde, cuando pasa a buscarme, Sonja está borracha como una cuba. Me ofrezco a conducir yo el coche. Ella se niega.

En la autopista a Travemünde se pone a ciento ochenta kilómetros por hora, que es la velocidad máxima de su Mercedes. Y encima no mira hacia adelante, sino que me contempla todo el tiempo con ojos vidriosos y cachondos.

—Ya que conduces borracha, por lo menos mira hacia la autopista.

—¿Te molesta que esté borracha?

—No. Pero sí que estés borracha y te pongas a ciento ochenta.

—¿Tienes miedo?

—Yo no le tengo miedo a nada. Pero prefiero vemos juntos follando en Travemünde a separados en el depósito de cadáveres.

Tiene la falda remangada hasta el vientre. Al ver que le estoy mirando fijamente los muslos, se abre de piernas, sin por ello quitar el pie del acelerador.

Ya en Travemünde, intentamos ir al menos unas cuantas horas a la playa durante el día, para oxigenarnos los pulmones. Pero Sonja se sienta frente a mí en un sillón de playa, con las piernas abiertas y

sin bragas. Regresamos a la pensión y no volvemos a salir de la cama hasta el lunes por la mañana.

De regreso a Hamburgo —vamos directamente de la autopista al estudio—, de repente le entran ganas de mear. Para el coche, abre la puerta, asoma su culo desnudo a la carretera y echa una meada. Los otros coches, con los faros encendidos, desfilan frente a su culo en la niebla matinal.

Der Rote Rausch se estrena en Hamburgo. Sonja y yo somos invitados de honor de la distribuidora, y tras la exhibición de la película tenemos que salir al escenario a hacer reverencias. Luego toca sesión de autógrafos. Nos emborrachamos para poder aguantar toda esa mierda. En el palco, durante la proyección, conduce mi mano hasta su coño sin bragas, y gruñe y chilla como un cerdo. A pesar de la borrachera, eyaculo, y cuando nos hacen salir al escenario todavía la tengo tiesa. No hemos visto la película. Salimos al escenario con cara de estar todavía follando, y tan débiles que tenemos que apoyarnos el uno en el otro. Tengo la cara manchada de lápiz de labios, y me tiemblan las piernas.

El resto del rodaje tiene lugar por la noche en un transatlántico anclado en el puerto. Las pausas en el rodaje las paso en los lavabos del barco con una antigua bailarina de Las Vegas. Tiene el hueso del pubis tan prominente que parece medio coco, y por dentro está completamente hueca.

A las nueve de la mañana llego al hotel, donde Sonja me espera desde las ocho para salir conmigo hacia Berlín.

—Putero —se limita a decirme. Luego partimos en dirección a Berlín.

Sonja está embarazada. Por poco que calcule, su marido ha de darse cuenta de que el niño no puede ser suyo.

Hoy Sonja y yo nos vemos por última vez. Vamos a intentar no volver a vernos.

Festival Internacional de Teatro de Munich. No me interesa encarnar al estúpido Dauphin de *Santa Juana*, pero firmo el contrato. En primer lugar, porque así podré ver a Pola, en segundo

porque el festival me paga muy bien, y en tercero porque tengo que rodar al mismo tiempo un telefilme en Munich.

Durante el rodaje del telefilme me divierto con la *script*, que posa para mí en su piso con sus distintos trajes de baño.

Los ensayos de *Santa Juana* llegan a tal grado de necedad que me escaqueo de ellos a la mínima ocasión. Cuando no voy a los ensayos, la asistente de dirección llama para decir que está enferma, y nos vamos a follar a Grünewald, donde nos revolcamos por la tierra húmeda como jabalíes.

Durante la representación de *Santa Juana* cada noche hago lo que me da la gana. Es la única manera de soportar el aburrimiento mortal que me produce Bernard Shaw.

Biggi ha venido a Munich con Nasstia. Tengo un piso amueblado en la Ohmstrasse, muy cerca del Englischer Garten. Podemos ir a pie al parque. Pola puede pasar la noche en mi casa. Así veo a mis queridas hijas de vez en cuando, por lo menos cuando duermen.

Después del festival, tengo que ir a Viena a grabar discos. Biggi y Nasstia se quedan en Munich.

Durante la grabación, que está previsto que dure hasta las seis de la mañana, me harto de hablarles a las paredes delante de un micrófono. Si tengo que prostituir mis sentimientos, necesito tener delante a personas vivas. Además se me pone tiesa. A las cuatro y media de la mañana tiro la toalla.

—En vez de tres discos grandes, haced tres pequeños —les digo a través del micro—. El adelanto podéis descontármelo del próximo disco.

Tengo que irme de gira otra vez, pues mis agentes insisten en que cumpla mis contratos. Les digo que quiero recitar el Nuevo Testamento, que voy a preparar yo mismo una versión moderna del texto y que puedo empezar la gira dentro de un mes. Pero los agentes tienen miedo. Proponen una gira con famosos monólogos clásicos. Doy mi conformidad. No pienso llevar los textos escritos en un papel y recitarlos, como Gielgud en su gira por Estados Unidos; mi idea es representar los monólogos, vestido como el personaje

correspondiente. Encarnaré a cada uno de ellos. Diseño el programa: Hamlet, Romeo, Otelo, Franz y Karl Moor, Tasso, Fausto, Danton, Ricardo III, Melchtal, el príncipe de Homburg. Selecciono veinte monólogos. En los intermedios que necesito para cambiarme de ropa, sonará la Sexta sinfonía de Chaikovski, la *Patética*. Duración del espectáculo: cuatro horas, aproximadamente.

Me pruebo los vestidos en nuestra villa. Me aprendo los textos sentado en una silla, en la biblioteca de la villa. Sólo me levanto para comer y mear; por lo demás, durante cuatro semanas me dedico exclusivamente a murmurar quedamente para mi coleto. Todos esos monólogos están llenos de estallidos, gritos de desesperación y júbilo, pero me guardo celosamente mis energías y mi pasión para el momento en que me dilapidaré ante los ojos de los espectadores. Durante esas cuatro semanas, no pronuncio una sola palabra audible ni hago siquiera el amago de un gesto. Conozco mi voz y mi expresividad, cuya escala es infinita. El resto lo dictará el instinto, la situación, el impacto del instante vivido.

Durante esas cuatro semanas, la intensa actividad interior y la quietud que establezco a mi alrededor, y que puede desgarrarse al menor ruido, por lejano que sea, me ponen tan irritable que Biggi y Nasstia lo pasan mal por mi culpa. Pero ambas están felicísimas de volver a tenerme por fin en casa, e incluso Nasstia, pese a sus tres años y medio, se muestra comprensiva y considerada, hasta el punto que me avergüenzo de mí mismo y tengo ganas de mandar al diablo todo ese supuesto arte. Biggi se entrega, más que nunca, en cuerpo y alma, con todos los medios a su disposición y con su amor sin límites, a apoyarme y a alejar de mí cualquier cosa que pueda trastornarme.

Por fin estoy listo. En primera instancia, la gira queda limitada a cien funciones en los mayores teatros, pabellones deportivos, plazas y estadios de ochenta ciudades.

Luego están previstas una segunda y tercera gira por Europa, América, Australia, Asia y África.

Mi equipo está formado por un técnico en iluminación y sonido, un encargado de vestuario, que también me sirve de secretario, un conductor y dos guardaespaldas. La primera representación tendrá lugar en el Palacio de los Deportes de Berlín.

La representación en el Palacio de los Deportes dura seis horas. El tumulto del público, sus ovaciones y sus gritos, duran más de una hora, y una vez acabada la función me piden una y otra vez repeticiones; la gente no quiere marcharse a su casa. Esta gira será la más dura de mi vida hasta ahora, pero también será mi mayor victoria.

Frankfurt. Aparece en un diario, ocupando media portada, una foto mía de cuerpo entero, en el papel de Hamlet; al lado, también de cuerpo entero, una arrebatadora bailarina de *strip-tease*, desnuda. La chica se desnuda en un local nocturno al compás de mi disco sobre poemas de Villon, *Ich bin so wild nach deinem erdbeermund*. ¡Por fin se me rinde el homenaje que merezco!

Después de la función, vagabundeo por la zona canalla de Frankfurt, es decir, los alrededores de la Estación Central. Las putas quieren que les firme autógrafos en los pechos y en las bragas, justo encima del coñito. Pero tengo que preservar mis energías. No sólo a causa de las representaciones. En el hotel Frankfurter Hof he recibido una carta de una chica que quiere verme. Todavía va a la escuela, estudia *ballet* clásico y ha anunciado su visita para la medianoche de mañana, porque va a acompañar a su madre a la estación a las once y media de la noche.

Estoy poseído por la idea de penetrar a ese cisne impaciente, sin saber todavía qué aspecto tiene. Esta noche me voy a dormir temprano y no me levanto hasta la tarde del día siguiente.

Después de la función me meto en el coche, bañado en sudor como estoy, y salgo disparado hacia el Frankfurter Hof. Me baño a toda velocidad, pido yemas de huevo crudas con miel, fumo un cigarrillo tras otro y no aparto la vista del reloj. Estoy atento al menor ruido procedente de la puerta.

Medianoche. Suena el timbre. Estoy a punto de caer de bruces antes de abrir la puerta de un tirón. Tiene el pelo castaño; se le desliza hasta las caderas. Su cara de niña es pálida. En ella arden dos ojos negros con largas pestañas sedosas, negras también, y una boca que parece una herida abierta. Lleva zapatos de tacón alto y camina con las piernas algo arqueadas, como todas las bailarinas clásicas, lo que la hace aún más agresiva.

Le desabrocho la blusa. Sus firmes tetas de niña parecen forúnculos, y están tan calientes como si lo fueran. La conduzco a la cama y empiezo a adorarla… En eso suena el teléfono: ¡el gerente del Frankfurter Hof me exige que haga salir del hotel a mi visita!

Telefoneo a mi criado, que se aloja dos puertas más allá, y le digo que volveré a ponerme en contacto con él más tarde. Luego el cisne y yo cogemos las cosas más necesarias.

Cuando salimos al pasillo, los detectives del hotel ya se han apostado a ambos extremos del largo corredor.

No es fácil encontrar un hotel, porque mi cisne no lleva encima su carnet de identidad. Me viene a la mente el hotel que hay al lado de la estación, en el que ya me he alojado, y cuyo personal, como en todas partes, tiene buen recuerdo de mí debido a mis propinas. Y no voy desencaminado. En la recepción no me preguntan siquiera por la documentación, de «mi mujer». El portero de noche, al que le meto en el bolsillo cien marcos, pregunta:

—¿La señora tiene algún deseo especial?

Con un gesto, le indico al muy bobo que lo que tiene que hacer es cerrar el pico.

Lo admiro todo en ella. Largo rato. Como si hasta entonces no hubiera visto nunca una chica desnuda. Y es ciertamente así: lo redescubro todo. Tardo una hora en desnudarla. Quiero paladearlo todo. Antes de bajarle las bragas, hago una pausa extremadamente larga…

Tanteo las formas de sus labios de la vulva, que se marcan macizos en la fina tela de algodón. Tiene el trasero alto y firme. El sudor le brota por los poros y se le desliza por los sobacos y la raja del culo. Camino alrededor de ella, me echo en la alfombra, la contemplo por debajo, la hago caminar de aquí para allá por encima de mí. Me llega un calor como salido de un horno. Un estremecimiento cruza el cuerpo del cisne.

Me siento como presa de un encantamiento. Ella se echa en la cama sin abrirla. Está enfebrecida…

Hamburgo. Los espectadores se pegan por mí, incluso corre la sangre. Cinco coches patrulla rodean el teatro Am Besenbinderhof. Detrás del telón, el organizador, Collin, se pone a suplicarme.

—No le sepa mal que la gente se pegue por mí, hombre —le digo riendo—. Ni siquiera Cristo tenía a todo el mundo a su favor.

Acabada la función, esos mariquitas vienen a mi camerino y me preguntan si quiero salir del teatro por la puerta trasera. ¡Ni pensarlo! Salimos en coche; cuando cruzamos el patio interior del teatro, unas chicas rompen la barrera policial y cubren de besos las ventanillas cerradas de mi coche.

Y lo mismo vuelve a pasar noventa y nueve veces. En todas partes gente revolucionada, excitada, jubilosa, pegándose, gritando hasta la histeria, llorando: gente que, en su mayoría, me quiere. ¡Sí! Me quieren porque yo, como ningún otro, desnudo ante ellos mis sentimientos, sin pudor, y de esa manera libero los suyos. Los pocos que no me quieren me odian precisamente a causa de esos sentimientos liberados, que los ciegan.

La última función tiene lugar en la Grosse Stadthalle de Viena. Ocho mil espectadores. Después de la representación, encuentro en mi camerino a un agente judicial hurgándome los bolsillos. A saber quién es el que me quiere sacar dinero esta vez. No me molesto en preguntárselo. Lo echo a la calle, y basta.

Pakistán e India. Mi primera película italiana, por cierto. Biggi prefiere quedarse en Berlín con Nasstia. Magde se instala en nuestra casa por una temporada; se ocupa de mantener la casa en orden, y también de cuidar Nasstia, a la que quiere con locura.

Voy al Instituto de Medicina Tropical a que me metan en el pecho una vacuna y vuelo solo a Roma, donde me espera el equipo italiano, y desde donde, el mismo día, subiremos a bordo de un avión paquistaní que nos llevará, de momento, a Karachi.

Flavio, el encargado de vestuario de la película, se instala en el asiento de mi derecha para pasar el inacabable viaje. Apenas se han apagado los avisos *No Smoking* y *Fasten Seat Belts,* Flavio me echa mano al muslo. No quiero ser brusco con él, pues es muy amable, pero hace demasiado calor para mí y no me encuentro bien, y no puedo estar hasta Karachi con su gorda y caliente zarpa, que pesa pür lo menos un kilo, encima de mi muslo. Además, no se conformaría con eso.

Me levanto tan a menudo como puedo, y pronto le echo el ojo a

una esbelta pero culona azafata paquistaní. Cada vez que paso por delante de la cocina de a bordo para ir al lavabo, palpo con ojos penetrantes su cuerpo entero, sigo desde mi asiento cada uno de sus movimientos, la llamo mediante la señal luminosa que hay sobre mi cabeza, me martirizo el cerebro en busca de una excusa, y hablo en voz baja para que se tenga que inclinar hacia mí. Dejo colgar el brazo en el estrecho pasillo de la cabina, por encima del respaldo del asiento, y cuando pasa ella, le rozo las pantorrillas como quien no quiere la cosa. Cuando la descubro al fondo del pasillo, me levanto para cruzarme con ella allí, donde no puede meterse entre los asientos para esquivarme, y forzosamente tiene que pasar por mi lado. En una palabra: no la dejo tranquila ni un minuto, y estoy seguro de que, antes de que el aparato aterrice en Karachi, ya se ha dado cuenta de lo que quiero de ella. No sé si sonríe por eso, o porque la sonrisa forma parte de su encanto personal. En cualquier caso, sonríe con más desenvoltura cuanto más desvergonzado me vuelvo.

De noche. Todos duermen. Se han tapado los ojos con los antifaces negros y se han puesto las zapatillas. La iluminación de la cabina está reducida a un mínimo de luces de emergencia. Flavio ya se ha cansado de magrearme, y ronca en su incómodo asiento. Y también las azafatas están sumidas en un sueño profundo, excepto una. Pero no la encuentro. Recorro una y otra vez las filas de asientos, inclinándome sobre las azafatas dormidas, para asegurarme de no despertar a otra que no sea ella. La mía no está entre las que duermen. El pasillo está vacío. Así que sólo puede estar en la cabina o en el lavabo. Primero, el lavabo. Los dos lavabos de cola, situados el uno frente al otro, están libres.

Me quito los zapatos, para no hacer ruido, y me deslizo a lo largo del gran pasillo, en cuyo extremo, justo antes de la cabina, se encuentran los dos lavabos de primera clase. El de la derecha está libre. En la puerta del segundo, desaparece la indicación de OCUPADO y aparece la de LIBRE. Pero la puerta sigue sin abrirse. No sé lo que me pasa por la cabeza en esos segundos, o quizá sólo décimas, sólo centésimas de segundo. Abro la puerta; entro en el lavabo al mismo tiempo que se desplaza hacia dentro la puerta. Y antes de que la azafata pueda girarse hacia mí, la puerta se cierra de un golpe a mi espalda, y paso el pequeño pestillo. Ahora vuelve

a aparecer el letrero de OCUPADO.

No parece especialmente sorprendida. Sólo tiembla un poco y me mira intensamente a los ojos, lo que, con esos ojos, hindúes, ya equivale por sí solo a un coito. Una racha de mal tiempo empuja el fuselaje hacia la izquierda, haciendo que nuestros cuerpos se aplasten el uno al otro, y quedo casi tendido encima de ella.

Me aturde el bestial hedor de orina en el estrecho lavabo, casi demasiado pequeño para una sola persona. No resulta fácil desnudarla. Las azafatas de PIA llevan unos pantalones holgados y encima de ellos una especie de vestido que les llega hasta los muslos. Ella sabe mejor cómo se deshace ese lío; se abre los pantalones, dejándolos caer hasta los zapatos. Luego inclina el torso por encima de la taza del retrete y pasa una mano por encima de los hombros para abrirse la cremallera del vestido. Lo hago yo. Se incorpora; yo arremango el vestido hasta que ella puede cogerlo con los brazos cruzados y quitárselo por la cabeza con un solo movimiento elástico pero impaciente. Ahora me ayuda a desnudarme. Me embriaga la visión de sus pechos llenos y oscuros, con los grandes pezones casi negros, su oscuro viente y el olor de su sexo, aún más oscuro.

Me quito los pantalones a patadas y me arranco del cuerpo la camisa abrochada, haciendo saltar los botones sobre el lavamanos de acero y el retrete. Una nueva ráfaga, que hace escorar el avión hacia la derecha, lanza su cuerpo contra el mío, que se aprieta contra la puerta del lavabo.

Tengo la polla tan dura que el choque de su cuerpo me hace daño. Ella reacciona tan rápido que no me da tiempo ni a quejarme, y, en lugar de aferrarse a mi pecho o mis hombros como sería natural, envuelve con sus manos mi polla y mis cojones para protegerlos de otro posible encontronazo. El avión recupera el equilibrio, y empieza un dios paquistaní…

No me sirve para nada la dirección de Karachi que me ha dejado, limpiamente escrita en letras de molde, al traemos a mí y a Flavio la bandeja del desayuno. En Karachi sólo nos detenemos dos horas; embarcamos en un avión bimotor y pasamos ocho horas sufriendo por encima de las estribaciones del Himalaya, hasta llegar

al primer lugar de rodaje. Lahore. Durante dos horas más, el avión no puede aterrizar porque se ha desatado un ciclón justo encima del aeródromo. El piloto intenta una y otra vez salir del atolladero lanzándose en picado. Cuando por fin nos disponemos a aterrizar, el avión está lleno de arriba abajo de vómitos de todos los pasajeros. El aparato no tiene climatización, y verdaderamente hay que tener el estómago totalmente vacío, como yo, para no sumarse a los que vomitan.

Como siempre, me apresuro a librarme de mis acompañantes, y, después de tirar mis cosas dentro de mi habitación, me dejo comer el coco delante del hotel por un pringoso taxista. Sé lo que quiere, y me limito a decirle:

—Enséñame el camino.

El médico italiano encargado de velar por la salud del equipo me ha puesto en la mano un tubo y me ha rogado encarecidamente que tome una pastilla al día. Contra el cólera. Antes de nuestra llegada, ha hecho estragos una epidemia que ha dejado cinco mil muertos. Me meto una pastilla en la boca y me la trago con un poco de saliva. La última epidemia de viruela costó la vida a quince mil personas. Pero, aunque la vacuna no garantiza una protección total contra el contagio, es otra cosa la que ahora me preocupa.

Caminamos por calles y senderos fangosos, sin asfaltar, sorteando baches como cráteres, zanjas y hondonadas. Las sacudidas del antediluviano Buick, y en cuyos asientos forrados de plástico y más sucios que el palo de un gallinero se queda uno enganchado al apoyar la mano, me lanzan de un lado al otro. Ya no se ven casas en los alrededores, ni tampoco coches, sino sólo una caravana de camellos sobre la cual vuelan en círculo aguiluchos hambrientos; el sol eléctrico se congela en los glaciares verdes de la cordillera del Himalaya. Pregunto al taxista por qué tenemos que alejarnos tanto para encontrar una puta.

—*Special* —me contesta, sonriendo hacia el espejo, con lo que hace aparición un enorme diente de oro. Conduce hacia una casa aislada de ladrillo, a medio construir—. *I waiting* —dice el taxista del diente de oro cuando la cafetera se detiene por fin. Espero que mis padecimientos valgan lo que me espera en las siguientes horas. Aspiro profundamente el aire frío y cortante del atardecer.

En el mazacote de ladrillo se abre una puerta, y en el dintel

aparece, encorvada, una mujer joven y gigantesca. Tiene que encorvarse porque es una verdadera giganta. Mide por lo menos dos metros y es ancha como un peso pesado.

Sus tetas tiesas y horizontales son del tamaño de ubres. Tiene los brazos como mis muslos. Con las manos que tiene, podría estrangularme sin problemas. Tiene, extrañamente, el pelo rubio oscuro; le llega hasta la raja del culo y lo tiene sujeto en una trenza del grueso de una serpiente pitón. Las nalgas y las caderas son de yegua joven. Para abrazarle los muslos necesito los dos brazos; es como si me agarrase a un árbol. Debe de calzar por lo menos un sesenta. Su sexo es tan grande como mi cabeza.

Todo eso está perfectamente proporcionado y encaja en el conjunto con la más perfecta armonía. Como en una de esas arrebatadoras estatuas sobredimensionadas de Maillol. Y es que me encuentro frente a una giganta.

Tiene la piel cetrina, pero no oscura, y sana y turgente como la de una joven campesina. También su cara es de campesina, pero no tosca, sino preciosa. Ni su cuerpo ni su cara la hacen parecer una puta. La expresión de su rostro es soñadora e ingenua. Exhibe una tímida sonrisa. El del diente de oro tiene razón: esta mujer es *special*.

Sus caricias no tienen nada de mecánico. No tiene la menor prisa. Es como si el tiempo se hubiera detenido. Como si el tiempo no existiera y no hubiera otra cosa que el amor.

Ahora lo sé. No he venido a este país para rodar no sé qué film ridículo y de paso aprovechar cada minuto libre para derramar mi semen, sino para entregarme a esa giganta del amor y dejar que me robe todas mis energías hasta la última gota. Sus ojos hindúes arden de sensualidad. Pero espera paciente y tranquila hasta que se da cuenta de lo que deseo. Nos comunicamos por medio de sonrisas y movimientos de cabeza, mediante la ligera presión de mis miembros y mediante mis manos, con las que doy a entender qué postura me apetece. Ella se mueve con ligereza y procura en todo momento equilibrar su peso para evitar aplastarme.

En primer lugar nos estiramos el uno frente al otro. Devoro sus tetas. Su lengua. Le despellejo los labios a besos, se los abro, los echo hacia arriba y hacia abajo y lamo sus enormes dientes níveos y afilados, con los que me erosiono la cara, la garganta y el cuerpo.

Lamo sus garras, cada uno de los dedos de sus manos. Sus pies y los dedos de sus pies.

Se tumba de lado, levanta un muslo y yo me revuelco por encima de ella. Su agujero no es ni mucho menos tan gigantesco como me habían hecho suponer las dimensiones de su cuerpo. Sus músculos aprisionan fuertemente mi polla. Nunca un coño me había ordeñado con tanta energía y al mismo tiempo tanta ternura. Mientras ella recita una letanía en su lengua materna y sonríe agradecida y cariñosa, sumerjo mi cara en su fruto suculento, que me tiende como una escudilla rebosante, y me emborracho con su néctar.

Ahora que ya me he alimentado y vuelvo a estar en posesión de mis fuerzas, me levanto de la cama y le hago señas de que se ponga delante del espejo. Acariciándole levemente la parte interior de los muslos, le hago entender que quiero que se abra de piernas. Le doy unas palmadas en un hombro, y ella comprende que quiero que se incline hacia adelante. Sin que se lo diga, echa el culo hacia atrás y apoya las manos en los muslos. Es como saltar el potro. Con la diferencia de que ella menea graciosamente las caderas.

Pese a la postura inclinada, la espalda de la giganta está a la altura de un caballo adulto. Ha llegado el momento de sacar provecho a lo que me enseñaron los cosacos: a montar a caballo sin estribos ni silla, simplemente agarrándose a la crin del animal. Echo mano a la trenza de la giganta y, de un solo salto, me encuentro arriba. La giganta no se ha movido en absoluto. Ahora tengo que evitar resbalar hacia abajo, pues mis piernas abiertas, que se aferran a duras penas, a izquierda y derecha, a las caderas de la giganta, se encuentran a buena distancia del suelo. Si me caigo, tendré que repetir el salto cada vez.

Me sujeto con las dos manos a la fuerte trenza y cabalgo a la giganta como un *jockey*. Sus flancos tiemblan como los de un pura sangre. No porque yo la esté cabalgando, sino porque tiene intensos orgasmos. Me tumbo sobre su espalda; son los últimos metros. Sólo mi abdomen trabaja a un ritmo endiablado. ¡Hemos llegado a la meta! Le muerdo la trenza y le pellizco las nalgas temblorosas.

Me he quedado dormido sobre su espalda. Cuando abro los ojos, ella todavía no ha cambiado de posición: está todavía reclinada ante el espejo. Volvemos a recorrer la pista al galope. Luego me

dejo caer al suelo.

Para el pago, me pongo de acuerdo con el taxista. El viejo Buick, en cuyos asientos forrados de plástico y más sucios que el palo de un gallinero se queda uno enganchado al apoyar la mano, empieza a alejarse, bajo el sol blanco del amanecer, de los glaciares del Himalaya, que, como diamantes apilados unos sobre otros, fulguran lívidos desde el cielo blanco; aguiluchos hambrientos vuelan en círculos sobre nosotros, y se nos acerca una caravana de camellos. Y, desde el mazacote de ladrillo, una mano gigantesca me da la despedida.

No hay palabras para describir ese rodaje. Se supone que yo soy un fanático caudillo hindú que quiere levantar a la población contra los ingleses. Por eso un maquillador, o como se llame, me pinta con una tintura de color chocolate, y me endilga una barba de Papá Noel. La operación dura varias horas cada mañana. Luego, Flavio me pone sobre el cuerpo desnudo una especie de túnica blanca cuya tela me atormenta como un ejército de hormigas carnívoras. Esta operación da ocasión a Flavio de meterme mano por todo el cuerpo por entre la tela y la piel. Luego me pone un cinturón dorado. También me envuelve la cabeza con un turbante, lo que ocasiona en los hindúes gestos que denotan compasión.

Como no he leído el guión, porque no me han dado ningún ejemplar, y como no entiendo al director, que sólo habla italiano y no cesa de chillar, me limito a intentar protegerme de las nubes de polvo que nos envuelven de la mañana a la noche. El calor infernal le quema a uno las entrañas. Para beber no hay más que agua hervida. Hervida a causa del peligro de contraer infecciones. Para comer nos dan un paquete envuelto en papel sucio y grasiento. Yo no lo abro nunca. Si alguno lo abre, el contenido del paquete se vuelve negro casi al instante. Debido a las moscas. En tal caso, no queda más remedio que tirar el paquete bien lejos. Lo mejor es evitar que te lo entreguen.

En el hotel no consigo descansar. Primero, porque el calor no me deja respirar ni dormir, ya que el ventilador colgado del techo sólo produce un ruido ensordecedor, pero ni una brizna de aire, y segundo, y sobre todo, porque no puedo dejar de pensar en la

giganta.

No encuentro al taxista que me llevó hasta ella. Ni siquiera me acuerdo de su cara El diente de oro no sirve como punto de referencia, porque los demás taxistas también tienen dientes de oro. Les pregunto por la giganta, pero nadie conoce a una mujer tan grande como la que les describo.

Me arde la sangre, no tengo elección. Me dejo arrastrar a donde quieren los taxistas: a habitaciones vacías, llenas de suciedad, llenas de escupitajos, llenas de orina, llenas de mierda, en las que me encuentro con chicas de cara marcada por la viruela, traídas para mí de los burdeles. A granjas laberínticas ocultas tras altos muros, en las que me encierran para que no me largue sin pagar y donde tanteo a oscuras por entre bajas chozas de barro y tropiezo con cuerpos femeninos desnudos tumbados en el suelo. Llego a detestarlas sin siquiera haberles visto la cara. Pero ese peligroso puterío, durante el que ni siquiera pillo unas purgaciones, y mucho menos el cólera o la viruela, no puede consolarme por la pérdida de la giganta.

Cuando rodamos las últimas escenas, que tienen lugar en no sé qué catacumbas de Roma, sigo sin haber olvidado a la giganta. Tengo que acabar de rodar la escena en la que incito al pueblo indio a la rebelión contra los ingleses. En el templo hindú berreé un texto inventado, sin saber exactamente lo que berreaba; esta vez, la cámara está bastante alejada, y el tontaina del director se conforma con que gesticule enérgicamente con los brazos y grite lo que me dé la gana. Grito:

—¡Que le rompan la cara a martillazos a toda esa gentuza! ¡Yo quiero irme con mi giganta!

Apenas llevo dos días en Berlín cuando me telefonean de la productora con la que tengo un contrato:

—Tiene que volar a México este fin de semana, para rodar una película de coches de carreras.

—¡Ahora mismo me compro un diccionario de español! —replico gritando. Me parece oír ya rugir como fieras salvajes los

motores de los Ferraris.

Eso fue ayer. Hoy me llaman otra vez esos chapuceros:

—La película de México ha sido aplazada Tiene que ir dentro de dos días a Madrid, a rodar una del Oeste.

Ya sé que soy una prostituta. Así que vuelo a Madrid.

El primer día del rodaje, me niego a ponerme un piojoso sombrero de vaquero que tiene la badana podrida. ¿Por qué no mandan los trapos sucios a la lavandería? El director español (¡a cualquier cosa llaman director!) se pone hecho una furia y me exige que me ponga el sombrero a toda costa.

—Me lo pondré el día que tú vengas a beber agua a mi retrete —le digo antes de largarme.

Pero la cosa no es tan fácil. Un contrato con una productora es algo parecido a un contrato con un proxeneta. Uno no puede plantarse y dejar de hacer la calle sin más ni más. De nada sirve ponerse de morros. Así que, como castigo, me mandan a rodar una película a Praga, la «ciudad dorada».

El oro no lo veo por ninguna parte, pero sí que veo chicas, famosas por sus habilidades en la cama. Así que, ante todo, necesito un coche, y me hago enviar desde Munich un Jaguar nuevo. Y listos.

Me voy a un parque cercano con la secretaria de recepción del hotel, durante su pausa del mediodía. Los arbustos están en pleno florecimiento, por lo que no necesitamos tomar precauciones excepcionales. Las checas hacen honor a su reputación. Por desgracia, la secretaria llega tarde a su trabajo, y el gerente del hotel me exige que abandone la casa al instante. Me traslado a otra choza situada enfrente.

Luego viene Olga, una de mis compañeras en el rodaje. Tiene diecisiete años y bucles dorados, y es algo así como la estrella infantil checa. Los comunistas le han quitado el pasaporte porque se ha dejado fotografiar en secreto desnuda para *Playboy*. Tengo que colarla a hurtadillas en el hotel. No es que los soplones comunistas tenga algo contra la jodienda; lo único que les molesta es que jodan en el hotel personas que no se alojan en él.

El fin de semana nos vamos a un camping y alquilamos un bungaló. Olga es verdaderamente irreprochable, con la salvedad de que cuando tiene un orgasmo no dice ni pío. Quizás hubiéramos

estado juntos durante todo el rodaje, si no hubiera aparecido mi segunda compañera en la película, Dominique Bosquero, una mezcla de italiana y francesa. Un vampiro que no les sorbe a los hombres la sangre, sino la médula espinal. Me telefonea y me pregunta por qué no me alojo en el mismo hotel que ella.

—Por motivos políticos —le digo burlón. Ella me dice que vaya a verla. Olga, que está sentada junto a mí en la cama, no entiende lo que digo, porque hablo en francés con Dominique. Le digo a Olga que he quedado con unas amistades que sólo van a estar hoy en Praga, y le prometo presentarme puntualmente a las cinco de la mañana delante del hotel, para acompañarla como cada día a los estudios Barandov.

Me he citado con Dominique en el vestíbulo de su hotel, porque delante del ascensor y también de las escaleras hay un gorila al que todo el mundo tiene que enseñarle la llave de la habitación. Dominique hace un poco la prostituta ante el vigilante de las escaleras: camina de aquí para allá por el pasillo que va de la recepción al comedor, como una furcia haciendo la calle, y pone bien en evidencia su fantástico trasero. Va vestida de lo más elegante; en un momento dado, deja caer su minibolso italiano, ante lo cual el vigilante de las escaleras se inclina servicial, con lo que se le sube la sangre a la cabeza. En ese instante me cuelo escaleras arriba…

Dominique sigue tumbada boca abajo. Me la he follado toda la noche en esa posición, y ella ha estado chillando a pleno pulmón, con la ventana abierta, hasta el punto que una patrulla de policía la ha oído desde la calle y ha mandado a la habitación al portero de noche, que le ha preguntado a Dominique, a través de la puerta cerrada qué le pasaba y si tenía algún problema. Ella, con gran presencia de ánimo, ha contestado: «Me he dado un golpe».

Como yo, Dominique tiene que ir a los estudios, y por supuesto quiere ir conmigo. Le pregunto qué vamos a hacer con Olga ya que el Jaguar modelo E sólo tiene dos asientos. Pero Dominique pasa mucho de Olga. Le digo que tenemos que darnos prisa. A lo mejor Olga no llega puntual y ya nos hemos marchado cuando aparezca. Pero Dominique se entretiene expresamente. Sabe muy bien que

nunca la cambiaría por Olga.

Dominique y yo salimos a la calle a la hora a la que había quedado con Olga. Cuando Dominique se sube al Jaguar, Olga sale disparada desde detrás de una columna de anuncios del otro lado de la calle e intenta sacar a Dominique del Jaguar tirándole de los pelos. Pero Dominique no se deja apabullar, y tira también de los pelos a Olga, la araña, le escupe, le pega patadas y la cubre con una sarta de adjetivos italianos y franceses imposibles de superar.

Olga me abofetea y echa a correr llorando.

Ese mismo día, Dominique se muda a mi hotel. Resultaría demasiado largo explicar todo lo que hacemos juntos. Ella me enseña lo que no sé, y yo le enseño lo que ella no sabe. Deja de llevar bragas, porque yo no quiero que las lleve. Nunca más. Ni por la calle. Ni en los estudios. Ni en los restaurantes. En ninguna parte. Nos damos de comer el uno al otro de la boca, como los pájaros, también delante de los demás, también en los estudios, también en los restaurantes. Mientras no estamos rodando, pasamos el tiempo juntos en la cama o en el cuarto de baño.

Olga pasa a manos del especialista de la película el norteamericano Bret Harris, que quiere casarse con ella en Estados Unidos.

Tengo que ir a Yugoslavia a rodar una lamentable película de indios. La película de Praga todavía no está acabada ni mucho menos, pero como las dos películas son para la misma productora, ya les va bien así. Dominique se pone furiosa porque no puede venir conmigo. Tiene que rodar todavía en Praga varias escenas sin mí.

Desde Yugoslavia intento telefonear a Dominique. Pero resulta imposible establecer comunicación desde el villorrio en el que rodamos. Me paso catorce, dieciséis, veinte horas esperando una conferencia, y cuando por fin la consigo, no se entiende ni una palabra, o se interrumpe la conexión antes de que podamos hablar. Para la próxima conferencia tengo que esperar otras catorce, dieciséis, veinte horas.

Al cabo de una semana vuelvo a Praga. Dominique viene a buscarme al aeropuerto, y salimos zumbados hacia la cama.

Pasada una semana, tengo que volver otra vez a Yugoslavia. De

nuevo intento telefonear a Dominique. De nuevo tardan catorce, dieciséis, veinte horas en darme la conferencia, y de nuevo nos quedamos sin poder hablar.

Al cabo de otra semana, vuelvo a estar en Praga. Dominique viene a buscarme de nuevo al aeropuerto. Salimos de nuevo zumbados hacia la cama, y no nos levantamos hasta el siguiente día de rodaje, sin pedir nada para comer.

No he telefoneado a Biggi ni una sola vez, ni siquiera desde Praga, aunque desde allí no resulta demasiado difícil. Es Biggi quien me llama a mí, para hacerme reproches; le miento, le digo que estoy rodando día y noche. Soy impotente frente a Dominique, que me encadena cada vez más fuerte. También Dominique está enferma por mí, y me pide que me vaya con ella a Roma y me quede a vivir allí. Le prometo hacerlo.

Fellini me quiere para su próxima película, y me telefonea a Roma. Le digo a Dominique que se me anticipe mientras yo vuelvo a Berlín con el Jaguar. Me paro un día en Munich para abrazar a Pola y visitar a Erika.

En Berlín, la alegría del reencuentro nos hace pasar a mí, a Biggi y a Nasstia en un delirio las veinticuatro horas que preceden a mi partida hacia Roma. Pienso en Dominique.

Biggi me hace prometerle que las llevaré a ella y a Nasstia a Yugoslavia, donde me quedan por rodar aún cinco semanas. No puedo negárselo, aunque no sé lo que pasará.

En Roma, Dominique me lleva a ver a Fellini, al que conoce bien. Fellini me rodea durante horas, me habla en francés, porque yo aún no entiendo el italiano, y empieza a fastidiarme. ¡Qué importante es todo eso! No pierdo de vista a Dominique ni un segundo, y le digo al oído que quiero que nos vayamos.

Dominique vive en un gran piso soleado en la Cassia Antica, bajo cuyas enormes terrazas tiene a Roma a sus pies. La criada está acostumbrada desde hace tiempo a sus prolongados gritos. Entra en la habitación sin llamar a la puerta y nos da un toque en el hombro aunque estemos en pleno orgasmo:

—La mesa está puesta.

A Dominique le divierte vestirme. Me compra toda clase de

prendas italianas: jerseys, trajes de baño, pantalones, camisas, zapatos, cadenas. Se gana bien la vida. Además es amiga de Agnelli y posee un buen montón de joyas.

Pasadas cuarenta y ocho horas, tengo que irme a Yugoslavia. Esta vez a Split. El viaje hasta allí es un lío inacabable. Hay que hacer transbordo de un avión a otro y viajar dos horas más en coche desde Trieste. No quiero que Biggi y Nasstia viajen solas, por lo que me cito con ellas en el aeropuerto de Munich. Las dos están rebosantes de felicidad y de impaciencia por pasar cinco semanas enteras conmigo. Además, Split está en la costa, y Biggi ha metido en las maletas los trajes de baño, el flotador, la pelota y el cubo y la pala.

Estoy irritable y desconcentrado, porque me paso todo el tiempo rompiéndome la cabeza para encontrar una manera de decirle la verdad a Biggi. Tengo que decírsela, de eso no hay duda. Tengo que hacerlo. Es completamente necesario, en primer lugar porque quién sabe cuánto puede durar el asunto con Dominique, y además porque durante esas cinco semanas pienso volar a Roma tantas veces como pueda, ya que no aguanto estar sin Dominique. ¿Qué otra explicación voy a darle al hecho de que me moleste en hacer esos viajes tan pesados sólo para pasar un día o unas horas en Roma? Ése es el tiempo que me dejará estar fuera de Yugoslavia la productora, ya que el rodaje, debido a la película de Praga, va con retraso, y todo está pendiente de mí.

Fellini ya no me sirve de excusa. El contrato está ya listo, y me lo van a mandar a Yugoslavia para que lo firme. Cuanto más sincero sea con Biggi, mejor será para ella y para mí. Pero no voy a decírselo aquí. No voy a decírselo aquí en el aeropuerto. Se lo diré lo más tarde posible.

La primera noche que pasamos en Split, mientras Biggi, Nasstia y yo estamos cenando en nuestra habitación, suena el teléfono. Es Dominique. Me pregunta cuándo voy a ir a Roma y por qué me comporto de una manera tan rara al teléfono. No puedo decir lo que quiero: Biggi y Nasstia están mirando. Además, la conexión es tan mala que tengo que gritar, de modo que me oye el hotel entero.

Biggi no entiende francés, pero llega un momento en que no puedo contenerme y aúllo al auricular: «¡Te quiero! ¡Te quiero!». Biggi sujeta a Nasstia para que no haga ruido y me moleste. Ahora

ya no puedo seguir ocultando la verdad.

—¿… eso significa que quieres estar solo, sin nosotras? —me pregunta Biggi, después de decirle yo, tartamudeante, que quizá no vayamos a estar siempre juntos, aunque las quiero a las dos.

—Significa que vamos a tener que separarnos, al menos por un cierto tiempo.

—¿Quieres decir que necesitas estar tranquilo, que quieres estar solo una temporada? Lo comprendo. Pero ¿cuánto tiempo?

—No lo sé. Quizá mucho.

—Pero volverás con nosotras, ¿no?

—No… sí… no… ¡Claro que sí! Por supuesto que volveré con vosotras. Es decir, no voy a dejaros en absoluto. Y además, no voy a estar solo. Tengo que irme con otra mujer.

De repente, Biggi se come un racimo de uvas entero, seguramente sin darse cuenta, porque ya antes de la llamada telefónica había dicho que no tenía hambre. Se traga las uvas como si estuviera intentando tragarse la palabra «mujer», como si no pudiera concebirla.

—¿Una mujer? ¿Qué mujer?

—Una mujer. Tengo que irme con otra mujer.

—¿O sea que ya no nos quieres?

—Por Dios, ¡sí que os quiero! Como os he querido siempre. Pero tengo que irme con esa mujer. Tengo que estar con esa mujer, ¿entiendes? —grito, volviéndome aún más injusto de lo que ya estaba siendo.

—No —dice Biggi, con voz entrecortada.

—Perdóname. Soy un gilipollas. No sé lo que digo.

—Sí que lo sabes. Sabes muy bien lo que dices. Ahora comprendo lo que quieres decirme.

—¿Qué?

—Que nos quieres, pero esa mujer es más importante para ti que nosotras. ¿Por qué demonios nos has hecho venir a Yugoslavia? A Nastassia y a mí nos hacía tanta ilusión estar contigo…

Ya no sé qué decir. Mi cerebro es un auténtico triturador de basuras en el que reina un caos total.

¡Otra vez suena el teléfono! Otra vez es Dominique. Otra vez rujo al auricular que la quiero. Y así pasamos toda la noche. Dominique vuelve a llamar tres veces más, y se empeña en saber a

ciencia cierta cuándo voy a ir a Roma, lo cual, por más que quiera, no puedo decirle todavía. Biggi y yo pasamos la noche levantados. Pero ya no tenemos palabras para entendernos. Algo se ha roto. Biggi no llora, pero da la impresión de sentirse asustada e indefensa, como si el destino quisiera mostrarme por anticipado lo que pasará cuando la abandone.

Básicamente, no le cabe en la cabeza lo que le he dicho, o lo que adivina detrás de mis palabras. Biggi es por naturaleza una persona autosuficiente, capaz de valerse por sí misma. Pero durante los últimos años me lo ha dado todo, se ha sacrificado por mí, sin reservas. Yo he tomado todo lo que me daba, y ahora, de repente, se encuentra con las manos vacías. No le cabe en la cabeza que yo, quien por mis celos exagerados e injustificados, le había montado escenas de lo más dramático, quiera abandonarla por otra mujer. Y cree que le miento cuando digo que, pese a todo, la quiero.

Durante esas cinco semanas me desplazo a Roma cinco veces, en coche y en avión, para estar con Dominique. En una de esas ocasiones me dejan tan poco tiempo libre que, entre los trescientos veinte kilómetros de viaje por carretera de ida y vuelta y los cuatro cambios de avión, sólo me queda media hora para follar con Dominique.

En cada pausa en el viaje a Roma me lanzo contra la primera cabina telefónica que encuentro y llamo a Dominique a Roma para decirle que ya voy. De vuelta a Yugoslavia, rujo al teléfono:

—¡Ya vuelvo!

El equipo de rodaje se traslada de Split a otro lugar. Biggi tiene los nervios deshechos y lo único que hace es llorar. Quiere irse inmediatamente. Las cojo a ella y a Nastassia y las llevo a Venecia —que está a cuatrocientos cincuenta kilómetros— en el coche del equipo de rodaje. Una vez en Venecia, Biggi tiene que esperar un día para volar a casa, así que ella y Nastassia se meten en un hotel del Lido. Cuando las olas que forma la popa del transbordador del Canal Grande emborronan las siluetas de Biggi y Nastassia, salto a una lancha rápida que cruza la Laguna a toda velocidad hasta el aeropuerto, y soy el último pasajero en subir al aparato que va a Roma.

Biggi ha llegado a Berlín con fiebre alta. Me cuenta en una carta que, si no se suicidó cuando estaban en Venecia, fue solamente por Nastassia.

La gerente del hotel en el que me alojo ahora en Yugoslavia es una mujer. Sospecho que es ella quien me ha pasado las purgaciones. El caso es que de momento no puedo ir a ver a Dominique.

El rodaje ha finalizado. Me detengo en Munich, le pido al padre de Gislinde que me ponga una inyección de penicilina, y a la mañana siguiente vuelvo a Berlín.

Cuando entro por la puerta, Biggi me da un abrazo. Pero ya no es como antes, ni volverá a serlo jamás. Por la noche, follamos. Biggi folla con más desvergüenza que nunca, para demostrarme que puede ser tan buena puta como Dominique.

Esta mañana, todo podía haber salido bien. Pero en eso llama Dominique. Tres veces seguidas, porque la conexión se corta una y otra vez. Le digo que ya la llamaré. Pero ahora Dominique tampoco me cree, y me veo atacado por los dos flancos.

Biggi se pone agresiva. Se niega a creer que me lo paso mejor en la cama con Dominique que con ella Para ella, sólo existe una explicación para el hecho de que yo no pueda dejar a Dominique: que he dejado de quererla a ella, a Biggi.

—¡Dime que ya no me quieres! ¡Dime que ya no me quieres! ¡¡¡¡Dime que ya no me quieres!!!!

Se pasa el santo día berreando esa frase, hasta que enronquece y se echa otra vez a llorar. No puedo decirle que ya no la quiero. Mentiría.

Me paso una semana yendo sin parar a Correos para telefonear a Dominique, ya que me resulta imposible hacerlo desde casa. Luego vuelo a Roma.

Pero Dominique ha cambiado. Y, como si supiera que Biggi ha intentado demostrarme en Berlín que es mejor puta que ella, Dominique hace todo lo posible por aventajarla. Me pregunta, por primera vez, qué posiciones prefiero y qué puede hacer para que yo tenga orgasmos más intensos. Me pregunta cada día qué quiero que se ponga, si quiero que se ponga bragas. Si quiero que lleve ligas,

con o sin bragas, y, en caso afirmativo, qué bragas. Abre los cajones de su vestidor y saca un montón de bragas de puta que se compró en Pigalle, en París. Las hay minúsculas, como un pañuelito de satén sujeto sólo por unas finas cintas que desaparecen en la raja del culo; esas bragas tapan sólo el agujero del cono, pero no los labios, con lo que el vello púbico asoma por ambos lados. Hay otras de colores estridentes, amarillas, naranja, rojas, verdes, azul turquesa, que, en la parte anterior del coño, se abren en una ranura, o que están completamente abiertas desde los labios de la vulva hasta el ano. Me hace follarla con todas las bragas que me ha enseñado, de pie, en cuclillas, agachada… Y todo con la firme convicción de estar superando a Biggi en refinamiento y desvergüenza.

Me pregunta si quiero que me traiga otras chicas. Si quiero follar con ella y otra chica, o si quiero mirar mientras ella jode con otra mujer. Me habla de una serie de chicas muy jóvenes a las que ha pescado y seducido en la calle, todo para ponerme cachondo. Me pregunta, con aire triunfante, si Biggi también estaría dispuesta a hacer todo eso.

—¿Quieres casarte conmigo? —me pregunta vacilante, casi con miedo, mientras cenamos en la terraza de un restaurante junto al Ponte Milvio. Y, como si ya le hubiera contestado, se pone triste de repente. Ya no hay en ella nada de depravado ni perverso. Ni ese cinismo con el que suele camuflar su inocente desamparo. Ya sólo es la chiquilla solitaria nacida en un pueblo de montaña de la frontera italo-francesa, y que, como todas las demás chicas de este mundo, sólo anhela amor y protección.

—No puedo casarme contigo, Dominique. Lo haría, pero no puedo dejar sola a Biggi.

—Burgués —me contesta llena de odio.

—No seas ridícula.

—Me he pasado la vida soñando con un hombre al que pudiera querer. Y, ahora que lo he encontrado, resulta que es demasiado cobarde para casarse conmigo.

Se pone a llorar.

—No soy demasiado cobarde para casarme contigo, Dominique. ¿Acaso hace falta valor para eso? Te voy a decir algo que hasta ahora yo mismo no sabía: te quiero.

—¡Pero también quieres a Biggi!

—Sí. Os quiero a las dos.

No puedo decirle que quiero a todas las mujeres, pero no por eso voy a casarme con todas. No digo absolutamente nada más. Me limito a secarle las lágrimas que le corren por la nariz y van a parar a la minestrone. Luego le digo al camarero que ya no nos traiga las truchas, pago y nos vamos.

Por la noche dormimos estrechamente abrazados en la terraza, después de habernos entregado el uno al otro hasta la última gota. Ella ha hecho sacar a la terraza un enorme sofá-cama, porque sabe que al aire libre es donde más me gusta dormir.

La mesa del desayuno está preparada en la terraza. Y mientras la criada le sirve el humeante café y empieza a rezongar que, como siempre, lo dejamos enfriar todo, nos abrazamos desnudos por última vez, mientras abajo, a nuestros pies, Roma empieza a vivir y a hacer ruido.

Después de desayunar nos vamos a pie a la Via Nemea, un lujoso complejo de diez *palazzi*, pista de tenis y piscina, donde ha quedado libre un ático. Lo alquilo y pago un año por adelantado. Me he decidido a quedarme en Roma. Si Biggi y Nasstia quieren venirse también a Roma, el piso es lo bastante grande para los tres. A la una del mediodía, Dominique me lleva al aeropuerto.

Biggi quiere instalarse con Nasstia y conmigo en Roma, en la Via Nemea. Cancelamos el contrato de alquiler de nuestra casa en Berlín y nos mudamos temporalmente a un piso de dos habitaciones junto al Wannsee, porque Biggi, a causa de su madre, quiere conservar una segunda vivienda en Berlín.

El contrato de la película de Fellini llega con retraso a Berlín. El salario es una verdadera vergüenza. Ese Fellini se lo queda todo para él. En lugar de firmar el contrato, pongo un telegrama: QUE TE DEN POR EL CULO. La oficina de telégrafos me telefonea para decirme que es imposible telegrafiar semejante texto. Pese a ello, el telegrama llega a Roma.

Tengo que irme a Londres a rodar una película inglesa. Alquilo una casa pequeña frente a Hyde Park, y hago venir a Biggi y Nasstia. La casa es de dos pisos, está limpia y tiene un mobiliario agradable; es una auténtica casa de muñecas. Ha vuelto una vez más la primavera. La casita está rodeada de árboles en flor. Los gatos, por los que Biggi siente pasión, se instalan en los techos de los coches aparcados. Biggi y Nasstia retozan de lo lindo en el inacabable Hyde Park, en el que todo el mundo puede hacer lo que le apetezca.

Yo vuelvo a putear. Me voy con la pelirroja secretaria de producción a su piso de una sola habitación, donde la empujo tan fuerte contra la cabecera de madera de la cama que por un momento creo haberle roto la pelvis. Ella abre su grueso chocho como una serpiente abre sus fauces cuando va a tragarse una presa voluminosa, y grita sin parar:

—¡Lléname entera! ¡Lléname!

Las excusas que busco no son particularmente inteligentes. Me limito a decirle a Biggi: «Salgo a comprar tabaco», o «Tengo que ir al banco». Y me voy con la secretaria de producción, con una de mis compañeras en la película, con una figurante, con las bailarinas de *strip-tease* del Soho, o con cualquiera a la que abordo por la calle. Incluso por la noche me escapo de la cama y me marcho a Picadilly, y con las putas jóvenes de Chinatown.

A una me la llevo a casa. Biggi y Nasstia se han ido a la playa a Brighton. La mujer es coronel del ejército israelí, pero va vestida de civil. Le digo que me enseñe su documentación, porque hasta ahora nunca me he follado a un oficial, y quiero estar seguro de que dice la verdad. Si María Magdalena era tan excitante como esta coronela, se comprende que Jesucristo estuviera colado por ella. Aunque tiene pequeños pelitos negros en el labio superior, lo cual me excita enormemente en las mujeres, no consigo concentrarme del todo. Dominique me ha anunciado que viene a pasar medio día a Londres. Me follo a la coronela y me deshago de ella.

El día en que llega Dominique, da la casualidad de que tengo que rodar, y ella ha de volver a Roma esa misma noche. Provisto del atuendo de un lord inglés del sigloXVIII, salgo disparado hacia el

hotel Dorchester; Dominique y yo nos pasamos exactamente treinta y cinco minutos el uno encima del otro. Vuelve sola al aeropuerto.

El ayudante de David Lean viene a los estudios Shepperton a decirme que faltan por cubrir tres personajes de Doctor Zhivago. David Lean, que se encuentra en Madrid, le ha pedido que me haga escoger el que quiera.

—Uno u otro, qué más da —le digo.

Hasta el otoño ruedo en Berlín una película para un productor, una bola de sebo que me ha amenazado con ponerme una querella porque, según el contrato, no tengo derecho a trabajar para ninguna otra productora. A finales de noviembre ruedo una película española en Barcelona, adonde la Metro-Goldwin —Mayer me envía el guión y el contrato de *Zhivago*.

Nochebuena. Compro regalos para Biggi y Nasstia y les doy a las putas de Barcelona el resto de mi último sueldo, porque casi todas tienen niños pequeños. El día de Navidad estoy otra vez en nuestro piso junto al Wannsee, y Biggi y yo patinamos sobre el lago congelado.

En enero empieza el rodaje de *Zhivago*. Biggi y Nasstia se vienen conmigo a Madrid, porque me han contratado para cuatro meses, aunque podría rodar ese bodrio en una semana. Alquilamos un piso y nos quedamos hasta febrero. Disfruto de cuatro semanas libres, pero me siguen pagando.

Hacemos escala en Munich, donde Sergio Leone presenta su película del Oeste *Por un puñado de dólares* y, aprovechando la ocasión, quiere conocerme. Me contrata para su siguiente película «por un puñado de dólares más».

En Berlín saco el Jaguar del garaje y salgo a toda pastilla para Munich; allí cojo a Pola y me la llevo a toda velocidad a Roma, donde me esperan para unas pruebas de vestuario. Dormimos por primera vez en el nuevo piso de la Via Nemea. No llamo a Dominique. Me quedo a solas con Pola. Ahora ya tiene casi trece

años, y estoy enamorado de ella a más no poder.

Los ayudantes de David Lean recorren toda España en busca de los últimos restos de nieve que aún no se hayan fundido. Para el rodaje nos desplazamos a casi trescientos kilómetros de Madrid; pasamos la noche en fondas de pueblo. La madre del niño que aparece en la película con Omar Sharif, Geraldine Chaplin, Sir Richardson y yo en el tren de ganado hacia Siberia, acompaña a su hijo.

Sus anchas caderas y sus muslos recios forman un contraste tan increíble con su esmirriado torso que parece como si la naturaleza, por capricho, hubiese unido la parte superior y la parte inferior de dos personas diferentes. Además, tiene los muslos cubiertos de pelo hasta por encima de las caderas. Eso la convierte en un sátiro femenino. Sólo me la follo de pie y delante del espejo, para tener a la vista a esa extraña criatura a cada uno de mis empujones, y sobre todo cuando me corro. Tengo que deslizarme en calcetines sobre las chirriantes tablas del suelo de la fonda, porque en las habitaciones se oye hasta el menor pedo del vecino. También jodemos durante la pausa de mediodía. Pasada la medianoche, ella viene a mi habitación en camisón de dormir. Cualquiera que por la noche tenga que ir al lavabo y se la encuentre de camino a mi habitación, sabrá perfectamente lo que ella tiene entre manos.

Una vez en Madrid, la jodienda debería acabarse, por lo menos en teoría. Su marido va a la casa en la que viven cada noche, y a menudo también al mediodía. Pero en esos momentos está en Estados Unidos, y la villa nos pilla de camino, así que primero pasamos por ella. Mientras echo una mirada a la casa, el chófer entra las maletas, las mías también.

—El señor Kinski cogerá un taxi —oigo que le dice el sátiro femenino al chófer por encima de mi cabeza. Nos pasamos la noche follando en la cama de matrimonio.

David Lean tiene un Rolls Royce rojo descapotable, que, después del sátiro, es lo que me interesa más de *Zhivago*. Todo el tiempo estoy mirando el coche, igual que antes, durante mi infancia, miraba los coches de juguete, aplastándome la nariz contra los escaparates de las jugueterías.

—No pierdas la cabeza —me dice sonriente David Lean, él, que está loco por su Rolls rojo y lo tiene todo el día tapado, como con pijama, con una funda hecha a medida que incluso se adapta a la estatuilla de encima del radiador, cubriéndola como cubre un preservativo una polla tiesa—. Ya verás como de aquí a unos años tienes tu propio Rolls.

No me atrevo a darle a Biggi el telegrama que acaba de llegar, y que he roto automáticamente, pensando que iba dirigido a mí. El telegrama es para Biggi y lo manda un conocido de su madre, desde Berlín. Informa a Biggi de que su madre ha muerto. Para agravar aún más la situación, resulta que en el momento en que ha llegado el cartero estábamos en plena trifulca, pegándonos.

Me encierro en el cuarto de baño y leo el texto una y otra vez, y de nuevo no me cabe en la cabeza la noticia de esa muerte, como me pasó con la periodista, con la hermana de Gislinde y con Jasmin. Sólo pienso en una cosa: en reconciliarme con Biggi y hacerle notar que no está desamparada. Su madre era la única persona que tenía, aparte de mí y Nastassia. Al volver junto a Biggi, me dejo olvidado el telegrama en el albornoz.

Biggi y yo ya hemos hecho las paces. De repente la oigo chillar en el cuarto de baño. Salgo corriendo hacia allí y la encuentro desplomada sobre las baldosas, con el telegrama arrugado entre las manos crispadas. La cojo en brazos y la llevo a su habitación.

Durante todo el día es incapaz de pronunciar una sola frase con sentido. Se lleva a Nastassia a la cama, la abraza desesperadamente y la cubre de besos. Nasstia me lanza miradas interrogantes y desconcertadas. Tampoco Pola dice ni una palabra, y se queda horas enteras inmóvil, de pie en el umbral de la habitación. Salgo al balcón de nuestro piso, que está en la planta veintidós, y fijo la mirada en el sol pardo que se derrama como sangre coagulada sobre el desierto de piedra de Madrid.

Biggi está de pie a mi lado. No la he oído acercarse. Ya no llora, y habla en voz baja, pero confusa e impaciente, como alguien que tuviera que encargarse de mil preparativos para algo que no consiguiera recordar.

—Tengo que salir mañana inmediatamente para Berlín, sea

como sea. Me llevo a Nastassia.

—Te compraré los billetes mañana temprano.

—Reserva el primer vuelo que salga. El primero que haya. Aunque tenga que hacer transbordo. No puedo llegar tarde al entierro, de ninguna manera. A lo mejor soy la única que va. Además tengo que comprar flores. Muchas flores, flores de las más bonitas que existan. ¿O es mejor que encargue una corona? ¿Tú qué crees?

—Llévale flores.

—Y el ataúd. ¡Dios mío! ¡Seguro que todavía no tiene ataúd! ¿Qué clase de ataúd compro? Quiero un ataúd de cinc. No quiero que se la coman los gusanos. ¿Es verdad que a los muertos se los comen los gusanos?

—Sí. Es una cosa natural. Los gusanos salen de la tierra, de la putrefacción de los seres vivos y las plantas. El animal que se come los gusanos acaba pudriéndose también, y de la putrefacción salen otra vez gusanos. Pero también nuevas plantas y flores. De la putrefacción surge vida nueva.

—Pero yo no quiero que mi madre se pudra. Quiero un ataúd de cinc.

—Te daré todo el dinero que haga falta.

—En un ataúd de cinc no se pudrirá, ¿verdad?

—No.

—Entonces compraré un ataúd de cinc. Y una lápida. ¿Cómo voy a poder hacer todo eso?

—Para la lápida ya habrá tiempo más adelante.

—¿Y la tumba? Tengo que buscar una tumba. Y luego habrá que plantar flores.

—Para plantar flores también habrá tiempo más adelante.

—¿Tú qué crees, podré tenerlo todo listo a tiempo?

—Seguro.

—Pues mañana vas a comprar los billetes bien temprano, ¿vale?

—También puedo ir ahora mismo al aeropuerto.

—No, no. Mañana temprano. Ahora no me dejes sola.

Vuelve a entrar en el ambiente desconsolado del piso. Hasta ahora, nadie ha encendido la luz. Pola sigue estando de pie por ahí, y se asusta cuando tropiezo con ella a oscuras. Luego encuentro el interruptor de la luz.

Una golondrina choca contra la gran ventana y cae al suelo en un rincón del balcón, donde se queda tumbada entre espasmos. Debe de haber perdido el sentido de la orientación. La recojo, y en ese momento Biggi vuelve al balcón. Me coge la golondrina de las manos y le acaricia suavemente la cabeza. Yo nunca había visto una golondrina de tan cerca. ¡Qué tierno y frágil es su cuerpo! Pero tiene el plumón y las rémiges revueltos y en desorden, y sus ojos extraviados buscan la lejanía. Todo en ella habla de una indomable ansia de libertad. Tengo la sensación de que huele a libertad. Biggi quiere ver si la golondrina puede volver a volar, y abre las manos. Durante unos segundos no sucede nada. Luego el ave agita fuertemente las alas y, de un impulso, salta de las manos abiertas de Biggi y el fresco cielo nocturno se la traga. Biggi sonríe. Le paso el brazo por los hombros.

—¿La golondrina también se pudre cuando se muere, y se la comen los gusanos?

—Pues sí. También se pudre y también se la comen los gusanos.

—Entonces ya no quiero un ataúd de cinc.

Se aferra fuertemente a mí, y nos quedamos así un buen rato, sin decir ni una sola palabra más sobre su madre muerta.

He llevado a Biggi y Nasstia al aeropuerto y estoy solo con Pola. Se le acaban las vacaciones. Me da miedo quedarme completamente solo si Biggi y Nasstia no regresan antes de que ella se vaya. Gracias a Dios, Biggi me llama desde Berlín y me dice que vendrá dentro de dos días. Sólo le queda encargar la lápida y acordar con la administración del cementerio la decoración floral y el cuidado de la tumba.

Por fin nos alejamos del ponzoñoso bochorno madrileño y nos vamos a la costa, a Almería, donde Sergio Leone rueda su película del Oeste. Alquilamos una casa muy mal conservada, situada frente a la playa, y con una terraza tan grande que podemos jugar a tenis en ella. El mar ruge noche y día, y por fin logro volver a dormir.

Me hago hermano de los gitanos de Andalucía. Me consideran uno de los suyos y me acogen en sus familias. Pronto los conozco a todos, de Almería a Granada, de Málaga a Sevilla. También a las gitanas. De las colegialas a las bailarinas de flamenco y las putas.

Cada semana organizo en la terraza de nuestra villa una fiesta a la que sólo invito a gitanos. Nos cubrimos las cabezas con coronas de flores y bailamos y cantamos bajo las estrellas, tan cercanas y grandes que me parece como si me cayeran sobre la cabeza. El flamenco de los gitanos no tiene nada que ver con el flamenco para turistas. El verdadero flamenco es como un acto sexual.

Biggi, Nastassia y yo nos trasladamos a nuestro piso romano. He dejado el Jaguar en Alemania, y me compro un Maserati. Empeñado en que Biggi y Nasstia tengan lo mejor de lo mejor, compro los más caros terciopelos, hago tapizar las paredes con seda virgen italiana, encargo cortinas y manteles del mismo material, y hago instalar pomos y tiradores dorados y grifos dorados en los cuartos de baño y lavabos.

Liliana Cavani me quiere para *Francesco*. Nos reunimos en la agencia William Morris y nos pasamos horas mirándonos fijamente el uno al otro, pero no nos ponemos de acuerdo por lo que respecta a mis honorarios. El productor no puede satisfacer mis exigencias.

Al cabo de unos días me telefonea William Morris para decirme que me van a dar el sueldo que pido. Le digo que estoy de acuerdo. El mismo día vuelve a llamarme William Morris para decirme que el productor no consigue reunir el dinero. Cuelgo el teléfono de un golpe y hago pedazos mi contrato con William Morris.

Acepto una película inglesa en Marruecos, con Margareth Lee y Senta Berger. Entretanto, Biggi se ocupa del piso de Via Nemea, que le entusiasma, a pesar de que yo me pego cada día cien trastazos con la cabeza en las paredes torcidas.

Una vez delante del Mamunia Hotel de Marrakech, hago descargar mis maletas y subirlas a mi habitación. Por lo que respecta a mí, tengo mejores planes.

La primera es una ciclista con velo. Con la chilaba negra, parece una monja, y sólo veo sus manos llenas de anillos cogidas al manillar, sus pies desnudos con sandalias y sus ojos negros como el carbón. La llamo como se llama a un taxi al pasar. Gira la cabeza y está a punto de chocar con un coche. Los conductores de aquí deben

de haber sido antes pastores de camellos. Le doy un trozo de papel para que me escriba la hora y la dirección. La hora es a las doce de la noche, eso consigo leerlo. Pero la dirección está en marroquí, y no tengo la menor posibilidad de descifrarla. Ya le daré el papel a algún taxista.

Son las tres. Hasta la medianoche faltan todavía nueve horas. Las paso en los bazares, donde los chiquillos me pegan estirones por todas partes, me ofrecen drogas y me preguntan si quiero acostarme con ellos. Al final me voy a la plaza del mercado y me uno al público, que fuma hachís de pie sobre el suelo polvoriento, y escucho al cuentista, que, a pesar de que no entiendo ni una sola palabra, me transporta al mundo de los cuentos de hadas orientales.

Luego me echo a los hombros a una niña pequeña que no encuentra sitio en la plaza repleta de gente y por eso no ve nada. [omitted] los gestos sugerentes del cuentista, el hachís, que en Marruecos es especialmente fuerte, el aire que turba los sentidos, sazonado con olores indefinibles y un hedor sofocante, y la monótona música oriental que me llega de todos los rincones y agujeros, y que por sí sola hace el efecto de una droga, las voces que susurran, cuchichean, gritan, berrean, refunfuñan y se ríen en los más diversos dialectos árabes: todo eso me habría hecho olvidar por completo mi cita con la ciclista, de no ser porque la niña que tengo sobre los hombros me ha hecho notar que el papel, hecho una bola, se me ha caído del bolsillo del pantalón y está en el suelo, a mi lado.

Falta poco para medianoche. La pequeña se agarra a mi mano y no quiere dar un paso sin mí. Le doy todo el dinero del que puedo prescindir, y, mediante una especie de lenguaje de sordomudos, le hago entender que mañana volveré a estar aquí, en la plaza del mercado, en el mismo lugar y a la misma hora.

El taxista, por lo que parece, tampoco es capaz de leer lo que pone en el papel. Sea como sea, lo cierto es que va de un lado para otro, preguntándoles a todas las figuras embozadas que se nos cruzan por las callejas retorcidas y sin iluminación, por las que apenas pasa el coche, y a la una de la madrugada se detiene delante

de una casa ruinosa y sin luz, con una puerta pesada y con herrajes.

La puerta está entornada. Enciendo una cerilla y avanzo a tientas por el pasillo, que huele a canela y menta. Se apaga la cerilla. No veo los escalones, me precipito, me doy un golpe en la espinilla y maldigo en voz alta.

Se abre la puerta, sólo el ancho de una rendija. Del interior de la alcoba surge la luz débil de una lámpara de aceite, y reconozco la silueta de una persona embozada. Se hace a un lado, como exhortándome a entrar. Pero aún no sé si se trata de mi ciclista. Los ojos de las marroquíes con velo tienen todos el mismo aspecto desconcertante. Me hace entrar en la alcoba vacía, en la que sólo hay una cama deshecha. Deduzco que sí que debe ser mi ciclista.

Se quita la chilaba y el velo y queda desnuda. Las mujeres que llevan velo tienen un inconveniente: no hay manera de saber la edad que tienen —y es que los ojos siguen brillándoles cuando el cuerpo ya hace tiempo que se ha marchitado—, ni si son guapas o feas. Mi ciclista no es lo que suele entenderse por guapa, ni siquiera mona, pero a mí eso hasta ahora nunca me ha importado mucho. Su cara picada de viruela y todo su cuerpo hacen pensar en la cara y el cuerpo de un animal de presa curtido en mil batallas. Bajo su vientre prominente se destaca un coño afeitado. No tiene las tetas grandes, pero sí firmes. Me desnudo, y ella me atrae al colchón. Su agujero está tan caliente que parece que quisiera cocerme la polla. Gime levemente. Pero se aferra con fuerza a las barras de latón de la cama, por encima de su cabeza, tuerce su cara de viruela y muestra sus dientes apretados de animal de presa…

En el pezón del pecho izquierdo tiene una gran cicatriz, al parecer secuela de una profunda herida. Le toco la cicatriz con el dedo, y ella me hace entender mediante gestos que alguien le apagó un cigarrillo en el pecho. Le beso la cicatriz y echo una mirada al reloj, porque la luz del día se cuela con toda su fuerza a través de las rendijas de las persianas mal cerradas. Son las siete. Me visto y busco dinero en mis bolsillos. Pero ella no quiere dinero.

Los jardines del Mamunia Hotel fueron en tiempos propiedad de un príncipe. Ocupan varias hectáreas, y están densamente poblados de las más raras especies de palmeras, naranjos, limoneros e

higueras, formando una auténtica selva en la que crecen también plantas carnosas y enormes flores. Por encima de la piscina se alza una alta palmera rodeada por un muro. Lo normal es pensar que en un lugar así se puede hallar el anhelado reposo. Churchill y esa mujerzuela que tienen por reina en Inglatera parece ser que lo hallaron. Yo no. Ya que por la noche nunca pego ojo, lo intento al menos durante el día, cuando no tengo que rodar, tumbado en una hamaca al lado de la piscina. Del cercano jardín umbrío llega a todas las horas del día y la noche una leve brisa.

Pero tampoco durante el día puedo dejar de pensar en la joven marroquí que trabaja de telefonista en el Mamunia. Trabaja por la noche, como su marido, que es el jefe del personal. Durante el día duerme con él. Así que por la noche se desliza por escaleras y pasillos hasta mi habitación, para un polvo rápido. Es una mujer huesuda, y los huesos le arden como si acabara de salir de unos altos hornos. El ardor del cuerpo le reseca la boca como si tuviera fiebre; no me sorprendería que de repente se pusiera a escupir fuego. Tenemos que darnos prisa, y ella ha de andar con muchísimo cuidado.

Para acortar camino de regreso al Mamunia, paso por caminos y callejas sin iluminación. Dos muchachos marroquíes empiezan a seguirme. Ya hace rato que he notado su presencia, cuando he entrado por las primeras callejas sin iluminación y sin asfaltar. Se van acercando deprisa, hasta ponerse muy cerca de mí, a izquierda y derecha. Ahora ya sé lo que quieren, o por lo menos creo saberlo.

Muchos marroquíes llevan navaja, y lo rajan a uno en menos que canta un gallo, pero yo no tengo miedo, y sigo caminando deprisa. El de la derecha se acerca tanto a mí que nuestros hombros se rozan.

—Eres guapo —me dice con aire misterioso, sin el ritmo vivo de la marcha, que todavía establezco yo. No me equivocaba, pues.

—Sí, eres guapo, y tengo ganas de estar contigo —repite el de la derecha.

El de la izquierda parece mudo, o quizá no habla francés.

—Si tú lo dices… Pero estoy cansado y hecho polvo, y necesito dormir como el aire que respiro.

Seguimos trotando al mismo ritmo, a grandes zancadas, como tres mosqueteros. El de la derecha se me coge del brazo. El mudo, al

verlo, hace lo mismo. Si resulta que llevan navaja, reflexiono, me han pillado con los brazos cogidos.

—Eres valiente —dice el de la derecha.

—¿Por qué? —le pregunto con el aire más inocente de que soy capaz. Y es que sé a qué se está refiriendo.

—Porque no sabes si llevamos navaja. Nosotros somos dos, está oscuro, y nadie te oiría gritar.

—¿Y por qué ibais a hacerme daño?

—Pues, por ejemplo, si te niegas a que te follemos.

—Oye una cosa. No tengo nada contra vosotros, lo único que pasa es que estoy muerto de cansancio. He estado follando hasta la noche y ya no me quedan fuerzas. No os lo pasaríais bien conmigo. Otra vez será. A propósito, me parece que me he perdido. ¿Por dónde cae el Mamunia?

—Vamos bien.

No me lo creo. Por los contornos no se ve ni una sola luz, ni siquiera de lejos, nada, y el campo en que nos encontramos no es el que ya conozco de otras veces. El de la derecha me sigue susurrando al oído toda clase de declaraciones de amor, mientras el de la izquierda se contenta con estrujarme el brazo. Al final del campo llegamos a una calle oscura y sin asfaltar, que se prolonga en un semicírculo. Unos pasos más allá se divisan luces en la lejanía, igual que se ve la costa cuando se sale al mar por la noche.

—Camina en dirección a esas luces. En la próxima bocacalle, a la derecha, y luego recto todo el rato. Irás a parar directamente al Mamunia. Eres un chico simpático. A lo mejor volvemos a vernos un día de éstos.

—Quién sabe…

Me doy la vuelta una vez más para asegurarme de que ya no están. No puede uno fiarse de estos zorros del desierto.

Me pongo a mear contra una palmera. Me escuece la picha de mala manera: vaya, otra vez purgaciones.

No tengo tiempo de ir al consultorio de un médico. Viene él con la jeringa. Estamos rodando en un palacio con mosaicos. Entre dos escenas me voy con el médico a la galería situada por encima del salón de té. Me bajo los pantalones, y en el momento en que la penicilina entra en mi culo, empiezan a llamarme otra vez.

María Rohm, vienesa, es la novia del productor inglés Harry

Allan Towers, para quien ruedo la película en Marrakech. Pero eso no le impide meternos mano a Margareth y a mí. Y Margareth, que está casada con Gino, mi agente, me mete mano, a su vez, a mí y a los dos al mismo tiempo. Las dos continúan con las carnes blancas como la nieve, a pesar del sol inmisericorde, y tienen la piel tan suave y limpia que me excita el simple contraste con las marroquíes, que no son ni blancas ni limpias.

—Tú lo tienes bien —me dice Senta Berger—. Yo tengo que cerrar los muslos durante estas siete semanas.

—Pues ven a verme —le digo desde mi hamaca. Está de pie a mi lado, con su encantador coño abultado justo delante de mi boca, mientras el vello púbico le asoma por los bordes del diminuto biquini.

—No puede ser —dice—, tengo novio.

Y frunce el ceño, como si reflexionara sobre la tontería que acaba de decir.

Después de Marrakech, dos películas en Londres. Luego otra en París. Luego una en Italia, en Capri, con Martine Carol.

Martine me enseña cada día uno de los —por lo menos— veinte abrigos de piel que posee. Hay uno del que está especialmente orgullosa. Matan a las madres y les arrancan del viente los cachorros en gestación. Luego les arrancan la piel a los cachorros aún vivos. Al parecer, gracias a ello las pieles brillan con especial belleza. Para confeccionar un abrigo hacen falta muchas pieles de cachorros arrancados del vientre de sus madres. Un abrigo de ese tipo cuesta varios cientos de miles de marcos. Hay pocos ejemplares. ¡Gracias a Dios!

Además de su manía por las pieles, colecciona vestidos, casas, terrenos, islas, y sobre todo diamantes. Muchos. Grandes. Los mayores son del tamaño de huevos de paloma, y se los cuelga hasta para desayunar. Me da pena. Si fuera unos cuantos años más joven, no necesitaría toda esa quincalla. No hacía falta que me lo confesara llorando.

—Cuando vuelvas a Londres, te instalarás en mi casa al lado de Hyde Park —me repite cada día varias veces, como si yo fuera un chiquillo desobediente—. Iré a buscarte al aeropuerto con mi Rolls

Royce.

Hay un intendente mierdoso que tiene la jeta de encargar que me pregunten una y otra vez si estaría dispuesto a actuar en el Schillertheater de Berlín. A un tipo que me telefonea, le digo:

—¡Por más dinero que me paguéis, prefiero rodar la película más cochambrosa a poner los pies en ese cementerio!

Ahora también puedo permitirme rechazar las lamentables ofertas de películas alemanas. Los italianos me dan a elegir cada semana entre treinta películas. Y yo acepto aquella por la que me paguen mejor.

Película francesa en Turquía. Rodamos en un burdel masculino. Por culpa de las inacabables sesiones de rodaje, sólo pesco cinco coños: una de mis compañeras en la película, dos figurantes, una camarera francesa y una fornida puta turca que trabaja hasta las cuatro de la madrugada en un restaurante al aire libre en el que siempre actúan obesas cantantes turcas cuyos cánticos duran horas y parecen no acabarse nunca. Se tira varias horas dándome largas. Por fin, mareado de puro cansancio, la llevo en taxi al lugar donde afirma vivir. Eso nos lleva una hora más. Pero, aunque apenas consigo mantener los ojos abiertos y siento en el cerebro un vacío paralizante, deseo tanto a esa mujer que la llevaría en taxi al fin del mundo si supiera con certeza que allí podría follármela.

Por fin llegamos a una casa que ella identifica como su domicilio. Por mi parte, estoy seguro de que la casa, que más bien se me antoja un gran cubo de basura con puertas, es un burdel.

Cuando subimos al primer piso, muchas de las puertas de las habitaciones del largo pasillo están abiertas, y se ven camas con las sábanas sucias y revueltas. De algunas habitaciones salen bufidos masculinos y gemidos femeninos. En otras se oye rechinar de camastros, toses, escupitajos, ronquidos… Y, tras cada grito de una mujer y gruñido de un hombre, suena el zumbido de las cañerías de bidés o lavabos, que se encuentran en el pasillo, fuera de las habitaciones. Apesta a semen, orina, sudor y pescado.

Mi puta cuchichea con otra turca que, vestida sólo con una

camiseta corta, sale tambaleándose de una de las habitaciones abiertas. Señala una habitación abierta al fondo del pasillo.

También allí las sábanas están sucias y revueltas. Y también mi puta está tan agotada que parece quedarse dormida cuando le arremango la falda y le bajo las sucias bragas. Tardo una eternidad en desnudarla, pues al considerable peso de su cuerpo se suma el peso del cansancio, y tengo que moverle yo mismo todos los miembros. Sus sucios pies están fríos y huelen a sudor. Tiene el coño grande, pero rígido y estrecho por dentro. Separo sus pesados muslos; se deja abrir de par en par. Me la follo, ansioso, dos veces seguidas, con la polla más tiesa que de costumbre. Ella se limita a gemir débilmente, sumida en el sueño provocado por el agotamiento. Cuando descabalgo, porque me pasan a buscar para rodar a las siete de la mañana, ella abre los ojos, me levanta en peso hacia sí y me besa la polla goteante.

No me pide dinero.

Nos hemos mudado de la Via Nemea a Cassia Antica, a la misma calle en que vive Dominique. Pero a Dominique sólo vuelvo a verla dos veces. La primera vez, en el piso de Carla Gravina, la mujer de Gian María Volonté. Carla está en la cama con la gripe. Voy a visitarla con Dominique.

Nuestra casa en la Cassia Antica es un palacio aislado, rodeado por un muro cubierto de rosales trepadores; tiene ocho habitaciones, cuatro cuartos de baño, una terraza ajardinada, garaje y piscina, y tiene uno de los mayores y más hermosos parques privados de Roma. Durante todo el año crecen y florecen las más selectas plantas y flores tropicales. El propietario es una empresa inmobiliaria que pertenece a su vez al Vaticano. Como media Roma. El alquiler asciende a 8000 marcos[9] mensuales. Tenemos tres empleados: dos criadas y un cocinero.

Un día recibo un aviso del destino. Pero no hago caso a la advertencia. Estoy rodando una película del Oeste en Cinecittà. El primer día del rodaje, el caballo a cuyos lomos dormito pega medio salto mortal hacia atrás, me aplasta contra un muro y cae sobre mí con todo el peso de su cuerpo. Tengo tiempo aún de darle una patada para evitar que me mate pisoteándome con sus cascos.

Luego no puedo levantarme, ni siquiera sentarme ni arrodillarme. Se me abren los fondillos y las perneras de los pantalones. Las glándulas situadas a la derecha de mis genitales se han convertido en una hinchada montaña azul oscuro.

No consiento de ningún modo en que me lleven al hospital. Dos miembros del equipo me llevan a mi camerino. Les pido que me tumben en el sofá y que me dejen solo. Sólo quiero descansar un poco. Sin embargo, me vienen unos dolores tan fuertes que quiero llamar a los dos muchachos para que me traigan un analgésico. Pero ya no me oyen.

Cada vez que intento incorporarme, me derrumbo como una masa amorfa, como si me hubiera quedado sin columna vertebral. Me dejo caer del sofá y repto a cuatro patas hasta la puerta. Lanzo mi cinturón al tirador de la puerta y consigo abrirla. Luego me arrastro por el pasillo hasta la sastrería.

La encargada de vestuario va a buscar a alguien de la productora, y me llevan a una clínica. Una vez vistas las radiografías, el médico me dice que tengo la columna vertebral rota.

—Bueno, astillada —rectifica: la médula no está dañada. Unos pocos milímetros más, y habría quedado paralítico para siempre. Tengo que quedarme en la clínica.

Biggi, a la que hemos telefoneado, llora y grita de miedo. No puedo mover el cuerpo; lo único que puedo hacer es utilizar el timbre que tengo en la cabecera de la cama, y hablar por teléfono con grandes esfuerzos. Mis necesidades corporales tengo que hacerlas en una cuña que una enfermera me pone debajo. A la enfermera del turno de noche le digo que vuelva cuando duerman los demás.

La verdad es que en mi estado la cosa no resulta fácil. Pero ella se coloca hábilmente, abierta de piernas y en cuclillas, sobre mi cipote, que pese a todo se pone tieso, y me cabalga con tal precaución, que su culo, e incluso sus labios de la vulva, no me rozan ni una sola vez el abdomen. El orgasmo es muy doloroso, y sólo podemos hacerlo una vez. Pero, noche a noche, la viva imaginación de la enfermera va perfeccionando las posturas.

Al cabo de doce días ya estoy harto de mi existencia vegetativa.

Me pongo un corsé confeccionado especialmente para mí y hago

los primeros intentos de levantarme y andar; me dejo llevar al lavabo, arrastrando los pies.

La película del Oeste que había empezado a rodar se ha ido al cuerno por lo que a mí respecta. Ni cobro mi sueldo, ni el seguro me paga un céntimo, porque el productor había hecho un contrato falso. Por si fuera poco, de momento no puedo aceptar ninguna película en la que tenga que montar a caballo ni hacer cualquier otro esfuerzo físico, por pequeño que sea. Tampoco me dejan conducir.

—A no ser que sea un Rolls Royce —me dice lacónicamente el médico. Me tomo al pie de la letra sus palabras y me compro mi primer Silver Cloud. Tres semanas más tarde, tiro el corsé desde el coche en marcha y firmo el contrato para rodar en España una versión de *Carmen* en la que, pese a la estricta prohibición facultativa, tengo que galopar de la mañana a la noche y pasarme ocho horas peleando a navajazos.

Biggi y Nasstia han venido también a España. Por las noches aúllo de dolor en la cama, y por las mañanas Biggi y el camarero del hotel tienen que incorporarme, porque estoy tieso como un palo.

Después de España, Brasil. Vuelvo a viajar solo en avión. Un auténtico diluvio ha arrasado las miserables favelas, causando miles de víctimas mortales. Cuando llego a Río, el agua llega a un metro de altura. Pero no son las catástrofes naturales ni el cólera lo que de momento me impide hacer virguerías.

Padezco día y noche tales dolores, y, en mi estado, los casi 50 grados de calor y más de 80 por ciento de humedad me debilitan de tal modo que temo no poder saborear como es debido los preparativos del carnaval.

Éstos son mucho más emocionantes que el carnaval propiamente dicho, porque se prescinde de esos estúpidos disfraces, y se puede oler y palpar los cuerpos brillantes de sudor y escasamente vestidos de las brasileñas. Los brasileños, de los niños a los ancianos, se mueven siempre, a todas horas, a ritmo de samba, y los tambores nunca enmudecen. Cuando calla uno, empieza el otro. Con su manera de zarandear las caderas y menear el culo, las chicas de Río

resultan embriagadoras incluso cuando andan normalmente por la calle. Te masajean a ritmo de samba el nabo dentro de los pantalones, y sin tocarte.

Me marcho del senil Copacabana Palace Hotel. El Leme Palace Hotel, moderno local en el que me alojo ahora, también da directamente a la kilométrica playa de Río de Janeiro. Sin embargo, suelo dormir fuera. Las noches son tan templadas que también en ellas la playa se puebla de cuerpos entrelazados. A nadie le importa lo que hacen los demás, porque todos follan.

Las chicas de Río han nacido para el amor, tanto las pobres como las ricas. Las pobres hacen la calle para ganar algo de dinero, aunque estén casadas. En Copacabana, por donde rondan, se apoyan en los coches aparcados y se levantan las faldas, bajo las que no llevan bragas.

—Toca, toca —me dice una—. Si quieres, puedes follarme aquí mismo.

Las ricas sólo se diferencian de ellas por el hecho de ser ricas, lo que les permite no tener que hacer la calle, o, por lo menos, no para sobrevivir.

El clima de Brasil le ha sentado bien a mi columna vertebral Ya no tengo dolores. Seguidamente tengo que ir a Hong Kong.

Cuando llegamos allí, la única que no está destrozada después de las veintiséis horas de vuelo es Nasstia, que corretea por el avión, insuflando un soplo de vida hasta al pasajero más malhumorado. Biggi está furiosa conmigo porque durante el vuelo he desaparecido un buen rato con una azafata de Lufthansa, y porque ésta, además, ha intentado darme su dirección en Hong Kong.

En el transbordador, durante la travesía desde Kowloon, Biggi me pega en la cara; más tarde, en el Hilton, sufre un ataque de nervios. ¿Qué puedo hacer yo? Ni siquiera consiente que la toque. Por ordinario que suene, lo cierto es que sólo pienso en las chinas, y el pulso me late enfebrecidamente.

Me paseo por las calles atestadas de seres humanos, hasta que encuentro un *riksha,* y me hago conducir al trote a casa de una puta china. Una vez saciada mi sed más urgente, me siento con los

chinos en la calle delante de la casa de la puta, y como con ellos entre el humear de las cacerolas y el crepitar y chisporrotear de los fogones sobre los que se asan calamares y cangrejos. Tengo que rodar dos películas en Hong Kong, para Towers. Está previsto que el rodaje dure dos meses y medio. Me propongo alimentarme bien y con regularidad, para mantener mis energías. Con sólo pensar en la puta con la que acabo de estar…

Margareth Lee y Maria Rohm también forman parte del grupo, y ahora se lo montan la una con la otra sin ninguna inhibición, porque Towers viaja a Europa una vez por semana, y prácticamente nunca está.

En Kowloon, Margareth, Maria y yo tenemos que esperar el inicio del rodaje en una habitación que es un verdadero establo, porque no hay hotel alguno en las cercanías. También está la maquilladora inglesa, con su hija, que ha venido para maquillar a Margareth y Maria. Pero de momento Margareth y Maria no están para maquillajes. Se sientan en mi cama con la hija de la maquilladora y se ponen de acuerdo en cuál de las tres me quita cada prenda y cuál de las tres echa mano primero a cada parte de mi cuerpo. Mi opinión no cuenta.

Seis de las chinas a las que me he tirado hasta ahora en Hong Kong son refugiadas de la China roja. ¡Cuántas chinas cachondas tiene que haber en un país de mil millones de habitantes!

A Nastassia tienen que operarla de apendicitis. Cuando ya puede volver a levantarse, vamos al Tiger Balm Garden y a Aberdeen, donde los juncos pasan silenciosos frente a nosotros semejantes a buques fantasmas, flotando sobre las aguas como jirones de niebla, y nos ofrecen calamares y cangrejos que asan vivos al fuego de carbón ante nuestros ojos.

Por las noches salimos a navegar al Mar de la China.

Los meses en Hong Kong se acercan a su fin, y yo cono de una habitación de hotel a otra. De las chicas de Kowloon a las chicas de Aberdeen y a las modelos filipinas que exhiben en el Hilton sus trajes típicos nacionales. De Margareth a María. De Hong Kong a Taipei, Pekín y Shangai.

De nuevo en Roma, cambio mi Rolls Royce por otro Rolls Royce. Cuando me canso también de ése, me compro otro Maserati. Luego un Ferrari y otro Rolls Royce descapotable de 100 000 dólares. Cambio de coche porque vibra la puerta (que he olvidado cerrar), o porque no puedo abrir la ventanilla lo bastante rápido cuando paso por delante de una chica, o simplemente porque hace más de una semana que conduzco el mismo coche y ya estoy harto de su color.

Devuelvo el adelanto que he cobrado por otras dos películas en Hong Kong y Filipinas. En el último momento, renuncio al dinero y firmo para otra película en Río de Janeiro. Quiero estar con mis brasileñas. Esta vez me encuentro mejor ya desde un principio. El clima tropical, caluroso y húmedo, de Hong Kong, muy parecido al brasileño, ha acabado de curarme la columna vertebral.

Nuestra primera escala es Nueva York, donde tengo que rodar una semana con Edward G. Robinson. Después de unas cuantas putas gastadas de Broadway, cambio mis territorios de caza a Greenwich Village, donde las chicas, por la noche, esperan delante de los locales *beat* a alguien que les dé unos cuantos dólares para marihuana. A cambio de eso, hacen cualquier cosa. Y como no se pueden formar grupitos en la calle, porque los policías berrean enseguida «¡Circulen!», me llevo a mi hotel a tantas muñequitas de ésas como puedo. Incluso en invierno, sólo llevan un trapo liviano encima de sus cuerpos demacrados por la droga, y lo primero que hago es vestirlas.

Preferirían que les diese dinero en metálico para comprarse ellas mismas ropa de invierno. Pero no caigo en la trampa. Por culpa de una de ellas estoy a punto de perder el avión a Río.

Esta vez me quedaré cinco semanas en Río. Trabajamos como mulas, pero la mayor parte del rodaje se realiza de noche, lo que resulta más soportable. Rodamos con una escuela de samba entera. Aún estamos en diciembre, y la productora no puede esperar a que empiece el carnaval.

La escuela de samba, formada por miles de chicas, es un auténtico filón de las más feroces brasileñas, hijas de cazadores de cabezas, cuyos padres todavía eran caníbales, y que son más negras que unos zapatos de charol. Los cuerpos de esas chicas, de piel

brillante como la de las salamandras, vibran al igual que una cobra. Sacan la punta de la lengua escarlata y bailan casi desnudas delante de la silla en la que me siento durante las pausas en el rodaje. Otra vez es Nochebuena. ¡Y será la más caliente de mi vida!

Me cito con la más joven de todas. Y mientras las fogatas de los que invocan espíritus iluminan la playa situada más arriba, de Copacabana, el agua de las encrespadas olas, cuyas lenguas se deslizan por la arena hasta nosotros, lamen nuestras piernas abiertas y convulsas.

No puedo pensar en enfermedades venéreas cuando estoy metiéndosela a una de esas salamandras negras.

Sin embargo, no todas las brasileñas tienen la piel oscura. La más blanca que jamás he visto es la hija de un millonario, rey de las lavadoras, y exhibe una belleza tan abrumadora que palpo su rostro como en trance para asegurarme de que no estoy soñando. No sé por qué ha venido al Leme Palace Hotel, en una de cuyas habitaciones rodamos una escena de la película. Se cuela por entre técnicos sudorosos, focos y cables, se abre paso a codazos por entre los individuos ocupados y desocupados que suelen aglomerarse en torno al equipo de rodaje, dedicándose a estorbar y a pisarnos los pies, y me mira cada vez que puede. Como sólo tengo que subir unas pocas plantas para llegar a mi habitación, y además no tengo tiempo para alejarme mucho con ella, pido al equipo de filmación que me avisen cuando me necesiten, y me llevo para arriba a la blanca. Pero ella se empeña en casarse conmigo inmediatamente y presentarme a su padre. Me pregunto quién demonios habrá inventado la ley que prohibe la bigamia.

Pero hay otros casos excepcionales en los que también subo a mi habitación. Dos azafatas de Swissair me dan todas las tabletas de chocolate suizo que jamás ofrecen a los pasajeros y se meten en los bolsillos. Me follo a las dos golosas en sus habitaciones, porque las he conocido en el ascensor, y después del largo viaje tienen que irse enseguida a la camita.

También visito por la noche, en su habitación, a una turista de Buenos Aires. Podría haber bajado con ella a la playa, pero no es ella quien me interesa, sino su hija. La madre empieza a lamerme la cara de buenas a primeras. Pero permanezco inflexible: la condición es la niña. Sólo accederé a follármela si me entrega a su hija.

Una más, la última, en el Leme Palace Hotel: la encargada de vestuario, una negra. Me la follo mientras me ayuda a cambiarme de ropa entre escenas. Luego descubro que vuelvo a tener purgaciones.

En Cortina D’Ampezzo ruedo mi primera película del Oeste con nieve. Biggi y Nasstia están contentas y distendidas, juguetean por la nieve, van en trineo todo el dia, patinan y se pasean por las montañas en trineos tirados por caballos con cascabeles. Pero en cuanto Biggi y yo estamos juntos, discutimos y nos pegamos.

Esta vez, el motivo es la negra estadounidense Vanessa McGee, que es mi pareja en la película y posee un excitante cuerpo de chico. Peinado de chico. Culo de chico y apenas tetas. Su habitación está justo encima de la nuestra.

De madrugada, cuando dejo a Vanessa, a la que me he follado durante la segunda parte de la noche, me deslizo sigilosamente junto a Biggi, que duerme, para recoger mi cepillo de dientes, mi afeitadora y una muda de ropa interior. De esa manera no podemos pelearnos. Las beso a ella y a Nasstia delicadamente, para no despertarlas.

¿Se imagina Nasstia la clase de vida que llevo? Quiere a su madre más que a nada en el mundo, pero también me quiere a mí cada día más, y yo estoy loco por ella. No puedo ni concebir la idea de que un día tengamos que separarnos.

En Roma, Marlon Brando aporrea cada noche la puerta de Vanessa. Está rodando no sé qué mierda (creo que *Candy*), y se aloja en la misma pensión que Vanessa. Espero que acabe abriéndole la puerta por fin, para poder volver a dedicarme a otros chochos. Pero Vanessa no le abre la puerta, y a la mañana siguiente tengo que follármela en su camerino de los estudios Helios. Vanessa es muy celosa, y en ese aspecto se lo toma todo muy a pecho. Se va de la pensión en la que Brando no la deja en paz, y se instala en el Hotel de la Ville, por encima de la Plaza de España. Me manda allí. La

hermana menor de la mujer de Trintignant también vive ahí. Quiere llevarme a una «fiesta LSD», pero yo prefiero quedarme con la amiga de Vanessa, una cantante negra estadounidense, que todavía no se ha vestido y está ocupada en su higiene matinal. Vanessa enloquece de rabia y me insulta delante de todo el mundo en el vestíbulo del hotel. No debió haberme dicho que su amiga estaba aún en la habitación y que todavía no se había vestido. Francamente, Vanessa debería conocerme mejor. Y sobre todo a sí misma. Tuvo celos de Biggi desde el primer momento.

Visconti envía a alguien a preguntarme si quiero rodar con él. La productora telefonea varias veces a los estudios y me pide que espere con paciencia hasta que haya datos concretos y se pueda hacer el contrato.

—¿Quién es el Visconti ese? —le pregunto a Gino.

—Harás mejor en rodar la próxima del Oeste —me responde.

—Esso —me dice Rinaldo Geladi, especialista en relaciones públicas, señalándome a alguien con el dedo pulgar por encima de su hombro. Se refiere a la chica que acaba de desaparecer para ir al lavabo. La he conocido hace media hora. Rinaldo la ha traído al lugar del rodaje, Magliana, en las afueras de Roma. La chica le había pedido que la llevase porque quería conocerme. Le he dicho buenos días, me he sentado al volante de su Ferrari y la he llevado hasta el restaurante en el que, aprovechando la pausa de mediodía, estamos comiendo. Hasta ahora, la chica no ha podido llevarse un tenedor de espaguetis a sus rojos labios sin pestañear con sus preciosos ojos italianos y sonreírme. Ahora me doy cuenta de que sólo ha estado jugueteando con los espaguetis y no ha comido nada.

—¿Qué quiere decir «Esso»? —replico.

—Moratti.

—Ah, la fábrica de tabaco.

—No, hombre, no. No *Muratti*, sino *Moratti*. Petróleo. Ella se llama Bedi Moratti. Su padre es el hombre más rico de Italia.

—Interesante —digo.

Bedi vuelve del lavabo. Se ha repintado los labios, y sonríe aún

más enamorada que antes de irse. Ahora la someto a una observación más rigurosa. No porque su padre sea, según Rinaldo, el hombre más rico de Italia, sino porque hasta ahora sólo he estado observándola mecánicamente.

Tiene el pelo largo y sedoso, dientes sanísimos, una delicada boca sensual y ojos nostálgicos y soñadores. Su cuerpo es frágil como una figura de porcelana. Pero pese a su expresión ausente y melancólica, y pese a su cuerpo de elfo, estoy seguro de que es una mujer de gran energía y tenacidad. No en vano conduce el coche deportivo más rápido del mundo, que se pone a cien en primera, de una sola pisada al pedal del gas: un coche construido para hombres, y no para las tiernas manos de hada de Bedi. Lleva un ligero vestido de verano floreado y un diamante de al menos diez quilates.

Rinaldo me da una palmada en la espalda. Me he quedado absorto en la contemplación de Bedi; ella también parece haber olvidado lo que la rodea e incluso se ha olvidado de sonreírme, y yo no me he dado cuenta de la presencia del regidor, que ha venido a nuestra mesa hace diez minutos para llevarme de vuelta al lugar del rodaje. Le doy a Bedi mi número de teléfono, ella me da el suyo, y nos prometemos volver a vernos.

Llama a casa el mismo día, por la noche. No podía saber que Biggi iba a ponerse al aparato. Yo tampoco contaba con ello, porque nunca lo hace.

—Es para ti, una mujer —me dice enfadada.

No puedo hablar mucho rato con Bedi. Biggi se ha ido a su habitación y no puede oírme. Pero no quiero que se repita lo que pasó en Yugoslavia. Le digo a Bedi que es mejor que no vuelva a llamar a casa, y que nos encontraremos en los estudios de Rinaldo.

No sé qué princesa rusa me ofrece una casa en la Via Appia, la calle más hermosa y antigua del mundo. En la casa, que está en alquiler, se aloja la condena Vassarotti.

Me desplazo a la Via Appia con la princesa, cuyo perro faldero se mea en mi Rolls Royce, y echo una mirada a la casa. Es la casa contigua a la villa de Gina Lollobrigida. Está completamente aislada, en un terreno enorme poblado de pinos, cipreses, cerezos japoneses centenarios, rosales, adelfas, naranjos y limoneros, trufado de ruinas del imperio romano y rodeado de un muro antiquísimo de dos metros de altura.

La casa propiamente dicha tiene novecientos años de edad y está registrada entre los monumentos artísticos de Italia Tiene cuatro plantas, catorce habitaciones, siete cuartos de baño, cinco chimeneas, en el primer piso un salón de veinte metros de largo y diez de altura, ascensor propio, que sube a lo alto de la torre, un ala anexa para el personal y, en el jardín de árboles frutales, un pabellón que tiene a su vez un salón, dos cuartos de baño y cuatro habitaciones en el primer piso.

Bajo las ramas colmadas y colgantes de los almendros y los nogales, hay un invernadero con orquídeas de especies raras.

En la Edad Media, el castillo fue transformado en una iglesia. Nadie sabe qué había sido antes. Los cimientos de los muros son de granito, y fueron construidos antes de Cristo; en los arcos de mármol y en los peldaños de las escaleras, hechos de sillares de piedra, está cincelado el escudo del Vaticano, que graba su símbolo en todas las propiedades posibles, como los ganaderos en los culos de las vacas.

La condesa Vassarotti vive sola en la fortaleza. Su marido, que era productor cinematográfico, se suicidó. La condesa vive entre muebles antiguos devorados por la carcoma, que crujen cuando uno se apoya en ellos, en medio de una jungla de ramos de flores podridas y cientos de cuadros decrépitos y de mal gusto, entre alfombras chinas meadas y cagadas por sus perros y gatos, y montañas de piezas de porcelana resquebrajadas.

No hay luz eléctrica ni funciona el ascensor, cuyo hueco, por debajo de la planta baja, está lleno de agua hasta un metro de altura. Jane Fonda vivió aquí seis meses mientras rodaba una película en Roma, y una vez, durante una tormenta, se quedó varias horas encerrada en el ascensor. Vadim puso de su parte todo lo necesario para acabar de convertir la casa en una auténtica pocilga.

Para que se convierta en el castillo de cuento de hadas que necesito, tendré que tirar a la basura la mayoría de los trastos y poner la casa a punto.

Le hablo a Biggi de la casa, y quiere verla enseguida. Y, en cuanto la ve, ya no quiere salir de ella. Gino se mesa los cabellos:

—¿Es que no sabes que toda la Appia Antica está infestada de serpientes y ratas? ¡Los lagartos venenosos se te meten en la cama! ¡Te encuentras hormigas y arañas en la sopa! ¡Te devoran los

mosquitos! ¡Esa casa es tan antigua que cuando seas viejo todavía estarás trabajando para salvarla de los hongos! ¡De aquí a tres meses volverás y me maldecirás por no haberte impedido por la fuerza que la alquilaras!

No le hago caso. Biggi y Nasstia tendrán su castillo de cuento de hadas. Ahora Nasstia va a la escuela en Roma, y las dos quieren quedarse en Italia a toda costa.

Yo ya sabía desde hacía semanas que tenía que irme a Almería. Biggi lo sabía también, pero no hemos vuelto a hablar de ello. Ahora, de repente, se empeña en venir conmigo. Le digo que es mejor que nos separemos unas semanas.

El motivo no es otro que Bedi, a la que veo cada vez más a menudo. Me acompaña a todas partes donde tengo algo que hacer. Cuando ruedo en los bochornosos estudios y no tengo apenas tiempo para ella, me espera pacientemente. Soporta el calor abrasador durante las escenas al aire libre, en las que a menudo no hay siquiera una sombrilla ni una silla en la que sentarse. Me sigue allá adonde voy y cada día se pone más triste, porque se acerca el momento de mi partida. Y es que no le he dicho que venga conmigo, ni lo que siento por ella. Ni yo mismo lo sé. Cuando como en el restaurante japonés, se está callada a mi lado, sin comer nada, y lo mismo hace cuando, acompañado de arquitectos y decoradores, escojo sedas para las paredes y cortinas, pomos dorados y grifos, moquetas y papeles pintados para la Appia. Y siempre está dispuesta a llevarme en su Ferrari.

Esta mañana he salido con mi Rolls Royce descapotable después de dar las instrucciones para los trabajos en la Appia. Bedi ha acudido a las seis de la mañana a la Plaza de España para verme una vez más. En las escaleras de la plaza la abrazo y la beso por primera vez en la boca. Cuando tuerzo por la Via del Babuino para dirigirme a la Piazza del Popolo, todavía está allí de pie, tal como la he dejado tras el beso.

El primer día viajo de un tirón hasta Marsella. Me voy de putas a las tres de la madrugada. Me dirijo a una que está sentada acurrucada en el bordillo y me voy con ella a una pensión. Pero no me lo paso bien. Me voy al hotel y llamo a Bedi a Roma.

De Marsella viajo hasta Barcelona Pero esta vez ni siquiera las jóvenes putas de Barcelona me ponen cachondo. Ni las bailarinas de flamenco. Ni las gitanas, a las que tanto quiero.

Cuando llego a Almería, en la recepción del hotel me dan un telegrama de Bedi. Llega mañana por la noche. Me pongo tan contento que cojo a mis gitanos y organizo con ellos una fiesta en un restaurante flamenco. Las chicas bailan delante de mí encima de las mesas, y yo veo cómo se rozan entre sí los labios de sus vulvas.

Una de las chicas es propietaria del local. Me la follo de pie en el minúsculo lavabo situado detrás de la cocina. Antes de volver al hotel, me tiro al mar.

Bedi ya ha preguntado por mí en recepción, y ahí me la encuentro de pie, cansada y pálida. No lleva maletas, sólo un neceser. No ha venido con un avión de líneas, sino con un *jet* privado. Ha tenido que volar hasta Málaga, porque en Almena no hay aeropuerto. Los cerca de doscientos kilómetros de curvas entre Málaga y Almería los ha recorrido en taxi. Su padre ha avisado a sus sicarios en todos los aeropuertos para que le echen el guante y la lleven de vuelta a casa. Mañana, a las cuatro de la mañana, tiene que volver a Málaga, desde donde despega su avión a las siete. Son las diez. Tenemos seis horas.

Bedi está cohibida y torpe, como si temiera no dejarme satisfecho. Me la follo en serio, con toda mi entrega, mi ternura y mi brutalidad, y sin compasión.

Ella se enardece y exhala su aroma, y patalea, y jadea… Nos dormimos embriagados y satisfechos…

Sin que yo me diera cuenta, Bedi se ha levantado, se ha vestido y ha desaparecido. Cuando el conserje del hotel me despierta por segunda vez, porque el coche que ha venido a buscarme para ir a rodar lleva ya una hora esperándome, encuentro una carta que Bedi, antes de marcharse, ha escrito en el lavabo, para no hacer ruido. Se me pone la polla tiesa cuando leo la frase: «… Espero no haberme comportado demasiado torpemente en la cama…».

Empiezo a vestirme, pues el teléfono suena ya por tercera vez.

Los niños limpiabotas de Almería, todos ellos gitanos, escupen en los zapatos del cliente y, con maneras de acróbata, lanzan los cepillos al aire y dan una palmada antes de volver a cogerlos. Hoy dejan plantados a los atónitos turistas y me llaman a gritos desde el

otro lado de la calle. Saben que me encanta verles marcar para mí, en medio de la calle y en medio del tráfico, unos cuantos pasos de flamenco, golpeándose el pecho con fanatismo y poniendo gesto serio y de dolor.

Bedi vuelve a venir. Como tengo el día libre, nos vamos a Málaga. Bedi tiene que marcharse al cabo de dos días. Yo tengo que ir a Barcelona. Bedi me acompaña y se queda una noche. Vuelve a venir, vuelve a irse. Y va a todos los lugares adonde voy yo.

Entretanto, Biggi y Nasstia se han mudado ya a la casa de la Appia, porque las obras están prácticamente acabadas. Cuando vuelvo de España, me grita, fuera de sí, que va a hacer las maletas y a dejarme para siempre. Durante mis dos semanas en España no la he telefoneado, telegrafiado ni escrito, lo cual, por más que me entregase al puterío, siempre había hecho, menos en Praga. Sé que nuestro matrimonio ha fracasado definitivamente, pero quiero a Biggi e intento convencerla de que se quede en Roma. En vano.

—¡Serías capaz de acostarte hasta con tu propia hija! —me grita, fuera de sí de rabia, y sale corriendo de la casa.

No vuelvo a encontrarla en todo el día, y tampoco Nasstia sabe dónde se ha metido, y la busca también.

Encuentro a Biggi en un rincón del invernadero, sentada en el suelo entre macetas que cuelgan sobre su cabeza y que se alinean sobre largas mesas, y en las que crecen orquídeas leonadas como gatos salvajes, de cuya belleza no me había dado cuenta hasta este momento. Biggi no me mira. Y mientras, con un asombro infantil, acaricia con los dedos una orquídea, me dice:

—Estaba del todo convencida de que Nasstia y yo íbamos a vivir en este paraíso. Pero lo has echado todo a rodar.

—¡Sí he alquilado esta casa sólo por vosotras!

—Puede ser. Incluso creo que tu intención era sincera. Pero no podemos quedarnos contigo. No podemos vivir en una casa a la que vuelves por las mañanas después de tus correrías. Mañana cogeré con Nasstia el avión para Berlín y me buscaré un piso.

Llevo a Biggi y Nasstia al aeropuerto. Antes de pasar por el control de pasaportes, Biggi se echa a llorar. Igual que yo, se da cuenta de que todo ha acabado. Nasstia se agarra a las piernas de Biggi y hunde la cara en su regazo.

—¿Por qué nos echas?…

—Yo no os echo. Eres tú la que no quiere quedarse conmigo.

Todo lo que digo suena absurdo. Y es que Biggi tiene razón. En el fondo soy yo quien, sin quererlo, las está echando desde hace años. Biggi todavía llora cuando cruzan la barrera. Nasstia se gira una y otra vez hacia mí y camina vacilante cogida de la mano de Biggi. Los ojos se me arrasan en lágrimas.

Llamo a Bedi desde el aeropuerto. Quiero irme con ella a la playa y no pensar en nada más. En Fiumicino subimos a bordo del yate de su padre y navegamos hasta Cerdeña, donde sus padres poseen un hotel, y donde están anclados los yates de sus hermanos y el lujoso barco de su madre, que es tan grande como un pequeño transatlántico.

Bedi se viene a vivir conmigo a la Appia y se trae una parte de su guardarropa. En Roma, los fotógrafos nos persiguen por doquier, y damos tema de conversación a todos los charlatanes.

No sé si Bedi está celosa de la princesa Ira de Fürstenberg; sea como sea, lo cierto es que me tira a los pies, furiosa, un puñado de revistas italianas que traen fotos de Ira conmigo. Cada vez que tengo que besar a Ira delante de la cámara, le arremango la falda hasta encima de las nalgas sin que ella se dé cuenta. Me gustaría habérmela encontrado cuando tenía quince años y estaba embarazada por primera vez. Ira es tan estúpida que me guiña el ojo incluso cuando está sola delante de la cámara para un primer plano. Por más que el director se empeñe en sacar adelante la escena a toda costa, no paro de guiñarle el ojo a Ira, y entonces ella me lo guiña a mí enseguida.

En Montecarlo, donde rodamos la escena final de la película, quedamos en vernos en Ginebra. Le digo: «Te llamaré». Pero Bedi me llama a Montecarlo y me dice que quiere ir conmigo a Barcelona, donde a fines de esa misma semana empiezo a rodar la siguiente película.

Hasta el momento, Bedi y yo no habíamos tenido ocasión de follar tanto tiempo seguido sin interrupción como ahora, en Barcelona. Ya no pegamos ojo por las noches. Al amanecer, cuando me vienen a buscar para rodar, Bedi va conmigo. Acabada la sesión de rodaje, nos vamos directos a la cama. Y cuando, por la noche, tenemos tanta hambre que ya no nos quedan fuerzas para follar, y nos sacamos mutuamente de la cama para meternos en algún local

—la bazofia del hotel Ritz no hay quien se la coma—, siempre llegamos tarde y no nos dan nada para comer.

Bedi sólo se muestra desconfiada una vez: cuando Romina Power, que tiene catorce años, y yo nos encontramos en los estudios, y le cojo la mano para no soltársela en un buen rato.

En Roma, Romina se empeña en que su madre Linda Christian nos invite a su casa. Y mientras Romina desaparece conmigo para enseñarme sus pinturas infantiles, la madre de Linda, una bruja mejicana, le predice el futuro a Bedi. Le lee en las manos que vamos a separarnos. Bedi y yo quedamos turbados.

Pasolini, que me ha mandado el guión de Pocilga, su última película, se presenta en la Appia con una horda de chicos jóvenes, y quiere hablar conmigo. Pola está conmigo, porque Bedi tiene que dejarse ver en casa de sus padres. No tengo ganas de bajar al salón. Hablo por teléfono con Bedi, que me ha llamado desde Milán, y digo a Pola que les sirva algo a los integrantes de la horda masculina mientras yo hablo con Bedi. Gino también está.

Bajo una hora más tarde. En el salón reina una atmósfera algo violenta. He hecho esperar a Pasolini más de una hora.

Pido disculpas por mi conducta y aduzco haber estado hasta ese momento leyendo el guión, pero no lo entiendo. En realidad, Gino me ha explicado previamente de qué va ese bodrio.

Desde luego, el argumento es un poco excesivo. El personaje principal, que debería interpretar yo, es un tipo que, impulsado por el hambre, ataca a un guerrero bien formado y lo devora. Y lo ponen cachondo las musculosas formas de su comida. Esa historia, después de todas las paridas que he tenido que rodar hasta ahora, parece soportable. Pero el sueldo no. El productor Doria es de los mejores de Italia, pero si yo cobrara por todas mis películas el salario de hambre que él me ofrece, tendría que acabar comiéndome, para sobrevivir, a Doria o quizás incluso a Pasolini. Gino y yo hemos acordado subir mis exigencias económicas a cada nueva película Por eso a Gino no le frustra que no acabemos firmando el contrato.

I bastardi con Margareth Lee y Rita Hayworth en España. En principio, Bedi quería venir conmigo enseguida, pero vendrá algo

más tarde. Margareth tiene una amiga peluquera a la que trae a Madrid. Me propongo seducir a la peluquera, que es tan lesbiana que me pega en las manos cuando le meto mano a Margareth.

Las invito a las dos a mi habitación del hotel Palace. Bailo con la peluquera mientras Margareth se masturba en la cama Ya tengo el dedo dentro del coño de la peluquera… Y en eso suena el timbre. Abro la puerta con la intención de pegarle una bronca al aguafiestas, pero me encuentro a Bedi, que se me echa impetuosamente al cuello. ¡Al menos podría haber telefoneado o mandado un telegrama! Hago durar al máximo la escena de bienvenida en el recibidor de mi apartamento, para que las dos de dentro puedan arreglarse la ropa. Antes de presentárselas a Bedi, le digo al oído:

—Son dos lesbianas. Ya se iban.

Cuando Bedi vuelve a Italia, me dedico por fin a Rita. Desde que ha estado casada con Alí Kahn y Orson Welles, Rita ya no es la *girl pin-up* que se la ponía tiesa a los marines, pero sigue siendo una mujer guapa. Se aloja, como yo, en el Palace; una noche, me enseña su apartamento, que es aún más hortera que el mío.

El Corral de la Morena es el local de flamenco más famoso del mundo entero. En él actuaron Carmen Amaya y La Chunga, y en él bailan, cantan y tocan aún las mejores jóvenes promesas gitanas. Las chicas, sentadas en una fila de sillas delante de la pared, se ríen entre dientes y cuchichean, pues no dejo de mirar ni un momento a la más joven de ellas.

Después del espectáculo, va conmigo al Palace. Tiene un culo tan desvergonzado que me deslizo sigilosamente tras ella cuando va al lavabo a mear. La levanto a pulso de la taza del retrete y la amorro contra uno de los lavamanos de mármol. Cuando la chica ya colea como un pez fuera del agua y yo estoy a punto de correrme dentro de ella por detrás, ceden las grapas que sujetan el lavamanos a la pared, y un chorro de agua caliente brota de los tubos rotos. Salimos corriendo del cuarto de baño, cerramos a cal y canto la puerta y continuamos el número en la cama. Pero no sólo se cuela el vapor por las rendijas, sino que también el agua caliente penetra en el dormitorio por debajo de la puerta. El portero de noche nos manda a un lampista que cierra la llave de paso y se pone a trabajar

en el cuarto de baño. La del culo descarado se entierra debajo de la colcha hasta que el lampista ha acabado de sellar el tubo.

He vuelto a cambiar de coche. De siete Ferraris, me he cargado cuatro, y ahora me dispongo a cambiar mi sexto Rolls por otro Ferrari. En el último cambio perdí unos 40 000 marcos. En los cuatro años que llevo en Roma he comprado y cambiado dieciséis coches. Tres Maseratis, siete Ferraris y seis Rolls Royce. En la casa me he gastado más de 300 000 marcos, a pesar de que no es mía. Tengo a siete personas a mi servicio: un chófer, un jardinero, dos criadas, un mayordomo, una cocinera y una secretaria. Sólo el personal me cuesta más de 7000 marcos al mes. La vida me sale por unos 8500 marcos mensuales. El caviar ruso y el champán, que ofrezco a todo hijo de vecino, me cuestan unos 10 000 marcos. Incluso el portero y los obreros del gas se toman una copa a menudo, y una vez hasta los bomberos, que habían venido a apagar un fuego en la finca contigua y me habían pedido que les dejase enchufar en mi casa sus mangueras.

Pero los que más jalan y privan en la Appia son los periodistas. Una periodista alemana vomita en una alfombra china porque le entran más cosas por los ojos de las que le caben en el estómago. Luego escribirá en una revista del corazón que me como el caviar a cucharadas.

A esos gastos se suman la ropa, los viajes, la gasolina, las facturas del teléfono —de 8000 a 10 000 marcos—, y los constantes cambios de coche, que se tragan una auténtica fortuna. Aunque corro de una película a otra (hasta once películas al año, y una vez incluso tres al mismo tiempo), y mi sueldo ha subido a 50 000 marcos al día, estoy constantemente falto de dinero.

Las dos próximas películas, por las que me han dado un adelanto, se han ido a hacer gárgaras. La productora se ha quedado sin dinero ya antes de empezar el rodaje. Aquí esto no tiene nada de raro, pero yo no contaba con ello en este momento.

Bedi nunca tiene mucho dinero en su cuenta corriente. Todas sus facturas las paga su padre, por abultadas que sean. Bedi y yo nos vamos a Milán y cogemos sus joyas. Pero no puede venderlas. Gino las lleva a una casa de empeños en Roma Podría haber pedido una

fortuna por ellas, pero me trae sólo 50 000 marcos para facilitarme el despegue. Bastará para unas cuantas semanas, hasta que empiece la próxima película. Desde la época del prestamista que se quedó con el anillo de bodas de mi madre, lo único que han cambiado son las cifras.

Las dos películas siguientes son una bélica en el noroeste de Italia y una de gángsteres en Génova. Bedi acude a toda velocidad con su Ferrari desde Milán a Montecauni, Livorno y Génova, pese a la nieve, la niebla y las autopistas heladas. Para una noche. Para un día. Para unas horas. Cuando Bedi no puede moverse de Milán, soy yo quien, a bordo de mi Ferrari, salgo disparado para allá en cuanto acaba el rodaje. Para una noche. Para unas horas. Nos encontramos en el Principe di Savoia en el que Bedi vive ahora permanentemente, además de utilizar su piso de Milán y las casas de los Moratti.

Bedi no puede más. Después de nueve meses y medio conmigo, está para el arrastre. Se derrumba física y psíquicamente y tiene que ingresar en una clínica suiza. Yo tengo que irme a Londres.

En un club *beat* de Londres, Revolution, conozco a Luna, la modelo negra más alta del mundo. Debe de medir por lo menos dos metros, creo. Le digo que me la llevaré a Roma. Toni pone cara de mala leche. La he conocido un día antes, durante el rodaje; me la he llevado al hotel, y esta noche hemos ido juntos al Revolution. La productora le ha alquilado su diminuto perro de aguas, y Toni tiene que estar allí durante el rodaje, porque, si no, delante de la cámara el perrito no camina en la dirección correcta.

Toni lleva una minifalda tan corta que, cuando levanta la mano para hurgarse la nariz, se le ven las nalgas y el coño. Es una *London girl* de la cabeza a los pies, y sólo habla *cockney*, una jerga que entienden solamente los que también la hablan.

Como iba diciendo, Toni está de morros, pues odia a todas las demás chicas con las que entro en contacto, y sin duda maldice ya en su fuero interno a Christiane, mi pareja en la película. Se me había olvidado del todo que a Toni también le he prometido llevarla conmigo a Roma. Para no armar un lío monumental, y para salvar lo que aún pueda salvarse, le doy a Toni dinero para un billete de avión y le digo que se reúna conmigo en Roma una semana más tarde.

Luna, Toni, Christiane y yo bailamos hasta el amanecer. Luna conoce a casi todos los demás clientes, y todos la conocen a ella. Es tan alta que Roman Polanski tiene que colgársele del cuello para poder saludarla con un beso, aunque sea en el ombligo.

En Londres fumo —por última vez— tantos porros que me estiro desnudo, al viento helado, en el balcón de mi apartamento, hasta que vuelvo en mí. Luego me zampo ocho emparedados y bebo tres litros de leche fría. Esta vez he tenido bastante para el resto de mi vida. A partir de ahora, Luna, que fuma porros noche y día y los lía incluso cuando está sentada en el lavabo, tropieza con un rechazo total por mi parte.

En Roma se arma la de san Quintín. Toni vuelve a poner mala cara porque tengo que rodar con Christiane en Cinecittà, y no puedo estar por ella. Pero sobre todo odia a Luna, que se ha traído —pagando yo, claro— a Henry, un modisto maricón amigo suyo y ha sentado sus reales en la Appia. Henry y Luna han traído tanto equipaje que tenemos que alquilar un camión en el aeropuerto.

Henry se parece a Oscar Wilde en su juventud, tiene bucles castaños que le llegan hasta los hombros, sólo lleva ropa de terciopelo negro, es callado y agradable, y, con tal de tener champán y lujo en abundancia, se siente el hombre más feliz del mundo.

Luna ignora a Toni, como si ésta se hubiera quedado en Londres y no estuviera sentada con ella en la misma mesa en Roma. No cruzan una sola palabra. Toni tampoco se habla con Christiane. Los primeros días, cuando me encierro con Luna, aporrea la puerta de mi dormitorio y berrea: «¡Fóllame!».

Luego apenas me habla. Y cuando le digo: «Voy a follarte», me replica: «¡Fóllate a ti mismo!».

Mi casa de la Appia se convierte en un garito de drogadictos. Toni detesta todas Las drogas. Es una chica sana, aún sin corromper. Pero Luna ya no se conforma con hacerle liar los porros a Henry, para así no dejar de fumar ni un momento. Cada día, cuando vuelve a casa después de pasar el día en la ciudad, trae consigo, como el flautista de Hamelín, una larga cola de *hippies*, que se instalan como cornejas en la casa, llenándola sin tardar de humo, desde la planta baja hasta el último piso.

Un día, Christiane acude a mí corriendo, desesperada, porque ha

encontrado a Luna y un *hippie* en su dormitorio chutándose morfina en las venas, rodeados de jeringuillas sanguinolentas. Los echo a todos a patadas, incluyendo a Luna.

Hasta ahora, encontraba cada día en mi cama un trozo de papel garrapateado por Luna. En los papeles se leía «Kinski es nuestro Dios», y «Damos gracias a nuestro Dios por habernos dado esta casa para siempre». ¡En buena me había metido! Cuando la obligué a hacer las maletas, Luna pintarrajeó con lápiz de labios las paredes de su dormitorio: «¡Kinski es el diablo!».

A Toni la dejo quedarse. Pero también tiene los días contados.

En las afueras de una aldea situada en las montañas pobladas de jungla de Vietnam del Sur, cerca de Dâlat, donde habitan los moi, hay una niña de cuatro años que chilla. Esa niña nada sabe de la sucia guerra que está aniquilando a su pueblo desde hace más de diez años. Nada sabe de las patrullas de los invasores, ni de los vietcongs que avanzan sigilosos por la jungla. Y nada sabe de la trampa para tigres en la que ha caído esta tarde. No la había visto, pues los aldeanos cubren las trampas con cañas de bambú.

Grita porque al caer se ha herido en la pantorrilla. Grita sin parar. Pero nadie oye sus gritos. Los cuatro metros de profundidad de la zanja absorben todos los sonidos y no dejan salir ninguno al exterior.

Al caer la noche de la manera repentina en que lo hace en la jungla, los aldeanos han interrumpido la búsqueda de la niña que se había ido a jugar y no ha vuelto.

Conforme avanzan las horas, los gritos de la niña van haciéndose más débiles, hasta enmudecer por completo. Sólo el lechón encerrado en una estrecha jaula de bambú en el fondo de la zanja, y encargado de atraer al tigre con su olor, gruñe inquieto y tiene miedo.

La niña se ha dormido y ya no oye ni los gruñidos del lechón ni el leve jadeo del tigre, que ya ha localizado al lechón por su olor y ronda silencioso la trampa, de un metro de ancho y dos de largo.

Cuando amanece, los aldeanos reanudan la búsqueda de la niña y descubren el rastro del tigre, cuyas zarpas dejan claras señales en la tierra húmeda. Los aldeanos se acercan a la trampa armados de afiladas cañas de bambú, y el más valiente de ellos se asoma al borde de la zanja para averiguar el tamaño del tigre. Pero no le ruge un tigre, sino que le sonríe la niña, mientras acaricia al lechón, que duerme, con los dedos metidos por entre los barrotes de la jaula de bambú.

Minhoi, la niña de cuatro años salida de la trampa para tigres, tiene hoy diecinueve años y está delante de mí. La abrazo y quiero besarla. Como si ya conociera esa historia y durante los quince años pasados desde entonces no hubiera hecho otra cosa que esperar el momento de abrazar y besar a esa chica a la que no conozco, un momento que se me figura la culminación de todos mis anhelos amorosos.

La belleza chocante y misteriosa de su rostro exótico queda aún más subrayada por esa mirada agresiva de animal prisionero que ha sido trasladado a la civilización y que aquí, en la Via Appia Antica, se encuentra tan fuera de lugar como en el resto del mundo supuestamente civilizado. Molesta e indignada por mi impertinencia, se zafa bruscamente de mi abrazo.

Su cabello largo y pletórico, del color de las castañas tostadas, cae pesadamente hacia abajo. Las cejas forman como dos lunas crecientes por encima de las lejanas estrellas oscuras de sus ojos oblicuos y almendrados. La perfección de su rostro oval sólo es comparable a la de sus gatunos pómulos de asiática. Su piel de color ocre no tiene la menor arruga, ni siquiera por debajo de los ojos. Los labios superior e inferior de su boca de resplandor violeta son abultados pero de formas regulares, y de una seriedad tan sigilosa que la ruidosa cháchara de los invitados enmudece para mis oídos.

Tiene un cuerpo infantil, como la mayoría de las vietnamitas. Sus pechos apenas se marcan en la tela gruesa de su minivestido en forma de trapecio, sobre el cual lleva un abrigo abierto de leopardo que, como su cuerpo, desprende un embriagador aroma oriental. Sus manos esbeltas de niña son calientes y suaves, y sus uñas pintadas de negro son tan largas como las de una princesa china.

Estoy celebrando una fiesta en mi casa. He invitado a todos mis amigos, diciéndoles que traigan a quienes deseen. Pero ninguno de los presentes conoce a la vietnamita. No ha venido con nadie, y nadie la ha visto entrar.

Las mesas están repletas de champán y caviar y todas las delicias imaginables. De los altavoces brota música *rock*. Los invitados comen, beben, charlan, ríen, bailan. Cada uno puede hacer lo que le apetezca, y yo no estoy pendiente de nadie. Sólo veo a esa mezcla de china e indonesia, cuyo pueblo es para mí, a partir de hoy, el más hermoso de la Tierra.

No me enfado porque me haya rechazado tan abruptamente. Ha sido culpa mía. Y mi ansiedad va creciendo mientras sigue sin ocurrírseme ningún modo de ganarme su amor. Y es que cuanto más intuyo, o mejor dicho, cuanto más seguro estoy de que caeré en sus redes para siempre, más se apodera de mí un inexplicable miedo a perderla antes de haberla poseído.

Mi cerebro trabaja enfebrecidamente. Ante todo, tengo que

sacarla de esa vorágine humana. Pero ¿cómo? ¿Con qué pretexto? El azar acude en mi auxilio. Tiene hambre. O por lo menos apetito, pues intenta llegar a la mesa donde está el caviar, sobre la que los invitados se lanzan como pirañas. Me abro paso por entre la masa de glotones, lleno de caviar dos cuencos de madera, los pongo en un plato, amontono en otro montañas de salmón, finísimas lonchas de *foie* y trufas blancas trinchadas, me pongo bajo el brazo una botella abierta de Dom Pérignon y busco a Minhoi.

Está de pie delante de la chimenea barroca de tres metros de altura, y se calienta con las vivas llamas, que, junto con cientos de velas, iluminan el salón con su luz aleteante. A pesar del abrigo de leopardo, Minhoi parece tener frío.

En todo el salón no hay una sola silla libre, ni un sillón, ni un diván en el que pueda sentarse Minhoi. Ésa es mi oportunidad. Le digo que en mi habitación azul podrá comer y beber con toda tranquilidad, y la llevo al piso de abajo. Mando a otra parte a los criados de librea y guantes blancos que se disponen a caldear la habitación azul, y enciendo fuego yo mismo.

En la habitación azul, cuyas paredes están forradas de seda italiana azul, cuyas ventanas están veladas por cortinas de seda azul, y cuyo suelo está cubierto por alfombras chinas con dibujos azules, sólo hay una cama francesa, cubierta por una colcha también de seda azul. De la iluminación se encarga un candelabro situado en el borde de la repisa de la chimenea.

Dejo los platos encima de la colcha de seda y le pido a Minhoi que tome asiento en la cama. Pero ella prefiere comer de pie.

—¿Tienes cocaína? —me pregunta de repente, como un niño que se imagina un pudin de chocolate una vez que ha acabado de comer.

—No. No tengo. Ni quiero que esnifes.

—¿Hachís?

—Tampoco. Y, sobre todo, haz el favor de comer sentada, porque, si no, no te alimenta.

—Si no hay droga, es insoportable.

—¿El qué?

—La vida.

—Eso que dices no es verdad. Pero si te lo comes todo como una buena niña, te traeré algo.

Subo las escaleras todo lo rápido que puedo hacerlo sin caerme, y, de nuevo en el salón, le pregunto a todos los invitados con los que me cruzo si tienen hachís. Una chica me da un porro ya liado, y lo enciendo enseguida. En el momento en que voy a lanzarme escaleras abajo de vuelta a la habitación azul, Toni me cierra el paso.

—¡Házmelo! ¡Fóllame! ¡Quiero que me folles ahora mismo!

La aparto a un lado y bajo de un salto los siete escalones que me separan de la habitación azul. Me tortura el miedo a que Minhoi pueda no estar ya allí. Cuando abro de un golpe la puerta de la habitación azul, la veo salir del lavabo. Le doy el porro, y ella inhala el denso humo a largas chupadas. Cuando ha acabado de fumar, se echa en la cama. Ya está relajada…

Se han ido ya los últimos invitados. Afuera empieza a hacerse de día. Gorjean las primeras alondras… El día llega lleno de dulzura, igual que ha llegado Minhoi a mi vida.

En el jardín, Enrico lava el Rolls Royce o el Ferrari. Los chapoteos y rastrilleos del jardinero me torturan hasta la fibra más íntima. Llamo a la cocina por el teléfono interior y le digo a Clara, mi ama de llaves, que los mande a todos a freír espárragos, incluida la cocinera, todos. Quiero estar solo con Minhoi.

Toni no me ha perdonado el desplante. Odia a Minhoi aún más que a Luna. Con su instinto femenino, ha comprendido lo que Minhoi significa para mí. Toni no me habla desde hace una semana. No se habla con nadie, ni siquiera con Clara. Cuando me dirijo a Toni para pedirle que venga a la mesa, se aparta de mí, y no se sienta a comer hasta que Minhoi y yo hemos acabado y nos hemos levantado ya. Al cabo de una semana se da cuenta por fin de que no hay esperanza.

Toni llora. La hice venir a Roma para follármela. A Luna la traje como quien arranca una larga rama de un árbol. Toni me enrollaba de verdad. Su cuerpo sano y fuerte, que yo sólo penetraba en cuclillas, aumentaba la intensidad de mi deseo tras cada eyaculación, y cuando Toni me decía «Fóllame», la polla se me ponía tiesa como un palo.

Hoy todo eso ya no cuenta. Ya no cuenta nada, excepto Minhoi.

No puedo ver llorar a Toni. No quería hacerle daño.

—No volverás a follarme nunca más —solloza Toni, llena de tristeza. Se le escapan los mocos por la nariz. Como un pilluelo callejero, se la limpia con el dorso de la mano. Le doy un pañuelo, en el que se suena como un elefante barritando. Cuando quiera, Enrico la llevará al aeropuerto.

No era cierto lo que Toni me dijo el último día. Aún no han pasado diez horas desde su partida de Roma, cuando llega su primera postal desde las Bahamas. Al cabo de tres días más llega una carta. La última postal viene de Londres. En la carta y en las postales me indica su dirección y su número de teléfono y me pide que la llame. Y la carta y las postales acaban con la frase «¡Fóllame!».

Minhoi aún tiene todas sus cosas en París, donde ha estado viviendo hasta ahora, y donde fue a la escuela a partir de los siete años de edad. Saqueo para ella las *boutiques* de Roma y le compro todo lo que le gusta. Si no encuentra sus guantes, porque los ha dejado en París, le compro veinte pares. Si se le ha hecho una carrera en el jersey, le compro cincuenta jerseys nuevos, de todos los colores y calidades. Si empieza a hacer demasiado frío para su abrigo de leopardo, le compro uno de marta cibelina que le llega hasta los tobillos. Si le aprieta un zapato, le compro un montón de zapatos nuevos. Y si necesita un lápiz de labios o esmalte de uñas, le compro cosméticos por un valor de varios miles de marcos. Me deshago del Rolls Royce descapotable y compro un Rolls Royce Phantom con bar incluido.

Encargo una caravana azul oscuro de nueve metros de largo, que parece un coche cama de
Cook's.
Para las paredes, las colchas, los manteles, las cortinas, los cojines y los almohadones exijo seda virgen. El suelo está forrado de terciopelo. Las puertas y armarios son de teca. Los tiradores de las puertas, los pomos y los grifos, con baño de oro. Para las ventanas, visillos de seda. El recibidor, el salón, el vestidor y el dormitorio están separados por puertas correderas. El aire acondicionado, la calefacción, el televisor, la radio, el magnetófono, el cassette, el tocadiscos y el radioteléfono están instalados en armarios sujetos a las paredes. Apliques con globos de cristal esmerilado proporcionan

una iluminación suave. Los dos altos espejos de cristal están rodeados de un marco de bombillas. Comemos a la luz de las velas. La electricidad la suministra un generador propio; el vagón está al cuidado de un chófer, un criado y una cocinera.

La caravana es para Minhoi, que me acompaña a todos los países y asiste a los rodajes, aunque sea de noche. Ningún lujo me parece excesivo para ella A Minhoi le encanta todo lo que hago por ella. Pero siempre me mira atónita e incrédula, como si yo hubiera hecho algo mal. Todavía no me he dado cuenta de que todo ese despilfarro de dinero no sirve absolutamente para nada.

Aunque no tengo el menor motivo, estoy tan celoso que apenas puedo soportar que Minhoi hable por teléfono con su amiga de París. Si escribe cartas, las tiro a la basura. Lo mismo hago con las que recibe. Si alguien la llama, digo que no está. No quiero que Minhoi dé un paso sola Temo por ella constantemente.

Cuando sale a pasear por nuestro jardín y la pierdo de vista un momento, me pongo a buscarla con desespero, como si ya la hubiera perdido. Me interno por entre las hierbas de la altura de un hombre que cubren el inacabable terreno, busco entre los arbustos silvestres y los enmarañados matorrales y penetro a rastras en las ruinas de las catacumbas romanas que, a cientos de metros de la casa, van a dar al muro cubierto de zarzales. Cuando estamos en casa y descubro que no se encuentra donde yo suponía, registro todas las plantas hasta encontrarla. Incluso por la noche me despierto sobresaltado cuando ella se da media vuelta hacia el otro lado y no siento el contacto de su cuerpo o, por lo menos, su mano.

No pretendo coartar la libertad de movimientos de Minhoi, y sé que yo tampoco puedo vivir en esa constante tensión. Si ahora, aunque Minhoi yace a mi lado, mi fantasía me juega en sueños malas pasadas, ¿qué ocurrirá cuando tenga que estar un día sin ella? Alejo de mí ese pensamiento, porque soy del todo incapaz de imaginarme semejante situación.

Minhoi necesita mucho tiempo para acostumbrar a su alma asiática a los terribles extremos de mi carácter. Por un lado, soy irritable, colérico, tengo unos prontos incontrolables. Hablo mal francés, reacciono injustamente cuando Minhoi no me entiende a la primera, y los malentendidos, a propósito de los cuales me monto todo un mundo de abstrusas sospechas, me emponzoñan el cerebro

y el alma. Por el motivo más nimio me muestro decepcionado, desesperado, y mis estallidos de ira no conocen límites. Por el otro lado, soy considerado hasta la autonegación, y amo con tal desmesura que también con esto asusto a Minhoi.

Pero cuando más comprende Minhoi el miedo que siento por ella, cuanto más va absorbiendo mi amor, que al principio la asustaba, más sensible se vuelve, y más raramente se aleja de mi lado. Para tranquilizarme, nunca se pone al teléfono. Deja de hablar por teléfono completamente. Y ya no escribe a sus amigos. Tira, ante mis ojos, su libreta de direcciones a la chimenea encendida.

Para poder comprenderme y aguantarme, hace falta quererme como me quiere Minhoi. Pronto mejoro mi francés —que hasta ahora hablaba «como un negrito», en cariñosa expresión de reprimenda de Minhoi—, y aprendo de Minhoi a dominarme y tener paciencia. Y, así, esa niña salida de una trampa para tigres en Vietnam se convierte en una maestra que cambiará toda mi vida.

Hoy la busco por todas partes. En la casa. En el jardín. En el más remoto rincón de la finca. En un ataque de celos, la he insultado y le he dicho que no aguanto más vivir con ella. Lo cual es la mayor paradoja imaginable, porque Minhoi es mi vida.

Cuando empieza a oscurecer, la encuentro en la habitación de la tone, donde no he buscado antes porque ella, temerosa de los murciélagos que revolotean, nunca sube allí. No ha encendido la luz. Está oscuro. Casi tropiezo con ella. Le toco la cara, que está completamente bañada en lágrimas. La beso y le pido perdón. Luego voy a la cocina para traerle algo de comer. Es domingo, y no hay nadie del personal.

Cuando vuelvo a la tone, Minhoi se ha desplomado hacia adelante. Sobre la alfombra hay un tubo de barbitúricos vacío. Levanto a Minhoi e intento obligarla a andar de un lado al otro. He oído decir que eso es útil en casos de intoxicación por barbitúricos, pues ayuda a los sistemas circulatorio y nervioso y a todo el organismo a despertar de la narcosis que empieza a paralizarlos. Minhoi no puede andar, tengo que mantenerla en pie. Tampoco puede hablar, ya sólo balbucea. Sin embargo, cuando, presa del pánico, la zarandeo, y su cara choca contra la mía, me abraza cariñosa y me besa en la boca.

Creo que voy a perder la razón. ¡Tengo que sacarla al aire libre!

El ascensor tiene un cortocircuito, y tengo que llevarla a hombros por la escalera de caracol hasta el tercer piso. En las escaleras que llevan al salón, se derrumba en mis brazos. La llevo a la habitación azul. El pulso le va tan rápido que ni siquiera puedo contar las pulsaciones. Gime, se echa mano a la garganta, jadea y boquea en busca de aire. Abro las ventanas de par en par, me precipito escaleras abajo hasta la cocina y cojo una botella de leche fría De regreso a la habitación azul, me arrodillo en la escalera.

—¡Dios mío! ¡No dejes que se muera Minhoi, que es quien me ha enseñado a vivir!

Cuando entro en la habitación, Minhoi se ha caído de la cama y se retuerce entre espasmos en el suelo. Si la leche no cumple su función de antídoto, por lo menos servirá para que vomite. Ya le he hecho tragar la mayor parte de la leche, pero no aprecio en Minhoi ningún signo de mejoría, y tampoco vomita.

Telefoneo a todos los médicos que conozco. Ninguno contesta. Hace tan buen día que están todos fuera de casa. Minhoi ya no puede respirar. Se hincha y se pone morada. Le hago un masaje cardíaco; aprieto mi boca contra la suya y le insuflo mi aliento en la garganta. Luego la arrastro al cuarto de baño y dejo correr el agua fría por su cara, su nuca, su corazón y sus muñecas…

Minhoi acaba vomitando y superando la crisis. Durante tres días no la suelto de mis brazos. Por primera vez, me habla de su vida.

La noche en que nos encontramos, Minhoi me pidió cocaína y hachís. Ahora comprendo por qué. No es una drogadicta. No bebe alcohol, ni siquiera vino, y tampoco fuma cigarrillos.

Tomó esas drogas unas cuantas veces en París, y también LSD, porque no podía soportar más la vida. La vida en París. La vida en Europa. La vida en todo el resto del mundo, desde que la arrancaron, como una planta, de la jungla de su infancia en Vietnam. A los siete años empezó a comprender que estaban aniquilando sistemáticamente a su pueblo y a su país, a los que no podría regresar nunca, porque exterminaron a todos sus parientes. Ya no era capaz de soportar la vida sin narcotizarse.

Desde que está segura de mi amor y sabe que yo tampoco puedo vivir sin ella, desde que yo empiezo a comprenderla y desde que ambos hemos comprendido que hemos nacido sólo para encontrarnos, Minhoi ha recobrado la confianza en su vida. Para

mí, Minhoi se convierte en el punto de referencia a partir del cual me orientaré de ahora en adelante.

Me hace adquirir la conciencia de por qué vivo. Logra lo que no había logrado ninguna persona en tantos años. Me enseña a usar correctamente el dinero. Me convence de que no hace falta agasajar con caviar y champán a todo quisque, y de que no hay derecho a tirar por la ventana diez millones de liras al mes. De que no necesitamos un chófer que se pasa todo el día rondando y nunca está contento. De que no necesitamos un jardinero que no hace otra cosa que rastrillar la grava siempre en el mismo sitio. De que debería despedir a mi secretaria, que sólo sirve para presentarme facturas impagadas que yo pago una y otra vez, porque nunca llevo control de las facturas. De que no necesitamos una cocinera que se lleva a su casa cada mes los comestibles que yo pago, mientras nos pone en la mesa los restos del día anterior. De que no necesitamos un mayordomo ni dos criadas. De que no hace falta tener un Rolls Royce ni un Ferrari. De que podemos renunciar a la casa de la Appia. Me pregunta si he olvidado lo que realmente busco en la vida. Si me he olvidado de mi velero. De mi libertad.

Ya había acordado comprarle la casa de la Appia Antica a su propietario, el conde Marcello, de Venecia. Ahora ya no firmaré el contrato. Minhoi tiene razón. Todo esto es una mierda. De aquí a unos años volveré a estar en el mar, y a mis cuarenta y pico de años dejaré atrás los guetos de los humanos, sus cárceles, sus manicomios. Las sumas que exigía por mi trabajo, para luego dilapidarlas, eran la anestesia que necesitaba para vivir una vida en la que no parecía haber escapatoria para mí.

Nos mudamos. No me devuelven ni un céntimo del dinero que me he gastado en la casa. Despido a todo el personal. Sólo me quedo con Clara, que seguirá haciéndonos de madre en nuestro nuevo piso de la Flaminia Veccia.

Antes de curarme del todo, me deshago del Rolls Royce y me compro a cambio un Maserati.

Películas del Oeste. Una tras otra. Las películas son cada vez más lamentables y los supuestos directores cada vez más inútiles. Y, cuanto más inútiles son, más insolentes se vuelven. Hay uno que se llama Mario Costa. Me niego a seguir sus instrucciones durante el rodaje, y él me amenaza:

—Haré lo posible por que te echen de Italia.

—¿Por qué? —replico—. No he cometido ningún delito y tengo derecho a estar aquí.

—Por lo menos nunca más volverás a rodar una película.

—Eso no deberías haberlo dicho, tío chalado. Nadie, excepto Dios y yo, y muchísimo menos un piojo como tú, puede decidir cuándo dejaré de rodar películas. Pero cuando llegue ese momento, tú ya estarás muerto.

Biggi vive con Nastassia en Munich. Durante el último año y medio, ha mantenido la imperturbable esperanza de que volveríamos a estar juntos. Tengo que hacerle entender que ya no puedo volver a su lado. Ella no sabe lo que Minhoi significa para mí.

Intento explicárselo mediante cartas e incontables conversaciones telefónicas. Por fin acaba accediendo a que nos divorciemos.

Minhoi y yo empezamos a coner de aquí para allá a fin de resolver las cuestiones de papeleo para la boda. Cuando un funcionario del registro civil pregunta a Minhoi por los nombres de sus padres, ella se agarra a mí; los sollozos no la dejan hablar. La estrecho fuertemente entre mis brazos. Me susurra al oído, con voz ahogada por las lágrimas, que es huérfana y nunca conoció a sus padres. Le indico al funcionario mediante una seña que haga el favor de no preguntar más. El hombre tiene su corazoncito, y deja sin respuesta las preguntas del formulario. Sólo más tarde, en las escaleras, me doy cuenta de lo que realmente significan las palabras de Minhoi.

El 2 de mayo, un radiante domingo de primavera, Minhoi y yo nos casamos en Roma, en el Capitolio. La ceremonia tiene que retrasarse varias horas. Los *flashes* de los fotógrafos y los zumbidos de las cámaras de las televisiones y del informativo cinematográfico sacan de quicio al funcionario.

—¡¿Cuándo empezamos?! —exclama, porque siente que está de más.

—Cuando yo lo diga —replico—. ¡Soy yo el que se casa!

Pero tanta fotografía acaba cansándonos también a nosotros. Le

pego otro buen trago a la botella de champán.

—¡Venga, rápido! —le grito al funcionario.

El funcionario, un antiguo coronel ataviado con una banda, empieza a recitar sus horribles fórmulas…

—No vale la pena que suelte toda esa letanía —le interrumpo—. Mi novia sólo habla francés.

—Ah, pues yo también hablo francés —replica el coronel retirado, y sus labios cadavéricos se aguzan gozosamente para soltar el rollo en francés.

—Huy, no, perdón, francés no —me corrijo—. Sólo habla chino. ¿Usted también habla chino?

Toda la concurrencia estalla en carcajadas. Los fotógrafos y cámaras aprovechan la oportunidad y se ponen a fotografiar y filmar como locos.

—No. Chino no —dice el coronel, rojo como un tomate.

—Bueno, pues entonces lo mejor que puede hacer es cerrar el pico —le digo, mientras recupero la botella de champán que le había dado a un fotógrafo para que me la sostuviera.

—Si no se comporta con la dignidad que corresponde a este lugar, me niego a casarlos —se insolenta el tipo, y empieza a quitase la banda, sin la cual, al parecer, no le está permitido recitar su letanía.

—¡Vuelve a atarte el braguero y espabila, que a este paso no acabaremos nunca! —grito, fuera de mí, pues ese casamentero ya me ha hecho perder la paciencia.

Al parecer se da cuenta de que se ha pasado de la raya, pues vuelve a ponerse rápidamente la banda, de la que ya se había zafado a medias como un contorsionista. A partir de ahora, se limita a nuestros nombres, fechas de nacimiento, nacionalidades, fecha de la ceremonia, etcétera.

Luego nos pregunta si estamos de acuerdo en casarnos el uno con el otro. Suelto una carcajada.

—¿Por qué piensa que estamos aguantando todo esto?

Firmamos el papelucho y salimos a toda pastilla en nuestro Maserati, con las dos chicas que han hecho de testigos de boda, hacia el restaurante George, el más caro de Roma. Después de la comida, me dedico a destrozar platos y vasos, y luego pago todos los gastos; ha valido la pena. Me siento como si hubiera hecho

añicos mi pasado.

Mario Costa ha muerto. Tal como se lo profeticé, porque no era capaz de tener cerrada la bocaza. Malvendemos el Maserati y la caravana. Nos compramos un Land-Rover, cargamos nuestros sacos de marinero y salimos de Roma antes de que se haga de día.

Primero viajamos a Munich, donde me espera Werner Herzog, que me ha ofrecido rodar una película en Perú: *Aguirre, o la cólera de Dios*.

Biggi nos deja su piso, porque se va a pasar un año a Venezuela, donde Nastassia va a la escuela.

En Munich me encuentro por la calle a Helmut von Gaza. Acaba de salir de la cárcel en Italia, donde lo habían encerrado por pervertir a chicos menores de edad.

—¿Qué se sabe de los demás? —le pregunto para levantarle un poco el ánimo.

—Al principe Kropotkin lo han encontrado asfixiado con un cojín en su isla española.

—¿Y Gustl?

—Gustl estaba casada con él. De esa manera consiguió ingresar en la nobleza antes de morirse de cáncer.

Herzog, el productor de la película, también ha escrito el guión y quiere dirigirla. Lo primero que hago es preguntarle cuánto dinero tiene.

Cuando viene a mi casa, está tan cohibido que apenas se atreve a entrar. Aunque a lo mejor no es más que una táctica suya. En cualquier caso, se queda tanto rato estúpidamente parado delante de la puerta que tengo que remolcarlo adentro. En cuanto está dentro del piso, empieza a explicarme la película sin que yo se lo haya pedido. Le digo que ya he leído el guión y, por lo tanto, conozco la historia. Pero no me escucha, habla y habla y habla. Creo que no podría dejar de hablar ni aunque se lo propusiese. No es que hable deprisa, «por los codos», como se suele decir cuando alguien habla mucho y deprisa, escupiendo las palabras. Al contrario. Tiene una manera de hablar plúmbea más perezosa que un sapo, minuciosa quisquillosa fragmentaria; de su boca brotan cascotes de palabras, que intenta retener al máximo, como si le

pagaran intereses por ellas. Pasa una eternidad hasta que por fin se saca del cerebro uno de sus mocos mentales resecos. Luego se contonea en doloroso éxtasis, como si tuviera llenos de azúcar sus dientes podridos. Una lentísima máquina de parlotear. Un modelo anticuado, cuyo interruptor no funciona y es imposible parar, a menos que se desconecte el interruptor central de la corriente. En fin: debería partirle la cara. No, debería dejarlo inconsciente a puñetazos. Pero incluso inconsciente seguiría hablando. Aunque le cortasen las cuerdas vocales, seguiría hablando como un ventrílocuo. Aunque le rajasen el gaznate y lo decapitasen, seguirían brotándole vaciedades de la boca, como los gases producidos por una putrefacción interior.

No entiendo en absoluto de qué está hablando, excepto que está enamorado de sí mismo sin motivo aparente y está fascinado por su propia osadía, que no es más que la ignorancia de un diletante. Cuando cree llegado el momento de que yo haya comprendido lo cojonudo que él es, me confiesa, sin más preámbulos y con aire de estar de vuelta de todo, las condiciones de vida y de trabajo que me esperan; es como si estuviera leyéndome una merecida sentencia. Y afirma, con el mismo descaro y ramplonería (por decirlo así, relamiéndose los labios, como si se tratara de un bocado delicioso), que todos los que participan en el proyecto están dispuestos a aceptar con alegría las inimaginables fatigas y privaciones que les esperan, con tal de seguirle los pasos a él, a Herzog. Es más: todos ellos incluso arriesgarían su vida por él sin pestañear. Por lo que respecta a él, está dispuesto a jugárselo todo a una carta para obtener su meta. Cueste lo que cueste: «Película o muerte», como dice él mismo con la insolencia de los estúpidos. Al mismo tiempo cierra los ojos, tolerante, ante los abortos de su delirio de grandeza, que él confunde con genialidad. Eso sí, confiesa sinceramente que a veces sus propias excentricidades le producen vértigo, pero se deja arrastrar por ellas.

Luego, de forma totalmente inesperada, me sacude un mazazo al intentar hacerme creer que posee sentido del humor. O, mejor dicho, lo deja entrever como quien no quiere la cosa, negligentemente, por así decirlo; luego, en mitad del chiste, se muestra cohibido, como si lo hubieran pillado haciendo algo malo.

Si al principio ha echado mano a triquiñuelas gastadas para

atontarme, ahora manda a hacer puñetas todas las normas de precaución y empieza a soltar mentiras descaradas. Dice que le gusta hacer pillerías, que con él se puede ir a robar caballos, etcétera. Y, como ya ha llegado tan lejos en su confesión, no quiere ocultarme que está, como tantas otras veces, a punto de partirse de risa viendo lo travieso que es. Mientras yo empiezo a estar completamente seguro de que en toda mi vida no he conocido persona más cazurra, encorsetada, acartonada, carente de sentido del humor, de escrúpulos y de ingenio, deprimente, aburrida y fanfarrona que Herzog, él, con total despreocupación, sigue desmenuzando los detalles más lelos e insulsos de sus fantochadas, hasta que por fin, como un fanático ante un ídolo, se postra de hinojos ante sí mismo, y persiste, obsesionado, en esa postura hasta que alguien se inclina hacia él y lo libera de la humillación ante su propia persona.

Pero eso no es todo: después de abocar ese cargamento de toneladas de basura —que ahora apesta por toda la habitación, produciéndome náuseas—, se las da, para más inri, de ingenua, casi rural criatura inocente, de espíritu —subraya— poético y soñador, como si no viviera en la realidad y no tuviera la menor noticia de lo brutal que es el aspecto material de este mundo. Sin embargo, me doy perfecta cuenta de que se cree un tío muy listo. De que no se le escapa ni el más mínimo gesto mío e intenta desesperadamente leerme el pensamiento. De que se está calentando los cascos para hallar la manera de aprovecharse de mí en todos los puntos del contrato. En pocas palabras: de que tiene muy claro que me la va a dar con queso.

Pese a todo, accedo a rodar la película, pero única y exclusivamente por Perú. No sé ni dónde está exactamente. En alguna parte de Sudamérica, entre el Pacífico, los desiertos, los glaciares y la selva virgen más gigantesca de la Tierra.

El guión es de una primitividad analfabeta. Y en ello radican sus posibilidades. En él, la selva virgen arde como algo que se contagia con sólo mirarlo. Un virus que se inocula a través de los ojos y pasa a las venas. Siento como si conociera de otra vida ese país de mágico nombre. Un animal encerrado jamás puede olvidar la verdad de la libertad. El pájaro enjaulado asoma la cabeza por entre los barrotes, para seguir con la vista el paso veloz de las nubes.

Le digo a Herzog que Aguirre tiene que ser un tullido, porque no tiene que parecer que su poder procede de su físico. Tendré una joroba. Mi brazo derecho será demasiado largo, como el brazo de un mono. El izquierdo, en cambio, será demasiado corto, de manera que tenga que llevar sujeta a la parte derecha del pecho —soy zurdo— la vaina de mi espada, en lugar de en la cadera, como es habitual. Mi pierna izquierda será más larga que la derecha, de modo que tenga que arrastrarla. Caminaré de lado, como un cangrejo. Tendré el pelo largo, me lo dejaré crecer hasta los hombros antes de que empiece el rodaje. Para la joroba no necesitaré ninguna prótesis, ningún maquillador que me toquetee. Seré un tullido porque quiero serlo. Igual que soy guapo cuando quiero. Feo. Fuerte. Endeble. Bajo y alto. Viejo y joven. Cuando quiero. Acostumbraré mi columna vertebral a la joroba. Con mi postura, sacaré los cartílagos de las articulaciones y manipularé su gelatina. Voy a ser un tullido hoy, ahora, inmediatamente. A partir de ahora, todo se hará en función de mi contrahechura: las ropas, la coraza, las sujeciones de las armas, las armas propiamente dichas, el casco, las botas, etcétera.

Establezco el vestuario, arranco unas cuantas páginas de libros con grabados antiguos, expongo las modificaciones que deseo, y, para encontrar la coraza y las armas, vuelo con Herzog a Madrid, donde, tras días de búsqueda, extraigo de las montañas de chatarra oxidada la espada, el puñal, el casco y la coraza, que hay que recortar adecuadamente debido a mis defectos físicos.

El viaje hasta la selva virgen es un tormento brutal. Viramos amontonados en trenes vetustos, camiones achacosos y autobuses como jaulas; comemos y dormimos al aire libre como cerdos. A veces nos metemos en barracas de hojalata u otras cámaras de tortura. Llegamos a olvidarnos de lo que es dormir. Apenas podemos respirar. Ni lavabos, ni posibilidad de lavarse. Muchos días y noches. Estoy siempre vestido, porque de lo contrario los mosquitos se encarnizarían conmigo. Me siento como si estuviese todo el tiempo debajo de una ducha de agua hirviendo. Estar dentro de una casa es morirse. Pero afuera hace el mismo calor ponzoñoso. Vertederos de basuras convertidos en montañas por los pies que los pisan, rodeados de charcos de estiércol y meados y mierda humana Los habitantes tiran en esa balsa infernal los ojos y las tripas

arrancados a los animales sacrificados. Negras aves carroñeras, del tamaño de perros dogos, se pasean y se posan en ese horror, como si fuera su propiedad privada.

Adonde quiera que mire, veo esas infames barracas de cemento a medio construir, con tejados de chapa. Ojalá no tuviera que ver más esas barracas de cemento a medio construir y con tejado de chapa. Aquí no hay nada acabado. Todo está abandonado en plena faena, como si la putrefacción les hubiera cogido por sorpresa. Por todas partes persianas metálicas y rejas, como para escarnio. ¿Para qué?

Montañas de basura, aguas residuales, ojos, tripas, aves carroñeras y… antenas de televisión. (Como en Nueva York, París, Londres, Tokio, Hong Kong, pero aún más infame).

El camino hasta la selva virgen es largo y torturador. Pero ningún esfuerzo es demasiado con tal de huir del infierno de los humanos.

Y como si Minhoi y yo recibiéramos una recompensa por nuestra huida del infierno de los humanos, sentimos que nuestro pelo se hace más sedoso y nuestra piel más turgente, como la piel de un animal salvaje puesto en libertad; sentimos que nuestros cuerpos se hacen más esponjosos, más elásticos, que nuestros músculos se tensan como preparados para el salto, que nuestros sentidos se hacen más receptivos y atentos. Minhoi nunca había estado tan arrebatadoramente guapa desde la trampa para tigres en Vietnam.

Hinchados por las picaduras de los mosquitos, y sin haber comido ni bebido nada, nos levantamos tambaleantes para seguir viaje.

Una niña inca está de pie al borde de la pista para aviones militares. Tiene sobre el brazo un pequeño mono, y quiere venderlo. Pero el mono se aferra, presa de un terror mortal, a la niña inca, temeroso de que el comprador pueda llevárselo de allí.

Esta vez viajamos en viejos y abollados aviones de transporte de paracaidistas, cuyas hélices me golpean las sienes como martillos neumáticos. Un hedor penetrante, peste a gasolina, hambre, sed, dolor de cabeza y retortijones de estómago; tampoco aquí hay lavabo. Acurrucados y apretados en el caliente suelo de acero de un avión sin ventanas. Hora tras hora. Durante el vuelo, nos dejan, uno a uno, salir por unos instantes de la cripta del fuselaje y trepar a la

cabina para mirar al exterior por un minúsculo ventanuco: abajo, el océano verde, miles de kilómetros de selva virgen, por la que se retuerce la amarilla cinta ensortijada de la mayor red fluvial de la Tierra.

Luego hidroaviones de un motor, que tienen que bajar en picado para aprovechar el momento en que la selva se abre para volver a cerrarse enseguida.

Luego, otra vez camiones y autobuses como jaulas. Canoas indias. Y por fin las balsas, sobre las que, de pie y sujetos mediante cadenas a la carga y la balsa, nos deslizamos velozmente por los rápidos. Agarrando cuerdas, como si intentáramos ridiculamente sujetar por las riendas a caballos desbocados que ya se precipitan barranco abajo. La balsa lleva demasiada carga, nos lo han advertido los indios. Pero el bocazas de Herzog, como buen fanfarrón e ignorante, se ríe de las advertencias de los indios, calificándolas de pueriles. Vamos todos vestidos y con las armaduras puestas, pues queremos rodar durante el viaje por los rápidos. Pero Herzog se deja escapar lo más grandioso y apabullante, porque es incapaz de detectarlo. Cada vez que, a través del ruido atronador de las aguas bravas, le aúllo al imbécil del cámara que por lo menos filme cómo nos jugamos el tipo, me responde que Herzog le ha prohibido pulsar el botón de la cámara a menos que se lo diga él en persona.

Me asquea esa caterva de gente del cine, que se comporta como si el mejor sitio para rodar una película fuera una pocilga.

Mi impedimenta de pesado cuero, mis largas botas, el casco, la coraza, la espada y el puñal pesan cerca de quince kilos. Si, gracias a los delirios de grandeza de Herzog, zozobra la balsa, no hay salvación para mí, pues no podría desprenderme de la coraza y el jubón de cuero, que van sujetos por la espalda. Además, los rápidos están cruzados por una larga cadena de arrecifes escarpados, cuyas puntas, afiladas como hojas de afeitar, acechan como pirañas a poca distancia del nivel del agua, y a veces incluso asoman de las aguas encrespadas.

Así nos desplazamos, como una bala, corriente abajo, mientras las olas rampantes asaltan nuestra balsa con la furia histérica de un toro y revientan a nuestra espalda, por encima de nuestras cabezas. El aire está colmado de blancos espumarajos.

De repente, como si las aguas desbocadas nos hubieran escupido en un acceso de rabia, vamos a parar, casi en silencio, a un brazo del rio que fluye robusto pero calmoso. Estamos en medio de la selva y nos internamos cada vez más hondo en ella: ahí está la selva virgen. Se apodera de mí. Me absorbe, caliente y húmeda como el cuerpo desnudo y bañado en sudor de una mujer enferma de deseo, con todos sus misterios y prodigios. La miro con los ojos como platos y no paro de admirarla y adorarla…

… Animales llenos de gracia, como de cuento de hadas… Plantas que se abrazan hasta estrangularse… orquídeas que se alzan sobre tocones de árboles podridos, como muchachas sentadas sobre las piernas de viejos verdes… mariposas del tamaño de mi cabeza y de un reluciente azul metálico… rosarios de palomillas que se posan en mi boca y en mis manos, los ojos de la pantera, que se confunden con las flores… cenefas de flores… nubes de pájaros verdes, amarillos y rojos… soles de plata… nieblas de color violeta… ¡Le enseñaré estas maravillas a mi retoño, a mi hijo!

… Los labios besadores de los peces… el áureo cantar de los peces…

Durante dos meses viviremos casi exclusivamente en las balsas mientras avanzamos río abajo hacia el Amazonas. Minhoi y yo tenemos una balsa para nosotros solos. Cuando no nos adelantamos considerablemente a las otras balsas, procuramos quedarnos rezagados. Lo más lejos posible. Cuando cae la noche, atamos nuestra balsa a las lianas. Me paso las noches tumbado despierto, sumergiéndome en la Vía Láctea y los archipiélagos de las estrellas, que cuelgan tan cerca de nosotros que estiro el brazo para tocarlas.

Tenemos una pequeña canoa india que llevamos atada a la balsa. Cuando no tengo que rodar, recorremos, como de puntillas, la pared arbórea en busca de grietas. A veces nos metemos por una estrecha hendidura que quizás antes no existía y que, tras nuestro paso, volverá a cerrarse enseguida. En el interior de estas selvas inundadas, las aguas están tan quietas que nuestros remos, que hundimos con cuidado para no hacer ruido, apenas parecen moverlas.

Quizás es la primera vez que un bote se desliza por estas aguas; quizás en millones de años no ha puesto los pies aquí ningún ser humano. Ni siquiera un indio. Esperamos en silencio. Largas horas.

Siento cómo la selva se nos acerca, los animales, las plantas, que ya hace tiempo que nos han visto, pero no se nos muestran. Por primera vez en mi vida, no tengo pasado. El presente es tan intenso, que hace desvanecerse al pasado. Sé que soy libre, verdaderamente libre. Soy el pájaro que ha conseguido huir de la jaula, que extiende las alas y se eleva hacia el cielo. Participo del Universo.

Aunque estoy siempre huyendo de él, Herzog se me pega como una mosca cojonera. La simple idea de que él está aquí, en medio de la selva virgen, me pone enfermo. Cuando lo veo acercárseme lejos, le grito que se pare. Le grito que apesta. Que me da asco. Que no quiero oír su mierdosa palabrería. ¡Que no lo soporto!

Siempre tengo la esperanza de que me ataque. Entonces lo empujaré a un brazo del río cuyas aguas tranquilas están repletas de pirañas sedientas de sangre, y miraré cómo lo destrozan. Pero no lo hace, no me ataca. No parece que le afecte el hecho de que yo lo trate como a un trapo. Además, es un cobarde. Sólo pasa al ataque cuando cree que lleva las de ganar. Contra un nativo, un indio que ha aceptado un trabajo para que su familia no se muera de hambre, y que lo aguanta todo por miedo a perder el trabajo. O contra un estúpido actor sin talento, o contra los animales indefensos. Hoy, por ejemplo, ata una llama a una canoa y manda tirar la canoa, con la llama dentro, a los rápidos, porque supuestamente lo exige el argumento de la película. ¡Que ha escrito él mismo! Cuando me entero, ya es demasiado tarde. La llama avanza ya hacia los remolinos, y nadie puede salvarla. Aún la veo encabritarse, presa del pánico, y tironear las cuerdas para escapar a la cruel ejecución; luego desaparece tras una curva del río, donde se destrozará contra los cortantes arrecifes y se ahogará entre sufrimientos.

Ahora detesto a muerte a ese asesino de Herzog. Le grito a la cara que tengo ganas de verle reventar como la llama que ha hecho ejecutar. ¡Que lo tiren vivo a los cocodrilos! ¡Que lo estrangule lentamente una anaconda! ¡Que la picadura de una araña venenosa le deje sin respiración! ¡Que le revienten los sesos por la mordedura de la serpiente más venenosa que exista! No quiero que las garras de una pantera le rajen el gaznate; eso seria demasiado bueno para él. No. ¡Prefiero que las grandes hormigas rojas se le meen en los ojos y se le coman los huevos y las tripas en vida! ¡Que coja la peste! ¡La sífilis! ¡La malaria! ¡La fiebre amarilla! ¡La lepra! Pero es

en vano. Cuanto más le deseo la más cruel de las muertes, menos consigo librarme de él.

Nos hemos pasado el día entero navegando en las balsas y rodando sin parar. Cae la noche. Sin embargo, volvemos a reunirnos en la orilla, donde hay que filmar una escena nocturna. Herzog y los capullos de la productora no han sido capaces de preocuparse de la iluminación; no hay ni una linterna, nada. Hace una noche negra como boca de lobo, y vamos pegando trompazos uno tras otro. Caemos en agujeros pantanosos, tropezamos con troncos de árboles y raíces, nos ensartamos en los pinchos de las palmeras espinosas, nos enredamos los pies en las lianas y casi nos ahogamos. Pululan las serpientes, que salen a matar de noche, después de pasarse el día acumulando reservas de veneno. Estamos completamente agotados, y de nuevo llevamos un buen rato sin comer ni beber nada, ni siquiera agua. Nadie tiene la menor idea de qué, dónde y por qué vamos a rodar en ese estercolero apestoso.

Con toda la armadura puesta, me caigo en un charco pantanoso; intento liberar mi cuerpo del fango, pero me hundo cada vez más. Grito, inflamado de furia ciega:

—¡Yo me largo! ¡Aunque tenga que remar hasta el océano Atlántico!

—Si te largas, acabo contigo —dice ese calzonazos de Herzog, con cara de susto debido al riesgo que está corriendo.

—¿Cómo vas a acabar conmigo, bocazas? —le pregunto, con la esperanza de que me ataque y así pueda matarlo en defensa propia.

—Te voy a disparar —balbucea como un paralítico con el cerebro reblandecido—. Ocho balas para ti, y la última para mí.

¿Quién ha oído hablar jamás de un fúsil o una pistola con nueve cartuchos? ¡Eso no existe! Además, no tiene armas. Me consta. No tiene un fúsil ni una pistola, ni siquiera un machete. Ni tan sólo una navaja. Ni un sacacorchos. Soy el único que tiene un fúsil. Un Winchester. Tengo un permiso especial del gobierno peruano. Para comprar cartuchos, me he tirado días enteros de aquí para allá, de una comisaria a otra, para que me firmasen y sellasen papeles, y toda esa mierda.

—Te espero, insecto —le digo, alegrándome de lo lindo de que por fin hayamos llegado a esos extremos—. Me voy a mi balsa y allí te espero. Si vienes, te mato a tiros.

Luego me abro paso hasta nuestra balsa, donde Minhoi ya se ha dormido en su hamaca. Cargo mi Winchester y me pongo a esperar.

A eso de las cuatro de la mañana, Herzog se acerca en canoa a nuestra balsa y me pide perdón.

Herzog es un individuo miserable, rencoroso, envidioso, apestoso a ambición y codicia, maligno, sádico, traidor, chantajista, cobarde y un farsante de la cabeza a los pies. Su supuesto «talento» consiste únicamente en torturar criaturas indefensas y, si hace falta, matarlas de cansancio o asesinarlas. Nadie ni nada le interesa, a excepción de su penosa carrera de supuesto cineasta. Impulsado por un ansia patológica de causar sensación, provoca él mismo las más absurdas dificultades y peligros y pone en juego la seguridad e incluso la vida de otros, sólo para después poder decir que él, Herzog, ha domeñado fuerzas aparentemente insuperables. Para sus películas echa mano de personas poco desarrolladas mentalmente y de diletantes, a los que puede manejar a su antojo (¡y, supuestamente, hipnotizar!), y a los que paga un salario de hambre, eso si les paga. El resto son tullidos y abortos de todo tipo, a fin de parecer interesante. No tiene la menor idea de cómo se hace una película. Ya ni intenta darme instrucciones. Hace tiempo que ha renunciado a preguntarme si estoy dispuesto a llevar a la práctica sus aburridas chorradas, ya que le tengo prohibido hablar.

Si se empeña en repetir una toma, porque, como la mayoría de los directores, se siente inseguro, le digo que se vaya al infierno. Normalmente, la primera toma es válida, y no repito nada, y muchísimo menos porque él lo quiera. Yo decido cada escena, cada posición, cada toma, y me niego a hacer otra cosa que lo que considero acertado. Así por lo menos consigo salvar las películas del desastre total a causa de la chapucería de Herzog.

Después de ocho semanas, la mayoría siguen viviendo como cerdos. Amontonados en las balsas como ganado camino del matadero, comen bazofia frita en manteca de cerdo y, lo que es más peligroso, beben agua del río, con lo que pueden coger todas las enfermedades epidémicas imaginables. Incluso la lepra.

Ninguno de ellos está vacunado ni siquiera contra una de esas enfermedades, a menudo letales.

Minhoi y yo cocinamos solos en nuestra balsa. Echamos tierra sobre la plataforma de madera y hacemos fuego. Cuando uno de

nosotros salta al agua para bañarse y lavarse, el otro vigila que no vengan pirañas. Normalmente no tenemos nada que cocinar, y nos alimentamos de fantásticos frutos de la selva, que contienen suficiente líquido. Pero esos frutos paradisíacos son difíciles de conseguir, porque avanzamos casi sin interrupción río abajo y a menudo pasamos largo tiempo sin poder bajar a la orilla a buscar fruta.

Con el tiempo empezamos a notar las consecuencias de la desnutrición. Nos debilitamos, se me hincha el vientre, y ya sólo soy piel y huesos. Los otros están aún peor.

La selva virgen no se interesa por cineastas fanfarrones y bocazas. No se apiada de aquel que infringe sus leyes.

Hoy, a las tres de la madrugada, nos despiertan brutalmente en nuestras balsas. Nos dicen que no hay tiempo para desayunar, ni siquiera para tomar un café, y que vamos a navegar sólo veinte minutos, hasta el próximo poblado indio a la orilla del río. Allí, dicen, nos darán de todo. Pero los supuestos veinte minutos se convierten en dieciocho horas. Como siempre, Herzog nos ha mentido.

Con las cabezas metidas en los pesados cascos de acero, que el sol lacerante calienta hasta tal punto que nos quemamos, pasamos el día entero sin techo y sin la menor sombra, sin comer ni beber, sometidos al calor más implacable. La gente va cayendo como moscas. Primero las chicas, luego los hombres, uno detrás de otro. La mayoría tienen las piernas llenas de pus e hinchadas hasta la desfiguración por culpa de las picaduras de mosquitos.

Cuando, al atardecer, llegamos por fin a un poblado indio, resulta que está en llamas. Herzog lo ha hecho incendiar, y hambrientos y medio muertos de sed, tambaleándonos de agotamiento después de dieciocho horas de calor infernal, tenemos que atacar el poblado indio directamente desde las balsas, tal como ordena el estúpido guión.

Pasamos la noche en el poblado indio. Pernoctamos en las barracas que no se han quemado, y en las que corretean descaradas ratas gigantescas que nos rodean en círculos cada vez más estrechos, acercándose cada vez más a nuestros cuerpos. Sin duda se dan cuenta de lo debilitados que estamos, y sólo esperan el momento de lanzarse sobre nosotros. Son cada vez más numerosas.

Alguien le dice a Herzog que la gente no puede seguir adelante si no se alimenta mejor y, sobre todo, si no tienen nada para beber. Herzog contesta que, por él, pueden beber agua del río. Además, ya va bien que se derrumben de agotamiento y de hambre y sed, pues el guión lo prescribe así. Herzog y su jefe de producción tienen escondidas para ellos buenas raciones de verduras frescas, fruta, camembert francés, aceite de oliva y bebidas.

Mientras continuamos la marcha, uno de los norteamericanos contrae una peligrosa hepatitis y se revuelca en la balsa, presa de altas fiebres. Herzog afirma que está fingiendo, y se niega a hacerlo desembarcar en Iquitos, adonde nos estamos acercando cada vez más.

Cuando estamos a la altura de Iquitos y nuestras balsas se deslizan hacia el Amazonas, desembarcamos por la fuerza al enfermo para llevarlo a un hospital y nos tomamos un día libre para comprar los comestibles más necesarios, agua mineral, vendajes, medicinas y pomadas contra las picaduras de mosquito.

Al cado de diez semanas rodamos la última escena de la película, en la que Aguirre, único superviviente, navega a la deriva río abajo, hacia el Atlántico, presa de la locura y rodeado de varios cientos de monos. La mayoría de los monos que han metido en la balsa saltan al agua y nadan de regreso a la selva. Habían sido capturados por una banda de traficantes de animales que iba a venderlos a laboratorios norteamericanos para experimentos. Herzog los ha alquilado.

Cuando ya sólo quedan unos cien monos, que están a punto de saltar al agua y recuperar su libertad, le exijo a Herzog que empiece a filmar inmediatamente. Sé que esa ocasión no se repetirá. Una vez filmada la toma, los últimos monos se tiran al río y nadan hacia la selva, que los acoge.

Minhoi y yo tenemos que quedarnos tres días en un hospital de Iquitos, para transfusiones de vitaminas.

Cuando el avión, en medio del estruendo bestial de sus turbinas, se alza tieso hacia el cielo, y veo a mis pies el verde mar de la selva, los ojos se me arrasan en un llanto incontenible. Mi alma está tan conmovida, y mi cuerpo se ve tan violentamente sacudido, que por un momento creo que va a partírseme el corazón. Oculto mi cara a los otros pasajeros apretándola contra la ventanilla, e intento

sofocar mis sollozos. A un animal o persona que llora porque tiene que alejarse de la selva virgen, y que no está contento y agradecido de reencontrarse con la seguridad de los guetos de la civilización, donde ronda la locura, se le encierra en el manicomio o se le narcotiza.

De regreso a casa, Minhoi y yo damos la vuelta al mundo. Cuando por fin llegamos a Vietnam, Minhoi se siente feliz. En Saigón, mientras doy un paseo en rikscha, un adolescente vietnamita me escupe, tomándome por un norteamericano.

¡Otra vez me escupen! Primero fueron los belgas, porque yo no era norteamericano. Luego, los pilotos norteamericanos asesinan a mi madre. ¡Y ahora aquí en Vietnam, donde la más sucia de todas las guerras hizo de Minhoi una huérfana, me escupen porque me toman por un norteamericano! Quizás el chico pensó que yo sería uno de aquellos que por Navidad enviaban a sus casas fotos polaroid en color que mostraban cadáveres masacrados de mujeres y niños. A mi lado, Minhoi llora. Salto de la *rikscha* para echarle el guante al chiquillo vietnamita, que sale corriendo enseguida; en eso, un soldado vietnamita me pone en el pecho una pistola amartillada. Tengo que contenerme para no echarme a llorar ante tamaña injusticia. Y, sin embargo, amo a este pueblo como a ningún otro.

En las calles hay barricadas de sacos de arena por todas partes. Un niño de siete o, como mucho, ocho años, representa ante nosotros una especie de pantomima, abriendo la boca de par en par con los ojos como platos. ¡No comprendo lo que quiere! Pero Minhoi sí le entiende. Quiere decirme, mediante gestos, que me ha visto en una película en la que hago el papel de un soldado norteamericano que, con la boca y los ojos muy abiertos, revienta en la escotilla de un tanque.

Así que hemos vuelto al infierno de los humanos. Al infierno de los adultos.

> «¿Qué hombre viviría voluntariamente en la civilización, con su hedor y su estruendo infernales, si puede acercarse a las más hermosas criaturas de Dios y ser su propio Dios y rey, con la conciencia de que no hay para él más ley que la ley del libre, ni más manicomios para los locos que no podían seguir contemplando la vida en la civilización sin atrofiarse…? ¿Ni otra Biblia que el

lenguaje que la naturaleza habla a aquellos que pueden entenderlo…?

Ésa era la vida que él amaba Y, cuando le llegase la hora, le gustaría que los lobos le arrancaran y rebañaran los huesos y los esparcieran por el gran mapa del omnipotente…».

De *Der Berg-Mensch*,
de Verdis Fischer.

Los mentecatos me preguntarán: «¿Por qué no te has ido? ¿No decías que querías irte para siempre? ¿Qué haces aquí todavía?».

Ante todo, no sabré qué responder. Sólo sé que tengo que quedarme hasta que nazca mi hijo, y que no puedo irme sin él. Pero no pienso responderle a nadie, porque eso es asunto mío. Posiblemente, lo que diré será: «¡Métete en tus asuntos!».

Como no tenemos dinero, acepto la primera película que me ofrecen. Como una furcia haciendo la calle, que se va con el primer cliente que aparece. Tenemos que ir a Holanda, a rodar el bodrio de turno.

La novia del director (esa palabra me pone enfermo), un norteamericano, se llama Joan, y lo ha dejado para irse con María Schneider. María acaba de rodar *Último tango en París*, esa parida de película, y se cree de veras muy importante porque Marión Brando le ha dado por culo con mantequilla. Siempre lleva encima libros con fotos de beduinos, que enseña a todo el mundo, y va repartiendo cocaína. A mí también me enseña los libros. Estos drogatas siempre se imaginan que la libertad tiene algo que ver con sus asquerosas drogas. ¿Por qué va enseñando por ahí fotos de beduinos en el desierto? Yo he vivido con beduinos, y puedo asegurar que no necesitan ningún *trip*. La muy cerda le da cocaína a Minhoi a mis espaldas.

En Amsterdam, los holandeses han construido un museo entero para Van Gogh, y han amontonado en él sus cuadros, como presos en una cárcel superpoblada, como animales prisioneros en el zoo, donde ejecutan a cámara lenta a los osos polares sobre el suelo de

cemento de su celda de castigo. A la izquierda, cinco pasos. A la derecha, cinco pasos. En círculo, cinco pasos. Con una manguera, hacen colarse las lágrimas y los excrementos por el sumidero. A veces, para escarnio, dejan pasar a un tigre, a través de una trampilla, a la jaula contigua, donde le espera una tigresa. Los monos, con la locura en los ojos, estiran los brazos a través de los barrotes de sus jaulas. Tienen los dedos de las manos entrelazados, como si rezaran, y suplicaran que los dejen libres.

Aquí, tras el acero de las puertas blindadas, iluminan a Van Gogh con luz eléctrica y lo controlan mediante alarmas eléctricas, como a un condenado a muerte al que sólo se puede mirar a través de un vidrio blindado y hablar mediante un micrófono. Cada cuadro está marcado con un sello del estado, como el número de un preso.

Los visitantes hacen cola como en los restaurantes de *fast-food*. Avanzan paso a paso. *Next!* En las manos llevan folletos que explican por qué Van Gogh se cortó una oreja. Algunos visitantes parecen emocionados. Otros lo miran todo sin entender nada, irritados, cohibidos. Otros se cuentan chistes al oído y se ríen histéricamente entre dientes. Una chica tiembla. Un hombre tiene lágrimas en los ojos. Muchos buscan la salida de ese museo de atmósfera enrarecida, en el que seguro que jamás abren una ventana. Por falta de espacio, los soles sangrantes están tan estrechamente alineados que parecen cuerpos, aún no muertos del todo, dentro de una fosa común. Esos refulgentes girasoles. ¡Esos corazones tan terriblemente afligidos por la ansiedad y la pasión! ¡Sí, cuerpos, aún no muertos del todo, de ejecutados! Como los corderos en los mataderos, a los que apilan moribundos sobre un montón de otros corderos moribundos, después de degollarlos; luego, un matarife les pisa la yugular para que se desangren bien.

Salgo corriendo del Museo Van Gogh de Amsterdam. Una vez en la calle, vomito.

¡No quiero acabar así!

Amo a Minhoi por encima de todo. La quiero más que a mi vida. Amo la mágica belleza de su rostro y su cuerpo. Amo su alma, que me hechiza, llena de misterios y llena de prodigios. Es mi mujer y

mi amante y la futura madre de mi hijo, la que lo traerá al mundo. Y, sin embargo, nuestra convivencia se hace cada vez más dolorosa. Minhoi es completamente inocente de nuestras terribles peleas. Toda la culpa es mía. Mis sentimientos son tan intensos, mi fantasía tan desmesurada y mis reacciones tan violentas, que el conjunto parece una catástrofe natural que arrasa todo a su paso y no deja atrás más que desolación. Las fuerzas contrarias que hay en mí se combaten a muerte, y amenazan con desgarrarme. ¡Tengo ganas de tirarme de lo alto de una torre!

A menudo, Minhoi se asusta tanto que no puede hacer otra cosa que llorar. Luego estira los brazos hacia mí, como si quisiera detener con sus preciosas y tiernas manos la demencia que me destruye.

También Minhoi me ama a mí por encima de todo. Pero ya no puede soportar mis pavorosas contradicciones. Todo en mí es desmesurado y excesivo. También mi amparo. También mi ternura. También mi amor. O por lo menos así lo afirma Minhoi. La violencia de mis sentimientos apabulla y trastorna su alma.

—¡Ayúdame! —nos gritamos a veces los dos al mismo tiempo, mientras nos aferramos el uno al otro como dos náufragos.

Hablamos a menudo de nuestro hijo. En esos momentos todo está bien, y nos sentimos felices. Nos preguntamos en qué parte de la Tierra nacerá. Hacemos planes y soñamos con el lugar en que crecerá nuestro hijo. Quizá nos vayamos a las selvas montañosas de Vietnam, que Minhoi tanto echa de menos. O al Himalaya, justo delante del Ama Dablam. O nos instalamos en Tierra de Fuego, donde los glaciares se sumergen en las aguas encrespadas del Cabo de Hornos. O navegamos por todos los mares y no volvemos jamás a tierra firme.

Hacer películas significa dinero. El dinero significa emancipaciones de la esclavitud. Por lo tanto, sigo. Primero dos películas en Atenas y en Creta. Una película en París. Otra en Barcelona. Minhoi va conmigo a todas partes. Pero nuestra convivencia se ha hecho imposible. Es un implacable círculo vicioso del que no parece haber salida, excepto nuestra separación. Me niego a concebir esa idea horrible. Pero tanto yo como Minhoi sabemos que se acerca hacia nosotros desde lejos, pero cada vez más deprisa, algo así como una ola enorme que nada puede detener.

La separación es la única solución que nos queda para no destruirnos los dos.

Estamos de nuevo en Roma, donde alquilamos un ático con terraza, enfrente de Visconti y cerca del parque Villa Ada, que fue en tiempos el domicilio de Mussolini. Cuando las llamadas telefónicas de los periodistas se hacen insoportables, me cito con ellos delante de la puerta del parque. No saben que puedo observarlos desde el tejado de casa; para ello me basta con encaramarme por la escalera de incendios desde nuestra terraza. Cuando empiezan a girarse en todas las direcciones, buscándome, porque no aparezco a la cita, y, como por casualidad, miran hacia arriba, en mi dirección, me escondo detrás de la chimenea. Al cabo de unos instantes vuelvo a asomar prudentemente la nariz. Y continúo con ese juego hasta que los fotógrafos están hasta las narices y se largan. Hace tiempo que ya no me dejo fotografiar por nadie. No quiero que me fotografíen el alma, que se refleja cada vez con mayor intensidad en mi cara. Además, la fotografía no es más que otro tipo de cárcel, en la que mis sentimientos agonizan entre torturas.

Me despierto en la terraza, echado en mi tumbona, en la que me había dormido. Minhoi no está. No puedo creerlo; es tan monstruoso que no me cabe en la cabeza. Siento como si me hubieran arrancado las dos piernas de un solo golpe. Siento como si volviera a caer en el horror, en la sepultura de la que llevo toda la vida intentando salir, horrorizado… Pasa algún tiempo… Luego, de repente, algo cruza mi cabeza como si me hubiesen disparado una bala en la sien: todo en mi es estridente. Hecho harapos. Sangriento. Todo grita. Alarma. Todo grita, grita, grita por Minhoi. Me precipito hacia la puerta que da a la vivienda. Ella la ha dejado entornada, seguramente para no hacer ruido. Grito sin cesar: «¡Minhoi!». Empiezo a correr; ¡sólo puede tratarse de una broma! Quizás esté jugando al escondite. Rió. Pero mi risa no es auténtica. La alarma que tengo en la cabeza es una señal de lo que vengo temiendo desde hace tiempo. Me lanzo dentro del cuarto baño y echo a un lado la

cortina de la ducha, como si estuviera seguro de haber encontrado su escondite. Miro dentro de la bañera. En el rincón donde están la taza del retrete y el bidet. Me pongo a gatas y miro debajo de la cama; me incorporo sobresaltado, como si hubiera oído un ruido causado por ella al cambiar de escondite. Abro todos los armarios. Me giro a la velocidad del rayo, como si así pudiera sorprenderla en caso de que intentara disimuladamente meterse en otro escondite. Vuelvo corriendo a la terraza. Subo al tejado. Vuelvo al piso: ducha, bañera, retrete, bidet, bajo la cama, armarios, incluso cajones. Sí, incluso en los cajones y estanterías, detrás de los libros, en la cocina, en la nevera, en los armarios de la cocina, en el horno… La cabeza me da vueltas… Me doy golpes en la frente… Agarro el auricular del teléfono… incapaz de marcar un número. Además, ¿para qué? Nadie podrá decirme dónde se encuentra ahora. Bajo a toda pastilla los cinco pisos, el ascensor es demasiado lento. No está en el garaje. Vuelvo a subir corriendo los cinco pisos. De nuevo la terraza, el tejado, la cocina, la cama, los armarios, el cuarto de baño, la ducha, la bañera, el retrete, el bidet… Y otra vez los cinco pisos hacia abajo, esta vez hasta la calle. Es casi de noche. ¿Adonde dirigirme? ¿Dónde buscarla? Como una nube de gas tóxico, se cierne sobre mí un embotamiento que me paraliza; me siento como si estuviera intentando incorporarme tras recibir un testarazo aplastante. Como si le pisase los talones, me lanzo al azar en una dirección. Camino kilómetros. Luego en la dirección contraria. Luego avanzo en zigzag, a derecha e izquierda. Debo de haber pisado trozos de vidrio, porque sangro como un cerdo. No me había dado cuenta, ni tampoco de que estoy descalzo. Vuelvo corriendo a casa. De nuevo los cinco pisos de escaleras… Esta vez directamente desde la acera, sin pasar por el patio ni el garaje. No podría soportar encontrarme al portero… Quién sabe, tal vez Minhoi esté otra vez en casa. Cuando estoy de nuevo en el piso, me siento tan mareado, que no puedo estar de pie. Caigo de rodillas llorando ¡y me pongo a suplicar que me devuelvan a Minhoi! No sé a quién le rezo. Mi oración va dirigida al universo. ¡A la vida! ¡Al amor! Suplico que me torturen, que me hagan daño, con tal de que me devuelvan a Minhoi. ¡Sí! Que aboquen en mí todos los dolores y torturas, toda la asquerosa basura que los humanos son capaces de producir. ¡¡Pero que no me quiten a Minhoi!! También le rezo a

Minhoi. Y le rezo a nuestro hijo:

—Tú eres la luz que ilumina mis tinieblas. ¡Nunca pierdas la fe en mí, igual que yo jamás puedo perder la fe en ti!

Suena el timbre. Me sobresalto de tal modo, que es como si me hubieran aplicado una descarga de electricidad. Cuando abro la puerta del piso, me encuentro a Minhoi en el umbral. Un pequeño ramo de flores que me tiende con sus manos de niña. ¡¡¡Dios mío!!! ¿Hace falta pasar primero por el infierno para ser tan feliz como lo soy en este instante? A partir de ese momento me persigue la delirante idea de que Minhoi puede abandonarme en cualquier instante. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo he de comportarme en lo sucesivo? (Como si alguna vez pudiera llegar a ser distinto de como la naturaleza me hizo).

¿Será que no puede soportar mi forma de vestir? ¿Debo tirar toda mi ropa? ¿Qué debo ponerme? ¿Quiere tal vez que lleve el pelo de otra manera? ¿Más corto, a lo mejor? ¿O mucho más largo? ¿Será que no le gusta que sea rubio? ¿O que tenga los ojos azules? ¿Tal vez no le digo lo bastante a menudo que es guapa? No es posible: nadie en el mundo puede haberle dicho a una persona tantas veces que es guapa como yo se lo he dicho a ella. ¿No le digo lo bastante a menudo que la quiero? ¡Se lo digo tan a menudo que temo que ella no quiera oírlo tanto! ¿Por qué no se lo voy a decir una y otra vez, mil veces, un millón de veces? La frase «Te quiero» es tan hermosa cuando se dice sinceramente… ¿Quizá no le he dicho nunca que es inteligente, o quizá no lo bastante a menudo? ¡Dios mío! ¡¿Cuántas cosas he hecho mal, cuántas cosas equivocadas he dicho?! ¿Quizá no sé tratarla adecuadamente? ¿No le he dicho lo bastante a menudo cuánto me gusta lo que cocina para mí? ¿Acaso no se lo digo todos los días varias veces, cada vez que como algo? ¿Lo habré olvidado sin darme cuenta? ¿Quizá no me muestro lo bastante agradecido por todo lo que hace por mí? ¿Cuando me lava o arregla alguna prenda? ¿Debo comprarle más vestidos? ¿O anillos y collares? ¿Quizá no me perdona que en estos momentos tenga menos dinero, porque me he enemistado con todo el mundo? ¿Es que no sabe que es una simple cuestión de tiempo, que acabaré rodando de nuevo tantas películas como quiera, y que nadie puede detenerme? ¿Estoy tardando demasiado? ¿Debería aceptar cualquier película, aunque sea lejos de aquí, con tal de alejarnos de esta

ciudad, ahora mismo, inmediatamente? Puedo conseguir todo lo que quiera. Soy capaz de hacer todo lo que me pidan.

Sé que todo esto es absurdo. Sólo conseguiría atrofiarme aún más de lo que suelo atrofiarme entre los humanos. Soy *yo. ¡Yo!* Soy yo el único motivo por el que me abandonará. ¡El problema no es cómo soy, sino que existo! Todo mi amor, todos mis buenos propósitos y esfuerzos no pueden ofrecer resistencia a la pujante lava que brota del volcán de mi interior y produce a menudo tanta desolación. Y en cualquier momento puede ser demasiado tarde. En cualquier momento. No temo a nada. Sólo a que Minhoi me abandone; lo temo en todo instante. De día y durante la noche; y no me atrevo a pasar de una habitación a otra sin dejar las puertas abiertas de par en par, incluida la del lavabo. ¡También le digo a Minhoi que haga el favor de no cerrar la puerta del lavabo! Tengo miedo de que salga por la ventana del cuarto de baño, desde la que puede acceder, por la escalera de incendios, al tejado y luego huir por otras terrazas. Ya no me atrevo a ducharme ni a enjabonarme la cabeza, porque no oiría abrirse la puerta del piso. A veces, estando debajo de la ducha, salgo de un salto fuera del cuarto de baño, para ver si Minhoi todavía está. Por las noches me despierto sobresaltado cada vez más a menudo, y la busco con la mano para ver si está en la cama. Una vez, al no sentirla a mi lado, suelto un aullido. Su parte de la cama está vacía. Enciendo la luz y me pongo a buscarla por todas partes. La encuentro sentada en el lavabo, borracha de sueño. No salgo más de casa, sólo con Minhoi. Tampoco la dejo ir a comprar sola. No me cito con nadie más. O, por lo menos, no sin Minhoi. De esa manera podríamos acabar muriéndonos de hambre, porque si no trabajo no tenemos dinero. Jamás he ahorrado nada. Lo peor de todo es cuando tengo que rodar. Minhoi ya no quiere acompañarme a los rodajes, porque es aburrido y fatigoso. Además, si viniera yo tampoco tendría un momento de tranquilidad mientras estuviera delante de la cámara y no pudiera verla ininterrumpidamente.

Durante los rodajes, o cuando tengo que hablar con alguien, no pienso en otra cosa que en Minhoi y en que quiero volver a su lado. En cuanto acabo de trabajar, salgo disparado hacia el coche, y cada segundo que pasa es una punzada en el corazón, y temo que voy a perder la razón. Cuando estoy delante de la puerta del piso, antes

que nada me pongo a escuchar. Si todo está en silencio, me entra enseguida el miedo de que Minhoi se haya ido. Si oigo ruido, sé que Minhoi está en casa. Ésa es mi vida en el infierno. Y no le veo fin.

Sí, sí, ya lo sé. Los otros quieren complacer a todo el mundo, para que sus libros se ganen un lugar en los estantes de las librerías. En los quioscos de los aeropuertos y las estaciones. A ser posible, cerca de la caja registradora de un supermercado: en el mejor lugar, si puede ser en esa cloaca donde están ya el Marlboro y los chicles.

¿Qué hay que hacer para llegar al corazón de la gente? ¿Qué consiguió cambiar Van Gogh con sus cuadros? ¿Y Charryl Chessman? Después de casi diez años esperando la pena de muerte, dice que está cansado. Que quiere que lo maten, si con eso logra que dejen de matar. Lo ejecutaron, pero siguen matando. Escribo lo que necesito poner en mi telegrama. Si algo está de sobras, nadie está obligado a leerlo.

Siempre que vamos al parque de la Villa Ada tenemos la sensación de que, en relación a nuestro futuro, estamos muy lejos. Nos encontramos a una amiga de Minhoi, a la que conoce de la escuela en París. La chica lleva de paseo a su bebé recién nacido, y se lo pone a Minhoi en brazos, para que ésta sepa cómo es la sensación de tener en brazos a un bebé recién nacido. Pero Minhoi parece trastornada, y quiere devolver rápidamente el bebé, como una madre a la que por equivocación le han dado un bebé que no es el suyo. Como su amiga no se lo coge enseguida, porque está preparando unos pañales limpios, Minhoi me da el bebé a mí. Pero yo tampoco quiero tenerlo en brazos. Cuando siento en ellos el peso de ese cuerpo diminuto y rechoncho, no puedo soportar la idea de que no sea mi hijo al que tengo en brazos.

Sólo tenemos un Mini Cooper, pero corre como un rayo. Y como en las siguientes dos semanas no tengo que rodar, echamos nuestra tienda y un saco de marinero en el asiento posterior y nos largamos. Normandía, Bretaña, Inglaterra.

Desde Londres viajamos toda la noche hasta Landsend. Portsmouth. Phymouth. Desde aquí salió Chichester solo con su velero hacia Australia y el Cabo de Hornos. Y Chay Blyth, que dio la vuelta al mundo sin hacer escala, contra todas las corrientes marinas y los vientos. Y de aquí salen los veleros que cruzan el Atlántico en las regatas individuales.

Nos pasamos días enteros de aquí para allá, viendo todos los veleros y sus tripulaciones, que están haciendo los últimos preparativos. Siento el mismo dolor que debe de sentir un preso cuando ponen en libertad a un compañero de celda y él tiene que quedarse. Se siente el olor cortante de la libertad, que tanto daño hace, pero también tanto bien. El preso aprieta la cara contra las rejas y quiere mirar, mirar, ¡¡¡mirar!!! Aunque después sea aún más difícil soportar la cautividad.

Hoy, cuando los veleros salen al mar abierto, me siento igual que en el avión que con las turbinas en marcha, después de despegar de la pista en Perú, iba dejando atrás la selva virgen. Y de nuevo tengo que llevarme el puño a la boca para no soltar un grito.

Seguimos viaje hasta la abrupta costa contra la que se cierne rugiente el océano Atlántico, azotado por un viento helado. Donde la marea alta le alcanza a uno y el mar se echa atrás aún más salvajemente. Por los alrededores no se ve un alma. Sólo arbustos arrancados por el viento, que vuelan como veloces nubes por encima de los acantilados. Siento como si nos hubiéramos escapado de la mortífera cripta de la civilización y sólo nos quedaran las últimas cadenas, ya quebradas, sujetas al cuello, a las muñecas y a los tobillos. Por algunos instantes olvido las arteras trampas que la sociedad humana tiende a todo aquel que tiene la delirante idea de cruzar la barrera.

Un vigilante uniformado nos echa de allí, porque se trata de un «parque natural». Tenemos que desmontar la tienda; sólo está permitido acampar en los «campings». En guetos. Esperamos hasta que oscurece. Luego nos colamos por entre los matorrales.

A primera hora del día, tan temprano que todavía no puede venir a fastidiarnos ningún guarda de gueto, volvemos a los acantilados y encendemos una hoguera.

En ese país no hay dónde comer, y tenemos que cocinar nosotros mismos. Llegamos tarde a todas partes. A veces sólo cinco minutos.

La camarera siempre nos mira enfadada y desconfiada, como si hubiéramos ofendido a la nación entera sólo por no haber aparecido puntualmente a la hora del rancho. En otras palabras: porque no hemos comido puntualmente como todos los demás. Como si no fuera ya bastante asquerosa esa basura que dan para comer y que sólo produce retortijones de estómago. Todo está demasiado salado y duro o pastoso. Como si no fuera ya bastante insolente y enfermizo el hecho de que no se sirva cerveza entre las dos y las seis de la tarde. ¡Todo porque una reyezuela borracha tuvo la idea sádica de que sólo ella tiene derecho a emborracharse! ¡Y, además, esos *fish and chips*!

De regreso por Bretaña me peleo con Minhoi en el coche, quizá porque ya nos estamos acercando otra vez al gueto. Me siento como si no fuera yo el que está refunfuñando y aullando. Como si me viera a mí mismo refunfuñar y aullar y vomitar las más desagradables expresiones e insultos. Como en las fantasías de los sueños, o como en las películas, donde, por medio de efectos especiales, se muestra a un yo separándose del otro. El bueno separándose del malo. Un cuerpo astral surge del cuerpo físico y se sitúa junto a su propia persona. Así me siento. Veo hasta qué terribles extremos llega lo que está pasando, y pienso que el envoltorio de mi cuerpo tiene que romperse por fuerza a causa de las terribles sacudidas que asolan su interior. Y que mi interior va a desgarrarse. Que mi alma se desangrará en el fragor de la batalla. Pero, como ya he dicho, lo veo desde una perspectiva ajena. Siento los dolores, pero los siento como dolores ajenos.

Minhoi quiere que detenga el coche. Se baja y echa a correr por un prado. Cuando me bajo del coche para correr tras ella, siento unas punzadas tan fuertes en el corazón que pego un grito y me retuerzo en el suelo. Es como si alguien estuviera pinchándome sin parar, en pleno corazón. He tenido a menudo punzadas en el corazón. Pero hasta ahora nunca había sentido un dolor tan fuerte.

No sé cuanto tiempo me he pasado revolcándome por el suelo. Minhoi vuelve al coche y me da unas cuantas flores que ha cogido para mí. Le estoy infinitamente agradecido por su tierno amor. Pero persisten las punzadas en el corazón.

Acepto un papel en una fotonovela En Montecarlo. Pagan muy bien, y las poses en las que le fotografían a uno no son más estúpidas que las que suelen pedir esa caterva de directores. Una fotonovela dura de tres a cinco días. Les pregunto si no podría firmar ahora mismo un contrato para cincuenta o cien fotonovelas más.

Minhoi quiere tener a nuestro hijo. Ahora. Hoy. ¡Enseguida! Me lo suplica llorando. Se lo prometo. Anhelo tanto a nuestro hijo como ella. Lo que pasa es que primero quería encontrar un lugar adecuado, como un animal que construye un nido protector para su criatura.

Otra vez España. Granada. Aparte de rodar, sólo presto atención a mis gitanas. Una gitana me lee en la mano que pronto va a producirse un cambio decisivo en mi vida. Que será la mayor despedida de mi vida hasta ahora. Habla de despedida, no de muerte. La odio por ello, aunque sé que dice la verdad. Ni siquiera habría hecho falta que me leyeran la mano. Siento las mismas vibraciones que son capaces de sentir los adivinos. La gitana tiene un chocho enorme, tan inundado que parece un río salido del cauce.

Levantamos nuestro campamento romano y volamos a París, donde Zulawski quiere contratarme para su película *Lo importante es amar*. Al menos, pienso, es un polaco.

En París, Minhoi se entera de que está embarazada. Una mañana, muy temprano, entra corriendo, sin aliento, al cuarto de baño, donde estoy afeitándome, y me enseña un minúsculo papel redondo que parece uno de esos papeles que se ponen debajo de la lente del microscopio, y que está teñido de su orina. Gracias a ello sabe que está embarazada. Después de enseñarme el papelito, lo deja cuidadosamente sobre el estante de vidrio que hay encima del lavamanos, como si fuera ya el coche de bebé con nuestro hijo dentro.

A partir de ese momento, todo es luminoso en mi interior. También a mi alrededor es todo luminoso. Hay luz por todas partes.

Por todas partes. Mire a donde mire, veo prados floridos, aunque París está gris, frío e infame. Todas las personas que veo me parecen amables y alegres. Siento como si yo mismo acabara de nacer por primera vez. Todo es nuevo para mí, y todo me parece bueno y limpio. Nanhoi crece dentro de mí igual que crece en el viente de Minhoi. Nos pasamos todo el tiempo ocupados en los preparativos. Vamos de aquí para allá para comprar ropa de bebé, miramos muchos coches de niño y camitas, y Minhoi cose ropa de cama y camisoncitos de bebé de telas floreadas, de colores primaverales. Encargo para mí camisas de la misma tela, para llevar la misma ropa de mi hijo. Compramos biberones y pañales y todo lo que necesitamos para que nuestro tierno *babyboy* se sienta bien y no le falte de nada.

Ahora odio más que nunca tener que rodar películas. Lo único que me apetece es dedicarme a los preparativos para la llegada de mi hijo amadísimo. Pero me resulta inevitable tener que rodar, pues, como siempre, necesitamos dinero. Ahora más que nunca.

La productora para la que trabaja Zulawski no puede contratarme, porque la distribuidora alemana que financia parte de la película me rechaza. El motivo de ello es que el miserable gusano de la distribuidora alemana con el que trata la productora francesa quiere vengarse de mí. Hace muchos años, cuando yo follaba con Erica R., él también tenía ganas de tirársela. Pero Erica sólo quería follar conmigo. Por eso me odia ese gusano.

Zulawski dice que no piensa rodar la película sin mí. A mí, la película me importa un rábano. Pero necesito dinero.

Vuelo a Munich, donde vive también Sybille D. Sybille no es sólo la coima de un tal señor Von St., que es a su vez el jefe de la filial de la distribuidora en Munich, sino también al mismo tiempo, la concubina del millonario norteamericano propietario de toda la empresa, sobre todo en Estados Unidos. Así que la telefoneo y quedo con ella. Me abre la puerta vestida con un negligé confeccionado de manera que le dan a uno ganas de follar de pie a través de él. Una pierna encima de una silla Por entre las tetas. En la boca. También por detrás, por el culo. Sybille es una gran folladora Su boca debe de haber chupado muchas pollas. Tiene los ojos febriles y cachondos, hundidos en las órbitas. Es muy muy seductora, muy cariñosa y muy muy lista. Enseguida me pide que

no le diga a su amiguito norteamericano, que por cierto está casado y le ha puesto ese pisito tan hortera, nada acerca del señor Von St., también casado, que hará su aparición de un momento a otro. Sus palabras suenan al mismo tiempo como una disculpa por el hecho de que, por desgracia, no me la pueda follar todavía. Lo cual viene a significar que se trata sólo de un aplazamiento. Pero, añade, puedo contarle yo mismo al señor Von St. la escandalosa historia.

En el momento en que me dispongo a catar la golosina que me ha ofrecido, suena el timbre, y aparece el señor Von St. Cuando oye mi historia, a la que he añadido la observación de que el capullo que me boicotea de cara a los franceses no es, al fin y al cabo, más que un empleado del señor Von St. que se ha permitido tomar, sin consultar al señor Von St., una decisión de tanta transcendencia, el señor Von St. se pone frenético y me promete por lo más sagrado (con Sybille como testigo) arreglar el asunto mañana mismo a primera hora. Así pues, me largo, no sin antes decirle a Sybille en la puerta del piso que Zulawski le dará un papel en la película si ella hace lo posible por que todo salga bien. Asunto resuelto.

Entretanto, me han ofrecido otra película en París: *Nuits d'or*. Así que primero ruedo esa birria de aficionados. Luego la película de Zulawski.

Ahora se empeñan todos en que interprete el papel de Kean, el mayor actor inglés del siglo pasado. La versión escénica, a partir de la novela de Dumas, es obra de Jean-Paul Sartre. Está previsto que se estrene en el Théatre de la Ville. No hay manera de ponerse de acuerdo con ese pelmazo de administrador por lo que respecta a mis honorarios. ¡Hay que ver el concepto que se tiene aquí de lo que es el sueldo de un actor! Por fin se aviene a darme una determinada cantidad. Refunfuña que es el doble de lo que cobró Ingrid Bergman en París, y eso que a Ingrid Bergman ya se le pagó en su día el máximo posible.

Todo eso no me interesa en absoluto. Lo único que me interesa es que me paguen más, y punto. Al final acabo firmando el piojoso contrato.

En nuestro primer encuentro, Sartre se muestra muy afable y contentísimo de que sea yo el encargado de encarnar a Kean. Jala, priva y fuma como una chimenea. No es de extrañar que esté enfermo y casi ciego, a pesar de esas gruesas gafas de cristal pulido. He leído por encima su versión escénica, y la verdad es que no tengo ganas de calentarme los casos con la sarta de chorradas pseudosocialistas de la obra, que es, para decir la verdad, rematadamente mala.

Aún no me he recuperado de la paja mental intelectualoide de Zulawski, cuando vuelvo a sacar del cajón *Kean*, porque tengo la vaga sospecha de que no podré salvar en el escenario las chapucerías de Sartre. Durante la lectura, tacho casi todas las páginas, e intento incorporar el máximo posible de monólogos de obras de Shakespeare, en las que va actuando Kean. Como paréntesis dentro de una película, *flashes, flash-backs*, primeros planos. Al final de mi revisión, casi sólo quedan monólogos: Hamlet, Romeo, Ricardo II, Otelo, Macbeth, Marco Antonio, el rey Lear. Me dirijo a ese pelmazo de administrador y le digo que le haga llegar a Sartre mis correcciones. A lo mejor, añado, puede reescribir esa porquería. Los asesores de Sartre responden que no quiere que se toque ni una coma del texto parido por él. ¿Habrá olvidado Sartre que lo único que hizo fue piratear la novela de Dumas? ¡Qué digo, piratear! ¡Lo que hizo fue destrozarla! Cuando se publicó mi primer libro, me compararon con Céline, y me preguntaron si me gustaría encarnar a Céline en una película. Era la primera vez que oía ese nombre, y hasta ahora no he leído nada de Céline; sólo sé lo que dijo de Sartre: «Esa pequeña lombriz intestinal miope, ese Sartre, ¿dónde estaba cuando corría la sangre? ¡Agazapado en las tripas de los condenados, como la pequeña bola de mierda que es! ¡Esa hipócrita y pequeña lombriz intestinal, ese gusano de la mierda de otros!».

Encontramos un *atelier* en los Marais, el barrio judío de París.

El piso consta de una sola habitación enorme, alta y clara, rodeada de ventanas. Con balcón y cocina americana. Y con una bañera en medio de la habitación, justo delante de la chimenea. Una escalera conduce a la parte superior, donde hay un dormitorio

por el que se accede a una gran terraza. No se oye el ruido del tráfico callejero. Por uno de los lados, las ventanas dan al patio de una escuela. A la hora del recreo, oímos siempre las alegres y libres risas y gritos de los niños, que salen a la desbandada del mohoso edificio para jugar a la pelota y corretear por el patio.

El vientre de Minhoi se hace más grande, y ella cada día más guapa. Cada instante en el que Nanhoi crece en su interior es una fiesta. Y a veces Minhoi me coge la mano y la pone sobre su vientre, para que yo sienta cómo se mueve Nanhoi. También veo cuándo patalea dentro del vientre de Minhoi. Y cuando pego el oído a su vientre, oigo latir el corazón de Nanhoi. No tengo palabras para describir cómo quiero a Minhoi.

Minhoi y Nanhoi son una sola cosa. Y Nanhoi y yo somos una sola cosa. Y Nanhoi crece dentro de mí y dentro de Minhoi. Y yo crezco dentro de Nanhoi. Naceré por medio de Nanhoi. Y Nanhoi nacerá por medio de mí y de Minhoi.

Cuanto más se acerca él, más siento la gracia de la vida y más me siento parte del universo.

Una vez, una norteamericana me preguntó en Chicago por qué en las películas francesas los actores se pasan la mitad del tiempo comiendo. No puedo contestar a esa pregunta. Pero tenía razón: se dedican a comer y a hablar de la comida. No paran de filmar a la gente jalando, y empiezan ya por el desayuno. Lo más difícil de soportar es la cena. En los *bistrots* y restaurantes, pero sobre todo en casa, con amigos invitados o varios matrimonios. No hay quien lo aguante. ¡Y esos diálogos! Los escriben los dialoguistas (sí, sí, existen de verdad escritores de diálogos). Los personajes, mientras jalan, se pasan, por ejemplo, el salero o la salsa, después de decir: «Pásame la sal, por favor», o «Pásame la salsa, por favor». Luego dicen «gracias» y «de nada» y otra vez «gracias», y continúan en ese plan, aunque les bastaría con levantar el culo para echar mano al salero. (Y todo eso, claro, porque, ante el tema de la comida, a los denominados dialoguistas no se les ocurre nada mejor que hablar de la comida). Pero también filman cualquier otra clase de comidas. Comidas, comidas, lo importante es que salga gente jalando y privando. Como si los actores no hubieran comido ni bebido en

mucho tiempo, o como si no hubiera nada más importante que comer y beber.

En *Nuits d'or*, excepcionalmente, no se jala ni se priva. Lo que impera es otra manía, mucho peor que la de jalar y privar, y que se extiende cada vez más deprisa por toda la tierra, como una epidemia: la manía de lo enfermizo y lo macabro, la manía de lo putrefacto y corrompido, que esos cineastas saqueadores de cubos de basura roban de los vertederos de los cerebros humanos. Sí, porque a ello se añade la manía de robar. Saquean, sin más ni más, los cubos de basura de otras películas, cuantas más mejor. Son auténticos basureros. Verdaderamente, da asco.

Día 23 de diciembre, cumpleaños de Minhoi. Tengo que rodar hasta las seis; luego me voy volando a Cartier, donde he elegido un diamante para Minhoi.

Cuando le entrego el diamante, Minhoi no se alegra. Desde luego, sonríe agradecida, pero sé que el diamente no significa nada para ella. He vuelto a meter la pata. Sé que con un diamante no puedo arreglar el mal que le he hecho, pero, maldita sea, ¿qué daño le he hecho? ¿Es que a un ser humano se le puede hacer algo peor que no amarlo? Y yo amo tanto a Minhoi que daría mi vida por ella en cualquier instante. Mi único delito consiste en que estoy condenado para siempre a esa eterna lucha conmigo mismo. Y en que esa lucha se hace cada vez más cruel, en la pugna a muerte entre las dos potencias opuestas en mi interior.

Me arde la cabeza como si me la hubieran golpeado con una barra de hierro. ¡Tengo que liberarme de esa presa que me estrangula! ¿Quién osaría culpar a un animal salvaje por destrozar las rejas de la jaula al escapar de su cautiverio? ¿No se le puede amar pese a ello? ¿O por lo menos impedir que sufra? ¿No hay que abrirle la jaula al pájaro prisionero que se hiere las alas contra las rejas?

Minhoi ha hecho todo lo que era capaz de hacer por amor a mí. Lo único que sucede es que no puede soportarme más. No es algo que ella pueda decidir. No está en sus manos. Lo sé, y pese a ello me niego a concebir, o, mejor dicho, no puedo concebir que yo sea incapaz de hacerla feliz. Pero no puedo ni quiero arrastrar

eternamente conmigo ese jodido sentimiento de culpa como una repugnante cruz que me lleva de cabeza a la demencia si no quiero acabar del todo idiotizado. ¡¡¡¿¿¿Qué demonios he hecho???!!!

Minhoi me amenaza cada vez más a menudo con que voy a perderla si no cambio. Pero ¿cómo voy a cambiar? ¿He de violarme aún más a mí mismo y atrofiar por completo mi naturaleza?

¿Se puede aprender a ser de otra manera? No quiero decir a comportarse de otra manera, eso no es ninguna cosa del otro mundo. Lo que quiero decir es: ¿Puede uno convertirse en una persona completamente distinta? ¿Cómo es posible modificarse espiritualmente sin sufrir daños en el proceso? ¿Y qué pasaría con los sentimientos e ideas personales? He martirizado mi cerebro millones de veces intentando comprender por qué no soy de otra manera, y de hallar un modo de cambiar. Pero todo ha sido en vano. Creo que no somos capaces de decidir nuestra forma de ser, ya que ésta depende de la fuerza del magnetismo universal y de las energías que nos irradian. Y que no es posible modificar el magnetismo ni las ondulaciones y vibraciones del universo; en especial cuando son tan contrapuestas las fuerzas que entran en contacto. ¿Es posible calmar el océano frente al Cabo de Hornos? Si alguien sabe cómo hacerlo, que lo diga.

Posiblemente, los sordos creerán estar oyendo una sarta de excusas. Pero no intento excusar nada de lo que he hecho, y además, ¿ante quién debería disculparme? ¿A quién le servirían de algo mis disculpas? No. Lo que hago es buscar desesperadamente una solución. Yo también lo he intentado todo. Nadie me ayuda. Cuento los días, las horas, los minutos y los segundos hasta el nacimiento de mi hijo, como un preso que marca en las paredes de su celda los días, las horas, los minutos y los segundos de su condena Mi hijo será mi redentor. Con su amor, me liberará de las cadenas de mi tormento. Lo sé, lo siento así. No puedo evidenciarlo ni demostrarlo, pero estoy henchido de la visión de su nacimiento, que ahora ya me insufla energías. Igual que un árbol encadenado, romperé, al crecer, los cables de acero que amenazan con clavárseme en el alma, como a él en la carne a través de la corteza.

El vientre de Minhoi se hace cada día más grueso y más encantador. Casi lo vemos crecer. Lo sentimos crecer como se siente crecer una flor, o una tormenta, un iceberg, el mar, o la primavera,

que hace crecer los brotes y las raíces; sentimos como sonidos que se hinchan hasta convertirse en vibraciones, en ondulaciones del nacimiento… Minhoi me llama cuando nuestro hijo Nanhoi se mueve dentro de su vientre. Entonces me coge la mano y se la pone sobre el vientre, para que yo lo perciba. Pero también veo a Nanhoi con los ojos. Y siento en mi propio cuerpo cómo crece dentro del vientre de Minhoi. Cada mes, cada semana, cada día, cada hora, a cada respiración. Lo toco y lo acaricio y lo beso. Él me mira desde el vientre de Minhoi, y sus ojos me dicen que sabe con qué indecible pasión lo quiero. Que nadie ni nada en este mundo puede ser querido con un amor más hondo y violento.

Desde que lleva dentro a Nanhoi, Minhoi se hace cada día más indeciblemente bella, y mi amor por ella también es cada día más indeciblemente intenso. Todas las mujeres que llevan dentro a un niño que va a nacer adquieren una belleza sobreterrenal.

Se estrena *Aguirre* en París (¡después de cinco años!). Herzog, director inepto, productor inepto y un inepto a la hora de comercializar la película, la ha malvendido por cuatro duros (escalofriantemente mal doblada al inglés) a una distribuidora francesa de mala muerte. En la otra versión, aún peor (en alemán, con subtítulos), no es mi voz la que se oye, pues me negué durante años a hablar con Herzog. Me produce alergia el simple hecho de oír o leer su nombre. El supuesto «dossier de prensa» no es más que un cúmulo de fanfarronadas hinchadas y mentiras desvergonzadas en favor de Herzog. Su responsable es un baboso «jefe de prensa» que se ha fijado como meta para el resto de su vida lamerle a Herzog su asqueroso culo. En el dossier de prensa aparece por primera vez esa historia analfabeta según la cual Herzog me forzó por las armas a ponerme delante de la cámara.

Los periódicos, la radio y la televisión se masturban con pretenciosos artículos sobre mí. Parece que les pone cachondos calificarme de genio. No saben que la película, tal como ha quedado, sólo ha sido posible porque le hice cerrar el pico a Herzog para salvar lo poco que valía la pena salvar. Al menos, los cientos de entrevistas que me hacen me permiten por fin escupir en la cara de Herzog y llamarle lo que es: ¡un capullo como la copa de un

pino! Pese a ello, acapara con el mayor descaro todos los premios y distinciones imaginables que es capaz de concederle esa caterva de subnormales que se llama «la cultura».

Lo importante es amar se estrena igualmente por esas fechas en París. También en este caso, los periódicos y las televisiones vomitan, por lo que respecta a la supuesta colaboración entre Zulawski y yo, una basura repleta de mentecatez e ignorancia. La única verdad es que, si soporté (sin partirle la cara) al puñetero, engreído y fanfarrón de Zulawski fue sólo porque aquel gusano de la distribuidora de Munich había querido impedir que yo rodara ese putrefacto y deprimente mamotreto.

Las entrevistas, totalmente absurdas y agotadoras, llegan a durar diez horas o incluso varios días, y además son grotescas, pues la mayoría de esos castrados no captan nada en absoluto y lo deforman y tergiversan todo, de manera que mis palabras acaban careciendo de sentido.

Últimamente he hecho correr la voz de que sólo consentiré en ser entrevistado por mujeres. No es que ellas tengan más talento ni sean más inteligentes, pero por lo menos existe la esperanza de que a alguna valga la pena tirársela. Cuando un periódico, radio o televisión llama a mi agencia, hago preguntar si la persona en cuestión es guapa, y también qué edad tiene. Si la periodista afirma ser guapa, me cito con ella previamente en mi agencia, por precaución. Siempre estoy a tiempo de darme el piro. Una escribió en su artículo que no le contesté a ninguna pregunta, sino que me limité a intentar todo el tiempo meterle mano entre las piernas y llevármela a mi hotel.

Ninguno de esos gilipollas quiere creerse que he rechazado ofertas de Ken Russell, Fellini, Visconti, Pasolini, Cavani, Penn, Lelouch y todos los demás denominados directores de fama mundial, y que si ruedo películas es sólo por dinero. Resulta verdaderamente fatigoso tener que rechazar una y otra vez esa basura-*fast-food* que intentan hacerme tragar por la fuerza.

Minhoi repite cada vez con mayor frecuencia el gesto de cogerme la mano y ponérsela en el vientre para que yo sienta patear a Nanhoi. Le sacude buenas patadas, cada vez más fuertes, verdaderos puntapiés dados con todas las fuerzas, como en el kung-fú.

Una vez consigo distinguir un pie de Nanhoi antes de que empiece a patear; tengo unas ganas enormes de besárselo y, en el momento en que pongo rápidamente la boca sobre él, me suelta una patada en los labios. Estoy seguro de que él lo sabía y luego se ha echado a reír dentro del vientre de su madre. A partir de ahora, cada vez que poso la mano en una zona en la que sospecho que hay un pie, él me pega una patada.

En todos los parques a los que vamos, Minhoi se dirige a las madres con niños pequeños y les pregunta dónde han comprado el cochecito o dónde venden esto o lo otro. A mí me hace muchísima ilusión que Nanhoi tenga un gran coche de niño inglés como el que compré para Nastassia. Así se pensará que viaja en un gran carruaje. Y podrá azuzarme y gritarme «¡arre!» y darme latigazos, pues yo seré su caballito y lo llevaré como él quiera, al paso, al trote o al galope. Pero Minhoi no quiere un cochecito grande, porque no podríamos meterlo en el coche cuando lo llevamos a pasear al parque o al campo. También les preguntamos a las madres sobre cunas, parques y cestos, y dónde se puede comprar una mesa para cambiar pañales y una cómoda para guardar las cosas del niño en su habitación. Con el tiempo llegamos a conocer las tiendas de artículos infantiles que tienen la gama más amplia de cochecitos, cunas y parques. También localizamos pronto las tiendas donde venden la más primorosa ropita y calzado, y yo sé dónde puedo encontrar todos los juguetes que quiero comprarle a Nanhoi.

Durante esas salidas de exploración y compras nos peleamos siempre. Uno de los dos siempre se pone celoso cuando el otro elige algo para Nanhoi. Intento forzarme como puedo a cerrar la boca, para no irritar a Minhoi, pero estoy tan rebosante de entusiasmo por darle yo mismo a mi hijo lo mejor de lo mejor que, sin poder evitarlo, pronuncio, digo en voz alta, grito una y otra vez espontáneamente lo que pienso, deseo, anhelo. En pocas palabras: Minhoi y yo estamos completamente pirados por nuestro *babyboy*.

Miklos Jangso me telefonea desde el aeropuerto de París. Quiere rodar conmigo y Claudia Cardinale una película en Hungría. ¿Hay hoteles en Hungría? Las fechas del rodaje coinciden con las previstas para el nacimiento de Nanhoi. ¿En qué parte de Hungría? ¿Hay una clínica en el lugar del rodaje? ¿Un médico? ¿Una comadrona? Miklos no puede decirme exactamente dónde rodaremos, pero me asegura que no tengo por qué preocuparme. ¿Nacerá nuestro hijo en Budapest?

Nuestros planes van cambiando semana a semana, pues también cambian cada semana las ofertas que recibo. Cada semana pensamos que Nanhoi va a venir al mundo en otro lugar, en otro rincón del planeta. No consigo decidirme por ninguna película; siempre pienso que quizá la próxima oferta sea más suculenta.

Me decido por *Jack the Ripper*, en Zurich. Ruedo esa mierda en ocho días. El resto del tiempo me lo paso jugando al tenis, aunque llueva a cántaros, hasta que me sangran las manos y los pies y tengo tantas ampollas que no puedo caminar ni estar de pie.

En París no decimos ni hacemos cosa alguna que no tenga que ver con los preparativos para el parto de Nanhoi. Minhoi va regularmente a una clínica de la Rue Marbeuf, en la que se prepara a las embarazadas para un parto sin anestesia. Aprenden a respirar relajadamente, a colocar el abdomen en la posición idónea para el parto, a ayudar al alumbramiento, a apretar, a hacer presión, y sobre todo a dejar de lado toda clase de miedos que podrían entumecer el cuerpo y bloquear el proceso de alumbramiento.

La tensión resulta ya casi insoportable. Siento como si fuera mi cuerpo el que va a alumbrar a Nanhoi. Como si fuera a parir a nuestro hijo conjuntamente con Minhoi. Los tres somos un solo cuerpo: Minhoi, Nanhoi y yo.

Cinco de la tarde. Minhoi tiene de repente unas contracciones muy fuertes y tengo que llevarla inmediatamente a la clínica, donde la introducen sin demora en el paritorio. Pero aún no ha llegado la hora del alumbramiento. Durante toda la tarde, hasta entrada la noche, las contracciones se intensifican y remiten, se intensifican y remiten. No me aparto de Minhoi, y la beso y acaricio a ella y a nuestro hijo dentro de su vientre. Cada vez siento más claramente hasta qué punto se conmueve mi interior ante esa fuerza natural del parto próximo, una fuerza que se anuncia como un terremoto. Pero

Minhoi y yo no tenemos miedo. No siento ni veo otra cosa que a mi hijo, que se acerca a mí como desde muy lejos. Lo que siento en esos momentos es demasiado grandioso, demasiado abrumador para poder expresarlo con palabras. Me he traído una cámara Polaroid con la que voy a fotografiar el parto. Minhoi lo quiere así. Creo que ver una y otra vez esas fotos es lo más hermoso del mundo. A qué madre no la haría feliz verse a sí misma mientras alumbra a su hijo.

Cinco de la madrugada. Empieza el parto. Minhoi está echada boca arriba, con las piernas abiertas de par en par, las corvas apoyadas, a izquierda y derecha, en unos soportes metálicos a cuyas varillas se sujeta ella, y el abdomen ligeramente levantado. Todo su cuerpo parece abrirse: todo en ella es alumbramiento. Tendré que disparar las fotos a toda velocidad, para no dejar pasar ninguna fase del parto.

Me dan ganas de arrodillarme. Es la situación más emocionante, imponente, dramática, gozosa, sensual y pura de que jamás he sido testigo. Sin duda, Minhoi siente dolor, pero parece no percibirlo como tal, ¡pues está riendo! Son los dolores de una tempestad, de un mar embravecido… Lo primero de Nanhoi es la cabeza… La comadrona coloca sobre su cabecíta una diminuta membrana conectada con un estetoscopio. Nos alcanza el estetoscopio a Minhoi y a mí para que oigamos los latidos del corazón de Nanhoi. Y mientras oigo los para mi más deliciosos latidos del mundo, que me atraviesan y se asocian a mis propios latidos hasta fundirse en un grito de júbilo, sale a la luz la cabecita de Nanhoi, con la carita hacia arriba, girada al cielo… Minhoi jadea y gimotea, pero respira profunda y regularmente, y aprieta y hace fuerza para sacar a Nanhoi de su vientre… Lo siguiente que sale a la luz es el bracito derecho de Nanhoi… Luego el izquierdo, y ambos se descuelgan agotados, debido al esfuerzo del nacer. A partir de ahora, el parto debe seguir su marcha a buen paso. Cualquier retraso podría significar que Nanhoi se quedase sin aire, al verse aprisionado y, por tanto, imposibilitado de respirar, su delicado tórax, que aún está dentro de Minhoi. Con desmesurado esfuerzo, Minhoi abre su cuerpo entero como una flor… Ahora ya parece que el parto no la canse… y, del modo en que un pedazo de tierra firme se convierte en una isla al ser aserrado por el mar, el cuerpo de Nanhoi se escurre del de Minhoi. Lo primero que besa Minhoi, cuando la

comadrona le tiende a Nanhoi, son los piececitos del niño. El médico se dispone a llevarse a Nanhoi a la pieza contigua para lavarlo; pero yo por nada del mundo le dejo salir solo con mi hijo de la habitación, y le piso los talones. Con una manguera retira de la cabeza, el cuerpo y la cara de Nanhoi los restos de la placenta, y mientras lo sostiene cogido de los pies, de modo que la cabeza le cuelgue, Nanhoi suelta su primer berreo, y yo beso su cara arrugada y de una gracia sobrenatural.

Desde que ha nacido Nanhoi, reina un sentimiento de liberación: todo es vasto y sin límites y forma una sola cosa con el universo, como si ya no hubiera barreras, ni leyes, ni religiones, ni calendario, ni muerte. Sólo amor. Siento como si corriera por un infinito prado florido, que ya vi desde lejos cuando Minhoi se quedó embarazada. ¿Qué son todos los dolores y penas que he arrostrado, a la luz que expande el nacimiento de Nanhoi, que me ilumina y hace resplandecer mi futuro (por duro y laborioso que pueda ser), y me infunde unas indecibles energías?

Todos los pasos que tengo que dar en esos días los doy con presteza y sin cansancio, para poder volver lo antes posible a la clínica, donde Nanhoi reposa y patalea junto a la cama de Minhoi, dentro de una cuna transparente, para que su mamá pueda verlo sin necesidad de incorporarse. ¡Me muero de ganas de volver a ver a Nanhoi! De inclinarme sobre su cuna, tomarlo en mis brazos, besuquearlo, lamerlo, devorarlo. Besar sus enormes ojillos celestiales, que son estrellas oscuras como los de Minhoi. Besar su boquita que es como un capullo de rosa. Y sus minúsculos piececitos y sus manitas minúsculas y fuertes, que, cuando las cierra, tienen la misma forma cuadrada que mis puños, sólo que en un tamaño diminuto.

Minhoi me envía a comprar más camisolas, chaquetitas, bragueros, pañales, crema para la piel, aceites y polvos de talco para bebé y no sé cuántos encargos más. A veces, en mi excitación, compro alguna cosa equivocada, y tengo que volver a salir para cambiarla. Le pregunto a Minhoi si quiere que compre también un cochecito plegable para ir sentado, pero me dice:

—No, hombre, hasta dentro de seis u ocho meses no. ¡Nanhoi

todavía no puede sentarse! ¡Ni se te ocurra sentarlo! ¡Los niños de pecho no se pueden sentar, tienen la columna demasiado tierna!

Por fin llega el gran día en que puedo llevarme a casa a Minhoi y Nanhoi.

Por la noche nos turnamos para darle el biberón. Pongo el despertador cada tres horas, para no quedarme dormido en caso de que se me cerrasen los ojos de puro cansancio. Pero mi cariñito berrea siempre justo a su hora de comer… Me hace tan feliz tener en brazos a mi *babyboy* y darle de comer. Sentir cómo su vigoroso cuerpecillo aumenta de peso a cada trago, y luego apoyar su cabecita contra mi hombro para que erupte y así expulse el aire que ha tragado al mamar, porque de otro modo tendría dificultades para respirar. Luego vuelve a dormirse inmediatamente contra mi hombro, y yo no me muevo ni me atrevo a respirar, para no perturbar su sueño de bebé. Minhoi y yo también nos turnamos durante el día. Pero también esto provoca disputas, porque a menudo ambos afirmamos que nos toca el turno. Por supuesto, también le cambio los pañales y se los pongo cada vez que Minhoi me lo permite, lo lavo y lo baño y también lavo sus camisolas, chaquetitas y bragueros, lo visto con ropa limpia y le lavo y cambio la ropita de la cuna. Con toda precaución, le limpio, con ayuda de bastoncillos de algodón, las ramificaciones de las orejas, que son finas como el papel de seda, y le cepillo el sedoso cabello con un cepillo para bebés, cuyas cerdas son suaves como el plumón de un pato joven. Durante los primeros tiempos, también me encargo de ir de compras a las tiendas y al mercado, porque Minhoi todavía está muy débil, y le cansan demasiado las escaleras de los cinco pisos.

Pero Minhoi está tan loca de alegría y tan orgullosa de nuestro hijo que pronto me acompaña a las tiendas en las que compramos, para ir enseñando a Nanhoi por todas partes. Lo cual siempre dura un buen rato, porque las mamás judías de los Marais nunca se cansan de ver a Nanhoi.

Ahora empezamos a sacar a Nanhoi a pasear en su cochecito. Pero ir empujando el cochecito por las calles es un infierno. No sabe uno hacia dónde tirar. Por todas partes contaminación, cloacas, hedores asesinos y un estruendo infernal, ¡y sobre todo, peligros! Además, cagadas de perro a cada paso. Para no pisar una mierda hay que avanzar en zigzag, de trozo no enmerdado en trozo no

enmerdado. Hasta entonces nunca me había dado cuenta con tanta alarma de que tenemos que marcharnos de París lo antes posible.

Como nuestra casa de los Marais, que data de la Edad Media, no tiene ascensor, tengo que subir y bajar en brazos a Nanhoi por los cinco pisos de escaleras. Llevar a mi *babyboy* en brazos, aunque sea toda la vida y hasta el fin del mundo, me produce un sentimiento de verdadera beatitud, pero los escalones están gastados y resbalan. Una vez perdí pie y caí de cabeza hasta la mitad de un tramo de escaleras, dándome un golpe en el cráneo y dislocándome el brazo con el pasamanos. Me da miedo que vuelva a pasarme eso llevando a Nanhoi en brazos, y subo y bajo los peldaños uno a uno, despacito y con muchísima precaución, como los niños pequeños.

Cuando Nanhoi duerme, a cada momento echo un vistazo para asegurarme de que esté en la posición adecuada. Y de que esté bien tapado. Y de que no le falte el aire. Y de que no haya corriente de aire. Y de que no haga demasiado calor en la habitación o en la terraza. Ni demasiado frío. Y de que no se le haya colado en la cuna, pese a la mosquitera, ningún mosquito, avispa, abeja o mosca El olor a bebé que desprende durante el sueño es tan embriagador que me gustaría meterme en la cunita y ponerme a su lado. Pero seguramente se rompería. También vigilo que las pesadillas no turben su sueño. A veces se ríe mientras duerme. A veces, cuando me acerco mucho, me agarra un dedo en sueños. Lo coge bien fuerte, para lo que necesita su manita entera. Me gustaría dejarle mi dedo para siempre, pero cuando tengo que alejarme, o cuando Minhoi se impacienta porque quiere estar sola con Nanhoi, saco mi dedo muy cuidadosamente de su puñito. Si él, que sigue durmiendo, se da cuenta y vuelve a apretar, tengo que dejar pasar un rato antes de volver a intentar sacar muy cuidadosamente el dedo de su puñito.

Al cabo de ocho semanas, Nanhoi se pone de pie por primera vez; aunque se apoya en Minhoi, que está echada en la cama, lo cierto es que se encuentra de pie sobre sus propias piernecitas. En ese momento me doy cuenta por primera vez de cuánta fuerza tiene dentro.

Minhoi quiere que yo me vaya de nuestro piso. Ella, por su parte, piensa mudarse a otro piso, situado en la rue de Saint-Louis, en París. Al principio no sé de qué me habla. Es verdad, ella venía diciendo desde hacía años que deberíamos separarnos cuando naciese Nanhoi; pero yo nunca había sido consciente de hasta dónde pensaba llegar, y, en mi felicidad, había olvidado todo. Quiere que me vaya y me busque un sitio para vivir, sin contar con ella ni con Nanhoi. Es decir, que no siga viendo a Nanhoi a todas las horas del día y de la noche, y que deje de jugar con él y de hacerle esas muecas que tanto le gustan. Que deje de levantarme por la noche para comprobar si está bien tapado. Que no le dé más el biberón ni le lave los pañales ni le ponga la camisola, la chaquetita y el braguero limpios. Que deje de lavar todas sus cosas. Que deje de besarlo y cogerlo en brazos día y noche, y que no lo saque más a pasear, ni al teatro de marionetas, ni lo suba al tiovivo ni me siente con él, porque aún es demasiado pequeño y no puede sostenerse por sí solo…

No entiendo nada. Ni siquiera puedo pensar. Minhoi dice que lo habíamos acordado así. Dice que le había prometido que la dejaría sola con nuestro hijo después de nacer él. Que yo sabía desde hacía tiempo que no podíamos vivir juntos. Que nadie puede vivir conmigo. Me siento paralizado. ¿No será todo una pesadilla? ¿No me lo estaré inventando, debido a mi extremo cansancio? A lo mejor Minhoi se compadece cuando vea que ya no estoy a su lado, y me pide que vuelva con ella. ¿Cómo se le ocurre proponerme que abandone a mi hijo? ¡No lo haría jamás, jamás! ¡Mi hijo me necesita! ¡Y yo no puedo vivir sin él! Quizá Minhoi acabe entrando en razón. No puede apartarme sin más ni más de Nanhoi, sería demasiado terrible. Quizá todo se arregle, quizá…

La idea de buscarme un piso por mi cuenta, separado de Minhoi y separado de mi *babyboy*, al que quiero por encima de todo, es tan mortalmente deprimente que me siento como muerto. Como una rama de árbol cortada. Para que vaya a ver un piso, hará falta que me lleven a empujones, que me fuercen brutalmente. Pero una vez allí me limitaría a mirar al vacío. Simplemente no consigo interesarme por el asunto.

Alquilo un piso cualquiera de los que salen anunciados en el diario *Le Fígaro*; el piso se encuentra muy cerca del enorme parque

del Bois de Boulogne, que es como un verdadero bosque. Realizo los trámites como en trance. Desde el nacimiento de Nanhoi, he estado dándole vueltas a la cuestión de dónde podría sacarlo a pasear en su cochecito y jugar con él al aire libre. El piso está en el número 33 de la Avenue Foch, la calle más cara de París. Es una casa de apartamentos, gélida y de un gusto detestable. Una casa para muertos. La hizo construir Rothschild, y el propietario de mi piso es el sha de Persia. El contrato de alquiler del piso —un estudio sin muebles, con cocina y un cuarto de baño sin ventanas— me llega, firmado personalmente por el sha, desde el palacio imperial de Teherán.

Ese tipo es, pues, un auténtico casero. ¡Ese contrato de mierda prohíbe tener niños y poner macetas de flores en el balcón! Seguro que ese individuo se ha hecho con un montón de cuchitriles como ése, a los que llama «apartamentos de lujo». A lo mejor también es prestamista, quién sabe. El portero de la finca número 33 de Avenue Foch está orgulloso y fanfarronea de que en el garaje de la casa haya más Rolls Royce y Bentleys que en ningún otro de París, eso sin contar un Excalibur y varios Maseratis y Ferraris. Le he dejado el Mini Cooper a Minhoi. La mayoría de las veces me desplazo a pie. A ser posible, al atardecer, cuando se pone el sol, o por la noche. No puedo soportar que la gente me mire y descubra en mi cara el tormento que me está asesinando y asesinando y asesinando y asesinando. Soy incapaz de ocultárselo a nadie. No puedo ahogar el grito que se lee en mi cara. ¡¡¡Todo en mí grita, grita y grita!!! Tengo miedo de que me vea la gente. Doy los más ridículos rodeos por simple miedo a encontrarme con alguien. Seria una verdadera indecencia que alguien se enterara de lo que estoy pasando. Me siento como un leproso en la Edad Media, o como el Hombre Elefante, que se cubre para no provocar el asco de la gente. A veces me echo a llorar y berrear en plena calle. En esos casos, no sé hacia dónde ir. Acelero mis pasos, echo a correr. Y lo hago fingiendo tener prisa, como si no tuviera ni un segundo de tiempo. Soy del todo incapaz de hacer nada, ni siquiera comer, y mucho menos dormir. Sólo puedo pensar en mi querido niño, en mi único ser querido, mi Nanhoi, al que ahora sólo puedo ver una o dos veces cada dos semanas, y un máximo de veinticuatro horas cada vez. Lo peor es que nunca sé cuándo. Telefoneo cada día a Minhoi para

preguntarle si puedo ver a mi hijo. Se lo ruego, se lo suplico. A veces se limita a decir que no, que no puedo verlo. O cuelga el teléfono sin más.

Cuando paso al trote por delante de alguna puta de la Avenue Foch, le sonrío y echo una mirada a mi reloj de pulsera, como queriendo decir: «Otra vez será, ahora no tengo ni un minuto libre, aunque me gustaría». Por supuesto, es mentira, ya que no tengo nada que hacer.

Hoy Minhoi viene a verme y me enseña una serie de tiendas a las que puedo ir a comprar comida; en la Avenue Foch no hay tiendas. También me explica lo que tengo que comprar. Como yo no tengo coche, es ella quien me trae a Nanhoi para dejármelo un día o un día y una noche; en tales ocasiones salgo, ya horas antes de nuestra cita, al balcón de cemento que da a la Avenue Foch, e intento distinguir desde lejos todos los Mini Cooper que se parecen al de ella. Los sigo con la vista por si acaso descubro el suyo. Pero ella nunca llega antes de la hora acordada; más bien llega tarde. Y cuando se retrasa, aunque sólo sea un minuto, y no veo venir desde lejos su Mini Cooper, empiezo a pegarme cabezazos contra la pared, caigo de rodillas y, llorando, le imploro a Nanhoi que venga a mí. Y es que, desde el momento en que Minhoi me promete traerme a mi *babyboy*, aunque sea con una semana de antelación, sólo vivo para el instante en que veré a mi cariñito, sostendré entre mis brazos su rechoncho cuerpecillo, lo olfatearé, inhalaré su aroma a rosas y estrecharé y apretaré, hasta dejarlo sin aire, sus preciosas manitas llenas de gracia y al mismo tiempo de fuerza, su cabecita de nube y todo su cuerpo, a todo él. Y lo lanzaré por los aires, tan alto que casi rozará el techo de la habitación y se reirá gorjeando como un ave canora, y los pañales se le abrirán; y cuando aterrice en mis brazos, rodaremos los dos por el suelo, y le haré cosquillas, y reiremos los dos, reiremos, reiremos, reiremos, reiremos, reiremos, reiremos, reiremos… Cada vez que tengo a Nanhoi es como si resucitase de entre los muertos. Antes de que él llegue, mi alma no es más que una masa informe torturada y pisoteada. Y así todo el tiempo. Cuando pasan días sin que suene el teléfono, se me hiela la sangre. Cuando suena, también se me hiela la sangre. Durante horas, días y noches enteros camino de aquí para allá por mi celda de lujo, igual que el oso polar, el lobo, el león, el tigre en el zoo,

rondan por el suelo de cemento de sus perpetuas celdas de castigo. Me aprieto los oídos con los puños hasta que me duelen, para no oír el infernal ruido de tráfico de la Avenue Foch, pero las mortíferas vibraciones atraviesan mi piel y me atacan desde mi propio interior. Garfios que no se pueden arrancar sin causar una profunda herida. Además, la soledad y la desesperación de estar sin mi hijo.

El mortífero ruido de tráfico de la Avenue Foch no cesa tampoco por las noches. Así que me las paso despierto, clavándome los puños contra los oídos, envuelto en el hedor malsano de la pintura de las paredes, las ponzoñosas emanaciones del barniz de los armarios y las puertas, y el hedor remansado del polvo y los productos químicos en los que está empapada la moqueta.

Cuando mi Nanhoi está conmigo, siempre salimos, a menos que esté cayendo un chaparrón. También le doy de comer en el parque. Preparo su comida por la noche, mientras mi ángel duerme. Luego me escabullo sigilosamente de la cama y me pongo a lavar sus pañales y su braguero.

Cuando bajamos por la Avenue Foch hasta el Bois de Boulogne, empujo el cochecito al trote, como le gusta a Nanhoi. En el parque puedo lanzarlo por los aires aún más alto que en el piso. Lo lanzo más alto, cada vez más alto, diez veces, veinte veces, cincuenta veces, cien veces: Nanhoi nunca se cansa. También quiere que juguemos al avión, para lo que se agarra a un brazo o a una pierna míos… Giramos cada vez más deprisa, cada vez más deprisa… hasta que me mareo y siento girar el mundo a nuestro alrededor… Nos acercamos a los patitos que nadan por el estanque, y les echamos pan. Miramos cómo los niños más crecidos hacen navegar sus barquitos de vela… Nos arrastramos por el césped y nos dejamos caer rodando por las pequeñas colinas… y le doy pelotitas muy pequeñas, que él agarra con toda la fuerza de sus puños y no quiere soltar… Gira su cabecita en todas las direcciones y descubre y ve todo. Señala una hoja de árbol que yace en el suelo. Un pájaro que vuela. Una flor que florece. Un pez que asoma la boca. Los gorriones se posan confiados en los bordes de su cochecito, en sus hombros y en sus manos. Señala una abeja que pasa. Una nube que parece un corderito, y que pasa saltando. Señala todos los perros y

todos los gatos. Quiere atrapar el viento y las gotas de lluvia. Quiere echar mano a la superficie del agua. A todos los árboles. Al sol, a la luna y a las estrellas cuando se despierta en plena noche y yo lo saco en mis brazos al balcón y le canto una nana hasta que se duerme de nuevo.

Para mi *babyboy*, lo más sensacional son los tiovivos. En el Bois de Boulogne, en los jardines del Luxemburgo, en los parques de los Campos Elíseos, en las Tullerías, en el jardín de Notre-Dame, en los parques infantiles de los *quais* del Sena, en el parque de atracciones de Neuilly, y en cualquier parte donde aparezca un tiovivo, se incorpora en su cochecito y, preso de la más viva agitación, señala en la dirección adecuada incluso antes de que yo lo haya descubierto. Tiene el olfato de un animal libre.

Entonces tengo que sentarlo en uno de esos caballitos, carruajes, motos o bicicletas, o en uno de esos elefantes, camellos o camiones de bomberos que giran mágicamente al compás de la música de organillo, iluminados por bombillas de colores… A veces pasan horas antes de que mi chiquillo esté agotado y yo lo saque, ya dormido, del tiovivo. Luego lo meto en su cochecito, lo llevo con todo cuidado de regreso a casa y lo pongo a dormir en la cama.

Además de montar en tiovivo, también le gusta columpiarse. O comerse un helado, montar en tiovivo y columpiarse. O montar en tiovivo y comerse un helado. O comerse un helado y columpiarse. Aunque lo mejor es pasar todo el día comiendo helados, montando en tiovivos y columpiándose. De todos modos, para mi cariñito el placer supremo es comer helados. Sus manitas son tan minúsculas que apenas es capaz de sujetar el cono de barquillo, y temo a cada instante que la bola de helado, que es casi tan grande como su cabecita, se suelte y se estrelle contra el asfalto o la arena. Por si fuera poco, el helado empieza a fundirse antes de que él pueda lamerlo con su lengua diminuta. Resulta enervante estar sentado intentando controlar sus movimientos y el estado del helado. Le aviso enseguida cuando veo que por mi lado el helado está fundiéndose y desbordando el barquillo, que va ablandándose poco a poco, o empieza ya a soltar su jugo o, aún peor, gotas que se deslizan por el puntiagudo cono. Le enseño a mi bebé todos los trucos y artimañas que aprendí y acumulé cuando era un pilluelo callejero. Y mi *babyboy* aprende tan rápido, y es tan increíblemente

hábil, que pronto desarrolla su propia técnica de lamido de helados, de modo que ya sólo tengo que intervenir cuando es estrictamente necesario. Me agotan esas sesiones de lamido que exigen toda mi atención, aunque yo no suelo comer helado, a fin de poder concentrarme por completo en el de Nanhoi. No puedo permitir bajo ningún concepto que se le estrelle contra el suelo la bola de helado. Mi cariñito no podría soportarlo, aunque saliéramos corriendo enseguida al quiosco, de helados para comprar otra bola. No puedo ver llorar a mi Nanhoi. Es como si tuviera clavada una navaja en el corazón. Me resulta insoportable saber que mi querido cariñito es infeliz, aunque sólo sea por culpa de una bola de helado.

Es como una burla el que tenga que rodar, aquí en París, la película *Madame Claude*. También el sueldo es miserable. Además, el productor intenta engañarme pagándome con letras de cambio. Pero necesitamos dinero. Las chicas que hacen en la película el papel de putas de Madame Claude follan como auténticas profesionales. Sobre todo las más jovencitas, pero también las que están casadas, a las que sólo puedo follarme cuando sus maridos salen de París por algún tiempo. Hay una figurante muy joven que tiene un chochito pequeñísimo, casi sin pelo, como una boca, unas nalgas minúsculas y unos pechitos diminutos. Antes de poder joder con la hija, tengo que hablar cada vez por teléfono con la cachonda de su madre.

Esos programas televisivos de *magazines* cretinos y cretinizantes se llaman *talk-shows*. El nombre hace pensar, ya de por sí, en algo así como cebar gansos. Y de hecho no son otra cosa que bazofia para el público. A veces hay alguien que le vomita la bazofia en la cara a uno de esos cerdos. Ése soy yo. Sin duda el lector se preguntará por qué acudo, pues, a tales citas. La primera vez no sabía de qué iba Fui allí igual que voy siempre a esos vertederos de basura: porque un editor o productor idiota me come el coco sin parar hasta que acabo dejándome remolcar, a cambio de algún favor por su parte.

Ese animal de presentador, que, por si fuera poco, se

autodenomina *talk-master*, (¡maestro!), se llama, creo Philipp Bouvard. Esa lombriz intestinal de perro, que asoma de un cuello de camisa almidonado, es la cosa más repugnante que jamás he visto en una de esas situaciones. Me paso las horas en ese lupanar al que llaman estudio de televisión, hasta que a medianoche me toca el turno por fin. La iluminación es tan enfermiza como en esos *drugstores* de veinticuatro horas en los que dejan rondar a los vagabundos, y gracias a Dios casi tengo que cerrar los ojos, con lo que no tengo que ver constantemente a ese vomitivo ambulante, aunque sí oír sus palabras, que brotan como pedos chorreantes del putrefacto agujero de su boca. El origen de esta epidemia, como en muchos otros casos, no se conoce. O, mejor dicho, no se conoce el modo de combatirla. Lo cierto es que el origen de esa epidemia de *talk-shows* se halla en determinadas basuras humanas. Sin embargo, como en el caso de la enfermedad del legionario o el sida, no se ha encontrado hasta ahora la vacuna que la destruya, a menos que se decida uno a pisotear al bicharraco de marras hasta aplastarlo, aunque pasaría lo mismo que con la Hidra de doce cabezas. El caso es que esa lombriz intestinal de perro le pregunta en mi presencia a una joven, invitada también a ese programa, cómo se llamaba el primer cliente con el que se metió en un hotel cuando empezó a ejercer la prostitución.

Esa mujer es la autora del *bestseller* titulado *La Dérobade*. Se trata de la dramática y emocionante historia de una puta (ella misma) que consiguió escapar a la tortura de los chulos y los burdeles. En el libro describe su vida en la más vergonzante calle de putas de París, la Rue Saint-Denis, en la que cientos y miles de putas jovencísimas montan guardia delante de las puertas de los burdeles, a menudo sin bragas y con faldas lo bastante cortas (o incluso sin falda) para que los hombres les vean el culo y el coño. A la joven escritora, que se llama Jeanne Cordellier, sus chulos la obligaban a joder hasta con setenta hombres en una noche. A mí me da lo mismo con cuántos hombres haya follado. Para mí es una mujer. ¡Nadie tiene derecho a ensuciar su imagen sólo porque los hombres la hayan tratado como a un trapo!

Jeanne Cordellier se sonroja al oír la grosera pregunta. Se muestra desconcertada y cohibida, y no puede responder. Le digo al oído que no escuche lo que dice ese renacuajo de cloaca, y me cito

con ella para el día siguiente.

Me propongo rodar *La Démbade*, y le pregunto a Jeanne si accedería a darme los derechos. No solamente está de acuerdo, sino que sólo consiente que se ruede la película si lo hago yo… Me besa como besa a su hombre una mujer enamorada: larga y apasionadamente. Me muerde los labios, me lame las orejas, me chupa las tetillas. Me lame las manos, me chupa los dedos y la polla. En este momento necesita follar a toda costa. Clava en mis carnes sus dedos al rojo vivo, y gime temblorosa, hasta acabar emitiendo un largo grito. No se reserva. No hay nada de puta en ella. Se entrega por completo, se rinde, se abandona. De la cabeza a los pies, como una mujer enamorada. Empieza a sudar. Se le hincha el vientre. Las venas. Las venillas azules de sus sienes. Su abdomen se agita ansioso. Replica cada vez con más fuerza a mis brutales empujones… Cuando acabamos, ya no le quedan fuerzas, y le aparecen bajo los ojos hondas ojeras oscuras. Pronto quiere volver a empezar, una y otra vez… Me quedo a dormir en su casa.

Está arreglando un modesto piso en el distrito séptimo. Me enseña las dos pequeñas habitaciones, que aún no están acabadas. Ella misma se encarga de pintar muchas cosas. También tiene ya unos cuantos muebles. Follamos y dormimos en un colchón sobre el suelo de parqué; el armazón de la cama todavía está de pie, apoyado en la pared. Una mesa, una silla, una lámpara de pie y otras pocas cosas necesarias. La cocina está aún a medio arreglar, pese a lo cual cocina para mí; ha ido a comprar para los dos.

Volvemos a follar. De rodillas, por detrás. Boca arriba Me cabalga. Y una y otra vez boca arriba con las piernas abiertas de par en par y muy levantadas. Quiere que me quede a vivir con ella, pero sabe que es imposible.

Constantemente desea besarme y quiere mi semen.

Operación relámpago. Menahem Golan me llama desde Israel e intenta convencerme de que trabaje en la película. El sueldo es tan escandalosamente bajo que se merece que le parta la cara, y además no tengo la más remota idea de qué me está hablando. Cuando digo que voy a rodar *Operación relámpago*, todo el mundo sabe enseguida de qué va la película. Soy el único que no tiene ni idea, porque no leo la prensa ni escucho la radio, y nunca enciendo el televisor para ver las noticias o, mejor dicho, lo apago en cuanto empiezan a dar

las noticias. Pero, cuando me cuentan la historia, me entusiasma tanto que decido hacerlo por el desvergonzado sueldo que me ofrece Golan.

Pero antes tengo que acabar de rodar *Madame Claude*.

Le compro a Nanhoi un triciclo de madera muy pequeño y un diminuto caballo de balancín y, aunque el caballito de madera es tan pequeño que tengo que agacharme hasta que se me sube la sangre a la cabeza, a Nanhoi no le llegan los pies al suelo cuando monta en él. También le compro su primera pelota de colores un poco grande, que siempre se le escapa de las manitas y los bracitos como si fuera una pastilla de jabón mojada Cuanto más crece mi cariñito, más inagotable se hace la gama de juegos que podemos compartir. Y cuanto más puedo jugar con él, más vehemente y más insaciable es mi deseo de hacerlo. No quisiera hacer absolutamente nada más que jugar sin parar y eternamente con mi hijo.

No hay manera de que se acaben esas entrevistas analfabetas. Me llevan con cámaras de televisión al Arco de Triunfo, a lo alto de la Torre Eiffel, al restaurante Tour d’Argent, a las torres de la horrible catedral de Notre-Dame y a no sé cuántos más monumentos turísticos sobados. Incluso al Crazy Horse. Por lo menos, las chicas del Crazy Horse tienen unos culos verdaderamente deliciosos. Igual que las negras del Paradis Latin, que se sientan sobre mis muslos con el culo al aire.

Me reúno con el productor Danon para tratar de la película sobre *La Dérobade*. Para el personaje principal quiero a Mana Schneider, que además se parece enormemente a Jeanne Cordellier. María viene a verme a la Avenue Foch. Ni rastro de drogas. Sólo su agotador rollazo acerca de que la puta de *La dama de las camelias* en realidad sólo tenía catorce años y estaba enferma de sífilis. Eso, o algo parecido, se lo ha contado Zeffirelli. Quiere hacer una película con ella. Es fácil imaginarse la mariconada de película que les saldría. En cualquier caso, aparte de unos granos en la cara, María parece estar perfectamente. Pero Danon no se fía, porque María tiene fama de yonqui. Sólo se compromete a financiar la película si yo le garantizo que durante el rodaje María no va a pegarse un

morrazo, como con Antonioni, ni a comportarse como con Buñuel. Le digo que se lo garantizo.

Hasta esta noche. Pues esta noche vuelve a llevar un pedo impresionante y balbucea como una demente. Nadie quiere correr el riesgo, y me quedo sin rodar *La Dérobade*.

He convencido a Minhoi de que me acompañe a Israel. Loco de alegría, telefoneo a Menahem Golan a Tel Aviv para que me reserve en el Hilton una *suite* de cuatro habitaciones con una cuna y dos cuartos de baño. Minhoi quiere traerse a una amiga suya para que le haga de canguro de Nanhoi.

Pienso en las bellísimas muchachas judías que me follé la primera vez que estuve en Israel. En el olor a almizcle de los bazares de Yafo y Jerusalén. Y en la joven madre a la que iba a ver cada noche colándome por la ventana, de la cual, hacia el alba, tenía que descolgarme para después trepar por un alto muro, a fin de que los vecinos y, sobre todo, su marido, no descubriesen nuestra jodienda… Y, en el Hilton, la mujer del tratante en diamantes de Nueva York, a la que me follé tanto rato, sin que se quitara el vestido de noche de tafetán, que perdió el avión a Nueva York y su marido se divorció de ella… La maquilladora, la encargada de vestuario y la sastre… y todas las demás detrás de las cuales corría en una sola noche.

Vuelo primero yo solo a Tel Aviv, para las pruebas de vestuario. Esta vez me tiro, nada más llegar, a Sybille D.; en su habitación de hotel, la cojo, yo todavía vestido, por detrás, y me corro en ella en cuclillas. Ella todavía tenía en la mano su neceser de belleza… Luego la chica árabe de voz ronca, que canta como un hombre, y cuyo agujero es tan estrecho que me parece como si me hubiera pillado el cipote en un tomillo de mecánico… Las camareras del restaurante del Hilton, las cocineras, ninguna de las cuales debe enterarse de nada de las otras… Luego vuelvo a París. El rodaje empieza dentro de cuatro semanas.

A veces, Minhoi me deja pasar la noche en su piso de Saint-Louis. Entonces me arrodillo delante de la cuna de Nanhoi, en su cuarto, y le dejo que me agarre el dedo índice o el pulgar hasta que se duerme. Si se despierta por la noche, lo paseo en brazos por la habitación y le canto nanas hasta que creo que se ha sumido en un sueño profundo, y puedo volver a dejarlo cuidadosamente en su

cuna, A veces, mientras intento salir de puntillas de la habitación, vuelve a despertarse porque ya no siente mi presencia, y se pone a llorar. Entonces me arrodillo de nuevo delante de su cuna y le dejo agarrarme el dedo índice o la mano entera y le acaricio la tierna cabecita hasta que se duerme otra vez. O lo paseo de nuevo en brazos por la habitación hasta que se tranquiliza, y lo duermo cantándole *Duerme, duerme mi principito, o Duerme, duerme, niño bonito*.

Ahora Nanhoi ya puede bañarse en la bañera grande. Por supuesto, tenemos que estar con él Minhoi o yo. Pero ahora puedo chapotear con él, y él me echa agua o me tira en plena cara alguno de sus juguetes de baño.

Soy tan feliz con Nanhoi que siempre me olvido de lo infeliz que soy sin él. Si Minhoi me trata amablemente, o me hace algo de comer, lo que para mí es un gesto de amor, me parece como si no hubiera pasado nada. A veces me dice que me vaya, y eso siempre me horroriza, y nos peleamos. Pero dependo tanto de Nanhoi, mi amor por él me domina hasta tal punto, estoy de tal modo sometido a él, que acepto de buen grado cualquier tratamiento y cualquier humillación con tal de poder estar cerca de Nanhoi.

El rodaje en Tel Aviv es un trabajo de mulas. ¡Y esa bazofia que nos dan! Rodamos catorce, dieciséis, dieciocho, veinte horas sin interrupción. A veces en la cabina de un avión de línea sin aire acondicionado y sin un café caliente hasta las cuatro de la madrugada. No nos dejan ni tiempo para mear.

La mayor parte del tiempo la paso en el lugar del rodaje. Por la noche, si no es demasiado tarde, le compro flores a Minhoi o intento sorprenderla con algo.

No renuncio al intento de volver a reunir nuestra pequeña familia. Minhoi se aburre en Tel Aviv, y se empeña en ir al mar Rojo, donde Golan tiene un hotel. Me dan tres días de vacaciones, pero no puedo irme con ellos. Tengo que ir a París, a acabar el rodaje de *Madame Claude*.

Dos de la madrugada. Voy a pie desde la Avenue Foch a los Campos Elíseos, porque, al estar tan lejos de Minhoi y Nanhoi, soy incapaz de conciliar el sueño, incluso después de tantas horas de

rodaje. Los Campos Elíseos están abarrotados de coches y de transeúntes que vagan de aquí para allá. ¿Qué busca toda esa gente por la calle a esas horas? Se cruzan y entrecruzan como las hormigas. Tengo la impresión de que la mayoría ni siquiera saben adónde ir. De que no saben qué andan buscando. Y, si lo saben, no lo encuentran. Por lo menos en los Campos Elíseos, en París. Me viene a la memoria una entrevista a Bernard Moitessier que vi en la televisión francesa: un periodista le preguntó a Moitessier, que había pasado veinte años solo dando la vuelta al mundo en velero, si no se había sentido tremendamente solo durante ese tiempo. Moitessier respondió con un gesto de estupefacción y total incomprensión:

—¿Solo? ¿Por qué solo? En la mar no se está solo. Aquí en París, rodeado de millones de personas, sí que me siento solo. Tan solo, que a veces me parece que me voy a morir de soledad.

Luego, aquel periodista carroñero le preguntó:

—¿Qué busca usted en el mar?

Moitessier contestó:

—Busco ser parte del Universo.

Hace unos años, Moitessier dio una vuelta y media al mundo, solo, a abordo de su velero. Fue en la primera (y creo que hasta ahora única) *single handed nonstop around the world race*. De los nueve participantes, sólo llegaron dos. Los demás tiraron la toalla debido a averías o al agotamiento. Cuando Moitessier, después de dar la vuelta a la Tierra, se encontraba ya en el Atlántico Norte, de regreso a casa, le hicieron llegar por radio la noticia de que con toda probabilidad era él el ganador. El premio eran cerca de 50 000 marcos, y Moitessier no tenía ni un duro. Pero contestó por radio: «No pienso volver. Quiero salvar mi alma», y, tras virar en redondo, continuó navegando hasta la Polinesia, con lo que dio otra media vuelta al mundo.

Boulevard Saint-Germain, once de la mañana. Una chica con gafas se cruza en mi camino y me pregunta si le permito tocarme. Le digo:

—Acerca el pico y picotéame.

Me mete dentro de la boca una lengua que se vuelve grande y

dura como una polla. Nos vamos, estrechamente agarrados, a un *meublé*.

Cuando entramos en la habitación sin ventanas, cierro la puerta de una patada y coloco a la chica, tal como está, contra el forro interior de la puerta. Sin siquiera quitarle las gafas, le meto mano por debajo de la falda y le arranco las bragas empapadas. Ella grita, abre bien las piernas, separa las nalgas y, sin oponer resistencia, dobla un poco las rodillas. Tenemos que meterle, a cuatro manos, mi cipote desbocado. Gime como un árbol tocado por el rayo. Se le caen las gafas de la cara, y tiene la expresión de una ciega. No sé si me ve sin gafas. Sólo sonríe y tantea mi cara con los dedos.

Por Navidad, Minhoi, Nanhoi y yo estamos en Jerusalén. En ese Hilton espantoso y repugnante, cuyas habitaciones son como celdas. Sería imposible meterse ahí sin volverse loco o acabar suicidándose. Sólo lo hacemos cuando estamos deshechos de cansancio. Además, hace frío en Jerusalén, y no estábamos preparados para ello.

También aquí me pisa los talones no sé qué profesor del instituto cinematográfico israelí, un chalado obseso por el cine, que no para de filmarme y parlotear y parlotear y filmarme y parlotear y parlotear y parlotear.

En la iglesia de Getsemani, nadie hace caso al guía turístico, que recita de corrido un rollo mortalmente aburrido. Todos miran como hechizados a Nanhoi, al que llevo a hombros, y que hace palidecer con su luz propia todos esos iconos enmohecidos.

De Jerusalén a Avoriaz, en las montañas de la Suiza francesa. Por primera vez arrastro a Nanhoi en trineo por la nieve. Mi ángel duerme bien arropado mientras lo arrastro por campos nevados, colinas y pendientes, y mi ángel duerme y duerme en la nieve blanca, bajo el frío cielo blanco. Y cuando se despierta, construyo un hombre de nieve para él y le enseño a hacer bolas de nieve. Somos felices.

Tengo que marcharme de Avoriaz para rodar una estúpida escena de *Madame Claude* en un yate fondeado en Montecarlo.

Cuando vuelvo a París, Maria Schneider ha estado con Minhoi y

ha vuelto a darle no sé qué porquería; el caso es que Minhoi está del todo ausente, como si no hubiese despertado aún del todo de un largo y profundo sueño.

A la de los bucles rubios —no sé cómo se llama—, me la encuentro en el Boulevard Saint-Michel, casi en la esquina de Saint-Germain, donde me abordó la de las gafas. Lleva debajo del brazo una guitarra estúpidamente grande, y me grita: «¡Kinski!». Lo cual suena como «Fóllame». No la conozco, pero la beso en la boca. Me dice que ahora no tiene tiempo, porque supuestamente tiene que ir a clase de guitarra —aunque estoy convencido de que ni sabe tocar la guitarra ni aprenderá jamás—, pero que hemos de vernos por la noche sea como sea. A medianoche. No quiere que la telefonee. A medianoche, y punto. Me dice el nombre de la calle y el número, y que la espere delante de la casa. A medianoche en punto. Luego se sube a un taxi con su guitarra estúpidamente grande, sin parar de girarse y pintar en el aire el número doce con los dedos. Cinco dedos. Otros cinco dedos. Y luego el pulgar y el índice.

Seguro que tendrá que escaparse de la cama de su maromo, novio o marido, qué sé yo. Y aunque tuviera diez maridos, me daría lo mismo. Lo único que me interesa es follarme a toda costa ese chocho rubio.

Desde las once de la noche estoy delante de la casa número 5 de la Rue de L'université, frotándome el uno contra el otro los pies congelados. Pienso en lo caliente que debe de estar su cuerpo, y en que quizás en estos momentos hay una polla follándosela, quizá corriéndose dentro de ella en este mismo instante. Estoy hasta los cojones de congelarme el culo. Camino hasta la siguiente casa y vuelvo, en ambas direcciones, girándome todo el tiempo, no vaya a ser que, al verme de espaldas en la oscuridad, no me reconozca. Prefiero no cruzar a la otra acera, por si acaso el tipo está asomado a la ventana y se mosquea al verme.

Ya es medianoche, y odio a esa deliciosa cerda rubia porque aún no se ha presentado. Justo cuando, helado como un carámbano y con la polla tiesa, voy a echar a correr para buscar un taxi, oigo crujir la pesada puerta de la casa y veo salir una sombra casi imperceptible. Esta vez, gracias a Dios, sin guitarra. Me reconoce

enseguida, se me coge bien fuerte del brazo y me remolca rápidamente lejos de la casa. Al llegar a la esquina, me hace cruzar la calle; luego pasamos por otra calle estrecha que desemboca en el Boulevard Saint-Germain, que cruzamos juntos, luego entramos por la Rue du Prince, luego la segunda a la izquierda, la primera a la derecha y otra vez a la izquierda. Creo que es la Rue des Quatre Vents o algo así, pero no estoy seguro. Me tiene demasiado narcotizado el olor de esa cerda rubia, que, efectivamente, huele a jodienda, como si viniera a mí directamente desde la cama en la que había estado follando con otro tipo. Parece ser clienta fija del *meublé*. La alcahueta del turno de noche le da, con gesto familiar, la llave de una habitación, como si fuera siempre la misma. No tengo que pagar nada.

Ella cierra por dentro la puerta de La habitación, y yo me voy al lavabo para vaciar la vejiga antes de echar el polvo, por si acaso. Ella me sigue y me pide permiso para cogerme la polla con la mano. Le digo que sí. Se la pone en la mano medio abierta, como en el plato de una balanza, y cierra cuidadosamente los dedos, como para medir el calibre de lo que pronto va a sentir dentro de su coño. Pero, por experiencia, deja suficiente margen para que el cipote pueda crecer. Y, como era de prever, al contacto de sus dedos el nabo se hace inmediatamente más gordo y macizo. Lo suelta bruscamente, como si temiera que llegase a ser demasiado gordo y macizo para su pequeña mano, y seguramente también porque no puede soportar no tenerlo todavía dentro del agujero. Vuelve corriendo a la habitación y se pone a arreglar la cama con diligencia. Cuando salgo del lavabo, veo que ha tirado al suelo la colcha, las mantas de lana, las sábanas y las almohadas, y se ha colocado sobre el colchón en posición de jodienda. La cabeza y la espalda, apoyadas contra la cabecera de la cama, que es un espejo destartalado. Con las piernas, abiertas y dobladas, tocando los hombros como las de un contorsionista. Echa para adelante la pelvis, sujetando a ambos lados con sus manos los grandes labios de la vulva y abriendo el chocho como la puerta de un pasadizo secreto. Todo su abdomen salta hacia arriba como un resorte, como si mi nabo tuviera una carga de alto voltaje… Su deliciosa cara se contrae y desfigura… Es una folladora por excelencia, sólo quiere que la follen, sin parar, sin compasión, eternamente.

A veces casi consigo convencer a Minhoi de que volvamos a intentarlo, y entonces echo a correr para encontrar un piso grande y luminoso en el que haya bastante sitio para los dos, y sobre todo suficiente luz y espacio para Nanhoi. No es cosa fácil, porque el piso tiene que estar bien cerca del Bois de Boulogne o por lo menos de algún otro parque grande, para que Nanhoi pueda corretear a gusto sin que tengamos que cruzar por el insalubre y peligroso tráfico de París. A veces vamos juntos a ver pisos. Pero luego vuelve a pasar algo, y de nuevo echamos tierra sobre el asunto. Pero, por más que Minhoi no pare de repetir que jamás volveremos a vivir juntos, a mí se me mete en la cabeza que quizás el único problema es que no he encontrado aún el piso adecuado, y por eso no ceso de buscar y visitar pisos y casas, obsesionado con la idea pueril de que alquilar una de esas casas significaría la salvación de nuestra pequeña familia. Estar siempre con Nanhoi, a cada instante, sería inconcebiblemente hermoso, y casi me da miedo imaginármelo: miedo de que en la realidad acabe pasando justo lo contrario.

Minhoi y yo siempre nos ponemos celosos el uno del otro cuando uno de los dos compra ropa para Nanhoi. Cada uno quiere ver a su niñito vestido de la manera que su amor se lo dicta. No me importaría dar la vuelta al mundo con tal de encontrar la ropa que me gustaría comprarle a mi hijito. La ropa infantil más bonita la hacían antes en Italia. Ahora la mayoría de las cosas las encuentro en Alemania. Pero también le traigo a Nanhoi cosas de China, de Japón, Inglaterra, Francia, España, Sudamérica y Estados Unidos, de Nueva York, de México, de Brasil, de África, India, Israel, Singapur, San Francisco, Los Ángeles y Hawai. Comprar juguetes es igual de emocionante que comprar ropa. Lo más excitante es entrar con mi *babyboy* en una tienda de juguetes. En las grandes jugueterías de París, Nueva York, Tokio. No me importaría vivir con Nanhoi en una de esas grandes jugueterías. Por la noche, los juguetes cobrarían vida: muñecas, osos de peluche, títeres, coches, aviones y trenes, caballos de balancín, barcos de vela, casas de muñecas, balones, globos, teatros de marionetas, relojes, indios, vaqueros, cometas… Y por la mañana nos despertaríamos en una tienda apache, pertrechados con Winchesters y Colts.

Desde que nació, Nanhoi se muere de ganas de ponerse de pie. Ahora que ya se aguanta de pie, se muere de ganas de andar, correr, trotar, volar. Sí, quiere volar, como los polluelos que, ayudándose con el pico, se asoman al borde del nido para lanzarse al aire como ven hacer a sus padres. Por eso caen tan a menudo de lo alto de los árboles. Mi *babyboy* hace tiempo que está harto de andar a gatas por su cuna o estar sentado en el cochecito. Con la enorme fuerza que posee, se levanta, como si hiciera flexiones en la barra, por encima del borde de su cochecito, o, poniéndose boca abajo velozmente, se zafa del cinturón de seguridad para lanzarse al aire. Sin duda, se dejaría caer para echar a volar como los pájaros, pero por suerte siempre consigo atraparlo en el último segundo. No le quito el ojo de encima ni un momento. Cuando lo pongo de pie, consigue dar unos cuantos pasos tambaleantes, como un barco que se balancea en alta mar. Aún necesita sujetarse, apoyarse, y se agarra a todo lo que pueda servir de asidero a sus manitas. De esa manera podría ir tirando durante kilómetros. Pero, aunque para mí llevar a mi niño de la mano representa una indecible felicidad —sus dedos diminutos y fuertes intentan abarcar mi gran zarpa, o se aferra a mi índice con el puño entero—, lo que más le gusta es que lo lleve a hombros mientras él me aporrea la cabeza como un
tam-tam
(a eso lo llamamos «ir al galope»), Y cuanto más rápido y fuerte tamborilea, más deprisa me toca galopar. Para que pueda encaramarse a mis hombros, me inclino sobre él; entonces, me agarra de los pelos, como un pequeño cosaco que, demasiado joven aún para subir de un salto al lomo del caballo, echa mano a las crines del animal en el momento en que éste baja la testuz para beber agua: entonces el caballo, asustado, levanta bruscamente el cuello y arroja sobre su lomo al niño que se aferra, ya con las piernas abiertas, a sus crines. Y como el caballo que lanza a un pequeño cosaco sobre su lomo, yo me incorporo bruscamente, echándome a mi niño a los hombros, mientras su risa aflora como un surtidor y brota a borbotones durante el galope.

Como está de espaldas, no le veo la cara. Está parada delante de una *boutique* de Montparnasse, mirando el escaparate. Sólo veo su culo respingón, que me hipnotiza desde la acera de enfrente. Esos culos sólo los tienen las negras, pienso con un cosquilleo en los

cojones. La primera que saboreé fue una estudiante norteamericana, en París, antes de conocer a Jasmin. Sus untuosas secreciones, cuya lava blanca se vertió sobre mi cara y en mi lengua, tenían un sabor intenso y exótico, como de miel silvestre. Despedía un olor tan sensual a mujer-animal que no supe por qué acabé mareándome: si por su olor o por los muchos orgasmos.

Me chifla el olor de las negras. Cruzo la calle y me coloco tan cerca de ella que mi polla tiesa casi roza sus nalgas. Su ansiosa cara de animal se refleja en el vidrio del escaparate. Se gira hacia mí: cara a cara con esa negra folladora pura sangre, balbuceo una retahíla de chorradas tan indescriptible que ella se limita a sonreír y a ponerme en los labios dos dedos de su mano algo húmeda, como queriendo decir: «Reserva tu aliento para el polvo».

Los primeros días viene regularmente a la Avenue Foch, pero sólo se queda para unos cuantos polvos. Vive con un tipo que la mantiene, y además está liadísima corriendo de aquí para allá, telefoneando y visitando embajadas y toda clase de instituciones que puedan ayudarla a liberar a su padre, que fue ministro en Etiopía y está en la cárcel desde la caída del Negus en Addis Abeba.

Las putas de la Avenue Foch son tan famosas como las de Pigalle, las de la Rue Saint-Denis y las del Bois de Boulogne. En la Avenue Foch están distribuidas a ambos lados de la calle entera. Por supuesto, también rondan cerca del número 33. Las putas de la Avenue Foch y las de los alrededores se diferencian en muchas cosas. También en lo que respecta a la jodienda. Y me refiero a la manera que tienen de moverse y de comportarse, y sobre todo a su modo de vestir. La mayoría de las putas de la Avenue Foch llevan faldas estrechas y llamativamente cortas. Parecen mujeres que se han arremangado la falda para mear. Las bragas que llevan apenas son lo bastante grandes para taparles esos chochos tan abultados.

Hacia el final de la noche, la mayoría ya no llevan bragas, o incluso se quitan la falda. Sólo llevan puesto un abrigo, bajo el cual van completamente desnudas o únicamente con sujetador y liguero.

Las otras, que rondan más bien por las calles que conducen al Arco de Triunfo y los Campos Elíseos, van vestidas de lo más normal, al estilo burgués. O mejor dicho, pequeño-burgués. Para que nadie sospeche que son prostitutas. A lo mejor siempre llevan puesta la misma ropa, continuamente y en todas partes. Desde

luego, no tienen pinta de furcias. Ni se las ve hechas polvo o con falta de sueño, aunque algunas tienen ojeras levemente azuladas, que camuflan hábilmente con maquillaje. No fuman ni beben, por lo menos mientras hacen la calle, y seguro que después de cada jornada de agotador folleteo se meten en la cama a dormir. Estoy convencido de que algunas incluso hacen deporte para estar en forma. A primera vista producen una impresión poco interesante, es más, aburrida. En pocas palabras: pasan completamente desapercibidas por entre la masa de los transeúntes, y nadie giraría la cabeza al pasar a su lado, ni, menos aún, se detendría y hablaría, si no fuera porque están paradas en una esquina o caminan de aquí para allá, o incluso se apostan junto a una parada de autobús, sin subir nunca a los autobuses que paran. Pero también eso lo hacen con instinto de mujer: su manera de moverse y de fingir que no les interesa la mirada de un hombre que pasa, de echar de vez en cuando una mirada al reloj y girar la cabeza en varias direcciones, pretende despertar la impresión de que esperan a alguien concreto, a una persona conocida, o, con otras palabras, de que tienen una cita. Quizá con su *boyfriend* o su marido. Nunca abordan a nadie ni lanzan miradas incitantes, ni le aguantan la mirada a ningún desconocido. Hay que pescarlas, conocerlas, descubrirlas, y pasar directamente al grano. Además, no siempre se ponen en la misma esquina, ni caminan por las mismas zonas. Ni todos los días. O quizá sí todos los días, pero en diferentes distritos. Lo que está claro es que viven en la otra punta de la ciudad, y que aquí nadie las conoce. Se trata de amas de casa normales, mujeres casadas, con hijos, estudiantes o incluso colegialas que quieren sacarse un dinero extra. Eso, por supuesto, no quiere decir que no sean unas cachondas, o por lo menos que no lleguen a serlo cuando le cogen el tranquillo a la cosa. Se convierte para ellas en una droga que no pueden dejar.

Me limito a levantarles la falda y bajarles un poco las bragas, de modo que queden al aire el ano, las nalgas y el coño, y un trozo de muslo. Entonces las jodo por detrás, en cuclillas, o bien como a un escarabajo patas arriba. A veces las pongo boca arriba encima de la mesa y les separo las rodillas cuando me corro. Suelto un buen chorro. No más. Aunque a menudo follan deliciosamente, este tipo de mujeres no son, ni muchísimo menos, sofisticadas o perversas. Ni

siquiera experimentadas, aunque es fácil imaginarse que deben de haber pasado por un montón de pollas. Incluso se muestran temerosas y cohibidas, y se colocan, con una conmovedora timidez, en la postura que conocen del lecho conyugal. O bien en la postura en la que tienen orgasmos más fuertes. O en la que una polla grande les hace menos daño, etcétera. Como decía, no carecen de astucia, y saben deshacer disimuladamente cualquier postura que no les convenga y adoptar, a base de resistencia pasiva, su postura preferida. Pero por regla general no dejo que la cosa llegue a esos extremos, y las jodo sin piedad y a conciencia. A muchas mujeres —es un hecho perfectamente natural— les gusta que las tomen con violencia, y se corren aún más cuando las violan. Entonces se revelan como folladoras de primera.

Una de ellas, de pie sobre sus zapatos de tacón, se pone, por su propia iniciativa, de brazos cruzados contra el respaldo de mi única silla, como un cordero en el ara de sacrificio. Pero, inesperadamente, en lugar de echar para atrás la pelvis y separar las nalgas para que le asome el coño, dobla el espinazo como un arco tensado y aprieta fuertemente el culo, enfocado hacia el suelo. Pese a ello, tiene el coño chorreante y se desquicia completamente; entre lamentos y lloriqueos, me echa mano a los cojones y se corre intensa y largamente. Yo también. Luego se despide con la cabeza gacha, como si hubiera pecado, lo cual, sin duda, la complace secretamente. Una semana más tarde la veo parada en otra esquina.

Un abogado parisino me escribe que Minhoi le ha encargado que lleve el asunto de nuestro divorcio. Quiere verme para hablar de la posibilidad de que Minhoi y yo lleguemos a un acuerdo. Pero yo no quiero verle a él. No quiero hablar de divorcio con nadie. No quiero pensar en ello en absoluto. Quemo la carta.

Hoy, cuando empujo, al trote, como siempre, el cochecito de Nanhoi desde la Avenue Foch hasta el Bois de Boulogne, mi niño me mira con ojos tiernos y una sonrisa, como si supiera lo tremendamente triste que estoy. Lo saco del cochecito y lo lanzo bien alto por los aires, lo cual le encanta y le hace gritar siempre «otra vez, otra vez». Los pañales se le sueltan y salen despedidos en todas las direcciones, y mi hijito se ríe de todo corazón y mueve los bracitos como dos hélices, a la manera de los colibríes. ¡Dios mío! ¡No dejes que mi *babyboy* sepa nada de la brecha abismal que se ha

abierto entre Minhoi y yo! No, no quiero saber nada del divorcio. Ahora no. No cuando estoy con mi hijo. Quiero estar alegre para él, alegre y de fiesta. Cuanto más jovial y retozón esté yo, más feliz será. Tengo ganas de hacer muecas y poner caras divertidas, algo que le hace estallar en carcajadas desde que era un niño de pecho. No quiero ser un payaso triste, no el payaso de ópera que se ríe mientras por dentro aúlla de dolor. Mi Nanhoi se daría cuenta, lo nota todo. Tengo ganas de ser un payaso alegre, un payaso que haga bromas de las más tontas, verdaderas ridiculeces. Además quiero estar en buena forma mental para mi hijo, y enseñarle todos los trucos y artimañas que aprendí cuando era un pilluelo callejero. Quiero enseñarle todos los juegos a los que pueda jugar un niño. También tengo que revelarle los peligros que acechan en todo momento y lugar. Nunca intento forzarlo a nada. A menos que sea para protegerlo. Nunca le digo «Haz esto, haz lo otro», ni paridas como «Tendrías que ir acostumbrándote a hacerlo solo» o «Ya eres bastante mayor», y otras por el estilo. ¿Qué es eso de «bastante mayor»? ¿Qué significa «bastante», qué significa «mayor»? ¿Significa que el niño en cuestión ya ha pasado suficiente tiempo siendo niño? Deseo fervientemente que mi hijo carezca eternamente de edad. ¡Ningún niño debería llegar a tener edad! Para mí, hacerlo todo, pero todo, por mi *babyboy* no es una carga, sino un privilegio. Todo lo que lo ponga contento. Lo único que hago es animarle a hacer cosas, como es costumbre entre muchachos. Si no quiere, es decisión suya, voluntad suya, y eso para mí es sagrado.

Soy incapaz de gozar de nada sin mi Nanhoi. De nada. Ni siquiera la comida me sabe bien si no está él. No puedo decir «Esa flor es bonita», ni siquiera pensarlo, si Nanhoi no está viendo la flor al mismo tiempo que yo. No puedo gozar del calor del sol si Nanhoi no siente su tibieza al mismo tiempo que yo. No puedo desear nada sin estar seguro de que Nanhoi desea lo mismo. Se me antoja un crimen, una traición, ver (aunque sea en película o en foto) algo grandioso, como el Himalaya, el desierto, la selva virgen, una tempestad, el mar, las estrellas, si Nanhoi no puede ver, respirar, absorber también esa maravilla. Vivo única y exclusivamente para mi hijo, al que amo por encima de todo lo terrenal y todo lo celestial, y hasta la eternidad. Y que es mi única razón de ser.

Como ya he dicho, los tiovivos ejercen una atracción magnética

sobre Nanhoi. Los intuye antes de verlos, percibe sus vibraciones mágicas. Cuando pasamos cerca de un tiovivo, su olfato lo detecta. Entonces me indica una dirección con el dedo índice y me guía por bocacalles, plazas y esquinas hacia el lugar en el que, efectivamente, se encuentra el tiovivo.

Y entonces, venga a girar y a girar, diez veces, veinte, cincuenta, horas y horas, hasta que se queda dormido a lomos del caballito, la moto o bicicleta, la cápsula espacial, el camión de bomberos o el autobús, el camello o el elefante, y lo saco cuidadosamente del tiovivo, y no vuelve a despertarse hasta que lo dejo en su cuna, donde, agotado por tanta vuelta, duerme de un tirón hasta la mañana siguiente.

A veces, nos encontramos cerrado el tiovivo de los Campos Elíseos, de Neuilly, del Luxemburgo o de las Tullerías. Puede ser porque está empezando a llover, o porque hace demasiado frío, o porque es el día libre del dueño del tiovivo. En esos casos me rompe el corazón tener que meterle a Nanhoi en su cabecita de bebé que hoy, ahora, en este instante no puede subir al tiovivo. Y es que, para mi *babyboy*, montar en tiovivo es el placer supremo, después de comer helados. Si tenemos un rato y no hace demasiado mal tiempo, intentamos localizar algún otro tiovivo.

Nanhoi camina. No, no camina: vuela, flota, aletea como una mariposa que, acabada de salir del capullo, echa a volar sin rumbo ni orientación, parándose a cada momento en algún sitio para enseguida echar a volar otra vez; así vuela Nanhoi, avanzando en zigzag por los Campos Elíseos, con una sonrisa de felicidad en los labios. Tengo que correr para no quedarme atrás. Revolotea por los aires, como si diera volteretas por el cielo, se lanza contra los transeúntes, les abraza las piernas y los pies y ríe y ríe y ríe y ríe y ríe y ríe y ríe…

Nunca en mi vida había oído una risa tan libre, alegre, feliz, retozona, juguetona, mágica, hechicera como la de Nanhoi. A su alrededor, todo se ilumina gracias a él. En los Campos Elíseos, los transeúntes se detienen, deslumbrados por su luz, hasta que, como si Nanhoi hubiera levantado el encantamiento, una sonrisa suaviza sus rasgos endurecidos. Sus almas se alzan como flores pisoteadas, y

les brillan los ojos…

Nanhoi berrea de alegría al llamarme la atención sobre los millones de diminutos cristales que brillan como luciérnagas en el asfalto bañado por el sol.

Ya es tarde avanzada, y está casi oscuro, cuando de repente Nanhoi, con un grito de júbilo, señala con el dedo hacia el otro lado de los Campos Elíseos, y me hace mirar, exaltado e insistente, hacia la acera de enfrente, donde ha descubierto, en el escaparate de las líneas aéreas rusas Aeroflot, un modelo a escala de Boeing 747. Me arrastra, cogido de la mano, a través de los Campos Elíseos y hasta el local, para tocar la maqueta, que es cinco veces más grande que él. Pero los empleados de Aeroflot ponen unas caras tan avinagradas y son tan desagradables que tengo ganas de salir del local con Nanhoi lo antes posible. Me siento vil, y me duele en el alma tener que aplicar todos mis recursos retóricos para distraer a mi cariñito de su avión. En otras circunstancias, jamás intentaría apartar a mi *babyboy* de algo que le haga ilusión. Pero aún me duele más ver que alguien se muestra desagradable con Nanhoi y le niega algo hacia lo cual él alarga la mano. ¿Para qué fabrican esas maquetas de aviones? ¿Para quién, si ni siquiera un niño pequeño puede tocarlas? Oh, mi Nanhoi, que me transportas sobre tus alas por encima de este gueto mortífero que esas carroñas ambulantes llaman vida, que me elevas por encima del horrible abismo de la desesperación. Somos dos «navegantes por la infinitud azul»…

Le susurro al oído a Nanhoi la palabra mágica: «tiovivo». Y es como si el Boeing 747 nunca hubiera existido.

El director de la Cinémathéque de París, Bernard Langlois, me pregunta cuáles de mis películas, hasta un total de veinticinco, quiero que proyecten en mi honor en la Cinémathéque. Le digo: «Ninguna». Pero no puedo impedir que proyecte durante veinticinco días no sé que porquerías en la sala de la Cinémathéque.

Las noches en la Avenue Foch sin Nanhoi son lo peor que he tenido que soportar en mi vida. Peor que la cárcel. Peor que el manicomio.

En cuanto termino de follarme a una chica, o en cuanto la chica me ha hecho una mamada, le digo que se vaya. Si se pasa tanto rato chupeteándome que la dejo dormir conmigo, y, durante el sueño, intenta arrebujarse contra mí, la aparto con el pie.

Sólo cuando Nanhoi pasa la noche conmigo y duerme en mi cama, entre mis brazos, olvido el infierno en el que vivo. En tales ocasiones no me atrevo a moverme en toda la noche, para no despertar a mi *babyboy*. Aunque me duerma, no me muevo. Sólo mis labios besan, con toda precaución, con la delicadeza de un soplo de brisa, su cabecita, que es tierna y fuerte como la flor de la lila, y huele igual de bien. Y en la que por la mañana, cuando Nanhoi se despierta, estampo grandes, densos, apasionados besos, como si besara una rama cuajada de lilas. Entonces, mi *babyboy* se encarama a mí, se sienta en mi cara y pronuncia largos discursos en su celestial lenguaje de bebé, que sólo entienden otros bebés, y al hacerlo gesticula enfáticamente con los brazos, como si estuviera arengando a todos los demás bebés del mundo; de vez en cuando suelta un chillido o se echa a reír sonoramente, como si acabara de contar un chiste. Me es imposible describir lo que siento en esas horas de felicidad al lado de mi hijo, pues todas las palabras resultan demasiado débiles y limitadas.

Y luego, cuando Minhoi se lo lleva, reanudo la travesía del desierto. De nuevo ese vacío en el que soy incapaz de articular un solo pensamiento y de sentir nada, y luego la repentina y terrible conciencia de mi soledad sin Nanhoi y de los tormentos de la desesperación, para los que no veo salida alguna. Entonces empiezo a telefonear. Primero una vez al día. Luego varias veces al día, cada hora. Suplicar a Minhoi que me traiga a mi hijo. Las peleas. Gritos. Amenazas. Colgar. Volver a marcar. Y volver a colgar y volver a marcar. Hasta que Minhoi deja de ponerse al teléfono, y, medio loco, salgo a cruzar París. Si todavía es de día, es decir, si aún no está del todo oscuro, doy peregrinos rodeos por calles secundarias, para que nadie me vea. No quiero hablar, ni oír ni ver nada. Sobre todo no quiero ver a ese portero con cara de carnicero. Estoy convencido de que se presentaría voluntario para ahorcar a alguien. Luego, esas furcias aristocráticas, esas millonarias de pacotilla que le miden descarada y desvergonzadamente a uno con la mirada y le tratan según el coche que conduzca. Yo no tengo coche, ni dinero.

Ni siquiera una cara que se pueda enseñar. Y vivo en una cámara de torturas.

Si es de día, y aún más si fuera hace sol, paso las horas hasta la noche en esa fosa común de cemento. De izquierda a derecha. De derecha a izquierda. En círculo. De derecha a izquierda. De izquierda a derecha. Dos pasos hacia el lavabo y cuarto de baño sin ventanas. Y otra vez afuera. Al balcón de hormigón sin flores. Mirar hacia arriba. Mirar hacia abajo. A la izquierda. A la derecha. A todos esos otros balcones sin flores. No puedo inclinarme demasiado sobre la reja, porque a lo mejor el portero está delante de la puerta de la casa, charlando con un propietario de Rolls Royce, mientras gira su sebosa cabeza como una cámara de televisión, barriendo incesantemente con la vista toda la fachada de Avenue Foch 33. El estruendo de la calle se echa sobre mi desde todos los lados, hasta que vuelvo a entrar en el piso tambaleándome como si estuviera mareado. Cuando cierro la pesada puerta corredera de vidrio, con marco de acero, para huir del mortífero retumbar del tráfico y de los martillos neumáticos, y el cierre de la ventana corredera se engarza con el sonido de la puerta metálica de una celda, reanudo mi batalla contra la locura y la muerte. Es única y exclusivamente el amor de Nanhoi, y mi amor por él, lo que me ha librado hasta ahora de la muerte y de perder la razón.

Cuando se hace oscuro, corro como un animal acosado por calles secundarias menos iluminadas. Pero eso resulta cada vez más difícil a medida que voy acercándome a la zona comercial, que tengo que atravesar mal que me pese, y que está iluminada con estridentes luces de neón. A ello se suma el fuego graneado de las farolas callejeras y los faros de los coches. En la Avenue Georges V y en los Campos Elíseos, me siento realmente acosado, pero no tengo más remedio que cruzarlos, aunque lo haga más abajo, por la zona de los *quais*, lo que significa un rodeo. En cualquier caso, acabo desembocando en los *quais*, por los que avanzo, a orillas del Sena, todo el tiempo que puedo. Por la noche, y sobre todo cuando llueve, no hay un alma allí, a excepción de los vagabundos. Como están a oscuras, no se ven las numerosas cagadas de perro, y uno tropieza constantemente con basuras y trastos viejos, dándose golpes en los huesos; pero todo eso sería una nadería si no me viera obligado una y otra vez a cruzar, al pasar al lado de los puentes, calles más

animadas y con iluminación agresiva. Sin embargo, ese camino es el único que permite pasar desapercibido. Además, es el más rápido. Después de recorrer diez kilómetros, la mayor parte a paso ligero, me cuelo en la entrada de la casa número 80 de la Rue
d'Île
Saint-Louis y subo sigilosamente y sin aliento los cinco pisos hasta la puerta de Minhoi. Aunque esa antiquísima casa es la única de toda la Île Saint-Louis que tiene ascensor, subo por las escaleras. El desvencijado ascensor hace un ruido tan ensordecedor que parece un vagón de ganado maniobrando; cuando se detiene, se oye como el encontronazo de los topes de acero. Además, podría ser que alguien haya pulsado ya el botón, y que el brutal y horrible ascensor se detenga en otro piso antes de llegar al cuarto. Entonces me encontraría de cara con alguno de los demás inquilinos. Todos los demás inquilinos me conocen, y quizás encuentran divertida mi situación. Por si fuera poco, la caja del ascensor es tan estrecha que no hay sitio para dos personas, a no ser que se estrujen la una contra la otra. O quizás alguien haya pulsado el botón en el cuarto piso. Quizás incluso Minhoi. O a lo mejor Minhoi está en la cocina, que es la habitación más cercana a la puerta del piso. O en el vestíbulo, o en el comedor, o en la sala de estar. Pero aunque estuviera en su dormitorio, o en la habitación de Nanhoi, que está al otro extremo del piso, oiría el insoportable estruendo que produce ese desastre de ascensor. El impacto de la parada es tan brutal que las paredes de la escalera están agrietadas. Automáticamente, Minhoi echaría un vistazo para ver si alguien entra o sale del ascensor. Para ver si la persona viene a verla a ella y va a llamar al timbre en cualquier momento, o si es alguno de los vecinos. En tal caso oiría, poco después de la parada del ascensor, ruido de llaves, y el abrirse y cerrarse de la correspondiente puerta. De otro modo, sólo podría tratarse de alguien que viene a ver a algún vecino o a visitar a un desconocido. En tal caso, llamaría al timbre del correspondiente piso. Si no se produjeran esos ruidos familiares para Minhoi, si no oyera la secuencia sonora habitual tras la parada del ascensor en el quinto piso, podría desconfiar. No puedo arriesgarme bajo ningún concepto a que Minhoi abra de repente la puerta del piso. No puedo permitir que sospeche siquiera que vengo aquí a menudo sin haberme anunciado antes y sin

pedirle permiso. Me siento como alguien que ha cometido un crimen y tiene que esconderse. ¿Es un delito querer a un hijo hasta el punto de no poder vivir sin él? Como envidio a todos los demás padres, que, cuando llegan a casa, pueden coger en brazos a su hijo y besarlo y besarlo y besarlo una y otra vez, tantas como quieran. Sentarse a su lado en el suelo, donde el niño juega. Echárselo a la espalda. Inclinarse sobre su cuna, sacarlo de ella, sentir los rechonchos bracitos infantiles enroscándose a su cuello. Acariciarlo, estrecharlo contra su pecho, rodar por el suelo con él, hasta desplomarse los dos, agotados por el juego y las risas de felicidad y quedarse dormidos boca contra boca… Sentarlo sobre sus piernas para darle de comer, aunque ya sepa coger la cuchara y comer solo. Apretar los labios contra su coronilla tibia y aromática… Luego llevarlo a la cainita y esperar a que se duerma, después de contarle un cuento y cantarle una nana…

Me imagino qué ocurriría si me lanzase a subir los peldaños de dos en dos o de tres en tres, gritando a pleno pulmón, desde el primer peldaño, el nombre de Nanhoi… Y si luego, casi loco de impaciencia, aporrease con los puños y los pies la puerta del piso, hasta que Minhoi o mi hijo abrieran la puerta, porque ambos estamos igualmente ansiosos de estrecharnos el uno contra el otro y cubrimos de besos… En lugar de eso, tengo que deslizarme a hurtadillas. Contener el aliento. No moverme. Agachar la cabeza. Aplastarme contra la pared a la mitad de un tramo de escaleras. Cuando estoy entre dos pisos y varias personas salen al rellano en diferentes pisos, echarme al suelo, apretar la cara contra el polvo. Si alguien más baja por la escalera, por lo lento que es el ascensor o porque está estropeado, tengo que bajar a toda velocidad y sigilosamente pisos enteros y esconderme entre los cubos de basura hasta que la persona haya salido de la casa. Luego vuelvo a subir a hurtadillas los cinco pisos. En cada rellano tengo que arriesgarme a que se abra de repente una de las puertas por delante de las que paso sin hacer ruido. Nunca sé si me observan por las mirillas de las puertas.

Una vez en el quinto piso, lo primero que hago es escuchar en dirección a las otras dos puertas del rellano. Si percibo algún ruido tras las puertas, intento interpretarlo y hacerme una idea de qué está haciendo la persona que produce el ruido. Intento deducir qué

se dispone a hacer. Si los ruidos indican que la persona va abrir pronto la puerta. Si no se oye nada, sigo adelante, pero sin confiarme, y controlando acústicamente las puertas en todo momento.

Desde el último peldaño hasta la puerta del piso de Minhoi no hay más que un paso. Después de dar de puntillas la primera mitad del paso, hago una larga pausa, porque el suelo de madera carcomida cruje, y tengo que asegurarme de que Minhoi no me haya oído y no esté quizá detrás de la puerta, siguiendo todos mis movimientos. Sólo entonces doy la otra mitad del paso, es decir, desplazo sin ruido por encima del suelo el pie que había dejado atrás, y vuelvo a descansar mi peso sobre ambos pies, mientras dejo caer cuidadosamente los dos talones, hasta hallarme de nuevo por completo apoyado en las dos plantas de los pies. También esto tengo que hacerlo muy despacio, porque al trasladar el peso de mi cuerpo de las puntas a las plantas de los pies puedo hacer rechinar la madera. Ahora estoy tan cerca de la puerta que casi la rozo con la boca, y la tanteo con las yemas de los dedos, como hacen las personas ciegas y sordomudas, que se orientan gracias a las vibraciones, lo que les permite detectar ruidos e incluso palabras. Escucho con todo el cuerpo, a ver si percibo la voz de Nanhoi, o quizás incluso su risa… El tamborileo de sus piececitos… el rodar de su pequeño triciclo de madera por las baldosas del suelo del vestíbulo… los botes de su balón, que choca contra la puerta… el tintineo de una cuchara o de un plato, si está sentado a la mesa… piezas de juegos de construcción… peonzas… el chirriar de un juguete de goma al pisarlo él o retorcerlo con sus manitas… su respiración.

Pero no quiero abusar. Ya me doy por satisfecho y me siento agradecido si oigo, a través de la puerta cerrada de la cocina, que Nanhoi está de pie sobre el cubo de la basura, donde Minhoi lo pone siempre para que la vea cocinar. Si oigo algún ruido, aunque sea de Minhoi. Cualquier ruido. ¡Así sé que están ahí! La tapa de una cacerola. El grifo del fregadero. La cisterna del retrete. Una ventana. Un cajón. La escoba. La colada. Da lo mismo. Me basta con saber que están cerca de mí. Entonces todo es perfecto. ¡Dios mío! ¡Creo que Nanhoi está justo al otro lado de la puerta! Se coloca ahí a menudo, y se queda un buen rato, observando cualquier detalle

mínimo de algún objeto que haya encontrado, a veces algo más pequeño que la cabeza de un alfiler. Me dejo caer de rodillas cuidadosamente, justo en la zona en la que las yemas de mis dedos me dicen que debe de encontrarse su húmeda boquita entreabierta, y aplasto mi boca contra la madera pintada de gris. El olor a barniz me aguijonea la nariz y me irrita las mucosas. Mientras tanto, sólo un centímetro de madera separa mis labios de los labios de mi *babyboy*, que, al otro lado, aprieta la boca contra el batiente… Oigo derramarse pequeñas palabritas en francés, que no entiendo… y luego dos sílabas que se me clavan en el alma y me hacen indeciblemente feliz: «papá»…

El topetazo del ascensor es como la caída de la hoja de una guillotina, como si yo hubiera estado todo el tiempo esperando arrodillado mi ejecución. En el momento en que oigo abrir la reja metálica, bajo a toda velocidad y de puntillas los cinco pisos. ¿Habrán sido todo imaginaciones mías? Nunca lo sabré. ¿Y si es Minhoi quien estaba en el ascensor, de vuelta a casa con Nanhoi? Normalmente, la vocecita del niño se habría dejado oír por toda la escalera. Pero muchas veces está tan cansado de jugar que se duerme en mis brazos o en los de Minhoi y tenemos que llevarlo en brazos directamente a la cuna. Oigo una puerta que se abre, pero desde aquí abajo no puedo saber de cuál de las tres puertas del quinto piso se trata.

Antes de volver a recorrer los diez kilómetros que me separan de la Avenue Foch, atravieso corriendo el puente que une la Île Saint-Louis con Notre-Dame y cruzo la calle hasta el pequeño jardín de la catedral. En ese jardín, hasta los parterres de flores están rodeados de verjas. Y un policía hace sonar su estridente silbato en cuanto ve a un niño pequeño pateando un balón. Y echa del parque a las madres y sus hijos en cuanto suena la hora de cierre en el reloj del campanario, para luego cerrar a cal y canto las puertas metálicas del jardín de esa infame catedral de Notre-Dame. En ese parque, cuyo contorno está todo enrejado, y que no tiene más de una hectárea de superficie, hay una pequeña zona de juegos infantiles, en cuya arena suele jugar Nanhoi. Pero lo mejor son los columpios. No son como los del parque de atracciones, que giran completamente sobre su eje, por lo que están reservados para niños algo mayores. Estos de aquí son para niños pequeños, pese a lo cual

se levantan bastante alto, y hay que sujetar a los niños con una cuerda.

Nanhoi se pirra por esos columpios, que son el primer lugar adonde me arrastra cuando vamos al parque.

Vengo a menudo aquí en secreto, por si encuentro a Nanhoi columpiándose o jugando en la arena, y así verlo un poco, aunque sea de lejos. En tales casos tengo que esconderme detrás de los coches aparcados en la calle, o detrás de otros paseantes, o agazaparme detrás de otros cochecitos de niño, para que Minhoi no me descubra. O me cuelo por entre los matorrales que rodean la catedral, acercándome todo lo que puedo a la zona de juegos infantiles, y así veo a veces, por entre las ramas, a mi hijo jugando en la arena. Entonces me gustaría hacer «¡pssst!» y atraer a mi *babyboy* a los matorrales. Pero llamaría la atención, porque aquí ninguna madre pierde de vista a sus hijos ni un momento. Sé que es un disparate buscar a Nanhoi en el parque a estas horas. La puerta enrejada está cerrada con una pesada cadena. Pese a ello, dejo vagar mis ojos y busco con la vista en todas las direcciones, esperando detectar por casualidad a Minhoi y a Nanhoi. Incluso cuando pasa por debajo de un puente uno de esos barcos para turistas, intento descubrir a Minhoi y Nanhoi entre los abundantes pasajeros, que siempre levantan la cabeza cuando cruzan un puente. Entonces les haría señas desde arriba. Y cuando desaparecieran por debajo del puente, pasaría corriendo al otro lado y los miraría aparecer de nuevo por el lado opuesto del puente. Y correría por los quais, siguiendo la marcha del barco todo lo rápido que pudiera, y no dejaría de hacerles señas hasta que el barco se ocultara a mi mirada más allá de un recodo del Sena.

Desde luego, no creo que vayan en barco, pero, en mi desesperación, me aferró a lo primero que se me ocurre. Por absurdo que sea.

Como otras tantas veces, no los encuentro por ninguna parte. Ya no sé adonde ir, y camino por los quais hasta la Avenue George V, y luego, dando grotescos rodeos por calles lo más oscuras y quietas posible, llego a la Avenue Foch. Cuando veo desde la distancia el número 33, me acobardo y me niego a seguir caminando, como un caballo. Siento como si fuera a meterme voluntariamente en la tumba. ¿Qué puedo hacer? ¡¡¿Adónde voy?!!, oigo retumbar en mi

cabeza mientras me meto entre la maleza del Bois de Boulogne y, presa del agotamiento y la desesperación, me quedo dormido.

Unos agentes de Estados Unidos me ofrecen el papel protagonista en la última obra de Arthur Miller, que ha de estrenarse en Broadway, en Nueva York. Lo rechazo. Creo que ese Arthur Miller es el mismo arrogante, fanfarrón y mentecato Miller que se portó como un cerdo con Marylin Monroe. La obra es un verdadero bodrio. No pasa de ser un cóctel a base de estúpidos deberes morales, sexo chapucero, restreñimiento socialista y supuesta libertad. ¡Y hay que ver lo que esos provincianos entienden por «sueldo máximo»! ¡¿Cómo se le puede presentar al público semejante basura?!

A las chicas que vienen a mi casa de la Avenue Foch, normalmente les da igual que yo esté casi siempre tan triste y a menudo más callado que un muerto. Efectivamente, mi mente no está con ellas. Hay una que no se va ni aunque la insulte e incluso abofetee. Se empeña en que me la folle. Sin parar, varias veces seguidas, a ser posible de día y de noche.

Más películas francesas. No sé cuántas, aproximadamente un total de diez o doce, o quizá más. No pregunto los títulos ni los nombres de los directores. Lo que importa es que vuelvo a tener dinero. Me compro un Range Rover 4X4. Por fin hay sitio para Nanhoi y sus juguetes.

Ahora, Nanhoi me dice, cada vez que le veo, que va a viajar a Egipto con mami. Con gran esfuerzo y concentración, articula esas dos sílabas tan difíciles para él, como si intentara arrancarle a una flauta dos difíciles notas, y cuanto lo logra, adopta un aire triunfante: *E-ggy-pt*.

Durante los últimos días antes de su partida, Minhoi me deja vivir con ella y Nanhoi, y también las tres semanas que pasarán en Egipto. ¡Tres semanas! Es la primera vez que estaré tanto tiempo separado de Minhoi y de Nanhoi. Me resulta imposible

imaginármelo.

En cualquier caso, lo cierto es que ahora, hasta que se marchen, puedo estar todo el día con mi *babyboy*. Jugar, retozar, reír con él. Comprarle a hurtadillas pasteles, chocolate y helados. Ahora puedo vestirlo, desnudarlo y lavarlo. Darle de comer. Sentarlo en el orinal. Meterlo en la camita. Dormirlo cantándole nanas, esperar hasta que concilie el sueño y entonces, cuando está dormido, quedarme un buen rato arrodillado frente a su camita, escuchándolo respirar. Taparlo cuando, en sueños, aparta a patadas la manta. A veces me quedo dormido de rodillas delante de su camita… antes de salir de puntillas de la habitación. Una vez fuera, me quedo largo rato de pie tras la puerta entornada, para estar preparado en caso de que se despierte. Pero normalmente se despierta antes de que yo salga de la habitación. Incluso dormido se da cuenta de que me separo de él, cuando intento sacar mi dedo de su puñito, porque sé, por su manera de respirar, que se ha dormido, y es que incluso mientras duerme me tiene el dedo agarrado, como si no quisiera devolvérmelo jamás. Entonces le canto una y otra vez *Duerme, duerme mi principito*, o *Duerme, duerme, niño bonito*, hasta que vuelve a dormirse. O lo paseo en brazos por la habitación, acunándolo. Cuando vuelve a dormirse, tengo que seguir llevándolo en brazos un buen rato, pues su sueño es todavía demasiado fresco, demasiado tierno, y el sutil tejido del sopor se desgarraría si el abrazo se deshiciera demasiado pronto. No sé qué daría por poder colarme en la camita de Nanhoi y, haciéndome tan pequeño como él, estirarme a su lado y pasar toda la noche enroscado a su cuerpo, aspirando su aroma a flores, y con la boca pegada a su cabecita en un beso inacabable.

Cuando llevo a Minhoi y Nanhoi al aeropuerto, todavía no sé con certeza lo que me espera. Sólo de regreso a París se abre de repente en el suelo, a mis pies, un terrible vacío, cuando pienso que Minhoi y Nanhoi están ahora a diez mil metros de altura, alejándose cada vez más de mí. Es lo único en que puedo pensar. Si al menos me viniera a la mente alguna otra cosa… Mis pensamientos son como un hervidero de gusanos…

Ahí está esa chica con rizos que me abordó después del estreno

de mi película japonesa, en el Club 13, de Lelouch. Los rizos negros de su cabello se ensortijan como serpientes. Profundos ojos almendrados, sobre los que se juntan unas cejas como un alambre negro. Tiene la nariz respingona, con las ventanas muy abiertas, y el labio superior levantado en el centro, lo que le da un aspecto de avidez. Los incisivos, que quedan al descubierto, tienen el borde inferior redondeado, seguramente por chuparse demasiado el pulgar. Ideal para chupar pollas…

Paso a recogerla a casa de sus abuelos. De regreso tenemos que pasar por el Bois de Boulogne. Aparco en el primer lugar adecuado que encuentro después de entrar en el parque, porque los dos nos morimos de ganas. Cuando, en el asiento trasero, le quito la ropa, aparece la cara de un hombre por la ventanilla lateral. Me da tiempo aún a ver cómo está formado su cuerpo: huesudo… Tórax infantil, ni señal de tetas… Piel caliente, áspera, tensa… Caderas generosas… Pequeñas nalgas firmes y puntiagudas… El hombre se pone cachondo y aprieta la cara contra el vidrio. No me extraña, hay muchos que hacen esas cosas. Rondan por lugares como éste, con la única intención de ver a otra gente follando, y se masturban. Okey. Vuelvo sin pantalones al asiento del conductor, mientras la chica sigue desnuda, tapándose con mis pantalones. Como si hubiera perdido la orientación, conduzco en círculos, sin decidirme a tomar una dirección concreta. Casi no puedo moverme, de lo cachondo de estoy, como los gatos machos en la época de celo.

Paso por encima de la acera, me meto en un camino de carro y paro el coche.

… Tiene el cuerpo cubierto de vello. No muy espeso, pero por tocias partes… Duros pelos negros que reptan por su vientre. Que le brotan de los sobacos. Por los brazos y las piernas. Por la nuca y a lo largo de la columna vertebral, hasta la raja del culo… De nuevo surgen hombres de la oscuridad incipiente, y se ponen a rondar alrededor del coche. Deben de habernos seguido. O quizá no, ya que el parque está lleno de tipos así. No nos queda más remedio que intentarlo en otro lugar. Nos metemos, pues, en la autopista. Da lo mismo hacia dónde. Tengo que derramar mi semen dentro de esa chica, sin demora. Cuando me parece que nos hemos librado de nuestros perseguidores, tiro por una salida, en una dirección en la que hay pocas luces.

… Tiene un coñito rechoncho y casi redondo, como un ratón de campo… Pero ¿qué es eso? ¿Otra cara? Esta vez por el parabrisas trasero… Ya no puedo aguantarme, así que meto mi cipote verticalmente en su coño. La chica, con la cara desfigurada en un gesto ordinario y los ojos cerrados con fuerza, grita y grita… No sabe que hay un hombre viéndonos follar por el parabrisas trasero. Apoyándose sólo en los omoplatos y la cervical, se ha hundido en el asiento trasero; con las piernas abiertas por encima de la cabeza, mueve el abdomen libre hacia arriba y grita y se corre y grita y se corre y grita y se corre… Luego nos vamos al piso de Minhoi y pasamos la noche jodiendo.

Cuando, hacia el amanecer, por motivos que se me escapan, empieza a hablar de comunismo, la echo a la calle.

No tengo noticias de Minhoi y Nanhoi desde que se fueron a Egipto, y tampoco tengo manera de comunicarme con ellos. Ni una dirección, ni un teléfono, ni nombres de hoteles; es más, ni siquiera sé en qué parte de Egipto se encuentran ahora. Minhoi tenía pensado llegar hasta muy adentro en dirección sur y recorrer el Nilo a bordo de un pesquero a vela. Y, de repente, tengo la sensación de haber pronunciado, oído o visto en letras de imprenta la palabra Egipto en los últimos días. Adonde se mira, aparecen titulares sobre catástrofes aéreas. Accidentes de tren. Secuestros. No leo la prensa. Pero los titulares intentan pérfidamente propagarse como malignas epidemias, como si estuviesen al acecho de alguien como yo, alguien sumamente irritable y tenso, cuyo estado de espíritu roza ya la paranoia, y cuyos nervios deshechos, le convierten en una víctima propiciatoria.

También en casa me llegan fragmentos de noticias de televisión, que nunca sintonizo conscientemente, sino sólo por descuido. No sé manejar esos botones, y a menudo pulso uno equivocado. Nunca entiendo de qué hablan los locutores de los noticiarios, y no consigo encontrarle un sentido a esa mierda pensada para el consumo rápido; como ya he dicho, sólo me llegan fragmentos.

Esta vez me parece haber oído la palabra «Egipto», ¿o quizá la he leído en el titular de una portada? No me aclaro. Compro todos los diarios y veo por televisión esas noticias físicamente

repugnantes, sádicas y masoquistas acerca de la basura de la humanidad, hasta que no aguanto más y me tapo los oídos con los puños, para no oír más esas voces abyectas. ¡¡¡¡¡¡¡¡Esas voces!!!!!!!!! Son más impersonales y malsonantes que pedos hediondos, provocan náuseas y ensucian los oídos, devastan los cerebros. Pero ni los diarios ni los noticiarios de televisión dicen una palabra de Egipto. Y, sin embargo, podría jurar que he oído o leído repetidamente la palabra Egipto. Quizá fuera hace varios días, ya se sabe que las noticias tienen una vida corta. O quizá fuera en otra vida. En mi estado, ya no controlo el tiempo ni la lógica. Pero, al fin y al cabo, ¿quién controla algo? ¿Y qué es ese algo?

La postal donde se ven pirámides, de Minhoi y Nanhoi, ha tardado dieciséis días en llegar a París. ¡Quién sabe dónde deben de estar en este momento!

Una noche, ya bastante tarde, un empleado de correos llama a mi puerta y me entrega un telegrama de Minhoi anunciándome su próxima llegada con Nanhoi.

Lo que más me gustaría sería salir ahora mismo, en este instante, inmediatamente, hacia el aeropuerto, con tres días de antelación, y pasar la noche allí, esperándoles.

En cualquier caso, llego al aeropuerto dos horas antes de lo necesario. No entiendo ni una palabra de esos graznidos y balidos que salen de los altavoces cada vez que anuncian el aterrizaje de un nuevo aparato. Tampoco me fio de las pantallas en las que se indican la línea aérea, el número de vuelo, la hora de llegada y el retraso. Camino sin parar de salida en salida, fijándome en todos los pasajeros, sea cual sea el avión en que han llegado.

Tenía razón. Mucho antes de la hora a la que se espera a los pasajeros de su vuelo, Minhoi aparece empujando el cochecito de Nanhoi a buen paso, casi corriendo, en dirección a la escalera que conduce a la entrega de equipajes. Al principio, lo único que veo de Nanhoi es su minúscula cabecita. ¡Es tan pequeño…! El día en que se fueron parecía mucho más grande, porque el pelo, espeso y largo, le llegaba hasta más allá de los hombros. Ahora lo tiene muy corto, casi esquilado, como un corderito. ¡¡Ay, *babyboy*, qué delicioso eres!! Lo saco del cochecito, y nos besamos, y no lo descargo de mis brazos hasta llegar al piso de Minhoi, donde lo meto en su camita.

Minhoi me dice que el piso de Avenue Foch es un gasto

innecesario, ya que ahora paso la mayor parte del tiempo en su casa. Pero ni ella ni yo nos hacemos falsas ilusiones. Cuanto más tiempo estamos juntos, más a menudo discutimos. Y cuanto más a menudo discutimos, más a menudo nos embestimos el uno al otro, y más desmesurados, violentos y terribles se hacen nuestros insultos y refriegas. No nos pasa lo que a los matrimonios que viven juntos sólo por costumbre, y se odian porque ya no se interesan el uno al otro y por eso no pueden soportarse. No, no. Al contrario. Nos enfrenta la pasión, la ardiente ansiedad. Los celos. Las sospechas. El amor. La desesperación. Y de ahí brotan los insultos y los deseos de venganza que acaban transformándose en furor ciego.

Cuando nos lanzamos el uno encima del otro en presencia de Nanhoi —y es que somos más explosivos que la nitroglicerina—, o cuando nos oye gritar, entra disparado en la habitación y se mete entre nosotros para separarnos; nos agarra a los dos con sus manitas, se pone en jarras y apoya el pie izquierdo y el derecho contra nuestros respectivos zapatos, y de ese modo nos separa. Está dispuesto a propinarnos puntapiés si nos atrevemos a seguir peleándonos.

En esas ocasiones nos sentimos hasta tal punto abrumados y conmovidos por la sabiduría de nuestro pequeño, por su bondad y su amor, que nos avergonzamos y dejamos de hacemos daño.

Cuando Nanhoi nos ve besamos y abrazamos, o tocarnos cariñosamente, se abraza a nuestras piernas y, tironeándonos, nos funde en un solo cuerpo, como si no estuviera dispuesto a tolerar que nos separemos nunca más.

Minhoi ya no puede soportar las sacudidas a las que someto a su alma. El violento «estira y afloja», como ella lo llama. Dice que la ahoga. Me reprocha haber decidido por ella siempre, desde el primer momento. Haber escogido sus vestidos, su maquillaje, su peinado, su pintura de uñas, su ropa interior, todo. Yo no lo veía así. No era mi intención «decidir» nada por ella. No quería *tutelarla* ni *oprimirla*. Yo, que no puedo vivir sin libertad, jamás he querido restringir su libertad. Hoy comprendo que los celos son una esclavitud para toda persona. Por lo que respecta a la tutela y a la violación, detrás de eso no hay otra cosa que mi imparable proceso de creación: crear, destruir, crear de nuevo, modificar, todo, siempre y sin interrupción. Pero eso no quiere decir que no dé por

válidos, o, aún menos, que rechace, la fantasía, las ideas, el talento, los deseos y las decisiones de Minhoi. Picasso, cuando estaba en la playa, dibujaba con los dedos en la arena. Es el proceso creativo, que no puede detenerse. No puedo evitarlo: es así, y ya está.

Minhoi dice: «¡Todo en ti es excesivo!». Son palabras que vengo oyendo desde hace años, y que ya estoy harto de oír. Ya cuando era pequeño me decían que «no tenía medida». ¿La medida de quién?

Minhoi dice que tengo «demasiado» amor. «Demasiados» sentimientos. «Demasiada» pasión. Dice que mis anhelos y mis deseos son «demasiado grandes». Soy «demasiado susceptible». «Demasiado sensible». «Demasiado rápido en mis reacciones». «Demasiado violento». «Demasiado fogoso». «Demasiado turbulento». «Demasiado alegre». «Demasiado insensato». «Demasiado triste». «Demasiado ruidoso». «Demasiado silencioso». «Demasiado malo». «Demasiado bueno». «Demasiado blando». «Demasiado duro». «Demasiado tierno». «Demasiado brutal». «Demasiado», «demasiado», «demasiado», «demasiado», «demasiado», «demasiado», «demasiado», «demasiado», «demasiado»…

Pero en realidad nunca hay un «demasiado». Por lo menos en lo que respecta a la pasión. A los anhelos y al deseo. Al amor. Para mí lo único que cuenta es el amor, el anhelo, la pasión. Para mí lo único que cuenta son las palabras de amor. No los insultos y las ofensas. Para mí lo único que cuenta es la ternura, no la brutalidad y la dureza. Pero hay que ser consciente de que la misma Creación está hecha de sangrantes contradicciones, de que los terremotos, los huracanes y el mar embravecido son parte del proceso del eterno alumbramiento. Y de que el alma debe familiarizarse con los dolores del alumbramiento, de la misma manera que Minhoi no sintió dolor al alumbrar a Nanhoi.

Una productora inglesa quiere hacer conmigo una película sobre la vida del mayor bailarín de todos los tiempos, Nijinski, en coproducción con Rusia, con el *ballet* Bolshoi de Moscú. Las coproducciones con Rusia tardan una eternidad en llevarse a cabo. Probablemente nunca se rodará esa película.

Sigo a Minhoi como un bobo cuando va a comprar al mercado o a cualquier otro sitio. Entonces puedo llevar en brazos a mi pequeño, empujar el cochecito, darle algo a escondidas, un pedazo de chocolate o una galleta. En cualquier caso, puedo verlo, acariciarlo, besarlo y oírlo reír. Para poder estar junto a Nanhoi, soporto todas las humillaciones y dejo que Minhoi se haga la mandona y me trate como a un perro. Pero cuanto más condescendiente me muestro, peores son nuestras peleas.

Minhoi me envía de nuevo a la Avenue Foch y no quiere que vaya a su piso para verla a ella y a Nanhoi.

A veces me los encuentro por la calle. Nanhoi extiende los bracitos hacia mí desde lejos e intenta zafarse para trepar a mis brazos. Antes de que Minhoi se lo lleve a toda prisa, lo beso rápidamente todas las veces que puedo.

La canción de Rolando. Menuda chorrada medieval. El hijo de puta del «director» no tiene ni sombra de talento; en lugar de eso, se dedica a hacer ofensivos y latosos discursos sobre toda la gente que tiene dinero; es demasiado imbécil para comprender que es precisamente gente con dinero la que hace posible que un inepto como él, el «comunista» Cassenti, tenga la increíble oportunidad de rodar una película. Lo que ocurre durante el rodaje es indescriptible, y no sé qué buena estrella le salvó de que le partiera la cara. Porque lo que es agarrarlo por el cuello, lo hice un montón de veces. El único consuelo es que también ese mezquino arrastrarse llega a su fin.

Minhoi ha conseguido poner en marcha el proceso de divorcio, y he recibido una citación judicial. Me pone la carne de gallina la idea de pisar un juzgado. Pero no tengo elección, ya que de momento no puedo costearme un abogado.

Al entrar en el juzgado, con sus sombras viscosas, me siento como si entrara en un matadero en un día no laborable. Cuando llego a la sala del piso superior, en la que Minhoi y yo vamos a divorciarnos, siento la locura de toda la humanidad agarrada a mi piel como un sudor frío.

Para empezar, el juez desbarra sobre alguna película mía que ha visto. Le pego un grito y salgo corriendo de la sala, ¡¡¡lejos de allí, lejos, lejos!!! El abogado de Minhoi me da alcance en el pasillo y me dice que el juez me mandará encerrar si vuelvo a gritarle y a marcharme de ese modo.

Minhoi está muy molesta. Seguro que se avergüenza de lo que está pasando aquí. Finalmente el juez propone que volvamos a intentarlo, sobre todo por nuestro hijito. Nos concede seis meses de prueba.

Me escriben estudiantes universitarios, chicos y chicas, para decirme que me han elegido a mí, Kinski, como tema de su tesis doctoral. Ya son tres o cuatro. La cosa lleva trazas de convertirse en una epidemia. Hay otros que quieren escribir libros sobre mí. Y otros que dibujan cómics o me mandan poesías. Todo eso lo tiro al cubo de la basura.

El gitano Manitas de Plata es el mejor guitarrista del mundo, y amigo mío. En la Sala de Congresos de París, baja del escenario al patio de butacas, se abre paso hasta la hilera en la que estamos sentados Minhoi, Nanhoi y yo, se coloca delante de nosotros y toca sólo para los tres. Tiene una mujer joven, de grandes muslos y culo desvergonzado, que me da su número de teléfono en Arles.

Siempre que veo flores, quiero llevárselas a Minhoi. Normalmente no las quiere, o la dejan fría. Pero me olvido de eso cada vez que veo flores, y le llevo unas cuantas siempre que puedo.

Esta mañana temprano he vuelto a llevarle flores a Minhoi. Un gran ramo de alegres flores de muchos colores. Luego he tenido que abandonar París, para rodar.

Ahora es de noche y estoy de vuelta en mi odiosa jaula de la Avenue Foch. Encima de la mesa hay un gran ramo de alegres flores de muchos colores. Al verlas se me llena de gozo el corazón, sobre todo porque van acompañadas de una carta en la que reconozco la letra de Minhoi. Así que pienso que son un regalo de Minhoi. Y aunque esas flores son idénticas a las que le he llevado hoy a Minhoi a primera hora de la mañana, no se me ocurre que puedan ser las mismas, ni, si es así, por qué motivo están ahora aquí en la Avenue Foch y no en la Isle Saint-Louis, en casa de Minhoi. Leo la carta una y otra vez, pero no consigo comprender cómo ha podido suceder esto… y tampoco a qué se refiere Minhoi con lo de

«marcharse» y «por largo tiempo»… ni por qué están aquí las flores y no en su casa… ni por qué ella y Nanhoi ya no están aquí… ni por qué me trae flores al tiempo que me hiere de muerte… ni por qué esas flores son las mismas que le he regalado hoy a primera hora de la mañana… La realidad actúa como un veneno muy lento…

La carta no dice adonde se ha ido. Ni hasta cuándo. Sólo dice «por largo tiempo», y que ya no soporta estar aquí. Tampoco esta vez me deja una dirección. Ni un número de teléfono. Nada.

Toda persona puede soportar sólo una determinada dosis de sufrimiento y dolor. Por eso mismo también tiene un límite el interés por el sufrimiento y el dolor de los demás. Pero no es ése el único motivo por el que me niego a describir el calvario por el que pasé durante ese tiempo. La razón principal es que no puedo soportar revivir esa tortura al pasarla al papel. Resumiendo: tras varias semanas de búsqueda por toda Europa, encuentro a Minhoi y a Nanhoi en la isla española de Ibiza.

Minhoi y Nanhoi me acompañan al sudoeste de Francia, donde me quedan aún por rodar las últimas escenas de *La canción de Rolando*, y donde agarro con las dos manos a ese mierdoso de Cassenti para zurrarle.

Dar de comer a Nanhoi es tan delicioso que me cuesta hacerme a la idea de que algún día ya no podré sentir el peso de su cuerpecito sobre mis muslos mientras come ni llevarle la cuchara o el tenedor a la boquita. Hoy no me toca rodar, y vamos los dos completamente vestidos de blanco. Nanhoi lleva una blusa blanca de marinero y un jersey blanco. Yo, una camisa blanca y vaqueros blancos. Y aunque ya hace tiempo que sabe comer solo, y me lo demuestra lleno de orgullo, prefiere que le dé yo la comida. Ya casi se ha terminado las espinacas, sólo le quedan unas pocas en el plato. A menudo, antes de comerse la última cucharada, dice que ya no puede más. Esta vez no dice nada. Así que rebaño el plato hasta llenar bien la cuchara, y se la meto en la boquita. Me alegro de que quiera comerse la última cucharada, pues desde mi infancia he oído decir: «Cómete las espinacas, que tienen mucho hierro».

En el momento en que le estoy desatando el babero, me escupe toda la metralla verde de la última cucharada llena, que, como una

granada rompedora, me salpica la cara, todo el pecho, la camisa blanca y los pantalones blancos. Y se ríe…

Varios chapuceros me ofrecen desde Alemania películas u obras de teatro raquíticas. Los mando a hacer puñetas.

Dos películas francesas más, *Zoo cero* y *Muerte de un corrupto*. Luego, Herzog me llama una noche a la una de la madrugada a la Avenue Foch y me pregunta si quiero interpretar *Norferatu* y *Woyzeck*. Le insulto por haberme llamado a la una de la madrugada, pero acepto. Me he olvidado completamente de quién es Herzog, y sigo sin poder acordarme de él. He olvidado también que diez años atrás rechacé interpretar Woyzeck en el teatro porque es un suicidio, y que tiré el texto a la basura. No sé por qué he dicho «sí» esta vez. Es el destino, sin duda. No soy yo el que decide, es mi destino el que rechaza y acepta por mí. Una potencia superior. Y debe de tener un significado —aunque me lo paso por el forro— el hecho de que siempre me toque sumergirme en infiernos ajenos cuando peor me van las cosas. Y que me toque encarnar precisamente todo aquello que me veo obligado a vivir en la realidad y apenas puedo soportar. ¿O más bien me toca vivirlo después de haber interpretado el papel? ¿Se trata de un aviso, o simplemente de una repetición? ¿Será acaso una reacción en cadena? ¿Quizás una cosa desata la otra? ¿O es que ocurren a un tiempo ambas cosas, mi vida y el papel que me toca interpretar? ¿Transfiero el infierno de otros a mi propia vida, o más bien transfiero mi propia vida al personaje que me toca interpretar? ¿Hay una potencia mística que me obliga a vivir esas cosas a fin de poder apurar más el cáliz cuando me toca interpretarlas? Nadie puede responder a esas preguntas. En cualquier caso, ser *the ultímate actor*, como me llaman, supone una parte de la maldición. Y esto no tiene nada que ver con la estúpida concepción habitual del oficio de actor.

Nanhoi es un mago del balón. Tira y recoge pelotas como un malabarista. Cada vez lo hace mejor, con un estilo más depurado, preciso, evolucionado, aunque nunca ha tenido ocasión de

practicar. No aprende, *se hace*. Como se forma el viento, como se desata una tormenta. Nanhoi *se hace* igual que se hace de día y de noche, oscuro y claro, igual que llega el frío y el calor. Es un gozo sin límites tener, gracias a él, ante los ojos el devenir de la creación.

Minhoi insiste en que nos divorciemos. El juez dicta sentencia de divorcio. Salgo corriendo de ese recinto letal. Escaleras abajo. A través del vestíbulo, donde pasa por mi lado un hombre al que llevan esposado, y una mujer llora cabizbaja, apretándose el pañuelo contra la boca, dejo el edificio del juzgado y salgo a la calle. Siento como si ya nadie anduviera enmascarado. Como en los cuadros de Hieronymus Bosch. Pero aún más repugnante. ¡¡¡Tengo que ver a Nanhoi!!!

También él ha venido al mundo en esta ciudad. Pero fue pura casualidad que la metamorfosis tuviera lugar aquí. Nanhoi se alza por encima de esta cloaca como una mariposa exótica que no pertenece a este lugar. Corro sin parar a lo largo de los *quais*. Evitando a los transeúntes y a los vehículos. Lo que sucede en mi interior es algo tan enorme que esos seres enanos no pueden abarcarlo. Siento como si todo el mundo me mirara, incluso desde los coches, incluso desde lejos, del mismo modo que la gente se apiña para ver una ejecución, o conduce más despacio cuando ha ocurrido un accidente, para poder echarle un vistazo a la víctima. Me miran como si fuera algún ser sensacional que hubiese brotado de repente del suelo. Un monstruo. Demasiado grande, demasiado torpe para escapar. Un hombre elefante. Demasiado deforme para pasar desapercibido: es *mi grito*, que corre por las calles, se hace cada vez mayor y no cabe en ningún sitio…

En el parque infantil de Notre-Dame cojo bruscamente en brazos a Nanhoi, y mis lágrimas se derraman sobre la arena a su espalda.

A la chica que ha estado cuidando de él mientras Minhoi y yo nos divorciábamos, le digo que ya puede irse. Quiero estar a solas con mi hijo, y lejos, muy lejos.

Cuando llevo a Nanhoi a almorzar a casa de Minhoi, se para delante de mí en la escalera como si no quisiera dejarme pasar antes de que conteste a su pregunta:

—¿Quieres a mamá?

Me siento tan perplejo que sólo puedo decir:

—Pues claro, cariño mío.

Pero en realidad quiero decir: «Os quiero a ti y a mamá más que a nada en el mundo. Siempre querré a mamá, siempre, aunque me matara, siempre, ¡siempre…!».

Haine. La historia de un motorista que no ha cometido delito alguno y al que, pese a ello, los vecinos de un pequeño pueblo encadenan a un transformador y lo ejecutan con una descarga eléctrica El «director», Dominique Goult, se pasa la mayor parte del tiempo en los bares. Su mujer tiene un culo bien puesto. Eso es para mí motivo suficiente para rodar la película. Pero antes Dominique tiene que producir rápidamente una película pomo para conseguir el dinero con que pagarme. Maria Schneider es una de las chicas a las que me tengo que follar en la película. Se ha convertido en una auténtica yonqui, y me da asco. Si se libró de que la abofetease fue sólo gracias a Dominique Goult.

Nosferatu para la Twentieth-Century Fox. En Holanda y en Checoslovaquia, hasta los montes Tatra, en la frontera ruso-polaca.

El punto de partida es Munich, adonde llego cuatro semanas antes de empezar el rodaje para arreglar todo lo referente a mi vestuario. Y es allí donde me esquilo la cabeza por primera vez. Me siento desnudo, indefenso, desamparado. No sólo físicamente —ya que la cabeza rapada al cero se vuelve tan hipersensitiva como una herida abierta—, sino sobre todo espiritualmente, y por supuesto a nivel nervioso. Me siento como si no tuviera cráneo, y como si me hubieran quitado la capa protectora sin la que el alma no puede sobrevivir. Como si me hubieran despellejado el alma.

Al principio sólo salgo a la calle cuando está oscuro (conozco eso desde la época de *El idiota*, aunque esto es mucho, muchísimo pero). Además llevo siempre puesta una gorra de lana, aunque es primavera. Algunos pensarán: «No es tan grave, al fin y al cabo hay muchos calvos». Pero lo uno no tiene nada que ver con lo otro. Hablo de la primera desnudez debida a la simultánea metamorfosis en vampiro. En ese ni-hombre-ni-animal. En ese nomuerto. En esa

inconcebible criatura que sufre porque es plenamente consciente de su existencia.

Ahora sólo salgo de casa para las pruebas de vestuario en la sastrería.

Cuando volamos a Holanda, Minhoi y Nanhoi se reúnen conmigo algo más tarde. Y aunque tengo que rodar casi todo el tiempo, a menudo durante noches enteras, al menos puedo ver a mi *babyboy* mientras duerme o durante el desayuno, antes de que me pasen a buscar.

Aquí Herzog vuelve a hacer de las suyas: ha alojado a toda la compañía en una casa pútrida, en la que acampan en el suelo de tres en tres o incluso más, como cerdos. La comida es una bazofia impresentable.

Cuando nos trasladamos de Holanda a Checoslovaquia, Minhoi y Nanhoi vuelven a París. Exijo que me lleven a Checoslovaquia en una caravana escogida por mí mismo, en la que puedo dormir, cocinar y lavarme la ropa. No quiero que me instalen en uno de esos hoteles asquerosos en los que, después de pasarte el día rodando, te encuentras otra vez a toda la cuadrilla.

Por fin se termina también *Nosferatti*. Y a continuación, en el mismo poblacho de mala muerte, *Woyzeck*. Nunca lo he pasado peor en un rodaje. Ya he dicho antes que la historia de Woyzeck es un suicidio. Autodesgarramiento. Cada día de rodaje, cada escena, cada secuencia, cada fotograma es un suicidio.

Por la noche, en la caravana, que me han instalado en un parque abandonado, me doy cabezazos contra las paredes. Llego a creer de verdad que me estoy volviendo loco. Pero no se lo pondré tan fácil a la locura. Lucharé. Lloro, grito, ardo, echo a correr por el parque oscuro como boca de lobo, me emborracho con cerveza calentucha, ya que nunca hay hielo, busco chicas y la mayoría de las veces me deshago de ellas antes de habérmelas follado.

Sumido en un pánico mortal, acelero el rodaje todo lo que puedo, deseoso de quitármelo de encima antes de que la locura me doblegue. No tengo que «ensayar» ni escuchar las diarreas mentales de Herzog. Le digo a Herzog —o, más bien, le advierto— que cierre el pico y me deje hacer. Por lo visto, esta vez lo ha captado; sea como sea, el caso es que se está calladito. Hoy, tras dieciséis días de rodaje, sólo nos queda por rodar una escena. La escena en que

Woyzeck apuñala a su mujer y luego, con la mujer muerta en los brazos, se deja arrebatar por la locura. Son las tres de la madrugada. Dejo bien claro que sólo pienso rodar esa escena una vez. ¡Me niego a repetir la muerte y locura!

Acabada la toma, echo a andar por el tenebroso parque. En eso, oigo unos fuertes sollozos. Es Eva Mattheus, que en la película interpreta el papel de mi esposa y a la que acabo de asesinar en la última escena. Le tiembla todo el cuerpo y se echa a llorar a gritos, convulsivamente. La cojo en brazos y la llevo a su hotel. Después de lavarme la sangre, me dirijo al coche que va a llevarme, atravesando la frontera, hasta Viena, donde pienso coger un avión hasta París. Pero todos han desaparecido. La compañía entera. Todos. Como si hubieran huido de la locura que ha desencadenado el argumento de la película.

En Viena, en el hotel, no puedo quitarme los zapatos y los calcetines sin antes revolearme por el suelo.

En la introducción de la película, aparece Woyzeck haciendo instrucción en el patio del cuartel. Lo atormentan con ejercicios fusil en mano, abdominales, flexiones, etcétera, hasta que se desmorona. Y cada vez que se desmorona, un sargento le patea el pescuezo con la bota. Lo quise así, fue idea mía, y di instrucciones de que me patearan el pescuezo hasta que realmente no pudiera más. Así lo hicieron. La última vez que intenté levantarme con las últimas fuerzas que me quedaban, me desmoroné de verdad y durante unos días no pude caminar sin ayuda.

Tardaré mucho tiempo en recuperarme de eso. Pero lo peor es el daño que ha sufrido mi alma.

En París, en la calle, me mira un perro, y me echo a llorar. ¿Qué le he hecho a ese perro? O, mejor dicho, ¿qué me ha hecho él a mí para que me eche a llorar? También lloro cuando veo personas, objetos. Me hace daño la imagen de todo lo que pasa ante mis ojos. De todo lo que oigo, de todo lo que pienso y siento.

¡Quiero estar con mi *babyboy*! Pero al llegar a casa encuentro una carta en la que Minhoi me dice que se ha ido a México con Nanhoi. Esta vez ni siquiera me dice por cuánto tiempo.

Nastassia está rodando *Tess* con Polanski en el norte de Francia. Me reúno con ella y pasamos juntos casi una semana. Polanski me enseña las primeras pruebas. Nastassia está imponente. Pero, aunque siempre añoro a Nastassia, no puedo estar contento mientras no sepa dónde se encuentran Minhoi y Nanhoi, ni cómo están. Mi preocupación y mi añoranza por ellos son como una espina que me atraviesa el corazón. Día y noche, a cada instante. Así que por la noche tampoco consigo dormirme ni descansar, ni siquiera estando con Nastassia. Vuelvo a París, donde espero que me llame Minhoi desde México.

No sabría decir cuántas semanas hace que Minhoi se marchó a México con Nanhoi —ya no sé manejarme con la cronología de los seres humanos—; para mí, cada instante sin Nanhoi es una eternidad insoportable.

Y cuando, en plena noche, suena el teléfono y oigo a Minhoi decirme que me reúna con ellos en México, no pienso en otra cosa que en correr a su lado, mañana mismo, con el primer avión que salga para Ciudad de México.

Cuando, ya en Ciudad de México, el taxi me lleva al hotel en el que me esperan Minhoi y Nanhoi, el corazón me late con tanta intensidad que me duele el pecho. Esta vez, de alegría. De repente, mientras subo a grandes zancadas por la escalera del hotel, temo hacer algún ruido, y me detengo… Me invade el miedo de que Minhoi se marche con Nanhoi si me oye llegar, y continúo avanzando de puntillas hasta la habitación que me ha indicado el portero.

Cuando, a través de la puerta cenada, oigo cómo Nanhoi da grititos y chapotea en el cuarto de baño, el corazón se me llena de gozo. Me atrae a la bañera vestido para abrazarme, y también Minhoi me abraza y me besa. Y todo el dolor se dulcifica, como bajo los efectos de la anestesia.

Paso con Minhoi y Nanhoi una noche llena de paz y felicidad.

Hoy mismo, a la mañana siguiente, nos vamos a Miami, en Florida, y desde allí tomamos un avión para las Bahamas, donde quiero comprar una isla.

Desde Nassau nos trasladamos en un hidroavión de un solo motor hasta el archipiélago de las Exumas y echamos un vistazo a la isla. Tiene una playa blanca como la nieve, que con la marea baja se

adentra hasta bien lejos en el mar, una pequeña selva tropical y un acantilado donde anidan águilas marinas. Hay además un fabuloso jardín submarino. Desde el bote se puede ver a simple vista a una distancia de cien metros bajo el agua, en la que nadan extraños peces de colores estridentes, y en cuyo fondo crecen mágicas figuras de coral resplandeciente.

Compro la isla, y ese mismo día volvemos a Nassau, donde hemos alquilado una casa.

Pero nos hemos engañado. O, mejor dicho, los dos, Minhoi y yo, necesitábamos tanto la mano acariciadora de la paz, que por un instante hemos sido realmente capaces de vivir juntos. Pero de improviso, como si despertáramos sobresaltados de un profundo sueño, volvemos a darnos cuenta de que ya nunca más será posible. La tensión se hace tan insoportable que ni siquiera podemos ir juntos a un restaurante ni sentarnos a la misma mesa. Nos marchamos de allí.

De nuevo en París, dejo la cámara de tortura de la Avenue Foch y me instalo en L'Hôtel, la antigua casa de Oscar Wilde, ahora un hotel, hasta que encuentre un apartamento. Al otro lado de la calle está el Route Mandarine, el primer restaurante vietnamita al que me llevó Minhoi. L'Hôtel fue también mi primer hotel con Minhoi en París. Ahora es una pesadilla. Pero no sé a qué otro lugar ir.

Hambriendo de coños, me llevo a la cama, como un fauno, a todas las que pillo, y jodo y jodo y jodo. Dependientas. Camareras. Criadas. Mujeres casadas. Madres. Negras de Haití, Mozambique, Jamaica. Francesas. Turistas norteamericanas. Estudiantes de Rusia, China, Japón, Suecia, Chile, la India, Cuba. Una beduina. Colegialas de África. Las negras desnudas del Paradis Latin. Los deliciosos culos del Crazy Horse. Las siete modelos negras de Saint Laurent, que me devoran las siete con las carnosas esponjas de sus labios pictóricos y húmedos. La mujer del dueño de una gasolinera. La chica de la recepción. La lavaplatos del Route Mandarine. La mujer casada y madre con una gran cicatriz en la cara. Y todas las chicas que, en los cafés, me sonríen al pasar, o con las que me topo de camino al lavabo.

Las camareras del hotel no pueden venir por la noche a mi habitación. Además, algunas están casadas, y por la noche tienen que follar con sus maridos. Me las follo cuando vienen a hacerme la habitación, o las llamo con cualquier pretexto cuando hacen las camas en la habitación de al lado, o mientras pasan la aspiradora por las escaleras. Me las follo en la cama en el suelo, encima del retrete o del bidet, boca arriba de rodillas, boca abajo, de pie, a lo perro, en cuclillas… No podemos entretenernos demasiado, porque las echarían en falta. Si no hay más remedio, dejan la aspiradora en marcha. Algunas vuelven un rato más tarde para el siguiente polvo.

La regata individual francesa de veleros a través del Atlántico sale de Saint-Malo, en Normandía.

Minhoi, Nanhoi y yo vamos a ver la salida de los veleros. Mi amigo Olivier de Kersauson es uno de los participantes. Su patrocinador ha hecho construir para él un trimarán de aluminio. Los cascos terminan en una punta afilada como una flecha. Dicen que el metal está hecho de la misma aleación que el que se utiliza para los cohetes espaciales. A Nanhoi eso no le interesa: se pone en cuclillas y caga en el mar, por encima de la borda. Olivier y yo acordamos que, si gana la regata, volveré con él desde los Estados Unidos a Europa a través del Atlántico. Si no gana, llevarán el barco hasta Europa en la bodega de un carguero, porque el seguro resultaría demasiado caro, y el patrocinador sólo lo pagará si Olivier gana. El *Vendredi 13*, un velero de tres palos, también toma la salida.

Acompañamos a los veleros largo tiempo, hasta bien entrado el océano.

Hoy, dos días después de iniciarse la regata, el patrón del *Vendredi 13* me llama a París y me pregunta si quiero cruzar el Atlántico con él. Ha abandonado la regata porque se le ha roto el timón automático. Pero aún así tiene que llevar el velero a Guadalupe, donde se gana la vida con viajes chárter. Meto un impermeable y algo de ropa de abrigo en un saco de marinero, estrecho a mi *babyboy* un buen rato con fuerza contra mi pecho y tomo el primer avión para Brest, donde está fondeado el *Vendredi 13*. Estamos en noviembre y hace un frió de miedo.

Hasta las Azores tenemos casi todo el tiempo mar muy gruesa y viento tempestuoso. Cruzamos el archipiélago de las Azores y varamos en Funchal, en la isla donde desde hace cientos de años hacen escala todos los veleros en ruta a través del Atlántico. A lo largo del muro del malecón, todos los navegantes han pintado en la piedra el nombre de su barco. Desde los grandes clípers hasta el *Gypsy Moth* de Chichester.

Cuando llamo a París, me dicen que tengo que volver enseguida para doblar *Nosferatu* al francés. ¡Del corazón del Atlántico a un estudio de doblaje en París! ¡Menuda broma! Y ni en sueños se me habría ocurrido subirme al avión de no ser porque me impulsan irresistiblemente las ganas que tengo de ver a Nanhoi. Durante los días y las noches en el mar, mientras las olas se alzaban como montañas tras el barco y mis recuerdos se disolvían en la nada,

hasta que olvidé mi pasado y todas mis penas, lo único que sentí cerca de mí fue a mi hijo; tan cerca que creía poder tocarlo. Se me aparecía bajo la forma de las olas, y adquiría unos contornos tan claros e intensos que empecé a hablar con el mar, que estaba cada vez más agitado y violento. Y al tiempo que crecía el mar, las ganas de ver a mi *babyboy* se han hecho tan enormes que me parece imposible soportar las dos semanas que faltan para llegar a Guadalupe. Mañana temprano tomaré el pequeño avión para San Miguel. Desde allí sale a medianoche un reactor con destino a Lisboa. Y a la mañana siguiente, otro hacia París.

Encuentro a mi *babyboy* sumido en un dulce sueño. Me asomo por la borda de su cuna y me inclino hondamente sobre Nanhoi hasta reposar el peso de mi cabeza y mi tórax encima de él, y me habría quedado dormido en esa posición —con el rugir del Atlántico aún en los oídos— si Nanhoi no se hubiera reído de repente en sueños… Temo despertarle y salgo de puntillas, para entrar en el dormitorio de Minhoi. Me meto en la cama junto a su cuerpo hambriento y ardiente como la fiebre, que me abraza en sueños.

Aún no me he repuesto del *Woyzeck*. A veces me meto el puño en la boca para no soltar un aullido. O me aprieto con los puños las orejas o los ojos, o me golpeo la cabeza para ahuyentar las malignas criaturas de mis visiones, que me acechan por doquier y se aferran a mí. Me pregunto cuánto tiempo podré aguantar todo esto.

He encontrado un apartamento en el Quai Bourbon, en la rue de Saint-Louis, casi en la parte posterior del bloque en el que viven Minhoi y Nanhoi. Ahora me basta con doblar dos esquinas y ya estoy con mi *babyboy*.

A veces Minhoi me trae a nuestro hijito y se queda en mi casa. Pero eso no sucede a menudo, y cuando se queda no es por mucho tiempo, ya que siempre estalla enseguida una pelea por cualquier chorrada.

No quiero tener nada mío. Incluso doy cada tantos meses un repaso a la poca ropa que tengo, y tiro a la basura todo aquello de lo que puedo prescindir. Tampoco tengo libros, excepto unos cuantos de Jack London y algunos sobre los viajes individuales en velero alrededor del mundo. Quemo los guiones, las cartas y las fotografías, y lo mismo hago con todos los libros después de

haberlos leído. Lo único sagrado para mí son las fotos y dibujos de Nanhoi; los llevo conmigo en todos mis viajes de punta a punta del planeta.

En una de esas batidas en busca de objetos inútiles, encuentro mi manuscrito de Paganini, *El violinista del diablo*. Quiero quemarlo porque me trae demasiados recuerdos, pero algo me impide echarlo al fuego. Y, como si yo hubiera percibido las vibraciones que preceden a un acontecimiento, me llega un telegrama de Alfredo Bini, un productor italiano famoso por su talento artístico y que conoce el guión desde hace años, donde me dice que está dispuesto a producir la película. Viene a París y firmamos un contrato por el guión, la dirección y la interpretación del papel de Paganini. Pero no acaba de estar claro que Bini haya reunido todo el dinero necesario. Además, tengo que cumplir antes otros compromisos en Estados Unidos, Japón, Inglaterra y Francia.

Ahora Nastassia viene a vernos siempre que puede, aunque sólo sea por unos minutos. Quiere a Nanhoi con locura, y lo abraza y lo besa y se revuelca con él por el suelo, riendo y gritando de alegría.

Hoy, en el coche, de camino hacia el banco Rothschild, donde también ella ha abierto una cuenta, Nastassia se echa a llorar, y no consigo calmarla. Se aferra a mí en busca de protección, como si temiera que un torrente la arrebatara y se la llevara para siempre de mi lado en cuanto me soltase. Un llanto espasmódico le sacude el cuerpo entero con tal violencia que se queda sin respiración y las palabras brotan de su garganta estrangulada como gritos ahogados.

—… No… me… q… quieres…

Me siento como herido por el rayo, y no tengo ni idea de qué decir. Eso me hace aún más sospechoso a sus ojos, y ella intenta abrir la puerta del coche para salir de un salto. La retengo por la fuerza, la estrecho fuertemente entre mis brazos y la beso largo rato.

En ese momento se me cae la venda de los ojos. Hemos vivido separados desde que ella tenía siete años, o, por decirlo de otro modo, en todos esos años sólo hemos estado juntos esporádicamente, y siempre por breve tiempo. Pero su amor y su añoranza han ido haciéndose cada vez mayores. Lo cierto es que yo

nunca estaba con ella cuando me necesitaba. Ahora ve con qué delirio amo a Nanhoi, y piensa que no puedo quererla como a mi hijo. Es más, piensa que no la he querido nunca de esa manera. Intento hacerle entender que, en su dolor, lo ve todo deformado y falso. Y que, desde nuestra separación, me he consumido de añoranza por ella, y nunca he dejado de quererla. Pero, aunque poco a poco recobra la serenidad, tengo la sensación de que no me cree.

Le hablo de Paganini, y le digo que quiero que trabaje a toda costa en mi película. Interpretará el papel de la joven a la que Paganini desea con salvaje pasión. Y que a su vez se consume de deseo por Paganini. Nastassia está feliz.

El Gobierno alemán me hace saber por carta que me ha concedido la mayor distinción que se otorga a los actores, el «Celuloide de Oro». Es el colmo! ¿Quién les ha dado permiso a esos perdonavidas para concederme nada? ¡¿Nunca se les ha ocurrido pensar que puede haber alguien que no quiera para nada sus porquerías?! ¡Qué presunción más grosera: concederme un premio a mí, *precisamente a mi*! ¿Qué se supone que representa ese premio? ¿Una recompensa? ¿Por qué? ¿Por las penas, el dolor, la desesperación, las lágrimas? ¿Un premio por cada infierno, cada agonía, cada resurrección? ¿Premios por la muerte y la vida? ¿Premios por la pasión, el odio y el amor? ¿Y cómo tenéis pensado entregarme el premio? ¿Como un regalo? ¿Una merced, como las insípidas hostias que el Papa reparte como si de *fast-food* se tratase? ¡Si es así, os recibiré a patadas! ¿O venís con la cabeza gacha y gimoteando? ¡Pues también os recibiré a patadas!

Pero bueno, ¡¿qué queréis?! ¡¡Debéis de estar borrachos o locos!! Además no adjuntan ningún cheque. O sea que ni siquiera me dan dinero. ¡Es indignante!

Poco después me envían esa basura a París. Nanhoi no quiere esa asquerosa baratija ni siquiera para jugar, y la echa a un lado con el pie. Así que tiro el «Celuloide de oro» al cubo de la basura.

Se estrena *Nosferatu* en la Cinémathéque de París. Cuando Nosferatu aparece por primera vez en la pantalla —rapado, blanco como el yeso, con colmillos, una serpiente y uñas largas como patas de araña—, Nanhoi exclama en el oscuro silencio con una vocecita temblorosa de alegre emoción:

—¡Papá!

Luego empieza la feria cinematográfica del festival de Cannes. Hasta ahora no sabía de qué iba. Ahora todo el mundo me come el coco con que tengo que ir a Cannes por el *Voyzeck* (¡porque me volví loco de verdad después de apuñalar a mi mujer y mientras la sostenía, muerta, en mis brazos!). Incluso tengo que ir a Dior para que me hagan un esmoquin para el estreno de gala y las cenas. ¡Me asquea! Pero todo me da lo mismo, con tal de que Minhoi y Nanhoi regresen a tiempo para acompañarme a Cannes.

Minhoi se ha largado a la India con Nanhoi. Hoy Uega la primera postal. Cogeré un avión, a ser posible hoy mismo, y me pondré a buscarlos por la India. Pero no puedo descifrar en el matasellos el nombre del villorrio desde donde han mandado la postal. Me compro una lupa, pero las letras están borrosas e incompletas, de modo que sólo puedo imaginarme aproximadamente el nombre del lugar. Me compro un gran mapa de la India y me pongo a buscar con la lupa por todo el país un pueblo que tenga un nombre parecido. Pero hay demasiados nombres que se le parecen. ¿Cómo voy a encontrar a Minhoi y a Nanhoi en un país tan enorme como la India, entre mil millones de personas? Me siento impotente y ridículo. ¿Por qué hace Minhoi estas cosas? ¡Sabe a ciencia cierta que no puedo vivir sin mi hijo! Entonces, ¿por qué me lo pone cada vez más difícil? ¡¿Por qué?!

Y mientras día tras día me hago las mismas preguntas inútiles e intento descifrar en el matasellos de la postal el nombre del lugar y recorro la India entera con la lupa en busca de un nombre parecido, va acercándose el día en que he de tomar el avión para Cannes. Estoy firmemente decidido a no ir a Cannes si Minhoi y Nanhoi no vuelven a tiempo y me acompañan.

Cuando vuelve con Nanhoi de la India, el día antes de que empiece el festival, Minhoi deja las maletas sin deshacer. Volamos a

Cannes con una niñera. Minhoi se repone en la playa del fatigoso viaje a través de la India y Nanhoi chapotea en la piscina del hotel Majestic, de la que no quiere salir en todo el día. Yo trabajo como un negro y no hago más que parlotear y parlotear para la televisión, la radio, los periódicos… y siempre el mismo «cómo», «por qué», «cuál es el próximo proyecto» y toda la demás basura estéril y banal. Me niego a creer que al público le interese nada de eso. Al contrario, ¡el público detesta ser cebado por esa especie de robots programados a los que se llama periodistas!

¡Y luego, la histeria que se crea en torno a esos piojosos premios! Todo por esa banda de doce ridículos jurados que se imaginan poder dictar una sentencia como si fueran verdaderos jueces (¡qué más quisieran!). Desde luego, lo que más les gustaría sería poder decidir sobre la muerte o la vida de un ser humano. Todo el mundo murmura que me concederán (¡otra vez!) un premio (es como en las ferias de ganado, donde se premia a los toros por sus vergas y a las vacas por sus ubres). Después de una entrevista para la televisión, salgo para ir a mear, pero vuelvo corriendo a la sala de emisión y grito por el micrófono que espero que no se atrevan a escarnecerme con un premio de ésos.

Menahem Golan, de Israel, a quien ya conocemos por la película *Operación relámpago*, se sienta a mi lado a la mesa y me pregunta si quiero participar en su primera película en Hollywood. Le pregunto si lleva encima el talonario de cheques. Me enseña el talonario, que lleva sujeto bajo la camisa, pues hace calor y no lleva chaqueta. Más que enseñármelo, lo hace asomar a la altura de su gorda barriga. Me acuerdo de aquel marroquí que quiso darme por el culo en un parque público en pleno día, y que señalaba alternativamente el paquete de cigarrillos que llevaba en la mano, la bragueta de sus pantalones y unos arbustos. En lugar del paquete de cigarrillos, Menahem arranca un trozo de página de un periódico y, garrapatea en el margen con un bolígrafo la suma de dinero, la fecha y el título de la película, al tiempo que vuelve a hacer asomar a medias el talonario por debajo de la camisa sudada, a la altura de su gorda barriga, y señala alternativamente el trozo de papel de periódico y el talonario a medio asomar.

—¿No puedes esperar hasta mañana? —le pregunto—. Así podremos pasar a máquina las cláusulas más importantes del

contrato.

—Mañana te darán el premio de Cannes —dice— y costarás el doble.

—Mañana costaré igualmente el doble, aunque no me den esa mierda de premio —le digo—. ¡No has entendido nada de nada!

Esos tratantes en ganado son todos iguales. ¡Como si uno fuera otra persona sólo porque le han concedido un premio!

Aplazo el trapicheo hasta mañana temprano para que no pueda dármela con queso. Sin embargo, me atrae la idea de que me den un cheque por la mitad de mi sueldo, o como mínimo por una tercera parte, en este mismo momento, mientras estamos sentados a la mesa, sin haber hecho nada a cambio. Un montón de dinero en mano sólo por firmar un trozo de papel de periódico por una película que no se empezará a rodar hasta dentro de seis meses, o quizá nunca.

El pilluelo callejero que llevo dentro me dice: «¡Coge el dinero, sea quien sea el que te lo da! ¡No pienses en lo que tendrás que hacer a cambio!».

Volvemos en coche a París pasando por Arles, en cuyas cercanías tengo que comprar una finca con una casa del siglo XVI para Minhoi y Nanhoi. Minhoi insiste en ello, y no quiero contrariarla en lo más mínimo, aunque de momento no sé de dónde sacaré el dinero. Pero antes pasamos una semana con los gitanos de Les Saintes Maries de la Mer, en la costa del sur de Francia, donde cada año, en la última semana de mayo, tiene lugar el gran encuentro al que acuden gitanos de todos los países de Europa. No hay modo de sacar a Manitas de Plata antes de mediodía de la cama de su miserable hotel Mientras yo aporreo la puerta de su habitación, él se está follando a una puta. Me deja entrar, echa a la puta, se viste y nos conduce a la caravana junto a la que todos, sentados a largas mesas al aire libre, comen y beben, charlan y cantan, gritan y se ríen y están de fiesta. Todos, Nanhoi y todos los gitanillos. Todos, hasta los recién nacidos que maman de las tetas gordas y siempre llenas de sus jóvenes madres, que los acarrean sin descanso. Hasta la noche, hasta que palidecen las refulgentes estrellas que cruzan como pequeños soles el cielo electrizado por las vibraciones de las

guitarras.

La femme enfant. Una película dirigida por una mujer. La historia de un jardinero sordomudo enamorado de una niña de doce años. Cuando los padres de la niña la envían lejos para separarlos, el jardinero se raja la garganta con una hoja de afeitar.

En lo primero que pienso es en follarme a ese «director». ¡Por fin algo diferente!

Por desgracia es una estrecha, a pesar de que huele fuertemente a pescado. No entiendo cómo puede pasar sin pollas. Todas nuestras «charlas de trabajo» tienen lugar en la cama de mi habitación de hotel, pero siempre se queda completamente vestida, ni siquiera se quita las botas, y siempre tarda una eternidad en dejarse tocar el culo o meter mano entre los muslos. Además, no sólo es tonta y absolutamente carente de talento, sino encima una testaruda incorregible. Sea como sea, antes que nada tengo que ir a Hollywood a rodar esa sandez de película de Golan. Ya me he gastado todo el dinero que me dio a cuenta, y, me guste o no, tengo que tragarme esa píldora repugnante. Luego me sale otra película norteamericana de pacotilla, con Ornella Mutti en el papel de mi mujer y James Toback como director. Pero al menos Jimmy se encarga de traerme mujeres.

Una vez prometí a la Twentieth-Century Fox realizar una gira de promoción de *Nosferatu* por Estados Unidos y Canadá y asistir al festival de cine de Nueva York. Ya me he dejado la piel por *Nosferatu* en siete países europeos, pero tengo que cumplir mi promesa. Minhoi, Nanhoi y yo pasamos cuatro semanas volando a lo largo y a lo ancho de Estados Unidos y Canadá.

¡Cuatrocientas ochenta entrevistas para los periódicos, no sé cuántos programas televisivos y más de seis mil emisiones de radio!

Cada día, de las siete de la mañana hasta medianoche, no paro de contar tonterías. Lo único que me importa es que estoy cerca de Nanhoi. Y, aunque esta vez también casi sólo lo veo dormido o por la mañana a la hora del desayuno, al menos puedo verlo, tocarlo, besarlo y estrecharlo entre mis brazos. Aunque muchas veces sólo

sea un momento y se me lleven enseguida a rastras a la siguiente entrevista, al menos disfruto de vez en cuando, entre dos entrevistas, de una mirada mágica de sus ojos indescriptibles, de su encantadora vocecita, de su risa de ruiseñor.

Ese mareo de entrevistas no sólo es una paliza, sino que ni siquiera me permite probar bocado. Incluso cuando almuerzo con hasta treinta periodistas, tengo que responder continuamente a sus estériles y vanas preguntas mientras ellos sorben la sopa y no dejan pasar la ocasión de llenar la barriga como es debido. Pero casi todos los periodistas norteamericanos con los que me topo son personas decentes e imparciales. Por lo menos escuchan, cosa extraordinaria entre esa gente a la que llaman periodistas. Les entusiasma mi franqueza, y escriben lo que les digo.

Por lo que respecta a Hollywood, no comprendo por qué en ese lugar hay tantas existencias trágicas. Para mí, Hollywood no tiene interés alguno; me destroza los nervios y es de lo más aburrido. De no ser un lugar tan estéril, lleno de una estupidez y engreimiento sin límites, incluso podría resultar cómico.

El hotel en que me alojo, el Beverly Wilshire, es uno de los más caros del mundo, y me recuerda los hoteles de Praga, donde hay espías en el vestíbulo y en todos los pisos. Siempre hay fisgones de ésos por todas partes.

Por la noche, cuando no puedo dormir —ya no puedo dormir en ningún sitio si no estoy con Nanhoi—, pongo la televisión con la esperanza de ver una película de gángsteres o una del Oeste, o por lo menos dibujos animados. Pero, aunque sean las tres de la madrugada, siempre aparecen esa especie de comecocos que se autodenominan predicadores. Al principio pienso que tiene que ser una broma, porque esos tipos parecen salidos directamente de un tebeo. Pero luego no tardo en darme cuenta de que se trata sólo de pésimos actores, a los que no contrataría ni siquiera Golan o Jimmy Toback. Probablemente por eso se han hecho predicadores. Uno de ellos suda exageradamente, grita y pega saltitos y siempre acaba por tirar la Biblia a un rincón. Hay otro que es simplemente antipático y desvergonzado, y exige a los espectadores que hagan el favor de mandarle más cheques, y sobre todo más sustanciosos, y además de inmediato. Dice que es un guerrillero de Dios y que pasa las veinticuatro horas alerta, y después de cada intervalo lleva un

peinado distinto. Otro, lleno de desinterés y con pocas ganas de hacer comedia, se limita a contar, con aires de macarra, los cheques que una puta vieja rubia teñida, maquillada con el más pésimo gusto y vestida con un tutú, le sirve en bandeja mientras chilla «aleluya» como un cerdito.

Uno lleva una sotana que debe de haber alquilado en una tienda de disfraces. Al verlo me viene a la memoria Billy Graham, que cuando yo estaba de gira aparecía automáticamente en todas las ciudades en las que yo había actuado. Sus carteles estaban siempre pegados al lado de los míos.

Nunca supe quién era, pero no podía soportar a ese parásito, porque siempre procuraba que le engancharan los carteles descaradamente cerca de los míos.

Lo peor de todo es la diferencia de horario con respecto a Europa, por culpa de la cual me resulta dificilísimo hablar por teléfono con mi *babyboy*, al que intento llamar día y noche, siempre que puedo. Por supuesto, no lo hago cuando en Europa es de noche y él está durmiendo. Normalmente llamo a partir de medianoche, hora de Los Ángeles, cuando amanece en París. Por ese único motivo paso las noches despierto. Y es que a las seis o seis y media de la mañana, hora de Los Ángeles, viene el coche de la productora a recogerme para ir a rodar.

En Hollywood firmo un contrato con un agente. Me había telefoneado a París varias veces por ese contrato, y yo siempre le había dado largas.

Lo primero que hago es llevarme a la cama a la hawaiana de la centralita de la agencia de viajes. Tiene un culo ancho y danzarín, como las chicas del
hula-hula,
y un coño oscuro y de gruesos labios.

La fotógrafa de Sygma es china y tiene un culito de niña tan pequeño que me deslizo directamente desde su columna vertebral hasta su coñito eternamente empapado y desnudo.

Susan es uno de los gerentes del Beverly Wilshire Hotel. Esa

diablesa morena, franco-libanesa, cuyos enormes ojos negros abren las braguetas con sólo mirarlas, insiste siempre en enseñarme personalmente otra habitación cada vez que me quejo de algo, aunque sabe que no quiero otra habitación. Entonces le bajo las bragas y la echo boca abajo sobre la cama, aunque la llamen por el buscapersonas. Cuantas más veces me la follo, más ganas tiene de joder conmigo. En el Beverly Wilshire Hotel hay tantos motivos de queja, a cualquier hora del día y de la noche, que al cabo de un tiempo Susan y yo no haríamos otra cosa que follar, si no fuera porque Marlayna, mi chófer, me pasa a buscar a primera hora de la mañana y se dedica a hurgarme la bragueta durante el viaje hasta el lugar del rodaje. Marlayna no es tan alta como la giganta paquistaní, pero sí lo bastante alta y fuerte para que los demás chóferes de la productora parezcan enanos a su lado y le muestren un gran respeto.

En comparación con la giganta paquistaní, que, en proporción con el resto del cuerpo, tenía una enorme vulva carnosa, Marlayna tiene un coñito de cochinillo más bien diminuto y rechoncho, que succiona mi capullo como una boca glotona.

A veces paso la noche en casa de Susan. Entonces podemos por fin follar como es debido y todo el tiempo que haga falta, y no me limito a metérsela por detrás como en el Beverly Wilshire Hotel, sino también por delante, boca arriba o de lado, o con ella cabalgándome. Le lamo la raja y ella me chupa los cojones, el ano y la polla. En pocas palabras: folla desvergonzadamente, como una buena puta.

A Marlayna sólo me la follo una vez, porque por la noche, tras el rodaje, siempre he quedado ya con alguna otra chica. Marlayna es una cachonda, pero en su trabajo de chófer hace muchas horas extras, y raramente tiene tiempo para meterse un buen pedazo de polla en el cuerpo.

Donna Wilkes es mi hija en la película de Golan. Cuando me la follo en mi habitación de hotel, creo estar follándome de verdad a mi hija. Aparecen ante mis ojos escenas de la película, como por ejemplo cuando veo a mi hija desnuda en la ducha y no puedo quitarle los ojos de encima, o cuando, vestida con las ropas de «mi

mujer», se muestra insinuante como una furcia, y esas escenas se funden con el momento presente, en que está tumbada en mi cama, vestida y con la falda arremangada, y patalea en el aire con gesto infantil, y le quito las bragas empapadas. Sus nalgas de cerdito, el vientre y los muslos temblorosos, su minicoño aparentemente sin usar, como dispuesto a dejarse desvirgar (aunque vive con un tipo mayor que sin duda se la ha follado un montón de veces), su ano curiosón, que se cierra y se abre continuamente; todos sus agujeros, que gritan: ¡Quiero ser tu mujercita!

La Twentieth-Century Fox me ha regalado la matrícula NANHOI, que tanta ilusión me hacía. Me compro un *jeep* para que me adjudiquen la matrícula. Luego embarco el *jeep* con destino a Le Havre, en el norte de Francia, para enseñarle la matrícula a mi *babyboy* en París.

Tras estrechar contra mi pecho a mi *babyboy* durante tanto rato y con tanta fuerza que le corto el aliento, me voy en tren con Veronika D. a Le Havre para recoger el *jeep* del barco.

Mientras habla por teléfono con su marido —que está en Marsella, y no sabe que su mujer no está en París, sino en Le Havre- Veronika está acuclillada sobre mí, dándome la espalda, y tiene mi polla dentro de su ceño.

Hoy, a primera hora de la mañana, conduzco el *jeep* con Veronika hasta París, se lo enseño a Nanhoi, le quito la matrícula, que desde ahora siempre me pertenecerá, y vendo el *jeep*.

Sólo he venido para abrazar a Nanhoi y enseñarle el *jeep* con la matrícula. Luego tengo que volver a Hollywood.

Durante semanas intento en vano hablar por teléfono con mi *babyboy*, y al fin me llega a Los Ángeles una carta en la que Minhoi me comunica que ha vuelto a la India y al Nepal con Nanhoi.

Justo en ese momento sufro un accidente durante un rodaje nocturno. La nuca se me hincha como un puño por detrás de la oreja izquierda, y me caigo cada vez que intento levantarme. Una ambulancia me lleva al hospital, donde me tienen tumbado hasta las nueve de la mañana sin hacerme el menor caso. Mi cerebro

trabaja como loco: ¡¿Qué pasará si estoy tan malherido que entro en coma y no recobro el conocimiento nunca más?! Se me llenan los ojos de lágrimas de rabia impotente. No temo a nada, excepto a que Nanhoi se quede sin papá. ¡No! ¡¡No puede suceder eso!! ¡¡Nunca, nunca!! ¡No puede ocurrir nada que deje a mi *babyboy* sin su papá! ¡¡¡Si por lo menos supiera *en qué lugar* de la India están!!!

Una radiografía pone de manifiesto que mi centro cerebral del sueño ha salido muy malparado. Me devuelven al hotel, pero tengo que quedarme algunos días en cama.

Siempre estoy cansado; incluso descolgar el teléfono y decir «hola» me agota de tal modo que el auricular se me cae de la mano. Susan se ocupa de mí de una manera maravillosa y conmovedora, y pronto recobro las fuerzas. Por lo menos en la polla, que se me pone dura en cuanto Susan entra en mi habitación.

Herzog aparece de repente en Los Ángeles y se dedica a ir de puerta en puerta pidiendo dinero para *Fitzcarraldo*. Pero aquí en Estados Unidos nadie le da tanto dinero como costará la película. Finalmente, Corman, un productor de basura, le embauca como un auténtico trapero y le da por los derechos norteamericanos creo que 300 000 dólares. Es de risa. Pero Herzog, que desde *Aguirre* se encuentra en una inacabable gira de recogida de premios —apenas existe un sólo país que no haya concedido algún premio a *Aguirre, Nosferatu* y *Woyzeck*—, encima se jacta de lo que le ha sacado a Corman y se atreve a fanfarronear. Mientras rodábamos *Nosferatu*, le traje de París unos pantalones blancos de Yves Saint Laurent, porque resultaba insoportable que siempre llevara los mismos pantalones pedorreados, sucios y de color caca. Siempre el mismo jersey sudado, sucio y de color caca, y siempre la misma camisa pegajosa, sucia y de color caca, que me recordaba los uniformes de una prisión o de un manicomio. Quién sabe qué habrá hecho con los pantalones de Saint Laurent; lo cierto es que vuelve a llevar esos andrajos de color caca, sudados y pedorreados, que sigue yendo igual de sucio y halitoso que siempre, y que sigue siendo igual de impertinente y glotón a costa de los demás: es el mismo hatajo de basura que ha sido siempre.

Golan me pregunta una y otra vez por *Paganini*. Pero no me fió de él. Estoy convencido de que cuando le hablo de mi guión no tiene ni idea de qué le estoy contando. Lo primero que me enseña cuando entro en su despacho de Sunset Boulevard es la nominación para el Oscar de *Operación relámpago*. Eso me recuerda de nuevo la bazofia que tuve que tragar durante aquel trabajo de negros en Israel. Me pregunto por qué esos maníacos de los premios no se cuelgan las nominaciones en el retrete. Allí podrían cascársela sin ser molestados siempre que les diera la gana.

Una de esas limusinas *playboy* (¿por qué se las llamará así?) —que sólo se lavan por fuera, en las que nunca abre nadie una ventana, y cuyos chóferes se dedicaban antes a llevar muertos al cementerio— me lleva a ver al presidente de los estudios Disney, que quiere hablar conmigo con motivo de un proyecto. El chófer de coche de muertos empieza, sin que yo se lo pida, a jugar a «guía turístico»:

—Ése es el cementerio en el que entierran a los actores de Hollywood —dice señalando a la derecha de la autovía.

Luego señala a la izquierda y dice:

—Y ahí enfrente están los estudios Disney.

—O sea que son vecinos, como quien dice —replico.

Por el espejo retrovisor le veo asentir con una sonrisa de sepulturero.

De vuelta a París para rodar *La femme enfant*.

Creo que no hay en toda Francia una región más ruin y suicida que la que esa arpía de directora ha escogido para el rodaje. Cerca de Bélgica. Brutal y traidora, y ahora, en noviembre-diciembre, además gris y yerma, llena de fango helado, niebla, hielo y nieve.

El hotel es una imitación de un palacete del siglo XVII, que sigue en construcción día y noche, y en el que además rodamos durante el día. Taladros, martillos, sierras, tractores, griterío, polvo insalubre y pestazo a barniz, día y noche. Los cuartos de baño de lujo supuestamente «turcos», con enormes bañeras redondas de plástico en las que podría uno ahogarse fácilmente, funcionan de la siguiente manera: cuando se tira la cadena del retrete, la mierda y los meados salen por el desagüe de la bañera. Cuando se abre el

grifo del agua fría, sale agua hirviendo que apesta a mierda, y etcétera. Como en las películas de Laurel y Hardy. Los fines de semana, los parisinos y sus putas utilizan como burdel este supuesto «palacete de lujo». Con todo, si cada día recorro los doscientos kilómetros de ida y vuelta, no es sólo para no ahogarme en esa cloaca, sino sobre todo para estar en París en caso de que Minhoi, de improviso, deje a Nanhoi venir a pasar la noche a mi piso del Quai Bourbon.

El rodaje supone una constante batalla contra la incapacidad y la agresiva testarudez de la arpía-directora y de un cámara chapucero que, en su incapacidad, forman un tándem indisoluble.

Esa Navidad es la más bella de todas mis Navidades, pues paso varios días acompañado única y exclusivamente por mi cariñito. Me tiro noches enteras adornando el árbol. Será un árbol de Navidad tan bonito como el que yo mismo soñé de pequeño. Compro montones de dulces, que tanto le gustan a mi pequeño goloso. Y montones de juguetes: un tren, pelotas de colores, una bicicleta, una tienda india, relojes de juguete, barquitos y barcas para la bañera, un velero, un caballo de madera, canicas, libros de cuentos, lápices de colores, un avión, un cochecito a pedales, un patinete y muchos cochecitos de juguete, desde bólidos hasta Rolls Royce. No salimos de casa para nada. Fuera hace muchísimo frío y no hay alegría. Nosotros, en cambio, estamos tumbados en el suelo enmoquetado y jugamos, jugamos, jugamos, jugamos, jugamos, hasta que, agotados de tanto jugar, nos dormimos en la tienda india. Y cuando nos despertamos, seguimos jugando. ¿Se puede ser más feliz?

El productor italiano Cario Ponti, que se ha largado a París para ahorrarse impuestos y ha adoptado la nacionalidad francesa, quiere rodar conmigo una película que trata de una operación, un hombre que se convierte en mujer, o una mujer que se convierte en hombre, no sé, no me he fijado mucho al leerlo. De todos modos, no quiero saber nada del asunto, porque ese Ponti es un tacaño integral. Pero, eso sí, es muy amable y hospitalario, y, en su piso de París, Nanhoi se bebe una jarra entera de zumo de naranja que Ponti acaba de

exprimir para él.

Manitas de Plata también está en París, esta vez para salir en un programa de televisión. Voy al estudio a darle un abrazo. Lo encuentro en la sala de espera. No hay ninguna luz encendida. Por poco me tropiezo con uno de los gitanos que actúan con Manitas de Plata, que están echados en el suelo, fumando, mientras él pellizca las cuerdas de su guitarra en un rincón. Esa escena me recuerda al parque zoológico «libre» que hay en las afueras de París. La misma entrada es como la puerta de un campo de concentración. Los animales, nacidos para la libertad, están tumbados mirando hacia otro lado, languideciendo, como si estuvieran demasiado débiles para levantarse y fueran demasiado orgullosos para dejarse escarnecer por las miradas de los humanos.

Minhoi vuela a California para visitar a unos amigos, y Nanhoi y yo nos vamos solos de vacaciones por primera vez.

Vamos en avión a nuestra isla de las Bahamas. Nos pasamos una semana entera chapoteando en el mar de color esmeralda y turquesa y, sobre él, el cielo turquesa y violeta pálido se tiñe primero de rosa, luego de lila y por fin de escarlata al atardecer y al amanecer; cavamos en la arena blanca como la nieve y construimos castillos, cocinamos en una hoguera al aire libre, en la que asamos cangrejos, camarones y sabrosísimos pescados, y dormimos en la arena, bajo millones de estrellas cercanas, cubriéndonos con la Vía Láctea, que parece pender justo sobre nuestras cabezas. Nanhoi me pregunta si la Tierra es redonda y si es verdad que gira. Tiene dos años y medio.

Steven Spielberg me ofrece rodar con él *En busca del arca perdida*, y alguien me trae el guión de Hollywood a París. Pero, aunque me encantaría hacer una película con Spielberg, el guión es una mierda tan estupidizante como muchos otros del mismo tipo que ya he rodado. Por esos mismos días, Claude Lelouch intenta convencerme de rodar *Los unos y los otros*. También estaría dispuesto a trabajar con él, pero no por el sueldo miserable que me ofrece esa rata. Además hay un tercero en discordia: la película

norteamericana *Veneno*. Las tres al mismo tiempo. Me decido por *Veneno* porque el sueldo es sustancioso, aunque odio Londres, donde se rodará la película.

Antes tengo que ir a Tokio. *Los frutos de la pasión* es una película japonesa que se filma en Japón y en China. Las niñas, las mujeres, los niños, los hombres, el director, el cámara y el resto de la compañía son japoneses. Aparte de mí, hay dos francesas. Tengo que follármelas a las dos delante de la cámara. A una me la llevo enseguida, aún en París, al Quai Bourbon, y me la follo en el suelo, justo detrás de la puerta del piso.

La otra francesa es una histérica, y sigue oponiendo resistencia aún después de habérmela follado y haber descargado dentro de ella. Está casada y, mientras follamos, suelta disparates como «violación», «adulterio» y «sinvergüenza»… pero su arrebatador culo se acerca a mí tan cachondo que estoy seguro de que está deseando cometer adulterio.

Minhoi y Nanhoi vienen a Japón.

Antes de que empiece el rodaje, vamos con nuestro hijito al circo y a un parque de atracciones japonés, donde subimos a la noria. Y el 30 de julio, día del cumpleaños de Nanhoi, monto desde las ventanas de nuestra *suite* del hotel unos fuegos artificiales con cohetes y lluvia de fuego.

Cuando empieza el rodaje en Tokio y China, Minhoi y Nanhoi inician un recorrido en tren por todo Japón. En la estación de Tokio, Nanhoi lleva mochila por primera vez; es una diminuta mochila japonesa, con un tren estampado. Les acompaño al compartimiento y espero, estrechamente abrazado a Nanhoi, hasta que el tren se pone en marcha y tengo que bajarme de un salto. Corro junto al tren, que va adquiriendo velocidad, mientras mi *babyboy* me dice adiós por la ventana del compartimento con gestos frenéticos, pega sus labios de cereza a la ventana y me envía besos con la manita, es decir, se besa a sí mismo en la mano y sopla el beso hacia mi boca a través de la ventana cerrada, hasta que el tren adquiere tal velocidad que ya no puedo correr a su lado y sale de la estación con mi Nanhoi y emprende a toda velocidad la travesía de Japón…

En la película japonesa se folla mucho. Se folla de verdad, en todas las posturas, incluso con la boca. Se trata de la historia de un hombre que entrega a su amante a un burdel de Shanghai porque eso le excita. La chica accede a ello por amor al hombre, pero sufre terriblemente. La mayor parte de la acción transcurre en un burdel, en Tokio, o, mejor dicho, a ochenta kilómetros de Tokio, en los estudios de cine mudo más antiguos y primitivos de Japón. Sin aire acondicionado y a más de 40 grados a la sombra, con unas sopas insulsas como único alimento y hasta veinticuatro horas de trabajo ininterrumpido. Los japoneses no se quejan nunca, por el simple motivo de que disfrutan trabajando. En el estudio acaba agotándose el oxígeno; se podría cortar el aire con un cuchillo, y hay que luchar por cada bocanada de aire. Además, todos sudamos de tal modo que el agua nos chorrea literalmente por la raja del culo y por las perneras de los pantalones. Apenas se pueden abrir los ojos, porque el sudor salado que nos cae en la cara desde el pelo empapado nos escuece las córneas como si fuera fuego.

Todo eso lo conozco ya de otras películas. Pero aquí la cosa es distinta: de acuerdo con el guión, tenemos que follar, ¡follar de verdad! Directamente delante de la cámara, con pelos y señales y en todas las posturas, también con la boca. Los órganos genitales deben verse claramente antes y durante el polvo, sobre todo la polla tiesa Pero aquí todo el mundo la tiene mustia. Por más que el productor y el director, Yushi Terayama, hayan firmado un contrato según el cual deben filmarse como mínimo seis actos sexuales (lo cual significa que yo solo tengo que follarme a cinco chicas delante de la cámara). Una de las chicas japonesas, a la que tengo que follarme y a la que me tiro también en el hotel ya terminado el rodaje, se encarga de las otras pollas fláccidas. La cosa es como sigue: se lleva a un rincón oscuro del estudio al pichafloja de tumo y le chupetea la polla hasta que por fin se va reanimando y se pone mínimamente tiesa. La chica tiene que saber muy bien cuándo llega el momento de dejar de chupetear, no sea que el tipo empiece a correrse antes de que la cámara empiece a filmar.

En cuanto una de esas pollas fláccidas empieza a empinarse, la chica corre a toda prisa hacia Terayama y le da la señal de que la polla está lista para rodar. Muchas veces, la polla de marras se pone dura en la boca cálida y lasciva de la chica, gracias a los lametones,

pero en cuanto la ordeñadora deja de hacer su trabajo, el insoportable, plomizo y húmedo calor tropical, que le pesa a uno en los cojones como un saco de arena, hace que la presión de la sangre descienda rápidamente en la polla de turno, y la verga desfallece antes de que la cámara empiece a filmar.

Por lo que respecta a mí, de vez en cuanto tengo que meterle mano dentro de las bragas a mi putita e inhalar el penetrante olor. O lamer el sudor salado de los largos pelos de sus sobacos.

Eso produce en mí el efecto de una inyección intravenosa, e inmediatamente se me vuelve a empinar el cipote.

Desde luego, con esa temperatura criminal, no puedo tenerla tiesa mucho rato, y las tomas tienen que salir bien a la primera.

La chica del coño delicioso, a la que, de acuerdo con el guión, entrego a un burdel, sufre un ataque de nervios durante una escena de la película, cuando en el citado burdel le meten la polla mecánica de una especie de máquina de follar: se echa en el frío y pegajoso suelo de tierra del estudio y se revuelca gritando y aullando en el fango. Nadie puede acercársele. Pero yo consigo tranquilizarla con palabras cariñosas, y me la llevo a mi camerino. Allí la hago reclinarse sobre la mesa de maquillaje, delante del espejo, y me la follo por detrás sin remilgos y a conciencia. Luego se siente mejor.

Cada día intento hablar por teléfono con Nanhoi, pero cada vez es más difícil conseguir una conferencia, porque Minhoi nunca se queda demasiado tiempo en ningún sitio, y sobre todo porque a menudo no salgo de los estudios hasta la noche, y a esa hora Nanhoi ya duerme. Cuando acabo un poco antes, vuelvo a Tokio con mi chófer a una velocidad de locura, y me pongo delante del teléfono, sin perderlo de vista, por si suena y es mi *babyboy*. También le llamo varias veces a Japón desde China, pero muchas veces no consigo hablar con él. Además, Nanhoi me manda postales, en las que, con sus angelicales garabatos infantiles, me escribe que me quiere.

Nastassia está en Tokio para asistir al estreno de *Tess*. La llamo

enseguida al hotel Imperial, pero me grita por el auricular, encolerizada, que no la llamé cuando estábamos los dos en Hollywood. No tenía ni idea de que hubiera estado en Hollywood al mismo tiempo que yo. La había estado buscando por el mundo entero, ya que nunca me dice dónde está.

Minhoi y Nanhoi vuelven de Japón directamente a California. Yo tengo que ir de Japón directamente a Londres para rodar *Veneno*. ¡Tres meses! Sólo el viaje diario de ida y vuelta al estudio —cada vez dos horas a través del tráfico criminal— me destroza ya los nervios. Martin Bergman, de Nueva York, el productor de la película, despide tras cuatro semanas de rodaje al director norteamericano Tobe Hooper, al bocazas del cámara inglés y a la *script*, una gorda que siempre lo cronometra todo mal. Tira a la basura el material ya rodado y empieza la película otra vez desde el principio. Por supuesto, es imposible contratar en tan poco tiempo a ningún director norteamericano que se precie. De modo que a mi amigo Martin (el mejor productor y al mismo tiempo la persona más buena que conozco) no le queda otro remedio que contratar a un director de telefilmes británico, un mierdoso que, naturalmente, está «libre».

Martin es el único que se da cuenta de lo mal que lo paso rodeado de esa caterva. Cuando no puedo aguantar más sin mi Nanhoi, me deja ir a San Francisco por un día.

Llego por la tarde a San Francisco, donde Minhoi y Nanhoi me esperan en el aeropuerto. Nanhoi me ha traído un pequeño ramo de flores. Para mí son las flores más encantadoramente bellas que me han regalado jamás. Nos vamos a Marín County, y nos instalamos en pleno bosque, en una casita diminuta, del tamaño de una casa de muñecas. Todo es como en los cuentos de hadas: bosques y colinas y valles y praderas y cañadas y peñascos alfombrados de flores y albatros y águilas y corzos y ciervos y alces y grandes gatos monteses y pumas venidos de lejos, y el mar, por el que nadan los tiburones y pasan las ballenas. Los corzos se paran justo delante de mí y me miran. Saben que no les voy a hacer nada malo. Los bosques aún están inmaculados y vírgenes como en la época de los indios. Aquí, la costa del océano Pacífico se ve libre de las garras

mortíferas de la plaga consumista. Ello gracias a un hombre inusual, el administrador de Marin County, Gary Giacomini, que se convierte en mi mejor amigo.

Alquilo una pequeña habitación. Nanhoi salta por los aires como si el colchón de mi cama fuera un trampolín. Cuando ya no puede brincar más, nos sumimos los dos, abrazados, en un dulce sueño.

Esta mañana, a primera hora, tengo que volver a Londres. Cuando la limusina me conduce fuera del bosque encantado, Nanhoi me despide con la mano desde la terraza de la casa de muñecas, hasta que las ramas de los árboles se cierran sobre él, impidiendo la visión, como por arte de magia.

El viaje hasta el aeropuerto de San Francisco me parece interminable. Es un tormento volver a verme separado de mi hijo; es tan doloroso como si me hubieran atado a dos árboles doblados que, al alzarse de nuevo, hicieran pedazos mi cuerpo.

Ahora me llama cada día a Londres un imbécil de Hollywood para ofrecerme una película en Australia y Nueva Zelanda. No quiero hacer ninguna película en Australia. Por lo menos de momento. Ni por todo el dinero del mundo. Estoy agotado y asqueado. Pero, sobre todo, no quiero hacer esa película porque después de Londres pasaré por primera vez dos meses enteros con mi Nanhoi. Nanhoi y yo, los dos solos, día y noche. Podremos hacer lo que nos divierta, comer lo que queramos, jugar a lo que nos apetezca y tanto rato como queramos, abrazarnos y besarnos hasta quedarnos sin aire, y reír, reír, reír…

Minhoi quiere pasar esos dos meses en Guatemala. Es una locura, Guatemala está en plena guerra civil. Pero no puedo sacárselo de la cabeza.

El rodaje en Londres ha durado cuatro meses.

De camino a San Francisco, me detengo en Los Ángeles a ver casas para cuando me toque rodar en Hollywood. La mayoría son como criptas abarrotadas de muebles espantosos con pinta de ataúdes. Todo podrido y requetepodrido. Almas y cerebros humanos podridos. Por todas partes rejas, vallas eléctricas, portales

eléctricos, circuitos cerrados de televisión, interfonos, letreros de prohibición, todo «patrullado por guardias armados». Televisión por cable, lavadoras, lavaplatos, trituradores de basuras conectados directamente al fregadero, chimeneas con leña de cemento y fuego de gas, jardinero, piscinero, barbacoa, podadoras de césped, y la casa que por fin alquilo tiene incluso un aparato para lavarse el agujero del culo. La casa está en Bel Air. Todo es blanco: las paredes, la moqueta de terciopelo, los muebles. Casi todas las paredes son de vidrio; desde la cama se ven las montañas lejanas. Por lo demás, sólo árboles, plantas, flores y el cielo.

Hoy mismo tomo un avión hacia San Francisco, y luego sigo en coche hasta Marin County, a casa de mi *babyboy*.

Otra vez es Navidad, y estoy solo con mi chavalín en la casa de muñecas en pleno bosque, que he alquilado para esta ocasión. He ido a buscar al bosque un pequeño abeto y lo he adornado. Cocino para mi *babyboy* en la diminuta cocina. Acabo de lavar nuestra ropa en la bañera, y la he colgado de un cordel encima de la estufa, en la que chisporrotea el fuego de leña. Las dos literas están una encima de la otra, como en un albergue juvenil. Dormimos en la cama de arriba, que está tan alta que tengo que encaramarme a fuerza de brazos después de izar a Nanhoi. Y es tan estrecha que no nos quedaría sitio si no nos apretáramos fuertemente el uno contra el otro. Yo me tumbo en la parte de fuera, para que mi *babyboy* no pueda caerse, mientras que él se acurruca dentro del nicho que forma el tejado inclinado que llega hasta el borde interior de la cama. Tal vez diga, cada vez que pase las Navidades con Nanhoi, «éstas son las mejores Navidades de mi vida», ¡pero, sea como sea, lo cierto es que hasta el momento éstas son las navidades más maravillosas que hubiera podido imaginarme!

Marlayna nos trae el Mercedes descapotable que he comprado en Beverly Hills, y mi *babyboy* y yo nos vamos a Los Ángeles a comprar juguetes y comida para nuestra casa de Bel Air.

Mi agente me trae como ama de llaves a una joven japonesa, Nauko. Cocina maravillosamente platos japoneses y chinos, lava, plancha, mantiene la casa limpia, lava el coche, hace la compra, atiende el teléfono, limpia la piscina, riega las flores y corta el

césped; y todo lo hace con rapidez, sin ruido y con una sonrisa. A cambio, además de pagarle, tengo que follármela. Por la mañana, al mediodía, por la tarde, por la noche, cada vez que la despierto con un beso de su profundo sueño. Aunque esté cocinando, haciendo la limpieza o de pie junto a la lavadora, o incluso lavando el coche, siempre que le bajo las bragas y me la follo, su coño desnudo y ardiente me agarra el hueso como un perrito que gruñe y enseña los dientes cuando intentan quitarle la merecida recompensa.

He sido tan feliz durante esos dos meses, me he sentido tan eufórico, tan exultante, tan alegre —por fin niño otra vez—, que no me he dado cuenta de que se acercaba el día en que tengo que llevar a Nanhoi a Guatemala junto a Minhoi.

Esta mañana temprano voy en una lancha rápida a la península donde Minhoi y Nanhoi han alquilado una casa. Nanhoi me saluda con la mano desde lo alto de unas rocas. Y yo saludo a mi vez a Nanhoi de pie en la proa de la lancha, y los dos nos saludamos y nos saludamos hasta que la lancha, conmigo a bordo, desaparece de su vista más allá de un pliegue de la costa, y yo tampoco puedo verlo ya. Pero mientras voy al aeropuerto de Guatemala para tomar un avión con destino a Los Ángeles, aún veo ante mis ojos sus queridas manitas saludando.

En el mismo taxi viaja la hija del millonario de la Pepsi-Cola. Tenemos que apoyamos el uno en el otro: hemos estado jodiendo hasta el último momento. Es muy guapa, pero lo más importante de todo son sus anchísimas caderas y su culo inmenso, y ni se me ha pasado por la cabeza la idea de tirármela en otra postura que no sea por detrás.

—Me llamo Morgan Fairchild —dice una chica que, sentada sola a una mesa del restaurante Le Dóme, ensarta con el tenedor unos espaguetis ya fríos, junto a los cuales hay una taza de café negro también frío ya. A través de la chica de la recepción, a la que siempre le toco las tetas, me pregunta si quiero sentarme con ella. Acepto.

Todo en Morgan Fairchild es febril. Es tan abrasadoramente

febril, sus mejillas son de un rosa tan abrasador, y tiene unos ojos tan abrasadoramente febriles que parece tísica. Sus manos son tan ardientes, y sus tetitas, su barriguita, su culito, su delicioso coñito febril y cachondo, húmedo y ardiente, sus muslos febriles, piel febril, cabello febril, orejas febriles, labios febriles…

Intercambiamos nuestros números de teléfono y prometemos llamarnos. Pero ¿y Nauko?

Nauko ya le habría sacado los ojos a Grace Bongo, una arrebatadora colegiala africana de dieciséis años, si en el último momento yo no hubiera aplazado la desfloración de la joven negra hasta el día en que Nauko va a comprar atún crudo al mercado japonés de Los Ángeles, lo que siempre le lleva varias horas.

A Grace la conocí en un vuelo de Air France París-Los Ángeles. Se arrodilló en el suelo delante de mi asiento y me pidió un autógrafo. En aquel momento supe (y ella sin duda también) que le iba a marcar a fuego mi autógrafo en la matriz.

Gracias a Dios, ya he terminado con esa porquería hollywoodera a las órdenes de Billy Wilder. Para alguien que lo vea desde fuera, resulta imposible imaginarse el grado de imbecilidad, fanfarronería, histeria, dictadura y mortal aburrimiento que hay que soportar cuando se rueda con Billy Wilder. Con él, los supuestos actores no son más que perrillos de lanas amaestrados que hacen monerías y juegan a «traer el palo» una y otra vez, hasta el vómito; llega uno a creer que todos se han vuelto locos de remate. Creía que ese delirio no iba a terminar nunca. Pero he cobrado un pastón por esos pocos días.

—En el futuro rodarás las películas serias con Herzog y las cómicas conmigo —me dijo Billy Wilder en nuestro primer encuentro, en el restaurante La Scala.

Creo que más bien es al revés: las supuestas películas cómicas de Billy Wilder hace tiempo que ya no resultan cómicas, sino acartonadas y plúmbeas, y la risa se le hiela a uno en las comisuras de los labios. En cambio, si yo hiciera lo que Herzog quiere, sus supuestas películas serias resultarían cómicas sin querer.

Hasta aquí me persiguen esos parásitos de escritorzuelos que quieren atiborrarse de mi sangre como garrapatas. Chupópteros,

ladrones, saqueadores. Todos quieren escribir libros sobre mí. Quieren deshacerse de la mierda de su estreñimiento intelectual, añadiendo su repugnante toque personal: biografías, filmografías, videografías, reportajes, historietas de cómic, *talk-shows* y cualquier otra clase de podredumbre surgida de mentes humanas. Después de haber intentado exprimirse para tesis doctorales en las universidades, ahora me utilizan como «tema escolar» (¿como advertencia para jovencitas?). ¡La universidad de Michigan, en Chicago, me pregunta, a través de mi agente, si quiero pronunciar durante la próxima Semana Santa una conferencia sobre la crucifixión de Jesucristo! ¡Y la sinfónica de Baltimore me pregunta si quiero hablar sobre Beethoven delante de la orquesta durante los intervalos! ¡La universidad no piensa pagarme nada, ya que se trata de Jesucristo! La sinfónica me ofrece 10 000 dólares por diez minutos de charla. Los mando a unos y otros a la mierda. El ministro de Cultura francés, Jack Lang, me envía a través de la embajada francesa en Los Ángeles la condecoración «Comendador de la Orden del Arte y la Literatura». (¿Qué demonios querrá decir eso?). «Por lo que he hecho por Francia y el resto del mundo». ¡Tampoco esta vez adjuntan ningún cheque! ¡Aquí a alguien le falta un tomillo! ¿Qué se habrá creído ese tipo? ¡«Concederme» una baratija como ésa! ¡Están todos como una cabra! Le digo a mi agente que devuelva esa porquería grandilocuente.

La bañera de nuestra casa en Bel Air es tan grande y redonda como una *jacuzzi* y tiene un escalón en el que puedo sentarme cuando hacemos burbujas de jabón. Nunca había visto nada semejante, se lo ha inventado Nanhoi: se enjabona las manitas, junta los pulgares de la mano derecha e izquierda y sopla la espuma a través de la estrecha obertura que queda entre los pulgares. Las burbujas son resistentes y grandes como pelotas de tenis; algunas tienen el tamaño de un globo. Se desprenden de los pulgares de Nanhoi y flotan libremente por el cuarto de baño… Lo intento repetidamente, pero no lo consigo ni una sola vez. En el momento en que la burbuja crece y está a punto de desprenderse de mis pulgares, estalla. Me tiene tan fascinado la habilidad de Nanhoi que me juro a mí mismo no abandonar hasta conseguir que por lo

menos una de esas magníficas burbujas de jabón adquiera un tamaño aceptable, se desprenda de mis pulgares y flote libremente por el cuarto de baño.

Le dije a Herzog en Europa que se fuera a la mierda y le colgué el teléfono. Poco después empezó *Fitzcarraldo* sin mí, con alguien de Nueva York y Mick Jagger en el papel de amigo de *Fitzcarraldo*. Ahora viene a Los Ángeles con el rabo entre las patas y me suplica que haga la película.

Después de unas cuatro semanas de rodar con el tipo de Nueva York, incluso Herzog, con su cerebro de imbécil, se ha dado cuenta de que ya puede tirar todo el material a la basura y empezar la película otra vez desde el principio. Por cuarta vez, ese bocazas ha visto a las claras que sin mí es un cero a la izquierda. Sin embargo, en Los Ángeles intenta dármela con queso. Hago reescribir el contrato punto por punto, hasta que por fin, a medianoche, Herzog da su brazo a torcer y sale a toda pastilla de la oficina del abogado en Beverly Hills, dejándome el contrato firmado en blanco.

Minhoi y Nanhoi están en Marin County. Voy al encuentro de mi *babyboy* para abrazarle y besarle de nuevo antes de irme a Sudamérica y pasar tanto tiempo lejos de él.

Nanhoi se empeña en que le prometa dejar de fumar para siempre. Se lo prometo.

Los cinco meses en la selva de Perú son muy parecidos a los de hace diez años, cuando rodamos *Aguirre*. De nuevo son la total imprudencia, ineptitud, incapacidad, arrogancia y falta de escrúpulos de Herzog las que ponen en juego una y otra vez nuestra vida y amenazan con echar a rodar definitivamente el rodaje y provocar un desastre financiero. De nuevo alimenta a la compañía con una bazofia incomible que hace cocinar con manteca de cerdo. De nuevo falta lo más imprescindible para que los miembros del equipo conserven las fuerzas y estén a salvo de enfermedades y contagios peligrosos. De nuevo falta fruta, verduras y sobre todo

agua potable. Soy el único que tiene especificada en el contrato una ración diaria de agua mineral, papaya y limones.

Y soy el único que, a ser posible, evita tragarse esa comida de cerdos; en cuanto tengo ocasión, me aso en una hoguera pescados del río, aves silvestres o un pato salvaje.

En cuanto Herzog huele el asado, se pega a mí como un moscardón y quiere zampárselo todo. Pot mucho que le insulte y le injurie e incluso le amenace, en cuanto quiere algo de mí, vuelve a aparecer, como la malaria, como el pestazo que un montón de mierda desprende sin cesar.

Enumerar y describir con detalle todas las vejaciones y malos tragos que nos hizo pasar en la selva —el cretinismo total de Herzog, su desvergüenza, su desfachatez, su brutalidad, su estupidez, su megalomanía y su falta de talento—, así como las consecuencias de todo ello, resultaría verdaderamente vomitivo, y sería una imperdonable pérdida de tiempo y energías. Es el mismo montón de basura podrida de diez años atrás, aunque aún más imbécil, descerebrado, paralítico y criminal.

Día y noche lleva consigo un dietario en un estuche de cuero sujeto al cinturón, en el que anota sus observaciones mentirosas y fanfarronas sobre el rodaje. Además, ha contratado a un tipo que se hace llamar documentalista, Les Blank, que no piensa en otra cosa que en jalar y que tiene la misión de filmar un documental sobre Herzog. Ese tragaldabas es tan holgazán que se pasa el día durmiendo y se lo pierde todo.

Si alguna vez, por casualidad, aparece en el momento y lugar adecuados, tarda tanto tiempo en sujetar la cámara al trípode que cuando empieza a filmar ya no hay nada interesante. Nunca filma a mano alzada. Seguro que movería la imagen, pero el motivo principal sin duda es la propia cámara, que le resulta demasiado pesada e incómoda.

De nuevo Herzog y su cámara pasan semanas enteras sin lavarse. De nuevo la ropa se les queda rígida de tanta porquería. No es tierra, ni fango o lodo. ¡No: porquería! Porquería suya: el sudor y la roña forman una masa untuosa que apesta como una bomba fétida incluso al aire libre. Ni siquiera cambian durante semanas, e incluso meses enteros, la fina pieza de cuero que se coloca sobre el borde de goma del objetivo, y que normalmente debe cambiarse

diariamente por motivos higiénicos, hasta que llega a estar cubierta de una especie de moho gris negruzco y apesta de un modo tan insoportable que ya ni me acerco a la cámara. A eso se añaden una glotonería y una pereza francamente repugnantes: esos engendros duermen aún a las ocho o las nueve de la mañana, a pesar de que en la selva el día empieza a las tres de la madrugada, momento en que la luz más maravillosa y mágica revela la creación en su misteriosa fuerza y pureza.

Ante mis ojos, la selva se alza del seno de una niebla matinal de colores, de la misma manera que un cuerpo nace del vientre de la madre. Todo es nuevo, joven e inmaculado. Hasta ahora, ningún ser humano ha visto eso en la pantalla de un cine.

Hoy la niebla matinal es rosada, casi violeta. Me abro camino con el machete a través de la pared vegetal, hasta un lugar desde el que puedo ver, por encima del río, la escarpada orilla de enfrente, donde el pesado barco de trescientas cincuenta toneladas cuelga de un único cable de acero, como si se encaramase a las nubes rosadas y violáceas del cielo. Son las cuatro de la madrugada. Vuelvo corriendo al campamento a través de la selva y despierto a patadas a Herzog y su camarilla. Cuando Herzog ve con sus propios ojos io que le he gritado en el oído, mueve por fin el culo y echa a correr a lo largo del río. Las cinco de la madrugada. En veinte minutos se deshará la niebla, y en la naturaleza nada se repite, nada es igual que la última vez. Conseguimos por los pelos filmar la toma que yo quería.

Y así sigue la cosa, día a día, durante cinco meses. Una y otra vez tengo que negarme a seguir el horripilante texto que ha escrito Herzog y sus «instrucciones» de director aficionado. Tengo que forzarle a rodar cada una de las secuencias que deseo. Tengo que enseñar a ese imbécil de operador dónde tiene que colocar la cámara y decidir el objetivo y el enfoque. No «ensayo» ni una sola escena. Digo «¡acción!», y sólo lo hago una vez.

Ya estamos terminando la película. Unas pocas semanas más, y me libraré de ese insecto. La escena final la rodamos por anticipado en el barco, mientras navegamos por el Amazonas. Me hacen fumar un cigarro enorme. Estoy de pie en la cubierta del barco, cara al

viento, que lanza contra mi cara y dentro de mis pulmones el humo negro que sale de la chimenea. Es el humo de los neumáticos que queman en la sala de máquinas, pues el barco, que se supone que es de vapor, va impulsado en realidad por un motor Diesel. Cuando por fin está lista la secuencia, que filmamos con diferentes objetivos, tengo ganas de vomitar hasta la primera papilla. Me encuentro tan mal que estoy a punto de desmayarme. Y en eso se me acerca Herzog y me dice que quiere repetir la escena. ¡Ese perro sarnoso debe de haberse vuelto definitivamente loco! ¡¿«Quiere» que vuelva a pasar por el mismo infierno?! ¿¿¿¿Y para qué???? ¡¡¡La escena ha salido perfecta, lo sé!!!! ¡¡¡¡Ya basta!!!!

Le doy a Herzog una patada en la cara al estilo kung-fú, derribándolo. El fotógrafo quiere captar la escena, y le tiro una silla. El muy cobarde pone pies en polvorosa. A continuación, bajo al entrepuente para no tener que ver la estampa vomitiva de Herzog.

—¿Hacía falta que te pusieras así? —me pregunta esa calamidad ambulante después de bajar al entrepuente con el rabo entre las piernas.

—Ya veremos —le digo—. Si quieres más palos, los tendrás.

—¿Estás dispuesto a seguir rodando? —lloriquea ese gusano.

—Pues claro, majadero —le digo—. ¿Para qué te crees que estoy aquí?

En Iquitos recibo una carta de mi *babyboy*. La primera de todas sus cartas:

> «Por favor, tened cuidado con las serpientes.
> Te quiero.
>
> Nanhoi».

Me echo a llorar. Me echo a reír. Cada noche y cada mañana, cuando saco la carta y vuelvo a leerla, me río entre lágrimas y lloro entre risas. ¡Oh, hijo mío querido por encima de todas las cosas! Eres lo único que no puedo olvidar en plena naturaleza salvaje. Ni en medio del huracán en mar abierto, ni en el desierto, ni en los glaciares de las montañas: estás más presente que la naturaleza

misma. Sólo a través de ti soy capaz de reconocer que formo parte de ella Estás más presente que la luz. Pues sin tu amor yo sería un ciego en las tinieblas. Estás en todo lugar donde haya amor. El amor está en todo lugar donde estés tú. ¡Tú eres el amor, tú eres la vida! Creces hacia mí desde las ramas y las hojas. Me besas desde los rostros de las flores. Me acaricias con las frescas manos de los ríos y con los tibios dedos de la lluvia. Me abrazas con los cuerpos de la niebla. Me miras desde los ojos del cielo. Tus bracitos son fuertes como los músculos de enormes gatos. Revoloteas a mi alrededor con los colores de las mariposas. Me hablas con el vuelo de los pájaros y me ríes con su canto. Me atraviesas con el viento y con el silencio. Te reconozco por doquier, y por doquier me ampara tu amor.

¡Tu carta es la más dulce, maravillosa y sobrenaturalmente hermosa que jamás me han dirigido!

Tenemos que interrumpir el rodaje. Esos bocazas no quisieron escuchar a los indios. El nivel de agua del río ha bajado tanto que el barco ha encallado en el fango. Dentro de dos meses y medio, cuando empiece la temporada de las lluvias, volveremos y acabaremos de rodar.

Herzog da una de esas nauseabundas «fiestas de despedida» que los productores organizan después de haber exprimido como a un limón a los miembros del equipo. Todos se emborrachan con aguardiente barato y se llenan la tripa en el bufet libre. Yo no voy.

Hoy al mediodía, poco antes de que salga mi avión, viene Herzog al aeropuerto. Me abraza y me da las gracias. ¡Puaj, qué asco!

Dejo el piso de París. Marlayna embarca mi Land Rover con destino a Los Ángeles.

Minhoi está dando la vuelta al mundo con Nanhoi. Hace más de cuatro meses que desconozco su paradero. Alguien ha oído decir que en estos momentos Minhoi se aloja en casa de una amiga en Roma. Dentro de tres días es el cumpleaños de Nanhoi. No tengo el número de teléfono de esa amiga, pero conozco la casa en la que vive. Tomo el primer avión. Los Ángeles-París-Roma. En Roma compro un diminuto tren eléctrico Märklin para Nanhoi y un montón de flores, y voy a la casa que recuerdo y en la que creo que

vive la amiga de Minhoi. Pero nadie me abre. Tampoco veo a un portero que pueda decirme si la amiga está en Roma y si Minhoi y Nanhoi viven con ella.

Hoy es el cumpleaños de Nanhoi. Sigue sin abrirme nadie. Esta vez encuentro al portero, que me dice que no hay nadie en el piso desde hace semanas.

No soporto estar aquí sin Nanhoi, y justo el día de su cumpleaños. Después de haber cruzado medio mundo en avión para verlo. Tomo un avión con destino París-Nueva
York-San
Francisco. Quiero volver a Marín County, donde por primera vez pasé dos meses a solas con mi *babyboy* en la casa de muñecas del bosque encantado.

Encuentro una finca en venta. Más de cuarenta hectáreas de bosque. Los aguiluchos cruzan el cielo todo el día y se lanzan en picado sobre mi cabeza, llegando tan cerca que noto el aire que desplazan sus alas. Cada dos por tres veo corzos saltando a mi alrededor o parándose delante de mí para observarme un buen rato. Incluso los gatos monteses me dejan acercarme hasta tres metros. Las perdices, cuando me ven llegar, no emprenden el vuelo. Las mariposas se dejan tocar. Miro cara a cara a los ratones. Aquí la meteorología cambia sin cesar. Del mar llegan bancos de niebla de la altura de un hombre adulto y, en pleno día, avanzan por las colinas como si se hubieran dado cita en las hondonadas de los pequeños valles. El sol irrumpe por entre las nubes que cruzan raudas el cielo. O cae granizo. O ambas cosas a un tiempo. Arco iris. Una calma como la de la selva tropical peruana, y tempestades como las de mar abierto. Aquí las noches se embozan en una profunda oscuridad que se cierne desde el cielo negro, y la bóveda celeste nocturna aparece inundada, hasta el extremo más remoto del horizonte, de brillantes estrellas blancas, como diamantes.

Compro esa finca y le doy el dinero inmediatamente al propietario. Aquí Nanhoi será libre, tan libre como los pájaros del cielo.

Me voy a Los Ángeles y compro un Mercedes modelo familiar para Minhoi y Nanhoi y una limusina Mercedes para Nanhoi y para mí.

El Mercedes descapotable es demasiado pequeño para los

juguetes y balones de Nanhoi, que siempre llevamos con nosotros. Minhoi me telefonea desde París y me dice que por fin puedo tener a Nanhoi dos semanas conmigo, pero que tengo que ir a Francia. De modo que tomo un avión hacia París. Alquilo un Rolls Royce con chófer y me voy con Nanhoi a Normandía, a los alrededores de Dauville, donde Lelouch tiene un hotel, un *menoir* en el campo, con pistas de tenis, piscina y una sala de cine propia para películas y cintas de vídeo. Allí Nanhoi juega conmigo a tenis y a
ping-pong
por primera vez. Es tan pequeño que apenas puede ver por encima del borde de la mesa, pero no abandona hasta que consigue devolver la pelota. Por lo que respecta al tenis, coge la raqueta con las dos manos y al cabo de dos días devuelve las primeras pelotas por encima de la red. Es emocionante verle en todo lo que hace, como una flor que crece y se abre con toda luz que recibe. Pero lo que más fascina a mi *babyboy* es el agua, y cada día me lleva varias veces a la piscina, tan honda que él no hace pie, y al principio le llevo en brazos durante sus primeros intentos natatorios, o nado con él cargado a la espalda. Pero, para él, lo más sensacional es empujar a alguien al agua. Por supuesto, a alguien que no se lo espere. De modo que me coloco junto al resbaladizo borde de la piscina y exclamo: «¡Taxi, taxi!», porque tengo mucha prisa en llegar al aeropuerto. Me llevo la mano a la frente, como una visera por encima de los ojos entrecerrados, para poder ver mejor si viene un taxi. Para mi *babyboy*, es el momento de acercárseme sigilosamente por la espalda y, mientras grito de nuevo «Taxi», echa a correr con la cabeza gacha como un pequeño toro y, de una embestida, tirarme con todas sus fuerzas al agua, donde grito del susto ante tan imprevisto «accidente» y aúllo y vocifero al ver que he ido a parar al agua completamente vestido y con todo mi equipaje.

A Nanhoi le encantan todos los animales. Pero se pirra especialmente por los perros y los gatos. La gata cobriza de Lelouch ha tenido gatitos en la lavandería del hotel. Vamos allí varias veces al día y la vemos dar calor y amamantar a sus pequeños entre montones de ropa. Varias veces al día, Nanhoi coge entre sus fuertes manitas infantiles a todos los gatitos, uno tras otro, y les da un besito en la cabecita antes de ponerlos de nuevo junto a su mamá.

A todas las personas que tienen perro, Nanhoi les pregunta si le

dejan sacarlo a pasear. En una ocasión sacamos de paseo a un enorme peno pastor, mucho más grande que Nanhoi. En otra ocasión a un husky muy joven, un perro de trineo de Alaska que pertenece a la hermana de Lelouch. Se lo deja a Nanhoi tanto rato como quiera, y mi *babyboy* corretea con él como un loco por el césped. No se trata de un niño pequeño con un perro, ni de un perro con un niño pequeño: se trata de dos niños.

Las dos semanas se han terminado. Tengo que volver a Estados Unidos. Sólo quien haya tenido que dejar a su hijo, al que quiere más que a nada en el mundo, puede hacerse una idea de lo que eso me duele.

En Los Ángeles visito, con Nauko y Marlayna, a varios criadores de perros, con la intención de comprar un perro pastor joven. Todos los perros jóvenes son encantadores como niños, pero para Nanhoi quiero un perro grande y fuerte que crezca con él y le proteja. Se les reconoce por la postura, por la forma de moverse, por la complexión y por las grandes zarpas. Aunque todavía no sean más que cachorros.

Cuando lo encuentro, el criador no quiere dármelo. Dice que ya está vendido. Le digo que me llevaré otro más; si me vende ese perro, le compraré dos. ¡Me vende los dos!

Construimos una casita para los perros, tan grande que yo podría dormir dentro de ella, y les damos de comer queso fresco, arroz, carne cruda y vitaminas. Son hermano y hermana, y tienen dos meses. Cada día que pasa se vuelven más fuertes y grandes, pero el macho pronto se hace el doble de grande que su hermana. ¡Ojalá telefonee pronto Nanhoi, para que pueda hacerle oír los gemidos y roncos ladridos infantiles de sus perros!

El día en que mi *babyboy* llama desde París, Nauko no consigue llevar ella sola los dos perros hasta el teléfono del dormitorio. Le doy el auricular y corro a buscar a los cachorros; los agarro uno con el brazo derecho y otro con el izquierdo y los llevo, medio a rastras, hasta el teléfono. Pero por mucho que los meneo y estrujo, no emiten el menor sonido. Estoy completamente agotado, y los perritos se mean de miedo en todas partes, porque no comprenden lo que ocurre. Entonces hago un último intento desesperado: los aprieto con tanta fuerza contra mi pecho, que los dejo sin aliento, y en el mismo instante les muerdo el hocico; cuando los suelto, ambos

empiezan a gemir y a ladrar roncamente. Tengo que quitarles el auricular de entre los dientes; seguramente se creen que es un hueso. Nanhoi ha oído gemir y ladrar a sus perritos. Quiere que llame *Stronger* [«Fuerte»] al macho y *Wólfin* [«Loba»] a la hembra.

Desde que compré esa finca, viajo de Los Ángeles a Marin County tan a menudo como puedo, a veces sólo para una noche, a fin de controlar la marcha de las obras de la casa. Se trata de una sencilla casa de madera en medio del bosque. Una sola habitación grande, con un piso superior abierto para dormir, y una gran chimenea para caldear toda la casa. Lo que es leña, es decir, árboles, no nos falta: nos duraría millones de años, y además tenemos agua propia, que bombeamos del subsuelo. Tenemos un huerto inmenso en el que podemos plantar hortalizas durante todo el año, y también tenemos cerezos, manzanos, albaricoqueros, almendros y ciruelos. También pienso hacer nuestro propio pan. Ser independiente, ser libre. Libre de toda coerción. Libre de toda necesidad cuya satisfacción dependa de otras personas. No tengo tarjeta de crédito, ni quiero tenerla. Pago al contado rabioso y no le pido favores a nadie. Dejo en paz a los demás, y quiero que los demás me dejen en paz a mí. Por ahora, aún duermo por las noches en el bosque, en el puro suelo. Me abrazo a un árbol: es algo que he hecho siempre, a lo largo de toda mi vida. Huelo su corteza y la beso. Hundo la cara en el musgo y aspiro profundamente su aromático olor a fertilidad, como si yaciera sobre el vientre de una mujer.

En el bosque abunda el *poison oak*, un arbusto tóxico. Pero no soy alérgico, y Nanhoi tampoco. Sólo me escuecen un poco los ojos y las manos. Los indios utilizaban el *poison oak* como medicina, e incluso se lo comían.

Hace ya seis meses que Minhoi se fue con Nanhoi a dar la vuelta al mundo. Hasta ahora sólo he recibido una postal de Nanhoi desde Nepal y un telegrama de Minhoi desde Australia, en el que anuncia su próximo regreso con Nanhoi.

De nuevo llego al aeropuerto con varias horas de antelación;

llevo en la mano el telegrama, que leo una y otra vez para cerciorarme de que no estoy fantaseando. Y no hago más que preguntar en información por el avión de la línea aérea Qantas. La fecha, la hora, el número de vuelo. Me siento como un lobo que hubiera llegado a la ciudad huyendo de sus perseguidores. Miro fijamente las pantallas de los monitores, para enterarme de todo lo relativo a los aviones de la compañía Qantas, pero debo de estar demasiado nervioso, porque no consigo entender las letras. Me siento mareado y empiezo a sudar. Me quedo parado exactamente en el lugar donde los pasajeros de los aviones salen a través de una doble puerta que se abre y se cierra automáticamente.

Mi Nanhoi es tan diminuto que me saltan las lágrimas de la emoción y la ternura. Su cuerpo es delicado y esbelto, pero lleno de una secreta fuerza. En él todo es tan sobrecogedoramente hermoso que me deja sin aliento. Y como aquella vez en Tokio, cuando, a los tres años de edad, llevaba su primera minúscula mochila al partir con Minhoi de viaje por Japón, ahora carga también con su propia mochila (esta vez un poco mayor), y avanza a grandes pasos, como si quisiera cruzar el mundo a pie.

Al cabo de unos cuantos días, Minhoi se va a Marin County, donde quiere buscar una casa para ella y Nanhoi. Yo la seguiré con Nanhoi y *Stronger* en el Range Rover. A *Wölfin* la regalamos.

Herzog y su camarilla me bombardean a telefonazos y gimotean y me suplican que vaya al festival de cine de Cannes. Les digo: ¡Y una mierda! Pero son como insectos, y vuelven una y otra vez. Finalmente pienso: Bueno, de acuerdo; de todos modos, tengo que ir al dentista a París, y ellos me pagarán el viaje.

En Cannes, otra vez la misma mierda. La misma gentuza. Otra vez ruedas de prensa junto a ese imbécil total de Herzog, que, aparte de apestar a podrido, apesta a mentiras en cuanto abre el pico.

Esta noche va a tener lugar el llamado estreno de gala de *Fitzcarraldo*. Ya me he puesto ese repugnante esmoquin, que me hace recordar la camisa de fuerza del manicomio. Será la última vez. Mañana temprano lo tiraré a la basura.

No sé qué hora es; no llevo reloj. Pero ya es de noche, y está

claro que deberían haber pasado ya hace un buen rato a recogerme para ir al estreno. Pero no viene nadie. Nadie pasa a buscarme. ¡Herzog y sus secuaces han ido solos al estreno! ¡Sin mí! ¡Sin *Fitzcarraldo*! Sería motivo suficiente para darles una paliza. Creo que debe de ser la primera vez en la historia de los festivales de cine del mundo entero que la estrella de la película es la única persona a la que no pasan a buscar para asistir al estreno de gala. Pero eso no me interesa. Lo único que me interesa es que Lola ha subido a mi habitación. La he visto por primera vez esta tarde delante del hotel Carlton. Es aquel esbelto arbolito del huerto comunitario, cargado de manzanas maduras, de cuando yo era un chiquillo. Es de las que se quedan preñadas al primer polvo (si no lleva ninguna protección en el útero ni toma pastillas ni quiere que yo me ponga un preservativo). Al abrir la boca para pedirme un autógrafo, los labios de fresa se le hinchan como si fueran los de su coño, ya con mi polla dentro. La cito en mi habitación.

La desnudo con la excusa de que se pruebe mi esmoquin. También le quito las bragas. Primero le pongo los pantalones del esmoquin, tapándole el culo desnudo y tembloroso, con la carne de gallina debido a la emoción, y el coño que asoma curioso por entre los esbeltos muslos juveniles. Luego le paso los tirantes por encima de las jóvenes y pletóricas tetas, cierro la cremallera por encima de la calabaza de su pequeño vientre de colegiala, y abrocho la chaqueta negra del esmoquin sobre ese excitante fruto carnoso y blanco. Luego la saco al balcón y la siento sobre mis muslos, con la excusa de que quiero contemplar a la gente que pasea debajo de nosotros por el paseo marítimo iluminado con focos (¡así de elemental es el cerebro de un gato en celo!). Pero cuando roza con sus nalgas mi cipote dolorosamente tieso, que salta entre sus nalgas abiertas, tengo que meterme una de sus tetas en la boca para no aullar de lujuria. Con la teta metida tan adentro en la boca que poco me falta para tragármela, me llevo a Lola a la cama…

Cuando Lola y yo bajamos a desayunar, los camareros ya preparan las mesas para el almuerzo en la terraza del hotel Carlton. Siento como si su coño siguiera absorbiendo mi semen… Me ha metido una mano dentro de la bragueta por debajo de la mesa, al tiempo que con la mano libre bebe café e intenta untar de mantequilla un panecillo. Le agarro el joven vientre cálido…

… En Londres seguimos follando. Como aquel arbolito del huerto comunitario, el esbelto árbol de su cuerpo juvenil mece sus grandes manzanas sobre mí cuando, aprisionándome con las ardientes y abiertas ramas de sus muslos, me cabalga, me cabalga y me cabalga…

… En Los Ángeles follamos hasta que Lola tiene que volver a Sacramento para ir a la escuela.

Me marcho a toda velocidad a San Francisco, a Marin County, para estrechar entre mis brazos a mi *babyboy*, que vuelve mañana de un viaje a Hawai.

Otra vez Nueva York. Para sincronizar *Veneno*. Arthur Penn quiere que trabaje con él en una película. No acepto. He rechazado a Visconti y a Pasolini, a Ken Russell y a Liliana Cavani, normalmente por cuestiones de dinero. Y por el mismo motivo rechazaría a Eisenstein y a Kurosawa. Hasta hoy he rodado más de doscientas cincuenta películas y he rechazado más de dos mil.

De vuelta a San Francisco para darle un beso a mi *babyboy*. Luego a Filipinas. Un coronel de la guardia de Marcos viene a recogerme al aeropuerto y ya no se aparta de mi lado. Va vestido de civil, lleva una pistola de alto calibre bajo la chaqueta y se aloja en la misma planta que yo en el hotel Manila, que pertenece a Imelda Marcos. Me sigue a todas partes, creo que incluso cuando follo. Es decir, no le veo nunca, pero sé que no anda lejos. Es muy amable, incluso simpático, pero la gente se echa a temblar ante él en cuanto enseña cierto distintivo que lleva debajo de la solapa. Soy el único en todo el festival que tiene un guardaespaldas como ése. Seguramente nunca llegaré a saber si Marcos me lo puso para protegerme a mí o a los filipinos.

Hace veinte años, cuando vi a Imelda Marcos por primera vez, se me puso inmediatamente dura y no pude pensar en otra cosa que en follármela. Ahora se planta en los escalones del palacio del festival y exclama «¡Kinski!». Ha hecho construir ese monstruo de hormigón a toda prisa, para que esté listo a tiempo de celebrar el primer festival filipino de cine. Durante la construcción, un buen

puñado de obreros cayeron en el hormigón fresco, e Imelda los hizo encementar vivos para no perder tiempo.

Se para delante de su Mercedes 600 blindado, fabricado especialmente para ella, y espera a que yo baje las escaleras. Sigue tan cachonda y devorapollas como veinte años atrás, pero ahora ha engordado y va emperejilada como una furcia vieja. La beso y le susurro al oído que quiero su Mercedes 600 y que se lo cambio por mi miserable Chevrolet Se echa a reír como si le hubiera contado un chiste verde, pero yo se lo digo en serio.

Toda una cuadrilla de hampones armados hasta los dientes —su guardia personal— ronda a nuestro alrededor en un radio de cincuenta metros. Van vestidos de vagabundos, pero se les marcan en la ropa las armas que llevan debajo.

Por la noche, tras la denominada cena de gala, Imelda y yo bailamos. De camino hacia la pista de baile, uno de esos fantoches armados nos sigue disimuladamente y no deja de gesticular delante de mi cara (¿querrá insinuarme quizá que no se me ocurra meterle mano en el coño a Imelda bajo ningún concepto?). Sea como sea, el caso es que me pone tan nervioso que le piso a Imelda la cola del vestido, y por poco la hago caer de bruces. Le digo rápidamente que ha sido el fantoche ése el que le ha pisado la cola. Imelda le regaña, y el perro de aguas agacha cobardemente la cabeza y mete el rabo entre las patas.

Este año tengo que dar tres veces la vuelta al mundo en avión. De ahora en adelante no volveré a aceptar ningún trabajo durante las vacaciones de Nanhoi. Ni por todo el dinero del mundo. Y es que todas las riquezas son una bagatela comparadas con un solo instante al lado de mi hijo.

Pelotas, pelotas, pelotas… La mayor que he comprado tiene dos metros de diámetro, y la más pequeña es tan pequeña como la yema de mi pulgar. La próxima será, seguramente, un globo con el que Nanhoi y yo volaremos por el cielo.

Nanhoi domina todos los balones; le obedecen como por arte de magia, bailan en sus manos como en lo alto de los surtidores. Las atrapa desde distancias cada vez mayores, desde alturas cada vez mayores, las lanza y las chuta cada vez más lejos y cada vez más

alto. En cuanto ve una pelota, se pone a jugar con ella. Tenemos por todas partes montones de pelotas y discos voladores, pesadas como un saco de arena y ligeras como una pluma. Sólo en la casa, cuatro o cinco balones de fútbol. No pasa un día sin que nos lancemos encima de alguna pelota en cuanto entramos en casa. Luego, como si disputáramos el campeonato del mundo, atacamos nuestras respectivas porterías, es decir, la cocina, la nevera, las puertas, el cubo de la basura, y los balones vuelan alrededor, por encima y por debajo de mesas y sillas, y van a parar a la leña y al atizador, que acaba por los suelos.

Jugamos y correteamos desde el mismo instante en que mi querido hijo abre los ojos en la cama por la mañana. Lo primero, aún medio dormido, es un piedra, papel, o tijeras. Luego «el cosquilleo»: hacer cosquillas es el colmo de la diversión, aunque hay tantas cosas que son el colmo de la diversión para mi *babyboy* que acabo haciéndome un lio. Pero, desde luego, hacer cosquillas es uno de los mayores placeres de Nanhoi, y lo lleva hasta el extremo, hasta un paroxismo de risas superior a lo que puede soportar un diafragma humano. Hacer cosquillas y dejarse hacer cosquillas. Cada uno de los dos se echa boca arriba y permanece inmóvil, con los brazos extendidos a izquierda y derecha de la cabeza, y deja que el otro le haga cosquillas durante diez segundos, veinte segundos, cincuenta segundos, hasta cien segundos, depende de cómo aguante cada uno la sesión de cosquilleo. El que baja los brazos demasiado pronto, o intenta escapar de algún otro modo, tiene que someterse a una ración extra de cosquillas. La sesión puede durar varios minutos, y se intensifica más cuanto más dura el cosquilleo y más insoportable resulta. El estilo de cosquilleo es libre, y abarca toda una gama que va del leve contacto con las yemas de los dedos hasta el doloroso hurgar entre las costillas con el dedo índice doblado. Además, los dos ideamos cada vez nuevas sorpresas. Y la imaginación de Nanhoi es inagotable.

«Hacer cosquillas» es algo indescriptible. A mi cosquilloso *babyboy* le encantan, pero al mismo tiempo le resultan tan insoportables que basta con que le abroche una camisa sobre el pecho para que se tire al suelo aullando de risa.

Luego, cuando ya deberíamos estar completamente agotados de tanto reír y gritar, empieza nuestro «rodeo». Eso significa que tengo

que caminar a gatas y pegar brincos y encabritarme para intentar derribar a mi *babyboy*, que cabalga sobre mí. Cada vez resulta más difícil, porque se agarra a mí firmemente con los muslos como si montara un caballo, y ya no hay modo de tirarlo. Luego viene el «kung-fú».

Yo me pongo de rodillas y Nanhoi se pone de pie encima de la cama: así tenemos la misma estatura. Y entonces mi *babyboy* me ataca con puñetazos y patadas de asombrosa rapidez, y no puedo despistarme y debo cubrirme a toda prisa, porque sus patadas y golpes no son sólo sorprendentemente repentinos, sino también de una increíble fuerza y duros como el acero.

Mientras preparo el desayuno, o antes de la cena, mi *babyboy* se pone a saltar en el colchón, casi hasta el techo, y salta y salta y salta y salta y salta y salta y salta y salta y salta y salta…

Todo esto es sólo una pequeña parte de lo que hago con mi *babyboy*. Hacemos tantas cosas que no puedo enumerarlas todas y, si lo intentara, sin duda olvidaría algo. A veces mi *babyboy* no hace más que mirar películas que coge de sus enormes cestas llenas de cintas de vídeo. Cuando ve la primera parte de *Iván el Terrible* de Eisenstein, quiere ver de inmediato la segunda. Puede pasar días enteros riéndose con los dibujos animados, y las películas de fantasía y de aventuras le siguen fascinando aunque las haya visto ya cien veces.

Por la noche, antes de que se duerma, tengo que contarle historias. También le leo libros de cuentos, pero le gusta más que le cuente historias. Historias que yo mismo he vivido. Historias de la selva o del desierto, del Himalaya y del mar. Nanhoi me pide más detalles una y otra vez, incluso días y semanas después. La historia crece con él, se hace más grande y poderosa, y él pide cada vez más respuestas para cada vez más preguntas. Responder a sus preguntas me produce siempre una sensación de felicidad. Y es que, ¿de qué me servirían toda mi experiencia y mi saber si no pudiera transmitírselos a mi hijo?

Nanhoi ya lee solo. Ahora está leyendo a Jack London. Es lo más hermoso y emocionante que puede leer un niño en toda su vida.

Volamos junto al mar las cometas en forma de dragón que trajimos de China y Japón. Llegan tan alto que empiezan a deshilacharse con las embestidas del viento embravecido, hasta

acabar haciéndose jirones. Nanhoi lucha con una cometa como un cachorro de león con un águila; su cara adquiere una expresión obstinada, casi de furia: está trabajando duro… Pronto es capaz de levantar dos cometas atadas entre sí, hacerlas bajar hasta casi tocar el suelo y levantarlas de nuevo.

Una tempestad de viento a ciento cincuenta kilómetros por hora hizo jirones nuestro *tipi*, nuestra tienda india de gruesa lona, y los esparció por el aire en un amplio círculo. Hemos encargado una nueva a un fabricante de lona. La hemos plantado en el mismo lugar que la otra, en el lindero del bosque, cara al horizonte. Aunque llueva, siempre tenemos abiertos los respiraderos para el fuego. Los pájaros entran y salen volando. Halcones de cola roja vuelan a su alrededor sin descanso. Los topos excavan la tierra sobre la que nos sentamos y tumbamos. Los ratones paren sus carnadas entre nuestras sartenes y cazuelas, y enormes arañas viven entre las varas cruzadas que sostienen las paredes de lona de la tienda. Las lagartijas se pasean de un lado a otro y arriba y abajo por las paredes interiores y exteriores. Las serpientes se estiran y encogen a lo largo del borde inferior de la tienda. Y los helechos, altos como un hombre adulto, crecen exuberantes en el suelo, en todas direcciones. Me limito a arrancar o cortar con el machete los que crecen en la parte donde nos acostamos y por entre las piedras de la fogata, que necesitamos para cocinar y para calentarnos cuando refresca.

En la tienda siempre tenemos arcos y flechas. Las traje de Perú. Nanhoi tiene un arco pequeño y una pequeña flecha de punta roma que hicieron para él los indios de la selva. Recorro el bosque en busca de ramas delgadas y rectas para tallarle una lanza a mi *babyboy*.

Instalé una antena en el tejado de nuestra casa porque pensé que a lo mejor darían de vez en cuando por televisión dibujos animados o películas para Nanhoi. Pero raramente ponen alguna. El resto es para volverse tonto, claramente perjudicial para la salud. Subo al tejado y tiro la antena, que se rompe contra el suelo. Ahora sólo compramos vídeos, todas las películas que Nanhoi quiere.

Vuelven a ofrecerme una porquería de ésas de Broadway. Vuelvo

a decir que no.

Nanhoi nada y bucea como un pez. Cuando estamos en el mar, no hay modo de sacarlo del agua, aunque esté helada, y cuanto más alto lo levantan las olas, más fuerte grita de alegría.

¡Mojar a la gente! Iba a decir que eso es el colmo de la diversión para mi *babyboy*, pero ya he visto muchas cosas que son el colmo de la diversión para él. Ya no recuerdo cuántas pistolas de agua tenemos, ni desde cuándo. Pero ya hace tiempo que no se conforma con eso. Todo empezó con nuestra costumbre de lavarnos los dientes juntos; nunca nos los lavamos por separado. De este modo, a lo largo de los años, Nanhoi ha aprendido la técnica de lavarse los dientes. Empecé dándole permiso para salpicarme de agua con la boca después de lavarse los dientes. Actualmente, mi *babyboy* me echa encima tazas llenas, cazos y cubos enteros de agua, aunque no se haya lavado los dientes, cada vez que tiene la ocasión de hacerlo. Por supuesto, el punto culminante consiste en tirarme al agua y, cuando eso no es posible, por lo menos regarme con la manguera del jardín.

A Nanhoi le divierte enormemente todo lo que tenga que ver con el agua. Por ejemplo, tirar a la bañera llena, o incluso al retrete, toallas, albornoces, prendas de vestir, zapatos, cepillos para el pelo, peines y toda clase de objetos; lo hace siempre cuando menos lo espero, de una manera tan imprevista y sorprendente que casi nunca puedo impedirlo. Si lo consigue —y casi siempre lo consigue—, se ríe a pleno pulmón y procura que no le eche el guante. Si acabo atrapándolo —aunque yo mismo me parto de risa y apenas puedo respirar—, le muerdo la cabeza y la nuca, lo que para mí supone un placer supremo y la expresión de mi apasionado amor. Luego, mi *babyboy* me devuelve los mordiscos. Primero intenta morderme también en la cabeza. Si, a pesar de sus fuertes dientes, no lo consigue, porque su boquita es demasiado pequeña, empieza a repartir mordiscos a mansalva: en la cara, en la punta de la nariz, en el pecho, en los brazos y en las manos, en las orejas… y cuanto más rato y más salvajemente nos mordemos y nos peleamos, más veces nos decimos el uno al otro que nos queremos. Pero no necesitamos ningún pretexto especial para ello: nos lo decimos cada

pocos segundos, una y otra vez, todo el día, y también por la noche, cuando nos despertamos sobresaltados, y antes de dormirnos, y por la mañana, cuando nos despertamos; nos lo susurramos, nos lo gritamos y nos lo aullamos desde la distancia, lo dibujamos en el polvo de los vidrios de las ventanas, nos lo escribimos en cartas con flores pegadas y nos lo decimos constantemente por teléfono: «¡Te quiero más que a nada en todo el Universo!».

¡Y también tirar bombas de agua! Guardo las bolsas de papel resistentes de las tiendas de comestibles, para que mi *babyboy* pueda llenarlas de agua y luego tirármelas desde la ventana o desde la terraza, de manera que revienten y todo su contenido se vierta sobre mí, empapándome hasta los calzoncillos. El momento para hacerlo es cuando me ve lavar la ropa. Entonces espera hasta que salgo a tenderla en un cordel sujeto entre dos árboles delante de la casa.

Nanhoi es tan juguetón, está tan lleno de ocurrencias y es tan arrebatadoramente divertido, que pasamos la mayor parte del tiempo riéndonos. Incluso a veces me caigo expresamente, cargado con una bandeja bien llena, por la escalera de caracol, o tropiezo con un cubo. Otras veces, o mejor dicho, normalmente tropiezo sin querer. Y siempre que ocurre eso, Nanhoi estalla en alegres carcajadas, los ojos le brillan inundados en lágrimas de risa, y parece indeciblemente feliz. No quiero enumerar la cantidad de veces que me he caído llevando a toda prisa espaguetis y salsa de tomate, miel y jarabe, cacao, sopa, patatas fritas y huevos fritos o revueltos, chorreantes de mantequilla, y toda mi carga se ha estampado contra el suelo, salpicando incluso lo alto de las paredes. Y cuando más veces me pasa, menos maldiciones profiero antes de estallar yo también en carcajadas hasta que me duele la boca del estómago, porque sé que esas cosas hacen feliz a mi *babyboy*.

Por supuesto, jugar al escondite en nuestro bosque, alrededor de la casa, también es el colmo de la diversión para Nanhoi. Y las batallas de almohadas, y el *backgammon*, y el ajedrez, y las damas, y el tres en raya. Y siempre gana mi *babyboy*. Y las canicas, las peonzas, los látigos de juguete, las burbujas de jabón, etcétera, etcétera, etcétera… Pero hay algo que me parece que sí es verdaderamente el colmo de la diversión para él: es cuando tenemos prisa y me hace vestirlo, con la condición de que se convierta en un

pesado muñeco, un muñeco sin articulaciones. Eso significa que no solamente no me ayuda a vestirlo, sino que, por el contrario, se deja caer con todo su peso y adopta las posturas más extrañas, a menos que yo, empleando todas mis fuerzas, lo mantenga erguido. Para irle poniendo la ropa prenda por prenda, tengo que conseguir que al menos una parte de su cuerpo abandone esa postura, de modo que con una mano intento ponerle la prenda en la parte del cuerpo correspondiente, mientras con la otra le sostengo el resto del cuerpo, impidiéndole adoptar una nueva postura aún más complicada. Esto resulta tan agotador —aunque no tanto por el esfuerzo que supone vestirle como por los verdaderos ataques de risa que me dan— que mientras le visto tengo que detenerme de vez en cuando para no morirme de risa.

Nanhoi tiene todo lo que un niño puede desear, incluso una motocicleta infantil, un caballo, escopetas y pistolas de aire comprimido, navajas, hondas, una espineta, utensilios para pintar, una guitarra, una armónica, coches de carreras teledirigidos, videojuegos. Pero es capaz de pasarse el día entero jugando con un yoyó de un dólar, con un avión de papel, con un proyectil que se ha fabricado con un tapón de goma y una aguja de coser o con dos pinzas de la ropa, cuyas puntas pinta de colores diferentes y sujeta entre sí con una goma para el pelo. Hace girar las dos pinzas de la ropa en direcciones contrarias, hasta que la goma no puede tensarse más, y entonces las tira al suelo, donde ruedan como dos cuerpos en lucha, retorciéndose y brincando. El cuerpo que queda al final encima del otro, es el que gana.

A veces tengo que parar el jeep porque Nanhoi ha descubierto un diente de león o una simple semilla que flota por el aire como un paracaídas. La soplo una y otra vez para evitar que descienda hasta el suelo o se quede atrapada en algún sitio. Y se ríe y grita de alegría… y cuando un soplo de viento levanta el diminuto paracaídas tan alto que él ya no lo alcanza, mi *babyboy* salta con los bracitos extendidos y lo persigue hasta que se lo traga la luz.

Hoy veo en la gasolinera a unos punkis muy jóvenes, chicas y chicos, que no tienen más de trece o catorce años. El que conduce el viejo coche abollado tiene tal vez dieciséis. Están delgados, casi desnutridos. Por la manera como les cuelga la ropa, intencionadamente andrajosa, parecen perchas ambulantes. Llevan

el pelo enmarañado y teñido de diferentes colores. Una de las chicas lleva una calavera sujeta con imperdibles a la espalda de su chaqueta tejana. Son niños. Niños inocentes que viven en una sociedad en la que están prohibidos los juegos fruto de la fantasía y el espíritu soñador de los niños. Una sociedad que programa los juegos de los niños. Los punkis son niños a los que no se les da la oportunidad de ser niños. Viven en un mundo encallecido, que no les escucha, no les presta atención. Quieren hacerse notar, ruegan, suplican que alguien se interese por ellos. Me parece oír sus gritos. Sus sollozos. Un día, esta sociedad embrutecida y perversa de los «adultos» se asombra de que uno de esos niños arrinconados se subleve. En Inglaterra, esos cerdos de policías se dedican a aporrear en la calle a los punkis. ¡Pegar a unos niños! ¡¡Niños!! ¡Lo más hermoso y sagrado que posee la humanidad! ¡La fuente de sus energías, su oxígeno! ¡Su selva tropical, sin la que no podrían existir! ¡Si los niños gobernasen el mundo, no habría más odio ni más guerras!

En el supermercado, junto a la caja veo a una chica punki de pie, con los otros. La gente no manifiesta enfado ni diversión, sino algo mucho peor: no prestan la menor atención a la chica, como si no estuviera allí, a pesar de que lleva el peinado más alto que he visto en mi vida. Lleva ambos lados del cráneo rasurados. En el centro de la cabeza, desde la frente hasta la nuca, lleva un mechón de pelo erizado y endurecido con fijador, de unos seis centímetros de ancho y unos quince de alto, y de los colores del arco iris: violeta, azul, verde, naranja y rojo. Su cara infantil expresa la decepción y la tristeza que le causan los muertos vivientes que la rodean. De nuevo en el coche, me echo a llorar, y con cada latido de mi corazón, retumban en mis sienes los segundos, los minutos, las horas y los días que faltan hasta que pueda de nuevo estrechar en mis brazos a mi querido hijo por encima de todo, estrujarlo y besarlo, besarlo, besarlo, besarlo… ¡Mi Nanhoi! Gracias a ti siento amor cada vez que respiro, con cada mirada y con cada pensamiento.

El peno pastor de Nanhoi, *Stronger*, tiene casi un año de edad. Hemos construido para él una enorme casita de perro, muy cerca de nuestra casa. Pero no entra en la casita ni una sola vez; ni siquiera se acerca a ella, como si fuera un auténtico insulto, algo por debajo

de su dignidad. Duerme justo debajo de la ventana que da al bosque desde el altillo en el que dormimos, y ladra breve y roncamente cuando oye algún ruido. Suyos son el bosque y las colinas, que se extienden hasta el océano Pacífico, hasta donde alcanza la vista. Decenas de miles de hectáreas de bosque, con monte bajo impenetrable y exuberante, árboles gigantes que se caen, senderos encantados que se abren y se cierran de nuevo misteriosamente como en los cuentos de hadas. Naturaleza salvaje. Selva.

Se va por la mañana y vuelve por la noche. Corre sin cesar, entre quince y veinte kilómetros al día. Y cuanto más tiempo pasa aquí, más se acostumbra su vista a los paisajes de la época en que sus antepasados aún eran lobos. Es libre. Sin collar y sin chapa. Lejos de los guetos de los humanos. Nadie puede hacerle nada, porque es fuerte.

No paro de correr con la lengua fuera de un extremo al otro del mundo. Nanhoi está en casa de Minhoi, y *Stronger* está solo. Le pido a Tony, hijo de un viejo granjero de las Azores, que vive a dos kilómetros de nuestra casa, que dé de comer a *Stronger* mientras yo esté fuera. Al principio no hay problema, pero *Stronger* pasa cada día más tiempo fuera, porque cuando vuelve a casa por la noche no nos encuentra a mí y a Nanhoi esperándole. Y pronto será incapaz de comprender por qué ya no hay nadie cuando vuelve a casa, y sobre todo por qué no está Nanhoi, que tanto quiere a su perro. Un día, *Stronger* no vuelve. Nanhoi y yo nos desesperamos. Hago imprimir carteles con la foto de *Stronger* y los colgamos por todas partes, incluso en los árboles del bosque. Ofrezco una recompensa de 1000 dólares. Con tal de devolver a mi *babyboy* su querido perrito, sería capaz de doblar la suma, incluso de decuplicarla, pero nadie nos trae a *Stronger*. Vamos a la sociedad protectora de animales, adonde los laceros llevan a los perros y gatos sin dueño, que pasan cinco días entre rejas antes de ser gaseados si nadie pasa a recogerlos. Telefoneamos cada día y nos presentamos allí cada dos por tres. Pero no hay ni rastro de *Stronger*. A veces un gato negro como el azabache sale del bosque y se pone a maullar delante de nuestra casa. Entonces le doy leche, y luego desaparece de nuevo en la espesura. No quiere entrar en casa. También es un ser libre.

A partir de ese momento me rompo la cabeza tratando de encontrar una solución. ¿Qué hacer con los perros y los gatos que

queremos tener cuando yo pase semanas o incluso meses enteros fuera, y Nanhoi esté en casa de Minhoi y no pueda ocuparse de sus animales?

Otra oferta para trabajar en Broadway, en Nueva York. Es una auténtica plaga.

Hay ciervos por todas partes. Cuando las nubes —a ras de suelo, como si no quisieran ser descubiertas, tan bajas que lo único que le asoma a uno es la cabeza— llegan del mar reptando por las colinas, los ciervos se detienen en medio de ellas y asoman apenas la cara. Los machos de grandes cornamentas son seres fabulosos, nacidos de la niebla. A menudo se paran justo delante de mí, a menos de tres metros de distancia. Nos miramos directamente a los ojos, mucho rato, sin prisa, y nos reconocemos. Luego nos dejamos marchar mutuamente.

En una ocasión veo a un gran gato montés sentado en medio del camino que cruza nuestro bosque. Me muevo lenta y cuidadosamente, como un animal; cuando salgo de la espesura, el viento sopla en mi dirección, y el gato no puede ni olerme ni oírme. Está sentado completamente inmóvil, como hechizado. Así pues, o está acechando una presa, o está en celo. Me he acercado tanto al gato que ya lo huelo. También él me mira directamente a los ojos. Cuando se da la vuelta, veo sus henchidos testículos antes de que el musgo y las sombras se traguen su pelaje de reflejos verdosos.

En L’Hôtel, en París, espero a la colegiala negra africana que se arrodilló en el suelo delante de mí en el vuelo del Boeing 747 de Air France con destino a Los Ángeles. Me ha escrito una carta la mar de hipócrita: «… cómo está usted, estimado señor… confío que se encuentre bien… En cuanto a mí, gozo de excelente salud…». Esas palabras iban dirigidas a mis huevos. Una chica virgen con cinturón de castidad, por el que los padres pagan buen dinero. Lo utilizan para

restregarse el clítoris, y con los dedos preparan el agujero para la primera polla.

Cuando abro la puerta, me la encuentro muy cerca de mí, y noto su ardiente aliento hasta el fondo de mi propia garganta, y aunque, como en nuestro encuentro en Los Ángeles, la chica va de punta en blanco, parece no preocuparse demasiado, intencionadamente, de la higiene íntima. Tiene los labios secos, como si estuviera muriéndose de sed, y agrietados por la fiebre de las ganas de follar. Sus caderas parecen mucho más anchas que en Los Ángeles. Aprieto mi bajo vientre desde atrás contra su trasero, y ella empieza de inmediato a embestir con el culo, como si estuviéramos follando, cachonda, voraz, desenfrenada, brutal, totalmente caótica…

Abro los postigos de la ventana y entra en la habitación un viento helado que hace aletear las cortinas como las llamas tras una explosión.

Construimos una casa en lo alto de un grupo de árboles gigantescos. Los troncos se tambalean y crujen bajo el viento huracanado, como los mástiles de un barco en plena mar gruesa. Por encima de nuestras caras, las restallantes copas de los árboles parecen un grupo de caballos que, bajo la tormenta, se arriman los unos a los otros. De vez en cuando reluce la chispa de una estrella por entre las crines de las ramas.

Bernard Moitessier trabaja en la construcción en Sausalito, en cuyo puerto deportivo tiene amarrado el *Joshua*. Ya no puede pagar la cuota de amarre.

Ahora busca un país donde el coste de la vida sea más bajo, para poder dedicarse a escribir nuevos libros. Decidimos embarcamos hacia Polinesia, pero el viaje duraría dos meses, y yo no tengo tanto tiempo. Nos decidimos por México, donde quiere quedarse algún tiempo en una pequeña cala. Primero nos adentramos algunos cientos de millas en el océano Pacífico describiendo un ángulo. Como aquella otra vez, en la popa del barco se levantan unas olas tan grandes que parece imposible que puedan crecer aún más. Pero siguen creciendo y creciendo, mientras, congelado y calado hasta

los huesos, paso las noches agarrado con todas mis fuerzas al timón, para no salir despedido por la borda. El *Joshua* lleva una semana fuertemente escorado, y avanza día y noche a toda vela. Bernard me ha enseñado a navegar orientándome con ayuda de las estrellas. No lleva ni un sólo instrumento a bordo, excepto una brújula y un sextante. Resulta embriagador navegar guiándose por las estrellas, pero estoy hambriento y agotado. Bernard se ha echado a dormir algunas horas; ha estado bregando duro, y no puedo despertarle. ¡Ojalá el mar se calmase un poco! No tengo miedo: es demasiado imponente, demasiado enorme, demasiado sobrecogedor. Casi protector como una madre. Como el amor. ¡Sí, es mi Nanhoi! Como aquella vez en el Atlántico, hablo con el mar y le suplico que se calme, porque estoy agotado. Y como aquella vez en el Atlántico, Nanhoi acude a mí para decirme que siempre está a mi lado y que me quiere, aunque navegue hasta el fin del mundo. Y, como aquella vez en el Atlántico, el mar se calma un tanto y ya no tengo que sujetar el timón con tanta fuerza, pues el piloto automático, cuyos catavientos se rompían una y otra vez bajo la tempestad, ahora trabaja solo, y puedo limitarme a comprobar de vez en cuando el rumbo con la brújula, y, si es necesario, corregirlo. En otras palabras, al menos puedo echar una cabezada de vez en cuando.

En la cala mexicana, un huracán atrapa al *Joshua* y lo zarandea tanto rato que los mástiles se desploman, el aparejo acaba hecho jirones y todo lo que había bajo cubierta queda hecho cisco. Cada tres o cuatro segundos, durante toda la noche y todo el día y la noche siguientes, el huracán empuja de aquí para allá el casco de acero del *Joshua*, inundado de lodo, hasta que suelta de sus garras a la nave y se marcha por donde había venido. Bernard y yo logramos salvarnos, pero el *Joshua* zozobra y hay que rescatarlo, y Bernard tiene que venderlo para pagar los gastos.

Ken Russell quiere rodar conmigo la vida de Beethoven. Hablamos varias veces por teléfono y finalmente nos encontramos en Escocia. Pero Ken no consigue resolver la financiación.

En Marin cosecho mis primeras ciruelas. Es la primera vez que como unas ciruelas sin antes haberlas pagado ni robado. Hago mermelada, y en lugar de azúcar le pongo miel. Consigo la

mermelada más deliciosa que jamás he probado. Cuatro tarros llenos, de treinta centímetros de alto cada uno. La idea es que la mermelada llegue al invierno, pero antes de que pasen dos semanas ya me he comido los cuatro tarros con mi *babyboy*.

Cuántas veces, de niño, apreté la cara contra las ventanas enrejadas de los sótanos de las panaderías, de las que emanaba un estimulante olor a pan, caliente y protector como el vientre de una madre. Tengo que aprender a hacer pan. Quiero aprenderlo con vistas a un largo viaje. Lola me ha dado una receta de su madre. Me da también la receta de un pastel. Algunas veces me sale bien el pastel. Otras no es más que una pasta infame, pero me lo como igualmente.

Nuestro huerto es tan grande que podríamos alimentarnos exclusivamente de lo que cosechamos. Nanhoi ha plantado las primeras semillas de girasol, rábanos, judías, maíz y patatas. Pero tenemos que plantar muchas más verduras, sobre todo tomates. Necesitamos más manzanos, perales, melocotoneros y albaricoqueros. Tenemos verdaderas selvas de zarzamoras, frambuesa y arándanos; cada vez que llueve salen cantarelas y otros tipos de setas; hay montones de fresas silvestres y otras bayas. Plantaremos grosellas rojas y blancas, uvas crespas y ruibarbos. Así, en verano podremos cocinar «sémola roja» y preparar compota de ruibarbo. Plantaremos todas las hierbas que conocían los indios y, mucho antes que ellos, los chinos.

Podríamos vivir sin electricidad y sin teléfono. Ojalá no tuviera que volver a entrar en una tienda… Ni en ningún restaurante. Ni acudir a ninguna oficina de correos ni tener que parar en ninguna gasolinera. Oír sólo el lenguaje de las flores, las plantas y los animales, del mar, del cielo, de las estrellas, de las nubes, del viento. Sólo el lenguaje del sentimiento. El lenguaje de las almas, del cuerpo. Sólo el lenguaje del amor.

La bella y la bestia para la ABC en Hollywood. Pienso en la mágica película de Cocteau. No puedo pensar en otra cosa, ni siquiera cuando leo el espeluznante guión que ha degradado el más bello de los cuentos de hadas a una banal porquería hollywoodense. Les digo que rueden esa mierda sin mí.

Me habían prometido a Jessica Lange como pareja. Pero ahora quieren endosarme una de esas actrices-putas de Nueva York. Me conceden el derecho de traducir para mí palabra por palabra el texto de Cocteau del francés al inglés, pero todos los demás recitan los diálogos para idiotas, proletarios y faltos de imaginación, de la versión televisiva norteamericana. No hay palabras para describir el rodaje, o, mejor dicho, nadie se lo creería.

George Roy Hill casi se muere de risa cuando le cuento detalles. No porque lo encuentre divertido, sino porque le parece un verdadero chiste que se permitan cosas semejantes.

Ruedo la película en cinco días, no tenemos más tiempo. En medio de la escena en primer plano de la muerte del príncipe transformado en bestia, en medio de la frase «… un pobre animal que ha perdido su amor ya sólo puede ocultarse y morir…», un asno rebuzna por la megafonía:

—¡Corten!

Son casi las seis de la tarde, ¡o sea que ha terminado la jornada laboral fijada por el sindicato!

Mi *babyboy* y yo nos vamos a Disneylandia. Esta vez pensamos tomarnos varios días, porque para tres minutos de diversión hay que hacer siempre más de una hora de cola, y a veces incluso mucho más. Después de un día en el hotel de Disneylandia, mi agente me llama desde Hollywood. Sus informaciones son breves como un telegrama: George Roy Hill quiere contratarme para *La chica del tambor*. Productor: Warner Brothers. Tiempo de rodaje: cinco meses. Escenarios: Alemania, Inglaterra, Grecia, Israel. Sueldo, dietas, etcétera. Hoy mismo me mandan el guión al hotel de Disneylandia con un mensajero. ¡Mierda!

De camino a Yugoslavia, donde voy a rodar otra película, George Roy Hill quiere, si es posible, reunirse conmigo en Londres.

En Jerusalén, una periodista del *New York Times* me pregunta qué pienso de la situación de Israel y los países árabes.

—¡Basta de muertes! —le digo—. Hace casi treinta años que estuve en Israel por primera vez. Era como el nacimiento de un nuevo mundo, sin odio, presidido por la idea de la reconciliación y la paz. Los árabes de Israel no odiaban a los judíos, y los judíos no odiaban a los árabes. Y hablé con entusiasmo en todos los países de la Tierra de los maravillosos jóvenes de ese país maravilloso. Vi aquí, en Jerusalén, niños judíos jugando risueños en el suelo, ante los altos muros donde había apostados centinelas árabes armados de ametralladoras. Aquella visión resultaba sobrecogedora.

»Eso fue en la época en que la ciudad estaba dividida. Actualmente Jerusalén es israelí, y ya no hay árabes apostados en los altos muros y armados de ametralladoras.

»En los parques de la ciudad vieja crecen flores de brillantes colores, pero las alambradas siguen ahí, sólo que ahora están cubiertas de flores y adornadas con alguna que otra lata de Coca-Cola.

»Hace más de treinta años, cuando emigraron a Israel niños con el número de identificación del campo de concentración marcado a fuego en la piel, les dieron papel y lápices de colores para ver qué dibujarían. ¡Todos dibujaron alambradas! ¡¿Queréis que los niños de esta generación crezcan también rodeados de alambradas?!

Lo que dije se publicó en el *New York Times* completamente tergiversado. Me da igual lo que digan de mí los periódicos. Me parece más grave que la periodista no fuera capaz de decir la verdad a las personas a las que afecta la cuestión.

A menudo, Nanhoi arranca una flor y me la trae. Cuando no está conmigo, suelo coger alguna flor que encuentro en el bosque, la meto en un sobre y se la envío.

Cuando paseo de noche por el bosque y rozo con mi frente el cielo estrellado, cuando vago por delante de un mar enorme que se encrespa por momentos, cuando, en pleno día, me tumbo sobre el musgo y me abrazo a un árbol, mientras las nubes cabalgan por encima de mí y los aguiluchos trazan sus círculos desde siempre y para siempre, sé que estoy muy lejos y que nunca volveré a caer en las viles trampas de los hombres, ni en sus guetos, en los que la locura ronda sigilosa y está al acecho. El amor de Nanhoi me

salvará del infierno de mi existencia, y nos equiparemos para el gran viaje. No tengo ninguna otra explicación, y confieso sinceramente que no comprendo otra cosa. Cuando los humanos se hallan ante algo que no pueden concebir ni alcanzar, intentan identificarlo, registrarlo. Y, sin embargo, es bien fácil asumir que la muerte y la vida son fenómenos místicos e incomprensibles. Que para vivir se necesita pasión. Amor.

El amor es pasión y la pasión amor. ¡Anhelo de vivir! No hay que querer ser capaz de analizar y etiquetar esas cosas. Durante toda mi vida no he hecho más que tartamudear al intentar expresar lo que sucede en mi interior, lo que siento, lo que sufro y lo que me hace indeciblemente feliz. Si no fuera porque me han preguntado por ello, tampoco lo expresaría ahora, cuando creo que quizás he encontrado palabras que podrían comprenderse. Y cuanto más capaces son las palabras y las fórmulas de expresar lo que quiero decir, tanto más dudosas y débiles me parecen las palabras y las fórmulas. ¿Puede «expresarse» una tormenta? ¿El fuego? ¿El mar? ¿El cielo? ¿Las estrellas? ¿La muerte y la vida? ¿La supresión del tiempo? ¿El pasado, el presente y el futuro? ¿La reencarnación y la preencarnación? ¿Lo que uno ve y siente? ¿El tormento y la salvación? ¿La tristeza y la alegría? ¿Uniendo letras para formar palabras, y palabras para formar frases?

La gente me llama «actor». ¿Qué es eso?

En cualquier caso, no tiene nada que ver con las sandeces que la gente viene soltando desde siempre sobre el asunto. No se trata de una vocación, ni tampoco de un oficio, por más que me gane el sustento con ello, pero eso también lo hace el monstruo de dos cabezas en la feria. Es algo con lo que tiene uno que intentar convivir hasta que consigue liberarse de ello. No tiene nada que ver con tonterías como el «talento», ni es algo que pueda hacerle creer a uno que es alguien importante, ni nada de lo que pueda uno sentirse orgulloso. Eleonora Duse, la más grande actriz italiana, dijo al final de su vida: «Me he equivocado en todo. Habría hecho mejor dedicándome completamente a mi hijo. El teatro nunca me ha hecho sentir la plenitud que sentía cuando estaba con mi hijo».

Una vez, de pequeño, me puse la ropa de mi madre, porque no tenía otra cosa con qué jugar. Mi imagen en el espejo me fascinó: mi reflejo era como una sucesión de imágenes superpuestas que se

penetraban las unas a las otras; mientras, mi atuendo se transformaba sin parar. La ropa de mi madre se transformaba bajo el impulso de mis fantasías, que conjuraban el resurgimiento de mis vidas pasadas. O de mis vidas futuras. Es la encarnación lo que determina el atuendo. Sin ella, la ropa carece de sentido. Queda anónima, como en el carnaval, donde cualquier persona puede estar oculta tras cualquier disfraz.

Una vez tuve una máscara japonesa de madera. Una de esas máscaras lacadas en blanco, totalmente impávidas y neutrales, que parecen del todo inexpresivas. Aposté con unos amigos que, al impulso de mi voluntad, la máscara adoptaría, en cuanto me la pusiera, la expresión que yo determinase. Es decir, que la máscara expresaría lo que yo sintiera. Absorbería la expresión de mi rostro y se dejaría penetrar por ella, se preñaría de ella y la pariría de nuevo. Me puse la máscara en la cara, que la llenaba completamente. Luego empecé a sonreír o llorar alternativamente. Y la máscara lloró o sonrió.

Lo que me sucedió entonces, cuando, siendo niño, me puse la ropa de mi madre, fue algo inconsciente. Más adelante, provoqué ese renacer cada vez más a menudo y con plena consciencia, con toda previsión y siempre que quería. Actualmente ya no puedo resistirme a ello, incluso aunque ande prevenido día y noche, incluso cuando duermo, incluso cuando sueño, como un perro lobo que aguza las orejas mientras duerme. El peligro de no poder librarme de las encarnaciones que yo mismo he conjurado es cada vez mayor. Dan a luz otras encarnaciones, que a su vez dan a luz a otras, y así sucesivamente.

Criaturas asilvestradas que se abren paso desde lo más hondo de mi alma como desde dentro de una prisión abarrotada, cueste lo que cueste y decididas a hacer saltar en pedazos la envoltura de mi persona, dejando sólo desolación a su paso. Plantas del alma que crecen caóticamente hacia lo alto y se expanden en todas las direcciones. Se ocultan hasta en las ramificaciones más sutiles de mis sueños. Envenenan mi sueño. Me estrangulan. Intentan hacerme caer de lleno en la demencia. Da inicio una lucha despiadada que parece no ir a terminar nunca.

Un productor me cuenta el argumento de una película. En un pasaje de la narración, suelto un aullido y no le dejo continuar. No puedo soportar el destino del personaje que tengo que interpretar en la película y al que ya doy vida mientras escucho el argumento. Esa encarnación no es deliberada, no puedo provocarla. Me veo sometido a ella. Desamparado. Abierto de par en par y presto a recibir, desde el mismo momento en que he dado permiso al productor para contarme el argumento de la película.

Los demonios —qué otro nombre podría darles— se abalanzan a traición sobre mí, en especial cuando estoy agotado y débil. Llegan en jaurías, me acosan y me acorralan. Da igual que esté soñando o despierto, en la oscuridad de la noche o en pleno día. Si me desmoronara, se echarían sobre mí. Ése es también el motivo por el que no puedo soportar tener cuadros colgados de las paredes y convivir con ellos. Cuando paso por delante de un museo, me siento como si pasara por delante de una cárcel, un manicomio o un zoológico. La simple idea me resulta dolorosa. Me resulta insoportable lo que veo en esas caras pintadas de animales y plantas encadenados y anestesiados.

En ciertos objetos, incluso en ciertas situaciones. En todas esas cosas disecadas y embalsamadas como cadáveres. El instinto asesino del tigre se atrofia como el cachorro de león en el circo, que pasa de mano en mano entre el público, y cuyo pelaje de animal nacido en cautividad está deslustrado y sin brillo, gastado como un pavimento pateado por los pies de la gente. El sol palidece en el cielo. El cielo frunce el ceño. El viento, caído de una trampa, agoniza. Albatros con las alas rotas bajo el pie de los humanos. El blanco encaje de espuma de las olas se seca. La luz de las estrellas se hace mortecina…

En Viena me detengo ante un escaparate en el que hay violines expuestos para su venta. En un rincón del escaparate hay un grabado enmarcado, de unos treinta centímetros de alto, de un hombre de aspecto inusual. Tiene una cara feroz y devastada por la pasión… «Los faldones negros de mi frac arrugado, que no me he mudado desde hace treinta años… mis bucles negros como ala de cuervo, que ondean sobre mis hombros… en mi cuerpo

grotescamente deforme hay cierto acartonamiento… y al mismo tiempo, algo así como un animal enloquecido… Mis brazos largos y mis manos enormes parecen aún más prolongados cuando cuelgan inertes, con el arco en una mano y el violín en la otra… Mi feo semblante, con la boca desdentada y desfigurada en una cínica mueca… Mi horrible cara —que aún parece más torturada a la pálida luz de las candilejas—, en la que hay grabadas señales imborrables de honda aflicción, genio e infierno… Pero todo mi escalofriante aspecto queda olvidado —y ninguna esposa duda un instante en engañar a su marido conmigo— cuando me pongo el violín bajo la barbilla y empiezo a tocar…».

Debo de haber estado mucho rato parado ante el escaparate, porque ya empieza a oscurecer. Entro en la tienda de violines y pregunto al dueño quién es el personaje del grabado. Me dice: «Paganini». Sé que fui Paganini.

¡Aunque cueste de creer, existe algo a lo que llaman «escuelas de actores»! Nunca he podido entender qué quiere decir eso. Le propusieron a la Duse que abriera en Estados Unidos una escuela de actores, eso que llaman un *actor studio*. El éxito, le dijeron, estaba asegurado, ya que muchos se pelearían por ser alumnos suyos. La Duse respondió: «Soy la persona menos apropiada para eso, porque el primer día les diría a los alumnos que no volvieran a clase».

¿Cómo puede creer nadie que se puede «aprender» a sentir y que se puede aprender a expresarlo? ¿Cómo se puede enseñar a otra persona lo que es reír y lo que es llorar? ¿Lo que es estar contento y lo que es estar triste? ¿Lo que es el dolor y la desesperación y el anhelo y la pasión? ¿El odio y el amor? ¿Cómo se puede perder el tiempo de uno mismo y de los demás con semejantes patrañas? ¿Se puede aprender el instinto? ¿El olfato? ¿La concepción? ¿El parto? Todo es vibración, magnetismo: la recepción de la semilla. El sobresalto en pleno sueño de una madre a cuyo hijo le sucede algo malo. La gota de sangre que electriza a los tiburones y a las pirañas. Las vibraciones hacen desprenderse icebergs enteros, y provocan aludes, causan inundaciones y terremotos, flagelan los mares y desganan la tierra.

Pero hay algo peor que los imbéciles que creen poder aprender

eso: los que fingen poder enseñárselo. Ofrecen los métodos más infames y enfermizos para atrofiar a los desprevenidos. Lo que les enseñan son malos modales. Cuando uno de esos perritos amaestrados se sienta en público (a lo mejor lo hace igual en el retrete), no se sienta, sino que se repantiga, con lo cual pretende sugerir que su comportamiento es «natural». Él, o ella, se rasca la cabeza (a pesar de los muchos productos contra el picor que se anuncian) y se hurga la nariz, con lo cual pretende sugerir que él o ella no tiene complejos y se mueve con toda espontaneidad. Veamos lo que sucede, por ejemplo, en un
talk-show
en Nueva York: Anthony Quinn se disculpa ante el público por llevar corbata, pues al salir al plato se da cuenta de que todos los demás van vestidos aposta de un modo descuidado, con la camisa abierta y algunos incluso sin chaqueta, en vaqueros y una simple camiseta. La culpa de que él lleve corbata, alega, la tiene su mujer, tan meticulosa ella, en sus propias palabras (como si no fuera capaz de decidir por sí mismo si se pone corbata o no). Tras esta «original» introducción, en la que él es el único que se ríe, y tras guardarse la corbata bien enrollada en el bolsillo de la chaqueta y abrirse el cuello de la camisa, intenta, del modo más basto posible, cruzar las piernas, o mejor dicho, intenta colocar el talón del pie derecho encima del muslo de la pierna izquierda, cosa que, por más que se esfuerza, dista de conseguir. Eso significa que normalmente nunca intenta colocar el talón del pie derecho encima del muslo de la pierna izquierda. La mayoría llevan zapatillas deportivas por si acaso. Aunque vistan terno, camisa y corbata. Tanto los bordes del cuello como los puños de la camisa están gastados de tanto lavarlos (seguramente la camisa proviene del vestuario de alguna película), aunque sean millonarios. Sin duda eso pretende sugerir que el individuo que luce ese atuendo no es un pequeño burgués, sino un artista.

Pero para quedar bien, lo más aconsejable es llevar una camiseta troquelada, con el nombre de alguna asquerosa cerveza imbebible o una de esas frases horribles y sin chispa de ingenio que pretenden ser divertidas. Una vez estuve mirándole insistentemente las tetas a una chica que llevaba estampada en la camiseta la palabra TÓCAME. Pronto acabó retirándose con una expresión en la cara que decía

que me denunciaría por violación si me atrevía a seguir tocándole con los ojos las tetas ilustradas.

En Francia, en París, las entrevistas en la televisión son terribles. Basta con ir un poco desaliñado y despertar cuando menos la sospecha de ser comunista. Hay que presentarse sin afeitar y un poco sudado, con el pelo amazacotado y sin peinar, naturalmente llevando una vieja cazadora de cuero, adquirida acaso en el mercadillo de ropa vieja. Morderse las uñas sucias, rascarse la barriga y las piernas, hurgarse la nariz y las orejas y, sea un hombre o mujer, rascarse también la cabeza, por supuesto.

Ésos son los resultados de esos puñeteros *actor studio*. Yo mismo lo he experimentado en mi propia carne, pues mientras estaba rodando una película en Hollywood se declaró de repente esa contagiosa epidemia. En el mundo entero, antes de cada toma la gente se concentra (si es que no ha captado todavía que, por principio, en el lugar del rodaje no hay que hacer ruido y se debe estar callado en la medida de lo posible), o por lo menos intenta no molestar al que está delante de la cámara. Como he dicho, se está uno calladito, sin hacer ruido ni moverse para nada de donde está en el momento en que suena el aviso, tenga o no que participar en la escena siguiente. Y, sin embargo, lo que veo es que esa gentuza que acaba de terminar los estudios con el diploma de «actor» en una de esas escuelas para idiotas, en lugar de cerrar el pico se dedica a pegar brincos como víctima del baile de san Vito, haciendo ruidos de vomitada, gruñendo como cerdos, haciendo muecas ridículas, riendo de forma antinatural y estridente, iiiii… uuuh… aaaa… ooo… eeeee… Berrean y gimotean, y uno incluso boxea con el aire. Creo estar viendo a unos enfermos mentales en plena crisis. Me siento asqueado e indignado, enormemente molesto. No me cabe en la cabeza que se consientan esas cosas, mientras que el paleto del «director» responsable de ello está ahí de pie como un pasmarote, pensando que eso debe de ser lo normal (probablemente se lo hayan dicho). Exijo que rocíen con DDT a esos insectos o que les hagan guardar silencio, o de lo contrario me iré del estudio. Sólo entonces cesan los ataques.

Para muchos, el no va más del arte interpretativo consiste en

«meterse en la piel de otros». (¿Cómo se hace eso? No creo que se refieran al prepucio) para «acomodarse» al personaje que uno debe interpretar. Shakespeare escribió Hamlet para un actor gordo de su compañía, al que juzgó capaz de encarnar ese personaje. ¿Habrá que empezar a cebarse, para poder ser un Hamlet gordo? ¿El destino, el dolor o la alegría tienen algo que ver con ser alto o bajo? ¿Con ser gordo o delgado? ¿Viejo o joven?

La gente siempre se imagina a Hamlet delgado. A Romeo, guapo. A Otelo, enorme. Y luego se hacen cruces de que una joven hermosísima se deje follar por un hombre feo y mucho más viejo que ella. O de que le quiera.

Es innegable que el aspecto físico es un detalle que redondea la encarnación de un personaje, pero no está escrito cómo ha de ser ese aspecto físico, que, al cabo, no es más que un detalle, subyacente y de importancia muy variable. Tampoco puede decirse nunca si la encarnación es una reencarnación, algo de lo que sólo sospechamos que ya se ha producido alguna vez. Al fin y al cabo no se sabe si lo pasado está pasado, o es quizás un espejismo visionario de algo que aún está por suceder. Como tampoco puede asegurarse que aquello que se cree ver en el futuro no pertenezca quizás al pasado. Y tampoco existe el calendario, es decir, no existe el tiempo. Lo importante es saber que todo es reencarnación o preencarnación y que lo que cuenta es que la metamorfosis sea *completa*. El tipo, la forma y el color que adopte es algo que emana de la propia metamorfosis. Eso también atañe a la materia. A los objetos. A las ideas. A los sentimientos. A las situaciones. A todo.

Es cierto: hace mucho tiempo, yo podía ser, sin dificultades, un perro o un caballo, un ave, una serpiente, un gato, un pez, una oruga, una mariposa, hasta un gusano. No mediante estúpidas muecas. Sino apropiándome de sus órganos. De sus prismas de visión. De su sentido del oído y del olfato. De su sexualidad, su apareamiento, su fecundación, su preñez y su parto. Ya sentía todo eso de niño, pero no podía interpretarlo. La primera vez que tuve conciencia de ello, incluso físicamente, fue al interpretar a la mujer de *La voz humana* de Jean Cocteau. Por las noches salía a la calle vestido de mujer, con bragas, sostenes, ligueros y zapatos de tacón alto. No para exhibirme, sino sólo para mí. Me parecía natural y lógico ir vestido de mujer, ya que me sentía mujer desde el inicio de

la metamorfosis. Tenía plena conciencia de ser mujer. Del mismo modo que, si se tiene la conciencia de ser hombre, resulta natural ir vestido de hombre y no de mujer. Del mismo modo que hoy, ahora, en este instante, puedo ser un niño. Mi propio hijo, así como su madre y su padre. O ambos a un tiempo.

Cuando fui Woyzeck se me hizo más consciente que nunca, y de un modo más pavoroso, la perfección de la metamorfosis. Woyzeck, que asesina a su mujer, a la que quiere más que a nada, y luego enloquece y se ahoga, dejando solo al hijo de ambos.

Padecer todo eso produjo en mi ser unos efectos desoladores, como si no sólo hubiera sufrido desde siempre como Woyzeck, sino que fuera a sufrir una y otra vez como Woyzeck. Una malaria del alma, que siempre vuelve por sus fueros. Todo mi ser es un caldo de cultivo para las conmociones del mundo. Para el pasado, el presente y el futuro. Toda vida y toda muerte, todas las vibraciones me traspasan. El universo entero se aboca en mi interior, arde en mi interior y rabia en mi interior y a través de mí. Me asola. Viene y va cuando quiere. Me domina, me da órdenes, me aprisiona, me amenaza y me espera siempre y en todas partes. Me empapa, me sorbe, crece a través de mí. Está en mi médula espinal. En mi masa encefálica. En mi sangre. En mis huesos. Mis músculos. Vísceras. Mis órganos sexuales. En mi esperma. En mi carne. En mis ojos. Mis oídos. En mi sentido del gusto. En mi sentido del olfato. En mi sentido del equilibrio. En mis risas. En mis lágrimas. En mis días así como en mis noches. En mis pensamientos. En mis sentimientos. En mi coraje y en mi miedo. En mi desesperación y en mi esperanza. En mi debilidad y en mi fuerza. Siempre y en todas partes.

Las sensaciones contrarias me desgarran, los pensamientos opuestos, a menudo al mismo tiempo, sin que importe si puedo soportarlo o no. En las calles de París, de Tokio, de Nueva York, Los Ángeles, Ciudad del Cabo, en la India, China, en Manila, Marrakech, en San Francisco, Londres, Moscú, Río de Janeiro, Katmandú, en áfrica Central, o en la selva de Brasil y Perú, en el Sahara, el Himalaya o en el mar, el universo traspasa mi ser. Cambia sus formas en mi interior. Me cambia a mí en sus formas. Cambia, cambia, cambia…

Una montaña se convierte en una ola gigantesca. Una ola monstruosa se convierte en un peñasco helado.

No sé cómo acabará todo esto. Sólo sé que lucharé y que el amor de Nanhoi y el mío serán más fuertes que cualquier maldición y cualquier anatema.

Mi hijo es mi vida. Es mi dios. Creo en su fuerza infinita. Creo en la magia de su amor. Es la encarnación del amor. La encarnación de la vida. La encarnación de la belleza. A través de él me salvaré y me curaré.

Entonces la herida de mi alma dejará de sangrar, la herida que una vez creí que no podría cicatrizar nunca, que creí que tendría que abrir de nuevo justo cuando empezase a curarse. Entonces, cuando no sabía aún que no existe marcha atrás desde el momento en que se ha empezado a ser la encarnación de todo lo que existe. Entonces, cuando, aún sintiendo que no podía dejar de ser lo que llaman «actor», me decía a mí mismo, sin embargo, que sólo lo hacía por dinero y que sabe Dios que hay cosas peores. Ahora, hoy, prefiero personalmente ser pobre, pero sin pesadillas y sin manías persecutorias, sin el martirio de la encarnación incesante y consciente. ¡Ojalá pudiera hacerlo! ¡Ojalá dependiera de mí! ¡No quiero ser actor! ¡Quisiera no haber sido nunca actor! ¡Quisiera no haber tenido nunca éxito! Hubiera preferido ser una puta callejera y vender mi cuerpo, antes que vender mis lágrimas y mis risas, mi tristeza y mi alegría.

Esos actorzuelos, a la que «interpretan» a un cura o a un policía, empiezan a desbarrar sobre la moral, la pena de muerte y qué sé yo qué paridas. La palabra más mentecata del mundo es «declaración». ¿Que declaración? Uno de esos imbecilizados policías televisivos (no sé su nombre) concedió una vez una entrevista a *Playgirl*, esa revista norteamericana para pollas flácidas. ¡Estaba la mar de orgulloso de su paso por el *actor studio* de Nueva York, durante el cual fue un verdadero soplón de la policía! Luego habla de su abuelo, ¡un hombre tan honrado que se negó a aparcar su coche junto a un parquímetro en el que aún quedaba tiempo pagado, porque ese dinero no lo había ganado él mismo! Sobra decir que ese gusano tiene un careto tan insoportablemente soso y aburrido que no se explica uno cómo se puede permitir que algo así salga impunemente por la pantalla. Con sus cerebros de supermercado,

creen poder comprarlo todo a un precio de risa en una liquidación: calzoncillos, corbatas, Pepsi-Cola,
Black & Decker,
tarjetas de crédito, el derecho al voto, cuentas bancarias, pólizas de seguro de vida, seguros de enfermedad, seguros de invalidez. Son culturistas, propietarios de perros, hacen *jogging*, son miembros de un jurado, ganadores de premios cinematográficos y… ¡«actores»! Según el *Playgirl*, automáticamente, sin que nadie sepa por qué, quedan encuadrados en un grupo de supuestos *sex-symbols*, aunque cualquier furcia, por mediocre y cretina que fuese, les pegaría una patada en los huevos. Ese «actor»-soplón de la policía dice de pronto durante la entrevista a su mujer, que por supuesto está presente: «¡Por favor, *honey*, no cuentes la historia de cómo me sedujiste (con lo que intenta dar a entender que esa arpía es seductora), por favor!». (Lo cual significa en realidad: «¡¡Venga, cuéntalo de una vez!!»). Naturalmente, ese gilipollas integral de entrevistador se mezcla enseguida en la conversación (al fin y al cabo, ésa es la idea del asunto) y dice: «¡Nada de eso! ¡A contarlo! ¡De ésta no te escapas!». Y entonces la esposa-arpía de ese soplón-actor-*sex-symbol* ¡cuenta la anécdota de cómo conoció a su marido y lo besó por primera vez!

Siempre hay gente que me pregunta si en mi vida privada hago lo mismo que los personajes a los que encarno en las películas. Si poseo las mismas facultades y peculiaridades de carácter. Por ejemplo, cuando se supo que yo sería Paganini, todo el mundo me preguntó de inmediato: «¿Toca usted el violín?». Yo respondí: «Sí, hace ciento cincuenta años. Pero cuando ruede la película volveré a tocar». ¿Por qué nadie me ha preguntado nunca a cuántas personas he matado en la vida real, ya que en la pantalla lo he hecho tan a menudo? De todas maneras, seguro que lo piensan.

Ser actor no significa ser una «buena» o una «mala» persona. Además, eso al público no le interesa.

Durante toda mi vida he oído decir: «El cine es magia». Hoy día, cualquier nulidad recién llegada puede encontrar un «trabajo» de actor (si se lo propone con el empeño fanático de una rata abriéndose paso por una alambrada). A cualquier cosa la llaman trabajo. Verdugo, predicador, fontanero, policía, revisor, carnicero, crítico, sepulturero, actor, dentista, director d«: cine, proxeneta,

etcétera. Para ningún trabajo exigen un certificado de aptitud. Y quién no quiere que los demás vean o escuchen sus bodrios. Los demás lo consienten para poder endilgar a su vez sus propios bodrios. Todo eso puede acabar como el rosario de la aurora. La nueva secretaria de mi agente le dijo a éste que su psiquiatra le había desaconsejado permitir que Kinski le metiera mano en el coño. Ese psiquiatra era un cretino sin certificado de aptitud, como demuestra el hecho de que poco tiempo después la secretaria me diera su número de teléfono por iniciativa propia No podía contener las ganas de que le metiera mano en el coño de una vez por todas.

Sí, hasta la propia jodienda se pone en entredicho en esta época de la fanfarronada, del engaño y la mentira, de la ignorancia, de la petulancia, de la hipocresía, del embrutecimiento, de la castración, de la frustración, de la falsedad, de la calumnia, del chantaje, del acaparamiento de dinero, información, bacterias, cromosomas, sangre, bombas atómicas, alimentos envenenados y bodrios. Primero lo garrapatean en papel de periódico, como alguien que ha pisado una mierda y va pringando con ella la acera a lo largo de varias manzanas de casas. Y luego esa mierda untada hasta el máximo se almacena en un microfilm.

Una de esas ocupaciones que apestan bestialmente a letrina es la critica, que los críticos cagan y otros untan en papel de periódico, que se esparce como mierda de perro y lo ensucia todo. ¿Es una profesión, eso de «crítico»? Eso que llaman «clasificación» de películas es el último estadio antes del reblandecimiento definitivo del cerebro. Surgen equipos enteros de críticos, paralíticos que cotorrean impotentes, impertinentes y arrogantes como fanáticos religiosos. No temen que nadie los cualifique a ellos. Simplemente están ahí y abren sus bocas malolientes. O encuentran a Fellini «acertado» o bien «completamente fuera de lugar», por no decir «ridículo». Son aún más asquerosos que los más lamentables anuncios de «protección masculina», porque ni siquiera poseen la miserable capacidad de grabarle en la polla al comprador un sello de calidad. Cuanto más tiempo lo hacen, es decir, cuanto más tiempo pasa sin que nadie venga y los extermine con raticida tanto más desvergonzados se vuelven esos chuchos gruñones.

¡Ponen «notas»! (como los idiotas de la escuela), ¡del uno al diez o algo así, con medios puntos, como si quisieran desquitarse de ser

tan miserables! Tienen la osadía de decirle al público lo que es «bueno» y lo que es «malo». Es fácil imaginarse con qué clase de bazofia se alimentan.

El público está aburrido y cansado de toda la demás mierda con que le envenenan. Probablemente sea ése el motivo principal por el que puede existir esa plaga. A quién le preocupa el herpes cuando existe el peligro del sida.

También hay otros grupos de auténticas plagas de moscas de la mierda como los llamados «cazatalentos», o, en otras palabras, los agentes de cine y de teatro. Dicen que no conviene hacer películas demasiado buenas ni tampoco demasiado malas; de vez en cuando, por el dinero, sí, pero luego hay que rodar inmediatamente una «película de calidad» con tal o cual pareja femenina o masculina, con tal o cual director, etcétera.

Ni siquiera como macarras se les puede tomar en serio. Porque si la puta a la que quieren chulear es buena, no necesita a ningún macarra Ella sólita es capaz de follarse a quien le dé la gana.

Para mí es importante el niño de Nápoles, Marrakech o Vietnam que me para por la calle para decirme que me ha visto en el cine, da igual en qué película. Que no se ha olvidado de mí (aunque no tengo la pretensión de ser inolvidable para el mayor número de gente posible, ¡al contrario!). Pero es la prueba de que esa estupidez de películas A, B y C son engendros de la sordidez de cerebros paralíticos. Porque las películas que los niños suelen mencionarme podrían pasarse perfectamente por el forro semejante clasificaciones.

No hay películas «más importantes» ni «menos importantes». Para uno la importante es ésta, para el otro aquélla. O hay fascinación o no la hay. Y eso no les corresponde juzgarlo a esos molestos moscones autodenominados «críticos». A la mayoría de la gene le dicen de la mañana a la noche: «¡Cierra el pico!». A su vez, ellos le dicen a otro que no les tape la boca: «¡Cierra el pico!». Y luego dicen: «¡Escuchen!». Y pierden los papeles cuando se les responde: «¡No! ¡No quiero escuchar tus porquerías, so gilipollas!».

Cuando durante el rodaje de una película «sucede» algo real y no se echa a perder por culpa de la cámara o del montaje, es decir,

cuando algo así emana de la pantalla del cine y penetra en la gente que ve la película, no hace falta crítica alguna, porque el público es capaz de reaccionar por sí mismo. ¿O es que esos capullos, esos bocazas se creen más dotados que nadie y toman por tonto al público?

¿Por qué se permite (y se subvenciona e incluso se financia) el rodaje de una película «mala»? ¿Quién es el que lo permite? Si existe el mercado libre, ¿por qué esos críticos-eunucos no dejan en paz a las películas «malas» y a las películas «buenas»? ¿Acaso se critica públicamente a una puta por follar mal (aunque en este caso aún habría que aclarar quién es el que folla peor)? Si son esos gusanos de críticos quienes han de decir qué y cómo debe hacerse, ¡que Dios nos coja confesados! ¡Ser crítico no es ninguna profesión! Los críticos no son más que una plaga que va extendiéndose porque se les deja actuar impunemente. Nunca se sabe dónde tiene su origen una epidemia. Lo importante es encontrar una vacuna contra ella. Siempre es lo mismo: el que no puede ser juez o miembro de un jurado y entregar a alguien al patíbulo, quiere al menos poder poner nota a una película, o a un cantante o a un bailarín o a un pintor o a un libro. Criticar, corregir, decorar, plastificar, analizar, diseccionar, embalsamar, cualificar, esterilizar… Para la mayoría, criticar significa que uno sabe más cosas y puede hacerlo mejor, pero sin tenerlo que demostrar de inmediato. Los actores, directores, productores, escritores, etcétera, sin excepción, se sienten contentos y agradecidos cuando les llaman a formar parte del «jurado» de un festival de cine. Se les «selecciona» del mismo modo que se selecciona a los buenos ciudadanos para formar un jurado. No sólo se enorgullecen de ello, sino que se muestran completamente cambiados, deformados, realmente desfigurados. Cuando, durante el festival, tropieza uno con ellos de camino hacia su reunión del jurado, nunca «tienen tiempo». Apenas le conocen a uno y, en lugar de responder al saludo, contraen los labios en una mueca compasiva. Durante el período en que son jurados, seguro que tampoco follan, o únicamente lo hacen con otros miembros del jurado.

Después de cada festival corren rumores de soborno. Pero no se trata de meros rumores. Sé de festivales en los que se puede comprar el premio. Pero el ansia de «fama» e «importancia» es peor

que cualquier soborno. Resulta físicamente repugnante ver cómo los premiados prácticamente masturban al premio mientras pronuncian su penoso discurso de agradecimiento. Y luego las caras hostiles de los otros, los que no se han llevado ningún premio. Todo eso revela una enorme falta de tacto. Como cuando, siendo niño, me invitaron a un reparto de regalos de Navidad para niños pobres cuyos padres no tenían dinero para regalos. Además de ponerle a cada niño unos cuantos trozos de pastel en un plato de cartón y una taza con chocolate, se les iba llamando y se les entregaba en mano un paquetito envuelto en papel de regalo. Cada vez que llamaban a un niño, se me arrasaban los ojos en lágrimas. Lágrimas de rabia. Si les hubiesen dado dinero a nuestras madres, cada una habría podido hacer un regalo a su hijo. Pero allí las madres estaban sentadas con nosotros, viendo cómo otras personas, en lugar de ellas mismas, «hacían regalos» a sus hijos queridos. Es cierto que cogía todo lo que fuese comestible, porque nunca comía bastante, pero me habría gustado mandar a la mierda a la condescendiente piedad «social» de aquellas ceremonias, y habría preferido aplastar la nariz contra la ventana de una panadería y absorber, hasta que se me reventaran los pantalones, el cálido aroma del pan como si fuera la leche de los pechos de mi madre.

¡Ningún niño se merece que le den de comer de una manera tan humillante!

Una entrega de premios resulta tanto más detestable porque los que se pirran por esa quincalla no la necesitan, no la necesitan como un niño con hambre necesita alimento. Aún más para su tierna alma que para su cuerpo.

¿Y de qué están tan agradecidos esos adultos sedientos de premios? ¿Agradecidos de ver satisfechas sus ansias de prestigio? ¿Sus ansias de fama? ¿De dinero?

Y además, ¿qué pasa con todos los demás que también merecen un premio? ¡O incluso más que los que lo han obtenido! A Charlie Chaplin y a Orson Welles nunca les dieron un Oscar.

¡A la mierda esos jurados de cabrones académicos!

¿Y a qué viene esa estupidez de los premios? ¿Para qué? ¿Y quién puede arrogarse el derecho a anunciar la decisión? ¿Y cuántos son los que se arrogan ese derecho, comparados con centenares de millones de espectadores? Una película no tiene mayor éxito porque

haya obtenido un premio. Al contrario, el público se siente secuestrado por una pequeña camarilla arrogante que se cree con derecho a dictarle qué es lo mejor.

Dejo que Herzog se encargue de recoger toda esa basura. Como un trapero, emprende largas giras de recogida de premios, en las que va rapiñando todo lo que le «conceden» por las películas que ha hecho conmigo.

¿Quién, por todos los diablos, puede arrogarse el derecho a pronunciar públicamente un «elogio»? ¿Quién puede reclamar el derecho a «conceder» algo?

Hay distinciones que se dan en nombre de la paz: el Premio Nobel (400 000 dólares libres de impuestos). También se lo dieron a Einstein, aunque descubrió la fisión del átomo (la bomba atómica). Más adelante lo lamentó de una forma «conmovedora». Hay premios por ser cómico y premios para las tragedias. Premios para la belleza y premios para la fealdad. Premios para el mejor y premios para el peor. Premios para el que es capaz de comer más y premios para el que es capaz de beber más… ¿Hay también premios para el hambre? Sí, récords de hambre, mientras que a los niños hambrientos no se les concede ningún premio. ¿Hay premios para accidentes? Sí, para los especialistas; para los accidentes de verdad, no. Los nazis condecoraban a las madres por los hijos que parían. Esa condecoración se llamaba «cruz de la maternidad»; se concedía la de bronce tras el cuarto hijo y las de plata y oro tras varios hijos más. Cuando los hijos crecían, entraban en el ejército y les daban medallas por matar. Premios para los asesinos. Cuando los mataban a ellos, las mismas madres que los habían parido recibían condecoraciones por sus hijos muertos. Medallas por las lágrimas, por el dolor y la desesperación. Medallas por las vidas destruidas. Hay premios para los salvavidas. Premios para las películas pomo: pollas y cojones.

A los toros y a los cerdos se les premia del mismo modo. El semental no necesita ningún premio por joder bien. Pero nadie le pide su opinión.

Luego la marca a fuego en el culo. El número perforado en la oreja, pegado en la frente o simplemente garrapateado en la piel, y

venga, al matadero. Los animales no pueden oponer resistencia. Los humanos, por el contrario, no sólo lo consienten, sino que hacen cola para apuntarse ellos mismos. La cosa empieza con el carnet de identidad (no se lo dan a todo el mundo). Luego el carnet de conducir, como premio por conducir bien. Pegatinas contra los accidentes de tráfico. El derecho al voto también es una distinción (!); por decirlo así, los colegiales crecen hasta estar maduros para ese premio. Tarjetas de crédito. Las tarjetas de identificación están cuidadosamente plastificadas, para que nadie las manche de comida. Y es que sus titulares no tienen ningún empacho en llevarlas puestas cuando van al restaurante a la hora de comer. Se creen importantes porque les dejan llevar encima algo que contiene un distintivo. Saberse registrados, clasificados, marcados, les tranquiliza la conciencia. Da igual dónde les pongan el sello. Si al mediodía, en vez de ir a comer, van a follar, ¿también llevan puesta la tarjeta plastificada de identificación? Les podrían coser el distintivo en el prepucio. ¿Por qué han de tener más suerte que los toros? Los condenados a muerte por fusilamiento también llevan una especie de pegatina: les pegan o les cosen un distintivo blanco en el pecho, para que los asesinos puedan apuntar al corazón. A los presos de los campos de concentración, incluyendo a los niños, les grababan a fuego en la carne, en el antebrazo, el número de identificación. Pero también los torturadores de las SS llevaban un número grabado a fuego en la carne, pero algo más discreto, debajo de la axila. Los soldados tienen sus marcas de identificación, a fin de no confundir los vivos con los muertos ni los muertos entre sí. En los hospitales, los pacientes llevan en la muñeca pulseras de plástico con el nombre y el número de paciente, para que no le saquen a nadie el hígado en lugar del apéndice, etcétera… Los recién nacidos también llevan esas pulseras de plástico.

A las puertas de los parques de atracciones de Estados Unidos hay hombres y mujeres jóvenes armados con sellos de tampón que estampan en el dorso de la mano de todo aquel que sale del parque de atracciones con la intención de volver a entrar. Aunque sólo vaya a mear. Por todas partes esos asquerosos sellos y pegatinas. En la comida y en los calzoncillos. También en las latas de cerveza, justo en el lugar en que se arranca el tirador de latón para beber. Te pegan la etiqueta del precio literalmente en la cerveza o el refresco.

Te bebes el precio junto con el líquido. En el depósito, los cadáveres llevan puestas unas etiquetas de identificación, a veces en el dedo gordo del pie. Es todo la misma chatarra: precios, premios, condecoraciones, títulos, marcas al fuego, sellos, estampados, pegatinas. Aunque sólo sea un número: siempre será mejor que nada en absoluto. Un número le hace a uno sentir que pertenece a algo, a ser posible a un grupo, por supuesto. Incluso los grupos de montañistas que aspiran a coronar una cumbre van pegando, escribiendo, imprimiendo, cosiendo, entretejiendo por todas partes el nombre de su expedición. ¿Para quién? ¿Para el monte Everest, el Anapurna o el Ama Dablam? También en las regatas de veleros la gente se dedica a garrapatear por todas partes. Hasta en las mismísimas velas.

Por todas partes indicaciones, muletas, sillas de ruedas, perros lazarillos para una sociedad intelectual y espiritualmente atrofiada. Ofuscamiento, embrutecimiento. Engaño y alcahuetería.

Existen libros titulados *Cómo ser escritor* (yo mismo vi leer un libro así a un tipo con pinta de pocas luces mientras hacía cola en una oficina de registro de automóviles). Existen libros titulados *Cómo cocinar patatas*. Hay libros que explican «cómo morir». ¡Según ese tipo de Sacramento que siempre habla del «amor» en la televisión norteamericana, hay gente que por 20 dólares se presta a cogerle a uno de la mano en el momento de la muerte! En un poblacho de California hay una barraca con un gran letrero que reza centro de la paz. ¿Se puede comprar paz en ese local? Un rótulo en un chiringuito de comidas rápidas en la costa dice: SUMINISTRO DE COMIDA.

Hay «Centros para la comprensión» y «Centros recreativos». ¿Qué es eso? También lo he visto en los tugurios en los que se calientan y echan un trago las putas y los macarras. También en algunas *sex-shops*. Existen tarjetas de visita con la inscripción «evangelista». Seguro que también hay otras que dicen «poeta», «escultor», «pintor», «tratante de ganado» o «verdugo». Hay camisetas en las que se lee: «Soy uno de los pocos que no se han follado a Shelley Winters». Y hay camisetas en las que se lee: «Voy a coger una metralleta, me voy a ir a todos los países del mundo y voy a matar a toda la gente que pueda».

Las pegatinas son más baratas y más prácticas, se pueden pegar

en cualquier sitio, normalmente en el coche. Cuando voy detrás de un coche de ésos, me pongo enfermo. Hay para todos: para los amigos de Jesucristo, el redentor. Para racistas. Para veteranos de guerra. Para militaristas. Para pacifistas. Para chistosos, etcétera. Para quedar bien, lo mejor es tener algo de todos: protestar, pasar por ingenioso, fresco, alegre, indignado, agresivo, amante de la paz, creyente, frívolo y odiar a todos los que no sean «del país». Algunos dicen: «Quiero a mi mujer», «Quiero a mis hijos», «Quiero a mi perro». ¿Hace falta pegar eso en el coche? ¿Tan singular resulta? ¿O es que los que pegan esas cosas en sus coches se piensan que a los demás no les pasa lo mismo? A ellos ¿qué les importa? ¿Se habrán parado a pensar alguna vez esos idiotas que a los demás les importa un comino lo que ellos van pregonando? ¿O es que forran sus coches de pegatinas para acallar su mala conciencia? O: «Abuela a bordo», o «Suegra a bordo». Estoy esperando ver a alguno con una pegatina que diga: «Gilipollas a bordo».

Cuanto más pugnan los humanos por el «entendimiento», menos entendimiento existe. Una vez, una chica me contó que su padre llevaba años sin hablar con su madre, y se limitaba a dejar o pegar notas en las que escribía lo que quería decirle. La chica me dijo también que su madre creía que el tipo se había vuelto loco. Peo no, no estaba loco: simplemente ya no le quedaba ninguna otra posibilidad de entendimiento. Por lo menos no era un bocazas, ni se pasaba el día soltando paridas sobre el entendimiento. De los premios y las condecoraciones a las camisetas y las pegatinas, pasando por los distintivos y las exhortaciones. ¡Engendros de cerebros enfermos que van de basura en basura!

Pero, al fin y al cabo, lo que cuenta es hacerse notar. Que lo observen a uno. Tener algo que exhibir. Una marca prestigiosa. Da igual lo que se exhiba; la gente está dispuesta a pagar por ello con tal de poder lucir la marca. ¡Las indicaciones existen para ser obedecidas!

Un crítico de Nueva York escribió sobre mí, en alguna de esas revistas de Hollywood espantosamente imbéciles, faltas de talento y absolutamente insulsas, que yo tenía «calibre de Oscar». ¿Calibre? ¿Qué calibre? No creo que se refiriera a mi polla, porque sería como

descubrir la sopa de ajo. ¿A qué debía de referirse?

Y luego esos eunucos a los que llaman directores (¿de dónde habrán sacado eso de que son directores?), esos salteadores de caminos y ladrones apostados en los vastos espacios de mi alma, como turistas que se llevan un trofeo a casa y afirman que «les costó mucho conseguirlo»; una cabeza reducida de los jíbaros de Perú, una piraña disecada, un sombrero de bambú de Vietnam. Matan a un elefante por sus colmillos, o para hacer un taburete o un gran cenicero con una pata, o para hacer pantallas de lámparas con su piel. ¿Por qué resulta tan aberrante confeccionar lámparas con piel humana? Apalean vivos a los cachorros de las focas hasta dejarlos convertidos en piltrafas sanguinolentas, porque la piel queda más brillante si se les quita en vida.

Volvamos al tema de los directores, esos mostrencos que intentan chulearme con sus pollas fláccidas. Esos fanfarrones altaneros, arrogantes y neuróticos que se empeñan en sacar música de mí y no hacen más que desafiarme. ¡No necesito perro lazarillo! ¡Ese impotente de Kubrik es capaz de repetir una toma ochenta o ciento veinte veces! Pero los pobres locos que le siguen la corriente no se merecen nada mejor. Una vez, en una entrevista que me hicieron para un periódico de Londres, dije que nunca podría rodar una película con él, porque el primer día del rodaje le daría una patada en el culo. Cuando lo leyó, se quedó con la boca abierta. Los perros lazarillos al menos son capaces de guiar a un ciego a través del tránsito callejero. ¡Pero los directores son sanguijuelas, parásitos! ¡Quieren exprimirme como a un tubo de pintura, pero no saben pintar! No saben manejar los colores fundamentales, no los dominan. Yo, en cambio, Llevo dentro de mí los verdaderos paisajes. Los paisajes de todos los sentimientos, de todas las expresiones. Llevo dentro de mí los paisajes de todas las formas, que se transforman sin cesar. Llevo todos los mares dentro de mí, y todos los astros. Las nubes y todos los vientos. Soy música. Soy una ópera. Un aria Una sinfonía. Soy notas. No quiero libros. Soy la novela. Soy poesía. Soy la fábula Soy la supresión del tiempo. La supresión de los sexos. La supresión del bien y del mal. Llevo dentro de mí los paisajes de planetas enteros. Los paisajes del fondo de los mares. Los recorro a pie, los recorro volando. Soy un pez enorme. Un ave colosal. Soy el vuelo de todos los pájaros que atraviesan los

aires. Estoy en lo hondo de la tierra, en los cristales, en los metales, en los minerales, en los manantiales de fuego de los volcanes. Vivo en las puntas de las raíces. En los rostros de los árboles. Me esparzo en los colores de las flores y las mariposas. Soy el olfato y el gusto de los grandes felinos. Soy la mirada de los lobos. Soy las venas hendidas de las rocas y el grito del hielo.

Los directores me roban la energía, pero se guardan cobardemente de mi infierno, de mis ruinas sangrientas.

Cuando quise rodar la película sobre Charryl Chessman, ¿qué director habría podido decir lo que aguantó Chessman (durante diez años) mientras esperaba su ejecución, que era aplazada una y otra vez (durante diez años) en el último instante? ¡¿Cuál de esos chacales sarnosos habría podido tener ni la menor idea de cómo sería la muerte de Chessman en la cámara de gas?!

Ninguno de esos a los que llaman directores ha conseguido jamás darme otra cosa que mierda y halitosis. Van propagando sus malas costumbres como enfermedades venéreas. Se hurgan la nariz y se rascan el culo. Se mueven como amputados. Lo único que han hecho con mi alma ha sido estuprarla. ¡¡Esos gansos que pretenden enseñarle a volar a un águila!! Herzog se considera una excepción, y le gustaría que esa verdad se difundiese por toda la tierra. Se considera una persona sensible, y es sólo porque yo le hago cerrar el pico y no le queda más remedio que pedirme que haga lo que yo quiero hacer. Está contentísimo de que yo haga lo que me da la gana, pues al muy inútil no se le ocurre absolutamente nada. Va por todo el mundo proclamando que soy un genio. Debe albergar la esperanza de que yo, como contrapartida, diga que él también lo es.

Y, además, están las ansias de rapiña de los directores, que pierden el culo por ingresar en su propia cuenta cualquier éxito, incluso aunque la película se alimente sólo de la fascinación que emana de un gran actor. Tienen la jeta de colocar su nombre por encima del título de la película, y persisten impunes en sus delirios

de grandeza hasta el día en que algún distribuidor les parte la cara.

Aparte de su patológica fanfarronería, jamás consienten en que surja la sospecha de que el éxito de la película se debe a alguna otra persona. Herzog es el ejemplo más espeluznante de ello. Además de su envidia, propia de un chapucero sin talento, creo que está dispuesto a vengarse de mí porque le tengo dominado. Y sabe que, sin mí, él no vale una puñetera mierda. Me odia sin paliativos. Intenta negar mi existencia, algo que sólo puede ocurrírsele a un imbécil como él. ¡En un reportaje ilustrado de varias páginas sobre *Aguirre*, en la revista norteamericana *Rolling Stone*, no mencionó para nada mi nombre, y entre las abundantes fotos no había ni una sola mía! ¡Ni una sola foto de Aguirre! ¡La única razón de ser de la película, su alma! Desde *Aguirre* han pasado diecisiete años, ¡y en estos diecisiete años me ha estado estafando con el mayor descaro en los carteles de propaganda de todos los países del mundo! En muchos de esos carteles no aparece mi nombre. En otros, en letra muy pequeña.

Pero en todos los carteles el nombre de Herzog aparece por encima del título de la película, a pesar de que en cada contrato impongo la condición de que por encima del título aparezca mi nombre, y sólo mi nombre, y luego, por debajo del título de la película, el nombre de Herzog. La peor jugarreta me la hizo en Estados Unidos. La distribuidora cinematográfica de Nueva York me trajo orgullosa al hotel la primera prueba de imprenta del cartel de *Woyzeck*, en la que aparecía mi cara gritando y, cruzándola, el rótulo LA OBRA MAESTRA DE HERZOG, y luego *Woyzeck*. ¡Ni una palabra sobre mí!

En Francia también vi un cartel enorme de *Aguirre* sin mi nombre. Pero, como ya he dicho, la única solución es partirles la cara.

Hay que tener en cuenta que, en el mundo del cine, el hecho de mencionar expresamente un nombre se traduce en dinero contante y sonante. Porque, lo admitan o no, la mayoría de los productores tienen tan pocas luces que miden las exigencias salariales según el tamaño y la posición del nombre en los carteles, en la publicidad en salas de cine y en la pantalla. Además, me da asco que esa plaga de Herzog se propague de un modo tan pertinaz.

En una conferencia de prensa en Nueva York, un periodista le

preguntó a Herzog cómo había escenificado el «ballet» de mis manos en Nosferatu. Justo en el momento en que Herzog iba a empezar a soltar la correspondiente sarta de asquerosas mentiras, le pegué una patada por debajo de la mesa a la que estábamos sentados y le gruñí entre dientes que no se atreviera a decir ni mu, pues de lo contrario yo pregonaría la verdad a los cuatro vientos. Durante el rodaje de *Nosferatu* se había dedicado a lamerme el culo, sin que viniera a cuento, cada vez que yo rodaba una escena completa sin haber consentido que abriera la boca para soltar sus paridas, es más, ni siquiera para expresar vagamente algún deseo. En pocas palabras: como siempre, le había hecho cerrar el pico. Saltaba de alegría cada vez que yo hacía algo que a él jamás se le habría ocurrido, por más que después afirmara lo contrario, o sea, que yo lo hacía todo exactamente como él se lo había imaginado en su primera versión; llegó a decir la estupidez de que entre nosotros había «telepatía». De esa manera, con sus mentiras y sus engañifas, les ha metido en la cabeza a la gente, en muchos países, y también en Estados Unidos, que él, Herzog, es el «creador» de las películas *Aguirre, Nosferatu, Woyzeck, Fitzcarraldo* y *Cobra Verde*. Pero su mentira más espeluznante es eso que va diciendo de que durante el rodaje de *Corazón de cristal* hipnotizó a los actores. Por lo demás, esa película es un coñazo insoportable y un fiasco total. Y luego hace rodar un documental sobre su persona, en el que aparece comiendo zapatos. ¿A qué vendrá eso? ¡¿Y a quién puede interesarle?!

Los directores harían bien en no hablarme, a menos que sea para decirme «buenos días» o «adiós». Aunque se crean que han hecho un descubrimiento (siempre creen haber hecho un descubrimiento), es mejor que se lo callen. Yo ya lo sé, no necesito que me lo digan.

No hace demasiado tiempo se divulgó, como si fuera una noticia sensacional, el hecho de que las plantas viven. De que tienen alma. ¡Pues claro que viven! ¿Acaso no respiran, florecen, crecen, se fecundan y engendran? ¿Acaso no pueden estar alegres o deprimidas, y sonreír o llorar? Muchas veces he puesto contentas a plantas que estaban tristes. Les hago cosquillas en la nuez y les acaricio la cabeza. Una vez, una planta —era un bebé planta— se

me acercó, se dirigió a mí ofreciéndome cariño. Quería enseñarme lo bien que crecía y lo hermosa que estaba ya. Me miró con sus ojos… y era mi hijo Nanhoi. Hay un alma que habita en todo lo vivo, y que se encuentra en contacto directo con todos los que aman. Con todos los sentimientos. Con toda pena y alegría. No hay nada vivo que no tenga alma. Todas las plantas y todos los animales. También el aire, el cielo, las nubes, el viento, la tierra, las piedras, el fuego, la nieve y el hielo.

Muchas personas toman sedantes para el alma, para que se esté callada, y sobre todo para que no duela. Esas personas quisieran cortar de raíz cualquier movimiento del alma que pueda rozar con la emoción. En los manicomios, lo primero y más importante que se hace cada día es darles a los internos la píldora tranquilizante. ¡Hay que taparle la boca al alma! Los tranquilizantes están más que probados, y son tan seguros como las píldoras anticonceptivas. Por las noches, la gente tapa con una funda a los pájaros enjaulados, ¡para que pasen una «noche tranquila»!

Y otra cosa: el miedo que tienen los humanos a toda clase de dolores físicos. Hay analgésicos para todo. Para el parto sin dolor. Para evitar dolores a las personas de sueño inquieto. Para una muerte sin dolor, «dulce». ¿Por qué no un producto para reír sin dolor, para que no duela la boca del estómago? ¿O para una alegría indolora? ¿O una tristeza indolora? ¡Llorar sin dolor, sin que la sal de las lágrimas escueza los ojos! ¡¿Acaso existen terremotos tranquilos o huracanes inofensivos?! La pérfida sociedad humana inculca a sus miembros la idea de que, ante todo, lo más importante es «tranquilizarse». ¿Por qué? ¿Se puede estar tranquilo mientras se folla? ¿Existe acaso algún producto para la desfloración sin dolor? ¿Para la penetración indolora del miembro masculino? ¿Para la jodienda indolora? La vida no es indolora ni tranquilizante. ¡La vida está llena de emoción, pasión y dolor! ¿Qué tiene eso de malo? ¡La risa, las lágrimas, los gritos de rabia, los gritos de dolor, los gritos de alegría son expresión del cuerpo y el alma! Al reprimirlos, no sólo se exorciza a los «demonios», sino también a los ángeles. Los terremotos y las tempestades dejan tras de sí tierras resquebrajadas y mares encrespados. ¡No se puede tirar a la basura, como si nada,

el cielo y el infierno!

La gente me pregunta constantemente y en todas partes: «¿Qué hace usted en su tiempo libre?». Como si se preocuparan por mí. Claro, ellos ya tienen programado su tiempo libre, eso es un asunto resuelto, por el que no necesitan calentarse más los cascos. Y como si quisieran prestarme su ayuda o, por así decirlo, cogerme de la mano, añaden: «¿Cuál es su *hobby*?». Por más que lo intento, no consigo entender de qué me hablan. Me siento irritado, molesto, mosqueado. Tanta impertinencia y tanta diarrea mental me encolerizan. A las personas que me hacen esas preguntas me gustaría pegarles una patada. ¿Tiempo libre? ¿Qué significa eso? ¿Libre de qué? ¡Yo soy libre! No tengo *hobbies*. ¡Respiro! ¡Vivo! ¡Amo! ¡Ardo! ¿Tiene tiempo libre el fuego? ¿Lo tiene la vida? ¿La respiración? ¿El viento? ¿El mar? ¡Esa maldita manía de preguntar! Quieren respuestas, porque lo único que saben hacer es rellenar formularios. ¡Una vez, en Estados Unidos, hice un pago al contado y el capullo del vendedor me preguntó el número de mi carnet de conducir, de mi tarjeta de crédito y de mi teléfono! En el avión, de Nueva York a San Francisco, el tipo que está sentado a mi lado se presenta: «Soy Fulano de Tal, catedrático de…». ¡Yo no le he preguntado quién es! Luego me tiende la mano, como si el hecho de estar sentados juntos nos convirtiera automáticamente en buenos amigos. Entiéndaseme bien: ese gesto no tiene nada de cortés (al contrario, ese tipo es sumamente descortés, pues pretende obligarme a prestarle atención), sino que sólo quiere contarme chorradas y chismes, que nos conozcamos; en fin, quiere meter su pringosa nariz en mis asuntos, quiere husmearme. Me utiliza. Quiere que le distraiga, le entretenga, le ayude a matar el tiempo. Dejando aparte su desvergonzada indiscreción, busca en mí un cubo de basura para las porquerías que se amontonan, apestosas, en su cerebro. ¿Y por qué berrea de esa manera? ¡No soy sordo! ¡Todos los demás pasajeros nos están mirando! Luego, astutamente y sin que venga en absoluto a cuento (como si hubiera leído a Dostoyevski y, a la manera del juez Porfiri, quisiera tenderme una trampa con preguntas insidiosas), me dice: «No recuerdo cuál me ha dicho usted que es su profesión». Y, a continuación: «No he oído bien su nombre». Yo no he dicho nada de eso. No le he dicho absolutamente nada, ni siquiera «buenos días», ni tampoco tengo la

menor intención de hacerlo. Me parece que no se da cuenta de que no le respondo. ¡De que no quiero responderle! Sea como sea, el caso es que el tipo, por su cuenta y riesgo, sigue enrollándose como una persiana, y me explica que ha ido a Nueva York para intervenir como perito en el juicio del caso Mengano, y tiene el atrevimiento de dar por sentado que me he tragado toda la basura que la prensa y la televisión han publicado sobre el caso, o sea, que estoy informado sobre el tema. Resumiendo: es especialista en todo lo que concierne a complicaciones de embarazos, y lo llaman cada vez que hay un juicio de ese tipo. Su yerno también es catedrático, y también especializado, aunque no en problemas de embarazo, sino en otro terreno. Todo eso lo dice casi gritando. Y aunque los pilotos han empezado a calentar los motores del Boeing 747, ese maldito gilipollas de catedrático se hace oír a gritos por encima del ruido de las turbinas…

—¡… Útero… ovarios! —exclama triunfante, mientras, sin cortarse un pelo, señala estúpidamente con el dedo a una azafata de Pan Am que, de pie muy cerca de nosotros, coquetea con un pasajero—. Si, por ejemplo, esa azafata estuviera embarazada…, —berrea el muy imbécil, ante lo cual la azafata se estremece y se mete en el lavabo, como si quisiera comprobar si está embarazada. Me levanto y me siento al lado de una ventana, en una fila libre, y me propongo firmemente no girar la cabeza hasta que las ruedas del tren de aterrizaje toquen la pista en San Francisco.

Las palabras «útero» y «ovarios» me hacen recordar que tengo que telefonear sin falta a Viva, a Estambul. Su cuerpo macizo y fornido pesa en mi memoria como si ahora mismo la tuviera encima, con todo su peso.

A esa judía marroquí me la follé por el culo en Tel Aviv, durante el rodaje de *La chica del tambor*. Su marido estaba fuera de Israel en viaje de negocios. Pero antes de irse le había encargado a la azafata del hotel que estuviese atenta a lo que bacía su mujer, o, en otras palabras, que la vigilase. La azafata, a la que conozco desde hace años, me puso en antecedentes. Sin duda se daba cuenta de las ganas que yo tenía de tirarme a la marroquí, y de lo caliente que andaba ella.

Así pues, Viva no tardó en venir por la noche a mi habitación. Todavía en el umbral de la puerta, dejó caer los anchos pantalones

del pijama, a través de cuya distendida seda pude palpar las nalgas prominentes y los gruesos labios del coño. Me enseñó que bastaba con tirar de un pequeño cordel para que los pantalones cayeran. Se arrodilló diligente y se puso de culo hacia mí; yo la dirigí, enfocando su cara, sus tetas y su vientre contra el colchón. ¡Tenía que follármela por el culo a toda costa! ¡¡¡A toda costa!!! Tenía las caderas más anchas que he visto jamás en una mujer. ¡Más anchas que las de la giganta de Pakistán! Y cuando separó sus magníficas nalgas y se abrió de par en par, las caderas se ensancharon aún más, hasta el punto que yo ya casi no podía abarcarlas: como las caderas de una vaca adulta. Chillando, gruñendo y resollando, me dijo que le diera por culo, y cuando se la metí por el agujero, cagó por la boca estas palabras:

—¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¿Sa-bes-que-e-res-ex-tra-or-di-naaa-rio?!!!!!!!!!!

La he telefoneado a Estambul desde todos los países imaginables. Pero su marido se la lleva consigo a todas partes, y yo nunca sé en qué país voy a rodar la próxima película. Una cosa está clara para los dos: tenemos que follar, y le voy a poner una inyección que no olvidará jamás.

De Nueva York tengo que irme a Yugoslavia, a rodar una película.

Un tipo viene a verme a San Francisco desde Munich, para convencerme de que trabaje en su película. No le escucho en absoluto Sólo sé que vive con cierta actriz. ¡Quiero tirármela! Ni la conozco, ni la he visto en ninguna de sus películas. Tampoco sabía que es la estrella de cine femenina más importante de Alemania. Lo único que sé es que se me puso la polla tiesa cuando vi una foto de su cara en un periódico.

De camino a Belgrado, me detengo en Munich. La actriz está rodando en Budapest. Le digo al tipo que haré su estúpida película si a cambio puedo follarme a la estrella de cine antes de seguir viaje hacia Yugoslavia. Le digo que la llame por teléfono a Budapest. Enseguida. Ahora mismo. ¡Ya! Que se meta hoy mismo en un avión y venga a Munich. Para una noche. Y viene. Cenamos los tres en el

Hilton. Luego nos deshacemos del tipo y nos vamos a mi habitación.

Tiene los labios de la vulva más largos que he lamido nunca, y por entre los que he metido nunca mi nabo. Luego la embisto por detrás. Tiene la cara apoyada de lado contra el colchón, de manera que veo su morro hinchado, que se contorsiona desvergonzadamente en medio de la terrible pasión. Después de soltar en ella mi segunda carga, se vuelve a Hungría.

Después de Yugoslavia, otra vez Hollywood. Venecia. Roma. Madrid. Río. Londres. Los Ángeles. Osaka. Nueva York. París. Alaska. Casablanca. Johannesburgo. Taipei. Jerusalén. Chicago. Barcelona. Viena. Bangkok. Karachi. Niza. Manila, y de ahí hacia el norte, junto a Vietnam. Tokio. Hong Kong. Canadá. México. Ahí me follo una vez más a la mujer del director. Las sorpresas que dan las mujeres no se acaban nunca: no creo que haya en el mundo ninguna mujer con los pelos del coño más largos que Suky. En la zona superior del coño y en tomo a los labios de la vulva, los tiene tan largos que le hago trenzas con ellos. Sin embargo, el descubrimiento más importante que he hecho es que todas las mujeres son guapas y excitantes. ¡Todas! Las negras y las blancas. Las cobrizas y las amarillas. Judías. Cristianas. Musulmanas. Budistas, o como se llamen todos esos ídolos. Sean viejas o jóvenes, o jovencísimas, sean vírgenes o putas menores de edad. Hijas. Esposas. Viudas. Madres. Aunque sean mudas, sordas o ciegas. Sean tontas o inteligentes. Sean altas o bajas. Delgadas o gordas. Tengan enormes ubres o diminutos botones. Tengan el culo grande o pequeño. Tengan el coño canijo o desarrollado. Las princesas beduinas o la mocosa filipina. Las ricas y las pobres. Las gitanas. Las negras. Las esquimales. Las asiáticas. Las europeas. Las indias. Las aristócratas. Las mendigas. Las famosas. Las desconocidas. Aunque sean hijas de caníbales. Todas ellas son ese milagro inconcebible que recibe vida y alumbra vida.

VIVA. JINKY. ANNA. MARIA. MARGARET. PAULA. HARUKO. NAURO. MAICHEN. THÉRÈSE. VALERIE. VALERIA. PAULA. BEDI. SOPHIE. ISABELLE. TINA. GRACE. CARMEN. KATE. HELGA. AHLAM. MARIE-LOUISE. PATRIZIA. EVELYNE. ANUSCHKA. DORY. ROSE. COLLETE. AURORA. SUKY. VÉRONIQUE. VERONIKA. ZÉZÉ. COLETTE. NATALIE. YASMIN. CAROLINE. GITTA. JUTTA. GISLINDE. GHYLAINE. PATRIZIA. BARBARA. LOLA. JOSEFINE… ¡Cómo enumerar todos

vuestros nombres! Vuestros nombres son maravillosos, sin duda, pero vosotras mismas sois más guapas e importantes que el más bello de los nombres. Quién sabe cómo se llamaba aquella joven china que, en el aeropuerto de San Francisco, vino directamente a mí, tendiéndome sus brazos y sonriéndome. ¿Es el pasado, el presente, o el futuro convertido ya en pasado…?

No tengo patria ni raíces, pero en Italia —donde vive el pueblo más generoso de la tierra— me siento en casa, como si estuviera en mi país. Es el país donde hay flores en cada balcón, y donde las personas no se avergüenzan de sus sentimientos. Paganini dijo: «En Italia hay música en todas partes, en los árboles, en la tierra, en el cielo, en el mar, en las casas de los pobres y en los palacios de los ricos. No tienes nada que llevarte a la boca, pero cantas. Estás triste, pero pese a ello cantas. La música sale del fuego. El cielo de Italia está nimbado de fuego. Italia es el país del fuego».

La juventud de Italia, chicos y chicas, es hermosa. Una marea de belleza. Sus ojos y labios seductores sonríen permanentemente. Las calles de las ciudades están llenas de ellos. Inundadas de ellos. ¡Qué visión más emocionante y arrebatadora! Caudales de belleza que desembocan en un mar de belleza. Normalmente, esto no se aprecia hasta el atardecer, aunque luego dura hasta bien entrada la noche: como si fueran demasiado guapos para la banalidad del día a día. Como si negaran su belleza al espantoso ruido y los brutales intereses del día, y sólo se hicieran visibles en la fiesta de la noche. ¿O quizá sólo es una apariencia? Qué más da. Siempre están presentes. ¡Son de verdad!

Respiro su calor, su aroma. Sus ojos ardientes, sus bocas ardientes, sus cuerpos ardientes. Me llaman a gritos desde lejos, desde muy lejos. ¿Cómo pueden reconocerme en la penumbra de los callejones? Lo que detectan es la vibración. No puedo explicarlo de otro modo. Se me acercan mucho. Hasta que nos rozamos. Se ríen. Todo en ellos es alegre. ¡Italia y el mundo entero no han tenido nunca tantos jóvenes guapos como ahora! ¡Están cargados de energía y de fecundidad y de los más hermosos talentos! ¡¡Y son libres!! Aunque no les den tiempo Ubre. Pero a los caudales no les importa que alguien intente encauzarlos. Siguen fluyendo.

Voy a rodar una película sobre una novela de M. Mi agente en Italia, Rossana, y la productora de la película se reúnen conmigo para almorzar.

—¿Dónde está M.? —les pregunto.

—M. no tenía ganas de salir —dice Rossana—. No se encuentra bien, y nos ha pedido que vayamos esta tarde a tomar café a su casa.

Después de la comida, vamos a casa de M. Su mujer, C. (¿o quizá no es su mujer?), nos abre la puerta. Se ríe con la boca abierta hasta el fondo, como si tuviera ganas de albergar mi polla dentro de ella. Mientras besa a Rossana y a la productora, me lanza miradas de reojo, y no me queda más remedio que pensar: «Espera, espera un ratito, que Kinski no tardará en venir a hacerte una visita a ti también…». Ya en el salón, se sienta en el sofá frente a nosotros, con las piernas cruzadas por debajo del culo, y se repantiga y mueve los pies, con los muslos abiertos de par en par, como una perversa niña pequeña que quiere enseñarle al invitado las bragas bajo las que se oculta su coñito, que huele a pescado y a pipí.

M. es una persona a quien impacienta y casi irrita la palabrería ajena, que ahuyenta como si se tratara de molestas moscas. Hablamos de lo que hay que hablar, y nos ponemos de acuerdo enseguida. Después del café (que ha preparado C., y que sabe tan espantosamente que sólo puede explicarse como una venganza contra M., Rossana y la productora), decidimos trasladarnos a la oficina de la productora, para que me enseñen fotos de mujeres que podrían hacer de pareja mía en la película.

Ya en la calle, C. coge su propio coche, porque quiere que yo vaya con ella. Pero M. no puede entender que ella se empeñe en coger un segundo coche, ya que cabemos todos en el suyo, mucho más grande, que conduce él mismo. C. vuelve a adoptar el papel de la niña terca y maleducada, aparca al otro lado de la calle y finge no oír cómo M. la llama a gritos. Mientras la llama, golpetea el suelo con su muleta tan seguido y con tanta fuerza que la muleta se le escapa de la mano y cae sobre el adoquinado, con el ruido que haría un esqueleto al desplomarse. Sólo entonces C. da su brazo a torcer y deja aparcado su coche.

Una vez en la oficina de la productora, C. se mete expresamente en una habitación contigua para atraerme. La sigo, hablando en voz

alta, para que los otros no sospechen, mientras le meto mano en el coño, entro de lado en sus bragas húmedas y empiezo a masajearle el agujero con los dedos índice y corazón. La escena dura sólo unos pocos segundos, durante los cuales hablo en voz aún más alta, porque C. gime, y se me moja tanto la mano que tengo dificultades para secármela en su vestido lo bastante deprisa. Tenemos que dominarnos, nos guste o no, hasta que ella venga a verme a mi hotel.

Pero antes de todo eso había ocurrido un episodio digno de los Borgia: Rossana me había dicho que M. no podía venir a comer porque no se encontraba bien. Y a M. le había dicho que yo no quería que él estuviera presente durante el almuerzo. Por su parte, M. le había dicho a C. que él estaba invitado, pero ella no. Ante esto, a C. le dio un ataque de rabia, y amenazó a M. con dejarlo si intentaba evitar que ella me conociera.

M. me lleva al hotel con las otras tres mujeres. Bajo del coche y, desde atrás, me inclino hacia C. por encima del hombro derecho de su marido, de modo que ella tenga que girar la cabeza hacia la derecha y M. no pueda ver cómo le meto la lengua en la boca a su mujer. La escena debe de haberle parecido demasiado larga, pues aprieta el pedal del gas y arranca, aunque la productora, que en ese mismo momento está saliendo, todavía tiene la pierna y la nalga derechas dentro del coche. Echo a correr junto al coche, que M. conduce como un demente, haciendo saltar a ambos lados a los peatones, y le grito al oído (es sordo) hasta que por fin advierte mi presencia y detiene el coche, y la productora, con un susto de muerte y temblando como una hoja, se da a la fuga para ponerse a seguro. Por la noche, C. viene al hotel Nationale para que me la folle.

Le bajo los pantalones por la espalda. Tengo un instinto que me dice si a una mujer he de follármela por delante o por detrás, o por delante y por detrás. Me follo a C. por detrás.

Seguramente C. habría venido a follar cada día y cada noche (siempre que pudiera desprenderse de M.), de no ser por Colette, la hija de Amin Dada, a la que conozco en la recepción del hotel Nationale, cuando, al inclinarse sobre el mostrador, exhibe su gran

culo negro hechicero, que me ordena follar con ella incluso antes de haberle visto la cara. Beso sus labios pegajosos. Sus tetas, su vientre, sus caderas, sus muslos y su culo implacable son una trampa para hombres en la que es imposible no caer, a pesar de estar viéndola. Quien caiga en ella, no acabará (quizá) devorado de pies a cabeza, pero puede estar seguro de que sus cojones sí.

Colette viene a verme no sé cuántas veces. Se empeña en que la llame por teléfono para pedirle que venga, y en que le diga que no aguanto más, que se me va a salir el semen por las orejas; con eso pretende sugerir que follar no sólo es una cosa secundaria, sino francamente degradante. Sin embargo, cada vez que viene despide un olor más fuerte por debajo de la falda. Conozco a esa clase de mujeres: les gusta jugar al gato y el ratón hasta estar seguras de que el hombre que quiere follárselas a toda costa —y por el que ellas quieren a toda costa ser folladas— acabará prácticamente violándolas. Para ellas, ese período de tormento mutuo significa una deliciosa intensificación del estado de calentura, que les permite tener un orgasmo cada vez que lo necesitan. Incluso mientras duermen, incluso en sueños. Quizá se corre cada vez que hablamos por teléfono. Cuanto más se niega a correrse, más fuerte es el orgasmo.

Cada vez que viene, Colette se queda un rato más. Y cada vez se quita una pieza de ropa interior más (usa ropa interior de seda, camisetas de seda y bragas de seda, de colores increíblemente bellos. Con los vestidos que lleva —blanco marfil o rojo de la cabeza a los pies— parece verdaderamente la hija de un reyezuelo caníbal), hasta que por fin se mete en mi cama y se queda a copular toda la noche. Las quince o diecisiete horas diarias de rodaje me dejan verdaderamente agotado, así que a menudo no tengo fuerzas ni para comer —además, desde que estoy en Roma no he hecho, aparte de rodar, otra cosa que folletear—; pero esa hija de caníbal ugandesa, cuya raja impregna de olor todo su cuerpo, hasta su pelo, ejerce sobre mí un hechizo que me obliga a follármela una y otra vez, a follármela, follármela, follármela, follármela, follármela, follármela, follármela, follármela, follármela, aunque esté tan exhausto que me duele desde el cráneo hasta la uretra, y a cada orgasmo siento un pinchazo en el corazón. Pero el picor que siento en la polla es más fuerte; todo me pica: la uretra, los cojones, el

capullo, el agujero del culo, los muslos, las tetillas, los labios, las orejas, el cuero cabelludo, las ventanas de la nariz, los ojos, los sobacos, los pies, los dedos de los pies, los brazos, las manos, los dedos de las manos, la lengua… Todo huele a ella y, cuando no está, me masturbo.

En Los Ángeles se instala conmigo en el Château Marmont. Después de comer me encuentro en la calle, delante del restaurante, a Morgan Fairchild, y la beso a ella y a su hermana. Colette, inflamada de odio, refunfuña:

—¡Dejarme plantada en la calle para besar a esa furcia! ¡A mí, a una princesa!

—¿Por qué dices que Morgan es una furcia? ¿Sólo por lo *sexy* que es? No te ha hecho ningún daño. Además me estás hartando con tus manías principescas. ¡Si follo contigo es porque eres un supercoño, y no porque estés como un cencerro!

La echo del hotel. Vuelve por la noche. Nos pasamos la noche follando. Jugueteo encima de ella y la jodo una y otra vez, sin parar; hasta la acompaño al lavabo cuando va a mear.

La jodienda dura hasta la mañana, o mejor dicho: ya es mediodía y seguimos follando. Cuando ya estamos vestidos continúo metiéndole mano por debajo del vestido, y ella me abre la bragueta. ¡¡¡¡¡¡¡¡¡Ese olor!!!!!!!!! No consiento de ninguna manera que se lave la entrepierna.

¡No puedo perderme ningún partido de fútbol de mi *babyboy*! Hay partido cada sábado o domingo a lo largo de once semanas, desde septiembre hasta principios de noviembre. Cada año se remodelan los equipos según criterios de edad. Nanhoi siempre va un año o dos adelantado, es decir, siempre lo meten en un equipo cuyos jugadores le llevan uno o dos años de edad. Esos partidos, cuyos espectadores son los padres y madres de los chicos, y que se juegan en los terrenos de juego de diferentes escuelas, son los eventos deportivos más emocionantes de que he sido testigo jamás. Los padres y las madres animan a sus hijos a grito pelado. Les vitorean, aplauden y felicitan cuando avanzan con la pelota en un ataque, se la pasan a otro jugador del mismo equipo o cortan una penetración del adversario. Y cuando marcan un gol, o por lo menos

«casi», se produce un verdadero estallido de júbilo. Nunca, ni siquiera en los campeonatos mundiales, he visto jugar a fútbol con semejante ardor infatigable, con tanto arrojo e implacable agresividad como lo hacen esos equipos infantiles. Y yo, que ni entendía nada de fútbol ni me interesaba especialmente por ese deporte, me he convertido, gracias a Nanhoi, en un futbolero empedernido.

Nanhoi practica desde los seis años de edad una especie de derivado del kárate, el
kung-fú
y el judo, que se llama *aikido*. Tenemos grabadas todas las peleas cinematográficas de Bruce Lee, y Nanhoi las ha visto cientos y cientos de veces. A veces todas seguidas varias veces en un solo día. Por toda la casa cuelgan sacos de arena y balones, y tenemos un mazacote de madera chino, con brazos, con el que Nanhoi se ejercita en sus golpes, patadas, tácticas de defensa y llaves. Cuando nos ponemos los guantes de boxeo, tengo que andar listo y reaccionar rápido si no quiero encajar alguno de los rudos puñetazos y patadas de Nanhoi, que ya tiene tanta fuerza de impacto que podría dejarme sin dientes.

Películas y más películas. Planeamos una película sobre los últimos años de Céline. Películas en Alaska, Japón, África. Una en lo alto del Himalaya, en el Karakorum, donde los norteamericanos intentaron doblegar la cumbre del K2. Planeamos una película en el desierto del Sahara y otra en el mar. Películas en Sudáfrica, Brasil y Alaska. ¿Quién sabe cuál acabaremos rodando? ¿Qué película merece que se deje uno la piel por ella? Cada vez me asusta más rodar películas, porque eso significa separarme de mi *babyboy*.

He visto una película documental. En realidad no es una película: la cámara está quieta, y filma a un niño (de unos diez u once años, como mi *babyboy*) que, sentado en un banco, cuenta cómo descuartizaron a su madre con un machete ante sus ojos. Hace falta repetirse esas palabras lentamente y una y otra vez, para llegar, quizás, a concebir lo que significan sin volverse loco en el empeño. ¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡Descuartizaron. A. Su. Madre. Con. Un. Machete. Ante. Sus. Ojos!!!!!!!!!!!! El niño llevaba uniforme, un auténtico

uniforme de soldado. Y tenía en brazos una metralleta que sujetaba firmemente como si fuera un gran oso de peluche, de esos que sortean en las ferias. Mientras hablaba, sonreía. ¿Cómo iba a tener suficientes lágrimas para llorar por lo que les hicieron a él y a su madre? ¡¡¡¡¡¡¡Esta asquerosa y cretina humanidad!!!!!!!! ¡Imagínenselo! ¿Quién puede imaginárselo? ¿¿¿¿¿¿Quién?????? ¿Y quién puede soportarlo? ¿Quién puede imaginarse una ejecución? El fusilamiento de un hombre al que trajo al mundo una madre que lo llevaba en brazos, lo acariciaba y se pasaba las noches en blanco preocupada por si el niño se resfriaba o no comía bastante… ¡¡¡¡¡¡¡¡¡y luego, las balas destrozan el corazón de ese niño y lo convierten en un amasijo ensangrentado!!!!!!!!!!

¡Vosotros y vuestros asilos para lo que llamáis «tercera edad»! Y las mujeres de más de setenta años, una caravana entera, todas en sillas de ruedas, vestidas con horteras, ridículos, grotescos vestidos de colorines, todas con globos de diferentes colores atados a la silla de ruedas. Llevan las marchitas caras maquilladas como tos payasos. La sonrisa la llevan pintada con maquillaje en la cara. Les reparten las sonrisas igual que los globos. ¡¡¡¡Y los niños de Colombia, que duermen en la calle cubiertos con papel de periódico e inhalan vapores de gasolina para olvidar su miseria y aturdir su tristeza!!!! ¡¡¡¡¡¡¡Los niños drogadictos en las escuelas de todos los países!!!!!!!! ¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡No a las lágrimas en los ojos de los niños!!!!!!!!!!!!

De Estados Unidos a China, de Francia a Japón, los escolares se sublevan y les gritan a la cara a los profesores: «¡¿Qué podéis darnos vosotros?! ¡¿Qué?!».

¡Alcahuetes de la cruz! ¡Vosotros sois los verdaderos gángsteres! Ningún chuloputas, ningún atracador de bancos puede ser tan malnacido, tan cretino, tan repugnante. ¡Caterva de tragahostias y chupópteros en Cristo! Perros de presa que, en nombre de la «moral», os lanzáis a traición sobre el animal libre para arrancarle las entrañas. Que extermináis a los lobos y les colgáis al cuello a los osos *grizzly* emisores de señales, para saber en todo momento dónde están. Cuando veis un animal libre, lo apuntáis en vuestro bloc de notas, como los vigilantes de los manicomios, que toman notas de cuándo alguien se ríe o Hora o duerme o come o mea.

Las casas del puerto deportivo de San Francisco, con vistas a la prisión fortificada de Alcatraz, son especialmente caras.

También a Herzog le parece «estupendo» llevar una cazadora de carcelero norteamericano (típico de él). ¡Quizás ese carcelero llevó a alguien a la cámara de gas o a la silla eléctrica!

A un arquitecto de mente mierdosa y podrida se le ha ocurrido construir un centro comercial a imagen y semejanza de la cárcel estatal de San Quintín, situada a unos tres kilómetros de distancia. ¡Seguramente, para que no desentone!

Los niños son la única esperanza de salvación, de escapar a la fatalidad de este sistema mortífero. Sólo ellos pueden traer la liberación a los adultos. A los niños no habría que inculcarles «respeto» y «obediencia», ni habría que tenerles miedo; hay que decirles y mostrarles lo maravillosos, lo hermosos y lo capaces que son. ¡Hay que *darles*, en lugar de quitarles!

Imaginemos: en la escuela, una de esas putas frustradas a las que llaman maestras les dice a los niños el primer día de clase: «Se acabó la época de los sueños (!), y empieza la época de la responsabilidad y la conciencia social…». ¿Qué es lo que se acabó? ¿La época de la fantasía fantástica? ¿El mundo fabuloso del alma? ¿Y por qué se acabó? ¿A cambio de qué? ¿A cambio de la atrofiada diarrea mental de unos cerebros escleróticos («adultos»)? ¿En lugar de los sueños? ¿De las visiones? ¡¿De la inagotable fuerza creadora que sólo los niños poseen?! ¡¡Todos deberíamos fijarnos en los niños para aprender a soñar!! ¡Todos deberíamos alegrarnos cada vez que vemos un niño! ¡Estar agradecidos! ¡Sonreírle! ¡Hacerle ver lo importante que es encontrarse con un niño! Tal como lo hacen los animales y las plantas cuando se encuentran con un niño, y como lo hacen los niños cuando se encuentran con animales y plantas. ¡Todos tenemos que aprender de los niños! Aprender a dejarnos hechizar por los prodigios y misterios de la vida, y aprender a hechizar a otras personas. Dejamos hechizar por el azul del cielo. Por un arco iris. Por una hoja de árbol. Por una nube. Por el aire. Por el viento. Por un copo de nieve. Por un cristal de hielo. Por una gota de agua. Por una mariquita. Por una luciérnaga. Por una diminuta piedrecilla. Dejamos transportar al infinito. ¡Soñar! ¡Libres

de todas las hueras banalidades de los adultos!

Hay que ser tan viejo como la Creación, y al mismo tiempo tan joven como si aún no se hubiera nacido. Hay que tener el anhelo de amor de un niño, su imaginación. Su corazón frágil, su capacidad de sentir y su osadía. Su instinto inmaculado, que todo lo detecta y siente. Hay que entregarse, abandonarse. Hay que perderse y volverse a encontrar. Las llamas del alma no deben apagarse nunca. ¡Hay que arder sin cesar, hay que quemarse y apagarse y volverse a encender!

Nuestra casa está llena de arañas y mariposas. Nunca habíamos tenido tantas. Hay mariposas por todas partes. ¡Por todas partes! Durante su vuelta al mundo en solitario, poco antes del Cabo de Hornos, Chay Blíth anotó en su diario de a bordo la presencia de millones de mariposas que cubrían su barco. Añade que ha oído decir que ese fenómeno presagia el estallido de una fuerte tempestad.

Las mariposas de nuestra casa son todas diferentes en tono de color, dibujo y tamaño, como si la naturaleza quisiera mostrarme, a través de las mariposas, su inagotable variedad. Se posan y se cuelgan por todas partes. Una se posa en una foto en la que aparece Nanhoi haciendo volar una cometa junto al mar. La mariposa está posada justamente encima de la cometa en vuelo, como si fuera ella la cometa.

Se posan en los cantos de las mesas, en los bordes de las tazas, en los platos, en la taza del retrete, en todas las ventanas, en los peldaños de la escalera de caracol, en mi portaplumas, en la colcha de la cama, en las almohadas, en el jabón, en el grifo, en los zapatos, en los pomos de las puertas, en los cepillos de dientes, en el pico de la tetera, en mis pantalones, en cucharas, tenedores, cuchillos y cazuelas, en la bañera, en la leña, en las llaves, en el cepillo del pelo, en las toallas, en la afeitadora, en los juguetes de Nanhoi… por doquier. Como si quisieran acariciarme con el morro, tal como hacen los gatos, que empujan con la cabeza. A veces tengo que darle un empujoncito a alguna mariposa, para evitar caer o sentarme encima de ella. Una vez estuve a punto de pillar a una en la puerta. A algunas las reconozco incluso después de semanas y

meses, cuando vuelvo después de dar varias vueltas al mundo. Las reconozco por su actitud, por su posición, por su petrificación. ¿Acabaré volviéndome yo mismo una mariposa? Quizá sea ése el primer y eterno ser. Siempre ha habido orugas y mariposas, y sin duda siempre las habrá. ¿Estaré acercándome a su reino eterno? ¿Querrán decirme que he entrado por completo y para siempre en el eterno ciclo de la transformación y el devenir? ¿Soy raíz? ¿Tierra? ¿Soy la oruga de la que sale la mariposa? ¿O soy ya, sin saberlo, la mariposa misma? ¿Tengo ya alas? ¿Su aliento, sus movimientos? No lo sé. ¿Soy una araña que, sujeta a su tela, deshace y absorbe a sus presas? (No me acuerdo de cuándo salí de casa por última vez). ¿O bien soy la mariposa a la que las arañas se acercan cada vez más, para deshacerla y absorberla? ¿Vivo aún, o ya estoy petrificado, como muchas de las mariposas? ¿Avanzo a campo traviesa, en vez de andar por los caminos? De repente tengo la sensación de que he dejado de respirar. Me busco el pulso. No lo encuentro. No puedo afirmar con certeza que me lata el corazón. Miro el reloj… Ya han pasado cuatro minutos desde la última vez que he respirado, y sigo sin sentir la angustia de la asfixia inminente. Sí, no siento la menor tensión. Tengo la alarmante conciencia de que ya no necesito respirar.

Creo que es posible matarse dejando, sin más ni más, de respirar. Quiero levantarme de un salto, salir corriendo de la casa, pero estoy como paralizado. ¿Será esto la muerte? ¿Seguiré los pasos de un escarabajo que acabo de ver? Me libero. ¡Nanhoi! ¡¡Hijo mío querido por encima de todas las cosas y hasta la eternidad!! ¡¡Mi amor!! ¡¡Mi vida!! ¡¡Mi aliento!! ¡¡No puede ser que me pase algo!! ¡¡¡Jamás, jamás te dejaré solo, *babyboy* mío!!! Y, de repente, todas las mariposas son Nanhoi, y las reconozco a todas y cada una, de las minúsculas a las grandes como mi puño, y aún mayores, tan grandes como mi cariñito…

Estoy muy solo. No porque no tenga compañía (podría tener toda la compañía que quisiera), sino porque no estoy con mi *babyboy*. Cuando hablo conmigo mismo, no hago otra cosa que hablar con él. Es decir, no hablo conmigo mismo, sino con mi *babyboy*, aunque no esté a mi lado. Le hablo cuando les hablo a las

estrellas y a las nubes, al viento, al aire, a la luz y a la oscuridad, de día y de noche, a las plantas, a los árboles y a los animales. Hablo con flores, con pájaros, con los ciervos, las ardillas, hasta con los ratones, las mariposas y los gatos monteses… y cuando les hablo siento latir en ellos mi corazón y correr mi sangre por sus venas, y siento los suyos en mí: pues en todas partes, en todo momento, está presente mi hijo, mi *babyboy*, mi Nanhoi. «Hijo mío querido por encima de todo lo terreno y lo sobreterreno, único amor mío: sé que tengo muchos fallos y que estoy muy lejos de ser perfecto. Todo lo esencial, todo lo que me importa saber, lo he aprendido a través de ti y a ti te lo debo. Perdóname por haber hecho tantas cosas mal. Ya lo sé, podría haber hecho mejor muchas cosas.

»Pero, créeme, he estado y estoy, para toda la eternidad, empapado y henchido de tu amor y de mi amor por ti, y de nada más. No he querido ni quiero otra cosa que darte mi amor, sin cesar. ¡Te venero, te idolatro! No quiero otra cosa que protegerte. Que hacerte feliz. Hacerte siempre reír y nunca llorar. Colmar cada uno de tus deseos. Darlo todo por ti, todo, hasta mi vida.

»Ya lo sé: tu alma sabe todo lo que voy a decir antes de que salga de mi boca. Pero aún eres pequeño, y tu corazón es tierno, y quiero evitar que te asustes. Por eso voy a contarte una cosa, amor mío, una cosa que he descubierto a través de ti, que sólo sé desde que naciste:

»Es cierto que he venido al mundo en forma humana, pero la naturaleza salvaje —las estrellas, los soles, los vientos, los fuegos, los desiertos, los bosques, las montañas, los cielos, las nubes, los mares— estaba encerrada en mi interior: también la naturaleza salvaje de las almas. Era como en *La bella y la bestia*. Sólo que al revés.

»En ese cuento, un ser humano está condenado a ser un animal salvaje, y sólo puede redimirlo el amor de otro ser humano, que transforma al condenado en una persona. Yo, en cambio, me vi redimido de la naturaleza humana por obra de tu amor, y volví a ser naturaleza salvaje. Has liberado las estrellas y los vientos, los soles, bosques, desiertos y montañas, los cielos y nubes, los fuegos y los mares de mi interior. Has volado la puerta de la mazmorra de mi naturaleza humana y hecho emprender el vuelo a las aves que había dentro de mí…

»Te cuento todo esto por si acaso me pasara algo. La gente dirá que estoy muerto. ¡No les creas! ¡Mienten! (Igual que mentirán en todo lo demás que digan de mí. Sólo tú sabes la verdad). No puedo morir jamás. ¡Sólo tú me redimiste! Pues tú eres naturaleza salvaje, eres el cielo y las nubes y las estrellas y el viento y el sol y los bosques y el desierto y las montañas y el fuego y el hielo y el mar. Tú eres la luz. Has venido en forma humana para liberarme de mi cautiverio.

»Por eso, no te entristezcas aunque yo no sea visible en forma humana. Eso sólo significará que tú y yo estamos unidos para siempre. Entonces seré otra vez el viento y el mar y las estrellas y el fuego y las piedras y la arena y la nieve y el hielo y el ojo de la pantera, que se funde con las flores. Vendré a elevarte como tú me elevaste a mí: un ave gigantesca, que te sostendrá con sus fuertes garras y emprenderá el vuelo contigo.

»Percibo tu presencia desde que nací, desde que las vibraciones de mi alma anunciaron tu nacimiento.

»Desde siempre te he reconocido en todo, sin saber aún que eras tú; desde que naciste, todo tiene tu rostro.

»Y así estaré también yo en todo y te miraré desde todo y velaré por ti: soy tu reflejo en las aguas de un lago de montaña. Soy tu sombra, y soy la luz que la proyecta. Soy tu fábula. Tu sueño. Tus deseos y anhelos, y también su culminación. Soy tu sed y tu hambre y tu comida y tu bebida. Soy la supresión de la gravedad, soy tu vuelo. Soy tu ternura y tu dureza y la fuerza de tus puños y tus pies. Soy la suave brisa que te acaricia los ojos. Y soy el viento gélido que colorea tus mejillas. Soy el gesto de la cabeza del puma que te mira largo rato. Soy el pájaro muerto y caído —no está muerto, sino sólo de viaje— al que acuestas en un nido hecho de ramas en lo más alto de un árbol. Soy el diente de león cuyos diminutos paracaídas flotantes tanto te fascinan. Soy la estrella fugaz que se inflama y se extingue. Soy la dulce pulpa del mango en el que se hincan tus dientes. Y la baya cuyo jugo sorbes. Soy las hojas muertas que pisas. Soy la telaraña en el rocío matinal, tendida de un lado al otro del sendero, que se aferra a ti y te abraza. Soy las nubes que cruzan tus miradas. Soy el fuego que te calienta. Y el frío que te refresca. Soy los copos de nieve que te besan con sus bocas diminutas. Y las pesadas gotas de lluvia que te cubren con sus labios hinchados. Soy

tu intuición. Tu tacto. Tu olfato. Tu gusto. Tu oído. Tu voz. Tu voluntad y tus actos.

»No podemos volver a separarnos jamás. Hemos vuelto a ser uno: luz, aire, fuego, agua, cielo, viento…».

Notas

[1] *Pfennig*: Moneda fraccionaria: un céntimo de marco. (N. del T.). <<

[2] *Groschen*: Moneda fraccionaria: diez céntimos de marco. (N. del T.). <<

[3] *Max y Moritz*: Personajes clásicos de la literatura infantil alemana del siglo XIX. (N. del T.). < <

[4] *Woolworth y KDW*: Los clásicos grandes almacenes de Berlín. (N. del T.). <<

[5] En el cuento recogido por los hermanos Grimm, Cenicienta pide ayuda a todas las aves del cielo para que, bajo ese lema, recojan y seleccionen las lentejas Que la madrastra ha tirado en un montón de ceniza. (N. del T.). <<

[6] *Tommies*: Soldados británicos. (N. del T.). < <

[7] *Rübezahl*: Duende de las montañas en la mitología popular alemana. (N. del T.). < <

[8] *Avus*: Antiguo circuito de carreras de automóviles, actualmente parte del cinturón de ronda de Berlín. (N. del T.). <<

[9] Unas quinientas mil pesetas. (N. del T.). < <